

Teresio BOSCO



**DON  
BOSCO**  
una  
**BIOGRAFÍA**  
nueva

  
EDITORIAL CCS

# DON BOSCO

## UNA BIOGRAFÍA NUEVA

En los últimos años, los que han escrito sobre Don Bosco se han dividido en dos grupos:

- Unos autores narran los más bellos hechos de su vida «para los niños y el pueblo sencillo», sin tener en cuenta los estudios históricos sobre el siglo XIX, ni los específicos de su figura.
- Otros estudian aspectos fundamentales de Don Bosco y de su tiempo, dando por sabidos los sucesos, las narraciones, los hechos... parándose solamente en ellos para desmitificar ciertos detalles obtenidos de testimonios dudosos y fantásticos.

En el presente libro Teresio Bosco intenta seguir otras pautas.

Narra la biografía de Don Bosco, no da nada por descontado, y tiene en cuenta todo lo que está en la base del suceso bello, dramático, de aventura en la vida del santo sacerdote de Turín. Tiene muy en cuenta las **Memorias del Oratorio** escritas por el mismo Don Bosco, y los incontables testimonios de sus alumnos y colaboradores: testimonios que, casi todos, fueron depuestos más tarde bajo juramento en los procesos para la beatificación.

Y coloca la figura de Don Bosco en medio de la historia de su tiempo y de la Iglesia de entonces, documentada por consultas rigurosas y recientes.



Alcalá, 166 / 28028 MADRID

☎ 91 725 20 00 / 📠 91 726 25 70

[www.editorialccs.com](http://www.editorialccs.com) / [sei@editorialccs.com](mailto:sei@editorialccs.com)



ISBN: 978-84-7043-322-1



9 788470 433221

TERESIO BOSCO

**DON BOSCO**  
**una biografía nueva**

EDITORIAL CCS

Título de la obra original: *Don Bosco, una biografia nuova.*

Traducción de Basilio Bustillo.

*Decimosexta edición: enero 2018.*

**Página web de EDITORIAL CCS: [www.editorialccs.com](http://www.editorialccs.com)**

© 1979. Elle Di Ci, Turín-Leumann (Italia)

© 1979. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Portada: Dibujo de Nino Musio

Fotografías en páginas interiores: Teresio Chiesa, José Luis Mena

Archivo salesiano: Nino Musío

ISBN: 978-84-7043-322-1

Depósito legal: SE-9071-2011

Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: Printhaus S.L.

**DON BOSCO  
UNA BIOGRAFÍA NUEVA**

## Colección DON BOSCO

### Últimos títulos publicados:

35. *Don Bosco: el hombre que amaba y era amado*. FAUSTO JIMÉNEZ.
36. *Perfil sacerdotal de Don Bosco*. FERNANDO PERAZA.
37. *Constructivismo y Sistema Preventivo*. JORGE ÁLVAREZ MEDRANO.
38. *Educación con el corazón de Don Bosco*. MARIO L. PERESSON TONELLI.
39. *Conversaciones sobre Don Bosco*. TERESIO BOSCO.
40. *Acompañamiento y paternidad espiritual en san Juan Bosco*. FERNANDO PERAZA.
41. *100 palabras al oído*. JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ.
42. *Memorias del Oratorio adaptadas*. SAN JUAN BOSCO.
43. *Don Bosco y sus amistades espirituales*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
44. *Don Bosco, maestro de vida espiritual*. ALDO GIRAUDO.
45. *Don Bosco y su obra*. CARDENAL SPÍNOLA.
46. *La santidad para todos*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
47. *Apuntes para una «Historia Espiritual» del sacerdote Gio' Bosco*. GIUSEPPE BUCCELLATO.
48. *El Sistema Preventivo de Don Bosco hoy*. CARLO NANNI.
49. *Psicología de Don Bosco*. GIACOMO DACQUINO.
50. *Don Bosco: una vida para sus muchachos*. ENZO BIANCO.
51. *Testigos de la radicalidad evangélica*. JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ - RAFAEL VICENT (editores).
52. *Las cosas de Don Bosco*. JOSÉ JOAQUÍN GÓMEZ PALACIOS.
53. *Espiritualidad salesiana*. EUGENIO ALBURQUERQUE (coord.).
54. *«En el mundo, mas no del mundo»*. FRANCESCO MOTTO.
55. *Escritos espirituales*. SAN JUAN BOSCO.
56. *Seguir a Jesucristo tras las huellas de Don Bosco*. MARIO L. PERESSON TONELLI.
57. *¡Buenos días, Don Bosco!* NICOLÁS RUIZ.
58. *Vida de Don Bosco: afanes, retos y pasión*. COLETTE SCHAUMONT.
59. *Don Bosco santo*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
60. *Francisco y Don Bosco*. ALEJANDRO LEÓN.
61. *Los diez diamantes*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
62. *La tarea de educar en la experiencia «oratoriana» de Don Bosco*. JOSÉ M. PRELLEZO.
63. *La espiritualidad de Don Bosco*. GIUSEPPE BUCCELLATO.
64. *Don Bosco, una historia siempre actual*. D. AGASSO - R. AGASSO - D. AGASSO JR.
65. *La espiritualidad de la educación*. JEAN-MARIE PETITCLERC.
66. *Luz para mis pasos*. JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ (editor).
67. *Don Bosco y la misericordia de Dios*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
68. *La pedagogía de Don Bosco en doce palabras clave*. JEAN-MARIE PETITCLERC.
69. *Don Bosco que sufre*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
70. *Rezar con Don Bosco*. JEAN-MARIE PETITCLERC.
71. *Valores humanos y virtudes cristianas en Don Bosco*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
72. *Espíritu y espiritualidad salesiana*. EUGENIO ALBURQUERQUE.
73. *Rezar con Domingo Savio*. JEAN-MARIE PETITCLERC.

# Presentación

*Hace ya tiempo que se echaba de menos una nueva biografía de **Don Bosco**<sup>1</sup>. Los deseosos de conocer la figura, el pensamiento y las obras del santo de Turín se veían obligados a recurrir a libros escritos hace medio siglo. Libros, por cierto, con muchas ediciones y traducidos a varias lenguas, que certifican el permanente interés por el santo, pero que, a duras penas, hacen buenas las razones para presentarle con actualidad, y para que siga creciendo y dilatándose el interés de los hombres de nuestros días por él.*

*La actualidad de Don Bosco queda demostrada con la continua difusión de sus obras y la veneración que le tributa la piedad popular.*

*Recientemente, y dejando de lado muchas evocaciones de la historia social y política italiana vivida por Don Bosco, era lógico se hicieran nuevos estudios sobre las relaciones por él tenidas con muchos de los protagonistas de aquellos sucesos para así alcanzar una imagen más segura.*

*Teniendo en cuenta estos estudios, he aquí al habilísimo escritor Teresio Bosco que, a la par que actualiza al santo y su mensaje y demuestra la validez de su sistema educativo y pastoral, sabe colocarlo dentro de la perspectiva histórica de su tiempo, para mejor entenderle.*

*El lector ve abrirse, página tras página, las dimensiones imperecederas de esta gran figura, que sintonizan felizmente con la renovación conciliar y quedan en pie, en medio de los cambios culturales de nuestro tiempo, con perspectivas de futuro. Bastaría pensar, para convenirse de ello, en el tipo de apostolado que el santo eligió para sí y para su familia espiritual: precisamente, en un momento en el que la juventud no se inclinaba por la Iglesia, ni por la sociedad; cuando los grupos populares se mantenían al margen de toda actividad social y política, y los seglares no alcanzaban a ser considerados en la misma Iglesia como insustituibles colaboradores de la evangelización del pueblo de Dios, Don Bosco volcaba preferentemente sus atenciones en favor de esta clase de personas.*

*Se ha hablado mucho del humanismo cristiano de Don Bosco, particularmente al estudiar su sistema educativo; hoy podemos decir, con el*

---

<sup>1</sup> *Don* es la abreviatura de *Donno*, señor. Es un título de dignidad, con el que en Italia se distingue solamente al sacerdote, y que se coloca indistintamente delante del nombre o del apellido.

papa Wojtyla, que Don Bosco, sacerdote de Cristo, ya intuyó cómo en el Evangelio andan juntos la propuesta de la salvación eterna del hombre y los gérmenes de un desarrollo terrenal completo, de su libertad, de su dignidad, de sus derechos; y que, por consiguiente, haciendo del joven un buen cristiano y un honrado ciudadano, se preparan hombres para la justicia y para la paz, y colaboradores seculares para la evangelización.

El autor, perfecto conocedor de la historia y de la cultura, puede responder como nadie a las preguntas del hombre moderno frente a ciertas alternativas sociales y políticas realizadas por Don Bosco, que vivió en un momento crucial para la historia de Italia, de Europa y del Mundo.

Naturalmente, una gran parte de la vida y de las vicisitudes terrenas de Don Bosco escapa a los parámetros de los conocimientos históricos y no tiene más explicación que los carismas sobrenaturales, de los que él y sus contemporáneos fueron conscientes. Es éste un dato, a no perder de vista, si se quiere alcanzar el conocimiento completo de Don Bosco; ni tampoco se puede olvidar el lugar que ocupa María Auxiliadora en su vocación y en su obra.

Al leer este libro, escrito en ese estilo al que están acostumbrados los hombres de hoy, merced a la difusión de la prensa —de la que fue un apóstol Don Bosco— y de los instrumentos de comunicación social, se tiene la sorpresa del encuentro con hechos y dichos, frente a los cuales vuelve a conmoverse el lector de nuestros días, lo mismo que se conmovían los que fueron sus testigos oculares.

Don Bosco, al traducir a términos sencillos y comprensibles —como había hecho con él mamá Margarita— los valores del Evangelio, construía en sus jóvenes al hombre capaz de vivir su tiempo y preparar el futuro.

Al leer de nuevo esta historia, al conmoverse ante los episodios humanísimos de que se compone, al comprender su significado, gracias al lenguaje sencillo con que está escrita, se entiende por qué Don Bosco, después de un siglo de sucesos tan extraordinarios, sigue todavía tan vivo, como si fuera un hombre de nuestro tiempo, y sus intenciones gozan todavía de la perspectiva de la profecía y del porvenir.

Juan Raineri, Consejero Superior de los Salesianos



## Del cómo y del porqué de este libro

A primeros de 1978 don Juan Raineri y la dirección de la *Editorial Elle Di Ci* me pidieron escribiera una biografía de Don Bosco con estas dos características: *popular y agradable* en la forma, y *digna y seria* en el fondo.

Entrambos partían de una misma preocupación: los escritos aparecidos sobre Don Bosco durante los últimos quince años, se podían dividir en dos sectores:

— uno, el de los libros que seguían narrando los más hermosos sucesos de su vida “de cara al pueblo sencillo y los muchachos”, despreocupándose de los estudios históricos generales del tiempo de Don Bosco y de los específicos de su figura; estos libros, muy difundidos, alcanzan ciertamente el renombre de la divulgación, pero acaban por reducir la gigantesca figura de Don Bosco a “mercancía para chiquillos”, a “historietas de tebeo”;

— otro, el de los libros que estudiaban aspectos fundamentales de Don Bosco y de su tiempo “dando por descontados y conocidos” los sucesos, las narraciones, los hechos, en los cuales se detenían solamente para “desmitizar” algunos detalles de episodios que se apoyaban en testimonios dudosos o fantasiosos.

Entre “bonito cuento” y “estudios críticos”, corría Don Bosco el riesgo de ser poco conocido y de presentar una figura llena de dudosas leyendas.

El presente libro intenta abrir un tercer camino.

Narra la vida de Don Bosco, no da nada por conocido, y tiene en cuenta todo lo que está en la base de los hermosos sucesos, llenos de aventuras y dramatismo, del santo sacerdote de Valdocco.

Tiene en cuenta, por tanto:

— el *testimonio autógrafo de Don Bosco*, es decir, las muchas páginas escritas de su puño y letra, conservadas en el Archivo Salesiano (muy en particular el manuscrito *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*: 180 páginas de cuaderno, manuscritas por Don Bosco en 1873, y publicadas por Ceria en 1946);

— el pilón sin medida de *testimonios de sus alumnos y colaboradores*, prestados, casi todos, *bajo juramento* durante los procesos para la beatificación de Don Bosco (muchos de los cuales están incluidos en los diecinueve volúmenes de las *Memorias Biográficas*, compiladas por Lemoyne, Amadei y Ceria);

— los *estudios serios sobre Don Bosco realizados durante los últimos veinte años* por Stella, Desramaut, Wirth, Valentini, Molineris...), los cuales precisan, encuadran, completan, alguna vez deshojan, pero nunca *rompen ni privan de su valor* los testimonios en los que se fundamenta sólidamente la narración de la vida de Don Bosco;

— los *importantes estudios* realizados sobre la *Historia de la Sociedad, del Estado y de la Iglesia en 1800*.

He tenido la suerte de escribir la parte principal del libro, junto a don Pedro Stella y don Eugenio Valentini, los cuales, bondadosamente leyeron y corrigieron mi manuscrito, a medida que lo realizaba. Pude discutir con ellos algunos puntos fundamentales (como por ejemplo, el capítulo 26) y recibir sus preciosas sugerencias. La primera copia fue leída, después, por don Carlos Fiore, el cual me aconsejó los últimos retoques.

Agradezco cordialmente la colaboración de estos hermanos, sin querer, claro está, cargar sobre sus hombros las posibles inexactitudes u opiniones discutibles.

El libro podrá enjuiciarse de mil diversos modos, todos muy legítimos. Pero yo puedo garantizar que me costó largas fatigas y que puse en él mucho interés.

Ojalá sea *para todos*, como un afortunado hallazgo, que les aproxime a Don Bosco, y *para muchos*, lo que ha sido para mí: una ayuda para volver a la "tierra santa" de Valdocco, al clima en el que vivieron Don Bosco, don Rúa, don Cagliero, Domingo Savio, José Buzzetti..., cuando bajo los ojos de la Virgen germinaban, en medio de la sencillez y la pobreza, las grandes intuiciones, las grandes orientaciones y las grandes realizaciones de la obra salesiana.

T.B.

# 1

---

## Emigrante a los doce años

En la cocina. Aquella noche, juntamente con el pan, se mascullaron palabras amargas. Palabras hirientes. Antonio vio a Juan como siempre, con el libro junto al plato, y explotó:

— Voy a echar ese libro al fuego...

Margarita, la mamá, buscó las componendas de costumbre:

— Juan trabaja como todos. Si, además, quiere leer, ¿a tí qué te importa?

— Me importa mucho; porque soy yo el que arrastra este carro. Soy yo el que se rompe las costillas sobre el surco, yo. Y no quiero mantener señoritos. No va a estarse él cómodo y nosotros ¡a pasarlas duras!

Juan reaccionó con violencia. No le faltaban palabras, y no había nacido para poner la otra mejilla. Antonio alzó la mano.

José miraba espantado. Margarita quiso ponerse en medio, pero Juan fue golpeado, como muchas otras veces. Eran pocos sus doce años contra los diecinueve de Antonio.

Ya en cama, Juan lloró de rabia, más que de dolor. Muy cerca de él lloraba también su madre, que aquella noche, tal vez, no durmió.

A la mañana siguiente, Margarita había tomado una decisión. Y dijo a Juan las más tristes palabras de su vida.

— Será mejor que te vayas de casa. Antonio no puede verte. Un día u otro va a hacerte daño.

— ¿Y a dónde voy?

Juan estaba apenadísimo. Y también Margarita. Le indicó ésta algunas haciendas, por las zonas de Moriondo y Moncucco.

— Me conocen a mí. Puede que alguno te dé trabajo, al menos por algunos días. Y después, ya veremos.

## Con el hatillo entre la niebla

Aquel mismo día le preparó el hatillo con unas camisas, sus dos libros y una hogaza de pan. Era el mes de febrero. La nieve y el hielo cubrían el camino y las colinas vecinas.

Juan salió a la mañana siguiente. Mamá Margarita se quedó mirándole desde la puerta. Y agitó su mano, hasta que la niebla envolvió al joven emigrante.

Llamó en las alquerías que le había indicado su madre. Le dijeron que no tenían trabajo para un muchacho. Al atardecer, se habían acabado la hogaza y la esperanza. Ya no le quedaban más que los Moglia. "Pídeselo al señor Luis", le había dicho su madre.

Se detuvo ante el portón, que daba a la era. Un viejo estaba a punto de cerrar. Le miró:

— ¿Qué buscas, chiquillo?

— Trabajo.

— Estupendo. Trabaja. Adiós—. Y siguió empujando el pesado portón para atrancarlo. Juan se armó de coraje.

— Pero yo quiero ver al señor Luis.

Entró. La familia Moglia estaba bajo un porche, mondando mimbres para la viña. Luis Moglia, campesino de veintiocho años, le miró extrañado.

— Busco al señor Luis Moglia.

— Soy yo.

— Me envía mi madre. Me ha dicho que viniera a su casa para trabajar de mozo, en el establo.

— ¿Y cómo te envía fuera de casa, así tan pequeño? ¿Quién es tu madre?

— Margarita Bosco. Mi hermano Antonio me maltrata, y por eso ella me ha dicho que venga a buscar una plaza, de mozo.

— Pobre muchacho, estamos todavía en el invierno, y hasta fines de marzo no tomamos a nadie para el establo. Ten paciencia y vuélvete a casa.

Juan se sintió acobardado y rendido. Rompió a llorar desesperadamente.

— Acépteme, por favor. No me pague nada, pero no me haga volver a casa. Ea, —dijo con toda la fuerza del desesperado—, me siento aquí en el suelo y no me marcharé. Haga lo que quiera conmigo; pero yo no me voy—. Y llorando se puso a recoger los mimbres esparcidos por el suelo y a mondarlos.

La señora Dorotea, en la flor de sus veinticinco años, se enterneció ante aquel muchacho:

— Tómallo, Luis. Probémosle unos días.

También Teresa, muchacha de quince años, intervino a su favor. Era hermana menor del amo, encargada de cuidar las vacas lecheras. Dijo:

— Yo ya soy bastante mayor para ir al campo con vosotros. Este muchacho iría muy bien para el establo.

Así comenzó Juan Bosco, en febrero de 1827, la vida de mozo de cuadra. Los Moglia eran una familia campesina acomodada, aun cuando todos ellos trabajasen de sol a sol. Labraban sus tierras, viñedos y campos. Cuidaban los bueyes y las vacas. Labraban sus tierras, viñedos y campos. Cuidaban los bueyes y las vacas. Rezaban juntos. Por la noche, se reunía toda la familia, en derredor del hogar, para recitar el rosario. Los domingos, el señor Luis acompañaba a todos a la "Misa mayor", que celebraba en Moncucco el párroco don Francisco Cottino.

El trabajo de Juan, mozo de cuadra, no tenía nada de humillante ni de excepcional. Por las granjas de los alrededores, a fines de marzo, había decenas de "mozos" como él. Era el camino normal para los muchachos de familias pobres. Por la fiesta de la Anunciación (veinticinco de marzo), pasaban los patronos por los caseríos, o iban a las ferias, para asalariar muchachos-obreros para el año. Obreros para la temporada y "a la igualada": ocho meses de trabajo firme (abril-noviembre) a cambio de manutención, albergue y quince liras para ropa.

El mozo Juan Bosco era distinto de los demás. Era excesivamente joven (le faltaban seis meses para cumplir los doce años), y, además, llevaba consigo un sueño. Un sueño de verdad, un sueño tenido de noche y con los ojos cerrados. El mismo lo contó.

## **Un sueño que marca el futuro**

"A los nueve años tuve un sueño, que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me metí en medio de ellos, para hacerlos callar a puñetazos e insultos.

En aquel momento apareció un Hombre muy respetable, noblemente vestido. Su rostro era tan luminoso que no se podía fijar en él la mirada. Me llamó por mi nombre y me dijo:

— No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho e ignorante.

En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí:

— ¿Quién sois vos para mandarme estos imposibles?

— Precisamente porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

— ¿Cómo podré adquirir la ciencia?

Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio.

— Pero ¿quién sois vos?

— Yo soy el Hijo de Aquélla, a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día. Mi nombre preguntáselo a mi Madre.

En aquel momento vi, junto a El, una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía como el sol. Viéndome cada vez más desconcertado, me indicó que me acercarse a Ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

— ¡Mira! —me dijo. Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían escapado, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales.

— He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás tú hacer con mis hijos.

Volví entonces la mirada, y, en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, haciendo fiesta al Hombre y la Señora, seguían saltando y balando a su alrededor.

En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí a la Señora que me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello.

Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

— A su debido tiempo todo lo comprenderás.

Dicho ésto, un ruido me despertó y desapareció la visión. Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que me había dado, y me dolía la cara por las bofetadas recibidas.

Por la mañana, conté enseguida el sueño: primero, a mis hermanos, que se echaron a reír, y, luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: "Tú serás pastor". Antonio, con dureza: "Capitán de bandoleros". Mi madre: "¡Quién sabe si un día serás sacerdote!" Pero la abuela dió la sentencia definitiva: "No hay que hacer caso de los sueños".

Yo era de la opinión de mi abuela, pero nunca pude echar en olvido aquel sueño".

Los años siguientes quedaron profundamente señalados por el sueño.

Mamá Margarita había entendido (y también lo entendió pronto Juan) que el sueño señalaba un camino.

## **Ciento ochenta páginas para recordar**

A los 58 años, casi nadie recuerda lo que le sucedió cinco años antes. Pero casi todos se acuerdan, como si hubiera sucedido ayer, de sus nueve, once, quince años. Aún se siente, por las pantorrillas, la áspera corteza de los árboles por los que se trepaba. Parece que era ayer, cuando se acariciaba el suave pelaje del perro, que saltaba sobre nosotros con carreras frenéticas.

A los 58 años, por orden del Papa, Don Bosco escribió la historia de sus primeros decenios. Con su memoria, semejante a un tomavistas (con poca lógica y gran angular) llenó tres gruesos cuadernos (180 páginas). Confundió algunas fechas,<sup>1</sup> pero los episodios, los recuerdos, los detalles gozan de una frescura llena de vida.

Al llegar a la undécima línea anotó: "Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos salesianos, con prohibición de dar publicidad a estas cosas, lo mismo antes que después de mi muerte". Y subrayó estas palabras.

Los Salesianos le han desobecido 73 años más tarde, cerrando así un largo y discutido problema de conciencia. Gracias a ello, hoy podemos seguir en aquellos cuadernos de *Memorias*, las aventuras del muchachocampesino Juan Bosco, hasta en los detalles más insignificantes.

---

<sup>1</sup>Las fechas de la niñez de Don Bosco siguen siendo un problema difícil, aun para los especialistas, dado que los registros municipales del Piemonte empiezan en 1838 para los nacimientos, y en 1866 para matrimonios y defunciones. Para años anteriores hay que acudir a los registros parroquiales, que se remontan a 1625.

## 2

---

# Pequeña pero intensa tragedia

"Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, y era natural de Capriglio; y mi padre, Francisco. Eran campesinos que ganaban honradamente el pan de cada día, con el trabajo y el ahorro".

Juan Bosco vio la luz primera el 16 de agosto de 1815. Su madre le llamaba *Juanín*, diminutivo familiar por todo el Piamonte.

Su primer recuerdo es la muerte del padre. Francisco Bosco había comprado una casita y un pedazo de terreno. Mas, para mantener las cinco personas que tenía en casa, prestaba sus servicios de criado en casa de un vecino, propietario acomodado.

Una tarde del mes de mayo, a la vuelta del trabajo todo sudoriento, cometió la torpeza de entrar en la húmeda y fría bodega del amo. Pocas horas después, le sobrevino una violenta fiebre, probablemente una pulmonía doble. En cuatro días se puso a la muerte. Tenía 33 años.

"No tenía yo aún dos años —cuenta Don Bosco— cuando murió, mi padre. No recuerdo ni su cara. Sólo me acuerdo de las palabras de mi madre: "Ya no tienes padre, Juanín". Todos salían de la habitación del difunto, y yo quería permanecer en ella a toda costa.

— "Ven, Juanín", —insistía mi madre dulcemente.

— "Si no viene papá, tampoco yo quiero ir" —respondía yo.

— "Ea, ven hijo; ya no tienes padre".

Y dicho esto rompió a llorar, me agarró de la mano y me llevó a otra parte. Mientras, lloraba yo, viéndola llorar a ella. Y es que, en aquella edad, ¿qué podía entender un niño? pero la frase "Ya no tienes padre", quedó para siempre en mi memoria. Es el primer hecho de mi vida que recuerdo".



## Tiempos calamitosos

El segundo recuerdo de Juan es el del hambre sufrida aquel mismo año.

I Becchi, pequeño caserío al que pertenecía la casita de la familia Bosco, estaba integrado por diez casas esparcidas sobre un collado, en medio de la amplia y ondulada campiña, cubierta de viñas y bosques. Pertenecía el caserío al arrabal de Morialdo, como a cinco kilómetros del ayuntamiento, Castelnuovo de Asti.

El año 1817 las colinas de Monferrato (Castelnuovo pertenece a la faja norte de esa región) sufrieron, juntamente con todo el Piamonte, dura penuria. Hielos por primavera y, luego, larguísima sequedad. Las cosechas perdidas.

El hambre se apoderó de los pueblos. Hambre canina. Hambre que dejaba morir a los mendigos por los prados, con la boca llena de hierba...

Un documento de aquel tiempo describe a Turín, capital de Piamonte, invadida por una migración bíblica: hileras de gente demacrada y harapienta abandonaban el campo; llegaban a la ciudad, desde valles y montañas, grupos de familias que acampaban, ante iglesias y palacios, con la mano tendida...

En aquel tiempo calamitoso se encontró Margarita con toda la familia a cuestras. Tenía en casa a su suegra (la anciana madre de Francisco), clavada por la parálisis en una silla poltrona, a Antonio (de nueve años) hijo del primer matrimonio de Francisco, y a sus dos niños José y Juan (de cuatro y dos años). Campesina analfabeta, manifestó durante aquellos meses, toda la energía de su carácter.

“Mi madre alimentó la familia, mientras tuvo con qué hacerlo —cuenta Don Bosco—. Después, entregó una cantidad de dinero a un vecino, llamado Bernardo Cavallo, para que fuese en busca de comestibles. Rondó éste por varios mercados, pero no pudo encontrar nada, ni a precios abusivos. Volvió al cabo de dos días, hacia el anochecer. Todos le esperábamos: cuando dijo que volvía con el dinero en el bolsillo y que no traía nada, el miedo se apoderó de todos. Ya aquel día no habíamos comido nada. Mi madre, sin apurarse, empezó a decir: “Mi marido Francisco me dijo, antes de morir, que tuviera confianza en Dios. Hijitos míos, pongámonos de rodillas y recemos”.

“Tras una corta plegaria, se levantó y dijo: “Para casos extraordinarios, medios extraordinarios”. Fuese a la cuadra, en compañía del señor Cavallo, mató un becerro, y, haciendo asar una parte a toda prisa, logró aplacar el hambre de la extenuada familia. Días más tarde pudo proveerse de cereales, a precios enormes, traídos de muy lejos”.

Entre las familias piamontesas del campo, hasta no hace muchos años, matar un becerro era un acto de desesperación. El becerrillo que engordaba en el establo era como una hucha que podía permitir al venderlo en el mercado, la superación de una coyuntura difícil, como por ejemplo, una enfermedad. Matarlo, era lo mismo que privarse de los ahorros de la familia.

## **Un suceso para cambiar la faz del mundo**

Muerte, hambre, inseguridad. Son los primeros recuerdos de un chiquillo que será padre de muchos huérfanos, y dará el pan en sus casas a infinidad de muchachos pobres.

La pequeña tragedia de la familia Bosco, asentada sobre una colina desconocida, se unía a la gran tragedia que, como una tormenta, había perturbado a Europa e Italia en los últimos decenios.

Veintiocho años antes (1789) había estallado en París la revolución francesa, un suceso que cambiaría la faz del mundo. No intentamos, es evidente, ni esbozar su historia; pero, nos parece obligado señalar algunos aspectos de los hechos, que tuvieron profunda incidencia hasta en la vida de Juan Bosco.

Toda Europa quedó saturada de repente por la novedad y la expectativa. En Italia rebotaba el eco de formidables mudanzas. Tras unos siglos de sociedad petrificada por el dominio absoluto del rey y la nobleza, Francia explotaba. Burguesía y pueblo reclamaban sus derechos, el cese de los privilegios de la nobleza y del alto clero. A la luz del sol se gritaba: "libertad" e "igualdad".

Se proclamaban los "derechos del hombre" y la "soberanía del pueblo". "Todos los hombres nacen libres y con los mismos derechos... Y estos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. La fuente de toda soberanía está esencialmente en la nación" (*Preámbulo de la Constitución de 1791*). Para mantener estos derechos (no los de la dinastía real) la armada francesa combatía contra las demás naciones europeas.

Al igual que en toda época de cambios radicales, se mezclaban, sin embargo, formidables y justísimas decisiones con injustas y facciosas violencias.

Los grandes burgueses, que conducían la revolución, hicieron reconocer el derecho de voto solamente para los propietarios. "La intervención en las decisiones gubernativas de un pueblo, privado de instrucción y de autocontrol —declararon— lleva fácilmente a excesos".

La revolución, por tanto, abolía todos los privilegios, pero se detenía frente al de la riqueza. Los burgueses obtenían la libertad, pero los pobres se quedaban tan pobres como estaban.

Por otra parte, la "revolución paralela", llevada a cabo a la par por los grupos populares y campesinos, parecía darles la razón.

Los campesinos franceses asaltaban los castillos de la nobleza y los quemaban. A la vez (eran años de tremenda carestía) impedían, por medios violentos, la circulación de cereales, y trataban cerdaderas batallas contra grupos hambrientos que vagaban desesperados en busca de alimento.

El pueblo de París prendía hogueras revolucionarias violentas y repentinas. El rey Luis XVI, asediado por la gente, se vio obligado a encasquetarse el gorro revolucionario y a brindar por la salud de la nación. Veinte días más tarde era arrastrado a la prisión con toda su familia.

Desde agosto de 1792 hasta julio de 1794, la "revolución paralela" tomó el poder. Los burgueses fueron sustituidos por "representantes populares" a la cabeza de la nación, que se empeñaron en transformar la "revolución de la libertad" en "revolución de la igualdad".

Desdichadamente, algunos éxitos fueron desastrosos.

En septiembre, grupos armados del pueblo asaltaron las prisiones repletas de aristócratas y de presuntos conspiradores, y asesinaron a más de mil personas.

En enero de 1793 se reconoció culpable de traición al rey y fue guillotinado.

El mismo 1793 se inició el "período del terror". Se aplicó el crimen de traición a toda persona "sospechosa" de ser enemiga de la revolución. En octubre, se condenaba a la guillotina a 177. En julio del año siguiente a 1.285. Se liquidaba sin pararse en pelillos, sin el más mínimo proceso a los "enemigos de la revolución".

Al mismo tiempo se procedía a una masiva "descristianización": prohibición del culto cristiano, cierre de iglesias, destrucción de símbolos cristianos, persecución de sacerdotes, sustitución de Dios por el "culto de la Razón" (con vergonzosas mascaradas en la misma catedral de París).

Europa miraba espantada. Los sucesos de París parecían manifestaciones de la locura colectiva. Hasta las personas más progresistas, que al principio habían simpatizado con la revolución, estaban desconcertadas.

Cuando, más tarde, se hablará con miedo de "revolución", se pensará en el período del terror de París. Con el término despreciativo de "revo-

lución democrática" se querrá indicar el "populacho desencadenado por el desorden y la violencia".

## **Un general de veintisiete años: Napoleón**

En julio de 1794 el terror y la "dictadura popular" terminaron con la muerte a sus propios jefes: los fanáticos "jacobinos" Robespierre, Saint Just, Couthon.

La revolución sufrió un fuerte viraje "burgués". La nueva Constitución (lanzada en 1795) reconoció el derecho de voto solamente a 30.000 personas (París tenía 600.000 habitantes). La dirección del país quedaba restringida al ceto de los grandes propietarios. Y se realizaba enseguida una ulterior "regresión": el régimen republicano se transformaba sin más en "imperio".

1796. Un ejército de la revolución llega a Italia capitaneado por un general de 27 años, Napoleón Bonaparte. En el Valle de Padua derrota a los Austriacos tras batallas encarnizadas. Los soldados franceses hablan de fraternidad, igualdad, libertad. Pese a las sombras del terror, esas palabras encienden enormes entusiasmos en las jóvenes generaciones. El reino de Cerdeña (Piamonte-Saboya-Cerdeña) anda revuelto. El rey sale para el destierro.

Pero Napoleón es un genio inquieto. Más que el triunfo militar, persigue luminosas y sangrientas metas de gloria militar.

Las trágicas vicisitudes de aquellos años las estudian hoy los niños de los primeros cursos elementales. En 1799 Napoleón anda por Egipto, y los Austro-Rusos invaden de nuevo el norte de Italia: los cosacos (tupidas y largas barbas, picas amenazadoras) jinetes sobre pequeños caballos de la estepa, penetran en las ciudades. Vuelve Napoleón, y con él la guerra, sembrando la miseria hasta por los ricos campos del Valle del Po.

Después, Napoleón oprime a todas las regiones de Italia arrancándolas dineros y soldados: le sirven para la guerrilla de España y la expedición a Rusia. Invade aquel lejano y misterioso País a la cabeza del más grande ejército de todos los tiempos. Llega al rígido invierno de Moscú y con él la gran caída y la desastrosa retirada. Napoleón se ve morir junto a 600.000 hombres. Entre ellos hay 25.000 italianos. 20.000 ya han caído en España.

Del 16 al 19 de octubre de 1813, en Leipzig, la gigantesca "batalla de las naciones" señala el fin del gran Imperio francés y (en la mente de muchos) el enterramiento de los ideales de la Revolución.

Una vez más cruzan los Alpes y bajan a las llanuras del Po, los austriacos, alemanes y croatas. Dicen que vienen a "liberar a Italia". Pero, como todos los "liberadores", no han sido llamados por nadie, y se cobran robando por pueblos y ciudades. Tras la última convulsión de los "cien días" y la batalla de Waterloo, Napoleón acaba sus días en un islote del Atlántico.

Europa e Italia están rendidas, cubiertas de ruinas y de huérfanos. Los campos asolados por la guerra, despoblados por "las levass" que requisaban a la fuerza a los jóvenes para llevarlos a morir en los lejanos campos de batalla...

La gente que gritó durante años "libertad", busca ahora la paz.

En medio de esta gran tragedia de los pueblos vivió la familia Bosco, en 1817, su pequeña pero intensa tragedia.

## **El rey retrasa el reloj quince años**

Juan Bosco aprenderá en los libros de historia que ha nacido en los albores de una nueva época, llamada "restauración". Iniciada el 1º de noviembre de 1814, con la apertura del Congreso de las naciones vencedoras en Viena, duraría en la mayor parte de Italia hasta 1847, principio del "*Risorgimento*".<sup>1</sup>

La restauración es una época de grandes equivocaciones. Los reyes destronados por la Revolución y por Napoleón, vuelven, por voluntad del Congreso, a sus tronos, y pretenden, con unos rasgos de pluma, cancelar veinticinco años de historia.

Italia fue dividida, en la fiesta de Viena, como si fuera una torta, en ocho pedazos: el Reino de Cerdeña (comprendiendo Piamonte, Cerdeña, Saboya, Niza y adjuntándole la república de Génova), el Reino Lombardo-Véneto (estrechamente sometido a Austria), el Ducado de Módena, el de Parma y Piacenza, el Gran Ducado de Toscana, el Principado de Lucca, los Estados Pontificios y el Reino de las Dos Sicilias.

Víctor Manuel I vuelve a Turín. En una carroza de gala, cercado de nobles, vestidos a la antigua usanza, con peluca empolvada y coleta.

La gente aclama al rey por las calles. Los campesinos, sobre todo, quieren la paz, más que nada. Pero las pelucas empolvadas de la nobleza la quieren garantizar reconstruyendo "todo como antes". Desconocen las nuevas realidades, positivas, que, pese a haber nacido en

---

<sup>1</sup> Período de la independencia italiana.

medio de las sangrientas campañas de Napoleón, se han robustecido en Italia.

La historia ha ido caminando y no hay quien pueda hacerla volver atrás. La burguesía se ha consolidado como una clase nueva. El comercio y los hombres viajan a través de la sólida red de carreteras construidas por los ingenieros napoleónicos.

Durante centenares de años, una gran masa de la población italiana nació, vivió y murió en la misma granja, en el mismo pueblo, petrificada en sus pequeñas autarquías, en sus costumbres seculares. Los soldados napoleónicos rompieron aquella inercia. La emigración interior, si bien provocada por causas trágicas, se convirtió en un fenómeno de masas.

Periódicos y libros viajan también en las diligencias. Son pocos los que saben leer, pero la curiosidad es ya una condición extendida. Los pocos lectores comunican noticias, los horizontes se amplían. Francisco IV de Módena denunciará en el congreso de Lubiana (1821): "La libertad de prensa, la difusión de las escuelas, la libertad dada a todos para aprender a leer y escribir: esa es la mala simiente, de la que nacen las revoluciones".

La agricultura experimenta enseguida en Piamonte un nuevo y vigoroso desarrollo. Se acaba con los últimos bosques de llanuras y colinas. Se abren amplias zonas para el cultivo. Se plantan millares de moreras, que permiten un rápido desarrollo para el cultivo del gusano de seda.

Pronto van surgiendo por doquier manufacturas, talleres, grandes máquinas. La industria se abre paso, los precios se estabilizan.

Víctor Manuel I, al día siguiente de su vuelta, revoca las leyes de los últimos quince años y pone en vigor las de antes de Napoleón. Los nobles y el alto clero recuperan sus privilegios. La burguesía pierde de repente muchos de sus codiciados derechos.

Consecuencias: mientras el rey retrasa su reloj 15 años, los burgueses intelectuales (como Silvio Pellico) emigran a Milán; la juventud de las mejores familias se inscribe en las sociedades secretas y pone sus esperanzas en un príncipe jovencísimo de la casa Saboya-Garignano, de nombre Carlos-Alberto, que parece sensible a los tiempos nuevos.

Los ecos de todo esto llegan muy apagados a las colinas de Monferrato, donde vive Juan Bosco los años pobres y serenos de su infancia.

# 3

---

## Los años del hogar

Margarita tenía 29 años, al morir su marido. Muy joven todavía para el peso que debía sostener. Pero no empleó muchos días para compadecerse de sí misma. Se arremangó los brazos y empezó a trabajar.

En casa había ollas que fregar, había que lavar la vajilla, ir a buscar agua, arreglar las habitaciones. Esto en los momentos "libres"; las horas "buenas" era para el campo y el establo.

Al igual que otras robustas campesinas, cortaba la hierba, araba, sembraba, segaba el trigo, agavillaba, lo llevaba a la era, trillaba. Cavaba las viñas, pensaba en la vendimia y en el trasiego del vino.

Tenía las manos ásperas por el trabajo y sabía acariciar suavemente a sus niños. Porque, es verdad, era una trabajadora, pero ante todo era la madre de sus hijos.

Con firmeza y dulzura supo llevarles adelante. Cien años más tarde, escribirían los psicólogos que el niño necesita, para madurar bien en la vida, el amor *exigente* de un padre, y el *sereno y alegre* de la madre. Y dirán que los huérfanos corren el peligro del desequilibrio afectivo hacia una sola vertiente: la afeminación sin nervio, para los hijos de mamá; la aridez ansiosa, para los hijos de papá.

Mamá Margarita encontró en sí misma un equilibrio instintivo que le hizo unir y alternar la firmeza serena con la alegría tranquila. Don Bosco, en su estilo educativo, debe mucho a su madre.

### **Una persona grande**

"En la base y en el vértice de su pedagogía instintiva —escribe Auffray— Margarita Occhiena colocó el sentido religioso de la vida".

*Dios te ve*, era una de sus expresiones más frecuentes. Dejaba que sus niños fueran a brincar por los prados vecinos y les decía, al salir:

"Acordaos de que Dios os ve". Si les veía rumiando pequeños rencores, o a punto de inventar una mentira, para salir de apuros: "Acordaos de que Dios ve hasta vuestros pensamientos".

Pero no era un Dios-carabinero el que ella iba esculpiendo en la mente de sus pequeños. Cuando, de noche, lucían las estrellas y ellos tomaban el fresco en el umbral, ella les decía: "Fue Dios quien creó el mundo y puso allá arriba tantas estrellas". Y cuando los prados se cubrían de flores, murmuraba: "Qué de cosas bonitas ha hecho Dios para nosotros". En la siega, en plena vendimia, mientras cobraban aliento, les decía: "Demos gracias al Señor. Qué bueno ha sido con nosotros. Nos ha dado el pan de cada día".

Después de la tormenta y el granizo, que lo habían asolado todo, la mamá invitaba a reflexionar: "El Señor nos los dió, el Señor nos lo quitó. El sabrá por qué. Si hemos sido malos, recordemos que con Dios no se juega".

Así que Juan aprendió a ver, junto a la mamá, junto a los hermanos, junto a los vecinos, a otra persona, a Dios. Una persona grande. Invisible, pero presente por doquiera. En el cielo, en los campos, en el rostro de los pobres, hasta en la voz de la conciencia, que iba diciendo: "Has hecho bien, has hecho mal". Una persona en la que su madre ponía confianza ilimitada e indiscutible. Era padre bueno y providente, daba el pan de cada día, permitía, a veces, ciertas cosas (la muerte de papá, el granizo sobre la viña) difíciles de entender: pero "El sabía por qué, y eso bastaba".

## **El "mocho" y la sangre,**

Tenía Juan cuatro años, cuando su madre puso en sus manos por vez primera tres o cuatro vergas de lino enriado para deshilar. Un trabajo fácil, pero trabajo. Así empezó a colaborar con la familia, que vivía del trabajo de todos.

Más tarde, se unió a los hermanos para hacer los servicios de la casa: ir por leña, encender el fuego soplando sobre las brasas escondidas bajo la ceniza (para ahorrar las pajuelas cubiertas de azufre), sacar agua del pozo, desgranar legumbres, barrer las habitaciones, limpiar la cuadra, llevar las vacas al pasto, vigilar la cocción del pan en el horno...

---

<sup>1</sup> Mocho, juego de niños, que consiste en hacer saltar al aire un trozo de madera afilado por los extremos, para batirlo con un palo largo.



Pero, terminados estos pequeños trabajos (vigilados por la mamá), llegaba el tiempo de jugar. No había que buscar espacio: la casa estaba cercada de prados. Los amigos están esperando: muchachuelos fuertes, llenos de vida, a veces bastos y deslenguados. Van en busca de madrigueras de topos, nidos de pájaros. Juegan partidas interminables.

Uno de los juegos que les gusta es "el mocho", un *béisbol* primitivo. Una tarde entra Juanito en casa antes de tiempo, con la cara chorreando sangre. El mazo de madera del "mocho" le ha dado violentamente en un carrillo. Margarita está preocupada. Y mientras le cura:

— Un día vas a venir con un ojo fuera. ¿Por qué vas con esos chicos? Ya sabes que hay alguno que no es muy bueno.

— Si es por darle gusto, no volveré más. Pero, mire, mamá, cuando estoy yo con ellos, son mejores. No dicen palabrotas.<sup>1</sup>

Margarita le deja ir.

El atrevimiento va más deprisa que la estatura.

Juan tiene cinco años, José siete. Margarita les envía a apacentar un hatillo de pavos. Los animales cazan insectos y los hermanitos juegan. De pronto, José repasa sus dedos y grita. Falta un pavo.

Buscan con afán. Nada. Un pavo es muy grande, no puede perderse así. Detrás del seto vivo, Juan descubre un hombre. Y piensa de repente: "El lo ha robado". Llama a José y se acerca resuelto:

— Devuélvanos el pavo.

El forastero le mira maravillado:

— ¿Un pavo? ¿Y quién lo ha visto?

— Usted lo ha robado. Sáquelo fuera. Y si no, gritaremos "¡al ladrón!" y le darán a usted de palos.

Con cuatro azotes se puede hacer correr a dos chiquillos. Pero el aire resuelto de aquel par le roba la calma. Hay campesinos por el contorno, y si se ponen a gritar, todo puede suceder. Saca un saco del seto, y extrae el pago.

— Quería gastaros una broma.

— No es una broma de hombre honrado —replican los chavales mientras se va.

Por la noche, como siempre, se lo cuentan a la mamá.

— Os habéis librado de un peligro.

— ¿Por qué?

— Porque, ante todo, no estabais seguros de que fuese él.

---

<sup>1</sup> La costumbre de tratar de "usted" a los padres, duró en Piamonte casi hasta 1930.

- Pero allí cerca no había nadie más.
- No basta eso para llamar a uno ladrón. Además, vosotros sois unos chiquillos y él era un hombre. ¿Y si os hubiera hecho algo?
- Entonces, ¿teníamos que dejarnos robar el pavo?
- No es malo tener valor. Pero es mejor perder un pavo, que quedar mal parado.
- Hum, —murmura Juanito pensativo—. Será como usted dice, mamá. Pero era un pavo precioso y gordo...

## **La vara en el rincón**

Margarita era una madre dulcísima, pero fuerte y enérgica. Sabían muy bien sus hijos que, cuando decía no, era que no. No había caprichos capaces de hacerle cambiar de parecer.

En un rincón de la cocina estaba siempre "la vara": un mimbre flexible. Nunca la usó, pero tampoco la quitó del rincón.

Un día hizo Juan una gorda. Tal vez, por las prisas de ir a jugar, dejó abierta la conejera y los conejos se escaparon al prado. Menudo trabajo hubo para poderlos recoger.

De vuelta en la cocina, señaló Margarita el rincón:

— Juan, trae la vara.

El niño se retiró hacia la puerta:

— ¿Que va usted a hacerme?

— Tráela y verás.

El tono era decidido. Juan la tomó, y entregándosela desde lejos:

— Quiere usted medir con ella mis espaldas...

— ¿Y cómo no, si me las haces tan gordas...?

— Mamá, no volveré a hacerlo.

La madre sonreía. Y el niño también.

Un día de sol achicharrador, Juan y José vuelven de la viña con una sed de muerte. Margarita va al pozo, saca un cubo de agua fresca, y con el cazo de cobre da de beber, primero, a José.

Juan pone cara de enfado. No le ha gustado la preferencia. Cuando la mamá va a darle de beber a él, hace señales de que no quiere, Margarita no dice nada. Lleva el pozal a la cocina y cierra la puerta. Pasa un instante y entra Juan:

— Mamá...

— ¿Qué pasa?

— ¿Me da de beber también a mí?

- Creía que no tenías sed.
- Perdón, mamá.
- Así está bien—, y le acercó el cazo goteando.

Ocho años. Juanito es un chico estupendo. Sus carcajadas retumban. Es pequeñito y fuerte. Tiene los ojos negros, los cabellos ensortijados y tupidos como la lana de un cordero. Le gustan las aventuras y el peligro. No se queja nunca de los rasguños en las pantorrillas.

Ya ha subido a más de un árbol para cazar nidos de pájaros. Pero una vez le fue mal. Había un nido de currucas muy escondido en la resquebrajadura de un tronco. Metió el brazo dentro hasta el codo, pero luego no podía sacarlo fuera. Prueba que te probarás, mientras el brazo se le hinchaba en aquella especie de mordaza, José, que le miraba desde abajo, tuvo que ir corriendo a llamar a su madre. Margarita se acercó con una escalerilla de mano, pero tampoco tuvo suerte. Se vio obligada a ir en busca de un campesino con una hacha. Juan, mientras tanto, sudaba y trasudaba. Y José siempre abajo (con más miedo que él) le gritaba: "Aguántate fuerte ¡que ya llegan!"

El campesino envolvió el brazo del chiquillo en el delantal de Margarita y comenzó a golpear el tronco. A los siete u ocho golpes, salió el brazo fuera.

Margarita no tuvo valor para reñirle. Estaba más mortificado que un perrito mojado. Solamente le dijo:

- No quiero que me hagas una cada día.

## **El diablo en el desván**

Una noche de otoño, está Juanito con su madre en casa de los abuelos en capriglio. Es la hora de la cena. La numerosa familia está en derredor de la mesa, envuelta en una oscuridad, apenas rota por la luz del candil. Cuando he aquí que se oye ruido en el techo. Una, dos, tres veces. Miran todos hacia arriba, sin apenas respirar. Una pausa silenciosa. Y de nuevo, en el desván, un rumor misterioso, seguido de un arrastramiento largo y sordo. Las mujeres se santiguan, los niños se aprietan contra sus madres.

Una vieja empieza a contar con palabras circunspectas cómo, en tiempos pasados, se oían en el granero ruidos prolongados, gemidos, gritos espantosos. "Era el diablo. Y ahora ha vuelto", murmuró santiguándose.

Juan rompió el silencio diciendo tranquilamente:

- Yo creo que es la garduña y no el diablo.

Le hace callar por inoportuno. Y, mientras tanto, seguía un batacazo, un largo arrastrarse, quejumbroso. El desván de madera, a donde todos miran asustados, es un largo sotechado que sirve de granero.

Juanito rompe de nuevo el silencio brincando sobre la silla y diciendo:

— Vamos a ver.

— Estás loco. Margarita, deténlo. ¡Con el diablo no se juega!

Pero el muchacho está ya en pie, toma una candela, la enciende, agarra un palo. Le dice Margarita:

— ¿No sería mejor esperar a mañana?

— Mamá, ¿también usted tiene miedo?

— No. Vamos a verlo juntos.

Suben las escaleras de madera. Se les unen otros, alumbrando con velas y blandiendo palos. Empuja Juan la puerta del sotechado, levanta la candela para ver mejor. Y una mujer grita apurada:

— Allí, en aquel rincón... ¡mirad!

Miran todos; un cesto de trigo, boca abajo, se tambalea, se mueve, avanza. Juan da un paso adelante.

— ¡No! ¡Cuidado! ¡Es un cesto embrujado!

Lo agarra Juan con una mano y lo tira al aire. Una gallina gorda y desgrefñada, allí prisionera, quién sabe desde cuánto tiempo, salta fuera como una bala de fusil, cacareando.

En torno de Juan, rien, ahora, todos como locos. El diablo era una gallina. Se ve que el ligero cesto, estaba apoyado contra la pared en equilibrio inestable. Como quiera que, metidos entre los mimbres, quedaban algunos granos de trigo, había ido la gallina a picar y el cesto le cayó encima, dejándola prisionera. Cansado de estar dentro y hambriento, el pobre animal buscaba la forma de salir, arrastrando el cesto de un lado para otro, y el cesto iba golpeando otros objetos del desván, provocando los batacazos y largos arrastamientos sobre el pavimento.

### **La mancha de aceite crecía**

Margarita va al mercado de Castelnuovo, cada jueves. Lleva a cuestas dos bultos con quesos, pollos y verduras para vender. Vuelve con telas, velas, sal, y algún regalito para los niños, que salen a su busca a la puesta del sol, corriendo por el sendero.

Un jueves, durante una larguísima partida al "mocho", el pequeño trozo de madera fue a dar en el techo.

— En el armario de la cocina hay otro —dice Juan—. Voy a alcanzarlo.

Va corriendo. El armario es demasiado alto para él y tiene que subirse a una silla. Se levanta sobre la punta de los pies, extiende bien su brazo, y ¡patacrac! Un vaso de aceite que estaba sobre el armario cae al suelo, se rompe y el aceite se extiende sobre las rojas baldosas.

José, al ver que su hermano tarda en volver, corre a galope. Contempla el desastre y se lleva las manos a la boca:

— ¡Dios mío, la mamá esta noche...!

Quieren arreglarlo. Toman la escoba. Se dan prisa en recoger los trozos. Pero la mancha de aceite ¿quién la quita? Se hace cada vez mayor, como el miedo.

Juan guarda silencio durante más de media hora. Luego saca del bolsillo su navajita, va a la mimbrera, corta un hermoso mimbre flexible y se pone a un lado a mondarlo. Mientras tanto, trabaja su mente: va estudiando lo que dirá a la mamá.

Al fin queda la corteza del nombre llena de adornos y dibujitos.

A la caída del sol, sale al encuentro de la madre. José se queda un poco atrás. Juan, por el contrario, corre:

— Buenas tardes, mamá. ¿Cómo está?

— Bien. Y tú, ¿has sido bueno?

— Hum, mamá, mire —y extiende el mimbre embellecido.

— ¿Qué has hecho?

— Esta vez merezco que me pegue. Por desgracia, he roto el vaso de aceite.

Le cuenta todo lo sucedido y termina:

— Le he traído un palo porque me lo merezco. Tómelo, mamá.

Y extiende el mimbre mirándola de arriba abajo, con sus ojillos medio arrepentidos, medio pícaros.

Margarita le contempla un momento y después estalla en risas. También ríe Juan. Le toma la mamá por la mano y caminan hacia casa.

— ¿Sabes que me estás resultando un tunante, Juan? Me disgusta lo del vaso de aceite pero estoy contenta porque no has venido a contarme mentiras. Otra vez, presta más atención, porque el aceite anda muy caro.

José, que ha visto deshacerse la tempestad que temía, se acerca también. José, tiene ya diez años, crece sereno y tranquilo. Le falta la vivacidad y el bullicio de Juan. Es paciente, tenaz, ingenioso. Quiere mucho a la mamá y a su hermanito, y tiene un poco de miedo a Antonio.

## **"Soy tu madre, no tu madrastra"**

Antonio tiene siete años más que Juan, y resulta un adolescente cada vez más encerrado en sí mismo, con ciertas manifestaciones de violencia y rusticidad.

Golpea a veces salvajemente a los hermanitos, y le toca a Margarita correr para quitárselos de las manos. Probablemente sólo es un muchacho hipersensible, traumatizado por la muerte de su madre y de su padre, tan seguidas.

Tiene con Margarita un sentimiento de amor-odio, que le hace pasar de momentos de ternura a golpes impresionantes de ira. A veces, cuando es reprendido por sus caprichos, se abalanza contra ella con los brazos en alto y los puños cerrados. Y grita con voz alterada: "¡Madrastra!"

Margarita podría reducirle con cuatro bofetones (otras madres, en estos tiempos, no tienen mucho escrúpulo en hacerlo). Pero le repugna pegar. Nunca le ha levantado la mano. Sólo le repite con firmeza:

— Antonio, soy tu madre, no tu madrastra. Cálmate y razona. Verás cómo te equivocas portándote así.

Cuando cesaba de hervir la rabia, Antonio se acercaba a pedir perdón. Pero se volvía a inflamar fácilmente, por lo que José y Juan pasaban grandes sustos con tales escenas.

# 4

---

## Tiempo primaveral

La vida de la familia Bosco es una vida pobre. Entre las pocas casas de I Becchi, la de los Bosco es la más pobre. Es una construcción de planta baja y un piso, que sirve de habitación, henil y cuadra.

En la cocina se guardan los sacos de maíz, y de la otra parte de una delgada pared rumian dos vacas. En la planta superior, las habitaciones para dormir, pequeñas y oscuras, de techo bajo.

Pobreza verdadera, pero no miseria, porque todos trabajan, y el trabajo del campesino produce poco, pero produce. Las paredes están desnudas, encaladas. Los sacos de maíz no son muchos, pero se vacían despacio, y terminan por bastar. Las vacas tiran del carro y del arado. Así que dan poca leche y mezquina. Pero es suficiente.

Por eso, a los muchachos de la casa Bosco no les alcanza la tristeza ni la agresividad. En medio de la pobreza puede uno ser feliz, con paciencia.

Entre los ocho y los nueve años, Juan empieza a tomar parte activa en el trabajo de la familia, a condidir su vida austera y dura.

Se trabaja de sol a sol, y el sol de verano se levanta pronto. "A quien madruga, Dios le ayuda", decía Margarita a los muchachos al despertarles al alba. Con los ojos aún cerrados, tal vez se preguntaba Juanito en dónde estaba la ayuda de Dios.

La colación de la mañana era de simple y puro alimento: una rebanada de pan solo y agua fresca. Juan aprende a cavar, a segar hierba, a manejar la podadera, a ordeñar las vacas. Es todo un campesino. Viaja a pie. La diligencia pasa lejos, por la carretera de Castelnuovo, y cuesta. De noche se va a dormir sobre un jergón, lleno de hojas de maíz.

### Los pies del pobre

Si de noche había un enfermo grave en las casas vecinas, iban a despertar a Margarita. Sabían bien que no se negaba a echar una mano. Y ella despertaba a uno de los hijos, para que le acompañase. Decía:

— Vamos. Hay que hacer una obra de caridad.

“Hacer una obra de caridad”. Con esta simple expresión, en aquellos tiempos, se juntaban muchos “valores”, que hoy llamamos generosidad, servicio, entrega, amor verdadero, altruismo.

En el invierno —recordaba Don Bosco— venía a menudo a llamar a nuestra puerta un mendigo. Había nieve y pedía dormir en el pajar. Margarita, antes de dejarle acostarse en él, le daba un plato de sopa. Después le miraba los pies. Las más de las veces en muy malas condiciones. Las albarcas ya gastadas, dejaban penetrar el agua y el lodo. Ella no tenía otro par para regalarle, pero le envolvía los pies con unos trapos y se los ataba como mejor podía.

En una de las casas de I Becchi habitaba un tal Cecco. Había sido rico, pero todo lo había malgastado. Los muchachos se burlaban de él. A veces le llamaban “cigarra”. Las mamás, en efecto, se lo enseñaban a los niños contándoles la fábula de la hormiga y la cigarra: “Mientras nosotros trabajábamos como hormigas, él cantaba, se iba de parranda. Andaba alegre como una cigarra. Y ahora, mira a qué se ha reducido. Aprende”.

El viejo tenía vergüenza de pedir limosna, y a veces pasaba hambre. Margarita, cuando era ya de noche, dejaba sobre el alféizar un puchero de potaje caliente. Cecco iba a recogerlo, en medio de la oscuridad.

Juan aprendía. Antes la caridad, que el ahorro. Había un muchacho que hacía de mozo en una alquería próxima. Se llamaba Segundo Matta. Por la mañana, el amo le daba una rebanada de pan negro y ponía en sus manos el ronzal de dos vacas. Tenía que llevarlas a pastar hasta el mediodía. Al bajar al valle se encontraba con Juan, que llevaba también las vacas al pasto, y tenía en la mano una rebanada de pan blanco. Por aquel entonces, un pan así era un refinamiento. Un día Juan le dijo:

— ¿Me quieres hacer un favor?

— Con mucho gusto.

— Me gustaría que nos cambiásemos el pan. El tuyo debe ser mejor que el mío.

Segundo Matta se lo creyó, y durante tres meses —él mismo es quien lo cuenta— siempre que se encontraban, se cambiaban el pan. Solamente cuando llegó a hombre, el señor Matta se acordó de ello y entendió que Juan Bosco era un hombre de buen corazón.

## **Bandidos por el bosque**

Junto a la casa había un bosque. Más de una vez, al llegar la noche, llamaban a la puerta de Margarita los “bandidos”, perseguidos por los



guardias,. Iban a pedir un plato de sopa y un saco de paja para dormir.

Por cierto que Margarita no se espantaba con tales visitas. Estaba acostumbrada. Durante los tiempos de Napoleón, eran muchos los jóvenes que escapaban de las "levas". Llegaban al 70 por ciento en los últimos años, al decir de los historiadores. Vivían por los bosques o en las montañas, en grupos. Se daban al pillaje para vivir, o bien se ponían a sueldo en las granjas a fuera de mano, con nombres supuestos. (Uno de los "prófugos de la leva" de Napoleón, en Francia, fue Juan Vianney, que trabajaba de campesino bajo el nombre de Vincent: un día sería el santo cura de Ars).

Lo que preocupaba era que, a menudo, detrás de los bandidos aparecían los carabineros (acabados de organizar precisamente en aquellos años por Víctor Manuel I). Pero en casa Bosco reinaba una especie de armisticio tácito. Los guardias, rendidos por la subida de la colina, pedían a Margarita un vaso de agua, y hasta un trago de vino. Los bandidos, desde el henil, oían sus voces y escapaban silenciosamente. "Aunque muchas veces supieran quién andaba en aquel momento escondido en casa —escribe Juan B. Lemoyne, el principal biógrafo de Don Bosco, que sostuvo con él larguísimos coloquios durante los años de Turín— disimulaban, y jamás intentaron una detención".

Juanito observa todo e intenta entenderlo. Ha sabido, por su madre, que "al principio" eran los soldados del *régimen democrático* los que perseguían a las personas que seguían siendo *fieles al rey*. Ahora, los perseguidores se han convertido en perseguidos. Los carabineros del rey persiguen a los democráticos. Pronto han de volver a cambiar las cosas. Los "colgados de la horca" (como el marqués Miguel de Cavour llama por entonces a los democráticos) llegaron a ser ministros, jefes de policía, dueños de la administración pública. Los perseguidos serán otros.

Mamá Margarita, habituada a tales cambios, ofrece una cazuela de caldo y una rebanada de pan a todo el que llame a su puerta, sin preguntarle en qué partido milita. Tal vez podamos pensar que precisamente estos sucesos hacen nacer en Juan Bosco la convicción de la "relatividad" de la política y los partidos. Porque él creará siempre en la política, como en una componente de la vida discutible y variable. Lo que él llamará "la política del Padre Nuestro".

## **"Mi madre me enseñó a rezar"**

La caridad de I Becchi se hacía por amor de Dios, no por filantropía o por sentimiento. En la familia Bosco, el Señor era de casa. Margarita era iletrada, pero sabía de memoria muchos pasajes de la *Historia Sagrada* y del *Evangelio*. Y creía en la necesidad de rezar, esto es, de hablar con Dios, para tener la fuerza necesaria para vivir y hacer el bien.

"Mientras fui pequeñito —escribe Don Bosco— ella me enseñó las oraciones. Me hacía poner de rodillas con mis hermanos por la mañana y por la noche, y todos juntos rezábamos las oraciones".

El cura estaba lejos, y ella no esperó nunca a que hallase tiempo para ir a enseñar el catecismo a sus hijos. He aquí algunas preguntas y respuestas del *Compendio de la doctrina cristiana* que Margarita había aprendido de pequeña, y que enseñó a Juan, José y Antonio:

P. ¿Qué debe hacer un buen cristiano por la mañana, apenas despertado?

R. La señal de la Santa Cruz.

P. Una vez levantado y vestido, ¿qué debe hacer un buen cristiano?

R. Ponerse de rodillas, si puede, delante de una imagen devota, y renovando con el corazón el Acto de fe, en la presencia de Dios, decir con devoción: Os adoro, Dios mío...

P. ¿Qué se debe hacer antes de empezar a trabajar?

R. Ofrecer el trabajo a Dios".

Una de las primeras "prácticas religiosas", en las que Juanito participó, fue en el Rosario. Era, por entonces, la oración de la tarde de todos los cristianos. Repitiendo cincuenta veces el *Ave María*, también los campesinos de I Becchi hablaban con la Virgen, más madre que reina. Para ellos, el repetir cincuenta veces las mismas palabras no era ningún contrasentido: durante la jornada habían clavado la azada centenares de veces en el surco, y sabían que, sólo así, se obtiene una buena cosecha. Al desgranar el rosario, el pensamiento volaba a los hijos, los campos, la vida, la muerte. Juan empezó a hablar así a la Virgen y sabía que Ella le miraba y le escuchaba.

En las *Memorias* recuerda también Don Bosco su primera confesión: "Fue mi madre a prepararme. Me acompañó a la iglesia, se confesó ella primero, me recomendó al sacerdote. Después me ayudó a dar gracias".

## **Escuela durante el "tiempo de calma"**

Probablemente Juanito acudió a la primera clase elemental, a los nueve años, durante el invierno de 1824-25. Por entonces las clases

empezaban el 3 de noviembre y terminaban el 25 de marzo. Era el "tiempo de calma" en los campos. Antes y después, hasta los bracines de los chiquillos eran necesarios, lo mismo en casa que en el campo.<sup>1</sup>

Como quiera que la escuela municipal de Caltenuovo distaba cinco kilómetros, su primer maestro fue un campesino que sabía leer. Después, su tía Mariana Occhiena, hermana de Margarita y sirvienta del sacerdote-maestro de Capriglio, pidió al sacerdote un puesto en su escuela para el sobrinito.

Don Lacqua accedió, y Juan estuvo como huésped de la tía probablemente durante tres meses. Lo mismo sucedió durante el invierno de 1825-26. Pero, en aquella estación, Antonio (ya con sus diecisiete años) empezó a poner mala cara.

— ¿Por qué enviarle todavía a la escuela? Sabiendo leer y firmar, ya basta. Que tome la azada como hemos hecho los demás.

Margarita intentaba ponerle en razón:

— Según van pasando los años, hace falta más instrucción. ¿No ves que hasta los zapateros y los sastres van a la escuela? Tener en casa uno que sepa de cuentas, no será inútil.

Apenas aprendió a leer, los libros se convirtieron en su pasión. Se los pedía prestados a don Lacqua, y se pasaba muchas tardes del verano, a la sombra de un árbol, devorando sus páginas. Cuando iba con las vacas al pasto, estaba dispuesto a cuidar las de los amigos, con tal de que le dejaran leer en paz.

Mas no se convirtió en un solitario. Le gustaba leer, pero le seguía gustando jugar y trepar por los árboles.

Una tarde, juntamente con sus amigos, vio sobre la rama de una robusta encina un nido de jilgueros. Subió hasta él y vio que había pajarillos, a punto para meterlos en la jaula. Estaba el nido en la punta de la rama.

Juan se lo pensó un poco y dijo a sus amigos: "Los agarro". Despacio, despacio fue deslizándose por la rama, cada vez más delgada y flexible. Alargó la mano, tomó los cuatro pajarillos y se los metió en el seno.

Se trataba de volver atrás, a lo largo de la rama, que se había inclinado hacia adelante, con su peso. Se fue arrastrando despacio, cuando de repente le resbalaron los pies. Se quedó colgado sólo de las manos, a una altura de miedo. Con un golpe de habilidad y fuerza volvió a

---

<sup>1</sup> La enseñanza elemental fue impuesta por la ley en 1822. Era obligatoria y gratuita. Había que enseñar: lectura, escritura, religión y aritmética. Pero no todos los ayuntamientos pudieron aplicar la ley.

enganchan la rama con sus pies, pero luego ya no pudo moverse. Todo esfuerzo para ponerse a caballo de la rama fue inútil. Le sudaba la frente. Desde abajo, gritaban y saltaban los amigos, pero no resolvían nada.

Cuando los brazos no le aguantaron más, se dejó caer en el vacío. Un golpe tremendo. Quedó sin sentido unos minutos. Luego, logró sentarse.

— ¿Te has hecho daño?

— Esperemos que no —logró susurrar.

— ¿Y los pajaritos?

— Aquí están. Vivos—. Metió la mano dentro de la camisa y los sacó.

—Pero me han costado caros...

Intentó caminar hacia su casa, pero temblaba de arriba abajo y tuvo que sentarse de nuevo. Cuando pudo volver a ella y entrar, dijo a José:

— Estoy malo, pero no digas nada a mamá.

La cama surtió sus efectos, mas sintió durante muchos días los del tremendo salto.

### **Un mirlo pequeñito**

Los pájaros le volvían loco. Había alcanzado un nido con un mirlo pequeñito y lo había criado. En la jaula, entretejida con ramitas de sauce, le enseñó a silbar. El pájaro aprendió. Al ver a Juan le saludaba con un silbido modulado, saltaba alegre sobre los barrotes, le miraba con un ojito negro-brillante. Era un mirlo simpático.

Pero, una mañana el mirlo no le saludó con su silbido. Un gato había deshecho la jaula y se lo había comido. No quedaba más que un mechón de plumas ensangrentadas. Juan se echó a llorar. Su madre quiso calmarle, diciendo que todavía encontraría mirlos en los nidos. Pero Juan siguió sollozando. No le importaban nada los otros mirlos. Era a "aquél", a su pequeño amigo, que se lo habían matado y no volvería a ver, al que lloraba.

Estuvo triste unos días, sin que nadie, ni nada, pudiera devolverle la alegría. "Finalmente —cuenta Lemoyne— se detuvo a pensar sobre la inutilidad de las cosas de este mundo, y tomó una resolución superior a su edad: se propuso no apegar más su corazón a ninguna cosa de la tierra". Unos años más tarde, repitió las mismas palabras, con motivo de la muerte de su amigo, y muchas otras veces.

Da gusto reconocer que Juan Bosco no llegó a cumplir nunca el propósito. También él, como nosotros, con corazón de carne, necesitaba amar cosas pequeñas y grandes. Llorará con el corazón hecho pedazos la muerte de don Calosso, de Luis Comollo, y al ver a los primeros

muchachos detrás de los barrotes de la cárcel. Dirá de quien hacía daño a sus muchachos: "Si no fuera pecado, les desharía con mis propias manos". Sus muchachos testimoniarán sobre él con insistencia monótona: "Me quería mucho". Uno de ellos, Luis Orione, escribirá: "Caminaría sobre carbones ardiendo, para volver a verle una vez siquiera, y decirle: 'gracias' ".

La ascética de aquel tiempo enseñaba que "apegar el corazón a las criaturas" era malo. Mejor, no correr el riesgo, amando poco. La del Vaticano II, más evangélica, nos dirá que, es verdad, no hay que transformar las criaturas en ídolos, pero que Dios nos ha dado el corazón para amar sin miedo. El Dios de los filósofos es impasible. Pero el Dios de la Biblia, no: El ama y se irrita, sufre y llora, tiene estremecimientos de alegría y sonrisas de ternura.

## **Su tierra**

A los nueve años empieza el chiquillo a salir del pequeño cascarón de su familia, a mirar alrededor. Juanito miraba y descubría su propia tierra. Hermosa, ondulada, tranquila. Allí crecían las moras, las viñas, el maíz, el cáñamo. Pastaban las vacas y las ovejas. Los bosques extensos y frondosos eran como manchas de un verde intenso. Los campesinos, que labraban lentamente bajo el sol, eran hombres pacientes, tenaces. Gente fiel a su propia tierra, en la que había echado raíces, como los árboles. No tenían vergüenza de quitarse el sombrero ante el sacerdote y ante Dios, y cuando cerraban la puerta de su casa, se encontraban como reyes en medio de su familia.

Juan Bosco fue un gran hijo de Dios, pero también de su tierra. El Cielo le dio la vocación, pero aquel clima, aquel aire, el carácter de aquellas gentes la modelaron y alimentaron. En su voz arrastrará siempre el acento dialectal de sus colinas y en el alma las huellas de su tierra.

# 5

---

## Saltimbanqui

Los nueve años de Juanito están marcados por el "gran sueño": la multitud de muchachos, el Hombre que le amonesta: "No con golpes, sino con mansedumbre", la Señora que le predice: "A su tiempo lo entenderás todo".

A pesar de las prudentes palabras de la abuela, aquella noche nació una luz para el futuro. El sueño de los nueve años —escribe Pedro Stella— condiciona el modo de vivir y de pensar de Juan Bosco. Y condiciona también la conducta de su madre durante el tiempo que sigue. También para ella es la manifestación de una voluntad superior, una señal clara de la vocación sacerdotal del hijo. Sólo así se puede explicar su tenacidad en conducir a Juanito por el camino que le había de llevar hasta el altar.

En el sueño, Juan vio toda una turba de muchachos, y se le ordenó que les hiciera el bien. ¿Por qué no empezar enseguida? Conoce ya a algunos: a los compañeros de juego, a los mozuelos que viven en las granjas esparcidas por el campo. Algunos son muchachos muy buenos, otros son vulgares, blasfemos.

Durante el invierno, muchas familias se juntaban para pasar la velada en alguna cuadra grande, donde bueyes y vacas proporcionaban la calefacción. Mientras cosían las mujeres y fumaban los hombres, Juan empezó a leer a sus amigos los libros que le prestaba don Lacqua: *Guerino Meschino*, *Bertoldo y Bertoldino*, *Los Pares de Francia*. Alcanzó un éxito rapidísimo. "Todos me reclamaban en el establo —cuenta él mismo—. Allí se reunía gente de toda edad y condición. Y todos disfrutaban escuchando inmóviles, durante cinco o seis horas, al pobre lector, de pie sobre un banco para que todos le vieran y oyesen".

El *best-seller* de aquellas veladas era *Los Pares de Francia*. Narraba las maravillosas aventuras, un tanto complicadas, de Carlomagno y sus paladines: Roldán, Oliveros, Ganelón el traidor, el obispo Turpín, las

carnicerías de la espada mágica Durindaina. Escribe Don Bosco: "Empezaba y terminaba las narraciones con la señal de la cruz y el rezo del avemaría".

## **Suena la trompeta en la colina**

Al llegar la primavera cambian las cosas. Las historias no atraen. Juan entiende que le toca hacer algo "más maravilloso", si quiere reunir a sus amigos. ¿Qué hacer?

La trompeta de los saltimbanquis resuena por la colina cercana. Es la feria. Juan va allí con su madre. Allí se compra, allí se vende, allí se discute, allí se trampea. Y allí se divierte. La gente se amontona en derredor de los prestidigitadores y acróbatas. Juegos de prestigio, ejercicios de destreza dejan boquiabiertos a los campesinos. También él podría hacer eso mismo. Sólo que, antes, ha de aprender los secretos de los equilibristas y los trucos de los prestidigitadores.

Pero los grandes espectáculos sólo se ven en la fiesta mayor del pueblo: los equilibristas andan sobre la cuerda, los prestidigitadores hacen "juegos de manos", sacan palomas y conejos de los sombreros, hacen desaparecer a una persona, la cortan en dos y aparece luego íntegra. También son admirados los "sacamuélas sin dolor".

Mas para contemplar estos espectáculos hay que pagar la entrada, una perra gorda (diez céntimos). ¿De dónde sacarla? Margarita responde, después de ser consultada:

— Arréglatelas como puedas, pero no me pidas dinero. No tengo.

Juan se las arregla. Caza pájaros y los vende, fabrica cestos y jaulas y contrata con los vendedores ambulantes, recoge hierbas medicinales y las lleva al boticario de Castelnuovo.

De este modo alcanza poder colocarse en las primeras filas de los espectáculos. Observa atentamente y entiende el equilibrio que da el balancín sobre la cuerda, advierte el rápido movimiento de los dedos que esconden el truco. Llega a descubrir trampas burdas.

Arrancar una muela cariada era, en aquellos tiempos, una tortura para todos. El primer anestésico se empleó en América en 1846. Juan asiste, en una feria de 1825, al espectáculo de "arrancar una muela sin dolor", gracias a unos polvos mágicos. El campesino que se presta para la operación tiene una muela que verdaderamente le duele mucho. El prestidigitador, después de meter los dedos en los polvos, en medio del fragor de trompetas y tambores, se la saca al tirón seco de una llave inglesa que lleva escondida bajo la manga. El campesino se pone en

pie gritando, pero las trompetas arman barullo, y el prestidigitador lo abraza casi hasta ahogarle, gritando: "¡Gracias, gracias! ¡Un éxito rotundo!" Juan es uno de los pocos que ha visto resbalar la llave inglesa, y se va riendo.

En casa ensaya los primeros juegos. "Los repetía día tras día, hasta aprenderlos". Para hacer salir un conejillo del sombrero, para andar sobre la cuerda floja, se requieren meses de ejercicio, de constancia, de revolcones. "¿Lo creeréis? —escribe Don Bosco— a mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, caminaba con las manos, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional".

### **Espectáculo en el prado**

Por la tarde de un domingo, en pleno verano, Juan anuncia a sus amigos su primer espectáculo. Sobre una alfombra de sacos extendidos sobre la hierba, hace milagros de equilibrio con botes y cacerolas sostenidas en la punta de la nariz. Hace abrir de par en par la boca a un joven espectador y le saca fuera una docena de pelotitas coloradas. Trabaja con la varita mágica. Y, al fin, danza sobre la cuerda y camina por ella, entre los aplausos de los amigos.

Corre la voz de casa en casa. Aumenta el público: pequeños y grandes, muchachas y muchachos, hasta los viejos. Los mismos que le oían leer en el establo *Los Pares de Francia*, ahora le ven hacer bajar, desde las narizotas de un ingenuo campesino, un río de monedas, cambiar el agua en vino, multiplicar los huevos, abrir el bolso de una señora y sacar volando una paloma. Rien, aplauden.

Hasta su hermano Antonio iba a ver los juegos —escribe Lemoyne—, pero nunca se ponía en las primeras filas. Se escondía detrás de un árbol, aparecía y desaparecía. A veces, se burlaba del pequeño saltimbanqui:

— Mira el payaso ése ¡el gandul! Yo me rompo las costillas en el campo y él ¡haciendo de charlatán!

Juan sufría. Alguna vez suspendía el espectáculo, para volverlo a empezar doscientos metros más allá, en donde Antonio acaba por dejarle en paz. Aquel muchacho era un charlatán "especial". Antes de empezar el último número, sacaba del bolsillo el Rosario, se ponía de rodillas e invitaba a todos a rezar. O bien, repetía el sermón oído por la mañana en la parroquia. Era la entrada que pedía al público y que hacía pagar a chicos y grandes. Más tarde, Juan será muy generoso para regalar su trabajo, pero, a fe de buen piemontés, exigirá siempre un



precio: no en dinero, pero sí en compromisos con Dios y con los muchachos pobres.

Y después, el brillante final. Ataba una cuerda a dos árboles, subía a ella y caminaba, sosteniendo un rudimental balancín, entre improvisados silencios y aplausos frenéticos.

“Tras algunas horas de diversión —escribe—, cuando yo estaba bien cansado, cesaban los juegos, se hacía una breve oración y cada cual volvía a sus quehaceres”.

## **Primera Comunión**

La Pascua de 1826 cayó en el 26 de marzo. Aquel día hizo Juan su Primera Comunión, en la iglesia parroquial de Castelnuovo. Así la recuerda él:

“Mi madre estuvo a mi lado. Durante la cuaresma, me había ayudado a confesarme tres veces. “Juanito mío —me repitió varias veces—, Dios te va a dar un gran regalo; procura prepararte bien. Confiésalo todo, arrepentido de todo, y promete a nuestro Señor ser mejor en lo porvenir”. Todo lo prometí; si después he sido fiel, Dios lo sabe.

“Aquella mañana me acompañó a la sagrada mesa, e hizo conmigo la preparación y acción de gracias. No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo material, sino que lo empleara en leer y rezar. Me repitió muchas veces:

“Este es un gran día para ti. Dios ha tomado posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas, para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo, comulga con frecuencia; dilo todo en confesión; sé siempre obediente; ve, de buen grado, al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones”.

“Recordé los avisos de mi madre y procuré ponerlos en práctica, y me parece que, desde aquel día, hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en la obediencia y en la sumisión a los demás, que al principio me costaba mucho”.

## **El invierno más duro de la vida**

El invierno siguiente fue para Juanito el más duro de la vida.

Había muerto la abuela (madre de Francisco), y Antonio, con sus 18 años, andaba cada vez más “lejos” de la familia. Sus cuartos de hora de violencia se hicieron más frecuentes.

En los últimos días de octubre, indicó Margarita la posibilidad de enviar a Juanito un año más a la escuela de don Lacqua. Así podría aprender los primeros rudimentos de latín. Antonio reaccionó bruscamente:

— ¿Qué latín ni qué ocho cuartos? ¿Para qué queremos el latín en casa? ¡Trabajar! ¡Trabajar es lo que hace falta!

Con toda probabilidad, indicó Margarita la posibilidad de una carrera eclesiástica para Juan, pero Antonio debió opinar que era una utopía irrealizable. “Para hacer un cura —oirá decir muchas veces Juan— se necesitan diez mil liras”. Una cantidad disparatada, para una familia campesina de aquellos tiempos.

Con la excusa de llevar unos recados a la tía Mariana y al abuelo, que vivían en Capriglio, Juan logró ir más de una vez hasta don Lacqua, durante el invierno 1826-27. Pero Antonio tragaba quina. Hasta que un día estalló la guerra. Lo cuenta el mismo Don Bosco:

“Un día delante de mi madre, y, después, delante de mi hermano José, dijo Antonio con tono imperativo:

— ¡Ya he aguantado bastante! ¡Quiero acabar con tanta gramática! Yo me hice grande y fuerte, y nunca vi un libro.

Dominado en aquel momento por el pesar y la rabia, respondí lo que no debía:

— Tampoco el burro ha ido a la escuela y es más grande que tú.

A tales palabras se puso furioso y, gracias a mis piernas, pude ponerme a salvo de una lluvia de golpes y pescozones. Mi madre estaba afligidísima. Yo lloraba”.

Entre tensiones, cada vez más enconadas, las cosas marcharon adelante durante algunos días. Antonio era testarudo, Juan no se dejaba poner los pies encima y reaccionaba vivazmente. Después, por un libro que Juan había colocado en la mesa junto a su plato, estalló la escenita que hemos contado al empezar estas páginas. Juan no pudo escapar y fue maltratado por el hermano.

Fue a la mañana siguiente, cuando Margarita le dijo aquellas tristes palabras: “Es mejor que te vayas fuera de casa”.

Y en un día nebuloso de febrero, llegó Juan a la granja Moglia, en la que fue aceptado como mozo, gracias a su afligido llanto.

## 6

# Tres años en la granja y uno en la casa Rectoral

Habían pasado algunos días. Luis Moglia dijo a Dorotea:

— No hemos hecho mal negocio, al ajustar a ese muchacho.

Juan Bosco se había puesto a trabajar con todo ahínco y parecía voluntarioso y obediente. Su trabajo consistía en cuidar el ganado. Lo más pesado era rehacer cada mañana "la cama" de paja fresca para las vacas, y sacar fuera el estiércol con la horca y la carretilla. Después, estregar los animales, llevarlos al abrevadero, subir al henil y echar hierba en los pesebres para todo el día, ordeñar las vacas.

Es evidente que todo aquel trabajo no lo hacía Juan sólo: estaba a las órdenes del "vaquero" que le confiaba los trabajos más adaptados a su edad.

A la hora del rosario, por la noche, demostró Juan tal desparpajo, que la señora Dorotea le invitó, más de una vez, a dirigirlo.

Los Moglia le asignaron, para dormir, un cuartucho limpio con una buena cama. Más de lo que tenía en I Becchi, en donde había de condidir la habitación con José, y tal vez también con Antonio. Al cabo de unas noches, Juan se atrevió a encender un cabo de vela, y a leer durante una horita uno de los libros que don Lacqua le había prestado. Nadie le dijo nada, y él continuó.

Por la noche del sábado, pidió permiso al amo para ir a la mañana siguiente temprano a Moncucco. Volvió para el desayuno, y a la diez acompañó al señor Luis y a toda la familia a "Misa mayor".

Como quiera que los sábados siguientes también pidiera el extraño permiso, quiso saber Dorotea a dónde iba el muchacho: que, al fin, ella era la responsable ante su madre. Se fue a Moncucco antes del alba, y vio, desde la casa de una amiga, como llegaba Juan e iba a la iglesia. Allí le vio acercarse al confesonario del párroco, oír la primera Misa y comulgar.

Por aquella época se comulgaba de tarde en tarde. Durante la "Misa Mayor" (a la que asistía toda la gente del lugar) ni siquiera se distribuía la Comunión. El que quería comulgar debía acudir a la "misa rezada", que el párroco celebraba de buena mañana.

Dorothea, acompañándole a casa, le dijo: "De hoy en adelante, cuando quieras venir a misa rezada, puedes hacerlo. No hace falta que pidas permiso".

Juan confió al párroco don Cottino, con el cual se confesaba, su deseo de llegar a ser sacerdote, y también sus dificultades. Don Cottino le animó a confesarse y comulgar cada semana, a rezar durante el día y a confiar en el Señor: si El lo quería, se resolverían las dificultades. Le animó para que no interrumpiera del todo sus estudios: más aún, si fuera compatible con su trabajo, se brindaba a darle alguna lección de latín. Mientras tanto, podía prestarle libros.

### **Por dos granos cuatro espigas**

El anciano José, tío del amo, volvía un día del campo, empapado en sudor, con el azadón al hombro. Era el mediodía, y sonaba la campana de la torre de Moncucco. El viejo, cansado, se sentó sobre el heno para descansar un rato. Un poco más allá, vio a Juan de rodillas en la hierba: rezaba el *Angelus*, como mamá Margarita le había enseñado a hacer por la mañana, al medio día y a la tarde.

Medio en broma, medio en serio, gruñó José:

— ¡Bravo! Los amos a romperse las costillas, de la mañana a la noche hasta no poder más. Y ¡el mozuelo a rezar en santa calma y santa paz!

Juan, también, medio en serio, medio en burla, respondió:

— Cuando hay que trabajar, ya sabe, *tío* José, que no me quedo atrás. Pero mi madre me ha enseñado que, cuando se reza, por cada dos granos nacen cuatro espigas; y si no se reza, por cada cuatro granos nacen sólo dos espigas. Por lo tanto, será mejor que también usted rece un poco.

— ¡Adiós! —concluyó el viejo—. Ahora, hasta tenemos un cura en casa.

Al llegar la primavera, le tocaba al mozo sacar las vacas al pasto: cuidar de que no invadiesen los prados ajenos, que no comiesen hierba demasiado mojada, que no se descornasen.

Sentado a la sombra de un árbol, mientras pacían los animales, Juan halló tiempo para sus libros. Luis Moglia no se quejaba, pero meneaba la cabeza:

- ¿Por qué lees tanto?
- Porque quiero ser cura.

Y ¿no sabes que, hoy, hacen falta, al menos, de nueve a diez mil liras para estudiar? ¿Dónde las vas a encontrar?

- Si Dios lo quiere, alguien pensará en ello.

A veces, va a jugar a los prados Ana, la hija mayor de los Moglia. Tiene 8 años. Ve a Juan leer su libro, en vez de mirarle a ella los ojos, y se molesta:

- Basta de leer, Juan.
- Es que quiero ser cura, y tendré que predicar y confesar.
- Sí, cura (dice burlándose la chiquilla—. Tú serás vaquero.

Un día, Juan le respondió:

— Tú, ana, ahora te burlas de mí, pero un día irás a confesarte conmigo.

(Ana se casó y vivió mucho tiempo en Moriondo. Contó muchas veces a sus hijos este episodio. Cuatro o cinco veces al año iba a Valdocco, a confesarse con Don Bosco. Y él la recibía con alegría, como a una hermana).

Al volver el invierno, los amos le permitieron ir alguna vez a clase con don Cottino. Pero eran pocas lecciones, y tan distanciadas una de otra, que resultaban inútiles.

En cambio, el trato con el párroco le facilitó la amistad con los muchachos de Moncucco. El portal de entrada en la rectoral, que servía de escuela durante la semana, se transformaba los domingos en un pequeño oratorio festivo. Juan Bosco hacía juegos de manos, leía las páginas más llenas de aventuras de la Historia Sagrada, hacía rezar a sus pequeños amigos.

Cuando hacía mal tiempo y no podía ir hasta Moncucco, algunos de las granjas se reunían con él en casa de los Moglia. Subían con Juan al pajar, se divertían y les explicaba el catecismo.

Juan pasó tres años casi enteros en casa de los Moglia: desde febrero de 1827, hasta noviembre de 1829. Años perdidos para sus estudios. ¿Fueron también inútiles para la misión a la que Dios le llamaba?

Pedro Stella recuerda un episodio insignificante a primera vista: "La señora Dorotea y el cuñado Juan, le encontraron un día de rodillas con un libro entre las manos, los ojos cerrados, y la cara vuelta hacia el cielo, y tuvieron que sacudirle, tan absorto estaba en su reflexión". Y argumenta: "No fueron, pues, años inútiles aquéllos, durante los cuales se consolidó profundamente en Juan el sentido de Dios y de la contemplación. Pudo así introducirse en el coloquio con Dios durante el

trabajo del campo. Años que podrían definirse como de espera abstraída y suplicante de Dios y de los hombres”.

El año 1827, publicaba en Milán, Alejandro Manzoni la primera edición de *Los Novios*. En 1828, Santiago Leopardi empezaba a componer en Recanati los grandes *Idilios*. En 1829, Joaquín Rossini ponía en escena en París su obra maestra *Guillermo Tell*. Durante estos tres años, Juan Bosco entregaba las vacas en una perdida granja del Monferrato. Pero empezaba a hablar con Dios.

## **El tío Miguel**

La permanencia de Juan en la granja de los Moglia era una espina clavada en el corazón de Margarita. Probablemente se desahogó con su hermano Miguel, el cual, al cumplirse el término de los contratos del campo (11 de noviembre) fue a hablar con el sobrino. Le encontró, a tiempo de que salía del establo con las vacas.

— Díme, pues, Juan: ¿estás contento de estar aquí o no?

— No. Me tratan bien, pero yo quiero estudiar. Pasan los años, he cumplido ya catorce, y estoy siempre en el mismo punto.

— Entonces, mete las vacas en el establo y vuelve a I Becchi. Yo hablo con tus amos. Luego tengo que ir al mercado de Chieri. Pero esta noche iré a tu casa y lo arreglaremos todo.

Juan volvió a hacer su hato. Se despidió de la señora Dorotea, del señor Estebán, del tío José, de Teresa y Ana. Se habían hecho amigos y lo serían para toda la vida.

Tomó el camino de I Becchi. Cuando llegó, mamá Margarita, que le vio desde lejos, salió a su encuentro presurosamente:

— Antonio está en casa. Ten paciencia, escóndete hasta que llegue el tío Miguel. Si Antonio te ve, va a tramar no sé qué complot, y sabe Dios lo que puede suceder.

Juan dobló detrás de unos matorrales y fue a sentarse junto a un hoyo. Por tanto, no se había acabado todo. Había que prepararse para el combate.

El tío llegó ya de noche, recogió al sobrino, aterido de frío, y le acompañó a casa. Hubo tensión, pero no guerra. Antonio había cumplido ya sus 21 años y se preparaba para montar su casa. Una vez que le garantizaron que la manutención y los estudios de Juan no pesarían sobre él, no hubo más objeciones.

Miguel se puso al habla con los párrocos de Castelnuovo y Buttigliera, para ver si lograba colocar en su casa al sobrino estudiante, pero

tropezó con muchas dificultades. La solución llegó como menos se pensaba.

### **Cuatro perras chicas por un sermón**

En septiembre de aquel año 1829, había ido a establecerse como capellán, en Murialdo, don Juan Melchor Calosso, sacerdote de unos setenta años, que, por razones de salud, había renunciado pocos años antes a la parroquia de Bruino. Era un sacerdote venerado, de años y de experiencia pastoral.

Hubo en noviembre una "misión predicada" en el pueblo de Buttigliera. A ella fue Juan y también fue don Calosso. De vuelta a casa, advirtió el viejo sacerdote entre la gente a aquel muchachote de catorce años, que iba solo.

— ¿De dónde eres, hijo mío?

— De I Becchi. He ido al sermón de los misioneros.

— Dios sabe lo que habrás entendido tú, con tantas citas en latín; —y sacudió la blanca cabeza sonriendo—. Seguramente que tu madre te podría haber hecho un sermón más a propósito.

— Pues es verdad, mi madre me da a menudo buenos sermones. Pero me parece que también he entendido a los misioneros.

— Vamos a ver; si me dices cuatro palabras del sermón de hoy, te doy cuatro perras gordas.

Juan empezó serenamente y recitó al capellán el sermón entero, como si leyese un libro.

Don Calosso no dejó escapar su emoción, y le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Juan Bosco. Mi padre murió cuando yo era muy niño.

— ¿Qué sabes?

— He aprendido a leer y a escribir con don Lacqua, en Capriglio. Ahora me gustaría estudiar, pero mi hermano mayor no quiere saber nada de ello, y los párrocos de Castelnuovo y Buttigliera no tienen tiempo para ayudarme.

— ¿Y por qué quieres estudiar?

— Para ser sacerdote.

— Di a tu madre que venga a hablar conmigo en Murialdo. A lo mejor puedo ayudarte, aunque ya soy viejo.

Margarita, sentada frente a la mesa de don Calosso, le oyó decir:

— Su hijo es un prodigio de memoria. Es preciso que se ponga a estudiar inmediatamente, sin perder más tiempo. Yo soy ya viejo, pero haré todo lo que pueda.

Se pusieron de acuerdo para que Juan estudiara con el capellán, que no quedaba lejos de I Becchi. Volvería a casa, sólo para dormir. En los momentos agudos del trabajo agrícola, todavía podría ayudar en casa.

Juan consiguió de repente lo que por tanto tiempo le había faltado: confianza paterna, sentido de seguridad, esperanza.

"Me puse enseguida en manos de don Calosso —escribe—. Me dí a conocer a él, tal y como era. Le manifestaba con naturalidad mis deseos, mis pensamientos y mis acciones. Así entendí cuánto vale un director fijo, un amigo fiel del alma, pues hasta entonces no lo había tenido. Me prohibió enseguida, entre otras cosas, cierta penitencia que yo acostumbraba a hacer y que no era proporcionada a mi edad. Me animó a frecuentar la confesión y comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación y un poco de lectura espiritual".<sup>1</sup>

### **"Con él morían mis esperanzas"**

Por septiembre de 1830 (quizá para quitar los residuos de toda tensión con Antonio) fue a establecerse junto a don Calosso, también por la noche. Sólo una vez a la semana volvía a casa para cambiarse de ropa.

Los estudios progresaban rápidamente. Don Bosco recordaba aquellos días con entusiasmo: "Nadie puede imaginar mi alegría. Quería a don Calosso más que a un padre y le servía con ilusión en todo. Aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me dijo varias veces: "No te preocupes de tu porvenir. Mientras yo viva, nada te ha de faltar. Y si muerto, también proveeré". Me consideraba feliz del todo, cuando un desastre truncó el camino de mis esperanzas".

Una mañana de noviembre de 1830, mientras Juan había ido a casa para cambiar el hato de su ropa blanca, llega una persona a advertirle que don Calosso ha sido atacado de un mal grave.

"Más que correr, volé", recuerda Don Bosco. Sufría un ataque apopléctico. Reconoció a Juan, pero no pudo articular palabra. Le dio la llave del dinero, haciendo gestos de que no la entregase a nadie.

Y eso fue todo. Al muchacho no le quedó más que llorar desesperadamente ante el cadáver de su segundo padre. "Con él morían todas mis esperanzas".

---

<sup>1</sup> En Bruino, don Calosso había encontrado y había dado vida a una Asociación que se llamaba: "Compañía de María Auxiliadora". Había también en la iglesia parroquial un altar dedicado a la Virgen con ese mismo título. ¿Fue a él a quien, por vez primera, oyó Juan Bosco hablar de la Virgen "Auxilio de los cristianos"?



De tejas abajo, aún le quedaba una esperanza: la llave. En la caja había seis mil liras. A juzgar por los gestos de don Calosso resultaba evidente que era para él, para su porvenir. Se lo confirmaban algunos de los que habían asistido al moribundo. Otro, en cambio, sostenía que los gestos no quieren decir nada: sólo un testamento normal da o quita los derechos.

Los sobrinos de don Calosso, al llegar, se comportaron como personas honestas. Se informaron de todo y dijeron a Juan:

— Parece que el tío quiso dejarte a ti este dinero. Toma lo que quieras.

Juan pensó un poco y, después, terminó:

— No quiero nada.

En su *Memorias*, resume Don Bosco estos sucesos con una sola frase: "Llegaron los herederos de don Calosso y les entregué la llave y todo". Es un gesto expeditivo que termina con cualquier cálculo. Una vez sacerdote, tomará como palabra de orden una frase de la Biblia, también muy expeditiva: "*Da mihi animas, coetera tolle*" "Dame las almas, lo demás no me interesa".

De nuevo se queda solo Juan. Tenía 15 años y se encontraba sin maestro, sin dinero, sin planes para el futuro. "Yo lloraba sin consuelo", escribe.



Iglesia de Morialdo. Aquí, junto al anciano don Calosso, Juan Bosco vivió uno de los años más hermosos de su vida.

# 7

---

## El camino hacia Castelnuovo

Sin embargo había que seguir.

En previsión de cualquier nueva oposición de Antonio, Margarita se decidió a dividir el patrimonio con él. Había, por otra parte, un buen motivo, que "encubría" el asunto tan poco simpático a los ojos de los extraños. Antonio estaba a punto de casarse: el 21 de marzo de 1831 llevaba al altar a la castelnovesa Ana Rosso.

Se dividieron los campos, se partió la casa de I Becchi: Antonio se convirtió en propietario de la mitad que mira a levante (con la escalerilla de madera que sube a la primera planta); en la otra mitad siguieron viviendo Margarita, José y Juan.

Por diciembre, Juan se pone en camino. Va a la escuela pública de Castelnuovo. Junto a las clases elementales, el municipio ha abierto un curso de latín, dividido en cinco clases. Como son pocos los alumnos de cada clase, se reúnen en una única sala y tienen un solo profesor, don Manuel Virano.

### La comida en la fiamblera

Los cinco kilómetros que separan I Becchi de Castelnuovo, no parecen, al empezar, un obstáculo insuperable para los quince robustos años de Juan. Dado que la escuela se divide en dos tiempos, uno de tres horas y media por la mañana y otro, de tres horas por la tarde, el muchacho sale por la mañana con un pedazo de pan en la mano, vuelve a comer, se pone de nuevo en camino, por la tarde, y vuelve a casa de noche. Casi veinte kilómetros cada día. Es un ritmo loco, que a los pocos días (¿hasta la primera nevada?) es forzoso cambiar.

El tío Miguel le encuentra una especie de media-pensión en casa de un hombre bueno, Juan Roberto, sastre y músico del pueblo. En su casa come Juan lo que cada día se lleva consigo en la fiamblera.

Sin embargo, los cinco kilómetros de la mañana y los cinco de la tarde no son cosa de risa, particularmente en el invierno. Pero Juan es voluntarioso. Cuando el sendero no está hecho un charco a causa de la lluvia o una pista helada por la nieve, lo mismo que los demás campesinos se quita los zapatos y se los pone en bandolera. Lluvia y viento, sol y polvo son sus compañeros muchos días.

Algunas tardes de enero no se atreve a rehacer el camino por miedo a la niebla, y pide al señor Roberto le deje dormir bajo la escalera, aún quedándose sin cenar.

Mamá Margarita comprende que aquel camino, en invierno, es fatal para la salud de su hijo, y habla con el sastre. Por una cantidad razonable (pagadera en grano y vino) el señor Roberto acepta a Juan, a pensión completa. Le dará una menestra caliente al mediodía y a la noche, y podrá dormir bajo la escalera. El pan lo pondrá su madre.

Ella misma le acompaña a Castelnuovo, llevando en la cesta las pocas ropas necesarias para un muchachote de quince años. Encarga al señor Roberto "que le eche una miradita y, si es menester, le dé un tirón de orejas", y dice a Juan: "Que seas devoto de la Virgen, para que te ayude a ser bueno".

En la escuela se encuentra entre niños de diez y once años. Su preparación cultural, hasta el momento, era muy corta. Si se añade su chaqueta, tan poquito a la medida, y sus bastos zapatos, es fácil imaginar cuán fácilmente se convirtiera en el blanco de chistes y chirigotas de los compañeros. Le apodan "el vaquero de I Becchi".

Juan, que era el ídolo de los muchachos de Murialdo y de Moncucco, sufre la situación. Pero se entrega con toda su alma al estudio, ayudado y bienquisto por el maestro. Don Virano es un hombre competente y simpático. Al ver su buena voluntad le toma a parte, y en poco tiempo le ayuda a realizar grandes progresos. Un día escribe Juan una redacción verdaderamente buena sobre la figura bíblica de Eleazar; don Virano la lee en público y termina diciendo:

— El que sabe hacer tales redacciones, puede permitirse el lujo de llevar zapatos de vaquero. Porque lo que cuenta en la vida, no son los zapatos, sino la cabeza.

Como a unos veinte kilómetros de Turín se levanta Castelnuovo de Asti sobre una colina. En la cumbre existen todavía las ruinas de un castillo. Precisamente en el punto más alto está la "iglesia del Castillo", dedicada a la Virgen. Juan sube hasta allí varias veces, para pedir a la Virgen "que le ayude a ser bueno".

El pueblo tiene tres mil habitantes, repartidos en seiscientas familias.

Mamá Margarita va allí cada semana desde I Becchi. Le lleva a Juan dos panes grandes, redondos, que deben dar abasto para la semana. Se lo lleva ella para "ver de cerca" cómo van las andanzas del hijo. Hace bien, porque entre los compañeros de escuela de Juan los hay de toda suerte, y ponerse en un mal camino es cosa fácil para un estudiante de sus años.

Cuenta Don Bosco: "Durante aquel año tropecé con algún peligro por parte de ciertos compañeros. Querían llevarme a jugar durante las horas de clase. Y como yo sacara la excusa de que no tenía dinero, me decían: "Ya es hora de que despiertes. Hay que aprender a vivir. Roba a tu amo, a tu madre". Recuerdo que respondí: Mi madre me quiere mucho. No quiero comenzar a darle disgustos".

La escuela, por aquellos tiempos, tenía un aire totalmente religioso. La primera media hora de la mañana estaba dedicada siempre al catecismo. También estaba dedicada a la instrucción cristiana la lección de la tarde del sábado, que se terminaba recitando las Letanías de la Virgen. Los maestros debían dar a sus alumnos no sólo la posibilidad, sino la *comodidad* de asistir a misa cada día, y de confesarse una vez al mes.

### **"En I Becchi sólo hay burros"**

Por abril, Juan está ya a punto de su recuperación escolar, cuando tiene lugar un suceso de amargas consecuencias para él. Don Virano es nombrado párroco de Mondonio, y tiene que dejar la escuela en manos de don Nicolás Moglia.

Es éste un sacerdote piadoso y caritativo, pero tiene 75 años. No alcanza de ningún modo a dominar los cinco cursos que conviven en su escuela. Termina por enfurecerse un día y emplear la vara, y permitir la barahúnda el resto de la semana.

La tiene con los mayores, como responsables del desorden continuo. Demuestra una antipatía singular por el mayor de todos, "el vaquero de I Becchi", pese a que Juan sufre enormemente por la indisciplina colectiva. No pierde ocasión para mortificarle:

— ¿Qué pretendes entender tú de latín? "En I Becchi no hay más que grandes burros". Estupendos borricos, si queréis, pero siempre asnos. Vete a buscar setas, a buscar nidos: ese es tu oficio y no estudiar latín.

Los compañeros que, gracias a la estima de don Virano, habían empezado a dejarle en paz, de nuevo se soltaron. Juan pasó días de desaliento.

Pero un día quiso tomarse la revancha.

Había dado don Moglia unos deberes en clase de latín. Juan, que debía hacer los correspondientes a primer curso, pidió al maestro le permitiera intentar hacer los del tercero. Se ofendió:

— ¿Pues quién te crees ser? Haz tu deber, y procura no ser el asno de siempre.

Pero Juan insistió, y don Moglia terminó por ceder:

— Haz lo que pretendes. Pero no creas que después vaya a leer tus burradas.

El muchacho aguantó con paciencia la amargura y se dió a la traducción. Era algo difícil, pero se sentía con ánimos para hacerla. Fue de los primeros en entregarla. El maestro tomó la página y la puso aparte.

— Por favor, léala y dígame las faltas que he cometido.

— Vete a tu sitio y no me molestes.

Juan, cortés y tesonero a la par, no cedió:

— No le pido un gran sacrificio, sólo que lo lea.

Don Moglia leyó. Era una traducción buena, muy buena; tan buena, que le hizo perder de nuevo la paciencia:

— Ya he dicho que no sirves para nada. Este trabajo lo has copiado del principio al fin.

— ¿Y de quién lo he copiado?—. Los de su lado mordían todavía el palillero a la caza de las últimas frases.

— ¡Impertinente! —prorrumpió el cura—. ¡A tu sitio! y da gracias si no te echo de la escuela.

Ya entonces, la arterioesclerosis era homicida. Y también los prejuicios.

Los últimos meses de aquel año escolar fueron para Juan de desaliento. En sus *Memorias*, Don Bosco no cita el nombre de don Moglia. Sabía respetar a los ancianos. Sólo dice “uno, incapaz de obtener la disciplina, casi echó a perder todo lo que había aprendido en los meses anteriores”.

## **La sotana separadora**

Otra espina tenía clavada Juan por aquellos meses. Había conocido a dos sacerdotes estupendos, don Calosso y don Virano. No podía comprender que los demás fueran diferentes: “Me ocurría —escribe— a menudo encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Les saludaba desde lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia; pero ellos me devolvían el saludo de un modo seco y cortés y seguían su camino”.

Su negra sotana parecía separarles de los demás. En los seminarios de aquel tiempo, se enseñaba que aquél era el porte más adecuado para un eclesiástico. Reserva y gravedad. Distanciamiento.

"Yo experimentaba un gran disgusto. Y decía a mis amigos: Si llevo a ser cura, haré de otro modo. Me acercaré a los muchachos y hablaré con ellos, dándoles buenos consejos".

Juan no podía imaginarse que esta su decisión obraría durante los 80 años siguientes una revolución silenciosa entre los sacerdotes. Se darán cuenta en los seminarios de que aquel chiquillo tenía toda la razón, y educarán las nuevas levadas sacerdotales, no tanto en la gravedad que "mantiene las distancias", cuanto en la bondad sonriente que termina con ellas.

En Murialdo, pasaba Juan los ratos libres que le dejaban los libros en charlas amigables con don Calosso. El viejo sacerdote recordaba su pasado, y el muchacho fantaseaba sobre su propio futuro. Iba luego a barrer la iglesia, a poner orden en la cocina, a revolver curiosamente la pequeña biblioteca.

Pero aquí en Castelnuovo, los curas no querían hablar con él. ¿Cómo llenar el tiempo libre?

Su primer "hobby" fue la música. El señor Roberto era maestro de canto en la parroquia, y tenía en su casa una espineta (clavicordio pequeño). Enseñó a Juan a cantar en el coro y a poner sus manos sobre el teclado de la espineta y, más tarde, sobre el del órgano.

Pero Roberto era, ante todo, el sastre del lugar, por lo que, el segundo "hobby" de Juan fue sentarse a su lado y aprender a pegar botones, hacer ojales, coser forros, cortar chalecos. Tanto adelantó, que el señor Roberto le propuso abandonar la escuela y convertirse en su ayudante.

Por abril, empezó don Moglia a tratarle con dureza, y la barahúnda de la escuela le persuadió de que estaba perdiendo el tiempo. De acuerdo con su madre, fue a trabajar, algunas horas al día, en casa del herrero Evasio Savio. Con él aprendió a manejar el martillo y la lima y a trabajar en la fragua.

Juan Bosco no podía ni siquiera pensar que aquellos oficios le servirían un día para abrir talleres-escuela para los muchachos pobres de los arrabales de Turín. En aquel momento, su única preocupación era la de ganar unas liras. Pronto había de necesitarlas. Juntamente con mamá Margarita había decidido intentar, al año siguiente, dar un paso peligroso pero decisivo: ir a las escuelas de Chieri.

# 8

## **"Tengo que estudiar"**

Al marcharse y despedirse del señor Roberto, Juan no vuelve a I Becchi. Va a Sussambrino, a una granja que su hermano José lleva a medias con José Febraro. También Margarita ha dejado I Becchi juntamente con el hijo.

Juan dedica aquellos meses de verano a estudiar con ahínco. No quiere llegar a Chieri y encontrarse atrasado.

Pero tampoco quiere ser una carga para el hermano. Por eso le ayuda en los trabajos del campo: repara los instrumentos agrícolas en una fragua rudimentaria, lleva las vacas al pasto. Este último trabajo le permite leer y estudiar.

Rosa Febraro, hija de José, recuerda que Juan estaba a veces tan embebido en los libros, que las vacas andaban por su cuenta. Tenía que ir ella, muchachita de diez años, persiguiéndolas por los campos, a través de los surcos de maíz, y llevárselas al estudiante, para que no protestasen los amos.

— Tus vacas estaban comiéndose el centeno.

— Gracias, Rosa—. Le miraba ella largo rato y después.

— Pero, ¿para qué las traes a pastar, si luego no las miras?

— Tengo que estudiar, Rosa, y, de vez en cuando, me olvido.

— ¿Es verdad que serás cura?

— Sí.

— Entonces, si quieres, guardo yo tus vacas, mientras guardo las mías.

Juan se lo agradecía y se zambullía en sus páginas.

### **Un sueño que se replete**

En Castelnuovo, Juan se hizo amigo de un compañero de escuela, llamado José Turco. El padre de José era el amo de la Renenta, una

finca que lindaba con la granja de Sussambrino. Aquel campesino, que era un buen hombre y cristiano practicante, se le acercaba, a veces, mientras estudiaba:

— Animo Juan; esta vez te sales con la tuya.

— Gracias señor Turco. Así lo espero. Sólo tengo miedo de que mi madre no alcance a poder pagar la pensión en Chieri.

— Pero está el Señor, ¿no es cierto? Si El quiere, verás cómo se te arregla todo.

— Dios lo haga. Pero yo siempre tengo miedo.

En sus labios se dibujaba una triste sonrisa. Costaba convencerse. Eran ya muchas las malas pasadas.

Pero un día, el señor Turco y su hijo le vieron correr alborotado y feliz.

— Tengo buenas noticias —dijo—. Esta noche he soñado. Me he visto sacerdote en medio de muchos chicos.

— Pero no es más que un sueño, —observó un tanto perplejo el señor Turco.

— Usted no puede entenderlo. A mí, me basta. Esta vez va en serio.

Durante la noche se había vuelto a abrir de par en par ante él el campo del sueño de los nueve años. Había vuelto a ver el rebaño, la Señora resplandeciente que se lo quería confiar. "Hazte humilde, fuerte y robusto —le había repetido— y a su tiempo lo entenderás todo".

Durante el verano fue la fiesta mayor en Montafia. No estaba lejos aquel pueblo. Juan supo que ponían el árbol de la cucaña, y que entre los premios, había una bolsa con veinte liras.

— ¡Qué bien me vendrían! —pensó. Y fue a la fiesta.

El palo era muy alto; estaba alisado y untado con aceite y grasa. Los chavales del pueblo contemplaban el aro de hierro que había arriba en lo alto, del que colgaban paquetes, chorizos, botellas de vino, y la bolsa. De vez en cuando, salía uno que, entre el griterío de la gente, se escupía las manos e intentaba trepar. Empezaba con fuerza pero al llegar a la mitad no podía más y resbalaba entre gritos y silbidos.

A un momento dado, después de estudiar bien la situación, Juan se colocó al pie del palo. Escupió también sus manos y se asió a él. Empezó a subir despacio y lentamente. De vez en cuando se apoyaba sobre los talones y tomaba aliento. La gente gritaba con impaciencia, esperando que también él se rindiera. Pero a Juan le apremiaban mucho aquellas liras. En Moncucco trabajaba por quince liras al año, y allí, a pocos metros de su cabeza, había nada menos que veinte. Estaba dispuesto a pasarse todo el día sobre el palo con tal de alcanzarlas.



Siempre con calma, llegó hasta donde el palo se hacía más delgado. Respiró hondo y dió las últimas brazadas. La gente miraba hacia arriba en silencio. Juan alargó la mano, arrancó del aro la bolsa con las veinte liras, la apretó entre los dientes. Arrancó luego un chorizo y un pañuelo, y se escurrió hacia abajo.

## **Repugnancia a tender la mano**

Las veinte liras del árbol de la cucaña no eran ciertamente suficientes para el traslado a Chieri. Había que comprar ropa, calzado, libros. Y sobre todo, había que pagar una pensión mensual. Y la medianería de Sussambrino no era ninguna mina de oro. En octubre, dijo Juan a su madre:

— Si usted quiere, tomo un par de sacos y voy a hacer una colecta entre las familias del pueblo.

Era un sacrificio duro para su amor propio. Don Bosco llegará a ser el mayor "mendigo" del siglo diecinueve, pero siempre le costará pedir limosna. Aquel mes de octubre venció, por vez primera, la repugnancia a tender la mano.

El barrio de Morialdo era un conjunto de pequeños caseríos y granjas esparcidas. Juan fue de casa en casa. Golpeaba la puerta. Y decía:

— Soy el hijo de Margarita Bosco. Voy a ir a Chieri a estudiar para sacerdote. Mi madre es pobre. Si ustedes pueden, ayúdenme.

Todos le conocían. Habían presenciado sus juegos, le habían oído repetir los sermones, le apreciaban. Pero eran pocos los pudientes. Le dieron huevos, maíz, trigo.

Una decidida mujer de I Becchi, que uno de aquellos días fue a Castelnuovo, se presentó al párroco don Dassano. Le dijo que era una vergüenza no se ayudase a estudiar a un muchacho tan valiente, dejándole ir limosneando de casa en casa.

Don Dassano no estaba enterado. Creía que Juan volvería en noviembre a la escuela de Castelnuovo. Se informó bien y, sabida la decisión, recogió una pequeña cantidad y se la envió a Margarita. Y le notificó que fuera a hablar con Lucía Matta, una viuda que estaba a punto de trasladarse a Chieri, para atender a un hijo suyo estudiante.

Fue un buen consejo. Margarita habló con aquella mujer, y se pusieron de acuerdo para que Juan habitase con ella y con su hijo, en Chieri. La pensión sería de veinte liras al mes.

Margarita no podía pagar todo aquel dinero, por lo que se comprometió a proveerle de harina y vino y que Juan hiciera de criadillo en casa: ir por el agua, preparar la leña para el fuego y la estufa, tender la ropa...

En los últimos días de octubre se presentó Juan al párroco de Castelnuovo para obtener el *Admittatur*. Porque para poder ser inscrito en las escuelas públicas, todos los jóvenes debían obtener el certificado de buena conducta del párroco, el cual se comprometía también a la vigilancia durante las vacaciones y a dar cuenta de su eventual mala conducta.

Era una disposición procedente del mismo rey Carlos Félix, que precisamente aquel año había muerto en Turín, con el mote que le dieron los "liberales" de *Carlos Feroz*.

## **La historia no se había parado**

La historia no se había parado, mientras vivió Juan Bosco su difícil niñez en las colinas de Castelnuovo. No intentamos (como tampoco en las páginas precedentes) trazar un cuadro completo de la historia italiana. Pero nos parece indispensable dibujar algunas de sus líneas esenciales, dado que precisamente sobre ese fondo se desenvuelve la vida personalísima de Juan Bosco. Además, de esa misma historia se alimentan sus impresiones, sus ideas, su sensibilidad.

Contra la restauración rígida y reaccionaria de los príncipes, durante los años de 1815 a 1920, se difundieron por toda Italia las sociedades secretas que preparaban rebeliones y revoluciones.

En enero de 1820, estalló una chispa en España. En Cádiz, una revuelta militar obligaba a Fernando VII a acabar con su absolutismo y a conceder una *Constitución* que garantizara a todo el mundo las principales libertades y el derecho al voto. Hasta el rey se obligaba al cumplimiento de la Constitución, mediante juramento.

La chispa provocó el incendio en Italia seis meses más tarde. Una sección de caballería, en el Reino de las Dos Sicilias, se levantó al grito de: "Viva la libertad y la Constitución". A los ocho días, Fernando de Nápoles, para no perder el reino, concedió la Constitución de Cádiz, y juró sobre los Evangelios, respetarla.

El 10 de marzo de 1821 (Juan Bosco tenía seis años) la revuelta militar empezó también en Piamonte, a las órdenes del conde Santorrea de Santarosa. Alessandria arrió la bandera azul de los Saboya, para izar sobre la ciudadela la bandera tricolor (que recordaba la Revolución Francesa y los derechos del hombre por ella proclamados). También se levantaron las guarniciones de Pinerolo y Vercelli. Un coronel, al frente de su regimiento, marchó sobre Turín, desde Fossano.

El rey Víctor Manuel, espantado, se apresuró a ir desde Moncalieri a Turín, reunió el Consejo de la Corona y éste le sugirió la concesión de la constitución, para no perderlo todo. Estaba a punto de hacerlo, cuando llegó la noticia de que Austria había decidido intervenir en Italia "para restablecer el orden".

Vencido por los sucesos, Víctor Manuel renunció al trono en favor de su hermano Carlos Félix. Y como éste se encontrara en Módena con su suegro, declaró "regente" al joven príncipe Carlos Alberto (de veintitrés años).

### **"Decid al Príncipe..."**

Carlos Alberto había estado varias veces en contacto con Santarosa, apreciaba sus ideas, pero nunca se había determinado por el absolutismo o por los "liberales". Se manifestaba ya en él aquel carácter de incertidumbre que le valió el título de "Rey Vacilante". Una cosa quería conservar a toda costa: su derecho al trono, que había que defender, lo mismo contra los austriacos que contra los liberales.

Ante una gran muchedumbre agolpada bajo las ventanas del palacio Carignano, reclamando la Constitución (¡a saber cuántos sabían qué era eso!) Carlos Alberto cedió. La noche del 13 de marzo firmó la Constitución de Cádiz, y dos días más tarde juraba respetarla. Formó nuevo Gobierno, con Santarosa por ministro de la guerra.

Cuando Carlos Félix recibió en Módena una carta de Carlos Alberto en la que le contaba todo, montó en cólera. Y gritó al gentilhombre Costa, que le había llevado la carta: "Decid al Príncipe que, si corre todavía por sus venas una gota de sangre real, vaya enseguida a Novara, y espere allí mis órdenes".

Carlos Alberto pareció, en un principio, decidido a resistir, pero llegaron noticias catastróficas de Nápoles: un ejército austriaco había deshecho las tropas liberales, el Parlamento se había disuelto, el régimen constitucional estaba abatido. El joven príncipe se retiró a Novara. Allí lanzó una proclama en la que renunciaba a la "regencia" e invitaba a todos a someterse al Rey. Inmediatamente partió para Florencia desterrado.

La vuelta de Carlos Félix a Piamonte fue precedida por un ejército austriaco, que dispersó a los voluntarios de Santarosa y "restableció el orden". Setenta jefes de la revuelta fueron condenados a muerte (sesenta y ocho ya se habían escapado a Suiza y Francia), trescientos oficiales y trescientos funcionarios civiles fueron depurados, y las Uni-

versidades de Turín y Génova fueron clausuradas por un año. "Todos los que han estudiado en la Universidad están corrompidos —escribía Carlos Félix a su hermano en el destierro—. Todos los malos son personas instruidas, y los buenos son unos ignorantes".

Los "movimientos de 1821", como los llamaron los libros de historia, fueron sucesos que involucraron solamente a la burguesía y a la clase media de la población. Las masas de campesinos y trabajadores permanecieron totalmente indiferentes, alguna vez francamente hostiles. La clase media (comerciantes, pequeños patronos, pequeños industriales, funcionarios civiles y militares) con la "revolución liberal" aspiraba a una sola cosa: convertirse en grupo de poder, en casta privilegiada en lugar de la vieja aristocracia. Las invocadas reformas (sancionadas por la Constitución de Cádiz) no eran populares ni democráticas. Se concedía el derecho del voto solamente a los que poseían cierta cantidad de bienes: sólo ellos podían enviar sus representantes al Parlamento, para defender, evidentemente, sus intereses. Lo mismo que la revolución francesa, la revolución liberal quería abolir todos los privilegios menos uno: el dinero.

### **"Rey por la gracia de Dios y de ningún otro"**

Carlos Félix no entró en Turín hasta el mes de octubre de 1821. Resulta una figura curiosa y singular, al contemplarla desde nuestros días. Nunca había deseado ser rey. Le gustaba la vida retirada y modesta y era muy religioso. Aceptó el trono únicamente como un "deber de conciencia".

Pero, desde el momento en que aceptó, fue consecuente hasta el fondo con sus ideas de "rígido absolutismo". Se sentía rey "por la gracia de Dios y de ningún otro", y quería gobernar a su pueblo como un padre severo debe gobernar una familia de hijos disolutos. No había idea más lejana de su mente que la "soberanía del pueblo" (principio elaborado por los iluministas de 1700 y proclamado por la revolución francesa): el rey era él, no el pueblo.

Confió el monopolio de la instrucción pública al clero. Entregó la censura de los libros a la curia de Turín y a los obispos. Impuso en las escuelas un régimen severo, la enseñanza diaria del catecismo, las oraciones antes y después de clase. Las escuelas a las que asistirá Juan Bosco en Chieri (cuatro años en la escuela pública y seis en el seminario), los libros que leerá, los horarios que se le impondrán, las institu-

ciones en las que deberá vivir, llevarán todas la “marca de fábrica” de Carlos Félix.

El rey volvió a encerrar en sus juderías a los hebreos; quitándoles los derechos reconocidos por el Código Napoleónico. Aprobó los reglamentos militares que decían, entre otras cosas: “El soldado autor de un litigio o de discursos sediciosos quedará sujeto al castigo de ciento a ciento veinte garrotazos, repartidos en dos veces, con un día de descanso intermedio” (*Reglamento de los Cazadores Francos*). Quiso que toda condena a muerte sirviese de “saludable amonestación” para todas las cabezas calientes, y aprobó en consecuencia “la aplicación de las tenazas abrasadas” para los condenados, llevados al suplicio. Por este detalle fue motejado con el sobrenombre de “Carlos Feroz”.

Carlos Félix no entendió nunca lo que un anónimo manifiesto (redactado por Brofferio y Durando) le gritó desde los muros de Turín: “Majestad, vuestros súbditos no son cosas, sino personas”. Para él no eran más que súbditos, es decir, gente que debía caminar por el “camino recto” a paso firme. Máximo d’Azeglio definía sus diez años de reinado con estas ocho palabras: un despotismo lleno de rectas y honestas intenciones.

Murió en abril de 1831, dejando el trono a Carlos Alberto, a quien siempre había llamado “vástago degenerado de nuestra familia”. Apenas tuvo tiempo para oír las inquietantes noticias de Módena, Parma y Bolonia: los liberales (como el año anterior en París) se habían rebelado de nuevo contra los príncipes absolutos. Austria había debido enviar sus ejércitos para deshacer la revuelta dirigida por un industrial, Ciro Menotti, y por un general, Carlos Zucchi. Se temía también la invasión de Saboya por una legión de voluntarios reclutados en Lyon, pero habían sido dispersados por la policía francesa.

## **“Largo y triste como una cuaresma”**

Le sucede en el trono de Turín Carlos Alberto, a sus 33 años. Ha alcanzado un “nombre limpio” ante los absolutistas y los reaccionarios, luchando en España contra los liberales, y ellos mismos se lo cambian llamándole en sus escritos “traidor” y “perjuro”.

Es un hombre pálido y altísimo (2 metros y cuatro centímetros), y el vulgo piemontés dice de él que “es largo y triste como una cuaresma”. Para demostrar a todos que él no es ningún príncipe que haya firmado

la Constitución, hace fusilar en 1833 a siete "mazzinianos"<sup>1</sup> en Alessandria y a doce en Génova, y condena a unos setenta a galeras.

Pero Piamonte e Italia, pese a las tentativas de detener la historia, han cambiado. La burguesía se ha convertido en una clase muy importante, y, si aún no entiende qué es la "libertad democrática", necesita la "libertad comercial" para difundir por toda la península mayor bienestar.

En Piamonte se trazan canales, se sanean pantanos, se extiende el cultivo de las moreras, el maíz y la vid. Se difunde la siembra de la patata, que pone fin a la carestía intermitente y terrible de los años secos. Se abren unas treinta minas de hierro, se desarrolla la industria de la cerámica. Bra se convierte en centro de tenerías de curtidos, Cúneo llega a ser el primer mercado europeo del gusano de seda. Apenas Carlos Alberto baja los impuestos de la lana, la región de Biella se convierte en sede de una industria lanera floreciente: se desarrollan las fábricas de hilados, entran en la región las primeras ovejas llamadas "merinas".

Se advierte enseguida la urgencia de desarrollar una red de carreteras, y de iniciar la construcción de ferrocarriles.

Así mismo, la mentalidad política tiende a modificarse inexorablemente.

En los últimos meses de 1831, funda Mazzini, en Marsella, la "Italia Joven". Se difunde la idea de Italia como un "estado nacional", individualidad histórica, dotada de tradiciones culturales y populares, con derecho a la libertad y la independencia. Los italianos se dan cuenta, poco a poco, de que tienen un destino común, y de que deben ser árbitros de este destino, juntamente o en lugar de los reyes, que hasta ahora les han considerado como un rebaño de menores de edad e incapaces.

En Turín, en el año 1832, publica Silvio Péllico *Mis Prisiones*, librito que sacude a Italia y la hace razonar de diverso modo. Austria, que hasta entonces parecía el guardián del orden y del buen vivir social, cambia de cara. En las páginas suaves y tristes del escritor de Saluzzo, que ha pasado diez años en las galeras imperiales, el gobierno austriaco presenta la cara feroz de la dictadura que reprime y tortura.

---

<sup>1</sup> Partidarios de José Mazzini (1805-1872) patriota italiano. Fundador de una sociedad secreta (la Italia Joven), no se cansó de conspirar, lo mismo en Italia que desde el extranjero. En 1848, forma parte del triunvirato romano.

# 9

## En Chieri

4 de noviembre de 1831. Es un día claro del "veranillo de San Martín", cuando Juan Bosco, en compañía de su paisano Juan Filippello, marcha a pie hasta Chieri. Durante el camino se confía al amigo: le habla de los próximos estudios, le cuenta las peripecias pasadas, los intentos realizados. De pronto, Filippello, muchacho sencillo, le dice:

— ¿Y vas sólo para estudiar en el colegio, cuando ya sabes tantas cosas? ¡Pronto llegarás a ser párroco!

Juan se pone serio:

— ¿Pero tú sabes lo que quiere decir ser párroco? Tiene obligaciones gravísimas. Al levantarse de la mesa, después de comer o cenar, tiene que pensar: yo ya he comido, pero ¿y mis fieles? ¿han matado el hambre? Tiene que dividir con los pobres lo que posee. Querido Filippello, yo no quiero ser párroco. Quiero entregar toda mi vida a los jóvenes.

Mientras los dos muchachos caminan, hablando de hambre y de pobres, en Lyon, sólo a 250 kilómetros en línea recta, está empezando el motín de los obreros de la seda. A millares circulan por las calles protestando contra la miseria de los salarios y los inhumanos horarios de trabajo, que alcanzan hasta 18 horas diarias. El motín terminará después de varios días de combate por las calles, y será sofocado por las tropas enviadas por el gobierno francés. Más de mil víctimas.

Al año siguiente estallará el motín en París, al precio de ochocientos muertos. Durante la primavera de 1834 los obreros de Lyon y de París se vuelven a rebelar juntos, al grito de: "Vivir trabajando o morir combatiendo". Los cañones disparan contra ellos.

Juan Bosco no puede saber nada de todo esto. Ni la menor noticia, en los periódicos sujetos a una rígida censura, puede penetrar en el reino del Piemonte. Durante estos primeros meses oirá Juan, de vez en cuando, noticias sobre los "movimientos liberales". Se descubre una

conjuración en Turín. Están implicados "Los Caballeros de la libertad", capitaneados por Brofferio y Bersani. Carlos Alberto la corta con decisión: Bersani termina con siete años en la fortaleza de Fenestrelle. La "revolución", de la que oye hablar frecuentemente en voz baja, es la que querría dar a Italia la "Constitución" y la independencia de Austria. Pronto se llamará "Risorgimento" (Movimiento en pro de la unidad italiana).

No alberga la más mínima sospecha de otra revolución, más profunda; radical, que está transformando el Norte de Europa y a punto de penetrar también en Italia. Es la "revolución industrial", a la que está ligada la grave "cuestión obrera". Hasta de aquí a diez años, cuando vaya a Turín, no empezará a ver sus primeros y dramáticos resultados.

### **Un gigante en medio de los compañeros**

"Estaba de huésped —escribe Don Bosco— en casa de Lucía Matta, viuda con un solo hijo, la cual se había trasladado a aquella ciudad para atenderle y vigilarle".

Margarita, que llegó a Chieri detrás de Juan, fue con él a casa de la señora Lucía. Un amigo le había llevado dos sacos de trigo en un carrito.

— Aquí está mi hijo —señaló— y aquí está la pensión. Yo he cumplido mi parte, mi hijo hará la suya y espero no quede descontenta de él.

"La primera persona a quien conocí fue al sacerdote don Plácido Valimberti, de santa memoria. El me dio muchos y buenos consejos, me presentó al director de la escuela y me hizo trabar conocimiento con otros profesores. Como los estudios hechos hasta entonces eran de todo un poco, que equivalía a casi nada, me aconsejaron entrar en la clase sexta de la enseñanza elemental.

El maestro, padre Valeriano Pugnetti, tuvo conmigo mucha caridad. Me ayudaba en la escuela, me invitaba a ir a su casa y, compadecido de mi edad y de mi buena voluntad, no ahorraba nada de cuanto pudiera ayudarme.

Por mi edad (*16 años cumplidos*), y mi corpulencia parecía un gigante en medio de mis compañeros, aún niños. Ansioso de salir de aquella situación, después de estar dos meses en la clase sexta, fui admitido a examen y pasé a la clase quinta (*había un orden decreciente: de la quinta se pasaba a la cuarta, a la tercera, etc.*).

Entré con gusto en la nueva clase, porque el profesor era el queridísimo don Valimberti. Dos meses después, tras haber logrado varias



veces ser el primero de la clase, fui admitido a otro examen por vía de excepción, y pasé así a la clase cuarta.

El profesor de la clase era Vicente Cima, hombre severo en la disciplina. Cuando vio comparecer en su aula, a mitad de curso, a un alumno tan alto y corpulento como él, dijo bromeando delante de todos:

— He aquí un enorme talento o un topo.

Aturdido ante tal presentación, respondí:

— Algo de las dos cosas. Soy un pobre muchacho que tiene buena voluntad para cumplir su deber y progresar en los estudios.

Estas palabras fueron de su agrado, y respondió con insólita afabilidad.

— Si usted tiene buena voluntad, ha caído en buenas manos; no le dejaré sin trabajo. Anímese y, si alguna dificultad encuentra, dígamelo enseguida que yo se la allanaré.

Se lo agradecí de corazón.

### **"Cuando ocurrió..."**

Chieri es una ciudad pequeña, a diez kilómetros de Turín. Se extiende a los pies de una colina, en la vertiente opuesta a la de la capital del Piamonte. Tenía 9.000 habitantes al llegar Juan. Era una ciudad de conventos, tejedores y estudiantes.

Sus conventos pertenecían a religiosos y religiosas de distintas órdenes: Dominicos, Filipenses, Jesuitas, Franciscanos, Clarisas...

Los numerosísimos tejedores trabajaban el algodón y la seda en unos treinta establecimientos.

Los estudiantes procedían de todos los pueblos del Monferrato y de Asti, y arrastraban una vida pobre. Las clases eran semigratuitas, pero no había becas de estudio. Para pagar la pensión muchos realizaban sacrificios heroicos. Eran buscadísimos los empleos para las horas de después de clase: medio pasantes de pluma en casa de los escribientes, horas de limpieza en casa de los acomodados, repasos, limpieza de caballos o coches. Para ahorrar, aún en invierno se apagaba el fuego, se estudiaba envueltos en pesadas mantas, con los pies en zuecos de madera.

Le tocó a Juan Bosco vivir entre estudiantes pobres, soportando idéntica pobreza. A menudo, llegaba Margarita desde Sussambrino para pedir noticias a Lucía. La buena mujer se las daba estupendas. Juan ayudaba en las labores de casa, era piadoso y buen estudiante. Ayudaba también a su hijo, mayor que él.

Al mozo no le gustaba estudiar. Juan se hizo su amigo, y llegó a llevarle a la iglesia y pedir perdón a Dios de su pereza.

Juan aprovechaba cualquier ocasión para contribuir al pago de la pensión. Se ganó algunos dinerillos, yendo al taller de un conocido suyo carpintero. Allí aprendió a usar el cepillo, el formón, la escofina.

“Dos meses hacía que estaba en la clase cuarta cuando ocurrió un pequeño incidente que dió algo que hablar sobre mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo mi libro; para disimular mi olvido, sostenía abierta ante mí la Gramática. Los compañeros se dieron cuenta de ello. Uno comenzó a dar con el codo al vecino, otro a reír.

— ¿Qué sucede? —preguntó el profesor Cima. Y como todas las miradas se dirigiesen a mí, me mandó repetir su explicación, leyendo el texto latino de Cornelio Nepote. Me puse de pie y, siempre con la Gramática en la mano, repetí de memoria el texto latino y las explicaciones. Los compañeros, casi instintivamente, aplaudieron.

Imposible explicar el furor del profesor: era la primera vez que, según él, le fallaba la disciplina. Me largó un pescozón, que esquivé agachando la cabeza. Después, con la mano sobre mi Gramática, hizo explicar a los vecinos la razón de “aquel desorden”.

— Bosco no tiene el Cornelio Nepote. No tiene más que la Gramática y ha leído y se ha explicado como si tuviera el libro de Cornelio.

Reparó el profesor en la Gramática, me hizo continuar “leyendo” dos períodos más y después me dijo:

— Le perdono su olvido por su feliz memoria. Es usted afortunado. Procure servirse bien de ella.

Ya había demostrado a don Calosso su fulgurante memoria. Pero es que aquí, en Chieri, empezaron a suceder cosas extrañas. Una noche soñó que hacía un ejercicio en la clase de latín. Apenas despertó, escribió el párrafo que recordaba muy bien, y lo tradujo con la ayuda de un sacerdote amigo suyo. En la clase, el profesor dictó precisamente “aquel” párrafo, con lo que él pudo presentar la traducción en un momento.

Sucedió también lo mismo otra vez, pero con complicaciones. Juan hizo la entrega enseguida, “demasiado” pronto. Leyó el profesor, miró el vulgar papel y cayó de las nubes: en la misma manoseada página estaba también la parte del ejercicio que habría querido dar, pero que, a última hora, había saltado porque le parecía demasiado largo.

— ¿De dónde has sacado este párrafo?

Lo he soñado.

Un sueño. Un suceso sin importancia en la vida de los hombres. Pero en la vida de Juan Bosco el “sueño” ya había tenido un peso notable. Y

al rodar de los años, todavía tendrá más importancia en su vida esta palabra. Es algo que dejaba, y deja aún, perplejos. Cuando alguien, en la ciudadela de Valdocco, oía decir tranquilamente a Don Bosco: “He soñado”, aguzaba el oído. En sueños, aquel extraño sacerdote, leía los pecados de sus jóvenes, preveía la muerte de los reyes, “adivinaba” la espléndida carrera de un mocosillo que jugaba a bolas.

## **Sociedad de la alegría**

“En estas cuatro primeras clases aprendí, bien que a mi costa, —escribe Don Bosco— a tratar con los compañeros”.

Pese a la severa vida cristiana impuesta por la escuela (en efecto, todos debían presentar la “cédula” de la confesión mensual) había algunos malos. “Hubo uno tan descarado que me aconsejó robar a mi patrona un objeto de valor”.

Juan, desde el principio, se liberó de aquella caterva de desgraciados, para no acabar como el ratón en las zarpas del gato. Pero pronto, sus éxitos escolares le pusieron en situación de tener ante ellos una relación distinta, de prestigio. ¿Por qué no aprovecharse de ello para hacerles el bien?

“Los compañeros que querían arrastrarme al desorden —recuerda— eran los más descuidados en sus deberes, y empezaron a venir conmigo, para que les echara una mano en ellos”.

Les ayudó. Hasta exageró, pasando por debajo del banco traducciones completas. (En unos exámenes fue pillado durante una de estas maniobras, y si salió bien librado fue gracias a la amistad de un profesor que le obligó a repetir la traducción de latín).

“Por este medio agradaba a todos y me ganaba el bienquerer y el cariño de los compañeros. Empezaron a venir a buscarme durante el recreo para hacerles los deberes escolares, después para oírme contar historietas, y finalmente, venían porque sí”.

Estaba bien con ellos. Formaron una pandilla que Juan bautizó con el nombre de “Sociedad de la alegría”. Y les dio un reglamento sencillísimo:

1. Ninguna acción, ninguna conversación que pueda avergonzar a un cristiano.
2. Cumplir con los propios deberes escolares y religiosos.
3. Estar alegres.

La alegría es un clavo que Don Bosco lleva clavado en la frente. Domingo Savio, su alumno predilecto, llegará a decir: “Nosotros hace-

mos consistir la santidad en estar muy alegres. Buscamos evitar el pecado, porque nos roba la alegría del corazón". La alegría es para Don Bosco una profunda satisfacción que nace del saberse en las manos de Dios y, por tanto, en buenas manos. Es la palabra pobre con que indicamos un gran valor, "la esperanza cristiana".

"En 1832 mis compañeros me honraban como a capitán de un pequeño ejército". Jugaban al tejo, a los zancos, saltaban, corrían. Se organizaban partidos animados y alegres. Cuando estaban cansados, subía Juan a una mesita plantada sobre la hierba y les hacía juegos de manos.

Sacaba de una bolsita hasta cien pelotas coloradas y una docena de huevos de un bote vacío. Recogía bolitas en la punta de la nariz de los espectadores, adivinaba el dinero que tenían en el bolso; con un simple golpe de sus dedos reducía a polvo monedas de cualquier metal".

Lo mismo que en I Becchi, todo aquel jolgorio terminaba con las oraciones.

"Los días de fiesta íbamos a la iglesia de San Antonio, donde los Jesuitas sostenían una estupenda catequesis, en la cual nos contaban ejemplos que todavía recuerdo".

## **Cuatro desafíos a un saltimbanqui**

Un domingo fueron muy pocos los muchachos que asistieron al catecismo de San Antonio. Había llegado un saltimbanqui que el domingo por la tarde daba un gran espectáculo de alta acrobacia, y desafiaba a los jóvenes más ágiles de la ciudad en carreras y saltos. La gente se arremolinaba.

Juan, molesto por el plante de los suyos, fue a ver. Era un verdadero atleta. Corría y saltaba como una máquina, y tenía la intención de quedarse en la población una temporada.

Juan reunió a los mejores de los suyos:

— Si éste sigue con su espectáculo, por las tardes del domingo, adiós nuestra Sociedad. Tendría que ganarle uno de los que le desafían. Podría llegar a un pacto.

— ¿Y quién le vence?

— Puede que haya alguno. Tampoco es una cosa del otro mundo. Por ejemplo, en las carreras yo no me creo inferior a él.

Tenía Juan 17 años y se sentía fuerte. Pero añade enseguida en sus *Memorias*:

“No había medido las consecuencias de mis palabras. Un compañero imprudente fue a contárselo al saltimbanqui, y héteme metido en un desafío: un estudiante contra un corredor profesional!”

El lugar escogido fue la alameda de la Puerta de Turín. Se trataba de atravesar corriendo toda la ciudad. La apuesta era de veinte liras, todo un mes de pensión. Juan no las tenía, pero los amigos de la Sociedad las juntaron. “Asistía una enorme multitud”, recuerda Don Bosco.

Al comenzar, el saltimbanqui tomó unos diez metros de ventaja. Era él un *sprinter*, mientras Juan era un corredor de resistencia. “Enseguida gané terreno y le dejé tan atrás, que se paró a la mitad de la carrera, dándome por ganada la partida”.

Allí debía acabarse todo, pero el saltimbanqui pidió la revancha. Por puntillo había que concedérsela. “Te desafío a saltar, dijo. Pero hemos de apostar 40 liras. Aceptamos”. Eligió él el lugar: había que saltar un canal hasta el muro de contención. Salta primero el saltimbanqui y aterriza con los pies junto al muro. “No se podía saltar más allá —recuerda Don Bosco—. Podía perder, pero no ganar el desafío. Mas el ingenio vino en mi ayuda. Di el mismo salto, pero apoyé las manos sobre el parapeto o muro y caí de la otra parte”. Un elemental “salto con garrocha”, en una palabra. Y vencí.

El saltimbanqui andaba molesto, por las liras y también por la gente que empezaba a burlarse. “Te desafío otra vez. Escoge el juego de destreza que prefieras”. Acepté. Elegí el de la varita mágica, apostando 80 liras. Tomé, pues, una varita, puse un sombrero en su extremo y apoyé la otra extremidad en la palma de la mano. Después sin tocarla con la otra, la hice saltar hasta la punta del dedo meñique, del anular, del medio, del índice, del pulgar; la pasé a la muñeca, al codo, a los hombros, a la barbilla, a los labios, a la nariz, a la frente; luego, deshaciendo el camino, volvió otra vez a la palma de la mano.

— No creas que voy a perder —dijo el rival—. Tomó la misma varita, y con maravillosa destreza la hizo caminar hasta los labios. Pero tenía la nariz un poco larga, la varita chocó y no tuvo más remedio que agarrarla con la mano porque se le caía al suelo”.

Al llegar a este punto, Juan siente compasión por aquel hombre, que en el fondo lo hace muy bien. “El infeliz veía que le volaba su dinero y casi furioso clamó: “Tengo todavía cien liras y las apuesto a ver quién trepa mejor. Aquel de los dos que coloque sus pies más cerca de la punta de aquel árbol (y señaló un olmo que había junto a la alameda) vencerá... Aceptamos, y en cierto modo nos hubiese gustado que ganase él, pues no queríamos arruinarlo.

Le tocaba a él primero. Subió olmo arriba, y llegó con los pies a tal altura, que a poco más que hubiera subido se hubiese doblado el árbol

y él se hubiera caído. Todos convenían en que no era posible subir más alto. Me tocaba a mí. Subí casi exactamente hasta donde él había llegado. Entonces, agarrándome al árbol con las dos manos, levanté el cuerpo y puse los pies un metro más arriba que mi contrincante.

Estallaron abajo los aplausos. Mis amigos se abrazaban, saltaban de alegría. En cambio el pobre hombre estaba triste, casi a punto de llorar. Le devolvimos el dinero, a condición de pagarnos una comida en la fonda de Muretto”.

Don Bosco consigna en el cuaderno de sus *Memorias* las liras que costó la comida colectiva, 25, y las que el saltimbanqui pudo todavía meterse en el bolsillo, 215. Y hasta consigna las palabras de aquel charlatán (después de haber aceptado abandonar la plaza) dijo a los muchachos: “Devolviéndome el dinero me evitáis la ruina. Os lo agradezco de corazón. Guardaré de vosotros grata memoria. Pero en la vida me desafiare con los estudiantes”.

## **En Turín, por vez primera**

La Sociedad de la Alegría salió fuerte y gloriosa de aquel desafío. En los días de vacaciones, sus socios iban hasta las colinas de Superga. Setas, canciones, panoramas y echaban una carrera veloz hasta Turín, para ver “el caballo de mármol” en la escalinata del Palacio Real. Casi treinta kilómetros a pie, entre ida y vuelta. Volvían con un apetito feroz y con las maravillas de la capital impresas en sus ojos, para describirlas a los compañeros más perezosos.

En una de esas excursiones vio Juan Bosco por vez primera Turín. Una ciudad en crecimiento. Es impresionante el aumento de población: casi un tercio más, en diez años. El precio de las casas y el coste de los alquileres sube vertiginosamente. Cada día es más dramática la necesidad de hospitales, asilos para ancianos, albergues y escuelas para niños.

Carlos Alberto propone se piense concretamente en la instrucción popular, más su Primer Ministro, Solaro de la Margarita (católico pero indomable conservador) no es del mismo parecer: o se confía la instrucción a los curas o puede convertirse en peligrosa.

En aquella primavera, en la que Juan Bosco y sus amigos recorren las colinas de Turín, se establece en una zona de la periferia de la ciudad el canónigo Cottolengo, con treinta y cinco enfermos rechazados por todos los hospitales. Es el 27 de abril de 1832. En la zona de Valdocco el canónigo ha alquilado una casona destinada a posada y ha

llegado con un asno, un carrito y dos monjas. Coloca un cartel a la puerta:

"Pequeña Casa de la Divina Providencia". La Pequeña Casa llegará a ser el milagro de Turín. Llegará a albergar diez mil enfermos incurables, desechados por todo el mundo.

En el mes de junio, oye Juan Bosco por vez primera el nombre de Vicente Gioberti. Es el de un sacerdote joven de Turín, profesor de filosofía en la Universidad. Ha sido arrestado por pertenecer a una sociedad secreta antimonárquica. Es condenado al destierro y los guardias le acompañan hasta la frontera con Francia. Diez años más tarde publicará en Bruselas un libro famoso, *El Primado de los Italianos*; dieciocho años más tarde llegará a ser el Primer Ministro de Carlos Alberto.

En el Palacio Real, a donde llegan los socios de la Alegría para tocar el caballo de mármol, el rey destila las primeras reformas, con extrema lentitud, entre temores y escrúpulos. La primera reforma queda firmada y sellada en 1832: la tortura, inhumana reliquia de los tiempos bárbaros, es abolida.



Patio interior y balconada del café Pianta, en Chieri, donde Juan trabajó a los 18 años.

---

## La época de la amistad

En otoño de 1832 inició Juan Bosco el tercer curso de gramática. Durante los dos años siguientes siguió asistiendo a las clases que se llamaban de "humanidades" (1833-34) y de "retórica" (1834-35).

Seguía demostrando que era un alumno excelente, apasionado por los libros y dotado de una feliz memoria. "Por entonces —recordaba con cierta pena— yo no distinguía entre leer y estudiar. Podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído. La atención en clase era suficiente para aprender lo necesario. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir, más bien poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer libros a mi placer, a la luz de una vela. Había un librero judío, llamado Elías, que me prestaba los clásicos italianos, por 5 céntimos cada volumen. Casi leía uno por día".

Juan está en los 18 años, la edad de las amistades profundas. Aún cuando es el "capitán de un pequeño ejército", forma un círculo restringido de amigos íntimos.

Conoció al primero durante una jarana escolar. Ya entonces, no todos los profesores pecaban de puntuales, por lo que los primeros minutos de muchas clases se convertían en pura bulla. Estaba en boga el juego de la pídola.<sup>1</sup> Los menos amigos del estudio —anota con ironía Don Bosco— eran los que más afición le tenían". Un joven llegado recientemente, como de unos quince años, en medio de aquel alboroto escogía tranquilamente un lugar y abría sus libros.

"Una vez se le acerca un compañero insolente, lo toma por brazo:

- Ven tu también a jugar.
- No sé.
- Aprenderás. ¿Quieres que te obligue de un puntapié?

---

<sup>1</sup> La pídola o dola es un juego infantil: los muchachos saltan uno tras otro sobre un compañero que esté encorvado, y a quien, a veces, dan un talonazo o espolique.



— Puedes pegarme lo que quieras. Pero no voy.

El mal educado le dio un par de bofetones que resonaron por toda la escuela. Ante aquel espectáculo sentí hervir la sangre en mis venas. Esperaba que el ofendido, lógicamente, se vengase, tanto más cuanto el ultrajado era mucho más fuerte. Pero nada. Con la cara enrojecida y casi lívida, le dijo:

— ¿Estás contento? Pues déjame en paz. Te perdono”.

Juan quedó electrizado. Aquello era un acto “heroico”. Quiso saber el nombre del muchacho: Luis Comollo. “Desde entonces le tuve por amigo íntimo, y puedo decir que de él aprendí a vivir como un buen cristiano”.

Descubrió, bajo su aparente fragilidad, una gran riqueza espiritual. Instintivamente se convirtió en su protector contra los muchachos vulgares y violentos.

### **Un garrote humano**

Cierto día, un profesor, como de costumbre, tardaba en llegar. Se desencadenó en la clase la habitual jarana. “Algunos querían pegar a Comollo y a otro joven llamado Antonio Candelo. Dije en alta voz que les dejaran en paz, pero no me hicieron caso. Empezaron a sonar los insultos, y yo:

— El que diga una palabrota más, tendrá que arreglárselas conmigo.

Los más altos y descarados formaron un muro delante de mí, a tiempo que sonaban dos bofetadas en la cara de Comollo. Perdí la luz de la razón, y no teniendo a mano un palo o una silla, agarré por los hombros a un condiscípulo y me servi de él como de un garrote para golpear a mis enemigos”.

Cuatro cayeron tendidos por el suelo, y los otros huyeron gritando.

En aquel momento entró en el aula el profesor y, al ver por el aire brazos y piernas, en medio de una gritería de padre y muy señor mío, se puso a vocear repartiendo cachetes a diestro y siniestro.

Calmada un tanto la tempestad, hizo que le contaran la causa de aquel jaleo, y, casi sin creernos, quiso que se repitiese la escena. Rióse él, rieron los alumnos y el profesor no pensó en castigarnos.

— Amigo mío, —me dijo Comollo, apenas pudimos hablar a solas— me espanta tu fuerza. Dios no te la dio para destrozar a tus compañeros. El quiere que perdonemos y devolvamos bien a los que nos hacen mal”.

Juan escucha, va con Comollo a confesarse. Pero la frase del Evangelio: “A quien te golpea en una mejilla, ofrécele la otra”, no es un man-

damiento que aprenderá deprisa. Se lo impondrá a fuerza de voluntad, más no estará de acuerdo con su genio. Tendrá que repetirse muchas veces las palabras del sueño: "No con golpes, sino con caridad deberás ganarte a tus amigos".

## **Un "soplo" de los espías**

Durante los meses de verano de 1833, Chieri vió llegar de improviso escuadrones de soldados. Se redobló la vigilancia a las puertas de la ciudad. Rondas armadas recorrían las calles día y noche. Fueron prohibidas las reuniones.

Un "soplo" de los espías había advertido que las huestes de Mazzini estaban a punto de desencadenar una revuelta en Turín y en otras ciudades de Piamonte. El año anterior habían llegado las primeras noticias de la "Joven Italia", fundada por Mazzini; se habían descubierto ejemplares del periódico de la secta en un baúl de doble fondo, llegado a Génova desde Marsella. Ahora el plan era producir incendios en varios puntos de Turín, suscitar tumultos populares, asesinar a la familia real y proclamar la república. (A continuación se sabrá que Mazzini en persona había entregado a Gallenga el puñal con el que debía asesinar a Carlos Alberto).

El correr de las noticias y la rápida movilización de las fuerzas armadas ocasionó el arresto de los conjurados. Se cumplieron doce condenas a pena de muerte. Un año más tarde, se repetirán, en Saboya, las tentativas de insurrección, con la participación del general Ramorino y de Garibaldi.

En aquellos meses, llegó a excesos ridículos la censura: fue secuestrado un almacén de sombreros, porque entre sus colores estaban el rojo y el azul, que eran los colores de la bandera tricolor de la revolución francesa.

Al acabar el curso 1832-33, termina sus estudios el hijo de Lucía Matta. Y ahí está Juan, en busca de nueva pensión.

Un amigo de la familia, Juan Pianta, ha abierto un café en Chieri, y le ofrece un puesto en el bar. Tendrá que limpiar el local por la mañana, antes de ir a clase, y por las tardes estar al mostrador y además en el salón de billar. A cambio, el señor Pianta le dará albergue gratuito y manutención.

Juan acepta, porque no encuentra otra cosa mejor. Son jornadas de trabajo duro, en vela hasta altas horas de la noche, junto al billar, para marcar las puntuaciones en la pizarra.

En 1888 (por tanto, 50 años más tarde), recordaba el señor Pianta todavía: "Imposible encontrar otro joven mejor que Juan Bosco. Todas las mañanitas iba a la iglesia de San Antonio para ayudar varias misas. Usaba una caridad admirable con mi madre, vieja y achacosa, que vivía con nosotros".

No era tan admirable el trato que este aprovechado señor dispensaba a su joven ayudante de 18 años: le hacía preparar el café y el chocolate, pastelería y helados y no le daba más que la menestra. Le tocaba a mamá Margarita llevarle desde I Becchi el pan y companaje. El aposento que le proporcionaba era "un hueco estrecho encima de un horno pequeño, construido para cocer pasteles y al que se subía por una escalerilla. A poco que se estirase en el camastro, asomaban sus pies, no sólo fuera del incómodo jergón, sino del mismo hueco-habitación.

### **Jacob Leví, por sobrenombre Jonás**

En la misma escuela de Juan había algunos muchachos judíos. De acuerdo con las leyes de Carlos Félix, los judíos tenían que habitar en un barrio de la ciudad separado de los cristianos, la "judería". Eran "tolerados", es decir, considerados como ciudadanos de segunda categoría. Cada semana sufrían aquellos muchachos una fastidiosa molestia: su ley les prohibía todo trabajo el sábado, hasta el desarrollo de los ejercicios escolares. Tenían que elegir: o ir contra su conciencia o resignarse a malas calificaciones y burlas de los compañeros.

Juan les ayudó muchas veces, haciendo los trabajos del sábado en su lugar. Se hizo muy amigo de uno de ellos. Jacob-Leví, a quien los compañeros apodaron "Jonás". Tenían una base común: los dos eran huérfanos de padre.

Don Bosco recordó siempre aquella amistad con brillantes expresiones, insólitas en él: "Era de hermosísimo aspecto, cantaba con una voz preciosa. Jugaba bien al billar. Yo le tenía gran cariño y él, a su vez, sentía por mí una gran amistad. Rato libre que tenía, venía a pasarlo conmigo, en mi aposento. Nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo y relatando mil historias".

Es una amistad ardiente, irradiante, que manifiesta en Juan Bosco un corazón sin otros cuidados o preocupaciones.

Un día, el joven judío "toma parte en una reyerta que pudo acarrearle tristes consecuencias" y sufre una crisis. Juan, por afecto y no por proselitismo, ofrece al amigo lo mejor que él posee: la fe. Le presta su

catecismo. "En pocos meses aprendió las principales verdades de la fe. Estaba contentísimo de ello y cada día que pasaba mejoraba en su conducta y en sus conversaciones".

El drama familiar (inevitable) estalla el día en que su madre descubre el catecismo cristiano en la habitación de su hijo. La pobre mujer tiene la impresión de que, después de haber perdido al marido, va a perder al hijo. Presenta cara a Juan y le dice con amargura: "Usted me lo ha pervertido".

Juan emplea las mejores palabras que sabe, pero no gana nada. Amenazado por los parientes, por el rabino, "Jonás" tiene que alejarse por algún tiempo de la familia. Después, con el tiempo, renace la calma. El 10 de agosto era bautizado el joven hebreo en la catedral de Chieri. El acta oficial, que se conserva en los archivos, atestigua: "Yo, Sebastián Schioppo, doctor y canónigo, por concesión del Reverendísimo e Ilustrísimo Arzobispo de Turín, he bautizado solemnemente al joven hebreo Jacob-Leví, de 18 años, y le he puesto el nombre de Luis".

"Jonás" siguió siendo amigo íntimo de Don Bosco. Aún por el 1880 iba a visitarle al Oratorio de Valdocco y recordaban juntos los "hermosos tiempos" pasados.

## **Las manzanas de Blanchard**

La menestra del señor Pianta ciertamente no era bastante para calmar el fuerte apetito de los dieciocho años de Juan Bosco. Llegó a pasar hambre. Un joven amigo suyo, José Blanchard, se daba cuenta de ello, e iba al puesto de su madre (vendedora de fruta) a llenarse los bolsos de manzanas o castañas. La buena mujer veía y cerraba los ojos. Más de una vez, en la mesa, vació José el frutero, por la misma razón. Su hermano Leandro, un día, protestó:

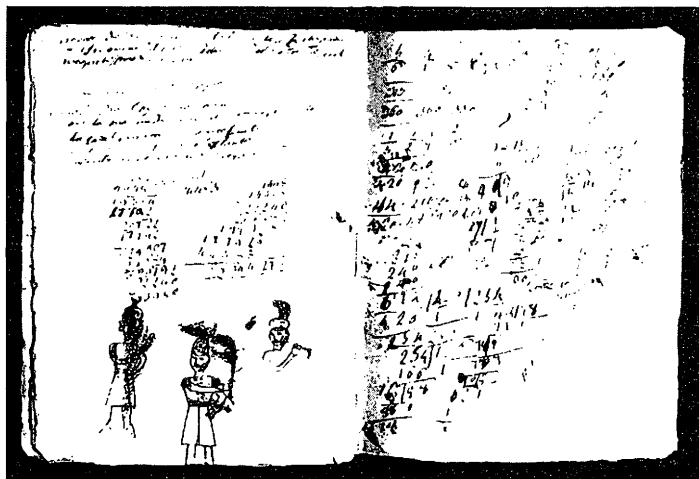
— Tú, mamá, no ves nada. José te quita la fruta por kilos, y ni siquiera te das cuenta.

— Vaya si me doy cuenta —respondió la mujer—. Pero sé a donde la lleva. Ese Juan es un muchacho estupendo, y el hambre es algo muy malo a su edad.

A pesar del hambre, Juan se las apañaba para encontrar cada día una perra chica para el préstamo de libros del judío Elías. Y seguía leyendo de noche. Se daba cuenta de ello el señor Pianta, que atestiguó: "A menudo pasaba las noches de claro en claro estudiando. Yo me lo encontraba por la mañana con la luz encendida, leyendo y escribiendo" (¡a saber si le impresionaba la aplicación del muchacho o la cantidad

de aceite gastada por la luz!). También Don Bosco recordaba aquellas noches: "Muchas veces sucedió que llegaba la hora de levantarme y tenía aún entre las manos el libro que había empezado la tarde anterior". Pero, añadía enseguida: "Esto me arruinó la salud. Por esto, siempre aconsejaré hacer lo que se pueda y nada más. Descubrí, a mis expensas, que la noche está hecha para descansar".

Juan Bosco no era ningún fenómeno. Era un adolescente lleno de buena voluntad y de impaciencia. La paciencia y el sentido de la medida (como todos comprenden) las aprendería a lo largo de la vida.



Un cuaderno de Juan, de cuando iba al colegio de Chieri.

---

## Veinte años

Marzo del 1834. Juan Bosco, que va a terminar el año de “humanidades”, presenta a los Franciscanos su petición de entrada en la orden.

Un compañero de escuela, Eugenio Nicco, le da la respuesta:

— Te esperan en Turín para el examen, en el convento de Santa María de los Angeles.

Va allí a pie. En el registro de aceptaciones del convento se lee: “El joven Juan Bosco de Castelnuovo, aceptado con todos los votos, cumple con los requisitos pedidos, 18 de abril de 1834”.

Inmediatamente después, prepara Juan los documentos para entrar en el convento de la Paz, en Chieri.

¿Por qué tal decisión?

Juan tiene 19 años, y piensa que ha llegado el momento de decidirse para la vida. Ha sudado y sufrido, porque quiere llegar a ser sacerdote. Pero durante estos meses ha tenido que considerar algunos problemas dramáticos.

### **Las cuentas con la pobreza**

Ante todo la pobreza. No está dispuesto a seguir siendo un peso más sobre los hombros de su madre. Así se lo confiesa, por aquellos días, a Evasio Savio, un amigo de Castelnuovo: “¿Cómo podría aún mi madre ayudarme en los estudios?” Ha hablado de este problema con algunos padres franciscanos y éstos, que le conocen bien, le proponen inmediatamente: “Vente con nosotros”. Ni siquiera se le pedirá la cantidad que los novicios están invitados a entregar. Se hará una excepción con Juan Bosco.

Quedan todavía otros problemas. Leemos en su *Memorias*: “Aconsejándome conmigo mismo, pensaba: Si me hago sacerdote secular, mi vocación corre riesgo de naufragio”. No se trata de escrúpulos, ni de un

miedo vano. En aquellos años, escribe Pedro Stella: "una de las cosas que más se temían, era el profesionalismo de los clérigos, que abrazaban la "carrera" eclesiástica, más por razones humanas que por profundo espíritu religioso. Se intuía como un mal muy grande para el sacerdocio la vaciedad interior, la superficialidad en sentido religioso".

Una señal de este peligro podía ser la excesiva cantidad de jóvenes que emprendía el camino del sacerdocio: 250 seminaristas en 1834 (Turín, Chieri, Bra y Giaveno). El mismo Don Bosco recuerda que, de sus veinticuatro compañeros en el curso de retórica, se inscribieron veinte para los cursos del seminario.

Naturalmente, a un ingreso tan abundante correspondían numerosos y tristes abandonos. En principio, el camino del seminario ya era tenido por muchos, como un "atajo" para un puesto en la enseñanza o un empleo estatal.

Para curar esta plaga, se intentaba por parte de los obispos contener cada vez más el número de seminaristas "externos", que solamente iban al seminario a clase y a las funciones litúrgicas y que inevitablemente introducían un aire de mundanidad en el internado.

## **La campesina del chal negro**

A fines de abril, se presenta Juan a su párroco para pedirle los documentos necesarios para entrar en el convento. Don Dassano le mira perplejo:

— ¿Tú, a un convento? Pero ¿te lo has pensado bien?

— Me parece que sí.

Unos días después, sube don Dassano a la granja de Sussambrino. Habla con Margarita.

— Juan va a hacerse fraile franciscano. Yo no tengo nada en contra, pero me parece que su hijo vale más para trabajar en una parroquia. Sabe hablar con la gente, atraerse a los muchachos, hacerse querer de ellos. Por tanto, ¿a qué encerrarse en un convento? Además, Margarita, quiero hablarle claro. Usted no es rica y va teniendo sus años. Un hijo párroco, cuando usted ya no pueda trabajar, podrá echarle una mano, pero un hijo fraile es como perderlo. Estoy convencido de que debe apartarle de esta idea, y me parece que lo digo por su bien.

Mamá Margarita se echa el chal a los hombros y baja a Chieri.

— El párroco ha venido a decirme que quieres entrar en un convento. ¿Es verdad?

— Sí, madre. Espero que usted no se oponga.

— “Oyeme bien, Juan. Te aconsejo muy mucho que examines el paso que vas a dar y que, después, sigas tu vocación sin preocuparte en absoluto de nadie. Pon, por delante de todo, la salvación de tu alma. El párroco me pedía que te disuadiese de esta decisión, teniendo en cuenta la necesidad que de ti pudiera tener en el porvenir. Pero yo te digo: en asunto así no entro, porque está Dios por encima de todo. No tienes por qué preocuparte de mí. Nada quiero de tí, nada espero de tí. Tenlo siempre presente: nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Más aún, te lo aseguro: si te decidieras por el clero secular y, por desgracia, llegaras a ser rico, ni una vez pondría los pies en tu casa. No lo olvides”.

La anciana campesina, con su chal negro, tenía un tono fuerte en su voz y una energía grande en sus ojos. Nunca olvidaría Don Bosco aquellas palabras.

Estaba ya Juan para concluir, cuando ocurrió un imprevisto. “Pocos días antes del fijado para mi entrada, tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme: “Tú buscas la paz y aquí no vas a encontrarla. Dios te prepara otro lugar, otra mies”.

Un sueño, las bagatelas de siempre. Pero Juan ya ha debido notar que para él los sueños son cosas importantes, aunque incómodas a veces. Va a su confesor: “Le expuse todo, pero no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes. En este asunto —respondiome— preciso es que cada uno siga sus inclinaciones y no los consejos de los otros. Debes, pues, pensar tú y decidir tú”.

¿Qué hacer? Difirió toda decisión y siguió en la escuela. Pero no podía diferirla para siempre. Un día se confió a Luis Comollo, y obtuvo el consejo clásico de un santito como él, lleno de espiritualidad fervorosa y desencarnada: hacer una novena, escribir una carta a su tío párroco, y luego obedecer ciegamente.

“El último día de la novena —recuerda Don Bosco—, en compañía de mi inolvidable amigo, confesé y comulgué. Oí después una misa y ayudé a otra en el altar de Nuestra Señora de las Gracias. De vuelta a casa, encontramos una carta de don Comollo (el tío de Luis) que decía: “Considerando atentamente todo lo expuesto, aconsejaría a tu compañero no entrar en un convento. Vista la sotana y no tema perder la vocación. Con el recogimiento y las prácticas de piedad superará todos los obstáculos”.



## **"¿Por qué no consultas a don Cafasso?"**

Vestir la sotana quería decir entrar en el seminario. Pero quedaba en pie el problema número uno: ¿y el dinero? Al llegar a este punto, entró en escena don Cinzano (que había sustituido a don Dassano en la parroquia de Castelnuovo). Enterado de sus dificultades, fue a llamar a la puerta de dos personas acomodadas del pueblo. Entre los dos se dividieron la pensión del último año en la escuela pública.

Pero Juan no estaba del todo satisfecho. Su amigo Evasio Savio le sugirió:

— Ve a Turín a aconsejarte con don Cafasso. Es joven, pero es el cura más inteligente que haya nacido en Castelnuovo.

No tenía don José Cafasso más que 23 años, y sin embargo, se le consideraba como uno de los mejores "directores de almas": a él iban, en busca de consejo, muchas personas inquietas o preocupadas. Vivía en Turín, en el Colegio Eclesiástico, y mientras completaba los estudios de especialización teológica, atendía a los enfermos y a los presos.

Juan fue y le expuso sus apuros. Don Cafasso, con una gran calma y tranquilidad, le dijo:

— Acabe su año de retórica y luego, entre en el seminario. La divina Providencia le hará conocer lo que quiere de usted. Tampoco se preocupe por el dinero: alguien proveerá.

En este encuentro, halló Juan Bosco el elemento que equilibró su vida. Su temperamento volcánico le hará vivir entre sueños, proyectos, apuros, éxitos, desilusiones. Junto a él, tranquilo, calmante estará don Cafasso el amigo discreto, el consejero prudente, el silencioso bienhechor.

El seminario de Chieri se había inaugurado en 1829. El arzobispo de Turín, Columbano, Chiaverotti, había querido para los futuros sacerdotes un ambiente recogido y casi claustral, apartado del ruidoso mundo de Turín. Juan Bosco entrará en él como "interno", dispuesto, por tanto, a vivir toda su austeridad. Así lo aconsejó don Cafasso, que alcanza del teólogo<sup>1</sup> Guala una pensión gratuita para el primer año.

Juan debería pasar el examen para la admisión en el seminario, en Turín. Pero la ciudad estaba amenazada por el cólera (que llegaba cada año perturbando la estación veraniega). Los viajeros eran sometidos a cuarentena. Por lo que fue admitido al examen, por delegación, en Chieri. Y salió bien de él.

Las últimas vacaciones escolares, antes de vestir la sotana clerical, las pasó Juan en Sussambrino y en Castelnuovo, junto al párroco. Escribe: "En aquellas vacaciones dejé de hacer el charlatán, y me di a

---

<sup>1</sup> Dícese de la persona que tiene especiales conocimientos de la teología.

las buenas lecturas. Seguí ocupándome de los niños, entreteniéndoles con historietas agradables, juegos y cantos religiosos. Muchos eran ya mayorcitos, pero muy ignorantes en las verdades de la fe. Así que les enseñaba el catecismo y las oraciones de cada día. Aquello era una especie de oratorio, al que acudían unos cincuenta muchachos, que me obedecían y me querían como a un padre”.

## **Marca de fábrica**

16 de agosto de 1835. Juan Bosco cumple veinte años. Se ha hecho un hombre tenaz, inteligente maduro. Está para empezar los años decisivos de su formación sacerdotal, y lleva consigo mismo, como marca de fábrica, un sólido carácter piamontés.

Henri Bosco, francés provenzal, pariente lejano del Santo, ha intentado delinear, en una hermosa página, “los rasgos fuertemente marcados y originales” del carácter piamontés. En la misma línea nos ponemos nosotros.

No es brillante, ni audo. No piensa deprisa. Es lento para comprender, reflexionar, responder. Por eso le faltan el arrojo, el fuego, la exaltación.

Por contrapartida, es sólido y fuerte. Solidez hecha de resistencia, ante todo. Sabe aguantar mucho y sin lamentos. Hecha también de prudencia. La vida dura le ha enseñado que es prudente pensar bien sin prisas.

Ha nacido positivo. No le seducen las ideas originales: sabe por instinto que tienen una alta tasa de mortalidad infantil. Si tiene una idea brillante, la lleva enseguida al campo práctico. vive lo concreto, lo real. Allí está su fuerza.

Lo real, a menudo, es muy áspero y duro. El piamontés opone a ello la paciencia. Es paciente por espíritu, como es paciente de corazón.

Ama y no reniega. Es un hombre fiel. La fidelidad es la mayor señal de perseverancia. Es su expresión más noble y su más puro producto. Implica coraje.

El piamontés es animoso. No tiene la temeridad de las cabezas acaloradas. Es más un soldado que un guerrero. Pero sabe combatir. Combate bien, seriamente, sin espíritu de aventura, con más gusto para defender que para atacar.

Esta vocación defensiva nace del amor intenso que tiene a su tierra, a sus bienes, a su familia, aún cuando sean pocos sus bienes, exigente su tierra y pesada su familia.

Ante la necesidad, emigra. Pero no deja nunca a su tierra. Va con él, en quien viven sus virtudes de paciencia, de apego, de consistencia, de buen sentido práctico.

Sólo Dios sabe hasta qué punto poseyó Don Bosco las virtudes típicas de los de su raza, la resistencia, el espíritu práctico, la genialidad de la realidad, la paciencia, hasta la testarudez.

Pero Dios ha dado también el don de su corazón que ama sin límites a este joven, que está a punto de entrar en el seminario. Un corazón que no se resigna ante los jóvenes humillados por la ignorancia, ante la gente abrumada por la miseria, ante las personas agotadas por la carencia de Dios. Yo creo que éste es el "carisma", el don particular que le fue dado a Don Bosco, y que debió integrarse, de manera dramática a veces, con las cualidades de su tierra.

Un corazón total que no conoce medias tintas, afronta ciegamente las provocaciones de la realidad y transforma la paciencia en cristiana impaciencia. Responde con arrojo a las sugerencias atemorizadas por el "buen sentido". Los santos tienen buen sentido, en abundancia, pero nos damos cuenta de ello *después*. Parece locura, y es una gran fe, en Dios y en los hombres. No una fe pasiva, que todo lo espera del cielo, sino la fe de la visión, de la aventura, la fe que desencadena la ofensiva.

Don Bosco estuvo animado por esta fe enraizada en el amor, cuyas razones son disparatadas, porque razona contra la inteligencia, con el "buen sentido", con los pies en el suelo.

Precisamente por esto, muchos sacerdotes paisanos suyos, hermanos sinceros en el ministerio, educados junto a él en el mismo seminario, no le entenderán.

La Iglesia resumirá todo esto poniendo en el principio de su Misa aquellas palabras que la Biblia aplica a Abraham (otro grande de la humanidad que falló clamorosamente al "buen sentido"): "Dios le dio una sabiduría y una prudencia vastísima y un corazón amplio como las playas del mar".

## El seminario y sus puntos negros

---

La "imposición de la sotana" por aquellos años, es un paso importante. El joven se quita la ropa de la gente común, y viste una sotana negra ("traje talar") que va de los hombros a los talones. Es una señal para decir a todo el mundo: "Quiero ser sacerdote, y vivir como debe vivir un sacerdote". Hay además otros accesorios que completan el uniforme de un clérigo: el alzacuello blanco, el bonete negro con su borla, el sombrero de teja. El color único, de rigor, es el negro.

"Siempre tuve necesidad de todos", dirá un día Don Bosco. Hasta para su toma de hábito fue así: la gente de su pueblo le regaló la sotana, el sombrero, los zapatos, el bonete, hasta los calcetines negros.

25 de octubre. Domingo. La Iglesia de Castelnuovo está a reventar: a los del pueblo se han juntado los de I Becchi, los de Murialdo y los otros caseríos de alrededor, porque el párroco, antes de Misa mayor impondrá la sotana a Juan Bosco, el simpático joven a quien todos conocen.

Juan se acerca al altar llevando al brazo la negra sotana. Las palabras de la ceremonia son solemnes.

"Cuando el párroco don Cinzano me mandó quitarme los vestidos del mundo con aquellas palabras: "Que el Señor te despoje del hombre viejo y sus actos", dije en mi corazón: ¡Oh, cuánta ropa vieja me he de quitar! Dios mío, destruid, sí, en mí todas mis malas costumbres". Después, cuando añadió al darme el alzacuello: "Revístate el Señor del nuevo hombre, que Dios creó en justicia y santidad verdadera", añadí en mi corazón: "Dios mío, haced que, desde este momento, empiece una vida nueva, según vuestro divino querer. María, sed mi salvación".

## **Nuevo tenor de vida**

Después de la misa, una sorpresa. Don Cinzano le invita a acompañarle hasta la aldea de Bardella, donde se celebra la fiesta mayor.

“Fui para no disgustarle, pero de mala gana. Aquello no era para mí. Parecía un muñeco disfrazado. Tras varias semanas de preparación para el día suspirado, me encontré allí con una comilona, entre gente reunida para reír, bromear, comer, beber y divertirse. ¿Qué trato podía tener aquella gente con uno que, por la mañana del mismo día, había vestido el hábito de santidad para entregarse todo al Señor?

Al volver a casa me preguntó al párroco por qué andaba tan pensativo. Respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. El haber visto sacerdotes, haciendo de bufón en medio de los convidados, y un tanto alegrillos por el vino, me había disgustado. “Si supiera que había de ser un sacerdote de esos —añadí— preferiría quitarme esta sotana”.

El párroco comprendió que el joven clérigo llevaba razón. Salí de apuros con dos frases de ocasión: “El mundo es así, y hay que tomarlo como es”, y “Conviene ver el mal para conocerlo y evitarlo”.

Durante los cuatro días que le faltaban para entrar en el seminario, Juan se concentró en el silencio y en la reflexión, y escribió siete propósitos que señalaban todo un nuevo tenor de vida. Helos aquí.

1. No iré a bailes, teatros, ni espectáculos públicos.
2. No haré ya más juegos de manos, ni actuaré de saltimbanqui, ni iré más de caza.
3. Practicaré la templanza en el comer, en el beber y en el descanso.
4. Leeré libros religiosos.
5. Combatiré todo pensamiento, toda conversación, toda palabra, toda lectura contra la castidad.
6. Haré cada día un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.
7. Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante en bien del prójimo.

“Fui ante una imagen de la Santísima Virgen y prometí formalmente guardarlos, aún a costa de cualquier sacrificio”.

No siempre lo logrará, porque también él está hecho de carne y hueso como nosotros. Pero el “golpe de timón” está dado.

El 30 de octubre Juan debía entrar en el seminario. La tarde antes, en Sussambrino, estaba colocando en un baulillo la ropa que mamá Margarita le había preparado. “Mi madre —escribe— no me perdía de vista,

como si tuviera que decirme alguna cosa. De golpe me llamó aparte y me dijo:

“Juan, ya has vestido la sotana sacerdotal. Como madre, experimento un gran consuelo al tener un hijo seminarista. Pero acuérdate de que no es el hábito lo que honra a tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quitátele en seguida. Prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote descuidado de sus deberes. Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen. Cuando comenzaste los estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra Madre. Ahora te digo, que seas todo suyo, Juan”.

Al terminar estas palabras, mi madre estaba conmovida. Yo lloraba.

“Madre —respondí— le agradezco todo lo que usted ha hecho por mí. Nunca olvidaré sus palabras”.

Por la mañana temprano fui a Chieri y por la tarde del mismo día entré en el seminario”.

Desde lo alto de una pared blanca, un reloj de sol le dio el primer saludo: bajo el cuadrante de las horas estaba escrito: “Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae”, es decir: “Para el que sufre, tardan en pasar las horas, pero corren veloces para el que tiene el corazón alegre”. Era un buen consejo para un mozo que se preparaba a pasar seis años seguidos dentro de aquellos muros.

Ya en la capilla, los clérigos perfectamente alineados en los bancos, atacó el órgano con majestuosas notas el *Veni Creator*. Empezaba el curso con tres días de Ejercicios Espirituales en riguroso silencio.

## **Horario de hierro**

En la página 90 de sus *Memorias*,<sup>1</sup> escribe Don Bosco: “Los días de seminario son poco más o menos siempre lo mismo”. Es una manera muy clara para decir que la dificultad más pesada de los primeros meses fue la monotonía.

El horario de cada jornada es preciso. Todo está señalado en un cartel colgado en un ángulo, junto a una campanilla. Toda una retahíla de horas, medias-horas, cuartos de hora. Al término de cada división, el “campanero” se acerca a la campana y la agita. A su retintín la comunidad sale, entra, habla, calla, estudia, reza. Lo primero que a uno le enseñan, al traspasar aquella puerta, es que la campana es la voz de Dios.

---

<sup>1</sup> Giovanni BOSCO, *Memorias del Oratorio de S. Francisco de Sales*.

Un día así vivido tiene su estímulo, hasta puede ser divertido. Pero, hay que probarlo ocho meses seguidos, para saber qué es la monotonía.

El horario que dividía la jornada en el seminario de Chieri había sido impuesto por el propio Carlos Félix en todas las escuelas del Reino. No perdonaba ni a los príncipes.

Podemos hacernos una idea presentando el horario que debía seguir, en el Palacio Real de Turín, el príncipe heredero Víctor Manuel, que, aquel año de 1835, tenía 15 años:

“Levantarse a las 5, Misa a las 7; clases de las 9 a las 12; comida; de las 14 a las 19 y media, deberes escolares; cena, a las 21, oraciones y descanso. Los domingos por la mañana dos misas: la “rezada”, antes de desayunar en la capilla de Palacio, y la “mayor”, después de desayunar, en la Catedral”.

En el seminario, a diferencia del Palacio Real, la misa diaria estaba acompañada por la meditación y la tercera parte del rosario. No se hablaba durante la comida, se oía la lectura de la “Historia Eclesiástica”, de Bercastel, leída por turno desde una tribuna.

El menú era sencillísimo. “Se come para vivir, no se vive para comer” era una de las máximas repetidas.

El único momento en que aquellos mozos podían relajar la tensión era el del recreo. Don Bosco recuerda apasionadas partidas a la baraja. “Aunque no era un gran jugador, sin embargo, ganaba casi siempre. Al acabar las partidas tenía las manos llenas de dinero; pero al ver a mis compañeros tristes, por lo que habían perdido, yo me ponía más triste que ellos. Añádase que, a fuerza de prestar atención a las cartas, al estudiar o al rezar, tenía siempre la imaginación ocupada por el rey de copas y el as de espadas. Por esto, a mitad de segundo año de filosofía, determiné no participar en aquel juego”.

El suceso que le decidió a romper del todo fue una gran victoria. El clérigo, que testarudamente le pedía la revancha, era también pobre y, al fin, desplumado como un pollo, casi se ponía a llorar. Juan tuvo vergüenza de sí mismo, le restituyó todo lo que le había ganado y puso punto final a las cartas.

También fue rígido con sus Salesianos, en cuanto al juego de la baraja. “Hace perder mucho tiempo, y nosotros lo tenemos que dedicar a los jóvenes —decía—. Solamente cuando no tenga nada que hacer, jugaré a la baraja”.

## **Puntos negros del seminario**

A medida que va pasando el tiempo, descubre Juan algunos "puntos negros" en la vida del seminario.

El primero es el mismo que le molestaba en Castelnuovo: los superiores mantienen la distancia. Para salvaguardar el respeto y la dignidad se dejan ver pocas veces. "Era costumbre visitar al Rector y a los otros superiores al volver de vacaciones y al marchar de ellas. Nadie iba a hablar más con ellos, como no le llamasen para darle una reprimenda. Si algún superior pasaba entre los seminaristas, todos huían precipitadamente de él como de un perro sarnoso. ¡Cuántas veces hubiera querido hablarles, pedirles consejo...!"

"Juan no pedía una aprobación formal —comentaba Pedro Stella—, pedía más: la *benevolencia*, esto es, la respuesta al afecto que él les tenía. Este querer establecer una atmósfera de recíproco "placer", de sintonía y simpatía expresa bien a las claras el temperamento de Don Bosco". Para establecer esta corriente de sintonía, Don Bosco estima esencial la "presencia física" de los educadores entre los jóvenes. Está tan persuadido de ello que lo hará uno de los elementos esenciales de su sistema educativo.

El segundo "punto negro" lo ven en algunos de los compañeros. Había "muchos clérigos de virtud sin tacha"; pero también los había "peligrosos", que sostenían "conversaciones realmente malas", y que introducían en el seminario "libros impíos y obscenos".

Otra de las amargas de Juan era la prohibición de la comunión frecuente. "La santa comunión sólo se podía recibir los domingos o en especiales solemnidades". Para recibirla durante la semana "había que buscar un subterfugio".

Por la mañana, mientras la larga fila de clérigos en silencio se dirigía al refectorio, doblaba uno la esquina, entraba en la iglesia de San Felipe y pedía la comunión "pagando" con el ayuno hasta mediodía. "De este modo pude frecuentar bastantes veces la comunión, de la que puedo decir que fue el alimento principal de mi vocación".

## **Bocanada de oxígeno del jueves**

El jueves era un día en que se rompía para Juan la monotonía del horario. Por la tarde de aquel día, sin un fallo —lo recordaban sus compañeros— el portero repicaba la campana de llamadas, gritando en piemontés:



— ¡Bosco de Caltenuovo!

Los otros seminaristas, que buscaban la menor ocasión para reír un poco hacían el eco, gritando como otros tantos pregoneros:

— ¡Bosco de Caltenuovo! *¡Bois de Chateauneuf!*

Juan reía la acostumbrada broma y sobre todo porque sabía quien le esperaba: eran los socios de la “Sociedad de la Alegría” que querían verle y contarle novedades, los amigos con los que había hecho el bachillerato, los chiquillos a los que había divertido con sus juegos y sus cuentos y querían volver a oírle. “Eran muchísimos jovencitos —recordaba un compañero de curso— que le rodeaban la mar de alegres. El les entretenía y hablaba con todos”. Después de la algazara, las bromas, las alegres risotadas, un minutito a los pies de la Virgen.

El jueves era el día de su bocanada de oxígeno, la continuación, casi clandestina, de “su clavo fijo” del oratorio.

Juan hablaba a menudo de este “oratorio” a sus amigos más íntimos: nacería en la periferia de una gran ciudad, tendría patios, edificios, turbas de muchachos. “No me invento nada —decía con tranquilidad—. Lo sueño de vez en cuando, por la noche”.

“Don Bosio, párroco de Levone canavese, compañero de Don Bosco en el seminario de Chieri —según cuenta el biógrafo Lemoyne— llegó por vez primera al Oratorio en 1890; al encontrarse en medio del patio, rodeado de algunos miembros del Consejo Superior de los Salesianos, giró la mirada en torno y, contemplando los distintos edificios, exclamó: —De todo lo que aquí veo, nada me resulta nuevo. Don Bosco me lo había descrito todo en el seminario, como si hubiese visto con sus propios ojos lo que contaba, igual que lo veo yo ahora con admirable exactitud”.

Sueños y pobreza son un extraño binomio, que acompañará todas las estaciones de Don Bosco. Los sueños para abrir de par en par la esperanza de un espléndido futuro, la pobreza para ir poniendo trabas al presente.

Por los exámenes semestrales (los exámenes de aquellos “buenos tiempos” eran tres al año: trimestrales, semestrales, finales) había un premio de sesenta liras para el seminarista de cada curso que alcanzara la mejor nota en conducta y aplicación. Juan hincaba los codos sobre los libros para ganarlo. Repitió la empresa cada año: así tenía asegurada la mitad de la pensión.

Y, además, se daba a todo y a todos. “El que quería afeitarse, arreglar el bonete, coser o remendar una sotana, me encontraba siempre a punto”.

## **Entre jóvenes ricos**

Al borde del verano de 1836 se presenta de nuevo el cólera. El miedo se apodera otra vez de Turín. Los Jesuitas anticipan la salida de sus internos del colegio del Carmen para ir al castillo de Montaldo, imponente lugar de vacaciones. Buscan un prefecto de dormitorio seguro que, a la vez, pueda repasar el programa de griego. Don Cafasso envía al seminarista Bosco: "Podrás ganar unas liras".

Y, desde el primero de julio hasta el 17 de octubre, vive Juan, por vez primera, entre jóvenes de familias distinguidas, en contacto con las virtudes y defectos de los "hijos de papá". Confiesa que experimentó "lo difícil que resulta adquirir entre ellos aquel ascendiente que un sacerdote debe tener para hacerles algún bien". Se persuade de que Dios le llama solamente para los muchachos pobres. Esta será una de sus más absolutas convicciones: lo mismo que no ha sido llamado para educar a las muchachas, tampoco ha sido llamado para educar a los hijos de los ricos. Casi treinta años más tarde, el 5 de abril de 1864, respondería, casi con aspereza, a don Ruffino, que le hablaba de un colegio para jóvenes nobles:

— Eso no, nunca. Sería nuestra ruina. Como lo fue para muchas otras órdenes religiosas: tenían como primera finalidad la educación de la juventud pobre, y la abandonaron para servir a los ricos.

## **Encanto de Luis Comollo**

Octubre de 1836. Mientras Juan Bosco deja el castillo de Montaldo para pasar unos días entre las viñas de Susambrino, Luis Comollo viste la sotana. A finales de mes, entra también él en el seminario de Chieri juntamente con su amigo Juan. se rehace la pareja, la amistad irrompible.

Luis tiene dos años menos que Juan, pero vuelve a ser su aguijón espiritual. "Frecuentemente rompía mi recreo. Me tomaba de la sotana y, diciéndome que le acompañase, me llevaba hasta la capilla".

Comollo se encontraba en el seminario como en su casa, y no se terminaban nunca sus efusiones: visita al Santísimo, oraciones por los agonizantes, rosario, oficio de la Virgen, corona por las almas del Purgatorio.

Juan, como muchos cristianos que trabajan y sudan por el Reino de Dios, sentía un atractivo profundo, una especie de nostalgia por aquella piedad de puro ardimiento, de simple abandono en Dios. Pero com-

prendía que en la manera de hacer del amigo había exageración. Lo dice con mucha delicadeza: "Ni siquiera probé imitarle en la mortificación. Ayunaba rigurosamente toda la cuaresma, ayunaba los sábados, algún día no tomaba más que pan y agua... Dejaba entonces el plato y el vino, y se conformaba con pan mojado en agua, so pretexto de que le iba bien para la salud".

Nosotros podemos decirlo claramente, sin circunloquios: era una carrera voluntaria hacia el agotamiento y hacia la muerte. Un buen director espiritual no le habría permitido correr de ese modo hacia el martirio. Cuando Domingo Savio (veinte años más tarde) intentará ponerse en un camino similar, Don Bosco le detiene con decisión. Pero, en este momento, Juan no puede ser todavía aquel prudente director de conciencias que llegará a ser. Y la ascética desencarnada de Comollo, aquel su refugiarse en Dios, casi despreciando todo valor terreno, le colman de admiración.

En él perdurará su encanto por el santito Luis Comollo, por esa santidad que se quema rápidamente apuntando directa al Cielo. Pero su camino hacia Dios seguirá siendo otro, el de una santidad más encarnada y sólida, encarnada en el contacto vivo con la realidad, el afecto y las necesidades urgentes de los jóvenes, los problemas molestos y concretos que clarifican y simplifican toda teoría ascética.

## **Un seminarista novato**

A primeros de diciembre entró en el seminario Juan Francisco Giacomelli de Avigliana. Dejó un testimonio precioso de Juan Bosco, ya en segundo año de filosofía, que parece un retrato. Lo copiamos resumiéndolo.

"Entré en el seminario un mes más tarde que los demás, no conocía a nadie, y andaba durante los primeros días como perdido en medio de la soledad. El primer día que me senté en la sala de estudio, me vi frente a un seminarista que me pareció de edad avanzada. Tenía buen aspecto, los cabellos ensortijados, estaba pálido y delgado, parecía enfermo. Era Don Juan Bosco. Fue él el primero que se me acercó, al verme sólo, después de comer, y me hizo compañía durante todo el recreo. Me guardó muchas delicadezas. Recuerdo, entre otras, que como tuviera un bonete desproporcionadamente alto, varios compañeros se burlaban de mí. Juan me lo ajustó en un dos por tres.

Había aquel año dos seminaristas que se llamaban Bosco. Como para distinguirse, el primero (más tarde director de las Rosinas en Turín)

dijo: "Yo soy Bosco de níspero" (de madera de níspero, durísimo, que no se dobla). Juan por el contrario dijo: "Yo soy Bosco de sauce" (de madera de sauce, tierno y flexible). No era un santurrón, sino que, muy al contrario, tenía un carácter colérico, y era evidente la grande y continua violencia que se hacía para contenerse. Quería a los muchachos sin medida, su placer era encontrarse en medio de ellos".



Patio interior del Seminario de Chieri.

---

## La profesión sacerdotal

24 de junio, fiesta de San Juan Bautista. Es el día onomástico de Juan Bosco y el principio de las largas vacaciones estivales. Cuatro meses.

Enfila la alba carretera que va de Chieri a Castelnuovo y toma después el sendero que sube a Susambrino. Son doce kilómetros. Hermosa caminata. En la granja del hermano le dan la bienvenida el "quiquiriqui" de los gallos y la tímida sonrisa de una preciosa sobrinita.

Hace ya años que José ha montado su familia. Se casó en 1833 (a sus 20 años, apenas) con María Calosso, una muchacha de Caltenuovo. La primera criatura que vio la luz, Margarita, no vivió más que tres meses. En la primavera de 1835 nació Filomena, una niña tranquila, que mira encantada al tío Juan cómo trabaja con la garlopa, en el torno, en la fragua; cómo corta y cose sotanas, y le hace muñequitas de trapo.

### **En la siega del trigo**

En las cepas se engordan los tiernos racimos verdes y amarillea el trigo por los campos. Cuando Juan cesa de trabajar en su rudimentario taller, empuña la hoz y se coloca en la larga fila de los segadores. Las gotas de sudor ruedan por su frente bajo el ancho sombrero de paja.

Se encuentra alegre en esa actividad a campo abierto, después de ocho meses casi prisionero en los bancos de la escuela.

Un día, ve saltar una liebre por entre las ringleras de la viña. Corre instintivamente a casa, descuelga del clavo la escopeta de José. Le parece que es cuestión de un minuto perseguir a una liebre, pero ésta corre veloz. Testarudo, no quiere aflojar.

"De campo en campo, de viña en viña, atravesé valles y colinas durante varias horas. Llegué, finalmente, a tiro del animal; de un disparo le deshice las costillas, tanto que el pobre animalito cayó, dejándome abatido al verle muerto. Algunos amigos me habían seguido, y se alegraron por la pieza cobrada. Pero yo eché una mirada sobre mí mismo: advertí que estaba en mangas de camisa, sin sotana y con un sombrero de paja, a más de cinco kilómetros de casa y con una escopeta en la mano. Quedé mortificadísimo".

De vuelta en casa fue a leer en su cuadernito los propósitos hechos el día que vistió la sotana. Leyó el número dos: "No haré más juegos de manos, ni actuaré de saltimbanqui, ni iré más de caza". Dijo: "Señor, perdonadme".

Su diversión volvió a ser la de estar entre los muchachos. "Muchos tenían ya sus dieciséis o diecisiete años, y estaban en ayunas de las verdades de la fe. Experimenté una gran satisfacción dándoles catecismo, me puse a enseñar a leer y escribir a jovencitos de todas las edades. Las clases eran gratuitas, pero les exigía asiduidad, atención y la confesión mensual".

## **Los "esquemas mentales"**

3 de noviembre de 1837. Juan empieza en el seminario la *teología*. Es la "ciencia que estudia a Dios" y es el estudio fundamental para los que aspiran al sacerdocio. Duraba en aquel tiempo cinco años, y comprendía como materias principales la *dogmática* (estudio de las verdades cristianas), la *moral* (la ley que debe observar el cristiano), la *Sagrada Escritura* (la palabra de Dios), la *historia eclesiástica* (historia de la Iglesia desde los orígenes del cristianismo hasta la edad contemporánea).

El estudio de la teología es de gran importancia en la vida de todo sacerdote. Durante esos años de juventud y disponibilidad, se coloca esa especie de armazón de ideas, de valoraciones, que forman la "mentalidad". A lo largo de la vida, el mismo sacerdote la afinará, hasta la modificará, ante el peso de nuevos sucesos, pero difícilmente la cambiará. Su manera de ver, de enjuiciar las cosas, tendrán raíz en aquella "plataforma ideológica" que la teología le dió. Allí se realizó su profesión sacerdotal.

También para Juan Bosco fueron muy importantes los años de teología. Aunque ayudado por dones extraordinarios, fue hijo de su tiempo, y particularmente *de la Iglesia de su tiempo*.

Es importantísimo, para entender a Don Bosco, conocer los "esquemas ideológicos" que los estudios, los libros, y hasta la dirección espiritual y la predicación colocaron como base de su mentalidad. Pedro Stella, en el primer volumen de *Don Bosco en la historia de la religión católica*, dedica veinte páginas (59-78) a este tema. Las dimensiones de nuestro trabajo sólo nos permiten citar algunas afirmaciones que prestan mucha luz:

"La *teología dogmática* de entonces, lo sometía todo a la cuenta a dar al juez divino, en razón de la vida o la muerte eterna. Acostumbraba a considerarlo todo, según el valor que tenía para la eternidad, en razón de premio o castigo".

"La *oratoria sagrada* contribuía a alimentar el estado de angustia que podía nacer en almas religiosas sensibilísimas. Argumentaba con las graves y difíciles obligaciones que imponía el sacerdocio, los grandísimos peligros procedentes del sagrado misterio (peligros de mundo, de mujeres, de disipaciones de todo orden), la cuenta rigurosa que el divino soberano exigiría a sus ministros".

Notamos de paso que, llevado de este género de predicación, Juan Bosco pudo exagerar en algunos momentos sobre el autocontrol y algunas formas antipáticas de ascesis. Son experiencias pasajeras que muchos seminaristas de tiempos pasados (seminarios cerrados y asépticos) sufrieron.

## **Valorar el tiempo propio**

Creemos que también es muy importante, para valorar a Don Bosco, delinear los rasgos esenciales de la "mentalidad histórica" que él absorbió, durante aquellos años: cómo fue preparado para ver, valorar "el tiempo" que estaba viviendo, aquella época tan importante que pasará a los libros de historia con el nombre de "Risorgimento". Sólo comprendiendo esta "mentalidad histórica" resulta posible entender cómo pensaba Don Bosco sobre el futuro de la Iglesia y del mundo.

Se empezaba por declarar "en quiebra" las experiencias de la revolución francesa y del imperio napoleónico. "La más terrible revolución...", "también entre nosotros abundó la iniquidad", "¡se rompió la red y fuimos liberados!" La restauración de los tronos es "obra única de las manos de Dios". Son frases que abundan en las cartas pastorales y en los sermones de la época.

La "quiebra" estaba en el paso de la proclamación de los grandes principios (libertad, igualdad), al "terror" de la revolución y a la dicta-

dura napoleónica. Esto significaba que el principio iluminista (adoptado por la revolución francesa) de la "razón como único camino para la verdad y el bien", llevaba a desastrosas consecuencias.

Era, por tanto, revalorizada la "dimensión religiosa", no reducible a los límites de la razón humana. Era revalorizada la autoridad del rey, moderada solamente por la observancia de las leyes divinas: con su iluminada sabiduría debía moderar las fuerzas revolucionarias, siempre en acecho, que llevaban al desorden y a la violencia.

Estas revalorizaciones eran un tanto ambiguas. Podían conducir a un cristianismo autoritario, a una alianza entre el trono y el altar, incapaces de entender que "libertad, igualdad y fraternidad" son valores cristianos. Son las ambigüedades del "conservadurismo católico", que dominó casi hasta 1848.

A escondidas, aún en los ambientes eclesiásticos, circulaban otras ideas, las del "liberalismo católico". Se reconocía la validez de los grandes principios de la revolución. Eran mal vistas la violencia jacobina y la dictadura de Napoleón. Se deseaba un sistema de poderes equilibrados: un rey que frenara a los revolucionarios, pero también una Constitución que garantizase libertad e igualdad. Libertad e igualdad, sin embargo, eran deseadas por todos, menos por "el pueblo bajo".

Tanto liberales como conservadores tenían miedo de la "igualdad democrática": como enseñaba "el terror", ésta se transformaría inevitablemente en tiranía de un pequeño grupo que proclamaría gobernar "en nombre del pueblo" produciendo el caos.

Entre los más ilustres católicos liberales de ese tiempo están Antonio Rosmini y Alejandro Manzoni.

Juan Bosco absorbió la mentalidad histórica del "conservadurismo católico". Fue de ideas conservadoras (pese a que la urgencia de situaciones concretas le llevará a superar, y hasta atropellar, muchas posturas de los conservadores). No podía ser de otro modo: en 1832 declaraba el papa Gregorio XVI, en su encíclica *Mirari vos*, que "las libertades modernas" no eran aceptables por los católicos. Al reconocer, por ejemplo, la libertad de conciencia —afirmaba el Papa— se ponían en el mismo plano la verdad católica y el error. El texto de la encíclica andaba en manos de los seminaristas que debían estudiarla y reflexionar sobre ella.

### **¿Y Cavour, Mazzini, Garibaldi?**

Mientras asimila Juan Bosco estas ideas en Chieri, Carlos Alberto es, en Turín, el "campeón" del conservadurismo católico. Florece la alianza



del trono y el altar. El clero domina en la Universidad: un representante del Arzobispo preside la entrega de títulos. En 1834, en la Ciudadela de Turín, inaugura el rey el monumento a Pedro Micca, hombre del pueblo que se sacrificó para salvar a la ciudad. Pero en el discurso no exalta las "virtudes del pueblo", sino al súbdito sencillo, ignorante, obediente; pronto al sacrificio por su rey.

Aquel año de 1837, andan todavía dispersos los protagonistas del "Risorgimento" (período que sacudiría a Italia y barajará todas las cartas, comprendidas las ideas "conservadoras" y las "liberales").

Juan Mastai-Ferretti, que en el 1846 ocupará la cátedra papal con el nombre de Pío IX, es el obispo de Imola. Tiene sólo 45 años, y es tenido por un "obispo despreocupado", por cuanto deplora los excesos de la policía papal, y es amigo del conde Pasolini, el liberal más conocido de su ciudad.

Camilo Cavour, de 27 años, dirige el distrito agrícola de Leri. Con botas de montar y sombrero de paja, marcha incansable, de la mañana a la noche, a través de los campos, dehesas y arrozales. Era un joven subteniente en la guarnición de Génova el 1831. Al estallar los movimientos revolucionarios ha gritado: "¡Viva la República!" Le desterraron al Valle de Aosta y él abandonó el ejército. Su padre, gobernador de la ciudad de Turín y por tanto jefe de policía, le confina al campo. Entre la vendimia y la recolección del arroz gira por Europa, y admira los Parlamentos de París y Londres. Se encuentra con los desterrados italianos y dice de ellos: "Son un atajo de locos imbéciles y fanáticos, con los que haría, a gusto, estiércol para mis remolachas".

Mazzini, de 32 años, ha sido expulsado de Suiza hace poco. Desde allí dirigía su trama revolucionaria. Ha organizado su vida en una casa de los arrabales de Londres. Escribe en los periódicos para ganarse la vida. se deja la barba, y anda solitario, vestido de negro, por las calles nebulosas de la ciudad.

Garibaldi escapa a América, después de fallar la revolución mazziniana en Saboya, y desembarca en Brasil. Tiene 30 años y piratea por los mares del Sur, al servicio del "gobierno revolucionario" de Río Grande. Dentro de poco vestirá el uniforme de "legionario italiano" con su legendaria camisa roja, comprando a bajo precio, en Montevideo, todo un almacén de blusas destinadas a los *saladeros*, es decir a las prisiones argentinas.

Víctor Manuel, 17 años, habita en el Palacio Real de Turín, como en un riguroso cuartel. Le toca acompañar a su padre en las fiestas y bailes de la aristocracia, y permanecer horas y horas a pie firme a su lado. No tiene más momentos de alegría que los que pasa en las caballerizas.

Allí habla en dialecto vulgar y burdo con los mozos de cuadra, cabalga atrevido y fanfarrón, es maniático en sus cosas y de aire desenfadado.

Lo mismo cerca que lejos, la historia humana sigue su rumbo. Los sucesos ahora grandes, ahora pequeños, se van alternando.

En 1836, Morse hace realidad el telégrafo eléctrico y el sistema de comunicación por líneas y puntos. Dentro de pocos años se adueñará del mundo un utilísimo papel cuadrangular: el telegrama. Primero, solamente para uso de gobernantes y grandes periódicos; luego, a disposición de todos.

En 1837, durante una epidemia de cólera, fallece en Torre del Greco el poeta Santiago Leopardi. Tenía 39 años. En Inglaterra sube al trono la reina Victoria: empieza un larguísimo reinado, durante el cual verá a Inglaterra convertida en la primera potencia colonial del mundo.

El 1838 muere el marqués Tancredi di Barolo, ex-alcalde de Turín. La viuda decide dedicar sus riquezas para atender a las mujeres desgraciadas. Nace así, en la periferia de Turín, junto al Cottolengo, la obra de ayuda para reclusas y mujeres perdidas.

En el 1839 el rey Fernando II hace construir el primer ferrocarril italiano, de Nápoles a Granatello, y Jacques Deguerre fabrica la primera máquina fotográfica. También Don Bosco será deudor de este humilde inventor: será uno de los primeros santos, cuya imagen precisa se podrá conservar, gracias a docenas de fotografías.

# 14

## Por fin sacerdote

---

Vacaciones de 1838. El "seminarista" Juan Bosco es invitado a predicar por vez primera en Alfiano, con ocasión de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Así lo recuerda: "El párroco, don José Palato, era persona muy piadosa y docta y le rogué me diera su parecer sobre el sermón. Me respondió:

- Muy bonito, ordenado. Puede usted ser un buen predicador.
- ¿Habrà comprendido el pueblo?
- Poco. Mi hermano sacerdote, yo y poquíssimos más.
- Y, sin embargo, eran cosas sencillas.
- A usted le parecen fáciles, pero para el pueblo son bastante difíciles. Desgranar un tejido de hechos de la historia eclesiástica y de la historia sagrada es algo muy bonito, pero el pueblo no lo entiende.
- ¿Qué me aconseja hacer?
- Hay que abandonar el lenguaje y el estilo de los clásicos, hablar en dialecto, o en italiano si usted quiere, pero popularmente, popularmente, popularmente. Y más que a doctos razonamientos, atégase a los ejemplos, a las semejanzas, a los apólogos sencillos y prácticos. Recuerde siempre que el pueblo entiende poco y que las verdades de la fe hay que explicarlas de la forma más fácil posible".

Escribe Don Bosco que aquel consejo fue uno de los mejores de su vida. Le sirvió para los sermones, el catecismo y para escribir libros.

### **Extraño pacto con el más allá**

Noviembre de 1838. Juan Bosco empieza el segundo curso de teología. Todo él estará dominado por un suceso trágico, impresionante.

Ya en el último mes de vacaciones le había dicho Luis Comollo algo muy extraño. Contemplando los viñedos desde lo alto de una colina murmuró:

- El año que viene beberé un vino bastante mejor.
- ¿Qué quieres decir?— Primero no quiso responder, después:
- Hace tiempo que tengo un deseo tan vivo de ir al Paraíso, que me parece imposible poder vivir mucho tiempo en la tierra.

Durante los primeros meses del curso escolar se añade un nuevo detalle, muy extraño también. Juan y Luis habían leído juntos un trozo de la biografía de un santo, y Juan comentó:

— Sería bonito que el que primero muriese de nosotros dos, trajese al otro noticias del más allá.

Luis, impresionado por la idea, dice intencionadamente:

— Entonces hagamos un pacto. El primero que muera, si Dios lo permite, vendrá a decir al otro si está en el Paraíso. ¿De acuerdo?

Se estrechan la mano.

Por la mañana del 25 de marzo de 1839, mientras van a la capilla, detiene Luis a Juan en el corredor, y con cara seria le dice:

— Yo he terminado. Me siento mal, y sé que moriré.

Juan intenta tomar la cosa a broma:

— Anda allá, estás estupendo. Ayer hemos paseado juntos una hora. No pienses en ello.

Y sin embargo es cosa seria. Estando en la iglesia, Comollo se desvanece y hay que llevarle a la enfermería. Tiene fiebre alta y preocupante.

El 31 de marzo coincide con la Pascua. Luis recibe el Viático. Está postrado, sin fuerzas. Un rato, en el que sólo está Juan a su lado, le toma de la mano y murmura:

— Ha llegado el momento de separarnos, querido Juan. Pensábamos en llegar juntos a ser sacerdotes, ayudarnos, aconsejarnos. Pero, Dios no lo quiere así. Prométeme que rezarás por mí.

Al alba del 2 de abril moría estrechando la mano de Juan. Sin haber cumplido todavía los 22 años.

Y he aquí lo que sucedió dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes, con las mismas palabras que lo refiere Don Bosco:

“La noche, entre el 3 y el 4 de abril, estaba yo en cama en un dormitorio de unos veinte seminaristas. Hacia las once y media, se comenzó a oír un sordo rumor por los corredores. Parecía como si un enorme carromato, arrastrado por muchos caballos, se acercase a las puertas del dormitorio. Los seminaristas se despiertan, pero ninguno dice nada. Yo estaba petrificado de terror. El rumor avanza. Se abre violentamente la puerta. Fue entonces cuando se oyó la voz clara de Comollo que repitió tres veces: *“¡Bosco, me he salvado!”*. Cesó luego el rumor. Mis compañeros habían saltado de la cama. Algunos se apretujaban en

derredor del prefecto del dormitorio, don José Fiorito, de Rívoli. Fue la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Un espanto tal que, en aquel momento, hubiera preferido morir. Aquel espanto me produjo una grave enfermedad, que me puso a las puertas de la muerte”.

Lemoyne, que vivió en el oratorio junto a Don Bosco, desde 1883 hasta 1888, afirma: “Don José Fiorito contó muchas veces aquella aparición a los superiores del oratorio”.

### **Pan de centeno y vino generoso**

La “grave enfermedad” a que hace alusión Don Bosco, fue un serio agotamiento depresivo, que se prolongó hasta los primeros meses del curso escolar siguiente. Le repugnaba la comida y estaba postrado en un obstinado insomnio. Tras algunos meses, el médico ordenó reposo absoluto en cama... Así estuvo unos treinta días.

Se rehizo de una forma curiosa, casi increíble. Su madre, al saber que está en cama desde hace varios días, corre a verle y le lleva un pan de centeno y una botella de vino generoso. Es conmovedora aquella pobre mujer. Le han dicho que su hijo está enfermo, y para los campesinos no hay más enfermedad que la desnutrición. Consiguientemente la medicina es también una sola, alimentarse bien. Allá por las colinas no se sabe nada de enfermedades con nombres difíciles y de medicinas sofisticadas.

Y Juan conoce el juego. No quiere que su madre se sienta humillada rechazando sus dones. Corta una rebanada de aquel pan y se llena el vaso de vino. Casi sin darse cuenta, sigue adelante. Otra rebanada y otro sorbo de vino. Hasta desaparecer el pan y dejar temblando la botella. Y llegó detrás un sueño letárgico, “que duró dos días y una noche consecutivos”. Al despertar, se sintió curado.

### **“Tembaba al pensar que me ataba para toda la vida”**

La recuperación fue tan perfecta que, al fin del curso “me vino la idea de intentar adelantar un curso durante el verano. Por aquellos tiempos, rara vez se concedía tal permiso. Me presenté al arzobispo Franson, le pedí me dejara estudiar los tratados correspondientes al cuarto curso durante el verano, para así dar por acabado el quinquenio de teología en el curso escolar siguiente 1840-41. Aducía mi avanzada edad de 24 años cumplidos”.

El arzobispo quiso conocer las calificaciones de los exámenes anteriores, y a su vista concedió el favor, a condición de que, antes de noviembre, Juan se presentase a los exámenes prescritos y recibiera la orden del subdiaconado. El teólogo Cinzano, párroco de Castelnuovo fue nombrado examinador. En dos meses de estudio intenso, Juan Bosco se prepara y aprueba los exámenes.

El subdiaconado era, por entonces, el paso decisivo en la vida de un seminarista. El que lo recibe, *hace voto solemne de castidad para toda la vida*. La iglesia no dispensaba a nadie de este voto, por ningún motivo.

El seminarista, que se preparaba para recibir esta orden, era invitado a encerrarse en el silencio de diez días de Ejercicios Espirituales. En ellos hacía confesión general, es decir, un examen de toda la vida, para preguntarse a sí mismo y al confesor representante de Dios, si estaba en condiciones de comprometerse *para siempre*.

Recordando aquellos días, escribe Don Bosco: "Deseaba ir adelante, pero temblaba al pensar que me ataba para toda la vida".

19 de septiembre de 1840. El obispo invita a Juan Bosco a pensar una vez más en la importancia del orden que está a punto de recibir. Si está decidido a consagrar para siempre su vida a Dios, dé un paso adelante. Juan Bosco da un paso sobre el pavimento de la iglesia. Con aquel gesto deja para siempre a sus espaldas toda carrera profana.

## **"El sacerdote no va solo al Paraíso"**

Noviembre de 1840. Empieza en el seminario de Chieri el quinto y último curso de teología.

29 de marzo de 1841. Recibe el orden del diaconado. Es el último peldaño para el sacerdocio.

26 de mayo. El diácono Juan Bosco empieza los Ejercicios Espirituales de preparación para la ordenación sacerdotal. De acuerdo con la invitación de su director dé espíritu, medita largamente durante aquellos días las palabras del salmo: "¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién podrá habitar en el santuario? El que tiene las manos y el corazón puros". Mirando hacia el interior de su vida, ve que casi milagrosamente, sus manos permanecen puras, desde que Margarita se las juntaba para rezar las primeras oraciones.

Anota en un cuadernillo: "El sacerdote no va solo al paraíso, ni va solo al infierno. Si obra bien, irá al cielo con las almas que salve con su buen ejemplo; si obra mal y da escándalo, irá a la perdición con las

almas condenadas por su escándalo... Por lo tanto, me empeñaré en guardar los siguientes propósitos:

Siguen a continuación nueve propósitos fundamentales para su vida. En gran parte repite los mismos propósitos hechos al tomar la sotana. Tres de ellos señalan una profundización característica de lo que va a ser "el estilo sacerdotal" de Don Bosco. Helos aquí:

- Ocupar rigurosamente bien el tiempo.
- Padecer, trabajar, humillarme en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.
- La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales serán mi norma.

## **Sacerdote para siempre**

5 de junio de 1841. En la capilla del Arzobispado, Juan Bosco, revestido de alba blanca se postra en tierra ante el altar. Descienden desde el órgano las austeras notas del gregoriano. Los sacerdotes y los seminaristas presentes invocan, uno a uno, los grandes santos de la iglesia: Pedro, Pablo, Benedicto, Bernardo, Francisco, Catalina, Ignacio...

Pálido por la emoción y los últimos días extenuantes, Juan se levanta y se pone de rodillas a los pies del arzobispo. Luis Franson impone las manos sobre su cabeza, e invoca al Espíritu Santo para que descienda y le consagre sacerdote para siempre.

Unos minutos después, uniéndose a la voz del arzobispo, Juan Bosco empieza su primera concelebración. Por fin, sacerdote.

"Celebré mi primera Misa —escribiré con sencillez— en la iglesia de San Francisco de Asís, asistido por don José Cafasso, mi insigne bienhechor y director. Me esperaban ansiosamente en el pueblo (*era la fiesta de la Santísima Trinidad*), en donde hacía muchos años no se había celebrado primera Misa alguna. Pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido ni distracciones, en el altar del Angel Custodio. Puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida. En el momento en que se recuerda a los difuntos, recordé a todos los míos, a mis bienhechores, particularmente a don Calosso, al que siempre recordé como grande e insigne bienhechor. Es piadosa creencia que el Señor concede la gracia que el nuevo sacerdote pida al celebrar la primera Misa. Yo pedí ardentemente la *eficacia de la palabra*, para poder hacer el bien a las almas".

Don Bosco quiso celebrar su segunda Misa en la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolata.<sup>1</sup> Al levantar los ojos, vió allá arriba a la Señora resplandeciente como el sol, que le había hablado en sueños diecisiete años antes. "Hazte humilde, fuerte y robusto", le había dicho. Don Bosco había procurado serlo. Empezaba ahora el tiempo en que "todo lo comprendería".

El jueves siguiente, fiesta del *Corpus Christi* (entonces fiesta de precepto), Don Bosco celebró la Misa en su pueblo.

Las campanas voltearon y repicaron largo tiempo. Todo el mundo se apiñó en la gran iglesia. "Todos me querían —recordará Don Bosco— y cada uno se alegraba juntamente conmigo".

Los pequeñitos desencajan sus ojos al oír que aquel sacerdote era un pequeño saltimbanqui.

Los mayores recuerdan al compañero de juegos y de escuela.

Los ancianos, de las colinas del contorno, comentan cómo le veían pasar por el camino con los pies descalzos y los libros en la mano.

Aquella tarde, mamá Margarita logra hallar un momento para hablar a solas con él y le dice: "¡Ya eres sacerdote, Juan! ahora estás más cerca de Jesús. Yo no he leído tus libros, pero acuérdate que comenzar a decir misa, es lo mismo que empezar a sufrir. No te darás cuenta de ello enseguida, pero un día verás que tu madre no te ha engañado. En adelante, piensa solamente en la salvación de las almas, y no te preocupes de mí".

---

<sup>1</sup> La Virgen de la Consolata es la patrona de Turín. "Consolata" sería lo mismo que Nuestra Señora de Consolación.



## Sacerdote en rodaje

¿Qué hará ahora Don Bosco?

Es inteligente, quiere trabajar, es pobre.

Le ofrecen tres cargos. Una familia noble de Génova le quiere para instructor de sus hijos. Muchas familias ricas de aquel entonces, mejor que enviar sus hijos a las escuelas públicas, preferían mantener en su propia casa un profesor privado, como instructor y educador. Buscaban casi siempre un sacerdote, que ofreciera garantías de seriedad. Aquellos nobles genoveses hacen saber a Don Bosco que sus honorarios serán de mil liras al año (óptimo estipendio).

Los habitantes de su aldea le suplican acepte la capellanía de Murialdo. Le garantizan que doblarán el estipendio acostumbrado.

El párroco de Caltenuovo, don Cinzano, le propone sea su coadjutor. También él le asegura una buena entrada.

Cosa extraña, todos hablan a Don Bosco de dineros, como si, al haber llegado al sacerdocio, hubiera por fin "ganado una buena plaza" para disfrutar económicamente. Mamá Margarita, la que ha tenido que contar al céntimo para pagar sus deudas, es la única que le recuerda: "Si llegas a ser rico, no pondré los pies en tu casa".

Para acabar pronto, Don Bosco se va a Turín a ver a don Cafasso.

— ¿Qué debo hacer?

— Nada de todo eso. Venga aquí al *Convictorio Eclesiástico*. Aquí completará su formación sacerdotal.

Don Cafasso mira muy lejos. Ha comprendido que la "carga" humana y espiritual de Don Bosco no puede consumirse en una familia o en un pueblo. En cambio Turín es una ciudad que puede consumirle a él. Barrios nuevos, tiempos nuevos, problemas nuevos. Don Cafasso no tendrá que hacer más que vigilarle.

### **Primer descubrimiento: la miseria de los suburbios**

El Convictorio está situado en un ex-convento, pegado a la iglesia de San Francisco de Asís. El teólogo Guala, ayudado por don Cafasso,

prepara en aquel edificio a 45 sacerdotes jóvenes para que sean "sacerdotes del tiempo y de la sociedad en la que tendrán que vivir".

La preparación dura dos años (para Don Bosco, por vía de excepción, serán tres). La jornada de aquellos jóvenes sacerdotes está encuadrada en las dos conferencias de la mañana y de la tarde, la primera por don Guala y la segunda por don Cafasso. Durante el resto de la jornada, van a ejercer el sagrado ministerio en el ambiente de la ciudad: hospitales, cárceles, instituciones benéficas, palacios, casas populares y buhardillas, predicación en las iglesias y catecismo a los niños, asistencia a los enfermos y ancianos.

Las conferencias no están dedicadas a la presentación de teorías teológicas, sino al encuadramiento de las experiencias diarias que los jóvenes sacerdotes viven en el tejido humano de la ciudad. Hoy diríamos: se les enviaba a experimentar en su propia piel un análisis de la situación social y eclesial y, luego, se les reunía para reflexionar sobre su propia acción pastoral. Don Bosco resume esto en cinco palabras: "Se aprendía a ser sacerdotes".

Don Cafasso es un sacerdote pequeño, flaco, defectuoso en su persona, pero dotado de una actividad incansable: enseña, predica, confiesa, visita las cárceles.

Desde 1841, don Cafasso se convierte en el "director espiritual" de Don Bosco. Lo que quiere decir: que Don Bosco se confiesa con él, le pide consejo antes de tomar ninguna decisión, le manifiesta los propios proyectos de vida y está a sus órdenes.

Hasta aquel momento, Don Bosco no conoce más que la pobreza del campo. No sabe qué es la miseria de los suburbios de las grandes ciudades. Don Cafasso le dice: "Ve, mira a tu alrededor y actúa".

"Ya en los primeros domingos —atestiguará más tarde Miguel Rúa— anduvo por la ciudad, para hacerse una idea sobre las condiciones morales en que se movían los jóvenes".

Quedó turbado. Los suburbios eran zonas donde fermentar revoluciones, cinturones de desolación. Los adolescentes vagabundeaban por las calles, sin trabajo, tristes, dispuestos a todo lo peor.

"Se tropezó con muchos jóvenes de todas las edades —sigue el testimonio de Don Rúa— que vagaban por calles y plazas, especialmente en los alrededores de la ciudad, jugando, riñendo, blasfemando y haciendo de todo".

## **Mercado de brazos juveniles**

Junto al gran mercado de la ciudad descubrió otro “verdadero mercado de brazos juveniles”. “El barrio vecino a Porta Palazzo —escribe Lemoyne— era un hormiguero de vendedores ambulantes, vendedores de cerillas, limpiabotas, limpiachimeneas, mozos de cuadra, expendedores de folletos, mozos de cordel para el mercado, todos pobres muchachos que trampeaban como podían la jornada”.

El mismo Don Bosco, en sus *Memorias*, recuerda que los primeros grupos de muchachos, con los que pudo entablar relación, eran “carteros, albañiles, estucadores, adoquinadores, ensoladores y cosas parecidas, que venían de pueblos muy apartados”.

Hijos de familias desacomodadas, casi siempre sin trabajo, andaban a la busca de cualquier oficio, con tal de ir tirando. Eran los primeros “resultados” del hacinamiento de inmigrados en los “cinturones rojos” que iban circundando las ciudades.

Les veía trepar a los andamios de los albañiles, buscar una plaza de mozo en una tienda, vagar anunciándose como deshollinador. Les veía jugándose el dinero por las esquinas de las calles, con la cara dura y decidida del que está dispuesto a intentar cualquier medio para abrirse camino en la vida.

Si intentaba acercarse a ellos, se alejaban desconfiados y despreciadores. No eran, no, los muchachos de I Becchi; no buscaban historietas ni juegos de manos. Eran los “lobos”, los animales salvajes de sus sueños, aún cuando en sus ojos había más miedo que ferocidad.

## **La revolución industrial**

Aquellos muchachos de las calles de Turín son el “perverso efecto” de un suceso que ha empezado a perturbar al mundo, la “revolución industrial”.

En 1798, en Glasgow (Inglaterra), acababa de patentar James Watt la “máquina de vapor”. Era un instrumento que, aprovechando la energía desarrollada por el calor, hacía mover palancas y correas de transmisión. Una sola máquina de Watt (potencia 100 caballos vapor) desarrollaba una fuerza semejante a la de 880 hombres. Empleándola, una hilandería podía producir tanto hilo como podrían haber producido 200.000 hombres. Para atender a las hilanderías, que hacían todo este trabajo, bastaban 750 trabajadores, reunidos bajo unos grandes barracones.

Así empezaron a existir la *fábrica* y los *obreros* (llamados también *proletarios*). Antes, las gentes eran campesinas, comerciantes, artesanos. Entre los artesanos (trabajadores que usaban instrumentos propios en talleres propios) estaban los hiladores, que trabajaban el algodón y la lana, utilizando la fuerza de sus propios brazos.

La producción facilitada por las fábricas rebaja de golpe el precio de los tejidos y desarrolla enormemente el mercado. Al mismo tiempo se realiza un gran aumento del empleo del hierro (para la producción de máquinas, telares, ferrocarriles) y de la extracción del carbón de piedra en las minas (que permite la propulsión de las máquinas de vapor y la elaboración del hierro).

Contemporánea es también la construcción, a gran escala, de ferrocarriles, barcos de vapor y otros medios de transporte.

En los mismos años, gracias al progresivo triunfo de la medicina y de la higiene sobre las epidemias más mortíferas, como la peste y la viruela, la población de Europa alcanza un crecimiento imponente: de los 140 millones en el 1800 pasa a los 260 millones en 1850.

El crecimiento prepotente de las fábricas (esto es, de la *industria*) acarrea la crisis de los artesanos. Una avalancha de gente del campo cae sobre la ciudad en busca de trabajo. Las fábricas adquieren una fisonomía precisa: centros en donde un enorme número de trabajadores desarrollan la misma labor a las órdenes de un patrón.

Así surgen en Inglaterra las ciudades del carbón, las ciudades del hierro, las ciudades de las industrias textiles. Es la *revolución industrial*. Nace en Inglaterra y pasa rápidamente a Francia, Alemania, Bélgica, América.

Según Carlos M. Cipolla (*Historia de las ideas políticas, económicas, sociales*, UTET, vol. V) ella constituye uno de los más grandes y radicales cambios realizados en la historia del hombre.

El primero se realizó en la noche de los tiempos. Los hombres eran un "conjunto desligado de bandas de cazadores pequeños, brutales y malvados". Con la "revolución neolítica" se convirtieron en cultivadores de plantas y criadores de animales. "Entre el cazador del paleolítico y el agricultor del neolítico se abre un abismo, está la diferencia entre el estado salvaje y el civilizado". Este primer cambio radical de la historia humana se realizó en el curso de millares de años, los hombres tuvieron tiempo para una adaptación gradual.

La segunda gran revolución, la industrial, "invadió el globo, desbarajustó la existencia, trastornó las estructuras de todas las sociedades humanas existentes, a la vuelta de siete u ocho generaciones" (ciento cincuenta, doscientos años). La mente humana se encontró frente a problemas nuevos y amplísimos "con urgencia alucinante".

## **El inmenso progreso regalado al mundo**

La revolución industrial abrió las puertas a un mundo totalmente nuevo, con nuevas y desconocidas fuentes de energía: el carbón, el petróleo, la dinamita, la electricidad, el átomo. "Al descubrimiento de Watt ha seguido toda una serie de inventos análogos" que permitieron el aprovechamiento de las nuevas energías, para la producción y también para la destrucción.

Los resultados industriales han sido enormes, inimaginables, al extremo de que se puede afirmar: en el año 1850 no sólo se fue el pasado, sino que murió.

La humanidad se desarrolló de una manera explosiva: 759 millones de personas en 1750, mil doscientos millones en 1850, dos mil quinientos millones en 1950.

Nunca se había alcanzado el bienestar que la revolución industrial ha difundido. "En un país pre-industrial la mitad de los ingresos eran absorbidos por la manutención. Todos los ingresos no bastaban para sobrevivir con las frecuentes carestías. En un país industrializado ha desaparecido el hambre, la manutención no absorbe más que la cuarta parte de los ingresos".

Se realizaron cambios totales y drásticos en las costumbres, ideas, creencias, instrucción, familia. Se plantearon problemas enormes a las nuevas generaciones. Recordemos, por ejemplo, el crecimiento incontrolado de la población, las armas cada vez más terribles, la disgregación del Estado tradicional, la contaminación, la marginación de los ancianos.

Pese a los formidables problemas planteados, con la revolución industrial la humanidad "ha vencido con amplia medida a la naturaleza, ha superado las distancias, ha roto muchos de aquellos vínculos materiales que por milenios la habían condicionado".

## **El pavoroso coste humano**

Pero el inmenso progreso tuvo, sobre todo en los primeros cien años un pavoroso coste humano. "Una exigua minoría de riquísimos impuso una verdadera esclavitud a una multitud infinita de proletarios" (*Rerum novarum*).

Hay en la nueva época de la humanidad una enorme "mancha negra": la cuestión obrera. En las ciudades industriales se forma una clase

nueva, la de los proletarios, que no tiene más riquezas que sus propios brazos y los de sus hijos. Las condiciones del proletariado son espantosas.

En 1850 (citamos encuestas hechas por Dolléans y Villermé) la mitad de la población inglesa está hacinada en grandes ciudades. Las "casas" de los obreros están en sótanos, en cada uno de los cuales se hacina toda la familia, sin aire, sin luz, mal olientes por la humedad y los desagües. En las fábricas no hay más medidas higiénicas, ni más reglamento que el impuesto por el patrón.

Un salario de hambre permite una nutrición totalmente insuficiente. Su comida ordinaria es verdura hervida. La disgregación de la familia, el aumento del alcoholismo, de la prostitución, de la criminalidad, la difusión de nuevas enfermedades, hija de ciertos trabajos y de las condiciones en que se desarrollan (tuberculosis, silicosis...), se convierten en fenómenos a gran escala.

A la fábrica no van solamente los hombres y las mujeres. Van también los chiquillos, y su vida se convierte en un tormento. La fatiga (aguantan en pie toda la jornada laboral, está prohibido sentarse), el sueño, el cansancio provocan frecuentes desgracias en el trabajo. Por otro lado, la vida de estos pequeños desgraciados resulta muy corta.

"Se recogían los chiquillos por centenares en los barrios populares de Londres —escribe Margarita Laski—. Los llevaban a la estación, los apiñaban en los vagones y eran expedidos a trabajar en las hilaturas de Lancashire. Muchos de ellos apenas si caminaban. El trabajo duraba doce y más horas al día. El trabajo del hilado lo hacían las máquinas. Y para atender a una máquina no hacía falta un hombre, bastaba un niño. Se caían vencidos por el sueño y el cansancio, en la soledad de las oscuras fábricas. La jornada de trabajo duraba del alba al ocaso, con una única comida al mediodía. Las enfermedades deshacían a los pequeños trabajadores".

En derredor del 1850, el proletariado francés, belga y alemán, se encuentra en idénticas condiciones que el proletariado inglés. A duras penas puede sobrevivir una familia proletaria. No cuenta con un franco para pagar médico, medicinas y vestidos. Una estadística revela que en Nantes (Francia) el 66 por ciento de los niños muere antes de los cinco años. La vida media de un obrero entre 1830 y 1840, es de 17-19 años. Estos son los años (como ya hemos recordado) en los que los obreros de Lyon y de París se sublevan al grito de: "Vivir trabajando o morir combatiendo", y son dispersados a cañonazos.

## **Mortandad de inocentes, también en Italia**

La revolución industrial llega más tarde a Italia, por falta de capitales y materias primas. Los primeros establecimientos textiles se abren en la región austriaca de Lombardía y Venecia (fábrica de lanas Rossi en Schio el 1817, Marzotto en Valdagno el 1836). La industria mecánica se inicia en Milán el 1846. El crecimiento industrial es lento y poco desarrollado.

Rodolfo Morando escribe, a propósito de las fábricas textiles de Lombardía: "En las hilaturas de seda, grandes establecimientos en los que trabajan de 100 a 200 individuos, se realizaba al máximo el empleo de chiquillos. Los lugares en los que se les empleaban eran tales que, en poco tiempo, se idiotizaban. El trabajo duraba, en invierno, hasta 13 horas y en verano 15 y 16. En las hilaturas movidas por agua, el trabajo era continuo y había niños que trabajaban durante toda la noche. El ambiente húmedo y malsano, el tener que levantarse muy temprano, la larga permanencia en posiciones incómodas, provocaban, con mucha frecuencia, como el médico de la zona contaba, endurecimientos de las glándulas, escrofulismo, raquitismo y tumores fríos. Hasta 15.000 muchachos aniquilaban de este modo, en Lombardía, la flor de su vida".

Hacia 1841 llega a Turín la revolución industrial, pero sólo de rechazo. Los impuestos del trigo y de la seda han disminuído sensiblemente y han empujado a los patronos a un cultivo mejor para hacer frente a la baja de precios. En 1839, Carlos Alberto ha aprobado la construcción del ferrocarril Turín-Génova, ha vuelto a poner sobre el tapete el proyecto del "canal con esclusas" entre Génova y el Po. El 1841 presenta Medail su proyecto para el túnel del Fréjus. Al año siguiente se constituye la *Asociación agraria* y el rey pone a su disposición la finca de Pollenzo, para experimentos de nuevos y mejores cultivos.

La ciudad se desarrolla rápidamente. En los diez años de 1838 a 1848, pasa de 117.000 habitantes a 137.000, con un aumento del 17 por ciento. La construcción urbana experimenta un desarrollo vigoroso. En estos diez años se construyen 700 casas nuevas, que se llenan con siete mil familias, también nuevas. El movimiento de inmigración sostiene un ritmo constante. Llegará a su punto álgido, del 1849 al 1850, en que se hablará de , y hasta de 100.000 inmigrados.

Llegan familias pobres y jóvenes, ellos solos, del Valle de Sesia, de los Valles de Lanzo, de Monferrato, de Lombardía. A pie de obra ve Don Bosco "críos de ocho a doce años, lejos de su tierra, que sirven a los

albañiles, que pasan la jornada de acá para allá, sobre andamios poco seguros, al sol, al viento, subiendo empinadas rampas con carretillas cargadas de cal, de ladrillos, sin más ayuda educativa que vulgares reprensiones y golpes”.

Las familias obreras “suben a las buhardillas” por la noche. No hay otros apartamentos con alquiler aceptable, para el sueldo de un obrero. Don Bosco llega a verlas y las encuentra “bajas, estrechas, tristes y sucias. Sirven de dormitorio, de cocina, y, a veces, de lugar de trabajo para familias enteras”.

### **Sacar la cuenta**

Hay bandas de jóvenes que vagan, especialmente los domingos, por las calles y por las orillas del Po. Contemplan a las personas “perfumadas y de fiesta”, que pasean sin hacer caso de su miseria.

Don Bosco saca rápidamente la cuenta. Aquellos muchachos necesitan una escuela y un trabajo para abrirse porvenir seguro; necesitan poder ser muchachos, es decir soltar sus ganas de correr y de saltar por espacios verdes, sin tropezar con las aceras; necesitan encontrarse con Dios para descubrir y realizar su dignidad.

No es el único, ni el primero, que ha sacado conclusiones semejantes. La urgencia de ayudar a las masas populares en este momento la siente hasta Carlos Alberto.

El rey anda muy preocupado por la “otra revolución”, la que está en el aire, la política, la que estallará fragorosamente de 1847 a 1848, y que se llamará en Italia “Risorgimento”. Está agitado por las ideas absolutistas (que él ha jurado a Carlos Félix defender hasta la muerte) y las de los liberales, que presionan cada día más por la Constitución y la unificación de Italia.

Siempre con los ojos fijos en Austria (enemiga de toda concesión a los liberales) él se aparta cautamente de las posiciones absolutistas para ir hacia las corrientes más modernas de los liberales. Entabla relaciones con Máximo D’Azeglio, César Balbo, Santiago Durando. Este largo camino le llevará a ser el protagonista del primer Risorgimento.

Pero el rey está igualmente preocupado por las condiciones sociales de su reino, y apoya toda iniciativa de beneficencia y de instrucción popular.

También los sacerdotes y los políticos, de aquel tiempo, andaban divididos ente tendencias favorables o contrarias a las ideas liberales. Pero se encuentran aparejados en el mismo campo de batalla, contra la miseria material y moral de la gente.



En estos años verá Turín abrirse un abanico de escuelas populares para los trabajadores. En 1845 se abren dos, de mecánica y de química aplicada. En 1846, escribe Carlos Ignacio Giulio, "se presentan 700 obreros en las escuelas nocturnas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas".

Don Bosco, en cambio, se está concentrando sobre el problema de los jóvenes. Don Cafasso lo ve y decide provocarlo hasta el fondo.



Sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, donde Don Bosco encontró a Bartolomé Garelli, el 8 de diciembre de 1841.

## **"Me llamo Bartolomé Garelli"**

---

La gente de Turín llama a don Cafasso "el cura de la horca" porque va a las cárceles a consolar a los detenidos. Y, cuando alguno es condenado a muerte, sube junto a él, y le acompaña hasta el lugar del suplicio.

Hay, por entonces, en Turín cuatro cárceles. Están situadas en las torres junto a Porta Palazzo, en la calle de Santo Domingo, junto a la iglesia de los Santos Mártires y en los sótanos del Senado.

Un día, al ir a sus acostumbradas visitas, invita don Cafasso a Don Bosco a que le acompañe.

Los oscuros corredores, las paredes ennegrecidas y húmedas, el aspecto triste y escuálido de los presos le turban profundamente. Siente repugnancia y experimenta la sensación de ahogo.

Pero lo que le duele enormemente es ver que hay muchachos detrás de los barrotes. Escribe: "Me horroricé al contemplar aquella cantidad de muchachos, de los doce a los dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, picados por los insectos, y faltos en absoluto del alimento espiritual y material".

Volvió otras veces, con don Cafasso, y también solo. Buscó la forma de hablar con ellos, no solamente "dándoles la lección de catecismo" (que era vigilada por los guardias), sino de tú a tú. Al principio, las reacciones fueron ásperas. Tuvo que oír insultos pesados. Pero, poco a poco, hubo alguno que se mostró menos desconfiado y logró hablar de amigo a amigo.

Así llegó a conocer sus tristes historias, su envilecimiento, la rabia que, a veces, les ponía furiosos. El "delito" más corriente era el robo. Por hambre, por el deseo de algo más que el escaso sustento, y también por envidia de la gente rica que se aprovechaba de su trabajo y les dejaba en la miseria.

La sociedad no había sabido hacer nada en su favor y les encerraba allí dentro.

Estaban a pan negro y agua. Tenían que obedecer a los carceleros por la fuerza, ya que les golpeaban por el más mínimo pretexto.

Ocupaban salas colectivas, en donde los más bribones se convertían en maestros de vida.

“Lo que más me impresionaba —escribe Don Bosco— era que muchos, al salir, estaban decididos a cambiar de vida”, aunque no fuera nada más que por miedo a la prisión. “Pero, al cabo de poco tiempo, terminaban de nuevo allí”.

Intentó averiguar la causa y termina diciendo: “Por estar abandonados a sí mismos”. No tenían familia, o eran rechazados por los parientes, porque la cárcel “les había deshonrado para siempre”.

“Estos muchachos, decía para mí, deberían encontrar fuera un amigo que se preocupase de ellos y les atendiese e instruyese en la religión, durante los días festivos. Entonces no volverían a la cárcel”.

“Poquito a poco termina por hacerse algún amigo. Sus “lecciones de catecismo detrás de las rejas” son aceptadas más a gusto. “A medida que les hacía comprender la dignidad del hombre —escribe— experimentaban un placer en el alma, se proponían ser mejores”.

Pero de repente, a la vuelta, todo ha cambiado. De nuevo caras duras y voces sarcásticas insinúan blasfemias. Don Bosco no logra siempre vencer el desaliento. Un día rompe a llorar. En un instante de duda.

— ¿Por qué llora ese cura? —pregunta uno.

— Porque nos quiere. También mi madre lloraría, si me viese aquí dentro.

## **Los párrocos vacilan**

Al salir, Don Bosco ha tomado una decisión inquebrantable: “Hay que impedir a toda costa que muchachos tan jóvenes terminen en la cárcel. Quiero ser el salvador de esta juventud”.

“Comuniqué mi pensamiento a don Cafasso —escribe— y con su consejo busqué el modo de realizarlo”.

Hay en Turín otros sacerdotes que también buscan soluciones para los problemas de la juventud, pero siguen distintos caminos.

Son dieciséis las parroquias: catorce en la ciudad y dos en los suburbios. Los párrocos sienten el problema de los jóvenes, pero están esperándoles en la sacristía y en la iglesia para la doctrina de la tarde, los domingos y en cuaresma. Se lamentan de “aquellos hermosos tiempos”, cuando los jóvenes inmigrantes llegaban con una carta de recomendación del párroco de origen, para su colega de la ciudad. No se dan

cuenta de que, con la inmigración a bandadas, se han deshecho los esquemas de comportamiento y de que "aquellos hermosos tiempos" no volverán más.

Hay que inventar esquemas nuevos, abrir nuevos caminos. Los coadjutores parroquiales, siempre ocupados en funerales y bautizos, deberán probar un apostolado volante por tiendas, oficinas, mercados.

En Milán, donde la revolución industrial se impone hace años, ya se ha afrontado el problema de la juventud abandonada. Ya se puede ver toda una red de instituciones adecuadas a los tiempos: los "oratorios festivos". El anuario de la diócesis de Milán de 1850 presenta una lista con quince oratorios, algunos con decenios de experiencia a costas. En Brescia, don Ludovico Pavoni empezó su oratorio para muchachos "pobres, vulgares, despreciados" hacia 1809.

En Turín, en cambio, el problema sigue sin solución. Los párrocos vacilan. Aún en 1846, después de haber ido varios sacerdotes turineses a Milán para ver las obras juveniles, concluyen diciendo: "Los párrocos de la ciudad de Turín, reunidos trataron sobre la oportunidad de los oratorios festivos. Sopesados temores y esperanzas, dado que cada párroco no puede proveer de un oratorio a su propia parroquia, animan al sacerdote Juan Bosco para que siga con (*su oratorio*) hasta que no se tome otra deliberación".

Mientras los párrocos vacilan, los sacerdotes jóvenes actúan.

## **El experimento de don Cocchi**

El primero en actuar es don Juan Cocchi, sacerdote lleno de vitalidad, procedente de la provincia, de Druent. Se ordenó sacerdote el 1836, cuando Don Bosco terminaba su primer curso de filosofía en el seminario.

En Moschino, barrio mísero y de mala fama, en el arrabal de Vanchiglia, funda en 1841 el primer oratorio festivo de Turín (ya ha hecho otro intento en 1840) y lo pone bajo la protección del *Angel Custodio*. Está en la parroquia de la Anunciata, hacia el Po.

Don Cocchi es un sacerdote genial y sensible, tiene ideas brillantes y las cabezonadas de todo el que empieza, pero no siempre la constancia y la larga visión del realizador. Sustenta ideas liberales, toma posiciones respecto a la línea política de su Arzobispo y del Papa. Esto hace que le tomen por "sospechoso", pese a su caridad operante, que sacude la inercia de muchos otros eclesiásticos.

En 1849-50 figura entre los animadores de la "Sociedad de caridad en favor de los jóvenes pobres y abandonados", más tarde en el "Colegio de los Aprendices", en el oratorio de San Martín, en la "Colonia agrícola" de Moncucco, siempre en favor de los jóvenes y de las clases menesterosas.

Otros sacerdotes, juntamente con don Cocchi, se están metiendo en el trabajo pastoral en favor de los jóvenes. Son sacerdotes "libres" de obligaciones parroquiales. Muchos estuvieron o todavía están en el Convictorio eclesiástico, hermanados por las experiencias vivas que afrontan conjuntamente.

El mismo don Cafasso —recuerda Don Bosco— "ya hacía varios años que, en verano, enseñaba el catecismo los domingos a jóvenes albañiles en una habitación aneja a la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís. El peso de sus ocupaciones le obligó a interrumpir aquel ejercicio que tanto le gustaba".

También Don Bosco, como ya hemos dicho, apenas entró en el Convictorio, se echó a la calle. Encontró desconfianzas y hostilidades, pero también muchachos que se le encariñaron. "Me encontré con una cuadrilla de jóvenes que iban conmigo por las calles, las plazas, hasta la misma sacristía del Convictorio".

Don Cafasso quiere confiarle la continuación de su catecismo a los peones de albañil, pero después de la experiencia emocional de las cárceles, Don Bosco piensa en algo más consistente.

Quiere —como le ha dicho a don Cafasso— organizar un centro, donde los muchachos abandonados por la familia encuentren un amigo, donde los jóvenes salidos de la cárcel, sepan que tienen una ayuda y un apoyo. Un centro que no esté atado a una parroquia, sino a él. Y que funcione, no sólo los domingos para la catequesis, sino toda la semana, mediante la amistad, la asistencia, los encuentros en el lugar de trabajo.

### **Un avemaría para empezar**

El tímido inicio de esta realización (casi el origen del oratorio festivo de Don Bosco) tiene lugar en la mañana del 8 de diciembre de 1841. El mismo año en que don Cocchi funda el primer oratorio en Turín. Treinta y cinco días después de la llegada de Don Bosco al Convictorio.

El mismo describe la escena, con la exquisitez y la sencillez de una vieja página:

"El día solemne de la Inmaculada Concepción de María, estaba revisitiéndome los ornamentos sagrados para celebrar la santa Misa. El sa-

cristán, José Comotti, al ver a un chaval en un rincón, le invitó a que me ayudara la Misa.

— No sé —respondió él, muy avergonzado.

— Ven, dijo el otro—, tienes que ayudar.

— No sé —contestó el muchacho—; no lo he hecho nunca.

— Eres un animal (replicó el sacristán muy furioso—. Si no sabes ayudar ¿entonces, a qué vienes aquí? Y diciendo esto, agarró el mango del plumero y la emprendió a golpes en las espaldas y la cabeza del pobre muchacho.

Mientras el chico tomaba las de Villadiego:

— ¿Qué hace usted? —grité yo en alta voz—. ¿Por qué le pega?

— ¿A que viene a la sacristía, si no sabe ayudar a Misa?

— Hace usted mal.

— Y a usted ¿qué le importa?

— Es un amigo mío. Llámelo enseguida, tengo que hablar con él.

El muchacho vuelve, la mar de mortificado. Lleva la cabeza rapada. La chaqueta sucia de cal. Es un inmigrante. Seguramente que los suyos le dijeron: "Cuando estés en Turín, vete a Misa". El ha ido, pero no se ha atrevido a sentarse en la iglesia entre la gente bien vestida. Ha probado entrar en la sacristía, como acostumbran hacer los hombres y los mozos en muchos pueblos del campo.

"Le pregunté amablemente:

— ¿Has oído ya Misa?

— No.

— Ven a oírla. Después, quiero hablar contigo de un asunto que te va a gustar.

Accedió sin mayor dificultad. Celebrada la Misa y terminada la acción de gracias, llevé al muchacho al coro tras el altar y con cara sonriente empecé a preguntarle:

— Amigo, ¿cómo te llamas?

— Bartolomé Garelli.

— ¿De qué pueblo eres?

— De Asti.

— ¿Qué oficio tienes?

— Albañil.

— ¿Vive tu padre?

— No; murió ya.

— ¿Y tu madre?

— También murió...

— ¿Cuántos años tienes?

— Dieciséis.

- ¿Sabes leer y escribir?
- No.
- ¿Sabes cantar? —el chaval, enjugándose los ojos, me miró fijamente a la cara, casi maravillado, y respondió: —No.
- ¿Sabes silbar? —Bartolomé se echó a reír. Eso era lo que yo quería. Empezábamos a ser amigos.
- ¿Has hecho ya la primera comunión?
- Todavía no.
- ¿Te has confesado?
- Sí, cuando era pequeño.
- Y ahora, ¿vas al catecismo?
- No me atrevo. Los chicos pequeños se me ríen...
- Y si yo te diera catecismo aparte, ¿vendrías?
- Con mucho gusto.
- ¿Aquí mismo?
- Con tal de que no me peguen.
- Estáte tranquilo, ahora eres mi amigo, y nadie te tocará. ¿Cuándo quieres que empecemos?
- Cuando usted quiera.
- ¿Ahora mismo?
- Con mucho gusto”.

Don Bosco se arrodilla y reza una avemaría. Cuarenta y cinco años más tarde, decía así a sus Salesianos: “Todas las bendiciones que nos han llovido del cielo son el fruto de aquella avemaría, rezada con fervor y recta intención”.

Terminada el avemaría, Don Bosco hace la señal de la cruz “para empezar”, y se da cuenta de que Bartolomé no la hace, o mejor, hace un signo que recuerda vagamente la señal de la cruz. Entonces, cargado de dulzura, le enseña a hacerla bien. Y le explica en dialecto (¡los dos son de Asti!) porqué llamamos a Dios “Padre”. Al acabar le dice:

- Me gustaría que volvieras el próximo domingo, Bartolomé.
- Con mucho gusto.
- Pero no vengas solo. Trae contigo a tus amigos.

Bartolomé Garelli, peón de albañil de Asti, fue el primer embajador de Don Bosco entre los jóvenes trabajadores de su barrio. Contó su encuentro con el cura simpático “que sabía silbar”, y les habló de su invitación.

Tres días más tarde era domingo. En la sacristía entraron nueve muchachos. No iban a la “iglesia de San Francisco de Asís”, iban “buscando a Don Bosco”. Había nacido el *oratorio*.

## **"Ahora mismo"**

En el diálogo con Bartolomé Garelli aparece la expresión de "ahora mismo". Una expresión como otra cualquiera, a primera vista. Y en cambio es como una simiente, que, echada en tierra, produce una planta.

En aquel momento (1841) "ahora mismo" es la orden para todo un grupo de sacerdotes turineses. En la incertidumbre de la primera revolución industrial, en la imposibilidad de hallar hermosos planos y programas de acción, estos sacerdotes ponen toda su energía para realizar "ahora mismo" algo en favor de los jóvenes, en favor de la gente necesitada.

Pero ese "ahora mismo" quedará en la historia como la marca de Don Bosco y más tarde de los Salesianos, que se distinguirán como hombres de una "rápida intervención" entre los pobres.

Aún volveremos a decir algo sobre Don Bosco y la cuestión social. Pero nos apresuramos a hacer notar desde ahora cómo Don Bosco "se lanza a la acción" por la urgencia, la imposibilidad de esperar.

"Hacer algo AHORA MISMO", porque la pobre juventud no puede permitirse el lujo de esperar las reformas, los planes orgánicos, las revoluciones del sistema. Ciertamente que no basta el "ahora mismo". "Si te encuentras con uno que se muere de hambre, en lugar de darle un pez, enséñale a pescar", se dirá con justicia. Pero también es verdad el reverso de la frase: "Si te encuentras con uno que se muere de hambre, dale un pescado, para que tenga tiempo de aprender a pescar". No basta "el ahora mismo", la intervención inmediata, pero tampoco basta "preparar un futuro diferente", porque mientras tanto se mueren los pobres de hambre.

Don Bosco y los primeros Salesianos se imantarán con el "ahora mismo", con la rápida intervención. Darán a los jovencitos pobres catecismo, pan, enseñanza profesional, colocación protegida por un buen contrato de trabajo. Y aguardarán a que otros católicos, en competencia con socialistas, comunistas, anarquistas, preparen los planos para atacar y transformar el Estado Liberal, que hipócritamente "se abstiene" de los conflictos del trabajo, es decir deja que los fuertes hagan el papel de prepotentes y los débiles sean aplastados.



---

## El Oratorio de los peones de albañil

Un sacerdote joven predica con ímpetu en el púlpito de san Francisco. Junto a un altar lateral, sentados en las gradas de la balaustrada, duermen unos muchachos albañiles, apoyados el uno sobre la espalda del otro.

Don Bosco que cruza por la iglesia, toca a uno de ellos en el hombro. Todos se despiertan un tanto apurados. El les sonrío. En voz baja pregunta:

- ¿Por qué dormís?
- No entendemos nada, —barbota el mayor.
- Ese cura no habla para nosotros —añade el vecino.
- Venid conmigo.

De puntillas, les lleva hasta la sacristía. “Eran Carlos Buzzetti, Joaquín Gariboldi, Germán”, recordaba conmovido Don Bosco a sus primeros Salesianos. Peones de albañil lombardos que por treinta-cuarenta años estarían a su lado, conocidos por todos en Valdocco. “Entonces no eran más que unos peones de mano, ahora son maestros albañiles”. (*Memorias*, pág. 129).

A la sacristía llegan también Bartolomé y sus amigos. Aumenta el número. Don Bosco les ayuda a rezar, les da un sermoncito a propósito para ellos, lleno de vida, dialogando, lleno de ejemplos y noticias curiosas. Después ocupan los bancos de la iglesia para oír la misa de Don Bosco.

Pero la mañana es larga, y después de misa y de comerse el panecillo del desayuno, los muchachos quieren divertirse. Hacen unas carreras por el patio del Convictorio. Si pasa un cura, interrumpen enseguida.

Pero don Guala y don Cafasso lo entienden. Autorizan a los muchachos de Don Bosco para que jueguen “en el patio anejo” los domingos. Esta autorización la mantuvieron por tres años, pese a que los muchachos eran unos quince cuando lo permitieron, y después de tres meses eran veinticinco y en el verano llegaban a ochenta.

Ello supondría renunciar todos los domingos a la tranquilidad, y a la siestecita de la tarde. Porque ochenta muchachos, gritando bajo la ventana, forman un concierto la vez primera, pero, a la décima, ponen nervioso a cualquiera.

## **Medallas y pan**

Don Bosco comprende que no se puede tirar mucho de la cuerda. Así que, cuando el tiempo se lo permite, por la tarde, se lleva los muchachos a pasear al campo, a las orillas del río, a santuarios de la Virgen.

Durante aquel primer invierno, se propone recoger solamente a los jóvenes "que están en peligro y preferentemente a los salidos de la cárcel". Pero Don Bosco no será capaz, en toda su vida, de rechazar a ningún muchacho que le pida ir con él. Y en muy poco tiempo su "tropa" se compone de una mayoría de "picapedreros, albañiles, estudiantes, adoquinadores llegados de lejos", y que por desgracia, no han podido volver a su casa durante la temporada de descanso (diciembre-marzo).

Don Guala y don Cafasso, que empujan a sus jóvenes sacerdotes a que hagan un apostolado semejante al de Don Bosco (Don Cárpano y don Ponte, con seis años menos que Don Bosco, empezarán muy pronto a reunir a los jóvenes limpiachimeneas en el Valle de Aosta), se prestan para confesar a los muchachos, van a charlar con ellos, les ayudan.

Don Bosco escribe un poco embarazado: "Me daban de buen grado estampas, folletos, libritos, medallas, crucifijos para regalar". Pero sus jóvenes albañiles y sus ex-presidarios tienen necesidades más apremiantes que folletos y medallas. Se lo hace presente, y "me dieron lo necesario para vestir a algunos que andaban muy necesitados, me dieron pan para otros, durante algunas semanas, hasta tanto pudieron ganárselo con su trabajo".

Buscar trabajo para el que no lo tiene, lograr mejores condiciones para el que ya está empleado, se convierte en un trabajo fijo para Don Bosco a lo largo de la semana. "Iba a verles al tajo, a las obras. Eso alegraba infinito a los muchachos, el tener un amigo que se preocupaba de ellos; también les gustaba a sus amos, que tomaban con gusto a sus órdenes a jóvenes que estaban atendidos durante la semana y en los días festivos.

Los salidos de la cárcel eran un problema muy delicado. Buscaba cómo "colocarles uno a uno, con un amo honrado", iba a "visitarles

durante la semana". Los resultados eran excelentes: "Se entregaban a una vida noble, olvidaban el pasado, se hacían buenos cristianos y honestos ciudadanos" (*Memorias*, pág. 127).

Cada sábado, volvía Don Bosco a las cárceles para seguir el apostolado más difícil: "Iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de pan. Siempre con la intención de hacer el bien a los jóvenes que por desgracia, habían caído allí; hacérmelos amigos e invitarles a ir al Oratorio, al salir de aquel lugar de castigo".

## **Doce compases de música**

2 de febrero de 1842. Fiesta de la Purificación de María (entonces fiesta de precepto). Don Bosco ha enseñado a cantar a sus veinticinco muchachos. "Sin música —escribe— nuestras reuniones de los domingos hubieran sido como un cuerpo sin alma". Cantan a voz en cuello por los senderos de las colinas, pero han aprendido a cantar con delicadeza una sencilla canción de la Virgen, *Load a María*.

En la fiesta de la Purificación, durante la misa, la gente contempla maravillada a aquellos 25 "bribonzuelos" cómo cantan y qué simpáticos resultan.

Aquella brevísima canción mariana (doce modestos compases musicales) volará de oratorio en oratorio, de escuela salesiana en escuela salesiana, y todavía hoy (1979) hasta la cantan los muchachos khasis del norte de la India. Yo mismo la he oído en las barracas de la triste periferia de Brasilia.

Hace sonreír el pensamiento de que el primero y modestísimo éxito musical de Don Bosco sea casi contemporáneo (apenas 33 días de diferencia) de otro gran éxito musical: el 9 de marzo, en la Scala de Milán, el joven maestro Verdi ponía en escena *Nabucco*, cuyo coro *Va'pensiero* se propagará por toda Europa.

## **El chiquillo de Caronno**

La primavera. Los jóvenes albañiles que volvieron a su pueblo natal durante la temporada de descanso, ya están de nuevo en la ciudad. La tropa de Don Bosco aumenta de domingo en domingo. Desde Caronno Ghiringhello, pueblecito de la provincia de Milán, llega José Buzzetti, el hermanito menor de Carlos. Sólo tiene 10 años. Se pega a Don Bosco como un perrito. Jamás se separará de él.

Desde la primavera de 1842 hasta el alba del 31 de enero de 1888, en que muere Don Bosco, José Buzzetti estará siempre a su lado, como testigo sereno y tranquilo de todas las vicisitudes humanas y divinas de aquel cura "que tanto le quiere". Muchos sucesos de la vida de Don Bosco se hubieran clasificado de "leyendas", en este nuestro tiempo desconfiado y desmitizador, de no haber sido presenciados por los ojos sencillos del peón de Caronno, que siempre estuvo allí, a dos pasos de "su" Don Bosco.

### **"Aunque no tuviera más que un trozo de pan"**

Lo que verdaderamente ata los muchachos a Don Bosco es su bondad cordial y profunda. Los muchachos "sienten" esta su bondad, y la ven en hechos concretos, en gestos conmovedores. Cada uno de los minutos de la jornada de Don Bosco está a su disposición.

Si tienen que aprender a leer o las cuatro cuentas, Don Bosco halla el tiempo o la persona para enseñarles.

Si tienen un amo malo o están sin colocación, se espabila y pone en movimiento a sus amigos para hallar un puesto, un amo honesto y cristiano.

Si necesitan urgentemente dinero, saben que Don Bosco está presto para vaciar el portamonedas en sus manos.

Frente a un día gris, duro, le dicen: "Venga a verme" y él va. Entra en la obra, en el taller. Verle, hablarle, es un momento de consuelo.

Una de las frases que muchos se oyen decir (y la guardarán en la memoria como un tesoro) es: "Tanto te quiero que, si un día no tuviera más que un trozo de pan, lo partiría a medias contigo".

Cuando tiene que reñir a alguno, lo hace; pero no delante de los demás, para no mortificarle. Si promete algo, es capaz de echarse al fuego para cumplirlo.

Hay muchos sacerdotes, por aquellos años, comprometidos en el apostolado en favor de los niños pobres. Su postura tiene una característica común que podemos llamar "cariño serio". Basta leer el reglamento del santo Luis Pavoni, los manuales educativos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Hay que ser cariñosos con los muchachos, pero sin dejarles levantar la voz, y que estén alegres, pero sin hacer ruido. Hay que imponer silencio, recogimiento, para que no se suelte la "fierecilla" del muchacho.

El cariño de Don Bosco tiene una característica propia es "alegre". Desde que fundó la "Sociedad de la Alegría", conoce Don Bosco el

valor de la alegría ruidosa, del desencadenamiento alegre de las energías comprimidas en ese cartucho explosivo que llamamos juventud. El mismo les invita: "Jugad, saltad, armad bulla. Lo que no quiero es que cometáis el pecado".

El aire libre, el patio, donde se pueda correr gritando, son el ambiente ideal para Don Bosco. Asiste a sus jóvenes, es verdad, para que no se hagan daño ni lo hagan. No es una asistencia mortificante, sino estimulante. El intuye que el educador no debe permanecer al margen de la alegría del muchacho, sino que debe participar en ella, debe organizarla, si no nace espontáneamente, e impedir todo lo que de algún modo pueda estropearla.

Y los muchachos le quieren, se le entregan totalmente. Cuando se encuentran con él es una fiesta.

Por la calle Milán, junto al Ayuntamiento, se encuentra con un muchacho que vuelve a casa con la compra hecha. Lleva en las manos una botella de aceite y un vaso de vinagre, pero apenas ve a Don Bosco corre a su encuentro gritando: "¡Buenos días, Don Bosco!". El aceite y el vinagre van escurriendo de los recipientes, peligrosamente inclinados con la carrera.

Don Bosco ríe viéndole feliz, y bromea con él: "Apuesto lo que quieras a que no eres capaz de hacer lo que hago yo". Y se pone a palmo-tear. El chiquillo, con la alegría del encuentro, no cae en cuenta de la broma. Se pone la botella escurridiza bajo el brazo y aplaude como puede gritando: "¡Viva Don Bosco!".

Vaso y botella ruedan por tierra hechos añicos. Se queda apenado:

— ¡Ay de mí, mi madre me va a pegar...

— Tranquilo, tranquilo. Es una desgracia que vamos a remediar enseguida —le dice Don Bosco—. Entran en una tienda y Don Bosco compra aceite y vinagre.

## **"Presidencia para el Papa, espada para Carlos Alberto"**

Abril de 1842. Turín en fiestas. Víctor Manuel, el príncipe heredero, se casa con Adelaida, hija del archiduque austriaco Ranieri, virrey de Lombardía-Venecia. Durante las fiestas, tienen lugar dos sucesos excepcionales: se expone la Santa Sábana en un balcón del Palacio Madama; los revolucionarios del 1821, aún en el destierro, obtienen la amnistía.

Es otro paso de la cautela que Carlos Alberto emplea con los liberales moderados. Al año siguiente (1843), otro desterrado piemontés, Gioberti,

publica en Bruselas un libro, llamado a hacer mucho ruido, *El Primado moral y civil de los italianos*. Sus páginas contienen las principales ideas del reformismo moderado liberal que se llamará "neogüelfismo". La grandeza de Italia —afirma Gioberti— está unida inseparablemente a la grandeza del Papado. Por tanto, la independencia de Italia, se habrá de realizar mediante la federación de los Estados italianos bajo la presidencia del Papa. "La presidencia para el Papa, la espada para Carlos Alberto", será el santo y seña de los neo-güelfos (partidarios del Papa).

Carlos Alberto se complace de todo esto, pero se pone en guardia con Austria. Hay otro liberal moderado en Turín, César Balbo, que está terminando un libro destinado también a armar ruido, *Las esperanzas de Italia*. El rey, en forma discreta, le hace llegar su complacencia, junto con el consejo de imprimirlo en París. Contemporáneamente envía una protesta oficial al gobierno francés de Luis Felipe, por cuanto el general Perrone "que aquí ha sido condenado a la horca" recibe en Lyon un alto mando. Perrone, liberal, volverá a Piamonte, con todos los honores, en 1848. De octubre a noviembre de aquel año llegará, además, a ser el Primer Ministro de Carlos Alberto. Don Bosco lo observa todo y su desconfianza en la política se refuerza.

### **"Lleva una sotana demasiado ligera"**

30 de abril de 1842. Muere en Chieri el canónigo Cottolengo. Los enfermos incurables de su "Pequeña Casa" son ya varios centenares. Algún año antes, el ministro de Finanzas le había hecho llamar.

— ¿Usted es el director de la Pequeña Casa de la Divina Providencia?  
— No, yo soy un simple bracero de la Providencia.  
— Así será. Pero ¿de dónde saca los medios para mantener a tantos enfermos?

— Se lo he dicho, de la Providencia.

Aquel hombre, acostumbrado a vivir con los pies en el suelo, a examinar balances con sus entradas y salidas, pierde la paciencia.

— Pero el dinero, señor cura, los cuartos. ¿De dónde los saca?  
— ¡Y dále! Se lo he dicho dos veces. La Divina Providencia nos provee de todo, nunca ha permitido que nos falte nada. Yo moriré, morirá también usted, señor ministro, pero la Providencia seguirá pensando en los pobres de la Pequeña Casa.

Cuando la salud de Cottolengo empezó a flaquear, el mismo Carlos Alberto le llamó al Palacio Real.

— Señor canónigo —le dijo con su aire un tanto brusco—, debe pensar que también usted está sujeto a la ley inexorable de la muerte. ¿Qué sucederá, entonces, con esos centenares de huérfanos, inválidos, incurables que ha reunido en su Casa?

Mientras hablaba el rey, miraba a hurtadillas Cottolengo por la amplia ventana, desde donde se veía la plaza. Se oía el paso seco y cadencioso de unos soldados. Un pelotón, acabado de llegar, se colocaba en fila frente a otro.

— Majestad, ¿qué sucede?

— Es el cambio de guardia. El pelotón que acaba de llegar ocupa el puesto del que se va.

Sonrió Cottolengo:

— Ahí tiene la respuesta a su pregunta. También en la Pequeña Casa habrá un cambio de guardia. El canónigo Cottolengo se irá, y la Providencia enviará a otro para ocupar su puesto.

Y así fue realmente. A su muerte, le sucedió el canónigo Anglesio, y la Pequeña Casa continuó su vida normalmente, entre el mercado general de la ciudad y los edificios de la marquesa Barolo.

Don Bosco, por aquellos días, recordó su primer encuentro con Cottolengo. A llegar a Turín, fue a visitar la Pequeña Casa. El canónigo le preguntó su nombre, la procedencia, y después le dijo con su estilo, entre distraído y bromista:

— Tiene usted cara de hombre de bien. Venga a trabajar en la Pequeña Casa. No le faltará trabajo.

Don Bosco fue muchas veces a confesar a los enfermos, a pasar unas horas con los muchachos inválidos. Un día volvió a encontrarlo Cottolengo (estaba presente el joven Domingo Bosso), tomó entre sus dedos el ribete de su negra sotana, y palpándola dijo:

— Es demasiado ligera. Procúrese una más resistente, porque son muchos los muchachos que se colgarán de esta sotana.

## **Hablaba serenamente de Dios**

Se colgaban de veras. Según iban pasando los meses, aumentaban los chicos del oratorio. Ya eran más de ciento. No sólo necesitaban pan y trabajo, sino también fe, que también la fe alimenta cuando escasea el pan. Y Don Bosco, que no era un filántropo sino un sacerdote, se preocupaba de que se encontrasen con Dios.

“Era para mí algo singular —escribe—, ver, durante la semana y especialmente los días festivos, mi confesonario rodeado por cuarenta o cincuenta jóvenes, que aguardaban mucho tiempo para poder confesarse”.

La confesión no resulta nada fácil para los muchachos. Don Bosco les ayudaba dándoles normas sencísimas: “Si no sabes cómo expresarte, di solamente al confesor que te ayude. Con eso basta, el confesor te hará unas preguntas y todo se arreglará”.

Don Bosco se acercaba al confesonario —escribe Stella— con un vivísimo sentido del pecado y de la vida de la gracia. No sólo como juez, sino sobre todo como padre, deseoso de aumentar en los muchachos la vida de la gracia. Durante los años del Convictorio se consolidó en la persuasión de que, no con el rigor, sino con la bondad llevaría las almas a Dios.

La confesión terminaba naturalmente con la Comunión, a la que se acercaban muchos de sus muchachos todas las semanas.

También en la conversación ordinaria, lo mismo durante los juegos que en los paseos, Don Bosco hablaba tranquilamente de Dios. No hacía el más mínimo esfuerzo, con sus muchachos, para intercalar alegres ocurrencias, contar chistes y hablar del Cielo. En un momento de gran alegría, miraba a sus muchachos y les decía:

— ¡Qué placer cuando todos estemos en el Paraíso!

Alguna vez se discutía y, a lo mejor, la conversación discurría sobre el mal, la vida, el más allá. Alguno preguntaba:

— Y yo ¿me salvaré?

Y él:

— ¡Me gustaría verte caer en el infierno! ¿Crees que el Señor ha hecho el paraíso para dejarlo vacío? Es verdad que cuesta sacrificio trepar hacia arriba, pero yo quiero que todos nos encontremos allí. ¡Qué fiesta vamos a hacer!



## La marquesa y el "Padre chiquito"

Verano de 1844. Han terminado para Don Bosco los tres años del Convictorio.

Baja don Cafasso, al arrabal de Valdocco en busca del teólogo Borel, director espiritual del Refugio fundado por la marquesa Barolo.

— Me gustaría enviar aquí, contigo, a un estupendo sacerdote. Habría que prepararle una habitación y un sueldo.

— Pero si aquí no hay trabajo para mí... ¿Qué puedo encargarle?

— Déjalo libre. Si lo que te preocupa es el sueldo, ya lo pagaré yo. Se llama Don Bosco y ha empezado en el Convictorio una especie de oratorio para muchachos pobres. Si no le buscamos un puesto en la ciudad, el Arzobispo le enviará de coadjutor a cualquier pueblo, y los muchachos de ese oratorio se quedarán de nuevo en la calle. Sería una lástima.

— Entonces, de acuerdo. Hablaré de ello con la marquesa.

Don Cafasso vuelve al Convictorio y dice a Don Bosco:

— Toma tu hatillo y ve al Refugio. Trabajarás con el teólogo Borel, y tendrás tiempo para dedicarte a tus muchachos.

### El cilicio bajo sus vestidos elegantes

La marquesa Julia Francisca de Colbert ocupaba por aquellos años uno de los primeros planos de la sociedad turinesa. Había escapado de Francia durante la revolución y se había casado con el marqués Carlos Tancredi Falletti de Barolo, el cual había sido alcalde de Turín el año 1825.

El marqués murió en 1838 dejándola viuda sin hijos y con un inmenso patrimonio. La marquesa, a sus 53 años, se puso el cilicio de la penitencia bajo los elegantes vestidos, y se dedicó totalmente a los pobres. Durante muchos meses, pasó tres horas diarias en la cárcel de mujeres.

Aguantó insultos, humillaciones, fue golpeada alguna vez, por ayudar e instruir a aquellas pobres mujeres. Alcanzó de las autoridades la separación de la cárcel de mujeres de la de los hombres. Hizo llevar las presas a un edificio más saludable, que ella misma mandó preparar.

Creó asilos para huérfanos y "hogares" para jóvenes obreras.

En Valdocco, junto a la Pequeña Casa de Cottolengo, construyó el *Refugio*, para mujeres públicas que quisieran rehacer su vida. Al lado abrió la casa de las *Magdalenas*, para muchachas en peligro, menores de catorce años.

Aquel año de 1844 había empezado una nueva construcción, el *Hospitalillo de Santa Filomena*, para niñas enfermas o lisiadas.

Aunque andaba totalmente metida, en persona, en estas obras de caridad, no dejó nunca de ser elegante, llamativa. En sus salones se reunían los más destacados intelectuales de su tiempo. Silvio Péllico actuaba como su secretario y en su palacio había escrito *Mis prisiones*. Camilo Cavour era su confidente y amigo. Los escritores Balzac y Lamartine le escribían y le tenían al corriente de cómo iban las cosas por Francia.

El teólogo Borel fue a ver a la marquesa:

— He encontrado el director espiritual para su Hospitalillo. Se llama Don Bosco y procede del Convictorio.

— De acuerdo, pero el Hospitalillo está todavía en obras. Volveremos a hablar de ello dentro de seis meses.

— No, señora marquesa. A Don Bosco o se le toma enseguida o le enviarán a otra parte. Don Cafasso me lo ha recomendado con mucho interés. Me ha hablado de un oratorio fundado por este sacerdote. Dice que sería una lástima perderlo.

La marquesa quiso más informes. Después, convencida, asignó 600 liras a Don Bosco como sueldo anual y una habitación junto a la de don Borel, en las proximidades del Refugio.

También Don Bosco, en el primer encuentro que tuvo con la marquesa, pidió informes y garantías. Aceptaba prestar su ministerio en el Refugio, pero pedía no le obligaran a abandonar a sus muchachos. Pedía también que los muchachos, que quisieran visitarle durante la semana, pudieran llegar a él libremente.

La marquesa que rondaba los sesenta años, pero conservaba íntegro su temperamento enérgico y leal, quedó prendada de su franqueza. Permitió al joven sacerdote que organizara su Oratorio en la faja de terreno que había a lo largo del Hospitalillo en construcción. Apenas fuera posible, le dejaría también disponer de dos habitaciones en el interior del edificio: podía arreglarlas para capilla.

Ya había un arreglo, aunque bastante relativo.

## Los corderos se convertían en pastores

12 de octubre de 1844. Es sábado. Don Bosco anda pensativo. Al día siguiente tendrá que comunicar a sus muchachos que el Oratorio se traslada al arrabal de Valdocco. "Pero la incertidumbre del lugar, de los medios y de las personas, me preocupaba —escribe—. Aquella noche tuve otro sueño, que parece ser un apéndice del de I Becchi, a los nueve años".

Vuelve a ver la multitud de lobos. Quiere huir. Cuando "una señora, vestida como una pastorcilla, me indicó que acompañase aquel extraño ganado, mientras ella se ponía al frente. Hicimos tres paradas. A cada parada, muchos de aquellos animales se convertían en corderos. Agotado de puro cansancio, quise sentarme, pero la pastorcilla me insistió que siguiera andando. Me encontré en un patio grande, rodeado de pórticos, y en cuyo extremo se levantaba una iglesia. El número de corderos aumentó enormemente. Llegaron varios pastores para guardarlos. Pero estaban poco tiempo y se marchaban. Entonces, sucedió algo maravilloso. No pocos de los corderos se convertían en pastores, que se cuidaban del resto del rebaño. La pastora me invitó a mirar hacia el mediodía. Miré y vi un campo...

"—Mira de nuevo" — me dijo...

Vi una iglesia alta y grandiosa... En el interior de la iglesia había una franja blanca, en la que estaba escrito con caracteres cubitales: *Hic domus mea, inde gloria mea* (Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria)".

Diez líneas más y termina Don Bosco: "Entonces apenas si entendí. Pero comprendí poco a poco las cosas, según se iban realizando. Más aún, este sueño, juntamente con otro nuevo, me sirvió de programa para mis decisiones".

El otro sueño se lo contó a don Barberis y a don Lemoyne, los cuales lo escribieron inmediatamente (se puede leer en el segundo volumen de las *Memorias Biográficas*, en la página 298). Es, en su mayor parte, una repetición variada de primero. Por eso, solamente referimos los elementos característicos.

"Una Señora me dijo: "Mira". Vi una iglesia pequeña y baja, un reducido patio y un número grande de jóvenes... Como la iglesia resultase estrecha, acudí otra vez a la Señora, que me hizo ver otra bastante mayor, y con un edificio al lado... Me vi rodeado de un número inmenso de jóvenes y vi una grandísima iglesia con muchos edificios alrededor y con un hermoso monumento en el medio".

## **"¿Dónde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio?"**

13 de octubre y domingo. Don Bosco anuncia a sus muchachos el traslado del Oratorio junto al Refugio. Los ánimos se agitan un tanto. Don Bosco entonces se arriesga, da por descontado lo que sólo ha visto en el sueño, y les anuncia alegremente que "allí nos aguarda un amplio lugar totalmente para nosotros, para cantar, correr y saltar. Quedaron contentos. Aguardaban con impaciencia el domingo siguiente para contemplar las novedades".

20 de octubre y tercer domingo del mes. Grupos de muchachos pasan la oficina de los consumos, siguen hacia la zona baja de Valdocco. Por la margen derecha del Dora se extienden prados y campos de cultivo, con casuchas dispersas. Allí se levantan la Pequeña Casa de Cottolengo y el Refugio de la marquesa Barolo, junto a tabernas y casas humildes, donde la gente vive tranquila. Los muchachos no saben a dónde dirigirse, golpean a todas las puertas y preguntan:

— ¡Don Bosco! ¿Dónde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio?

La gente, acostumbrada a ver por allí a menudo bandas de golfillos, cree que es una broma pesada, y les grita:

— ¿Qué oratorio ni qué Don Bosco? ¡Fuera de aquí! Apretad los talones o salís de aquí a trompazos.

"Al oír el alboroto, salí de casa junto con el teólogo Borel. Cesaron los altercados y corrieron hacia nosotros".

Lugar para jugar y correr sí que existía, pero había que comprarlo. Y un lugar recogido para rezar, para confesar, para celebrar Misa, también lo había, pero no era de nuestra propiedad.

— El amplio local que os he prometido, aún no está acabado. Pero, el que quiera puede subir hasta mi habitación y la del teólogo Borel.

El resultado, para aquel domingo y los siguientes hasta diciembre, fue el de las sardinas en banasta. "La habitación, el corredor y las escaleras, todo estaba atestado de chicos. Eramos dos para confesar, pero los que querían confesarse eran doscientos". ¿Y quién puede tener quietos a doscientos chicos, esperando?

"Uno se empeñaba en encender el fuego, y otro se daba prisa en apagarlo. Este llevaba leña, aquel agua. Tubos, tenazas, paletas, cántaros, palanganas, sillas, zapatos, libros, todo quedaba en admirable confusión por querer ordenar y arreglar las cosas".

Hay una alegre exageración en estas líneas de Don Bosco, pero quien ha vivido largo tiempo entre muchachos, sabe que no exagera "mucho".

Son seis domingos parecidos, con doscientos jóvenes que, a media mañana, forman filas detrás de Don Bosco, como un pequeño ejército, para ir a oír Misa en el Monte de Capuchinos, en la Consolata, o en Sassi.

Casi siempre le acompaña el teólogo Borel, un curita sencillo y popular, conocido por el "Padre chiquito", a causa de su pequeña estatura. Es un trabajador incansable. Ha tomado bajo su protección al joven sacerdote Don Bosco, y le ayuda con verdadera amistad, poniendo, a veces, dinero de su bolsillo.

Los sermones del "padre chiquito" gustan mucho a los muchachos, porque habla con soltura en el gracioso dialecto de Porta Palazzo, sazonado de refranes, chistes y agudezas. Y hay quien ha dicho a don Borel que debería predicar de forma más decorosa, pero él ha respondido: "El mundo es tonto, y por tanto hay que predicarle tontamente".

## **Copos de nieve hasta en el brasero**

8 de diciembre. Por fin están preparadas las dos habitaciones para capilla. Toda la noche ha estado nevando de forma impresionante.

Por la mañana, la nieve está muy alta y hace mucho frío. Se coloca un brasero en la capilla. Recordaba José Buzzetti que, al abrir al exterior, caían los copos de nieve hasta en el brasero.

Los muchachos llegan igual. Se encuentran con un altarcito, su sagrario y algunos bancos. "Se celebró la misa —escribe con toda sencillez Don Bosco—, y confesaron y comulgaron algunos jóvenes. Yo lloré porque me parecía que ya estaba completa la obra del Orator o".

Se equivoca. Tendrá que volver a llorar, y no de alegría sino de pena, antes de encontrar el lugar estable y definitivo para el Oratorio.

Pero en aquel 8 de diciembre de 1844, el Oratorio de Don Bosco adquiere algo definitivo: el nombre. Se llamará de "San Francisco de Sales". El mismo Don Bosco recuerda los motivos: "Porque la marquesa había hecho pintar a este Santo a la entrada del local. Y porque nuestro ministerio exigía gran calma y mansedumbre: nos habíamos puesto bajo la protección de San Francisco de Sales, a fin de que nos obtuviese su extraordinaria mansedumbre".

Para mantener la alegría de sus muchachos, Don Bosco compra bochas, tejos, zancos (¡aún no había nacido el balón!). Sigue ayudando a los más pobres con comida, vestidos, calzado.

Y ahora que ya tiene una habitación, piensa enseñar algo a los más inteligentes. Por la noche, robando un par de horas al sueño, van a él

en pequeños grupos, con la cara negra de hollín o blanca de cal, con el capote sobre los hombros para guardarse del espantoso frío, contentos de poder tener un poco de escuela.

Solamente que los libros, las ropas, los instrumentos para jugar, piden dineros. Don Bosco tiene miedo y no sabe cómo hacer. Le repugna presentarse a una familia señorial pidiendo limosna. Pero don Borel le empuja:

— Si de verdad quieres a tus muchachos, tienes que hacer este sacrificio.

Y Don Bosco lo hace. La primera familia rica a la que acude (ha sido preparada por don Borel) es la del caballero Gonella. Siente Don Bosco que le arden las mejillas, cuando tiende la mano para recibir las primeras trescientas liras.

Cuarenta y dos años más tarde, al rogar a un director salesiano que vaya a recoger una limosna y oír que le responde que "le falta la desenvoltura de Don Bosco", se pone serio y dice:

— Tú no sabes lo que me ha costado reclamar caridad.

No llegó a perder nunca este empacho, pero tampoco renunció a su dignidad. Ni tímido, ni grosero. Las familias señoriales dirán de él:

— Parecía que entraba en casa un ángel.

A la par que pensaba en sus muchachos, Don Bosco cumplía con sus deberes. Allí había ido, con casa y sueldo, para ejercer el ministerio sacerdotal en favor de las mujeres desgraciadas y las muchachas del Refugio. Claramente decía que no era aquélla su misión, pero cumplía su deber formalmente.

Nos permitimos, de paso, una observación. Siempre afirmó Don Bosco que su misión eran los muchachos y no las muchachas. Pero en esta "exclusiva", no hubo "misoginia alguna". Aceptó la colaboración y la presencia de las mujeres con sencillez siempre: desde la muchachita que le guardaba las vacas en Sussambrino, en tanto él estudiaba, hasta la preciosa obra de las "mamás" en Valdocco (la suya, la de don Rúa, la del canónigo Gastaldi, la "gran" Mariana hermana de mamá Margarita). La "habitación de las mujeres", como se llamaba, estaba junto a la enfermería de los muchachos. Domingo Savio, durante el invierno de 1857, se levantará de la cama, tiritando de fiebre, para ir a calentarse al fogón encendido por la "gran" Mariana, que también está enferma. Y la reconvenirá, con su intransigencia adolescente, por quejarse de los dolores "que Dios le enviaba". La misoginia, el fastidio de la presencia de una mujer para Don Bosco, ha sido, a nuestro parecer, creada artificiosamente por algún biógrafo, influenciado por ascéticas muy discutibles.

## **El fracaso en san Pedro ad Víncula**

Probablemente, durante los primeros meses del Refugio, pensó Don Bosco hacer cambiar de parecer a la marquesa, induciéndola a destinar el edificio en construcción para los jóvenes abandonados, más bien que para las niñas enfermas. La marquesa albergaba una esperanza diametralmente opuesta: que Don Bosco, con el andar del tiempo, abandonase a los muchachos para dedicarse totalmente a sus obras.

Ilusión recíproca. Corrían los días y el número y el ruido de los muchachos también crecía; más de un rosal pereció ante el impetu de los juegos; alguna monjita manifestó su recelo por la proximidad de aquellos muchachotes y las "magdalenas". Y la marquesa empezó a sentir impaciencia de que no desapareciera el oratorio.

El problema estaba en no saber a dónde ir. Los sueños estimulaban la esperanza de Don Bosco, pero no eran planos topográficos precisos.

Por la cuaresma del 1845 se intentó una salida parcial. Para el catecismo diario (estaba prescrito entonces para todos los muchachos durante la cuaresma y el adviento) y las clases de los mayores, se reunieron en san Pedro ad Víncula. Así se llamaba una iglesia dedicada a Jesús Crucificado, contigua a un cementerio, donde no se enterraba desde hacía diez años. El cementerio (todavía visible hoy en el barrio de Valdocco), tenía un atrio, un amplio patio y estaba cercado de pórticos.

Como las reuniones para el catecismo resultaron bien, y dado que el capellán del cementerio, don Tesio, era amigo suyo, Don Bosco le pidió en el mes de mayo repetir la prueba en grande: trasplantar todo el oratorio a la Iglesia y al patio de san Pedro ad Víncula.

El domingo 25 de mayo don Tesio tenía que ausentarse de Turín, por lo que le respondió:

— Ven con tus muchachos el día 25. De este modo me suples para la Misa.

El capellán cometió probablemente dos errores. Se creyó que el oratorio de Don Bosco se componía de aquel pequeño grupo de muchachos tan atentos y formales, que él había visto durante la catequesis cuaresmal. Creyó además (como sucedía en otras obras para muchachos) que, terminada la Misa y las funciones religiosas, los muchachos se irían a sus casas, después de comerse su panecillo por el patio.

Las cosas fueron muy otras. La criada del capellán vio llegar todo un regimiento de muchachos, que llenó la Iglesia. Después de la Misa, aquellos muchachos se tragaron en un minuto el panecillo del desayuno y se desparramaron clamorosamente por el patio y bajo los pór-

ticos. La mujer (que sostenía un gallinero bajo el porticado) se espantó primero y luego montó en cólera. Se puso a gritar, a correr tras ellos, a golpearles con el mango de la escoba, mientras sus gallinas, espantadísimas, huían perseguidas por los muchachos.

En su persecución, llegó hasta Don Bosco, a quien cubrió de insultos. "Profanador de un lugar sagrado", fue, tal vez, lo más elegante que la pobre mujer alcanzó a soltarle.

Don Bosco entendió que lo mejor era irse de allí. "Juzgué que lo más oportuno era interrumpir el recreo. Y nos fuimos con la esperanza de encontrar más paz al domingo siguiente".

Un incidente vulgar, a no ser por una circunstancia impresionante. Don Rúa depuso, en el "proceso informativo" sobre Don Bosco: "Me contaba muchos años después un tal Melanotte de Lanzo, que estuvo presente en aquella escena, que Don Bosco, sin descomponerse ni irritarse por las injurias, se dirigió a los muchachos y les dijo: ¡Pobrecita! Nos echa, cuando ella estará en la sepultura para otra fiesta.

Al volver don Tesio, la criada le hizo una relación tan catastrófica de lo sucedido, que el capellán (quizá no ataviéndose a desdecirse personalmente de la palabra dada a Don Bosco) escribió al Ayuntamiento pidiendo prohibiese jugar en el interior del cementerio.

"Es doloroso decirlo —escribe lamentándose Don Bosco— pero fue aquella la última carta de don Tesio". Durante la semana murieron repentinamente él y su sirvienta.



La Marchesa de Barolo (1785-1864), insigne bienhechora de Don Bosco en sus comienzos.



---

## El Oratorio emigrante

Después de la triste prueba en san Pedro ad Víncula, volvió el oratorio a reunirse en el Refugio. La marquesa no dijo ni una sola palabra en contra. Pero recordó a Don Bosco que el 10 de agosto se inauguraría el Hospitalillo. A partir de aquel día, eso sí, sus muchachos se encontrarían con las puertas cerradas.

12 de julio de 1845. Don Bosco recibe una carta del Ayuntamiento. Por recomendación del Arzobispo, se le concede "poder servirse de la capilla de *San Martín de los Molinos* para la catequesis de los muchachos, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, con la prohibición de entrar en el segundo patio de aquel conjunto".

Una iglesia para las tres primeras horas de la tarde cada domingo. Ciertamente no era el Palacio Real, pero ya era algo con que poder sobrevivir. "Cargamos con los bancos, reclinatorios, candelabros y alguna que otra silla, con luces, cuadros y demás —recordaba Don Bosco—, y, llevando cada uno el objeto de que era capaz, a manera de una emigración popular, fuimos a establecer nuestro cuartel general en el lugar concedido".

Los Molinos de la ciudad, apodados también "Molassi", estaban situados en la gran plaza de Manuel Filiberto (Porta Palazzo), a mano derecha para quien desciende hacia el Dora. Todavía hoy, la amplia plaza es sede de un mercado variopinto y diario de la ciudad, con apretadas hileras de puestos.

### **"Las coles, queridos jóvenes"**

Don Bosco no estaba contento del nuevo arreglo y los muchachos tampoco. Escribe así: "No se podía celebrar misa, ni dar la bendición por la tarde. Por consiguiente, no se podía dar la comunión, que es el elemento básico de nuestra institución. El mismo recreo era más bien

pobre, paralizado a menudo porque los muchachos debían jugar en la calle y en la plazuela delante de la iglesia, por donde pasaban peatones, carros y caballerías. Y concluye: "Como no podíamos tener otra cosa, estábamos a la espera de un lugar mejor".

Había alquilado una habitación en la planta baja del edificio, y se ingeniaba para enseñar en ella el catecismo y dar clases.

Don Borel quiso levantar la moral de todos con un sermón famoso. Los muchachos lo apodaron "el sermón de las coles".

"Las coles, queridos jóvenes, si no se trasplantan no se hacen grandes y hermosas, —comenzó diciendo "el padre chiquito" haciendo reír a todos—. Pues lo mismo ocurre con nuestro oratorio. Hasta ahora, ha ido pasando de lugar a lugar, y siempre logró un buen incremento".

Después de haber recordado la historia del Oratorio, concluyó: "Y ¿estaremos aquí mucho tiempo? Demos de lado a pensamientos tristes y pongámonos por completo en las manos del Señor. Una cosa es clara: él nos bendice, nos ayuda y nos provee".

Pero unos domingos después, sobrevinieron nuevos trastornos.

La secretaria de los Molinos envió al Ayuntamiento una carta con una lista de graves acusaciones: los muchachos causaban grandes desperfectos en la iglesia, en los edificios; era una "reunión que podía terminar en revolución" (acusación bastante peligrosa para aquel momento), y constituía un "semillero de inmoralidad".

Por orden del alcalde, fue una comisión para inspeccionar el lugar. Todo era normal: los muchachos armaban ruido y uno había hecho una pequeña raya en las paredes con un clavito. Allí no había ninguna revolución, ni inmoralidad. El único elemento de consideración (y ésta era la causa de la carta): la irritación de los inquilinos de las casas de alrededor. Los cantos, el griterío, los juegos clamorosos, rompían la tranquilidad dominical.

Don Bosco quedó más afligido por las calumnias (que siempre dejan herida) que no por las decisiones que le transmitieron. El Ayuntamiento no retiraba el permiso concedido, pero tampoco lo renovarían, a partir del primero de enero. En noviembre se le enviaría el oficio de desahucio. Mientras tanto, que buscarse una fórmula para "ser moderado".

Don Bosco procuró serlo. A partir de aquel momento, sólo se usó la iglesia de los Molinos como punto de reunión. Llevaba a sus muchachos a jugar por los prados incultos de las riberas del Dora. Para rezar, iban a Nuestra Señora del Pilón, a Sassi, a Nuestra Señora del Campo. "En estas iglesias —escribe— celebraba la misa, explicaba el evangelio. Daba por la tarde un poco de catecismo, cantábamos algunas canciones y hacía algún que otro relato. Después dábamos una vuelta y

paseábamos hasta la hora de volver a casa. Parecía que esta situación difícil iba a reducir a humo todo plan de oratorio, y, sin embargo, aumentaba de un modo extraordinario el número de los que acudían”.

### **“Toma, Miguelito, toma”**

Junto a los Molinos de la ciudad, en el mes de septiembre, tuvo Don Bosco un encuentro fundamental para su vida. Se apretujaban en su derredor unos muchachos para recibir una medallita. Un poquito separado estaba un chiquillo pálido, de ocho años, con un brazalete negro en el brazo izquierdo. Hacía dos meses que se le había muerto su padre. No le iba eso de meterse en apretujones, ni empujar para abrirse paso. Se acabaron las medallas y él se quedó sin nada.

Entonces Don Bosco se le acercó y sonriendo le dijo:

— Toma, Miguelito, toma.

¿Tomar qué? Aquel extraño sacerdote que veía por vez primera, no le daba nada. Solamente le tendía la mano izquierda, y con la derecha hacía señal como de quererla cortar en dos. El chiquillo alzó unos ojos preguntones. Y el sacerdote le dijo:

— Nosotros dos lo haremos todo a medias.

¿Qué vio Don Bosco en aquel momento? Nunca lo dijo, pero aquel niño será un día su brazo derecho, su primer sucesor a la cabeza de la Congregación Salesiana.

Se llamaba Miguel Rúa, y no entendió aquella frase, ni entonces, ni muchos años más tarde. Pero se encariñó con Don Bosco, con aquel sacerdote junto al cual uno se sentía alegre y lleno de calor.

Miguelito habitaba en la *Real Fábrica de Armas*, en la que su padre había estado empleado. Cuatro hermanos suyos habían muerto jovencísimos, y él era de constitución delicada. Por eso su madre no le dejaba muchas veces ir al oratorio. Pero se encontró con Don Bosco igualmente en las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, donde él cursaba la tercera elemental. Un día contará:

“Cuando Don Bosco venía a decirnos la misa y a predicar, apenas entraba en la capilla, parecía que una corriente eléctrica pasase a través de los numerosos muchachos. Nos poníamos de pie, salíamos de nuestros puestos, nos apretábamos en derredor suyo. Se requería bastante tiempo para que pudiera llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no podían impedir el aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes no ocurría nada semejante”.

## **Libros robados al sueño**

En octubre tiene lugar un suceso importante. Acaba de publicar la *Historia Eclesiástica para uso de las escuelas*. Es el primer libro escolar que Don Bosco escribe para sus muchachos, robándolo al sueño, a la luz de una lámpara de petróleo, escribiéndolo deprisa con una difícil escritura. La *Historia Eclesiástica* no es una obra "científica", como ninguno de los libros de Don Bosco lo será. Es, en cambio, popular, adaptada para una mentalidad sencilla y para la modesta cultura de sus muchachos. Habla de los Papas, de los hechos más brillantes de la iglesia, traza el perfil de los Santos, describe las obras de caridad que florecieron en el pueblo de Dios en todo tiempo.

A esta obra le siguieron la *Historia Sagrada* (1847), el *Sistema métrico decimal* (1849), la *Historia de Italia* (1855).

Junto a los libros escolares, Don Bosco sabe hallar tiempo para escribir muchos otros libros y fascículos: vidas de santos, libros de lectura amena, manuales de oraciones y de instrucción religiosa. Ninguno de ellos es una obra maestra, pero sí una obra de amor para sus muchachos, para la gente sencilla, para la iglesia. Y algunos de ellos serán ocasión de ayes: llegarán a apalearle para que deje de escribir.

## **Tres habitaciones en casa Moretta**

En noviembre recibió el comunicado del Ayuntamiento, y con él llegó el tiempo feo. "El tiempo —escribe— no era nada a propósito para paseos y caminatas fuera de la ciudad. De acuerdo con el teólogo Borel, tomamos en alquiler tres habitaciones en la casa de don Moretta".

Ya no existe esta casa. La última de sus paredes ha quedado encerrada en la iglesia filial de la parroquia de María Auxiliadora, a la derecha del que entra hoy en la gran basílica.

En las tres habitaciones de casa Moretta "pasamos cuatro meses, muy en estrechuras, pero contentos de poder acoger, al menos, a nuestros muchachos, instruirlos y darles facilidad para confesarse".

Recordaba Don Bosco sonriendo que en aquellas habitacioncillas se vio obligado a violar el segundo de sus lejanos propósitos del seminario: para divertir a los muchachos, en un lugar tan estrecho, volvió a hacer juegos de prestidigitador. No cesó más, porque los resultados fueron fabulosos.

Empezó, con la ayuda del teólogo Cárpano, un curso regular de escuelas nocturnas, muy distinto de aquellas clases volantes que había dado hasta el momento.

La instrucción del pueblo, las escuelas nocturnas, pertenecen a situaciones concretas en las que Don Bosco supera las posiciones de los conservadores, y se encuentra alineado con los liberales. El Arzobispo se preocupa de ello y Don Bosco le responde "que no es el caso de mirar dónde nace la nueva iniciativa. Lo que importa es estudiar su naturaleza y, si es buena, darla una dirección cristiana, impidiendo sea echada a perder por el espíritu antirreligioso".

## **Un gran interrogante al Oratorio**

Diciembre. La salud de Don Bosco sufre un bajón que preocupa. Es capellán del Hospitalillo, donde se atiende a las niñas, de los 3 a los 12 años. Tiene compromisos en las cárceles, en Cottolengo, en centros de educación de la ciudad. Trabaja en su Oratorio, da clase por la noche, va a visitar a sus muchachos en los puestos de trabajo. Y el invierno 1845-46 dicen que será frigidísimo.

El invierno de Turín llega tarde, tal vez, pero deja caer por sus estrechas calles espesas y grises nevadas, que dan a la ciudad meses de frío continuo y deprimente.

Los pulmones de Don Bosco, durante aquellos meses, demuestran una fragilidad preocupante. El teólogo Borel se da cuenta de ello y se lo dice a la marquesa Barolo. Esta, entrega cien liras a Don Bosco para el Oratorio, y le ordena "que cese en toda suerte de trabajo hasta su perfecto restablecimiento".

Don Bosco obedece rompiendo todo compromiso, menos el de sus muchachos. El provecho que de ello saca no es suficiente, y tiene que rendirse a la evidencia pronto.

Pero la preocupación por la salud es poca cosa, por el momento, frente a las nubes plomizas que empiezan a cubrir el Oratorio. Escribe con amargura: "Fue, precisamente por aquel tiempo, cuando se propagaron habladurías muy extrañas. Unos calificaban a Don Bosco de revolucionario, otros le tomaban por loco, o hereje".

Los primeros en poner un gran interrogante a su obra son los párrocos de la zona. En la reunión que tienen a primeros de 1846, uno de los temas del orden del día es el catecismo de los muchachos. El párroco del Carmen aprovecha la ocasión para manifestar su perplejidad sobre el oratorio de Don Bosco: los muchachos se alejan de las parroquias, terminan por no conocer ni a su propio cura. Esto, pregunta, ¿es un bien o es un mal? Hay también otros párrocos como él, preocupados.

"No era una mísera ambición o envidia —se adelanta a decir Don Bosco—. Deseaban sinceramente la salvación de las almas". Para aclarar la situación envían a dos representantes suyos.

Don Bosco reconstruye el diálogo en sus *Memorias* (tenía que haberlo repetido muchas veces por aquellos años: era un tema vital para su obra). Tomamos las partes esenciales:

— Su Oratorio aleja a los jóvenes de las parroquias. ¿Por qué usted, Don Bosco, no les envía a ellas?

— Porque la mayor parte de ellos no saben nada de párroco ni de parroquia: casi todos son forasteros, venidos en busca de trabajo: son saboyanos, suizos, de Biella, de Novara, de Lombardía...

— ¿Y no podría mandar a estos jovencitos a sus respectivas parroquias?

— No es posible. La diversidad de lenguaje, la inseguridad del domicilio son graves obstáculos. Se podría probar, en el caso de que cada párroco viniese a recoger a los suyos y se los llevase a su parroquia. Pero aún así, la cosa sería difícil: no pocos de ellos son ligeros, traviesos. Únicamente atraídos por los paseos y diversiones se determinan a asistir al catecismo y a las demás prácticas de piedad. Cada parroquia debería tener un lugar adecuado, donde reunir y entretener a chicos de esa edad en agradable esparcimiento.

— Esto es imposible. Ni existen locales, ni se encuentran sacerdotes que dispongan del domingo para ello.

Ya hemos contado la conclusión. A Don Bosco se la comunicaron unos días más tarde: "Ante la imposibilidad de que cada párroco pueda montar un oratorio en su parroquia, animan al sacerdote Juan Bosco a continuar".

El primer interrogante había obtenido respuesta. Pero ya llegarían otros, por primavera, con mayores amenazas.

## **Un Oratorio distinto**

Así se habían dibujado las características del Oratorio de San Francisco de Sales. Don Bosco había recogido las experiencias de los oratorios de Milán, de Brescia, de los de San Felipe Neri en Roma. Había caminado por la línea trazada por don Cocchi en Turín. Pero había marcado la obra con su personalidad. El oratorio se había convertido, en sus manos, en una obra original, diferente de las demás.

Se puede intentar una relación (siempre incompleta e inadecuada) de las características "bosquianas".

Los oratorios tradicionales eran "parroquiales". Don Bosco había creado un Oratorio que superaba la institución de la parroquia, que se convertía en "la parroquia de los jóvenes sin parroquia", como más adelante dirá el Arzobispo Franson.

La presencia sacerdotal estaba inspirada por un "cariño serio", que moderaba la alegría y desconfiaba del barullo. Don Bosco inauguró un "cariño alegre", en el cual era el mismo sacerdote el que animaba los juegos alborotadores y el soltarse de la alegría.

Los oratorios tradicionales eran puramente "festivos", y a menudo reducían las reuniones con los jóvenes a dos o tres horas de la tarde del domingo. Don Bosco alarga la reunión con los muchachos a todo el día festivo, ante todo. Después engloba en él la semana entera, con las escuelas nocturnas y las visitas al lugar de trabajo.

Los muchachos que asisten a un oratorio normal, van a una parroquia, se reúnen en una iglesia determinada. Paradójicamente, en razón de las continuas migraciones, los muchachos del Oratorio de San Francisco de Sales, *van buscando a Don Bosco*, van a pasar el día con él. El centro del Oratorio no es la institución parroquial-iglesia, sino la persona de Don Bosco, su presencia continua, estimulante. La relación (diríamos en frase de hoy) deja de ser institucional, para hacerse personal.

Los otros oratorios seleccionan los chicos mejores. Son presentados por sus padres, que garantizan su buena conducta. Don Bosco, estamos tentados por decir, selecciona al revés. Empieza por jóvenes salidas de la cárcel, que no saben donde encontrar un amigo. Sigue por los peones de albañil, cuya familia anda lejos. Los muchachos "abandonados y en peligro" siguen siendo el cogollo de este Oratorio, cuyas puertas están siempre abiertas para todos. Es evidente que Don Bosco tuvo que exigir a sus muchachos un mínimo de disponibilidad, de colaboración. No pudo absorber a los granujas, ni a los vencidos que jamás quisieron entrar en una iglesia. Y, sin embargo, Don Bosco siguió mirando a éstos, queriéndoselos ganar uno a uno, o intentándolo al menos, con éxitos y fracasos.

## **Condenado a la horca**

El año 1846, cierto joven preso de 22 años, amigo de Don Bosco, fue condenado a muerte juntamente con su padre. La ejecución debía tener lugar en Alessandria. Al ir Don Bosco, la mar de angustiado, a verle, el

joven se echó a llorar, y le pidió que le acompañara en su último viaje. Don Bosco se sintió falta de valor, y no tuvo fuerza para prometérselo.

Hicieron partir a los condenados.

Don Cafasso debía llegar hasta allí en el tren correo, para asistirles en los últimos momentos. Apenas supo que Don Bosco lo había rehusado, le hizo llamar y le riñó:

— Pero, ¿no comprende que eso es una crueldad? Prepárese y tomemos juntos el tren para Alessandria.

— No podré soportar el espectáculo.

— Dése prisa, porque el tren no espera.

Llegaron a Alessandria la víspera de la ejecución. Apenas vio el joven a Don Bosco entrar en su celda, le echó los brazos al cuello rompiendo a llorar. También Don Bosco lloró. Pasaron juntos la última noche, rezando y hablando de Dios.

A las dos de la mañana le dio la absolución, celebró la misa para él en la celda, le dio la comunión e hicieron juntos la acción de gracias.

La campana de la catedral dio el toque de agonía. Abrióse la puerta de la celda, entraron los guardias y el verdugo que (como sucedía siempre) se arrodilló pidiéndole perdón. Le ató después las manos y le echó el lazo al cuello.

Unos minutos más tarde, salía el carro con el condenado por el portallón de la cárcel. Junto a él Don Bosco. Inmediatamente detrás, iba el carro con el padre, asistido por don Cafasso. Una multitud se apretujaba silenciosa por las calles.

Cuando apareció en el fondo el patíbulo con las horcas preparadas, Don Bosco palideció y se desvaneció. Don Cafasso, que no le perdía de vista, corrió a detener el carro y hacerle bajar.

El trágico cortejo llegó al patíbulo, y se cumplió la ejecución. Cuando Don Bosco volvió en sí todo había acabado. Quedó profundamente humillado. Dijo, por lo bajo, a don Cafasso:

— Lo siento por ese joven. Tenía tanta confianza en mí...

— Has hecho lo que has podido. Deja que Dios haga el resto.

Marzo de 1846. Don Moretta, que es un sacerdote de buen corazón, va a ver a Don Bosco.

— No lo tome a mal, don Juan, pero no puedo renovarle el alquiler de las tres habitaciones.

— ¿Y por qué?

— Mire.

Llevaba en la mano un fajo de cartas. "Los inquilinos —escribe Don Bosco— aturdidos por el alboroto y el ruido continuo del ir y venir de



los jóvenes, se quejaron al dueño, haciendo constar que, si no se acababa inmediatamente con aquellas reuniones, se marcharían todos".

Sufrió un impulso de rebelión. ¿Era posible que nadie pudiera aguantar a los jóvenes? ¿Es que aquellos adultos no fueron nunca jóvenes? Sin embargo golpeó el hombro del amigo don Moretta y le dijo:

— Quédese tranquilo, nos vamos.

No sabía a donde, mas por fortuna estaba llegando la primavera y ya no era tan premioso estar bajo techado.



Don Bosco, joven sacerdote.

## **Agonía en el prado, resurrección bajo el cobertizo**

Pudo alquilar un prado cercado de seto vivo. No quedaba lejos de casa Moretta. A cincuenta pasos nada más.

El que camina hoy por la calle de María Auxiliadora, a la derecha, antes de cruzar la calle Cigna, ve una gran manzana de casas que ocupa una faja de terreno tocando a la Editorial S.E.I. Allí precisamente estaba el prado de los hermanos Filippi.

Había en medio una especie de barracón, donde se guardaban los útiles para los juegos. En derredor, se juntaban y se desahogaban cada domingo trescientos muchachos. En un ángulo, sentado sobre un banco, confesaba Don Bosco.

Hacia las diez, redoblaba un tambor militar, y los jóvenes se ponían en filas. Sonaba después una trompeta y en marcha: hacia la Consolata, o al Monte de los Capuchinos. Allí celebraba la misa Don Bosco, repartía la comunión y, a continuación, el desayuno.

Un muchacho recién llegado del pueblo, Pablo C., peón de albañil, se unió un día al batallón de muchachos camino del Monte de los Capuchinos. He aquí cómo lo cuenta:

"Se celebró la misa, muchos recibieron la santa comunión, después fueron todos al patio del convento para desayunar. Como me creía sin derecho a ello, me retiré un poco esperando unirme a los demás a la salida. Pero Don Bosco me vio y se acercó:

- ¿Cómo te llamas?
- Pablito.
- ¿Has desayunado?
- No, señor, porque no me he confesado ni he comulgado.
- Pero es que no hace falta confesarse ni comulgar para poder desayunar.
- Pues ¿qué hace falta?
- Tener apetito. Me acompañó hasta el cesto y me dio pan y fruta

en abundancia. Bajé con él, y jugué por la pradera hasta hacerse de noche.

Desde aquel momento, durante muchos años, no abandoné el Oratorio y al querido Don Bosco, que tanto bien me hizo”.

Un día de fiesta por la tarde, mientras jugaban los muchachos, vio Don Bosco, del otro lado del seto, a un muchacho de unos 15 años. Le llamó:

— Pasa adentro. ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

El muchacho no respondía. Y Don Bosco:

— Pero, ¿qué te pasa? Estás malo?

Aún dudó. Después, despegando los labios, dijo solamente:

— Tengo hambre.

El cesto estaba vacío. Mandó Don Bosco a buscar pan en casa de una familia vecina, y le dejó comer en paz. Después fue el mismo chico quien se puso a hablar, como para quitarse un peso de encima:

— Trabajo de sillero, pero el amo me ha despedido porque no sé hacerlo bien. Mi familia está en el pueblo. Esta noche he dormido en la escalinata de la catedral, y esta mañana tenía tanta hambre que quería robar. Pero tuve miedo. He intentado pedir limosna, pero me decían: “Estando sano y fuerte como estás, vete a trabajar”. Luego he oído gritar a los muchachos aquí, y me he acercado.

— Oye, esta tarde y esta noche me ocupo yo de tí. Mañana iremos a un señor que yo conozco, y verás cómo te toma. Si luego quieres volver a venir los días festivos, para mí será un placer.

— Con mucho gusto vendré,

Durante los meses del prado Filippi, las “extrañas voces” que corrían sobre Don Bosco se condensaron en tres peligros: oposición de la autoridad civil, convicción de que Don Bosco estaba loco (con el consiguiente abandono de los principales colaboradores), perspectiva de cerrarlo todo tras el último desahucio.

## **El marqués y los guardias**

Aquellos eran años de revolución, y por consiguiente, ver a trescientos jóvenes que entraban por las puertas de la ciudad formados y al son de una trompeta y un tambor, daba en qué pensar al jefe de policía: “No solamente eran niños —escribe Lemoyne—; que también había jóvenes robustos, audaces, que llevaban consigo la consabida navaja”.

El marqués Miguel de Cavour (padre de Camilo y de Gustavo), subgobernador de la ciudad y, por tanto jefe de policía, hizo llamar a Don

Bosco. Comenzó el coloquio de forma diplomática, luego se fue tejiendo la trampa. Don Bosco se dio cuenta de que se le imponía bruscamente limitar el número de jóvenes, evitar la entrada a la ciudad en filas, excluir a los mayores como peligrosos. Lo rechazó. Entonces Cavour se puso a gritar:

— Pero ¿qué le importan a usted esos bribones? Déjelos en su casa. No se cargue con esas responsabilidades ¡antes de que sean un peligro para todos!

— Yo enseño el catecismo a unos pobres muchachos —respondió tenazmente Don Bosco— y eso no puede ser peligroso para nadie. Por lo demás, todo lo hago con permiso del Arzobispo.

— ¿El Arzobispo sabe todo esto? Bien, entonces hablaré directamente con Frasoni, y será él quien acabe con estas tonterías.

Monseñor Frasoni no acabó con nada; más aún, defendió a Don Bosco.

Desde aquel día, junto a las lindes del prado donde jugaban los muchachos, empezó a verse a la policía de la comisaría general haciendo guardia. Don Bosco bromeaba sobre ello, pero empezó a vivir entre espinas: la menor irregularidad, podría conllevar el cierre de su oratorio. Cavour era una potencia.

## **¿Está loco Don Bosco?**

Sin quererlo, el mismo Don Bosco ayudaba a que corriese la voz de que se había vuelto loco. Para consolar a sus muchachos, que se veían obligados a pasar de un cementerio a un molino, de un tugurio a un prado, Don Bosco empezó a contarles sus sueños.

Les hablaba de un Oratorio amplio y espacioso, de iglesias, casas, escuelas, talleres, muchachos por millares, sacerdotes a su total disposición. Todo ello se daba de puñetazos con la triste realidad.

Los chicos son los únicos capaces de soñar con los ojos abiertos y creían a Don Bosco. Repetían en su casa y en el trabajo lo que les contaba Don Bosco. Así que era natural que la gente corriente dijese: "Pobrecito, se ve que tiene una idea fija. Si sigue con ese jaleo continuo, acabará en un manicomio".

No era una idea maligna puesta en ruedo por alguno, sino la voz corriente. Recordaba Miguel Rúa: "Acababa aquel día de ayudar a misa en la Fábrica de Armas y me disponía a salir, cuando el capellán me preguntó: "¿A dónde vas?" "Me voy con Don Bosco, porque es domingo". "¿Qué, no lo sabes? Está enfermo, de una enfermedad difícil

de curar". La noticia se me clavó en el corazón, dándome una pena indecible. Si me hubieran dicho que mi padre se había puesto malo, no hubiera experimentado tanta pena. Corrí al Oratorio, y con asombro vi que Don Bosco andaba sonriente como siempre. "Está chalado por los jóvenes y se le ha trastornado la cabeza", ésa era la enfermedad de que se hablaba aquellos días por Turín".

Don Borel, el colaborador y amigo sin par, quiso impedir a Don Bosco que contara sus sueños:

— Hablas de una iglesia, de una casa, de un patio para jugar. Pero ¿dónde está todo eso?

— No lo sé, pero existe, porque yo lo veo, —murmuró Don Bosco—.

Un día, estando en su habitación, tras una inútil tentativa para "hacerle razonar", don Borel rompió a llorar. Salió diciendo: "Pobre Don Bosco, está ido".

Parece que hasta la Curia envió a alguien para observar el estado de equilibrio de Don Bosco. Así las cosas, dos amigos suyos, don Vicente Ponzati y don Luis Nasi, se pusieron de acuerdo para sacar a Don Bosco de tan penosa situación.

Probablemente lo combinaron todo para una visita médica y un examen cuidadoso en el hospital siquiátrico, para luego seguir, si era necesario, los oportunos cuidados (la situación médica de entonces era muy semejante a la que hoy se practica en los pueblos del interior de Africa).

Estaba una tarde Don Bosco dando catecismo a unos cuantos muchachos, cuando llegó un coche cerrado. Bajaron de él don Ponzati y don Nasi, y le invitaron a dar un paseo en su compañía.

— Estás cansado. Un poco de aire te irá muy bien.

— De acuerdo. Tomo el sombrero y voy con vosotros.

Uno de los dos amigos, abre la portezuela:

— Sube. Pero Don Bosco ha olido la trampa:

— Gracias, primero vosotros.

Tras alguna insistencia, para no echar a perder la faena, aceptan subir ellos primero. Mas, apenas están dentro, con un movimiento rápido cierra Don Bosco la portezuela y ordena al cochero:

— ¡Deprisa, al manicomio! Allí les esperan.

El manicomio u hospital siquiátrico, no estaba lejos. Los enfermeros, previamente avisados, estaban a la espera de un sacerdote. Y en esto que ven llegar a dos. Tuvo que intervenir el capellán del manicomio para liberar a los dos recién llegados.

La broma había sido pesada, a poco que se piense, más por parte de Don Bosco que por la de los dos amigos. Don Ponzati y don Nasi, en

ese momento, quedaron enfadadísimos. Más tarde, volvieron a ser amigos de Don Bosco. Particularmente don Nasi, que se convertirá en el animador de la música del Oratorio.

Sin embargo Don Bosco va siendo abandonado por todos. Escribe con amargura: "Todos se alejaban de mí. Mis colaboradores me dejaron solo con mis cuatrocientos muchachos".

Es el momento en el que "el buen sentido" se hunde, cede. Don Bosco es un santo o es un loco. Resulta difícil adivinarlo. Es la repetición, aunque parezca distinta, del momento en que Francisco de Asís arroja sus vestidos a la cara de su padre, y se marcha desnudo diciendo: "Ahora ya puedo decir *Padre nuestro que estás en los cielos*"; del momento en que Cottolengo tira por la ventana las últimas monedas, diciendo satisfecho: "Ahora se verá si la Pequeña Casa es cosa mía o es cosa de Dios". ¿Quién puede acusarles de hombres pequeños, afebrados a la prudencia y al buen sentido, de haberlos tomado por locos?

La situación era tan rara que el mismo Don Bosco llegó a dudar de sus sueños. En una conferencia, dada el 10 de mayo de 1864, inmediatamente transcrita por el diácono Bonetti, contó Don Bosco que aquellos días vio en sueños una casa próxima al prado, que sería para él y para sus muchachos. A la mañana siguiente dijo sin más a don Borel: "Ahora ya está la casa". El teólogo le invitó a ir a verla. Fue: era una casa en la que vivían mujeres de conducta dudosa. Mortificado, exclamó Don Bosco: "¡Entonces son ilusiones diabólicas!" Y se avergonzó de sí mismo. Pero se repitió el sueño otras dos veces, y Don Bosco rezó entre sollozos: "Señor, iluminadme, sacadme de este atolladero". Por cuarta vez volvió a tener el mismo sueño, y oyó una voz que le dijo: "No tengas miedo. A Dios todo le es posible".

## **Agonía en el prado**

Por aquellos días, llegaron los dueños del prado (¿les enviaba el marqués?). Se inclinaron sobre el terreno pisoteado sin piedad por ochocientas almadreñas y zapatones. Llamaron a Don Bosco:

— ¡Esto se está convirtiendo en un desierto!

— A este paso nuestro prado quedará como un camino de tierra apisonada.

— Tenga paciencia, señor cura, pero así no se puede seguir. Le perdonamos el alquiler, pero tenemos que echarle.

Le dieron quince días de tiempo para desalojar.

Aquello fue como un rayo para Don Bosco. A las humillantes aventuras de aquellos días, se añadía la preocupación de tener que encontrar enseguida otro campo. Pero esta vez no halló nada: ¿quién iba a alquilar a un loco?

El 5 de abril de 1846, último domingo en el prado Filippi, fue para Don Bosco uno de los días más amargos de su vida.

Fue con sus muchachos a Nuestra Señora del Campo. Habló durante la misa, pero no se le oyó ningún golpe de risa, no habló de coles a trasplantar. Dijo que les miraba como a los pajarillos, cuyo nido quiere alguien deshacer. Les invitó a rezar a la Virgen porque pese a todo, estaban en sus manos.

Al mediodía hizo su última tentativa cerca de los Filippi. Pero no obtuvo nada. ¿Tenía, pues, que despedir a sus muchachos?

“Al atardecer de aquel día, —escribió— contemplaba la multitud de chiquillos que se divertían. Estaba solo, agotado de fuerzas, en estado deplorable de salud. Me retiré a un lado, me puse a pasear a solas, y me conmoví hasta llorar: “Dios mío, exclamé, dime qué he de hacer”.

## **La pequeña cepa**

En aquel momento llegó, no un arcángel, sino un hombre tartamudo: Pancracio Soave, fabricante de sosa y detergentes.

— ¿Es verdad que usted busca un lugar para instalar un laboratorio?

— Un laboratorio, no. Un Oratorio.

— No sé qué diferencia hay, pero es igual, el lugar sí que está. Venga a verlo. Es propiedad del señor Francisco Pinardi, persona honrada.

Don Bosco, andando siempre por aquella zona llamada Valdocco, recorrió en diagonal como unos doscientos metros y vino a encontrarse frente a “una casucha de una sola planta, con escalera y balcón de madera carcomida, cercada de huertos, prados y campos”. A poca distancia estaba la “casa dudosa”, que había visto en sueños. “Quise subir por la escalera, pero Pinardi y Soave me dijeron: “No, el lugar destinado para usted está aquí dentro”. Era un cobertizo.

Los peregrinos que atraviesan el patio junto a la Basílica de María Auxiliadora, lo ven todavía allá en el fondo, abrazado por un ángulo de edificios: oscura, pequeña cepa, de donde ha salido la gigantesca obra de Don Bosco. Se lee en gruesos caracteres: “Capilla Pinardi”. Porque hoy es una capillita, rica en adornos y pinturas. La reconstruyeron los Salesianos en el 1929.

Pero cuando Don Bosco llegó aquel 5 de abril de 1846, era solamente un pobre cobertizo bajo, que se apoyaba por el norte sobre la casa Pinardi. Una tapia alrededor, transformaba todo aquello en una especie de barracón. Había sido construido hacía poco, y había servido para taller de un sombrerero y almacén de lavanderas (allí al lado corría un canal que desembocaba en el Dora, que está cerca). Tenía una superficie de quince metros de largo por seis de ancho, y había al lado dos cuartos más pequeños.

Don Bosco estuvo a punto de rechazarlo.

— Es demasiado bajo, no me sirve.

— Lo haré arreglar a su gusto —repuso Pinardi—. Excavaré, pondré unos escalones, cambiaré el pavimento. Porque deseo muchísimo que establezca aquí su laboratorio.

— No es un laboratorio, sino un Oratorio —repitió Don Bosco—, una iglesia para reunir a los jovencitos.

El equívoco de Pinardi es comprensible: por aquellos tiempos, se construían cerca de los ríos numerosos laboratorios y talleres. Quedó por un instante perplejo, pero enseguida añadió:

— Con más razón aún. Soy cantor y vendré a ayudarte. Traeré dos sillas, una para mí y otra para mi mujer.

Don Bosco no se determinaba. Al fin dijo:

— Si me garantiza rebajar el terreno unos 50 centímetros, acepto.

No quiso alquiler por meses. Pagó 320 liras para todo un año (más de la mitad de su sueldo en el Hospitalillo). Podía disponer del cobertizo y de la faja de terreno de alrededor, para jugar los muchachos.

Volvió corriendo a sus jóvenes y les gritó:

— ¡Animo, hijos míos! Ya tenemos un Oratorio más seguro. Habrá iglesia, escuela y patio para saltar y jugar. El domingo que viene iremos. ¡Está allí, en casa Pinardi!

Era el domingo de Ramos. El domingo siguiente era la Pascua de Resurrección.

## **Resonaban las campanas**

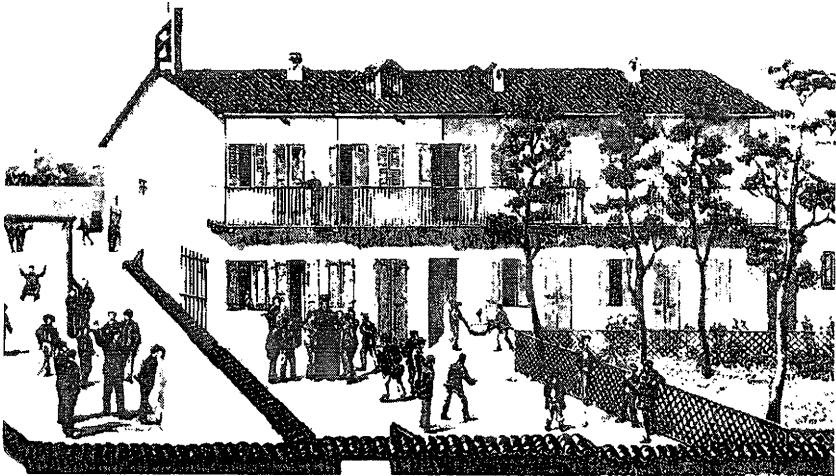
Francisco Pinardi cumplió su palabra. Fueron los albañiles, excavaron, reforzaron los muros y el techo. Los carpinteros rehicieron el pavimento, tendiendo un entarimado de madera. Un trabajo imposible en seis días, si se olvida que la jornada de trabajo era de doce a catorce horas. El sábado por la noche el edificio estaba a punto.

Don Bosco colocó sobre el altarcito de la capilla los candelabros, la cruz, la lámpara y un cuadro de San Francisco de Sales.



El 12 de abril fue el gran día. Por la mañana de Pascua, todas las campanas de la ciudad tocaban a fiesta. En el cobertizo Pinardi no había ninguna campana, pero estaba el cariño de Don Bosco que llamaba a sus muchachos desde la "hoya" de Valdocco.

Llegaron por oleadas. Se apiñaron en la iglesuela, en la franja de terreno de alrededor, por los prados vecinos. En medio de un silencio de gran recogimiento asistieron a la bendición de la capilla y a la misa que inmediatamente celebró Don Bosco para ellos. Después, con el panecillo en la mano, se desparramaron por los prados y explotó la alegría: la alegría de tener, por fin, una casa, "sólo para ellos".



La casa Pinardi (antiguo dibujo).

---

## El milagro de los chicos albañiles

Cinco páginas de sus *Memorias* dedica Don Bosco al "horario modelo" que durante años se siguió en el oratorio de Valdocco. Ocupado en demasía, diríamos. Pocos, hoy, según creo, se atreverían a proponer a los muchachos de un oratorio festivo, horario semejante.

"Se abría la iglesia temprano, y empezaban las confesiones, que duraban hasta la hora de misa. Esta estaba anunciada para las ocho, pero como teníamos que atender a los muchos chicos que querían confesarse, frecuentemente se retrasaba hasta las nueve".

La misa, la comunión, la explicación del evangelio (que fue sustituida tras algunos domingos por la narración de pasajes de Historia Sagrada). "Después de la plática, venían las clases, que duraban hasta el mediodía".

A la una de la tarde (Don Bosco por tanto se permitía una horita al máximo para comer y dar un respiro) empezaba el recreo con bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y con los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. Seguía el Rosario. hasta que los muchachos llegaron a ser capaces de cantar las Vísperas. A continuación una breve instrucción, canto de las Letanías y la bendición con el Santísimo Sacramento.

"Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre". Uno seguía la clase de catecismo, otro la de canto o lectura. La mayor parte de los chicos se entregaba a saltar, correr y divertirse hasta la noche.

"Yo me servía de aquellos recreos tan movidos para acercarme a los muchachos. Con una palabrita al oído, recomendaba a uno más obediencia; a otro, mayor puntualidad al catecismo; sugería a un tercero, que se fuera a confesar..."

## **Hacia de sacerdote**

Don Bosco jugaba, hasta hacía de saltimbanqui (lo dice expresamente), pero sobre todo hacía de sacerdote. Sabía ser simpáticamente enérgico, cuando era necesario. Cuenta, para demostrarlo, “un caso entre muchos”.

Un muchacho, invitado varias veces para cumplir con Pascua, siempre prometía pero no cumplía. Una tarde, mientras jugaba con frenesí, Don Bosco le detuvo y le rogó que le acompañara a la sacristía para hacer un encargo.

“Quiso ir tal como estaba, en mangas de camisa. “No, le dije, ponte la chaqueta y ven”. Ya en la sacristía añadí:

— Arrodíllate en este reclinatorio.

— Entonces, ¿qué quiere?

— Pues confesarte.

— No estoy preparado.

— Eso ya lo sé. Prepárate y luego te confesaré.

— Ha hecho bien en pillarme así, de otro modo no me hubiera decidido nunca.

Mientras yo recé una parte del breviario, él se preparó algo. Después se confesó de buena gana y dio gracias con devoción. A partir de aquel momento fue constante en el cumplimiento de sus deberes religiosos”.

## **La despedida en la glorieta del Rondó**

Al caer de la tarde, iban todos a la capilla para las oraciones de la tarde, que terminaban con una canción. Y luego, frente al cobertizo, la alegre y conmovedora escena de la partida.

“Al salir de la iglesia —escribe Don Bosco— daban mil veces las buenas noches sin acertar a separarse. Y les decía: “Id a casa, que se hace de noche y os aguardan los padres”. Era inútil. Había que dejarles seguir reunidos, mientras seis de los más robustos formaban con sus brazos una especie de silla, sobre la cual, como sobre un trono, me tenía yo que sentar por fuerza. Se ordenaban en varias filas, y con Don Bosco sobre aquel palco de brazos, caminaban cantando, riendo y aplaudiendo hasta la glorieta, llamada el *Rondó* (cruce de la avenida Regina, llamada entonces de san Máximo, con otras calles). Allí se cantaban todavía algunas canciones. Se hacía después un gran silencio, y yo entonces podía decir a todos “¡buenas noches!” Todos respondían a pleno pulmón: ¡buenas noches! En aquel momento se me bajaba del

trono. Ibanse todos a sus propias casas y solamente algunos de los mayores me acompañaban a la mía, medio muerto de cansancio”.

Muchos de aquellos muchachos le habían murmurado al oído: “Don Bosco, no me deje solo durante la semana. Venga a verme”. Y desde el lunes, asistían los albañiles de las obras de Turín a un espectáculo extraño: veían a un sacerdote arremangarse la sotana y subir por los andamios, entre cubos de cal y pilas de ladrillos. Terminado su ministerio en el Hospitalillo, en las cárceles, en las escuelas de la ciudad, Don Bosco subía hasta allí para ver a sus amigos.

Para ellos era una fiesta. La “familia” a donde volvían por la noche, en muchos casos no era la de su padre y su madre, que estaban en el pueblo, sino la de un tío, un pariente o un paisano. A veces era la misma del amo, que les había tomado en casa de acuerdo con los padres. Resultaba un hogar poco caliente para aquellos chicos. Por eso era una fiesta encontrarse con un amigo “de verdad”, que tanto les quería y ayudaba.

Precisamente porque les quería, Don Bosco charlaba también un poco con el amo. Le gustaba saber cuánto les pagaba, qué tiempo de descanso les daba, si les dejaba santificar las fiestas. Será él, uno de los primeros en exigir el contrato de trabajo para los jóvenes aprendices y en vigilar para que los patronos lo cumplan.

Encontraba a sus amigos y buscaba más. “Visitaba los talleres —dirá don Rúa en su testimonio— en donde había numerosos aprendices, e invitaba a todos a su oratorio. Se dirigía especialmente a los jóvenes forasteros”.

## **Don Bosco escupe sangre**

Pero Don Bosco no era más que un hombre, y las fuerzas de un hombre tienen un límite. Después de los *stress* de la primavera, al llegar los primeros calores, su salud empezó a resentirse rápidamente.

La marquesa de Barolo, que le apreciaba mucho, le llamó a primeros de mayo. Estaba presente el teólogo Borel. Le puso delante la enorme cantidad de cincuenta mil liras (ocho años de sueldo), y le dijo imperiosamente:

— Tome ahora este dinero y váyase. A donde quiera: haga descanso absoluto. Don Bosco respondió:

— Muchas gracias. Usted es muy caritativa. Pero yo no me he hecho cura para atender a mi salud.

— Pero tampoco para suicidarse. He sabido que tiene esputos de sangre. Sus pulmones se deshacen. ¿Cuánto tiempo cree que puede seguir así? Déjese de ir a las cárceles, al Cottolengo. Y sobre todo deje, por una buena temporada, a sus muchachos. Ya se ocupará de ellos el teólogo Borel.

Don Bosco vio en esta invitación la enésima tentativa para alejarle de sus muchachos. Reaccionó bruscamente:

— Esto no lo aceptaré nunca.

La marquesa perdió la paciencia.

— Si no quiere ceder por las buenas, lo hará por las malas. Usted necesita de mi sueldo para poder tirar adelante. Pues bien, ¿sabe lo que le digo? O deja usted su oratorio y va a descansar o le despido.

— Muy bien. Usted puede hallar muchos sacerdotes para ponerlos en mi lugar. Pero mis muchachos no tienen ninguno. No puedo abandonarles.

Don Bosco dice palabras heroicas, pero se equivoca. La marquesa parece torturarlo, pero lleva razón. Los próximos meses lo van a demostrar. Don Bosco es un sacerdote santo, pero joven (31 años) y obstinado: no ha alcanzado todavía el sentido del límite. La marquesa, de 61 años, muestra ser más prudente que él. Y es una santa mujer, si después de aquel arrebató (como atestigua don Giacomelli) “se arrodilló a los pies de Don Bosco pidiéndole su bendición”.

En carta que, poco después, consigna a don Borel (con la evidente intención de hacerla llegar a manos de Don Bosco), resume así la marquesa su posición:

“1. Apruebo y alabo la obra de la instrucción de los muchachos (aunque no me parece oportuna junto a mis obras para muchachas en peligro).

2. Y como creo, en conciencia, que el pecho de Don Bosco necesita de reposo absoluto, no le pasaré el pequeño sueldo, si no es a condición de que se aleje de Turín el tiempo necesario para recuperar su salud. Esto me urge mucho porque le estimo mucho”.

Si Don Bosco lo rechaza, dentro de tres meses encontrará un sustituto para capellán del Hospitalillo. Mientras tanto, por otro camino, le hace llegar la limosna de 800 liras.

Pero Don Bosco escupía sangre de verdad. Seguramente tenía una infiltración tuberculosa en los pulmones. Y sin embargo, hacía planes para el porvenir. El 5 de junio de 1846 alquiló tres habitaciones del piso superior, en la casa Pinardi, por quince liras mensuales.

También el marqués de Cavour se dejaba volver a oír por aquellos días. Cada domingo enviaba media docena de guardias para vigilar a

Don Bosco. En el 1877, dirá Don Bosco a don Barberis "Cómo siento no haber tenido una máquina fotográfica. Sería la mar de bonito poder volver a ver aquellos centenares de jóvenes pendientes de mis labios, y seis guardias municipales de uniforme, a pie firme y de dos en dos, colocados en tres puntos distintos de la iglesia, con los brazos cruzados, oyendo también ellos el sermón. ¡Me venían de perlas para vigilar a los muchachos, aunque lo cierto es que estaban allí para vigilarme a mí! Alguno se enjugaba a hurtadillas las lágrimas con el revés de la mano. Sería bonito haberles podido retratar de rodillas entre los jóvenes, en torno a mi confesionario, esperando su turno. Porque yo hacía los sermones más para ellos que para los muchachos: hablaba del pecado, de la muerte, del juicio, del infierno...".

### **"No le dejes morir, Señor"**

Primer domingo de julio de 1846. Un día agobiador en el Oratorio, con un calor abrasador. Al volver a su cuarto, en el Refugio, Don Bosco se desmaya. Le ponen en cama. "Tos, inflamación peligrosa, pérdidas continuas de sangre". Palabras que probablemente equivalen a "pleuritis con alta fiebre, hemoptisis". Un complejo de enfermedades gravísimas para aquellos tiempos, y para aquel enfermo, que ha sufrido vómitos de sangre.

"En pocos días se creyó que estaba en los últimos momentos". Recibió el Viático y los Santos Oleos. Por los andamios de los pequeños albañiles, por los talleres de los aprendices mecánicos, se esparció rápidamente la noticia: "Don Bosco se muere".

Por las tardes, llegan a la habitación del Refugio, en donde Don Bosco agoniza, grupos de pobres muchachos asustados. Llevan todavía la ropa manchada del trabajo, y la cara cubierta de cal. No han cenado para ir corriendo a Valdocco. Lloran, rezan:

— ¡No lo dejes morir, Señor!

El médico prohibió toda suerte de visitas, y el enfermo (puesto por la marquesa junto al lecho de Don Bosco) no permite la entrada de nadie en la habitación del enfermo. Los muchachos desesperan:

— ¡Sólo verle!

— ¡No le dejaré hablar!

— Tengo que decirle una palabra: sólo una palabra.

— Si Don Bosco supiera que estoy aquí, seguro que me dejaba entrar.

Ocho días anduvo Don Bosco entre la vida y la muerte. Hubo muchachos que durante aquellos ocho días, trabajando bajo un sol ardiente, no bebieron ni un sorbo de agua, para arrancar del Cielo su curación. Se alternaron los pequeños albañiles para pasar día y noche en oración ante la imagen de la Consolata. Siempre había uno de rodillas ante la Virgen. A veces se les cerraban los ojos de sueño (iban después de 12 horas de tabajo), pero resistían porque Don Bosco *no tenía que morir*.

Algunos, con la inconsciente generosidad juvenil, hicieron voto de rezar el rosario por toda la vida, otros prometieron ayunar a pan y agua durante un año.

El sábado, Don Bosco sufrió la crisis más grave. Ya no tenía fuerzas, y el menor esfuerzo le provocaba vómitos de sangre. Por la noche, muchos temieron su fin. Pero no llegó.

Llegó en cambio la recuperación, la "gracia", arrancada a la Virgen por los muchachos que no podían quedarse sin padre.

Un domingo a fines de julio, por la tarde, apoyándose en un bastoncito, se encaminó Don Bosco hacia el oratorio. Los muchachos salieron volando a su encuentro. Los mayores le obligaron a sentarse en un sillón, le levantaron a hombros, y le llevaron triunfalmente hasta el patio. Cantaban y lloraban los pequeños amigos de Don Bosco y él también lloraba.

Entraron en la capilla y dieron juntos gracias al Señor. En medio de un tenso silencio, Don Bosco se atrevió a decir unas palabras:

— Os debo la vida. Estad seguros: de hoy en adelante, toda ella será para vosotros.

Son, para mí, las palabras más grandes que Don Bosco pronunció en toda su vida. Son como un "voto solemne" con el que se consagró para siempre a los jóvenes y *sólo* para ellos. Las otras palabras grandísimas (como continuación de éstas) las dirá en el lecho de muerte: "Decid a mis muchachos que les espero a todos en el Paraíso".

Las pocas fuerzas de que podía disponer aquel día, las empleó Don Bosco para hablar uno a uno con los jóvenes que "habían hecho promesas sin la debida reflexión, para cambiárselas por algo posible". Era un gesto delicadísimo.

Los médicos prescribieron una larga convalecencia en absoluto reposo, por lo que Don Bosco fue a l Becchi, a casa de su hermano y de su madre. Pero prometió a los muchachos:

— Para la caída de las hojas, volveré a estar de nuevo con vosotros.

## **"¡La bolsa o la vida!"**

Hizo el viaje en asno. Y "rendido de tanto burro", hizo un descanso en Castelnuovo y llegó al atardecer a I Becchi.

En la era, esperándole para darle la "bienvenida" estaban llenos de alborozada alegría sus sobrinitos. Antonio, que había levantado una casa, frente a la que habitaron siendo niños, tenía cinco hijos: Francisco de 14 años, Margarita de 12, Teresa con 9, Juan con 6 y Francisca una criatura de apenas tres años, llena de vida. También José había construido su casa frente a la casa paterna, y vivía en ella con su madre Margarita y cuatro hijos: Filomena que ya tenía 11 años, Rosa Dominica con 8, Francisco con 5 y Luis que dormía en la cuna.

Don Bosco se hospeda en casa de José. El aire de sus colinas, el cariño silencioso de la mamá, los paseos cada vez más largos que se da por la tarde, entre las parras en las que empiezan a teñirse de rojo los racimos, le dan vida y fuerzas.

Escribe a menudo a don Borel, pidiéndole noticias de sus chicos. Da gracias a "don Pacchiotti, don Bosio, al teólogo Vola, don Trivero", que van a echar una mano.

Durante el mes de agosto, llega, en uno de sus paseos, hasta Caprioglio. Está ya de vuelta, a través de un bosquecillo, cuando una voz seca le intima:

— ¡La bolsa o la vida!

Don Bosco se espanta. Y responde:

— Soy Don Bosco. No tengo dinero. Mira al bandolero escondido entre las malezas, blandiendo un cuchillo, y con voz amable sigue:

— Cortese, ¿pero eres tú quien quiere arrancarme la vida?

Bajo las barbas que cubren aquel rostro ha descubierto a un mozalibete que se había hecho amigo suyo en la cárcel de Turín. También el joven le reconoce y está a punto de desplomarse.

— Don Bosco, perdóneme. Soy un desgraciado. Le cuenta, a saltos, la amarga y acostumbrada historia. Al salir de la cárcel, no le admitieron en casa. "Hasta mi madre me volvió la espalda. Me dijo que era la deshonra de la familia. ¿Trabajo? Ni hablar. Apenas saben que uno ha estado en la cárcel, todos te dan con la puerta en las narices"

Antes de volver a I Becchi, Don Bosco le confiesa, y le dice: "Ahora ven conmigo". Y le presenta a sus familiares:

— Me he encontrado con este buen amigo. Esta noche cenará con nosotros.

Por la mañana, después de misa, le da una carta de recomendación para un párroco y algunos patronos formales de Turín y le despide con un abrazo.



Octubre. Durante las largas y solitarias caminatas, Don Bosco se ha trazado el proyecto de su inmediato futuro. En llegando a Turín, irá a vivir en las habitaciones alquiladas a Pinardi. Allí, poquito a poco, podrá acoger a los muchachos que no tienen familia.

Pero aquel lugar no es, ciertamente, el más aconsejable para vivir un cura solo. Está cerca la “casa equívoca”, es decir la Casa Bellezza, con la taberna “La Jardinera”, donde los borrachos cantan hasta muy entrada la noche. Debería vivir con alguien que le librase de sospechas y habladurías que luego corren como el viento.

Ha pensado en su madre. Pero ¿cómo decírselo? Margarita tiene 58 años y vive en I Becchi como una reina. ¿Cómo arrancarle de su casa, de sus nietecitos, de los tranquilos quehaceres de cada día? Tal vez Don Bosco se anima a la vista de la triste estación que se está dibujando para el campo. Las cosechas de 1846 han sido malas, y se prevén aún peores para 1847.

— Madre, —le dice una tarde, sacando fuerzas de flaqueza—, ¿por qué no viene a pasar unos días conmigo? He alquilado tres habitaciones en Valdocco y pronto podré hospedar muchachos abandonados. Me dijo un día que, si llegaba a ser rico, no pondría los pies en mi casa. Pues bien, soy pobre y estoy cargado de deudas; y es peligroso para un sacerdote vivir solo en aquel barrio.

Aquella mujer anciana quedó pensativa. Es una proposición que no la esperaba. Don Bosco insiste dulcemente:

- ¿No vendría para hacer de madre a mis muchachos?
- Si tú crees que sea ésta la voluntad del Señor, —dice— voy.

### **“¡Forasteros y sin lira!”**

3 de noviembre, martes. Caían las hojas con el viento de otoño. Y Don Bosco salió camino de Turín. Llevaba bajo el brazo un misal y el breviario. Junto a él iba mamá Margarita, con una cesta al brazo, en la que llevaba algo de ropa y alimento.

Don Bosco había comunicado, por carta, sus planes a don Borel y “el padre chiquito” con toda su simpatía había trasladado los pocos muebles de Don Bosco, desde la habitación del Refugio a las habitaciones de casa Pinardi.

Los dos peregrinos hicieron el largo camino a pie. Al llegar al *Rondó*, un sacerdote amigo de Don Bosco, les reconoció y acudió a saludarles. Iban cubiertos de polvo y cansados.

- Bienvenido, querido Don Bosco. ¿Cómo va esa salud?

- Estoy muy bien, gracias. Traigo conmigo a mi madre.
- ¿Y cómo es eso que habéis venido a pie?
- Porque nos falta de esto, y sonriendo hizo pasar rápidamente el pulgar sobre el índice.
- ¿Y dónde vais a vivir?
- Aquí, en casa Pinardi.
- Pero ¿cómo haréis para vivir sin recursos?
- No lo sé. La Providencia pensará en ello.
- Siempre el mismo —murmuró el bravo sacerdote moviendo la cabeza—. Sacó el reloj del bolsillo (era entonces un objeto precioso y raro) y se lo puso en las manos.
- Me gustaría ser rico para ayudarte. Pero hago lo que puedo.

Margarita penetró la primera en su nueva casa: tres habitaciones desnudas y escuálidas, con dos camas, dos sillas, y alguna cacerola. Sonrió y le dijo a su hijo:

- En I Becchi, tenía que espabilarme cada día para ponerlo todo en orden, para limpiar los muebles, fregar los pucheros. Aquí podré estar más descansada.

Tomaron alientos y, tranquilos, se pusieron a trabajar. Mientras Margarita preparaba la cena, Don Bosco colgó de la pared un Crucifijo y un cuadro de la Virgen, luego hizo las camas. Y juntos, madre e hijo, se pusieron a cantar. Decía la canción:

*¡Ay del mundo —si nos mira  
forasteros— y sin lira!*

Un muchacho, Esteban Castagno, les oyó y corrió la noticia de boca en boca a todos los jóvenes de Valdocco.

- ¡Ha vuelto Don Bosco!

## **Un polvorín a punto de estallar**

Al domingo siguiente, 8 de noviembre, hubo gran fiesta. Don Bosco tuvo que sentarse en un sillón en medio del prado, con los jóvenes en corro, y escuchar sus cantos y buenos augurios.

Muchos de ellos habían ido a visitarle en I Becchi, y le habían forzado a anticipar la vuelta, poniéndole en la graciosa alternativa de: "O viene usted a Valdocco, o trasplantamos el Oratorio aquí".

Don Cafasso se había opuesto a una vuelta tan apresurada, de acuerdo con los consejos del médico. Incluso le había hecho llegar la palabra del Arzobispo. "Me consintió volver al Oratorio —escribe Don Bosco— con la obligación de no predicar durante dos años". Pero añade inmediatamente: "He desobedecido".

### **Las habitaciones iluminadas llenas de muchachos**

La primera preocupación de Don Bosco fue la de reemprender y prolongar las escuelas nocturnas: "Alquilé otra habitación. Dábamos las clases en la cocina, en mi habitación, en la sacristía, en el coro, en la iglesia. Había entre los alumnos verdaderos pilluelos que lo echaban todo a perder o lo dejaban todo patas arriba. Algunos meses más tarde, pude alquilar dos habitaciones más".

Testigos de la época recuerdan: "Era un espectáculo ver por las noches las habitaciones iluminadas, llenas de muchachos. De pie frente a los cartelones, con un libro en la mano, sobre unos bancos escribiendo, sentados por el suelo garrapateando en un cuaderno las letras mayúsculas".

Don Cárpano, don Nasi, don Trivero, don Pacchiotti volvieron en su ayuda. La aventura de las "manías" ha desaparecido con la enfermedad y la convalecencia. Cuando Don Bosco tiene una manía, se ha visto que es capaz de escupir sangre para realizarla.

Queda un poco de pelusa entre él y la marquesa Barolo. Inevitablemente, puesto que los dos pueden decir: "¿Está claro que yo tenía razón?" Porque la marquesa ha visto cumplirse al pie de la letra sus previsiones: Don Bosco se ha hundido y ha llegado a las puertas de la muerte, ha tenido que tomarse el largo reposo como convalecencia, y el oratorio ha seguido viviendo bajo la dirección de don Borel. Pero también Don Bosco siente haber tenido razón no abandonando el oratorio a ningún precio. De todos modos, resulta imposible que en el presente estado de salud pueda Don Bosco reemprender su trabajo en el Hospitalillo. Así que el mutuo compromiso, vencido tácitamente en agosto, no se renueva. Don Bosco volverá, sólo alguna vez, a predicar a las muchachas enfermas. Y la marquesa no tiene por qué darle ningún sueldo, pero a través de don Borel y don Cafassó le hace llegar generosas limosnas "para sus golfillos", hasta el año de su muerte en 1864.

Pero todo esto es nada en comparación de los graves sucesos que ya van en alas del viento. Lo único verdaderamente importante es que Don Bosco haya, por fin, conseguido estabilidad para su oratorio y haya recuperado la salud antes del estallido del gran temporal político.

### **Mastai-Ferretti Papa, toma el nombre de "Pío IX"**

En los primeros meses de aquel mismo año 1846, escribía el célebre periodista De Boni en Turín: "Estoy aburrido de pasear por esta ciudad cuadrículada, donde todos hablan bajo y caminan poco a poco. Desprecio los hielos polares que aquí se acumulan a montones, estas calles tan rectas como oblicuos son sus hombres, este prudente liberalismo que oye los sermones, el domingo, y reza los viernes el rosario del progreso católico del conde Balbo, que Dios bendiga".

Las dotes proféticas de De Boni no son muchas. Turín es un polvorín a punto de estallar. El conde Balbo representa un liberalismo moderado que, a la distancia de meses y no de años, va a explotar como un terremoto por toda Italia.

En junio de aquel año es elegido papa el cardenal Mastai-Ferretti, obispo "sin prejuicios" de Imola. Toma el nombre de "Pío IX". Es un hombre sencillo y piadosísimo. No es ningún político, ni favorable a las ideas de los liberales. Tiene un profundo sentido de humanidad: por eso lleva a la práctica rápidamente algunas reformas, esperadas hace años en el Estado Pontificio, que son tomadas por "reformas liberales", con todos los equívocos subsiguientes.

A los pocos días de su elección (17 de julio), pese al parecer opuesto de muchos cardenales, concede una amplia amnistía política. Muchos detenidos, sin más culpa que la de haber participado en "movimientos liberales", son puestos en libertad.

Para "comprender" a los detenidos, va a menudo, de incógnito, a la prisión de *Castel Sant'Angelo*, habla con ellos, sembrando el pánico entre los dirigentes de la cárcel. Para "oír" los lamentos de la gente, visita igualmente los hospitales.

Durante los meses siguientes pone freno a los abusos de la política y manifiesta su firme voluntad de que la invasora diplomacia austriaca respete principalmente la independencia de la Santa Sede.

En la primavera de 1847 concede cierta libertad de prensa, instituye un Consejo de Estado en el que participan seglares, elegidos por la base (algo que hace pensar vagamente en un Parlamento). Autoriza la formación de una Guardia Cívica (milicia popular).

En la atmósfera de fervorosa espera del "Primado" de Gioberti, les parece a los liberales que Pío IX es el Pontífice "neogüelfo" tan deseado. Se exalta al Papa Mastai como al futuro realizador de la unidad y la independencia italiana en una atmósfera liberal. Se elevan llamas de entusiasmo. Doquiera vaya, Pío IX no puede liberarse de desfiles, homenajes, cortejos de antorchar.

Y no son sólo los liberales los que "entienden de este modo" a Pío IX. Hay personas socializantes y exponentes de la "izquierda democrática", que aplauden el milagro. Hasta Metternich, el poderoso Canciller austriaco, guardián del absolutismo y del conservadurismo, exclama desolado: "Todo lo hubiera esperado, menos un papa liberal".

Pío IX no es un papa liberal, y sin embargo, se verá forzado, durante dos años, por los sucesos y las circunstancias, a jugar un papel que se presta al equívoco.

Durante el verano de 1847, para precaverse contra el "papa liberal", Metternich hace ocupar, por una guarnición austriaca, la ciudad pontificia de Ferrara. Los liberales interpretan esta jugada como la definitiva ruptura entre la Santa Sede y Austria, la chispa de la inminente guerra de independencia. Carlos Alberto ofrece su ejército al Papa; Garibaldi, desde América, pone a disposición de Pío IX su legión de voluntarios; Mazzini, desde Londres, le escribe una carta con palabras inflamadas.

Pío IX se convierte en bandera de la libertad nacional. Nunca pensó en provocar una guerra, pero le arrollan los acontecimientos. La guerra de independencia, justificada con el nombre, está en el aire.

## **Choque de Don Bosco con los "curas patriotas"**

Después de Roma, Turín es otro centro de manifestaciones en favor de Pío IX y de sus gestos "liberales".

El arzobispo Fransoni, que es un rígido conservador, está perplejo ante el desarrollo de la situación. Tiene serias dudas sobre la "instrumentalización" del nuevo Papa, por parte de los liberales. Por el contrario, otros obispos piemonteses (los de Fossano, Pinerolo, Biella), se alistan con decisión y entusiasmo en el "nuevo curso liberal de la iglesia". En el año 1848 casi todos los obispos piemonteses y sardos escribirán cartas pastorales de sentido patriótico.

"También Don Bosco —escribe Pedro Stella—, en derredor de 1848 debe haber tomado parte en las comunes esperanzas de Italia, según la forma neogüelfa, que aparecía respetuosa con el Papa y las antiguas dinastías gobernantes". En la segunda edición de su *Historia Eclesiástica*, aparecida a primeros de 1848, llama al teórico del liberalismo neogüelfo "el gran Gioberti".

"Pero no debió durar largo tiempo su sentimiento", al desaparecer tal apreciación en la edición siguiente. "Pronto debió llegar el choque con los curas patriotas, e irremediabilmente se abrió un vacío entre él, don Cocchi, don Trivero y don Ponte".

Este choque probablemente tuvo lugar cuando empezó a verse que muchos liberales no querían más que "servirse" del Papa para sus fines políticos, y especialmente después de la alocución del 29 de abril de 1848, con la cual Pío IX aclaró definitivamente el equívoco.

## **Pedreas rabiosas**

Mientras tanto, junto a la "historia grande", se va desarrollando la historia humilde de cada día en la hoya de Valdocco: el oscuro trabajo en favor de los muchachos, la lucha silenciosa con las deudas.

Don Bosco, que ha llegado en diciembre de 1846 a subarrendar a Pancrazio Soave todas las estancias de la casa Pinardi y el terreno circundante (por 710 liras al año), hace reparar la tapia que rodea el prado de los juegos y pone en los dos extremos un portón y una verja. De este modo la "chusma desvergonzada" que los domingos invade la taberna de La Jardinera y otras casas del entorno, no podrá meterse en el patio e importunar a los muchachos.

Una parte del prado (donde hoy existe una pequeña tienda de objetos religiosos), la transforma Don Bosco en huerto. Los muchachos lo lla-

man "el huerto de Mamá Margarita". Entre los gastos para alquileres y para ayuda de los jóvenes, resulta que siempre escasean los dineros para la cesta de la cocina. Y aquella pobre mujer del campo busca el ahorro cultivando lechugas y patatas.

Por los prados colindantes, los domingos se reúnen partidas de jovencuelos. Juegan dineros, beben vino que compran por garrafas en La Jardinera, blasfeman; insultan a los muchachos que entran en el oratorio. Don Bosco se les va acercando con paciencia. Se sienta con ellos a jugar una partida a las cartas. Poco a poco se va ganando a algunos. Sin embargo, más de una vez, mientras explica el catecismo al aire libre, sus muchachos tienen que refugiarse en la capilla para salvarse de una granizada de piedras.

Sabía muy bien Don Bosco que los quinientos muchachos que él reunía en su Oratorio no representaban casi nada en comparación de los muchos que vagaban por la ciudad, sin fe y, a menudo, sin pan que llevarse a la boca.

El barrio Vanchiglia, próximo al de Valdocco, estaba infestado de verdaderas bandas de granujas, que daban mucho que hacer a los guardias, vivían rateando bolsos y paquetes de la gente a la salida del mercado, y a menudo trataban entre sí batallas de miedo a base de pedradas, que, a veces, terminaban a cuchilladas.

Al pasar por aquellos lugares, Don Bosco se mete alguna vez en medio de los combatientes, intentando separarlos "a pescozones y puñetazos". Más de un chupinazo le llegó a la cara. "No a golpes", se le dijo en el sueño, pero también los sueños admiten sus excepciones.

## **Un cura ladrón**

Una de las tácticas empleadas por Don Bosco para llevar buenos muchachos al Oratorio, es entrar en un almacén donde trabajan jóvenes, y dirigirse al patrón:

- ¿Me haría un favor?
- Con mucho gusto, si puedo.
- Sí que puede. Mándeme estos muchachos el domingo al Oratorio de Valdocco. Podrán aprender catecismo y hacerse buenos.
- Necesidad tienen de hacerse buenos. Hay alguno que es un gandal, un insolente.
- No diga eso. Tienen cara de hombres de bien, mírelos usted. Entonces, entendidos: el domingo os espero en el oratorio. Juguemos y nos divertiremos juntos.

La táctica era distinta, con otro tipo de jóvenes. Mientras don Borel cuidaba del oratorio, él rodaba por las plazas y calles colindantes. Grupos de jóvenes jugaban a la baraja en la misma acera. Rodaban las cartas y el dinero (a veces quince, veinte liras) estaba recogido en el centro, sobre un pañuelo.

Don Boso estudiaba bien la situación, agarraba luego con un movimiento rápido el pañuelo y, pies para que os quiero. Los jóvenes, sorprendidos, se ponían en pie y corrían tras él gritando:

— ¡El dinero! ¡Devuélvanos el dinero!

De todo habían visto aquellos muchachos, menos un cura ladrón. Don Bosco seguía corriendo hacia el Oratorio, y, mientras tanto, gritaba:

— Os lo doy, si me pilláis. ¡Ea, corred!

Cruzaba el portón del Oratorio, la puerta de la capilla, y los jóvenes detrás. A aquellas horas estaba don Cárpano o don Borel en el púlpito, predicando a una multitud de muchachos apretujados. Y empezaba la escena.

Don Boso se fingía un vendedor ambulante, levantaba en alto el pañuelo, que todavía llevaba en la mano, y gritaba:

— ¡Turrone, turrone! ¿Quién compra turrone?

El predicador fingía perder los estribos:

— ¡Fuera de aquí, bibrón! ¡No estamos en la plaza!

— Es que yo vendo turrone, y aquí hay muchos chiquillos. ¿Quién quiere turrón?

El diálogo era en directo, los muchachos reían a más no poder. Los recién llegados, al oír aquel altercado quedaban cortados: ¿dónde se habían metido?

Mientras tanto, los dos "contendientes" seguían con ocurrencias alegres, chistes agudos, y llevaban la discusión al tema del juego con dinero, la blasfemia, la satisfacción de vivir en amistad con el Señor. Los llegados detrás de Don Bosco terminaban también por reír e interesarse por la charla.

Al final se entonaban las Letanías. Aquellos, arrimándose a Don Bosco:

— Entonces, ¿nos devuelve el dinero?

— Un momento. Después de la Bendición.

Cuando salían al patio, les devolvía el dinero, añadía la merienda, y hacía que le prometieran volver en adelante "para jugar allí". Y muchos lo cumplían.



## **Canciones y gritos de los borrachos**

Esteban Castagno, un muchacho de aquellos tiempos, atestiguaba:

“Don Bosco era siempre el primero en los juegos, era el alma de los recreos. No sé como hacía, pero él andaba por todos los rincones del patio, en medio de los grupos de jóvenes. Nos seguía a todos personalmente y con la vista. Nosotros andábamos desgrefados, manchados, éramos importunos, caprichosos. Y a él le gustaba estarse con los más míseros. Con los pequeños tenía un cariño de mamá. Armaban altercados, reñían entre sí. El les separaba. Alzaba la mano como quien va a pegar, pero jamás nos tocaba, nos separaba a la fuerza agarrándonos por un brazo”.

José Buzzetti recordaba: “Conocí centenares de muchachos que venían al Oratorio sin instrucción alguna y sin sentimientos religiosos, y que cambiaron de conducta en poco tiempo. Se aficionaban de tal modo a nuestro Oratorio, que ya nunca se iban de él, y se acercaban a confesarse y comulgar todos los domingos”.

Lo que fastidiaba, sobre todo en verano, era “La Jardinera”, es decir la taberna frecuentadísima de casa Bellezza. Desde la capillita, cuando había que tener puertas y ventanas abiertas, se oían las canciones y los gritos de los borrachos. A veces, las pendencias furibundas cubrían la voz del predicador. En alguna ocasión le tocó a Don Bosco tener que bajar del púlpito. Y, dejando el roquete y la estola, entrar en la taberna amenazando con llamar a la policía.

Cada vez era más acuciante el problema de colaboradores. Don Borel, don Cárpano y los otros sacerdotes, tenían algunos domingos otras obligaciones. ¿Dónde hallar personas para asistir, para dar catecismo, para la escuela nocturna?

Se acordó Don Bosco de que, en el sueño, “algunos corderillos se convertían en pastores”. Empezó a buscar colaboradores entre sus mismos muchachos. Se los fabricó. Eligió, de entre los mayores, a los mejores jóvenes, y les empezó a dar clase aparte. “Aquellos maestrillos —escribe Lemoyne—, ocho o diez al empezar, fueron un óptimo ensayo, y no sólo eso, sino que algunos llegaron a ser, después, excelentes sacerdotes.

Acudieron a echarle una mano algunos valiosos seglares de la ciudad: un platero, dos quincalleros, un droguero, un agente de negocios, un carpintero.

## **“Soy huérfano; vengo del valle de Sesia”**

Don Bosco recuerda un episodio dramático del invierno 1846-47.

Un muchacho de 14 años, se sintió amenazado por su padre (casi siempre borracho al llegar la noche), si volvía a ir con Don Bosco. El muchacho no aparentó nada y siguió yendo. Aquel hombre, un revendedor, se enfureció. Le amenazó con romperle la crisma si no obedecía.

Un domingo, ya algo tarde, volvió el muchacho del Oratorio, y se encontró a su padre borracho como una cuba, esperándole con una hacha en la mano. La levantó sobre él gritando:

— ¡Has ido con Don Bosco!

El muchacho espantado, escapó corriendo. El hombre se echó detrás de él, gritando:

— ¡Si te alcanzo, te mato!

### **El árbol y la niebla**

También la madre, que había presenciado la escena, corría tras el marido para desarmarlo. El muchacho, a la velocidad de sus 14 años, llegó al Oratorio con bastante ventaja sobre su padre, pero se encontró con el portón cerrado. Golpeó con desesperación, y luego, agotado, viendo que nadie acudía a abrirle, trepó a una gran morera vecina. No tenía hojas para tapanlo, pero la noche le cubría con su niebla.

Jadeando llegó el borracho enarbolando su hacha. Golpeó con fuerza el portón. Margarita que, por casualidad, había visto desde la ventana, cómo subía el muchacho a la morera, fue corriendo a abrir después de llamar a Don Bosco. Apenas abierto el portón, el hombre aquel siguió derecho hacia la escalera y subió gritando amenazador, hasta la habitación de Don Bosco:

—¿Dónde está mi hijo? Don Bosco le hizo frente con resolución:

— Aquí no está su hijo.  
— Sí que está. Abrió de par en par puertas y armarios. Lo encontraré y lo mataré.

— Señor —intervino Don Bosco con energía—, ya le he dicho que aquí no está. Pero aunque estuviese, ésta es mi casa, y no tiene usted ningún derecho a entrar en ella. O sale usted fuera, o llamo a la policía.

— No se preocupe, reverendo, ahora mismo voy yo a la policía y tendrá que entregarme a mi hijo.

— Muy bien, vayamos juntos. Tengo precisamente alguna cosita que decir a esos señores sobre su comportamiento, y ésta es una buena ocasión.

Aquel hombre, que tenía alguna aventura que esconder, se batió en retirada barbotando amenazas. Don Bosco, con su madre, fue entonces hacia la morera, y en voz baja llamó al muchacho. No respondió. Dijo entonces más fuerte:

— Baja, amigo. No hay nadie. Nada. Temieron una desgracia. Don Bosco subió con una escalera, le vio con los ojos cerrados, le sacudió. Como despertando de un mal sueño, el muchacho se puso a gritar y a moverse con furia. Poco faltó para que rodaran los dos abajo. Tuvo Don Bosco que agarrarlo bien, mientras le decía:

— No está ya tu padre. Soy yo, Don Bosco. No tengas miedo.

Se fue calmando poquito a poco y rompió a llorar. Don Bosco logró hacerle bajar y entrar en la cocina. Mamá Margarita le preparó un caldo, y Don Bosco extendió un jergón para que durmiera junto al fuego. Al día siguiente, para liberarlo de la furia del padre, le envió a casa de un buen amo en un caserío próximo. No pudo volver a su casa hasta el cabo de algún tiempo.

Seguramente que aquel episodio econó una herida que Don Bosco llevaba en el corazón. Había algunos de sus muchachos que, al llegar la noche, no sabían donde ir a dormir. Dormían bajo un puente, o en los tristes dormitorios públicos. Hacía tiempo que pensaba recoger en su casa a los más abandonados.

Realizó la primera prueba una noche de abril de 1847. La casa Pinardi tenía, a la derecha de quien la contempla de frente, un pequeño pajar, (hay ahora un pasaje para pasar al gran patio posterior). Allí puso Don Bosco a dormir a media docena de mozuelos. Fue un fracaso. A la mañana siguiente, los huéspedes habían desaparecido, llevándose las mantas que les prestó mamá Margarita.

Don Bosco repitió el ensayo pocos días después y la cosa fue peor; se llevaron hasta el heno y la paja.

Pero no perdió la serenidad.

## **Un muchacho calado y aterido**

Una noche del mes de mayo. Lluve a cántaros. Don Bosco y su madre han acabado de cenar y oyen llamar al portón. (Seguimos el hilo de la narración en las páginas escritas por Don Bosco). Es un jovencito, como de unos quince años, totalmente calado y aterido.

— Soy huérfano. Vengo del valle de Sesia. Soy albañil, pero aún no he encontrado trabajo. Tengo frío y no sé donde ir...

— Pasa —le dice Don Bosco—. Acércate al fuego, que estás calado y puedes sufrir un enfriamiento.

Mamá Margarita le prepara algo para cenar y después le pregunta:

— Y ahora ¿adónde vas?

— Pues no lo sé. Tenía tres liras cuando llegué a Turín, pero las he gastado todas. —Silenciosamente se pone a llorar—. Por favor, no me echen fuera.

Margarita se acuerda de las mantas que volaron.

— Te podría tener. Pero, ¿quién me asegura que no me robarás los pucheros?

— Oh, no, señora. Soy pobre, pero nunca he robado.

Don Bosco ya ha salido al exterior, bajo la lluvia, para recoger algunos ladrillos. Los mete y hace cuatro pequeñas pilastras, sobre las cuales coloca unas tablas. Después quita de su propia cama el jergón y lo pone encima.

— Aquí vas a dormir, amigo. Hasta que te canses. Don Bosco no te echará fuera.

“Mi buena madre le invitó a rezar las oraciones.

— No las sé, repuso.

— Las rezarás con nosotros —le dijo—. Y así fue. Después hízole un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, sobre la honradez y sobre la religión”.

Los Salesianos han visto afectuosamente en este sermoncito de mamá Margarita las primeras “buenas noches” (unas palabritas del cabeza de familia) con las que se acostumbra a cerrar la jornada en las casas salesianas, y que Don Bosco llamaba “llave de la moralidad, de la buena marcha y del éxito”.

Mamá Margarita no debió quedar muy persuadida de la eficacia de sus palabras, ya que, como Don Bosco añade a continuación: “Para que todo quedase asegurado, cerró con llave la cocina y no volvió a abrirla hasta la mañana”.

Era el primer huérfano que entraba en casa de Don Bosco. A fines de año serán siete. Y se convertirán en millares.

El segundo fue un chico de unos doce años. “Don Bosco se lo encontró por la calle de San Máximo (hoy avenida Regina Margherita). Lloraba con la cabeza apoyada en un olmo. No tenía padre. Su madre acababa de morir el día anterior. El amo de la casa le había puesto de patitas en la calle y se había quedado con muebles y enseres para cobrarse los alquileres. Don Bosco le llevó a mamá Margarita y le colocó como dependiente en una tienda. Llegó a labrarse una buena posición y siguió siendo siempre su amigo y bienhechor.

El tercero fue José Buzzetti, el pequeño albañil de Caronno Ghingello. El mismo don Bosco le invitó. Un domingo por la tarde, mientras saludaba a los demás, le retuvo de la mano.

— ¿Vendrías a vivir conmigo?

— Encantado.

-- Entonces hablaré con Carlos. El hermano mayor, que frecuentaba el Oratorio, hacía seis años, estuvo de acuerdo. José, con sus 15 años, siguió trabajando de albañil en la ciudad, pero la casa de mamá Margarita se convirtió en la suya.

## **El barberillo temblaba como una hoja**

Llega después Carlos Gastini. Era un día del 1843: Don Bosco había entrado en una barbería. Se le acercó el pequeño aprendiz para enjabonarlo.

— ¿Cómo te llamas y cuántos años tienes?

— Carlitos. Tengo once años.

— Estupendo, Carlitos, a ver si me enjabonas bien. ¿Y cómo está tu padre?

— Ha muerto. No tengo más que madre.

— Pobrecito, sí que lo siento. —El chiquillo había terminado ya de enjabonarle—. Y ahora, ánimo; como un valiente, toma la navaja y a afeitarme.

Acudió corriendo el barbero:

— ¡No, por favor, Reverendo! El chiquillo no sabe aún. Solamente enjabona.

— Pero un día u otro tiene que empezar a afeitar, ¿no es así? Entonces, lo mismo da que empiece conmigo. animo, Carlitos.

Carlitos afeitó aquella barba temblando como una hoja. Cuando empezó a girar sobre el mentón, sudaba. Alguna rascadura, algún corte, pero llegó hasta el fin.

— ¡Bravo, Carlitos! —sonrió Don Bosco—. Y ahora que somos amigos, quiero que vengas a verme alguna vez.

Gastini empezó a frecuentar el oratorio, y se hizo amiguísimo de Don Bosco.

Por el verano de aquel mismo año, Don Bosco le encontró un día llorando junto a la barbería.

— ¿Qué te ha pasado?

— Ha muerto mi madre, y el amo me ha despedido. Mi hermano mayor es soldado. No sé a donde ir.

— Ven conmigo. mientras bajaban a Valdocco, Carlos Gastini oyó aquella misma frase que tantos otros muchachos oírían, y que él nunca olvidó: "Ya ves que yo no soy más que un pobre sacerdote. Pero cuando no tenga nada más que un pedazo de pan, lo partiré a medias contigo".

Mamá Margarita preparó otra cama. Carlitos estuvo más de cinco años en el Oratorio. Alegre, vivaz, llegó a ser el presentador obligado de todas las fiestas. Sus ocurrencias causaban risa a todos. Pero cuando hablaba de Don Bosco lloraba como un niño. Decía: "¡Me quería tanto!" Cantaba un estribillo que ya todo el mundo sabía de memoria, y que decía:

"A los setenta —he de llegar,  
pues me lo ha dicho —mi papá Juan".

Era una de tantas "profecías" que, medio en broma, medio en serio, hacía Don Bosco a sus muchachos. Carlos Gastini murió el 28 de enero de 1902. Cumplía setenta años y un día.

Don Bosco convirtió dos habitaciones próximas en dormitorio para los primeros muchachos que vivían con él. Ocho camas, un crucifijo, un cuadro de la Virgen, y un cartelito con esta inscripción: "Dios te ve".

Por la mañana, de buena hora, Don Bosco celebraba la Misa y los muchachos la oían, mientras recitaban las oraciones de la mañana y el rosario. Luego, con un panecillo en el bolsillo, salían a trabajar a la ciudad. Volvían a casa para comer y para cenar. El puchero era siempre abundante. El segundo plato variaba con las verduras del huerto de la "mamá" y según los cuartos de la cartera de Don Bosco.

Los cuartos. Durante los primeros meses se convirtieron en un problema dramático para Don Bosco. Y siguieron siéndolo hasta el fin de sus días. Su primera cooperadora no fue ninguna marquesa, sino su madre. La pobre campesina se hizo enviar de l Becchi su ajuar de boda, el anillo, los pendientes, el collar que tan celosamente había guardado hasta entonces. Desde la muerte de su marido no se los había puesto encima. Los vendió para aplacar el hambre de los primeros muchachos.

## **La mitra del Arzobispo**

Aquel primer boceto de casa salesiana fue denominado por Don Bosco "casa aneja al Oratorio de San Francisco de Sales". "Título significativo —advierte Morand Wirth—. Demuestra que en el pensamiento del fundador el Oratorio conservaba su carácter de privilegio".

Por mayo de aquel año, fundó Don Bosco la "Compañía de San Luis" para los oratorianos. El que entraba en ella, se comprometía a tres cosas: a dar buen ejemplo, a evitar las malas conversaciones y a frecuentar los santos sacramentos. La "Compañía" llegó a contar, en poco tiempo, con un grupo de jóvenes comprometidos a ayudarse unos a otros a ser mejores.

Un mes más tarde, el 21 de junio, se celebró con toda solemnidad la fiesta de San Luis, un santito que Don Bosco siempre presentará a sus jóvenes como modelo de pureza. Acudió el Arzobispo, que administró la Confirmación a los que todavía no la habían recibido.

"Fue en aquella ocasión —recuerda Don Bosco— cuando el Arzobispo, al colocarle la mitra en la cabeza, olvidando que no estaba precisamente en la catedral, levantó la cabeza y chocó con ella en el techo de la capilla. Esto excitó la hilaridad suya y la de todos los asistentes". Monseñor Fransoni murmuró: "Hay que respetar a los muchachos de Don Bosco, y predicarles con la cabeza descubierta".

Otro detalle (muy importante para él) recuerda Don Bosco: "Acabada la función, se levantó una especie de acta, en la que se anotaron los nombres de cuantos habían recibido el sacramento, de quién se lo había administrado, de los padrinos y el lugar y la fecha. Después se confeccionaron los correspondientes certificados, y agrupados por parroquias, se llevaron a la curia eclesiástica para que los remitiese a los respectivos párrocos".

Con este gesto, el Arzobispo aprobó prácticamente el Oratorio como "parroquia de los jóvenes abandonados", y confirmó su apoyo a Don Bosco ante los párrocos de la ciudad, siempre titubeantes en sus opiniones.

Para el mes de septiembre Don Bosco compró la primera estatuilla de la Virgen. Le costó 27 liras. Aún está allí, en la capillita Pinardi. El que entra la descubre en la penumbra, a la derecha. Sus muchachos la llevaban procesionalmente por los alrededores, cuando se celebraban las "grandes fiestas" de la Virgen. Los "alrededores" eran algunas casas, el bodegón de "La Jardinera" con sus ordinarios borrachos voceadores, dos canalillos para el riego de los campos y los huertos, una callejuela franqueada de moreras (calle de la Jardinera) que atravesaba diagonalmente el patio actual, colindante con la Basílica de María Auxiliadora.

## **Escarapelas tricolores en el pontifical**

Las fuerzas liberales urgen, durante aquellos meses de 1847, a Carlos Alberto para que dé paso a un programa de reformas. Pero el rey vigila a Austria y no quiere que nadie tasque el freno. Da un paso hacia adelante y otro hacia atrás, con más incertidumbre que nunca.

El maestro Novaro (que trabajaba en la calle Rosa Rossa, 10; ahora calle XX de septiembre, 68) compuso un himno. Se lo había enviado Godofredo Mameli, desde Génova. No es una obra maestra, pero aquellas pocas notas, bajo el título de "Fratelli d'Italia" se convierten en el himno del "Risorgimento italiano".

Primero de octubre. Por la tarde, en el jardín de los *Ripari*, se reúne una enorme multitud de turineses para aplaudir al papa y al rey. Al acabar, es dispersada brutalmente por la policía. Son órdenes del rey.

En el mismo mes, Carlos Alberto licencia al conde Solaro de la Margarita, ministro de Asuntos Exteriores desde hace 12 años, que encarna la política conservadora y filoaustríaca.

Las manifestaciones populares, de los días siguientes, al grito de "viva Pío IX", son dispersadas por la policía. El rey hace saber que "está pensando en las reformas, pero quiere que el pueblo permanezca quieto".

30 de octubre. Se anuncia que, a partir de aquella fecha, los municipios y las provincias tendrán sus propios consejos elegidos por el pueblo. Pero los electores no serán todos los ciudadanos, sino solamente los propietarios que paguen las tasas, los maestros y los que ocupan cargos públicos. En total, el dos por ciento de la población. Además, se hace menos severa la censura de la prensa.

1 de noviembre. Carlos Alberto parte para Génova. Le acompañan hasta la carretera para Moncalieri 50.000 personas que cantan y agitan banderitas.

En el mismo mes Carlos Alberto, Leopoldo de Toscana y Pío IX firman los preliminares de la "Liga Itálica", es decir la unión aduanera entre los tres estados. Parece un claro encaminarse hacia la "federación de los Estados italianos", profetizada por Gioberti.

4 de diciembre. Carlos Alberto vuelve de Génova. Toda la ciudad de Turín acude a recibirle con entusiasmo. Hasta los seminaristas piden permiso al Arzobispo para participar en la manifestación. Mons. Frasoni, enemigo de toda novedad liberal, se lo niega. Ochenta seminaristas salen, a pesar de todo, del seminario y se mezclan con la multitud.

El desafío del Arzobispo impulsa la provocación. Durante su Misa de Navidad, en la catedral, los seminaristas aparecen en el presbiterio con la escarapela tricolor al pecho. El final será el cierre del seminario durante los primeros meses de 1848.



## **Un buen brasero en la sacristía**

Durante aquel mes de diciembre, Don Bosco no se dejó paralizar por los grandes sucesos. Siguió trabajando con humildad. Los muchachos del Oratorio eran ya muchos centenares: Lemoyne habla de 800. Acudían hasta de los barrios más lejanos. Don Bosco, don Borel, don Cárpano hablaron y llegaron a un acuerdo. Había que abrir otro oratorio en la parte sur de la ciudad.

La rambla que hoy se llama "Avenida Vittorio" estaba por entonces flanqueada de pobres casuchas habitadas por lavanderas. Festones de ropa tendida al sol y al viento daban un tono de alegría campesina a aquel arrabal de Turín llamado "Puerta Nueva". Los ciudadanos "elegantes" iban a pasear por allí las tardes del domingo, y patrullas de chiquillos ociosos jugaban a la guerra.

De acuerdo con el Arzobispo, Don Bosco alquiló a la señora Vaglianti una casita, un sotechado y un prado "junto al puente de hierro", por 450 liras al año. Después se lo anunció así a sus chavales:

"Queridos míos, cuando en una colmena las abejas se multiplican mucho, una parte de ellas vuela para enjambrar en otra parte. Nosotros vamos a imitarlas. Abriremos un segundo oratorio, estableceremos una segunda familia. Aquellos de vosotros, que habitan en la parte sur de la ciudad, ya no tendrán que hacer tan largo viaje: a partir de la fiesta de la Inmaculada, podrán ir al oratorio de San Luis, en Puerta Nueva, junto al puente de hierro".

Don Borel bendijo el nuevo oratorio el 8 de diciembre de 1847. Durante aquel frigidísimo invierno fue director don Cárpano. Iba hasta allí a pie, con una carga de leña bajo el manto, para tener un buen brasero en la sacristía y calentarse con los primeros muchachos.

---

## La fiebre del 1848

El año 1848 estallaron las naciones europeas como depósitos de municiones.

Las llamas de la revolución cubrieron las grandes ciudades: París (del 23 al 24 de enero), Viena (el 13 de marzo), Berlín (el 15 de marzo), Budapest (el 15 de marzo), Venecia (el 17 de marzo), Milán (el 18 de marzo).

Tras las barricadas de las ciudades hubo guerras y batallas. En un par de meses se incendió toda Europa.

Fue una explosión tan general, que el 3 de abril el zar Nicolás de Rusia se preguntaba espantado: "¿Qué es lo que queda de pie en Europa?" A partir de entonces, cualquier conmoción caótica, se llamará en lenguaje popular italiano "un cuarenta y ocho".

Como de costumbre, no pretendemos trazar un cuadro completo de la historia italiana y europea, sino señalar los sucesos principales que tuvieron su influencia en la vida de Don Bosco, especialmente en los sucesos de Turín y de Piamonte, que condicionaron su postura y sus decisiones.

### **El liberal, el patriota, el obrero en las barricadas**

No se puede comprender el movimiento universal de 1848, sin tener en cuenta tres elementos que se entrelazan: las corrientes liberales que se batían para instaurar sistemas constitucionales y representativos en lugar del absolutismo; la aspiración de las naciones a la independencia, contra el imperio austro-húngaro; los movimientos obreros que luchaban para una mayor justicia social.

Dicho de una manera sencilla: en las barricadas de las distintas ciudades europeas combatían codo a codo el liberal que quería la Consti-

tución, el patriota que exigía la independencia de su patria y el obrero que luchaba contra el patrón que le obligaba a trabajar 12 ó 14 horas al día.

El movimiento obrero se batió especialmente en París. Las barricadas del 24 de febrero, en los barrios del Este, dieron paso al 48... Obtuvo una victoria fulminante. Abatida la monarquía de Luis Felipe, vióse a burgueses y obreros fraternizando en derredor de los árboles de la libertad vencidos por los sacerdotes. Se proclamó el derecho al trabajo, la jornada de trabajo fue reducida a 10 horas, se abrieron las "fábricas sociales".

Pero, cuatro meses después (a continuación de los graves errores de los obreros y la intolerancia de la burguesía), hubo una represión también fulminante. París, en donde se habían reunido 140.000 obreros, fue tomada al asalto por el general Cavaignac, en cuatro días de lucha furiosa (23-26 de junio). Represión terrible, jornada de trabajo lograda de 12 horas.

Esta represión es la que llevará a los trabajadores a abandonar los "socialismos humanitarios" y abrazar el "marxismo", más duro, más extendido (Marx escribía el *Manifiesto de los comunistas* en enero de aquel año).

En Italia el movimiento obrero sólo tuvo unos combatientes en las barricadas de Milán. Todo el 48 italiano está dominado por los *liberales*, que exigen a los reyes absolutos la Constitución, y por los *patriotas* que pregonaban la guerra de independencia contra Austria. Austria ocupa territorialmente Lombardía y el Véneto, y mantiene bajo su pesada tutela a muchos otros estados.

Las fases del 1848 italiano son tres: las Constituciones, las insurrecciones populares contra Austria y la primera guerra de independencia guiada por Carlos Alberto.

## **La Constitución se llamará "Estatuto"**

En Turín, empieza el año 1848 con el pensamiento puesto en la guerra, que se siente próxima. Todos hablan de política: críticas, proyectos, proclamas. Las grandes novedades son los periódicos políticos "libres", que se multiplican mes a mes, como consecuencia de la libertad de imprenta, y que ejercen una importante función de guía de la opinión pública.

El *Risorgimento* (aparecido el 15 de diciembre de 1847) tiene un director joven, Camilo Benso di Cavour, cabeza vivaz de los liberales. El

uno de enero aparece *La Concordia*, de la izquierda democrática y popular, dirigido por Valerio. El 26 de enero inicia su publicación la *Opinione* de Durando, en junio sale la impetuosa y descarada *Gazzetta del Popolo* de Botero, en julio el *Conciliatore* dirigido por el canónigo Gastaldi, futuro arzobispo de Turín, y *Armonia* de Gustavo Cavour, hermano de Camilo, de limpia inspiración católica.

30 de enero. Llegan noticias de que el rey Fernando de Nápoles ha concedido la Constitución, y que en Milán los ciudadanos boicotean a los austriacos. El "Cuerpo de Decuriones" de Turín se presenta a Carlos Alberto y le pide la Constitución.

Tras unos días de angustia, Carlos Alberto piensa abdicar. No se siente con fuerzas para romper el juramento hecho 25 años antes a Carlos Félix. Pero el príncipe heredero, Víctor Manuel, se opone del todo: el padre, que hasta ahora no le ha permitido meter un dedo en los asuntos de estado, no puede dejarle solo en plena borrasca.

7 de febrero. Carlos Alberto reúne el Consejo extraordinario de la Corona, y declara estar dispuesto a examinar un esquema de Constitución (llamada "Estatuto"), en la que se respete la religión y el honor de la monarquía. Pero invita a los Decuriones a mantener las plazas limpias de toda multitud: no admitirá imposiciones.

10 de febrero. Pío IX, en Roma, lanza al pueblo una proclama efervescente. Invita a todos a "no pedir reformas que él no podrá conceder", y termina diciendo: "Benedicid, oh Señor, a Italia y conservadle el preciosísimo don de la fe". Los jefes de la opinión pública, ya decididos a hacer de Pío IX un instrumento para la guerra contra Austria, olvidan las "no posibles reformas" y "el don de la fe", y lanzan por toda Italia solamente las palabras "Benedicid, oh Señor a Italia".

Esta invocación se convierte en bandera liberal y en clarín de guerra. Pío IX, que en vano intenta deshacer el equívoco, queda mal. Es éste, probablemente neogüelfo y a fijar distancias con los liberales.

En los días siguientes llegaron a Turín noticias de la Constitución concedida en Florencia (17 de febrero) y del estallido de la revolución en París (23 de febrero).

Se decide organizar para el día 27 una gran "fiesta de acción de gracias por la promesa del Estatuto". La inmensa plaza Vittorio estará llena de delegaciones, llegadas desde todos los puntos de Piamonte, Liguria, Cerdeña, Saboya. Se invita a todas las organizaciones de Turín para asistir en masa. El mismo Marqués d'Azeglio baja a Valdocco, para invitar a Don Bosco con todos sus muchachos.

## **Don Bosco y el marqués, frente a frente**

En las *Memorias*, de su puño y letra, reconstruye Don Bosco el diálogo con el marqués. Probablemente, no son las mismísimas palabras (ya que fueron escritas 25 años más tarde). Pero entendemos que se trata de un diálogo muy importante, porque Don Bosco (que reflexiona sobre el particular a tantos años de distancia) nos da a entender cuál fue su posición en política desde entonces. Lo copiamos, por eso, en sus partes esenciales.

“Nos había designado un puesto en la plaza Vittorio, junto a las instituciones de todo nombre, fin y condición. ¿Qué hacer? Rehusar era declararse enemigo de Italia; condescender significaba la aceptación de principios que yo juzgaba de funestas consecuencias.

— Sepa la ciudad (*decía d'Azeglio*) que vuestra obra no es contraria a las nuevas ideas. Eso le favorecerá: aumentarán las limosnas; el Municipio y yo mismo nos comportaremos generosamente con usted.

— Señor marqués, mi propósito de mantenerme apartado de todo cuanto se refiere a política, es firme. Ni a favor, ni en contra.

— Entonces, ¿qué pretende usted con su obra?

— Hacer el poco bien que pueda a los jovencitos abandonados, empleando todas mis fuerzas para que, en lo religioso, sean buenos cristianos, y honrados ciudadanos en lo social.

— Usted se equivoca de medio a medio. Si se empeña en mantenerse en esta dirección, todos le abandonarán”.

Don Bosco está convencido de lo contrario: hubiese sido abandonado de haberse mezclado en política, especialmente de haberse manifestado condividiendo las posiciones liberales. Y sigue, con cierta obstinación:

— “Mándeme cualquier cosa, en la que el sacerdote pueda ejercitar la caridad, y verá pronto cómo sacrifico vida y hacienda. Pero, ahora y siempre, quiero mantenerme al margen de la política”.

## **Las bandas anticlericales se desencadenan**

El cortejo de la plaza Vittorio fue imponente: 50.000 personas desfilaron por las calles ante el rey a caballo. El arzobispo se había negado a celebrar la Misa y cantar el “Te Deum”, en la iglesia de la *Gran Madre* que se levanta en la plaza Vittorio. Permitió solamente la bendición eucarística.

Los seminaristas, en contra del arzobispo, desfilaron en el cortejo con la escarapela tricolor. Inmediatamente después, como respuesta, se cerró el seminario.

Estas decisiones son, tal vez, la gota que rebosa el vaso del anticlericalismo.

Por la tarde del 2 de marzo, unas cuadrillas de gente del hampa, asaltan la casa de los Jesuitas, junto a la iglesia de los Mártires y del Carmen. Rompen los cristales y derriban las puertas.

Al día siguiente, los mismos grupos cercan amenazadores la casa de las monjas llamadas "Damas del Sagrado Corazón". Casi ininterrumpidamente, durante siete días, renuevan el asedio, alejados siempre por los guardias.

Durante los siguientes días, tanto los Jesuitas como las Damas, abandonan la ciudad.

Las escuadras anticlericales continúan su alboroto. Gritan bajo las ventanas del Convictorio: "¡Muera don Guala!". Intentan asaltar el palacio de la marquesa de Barolo, porque corre la voz de que en ella se hospedan quince Jesuitas.

4 de marzo. Delante del Consejo de la Corona, Carlos Alberto firma el Estatuto. Termina el poder absoluto del rey. Empieza el régimen parlamentario.

Paradójicamente, Turín no responde con manifestaciones de entusiasmo. En cambio, siguen y se multiplican rabiosos tumultos contra el arzobispo, los curas y los sostenedores del absolutismo.

8 de marzo. Para mantener el orden en la ciudad se organiza la Guardia Nacional. Se abren inscripciones en la plaza San Carlos: en pocas horas se inscriben 500 ciudadanos.

## **Milán se subleva y pide socorro**

Estallan noticias enormes durante los días siguientes. Viena se ha sublevado y el emperador ha despedido a Metternich (13 de marzo). Pio IX ha concedido la Constitución (14 de marzo). Revoluciones en Berlín, en Budapest (15 de marzo). Y, enseguida, las dos noticias más ruidosas: Venecia se ha levantado contra los austriacos (18 de marzo), Milán ha comenzado la revolución contra las tropas austriacas de Radetzky (18 de marzo).

César Balbo (el autor de *Speranze d'Italia*) es nombrado por Carlos Alberto primer Ministro. Parte para Roma, como representante de Piemonte junto al Papa, el abate Antonio Rosmini.

El 19 de junio llega de Milán el conde Arese, con noticias y proposiciones. En el "comité central" de la revolución existe una fuerte corriente republicana contra Carlos Alberto, pero ha prevalecido la corriente de Gabrio Casati, amigo de Piamonte. El solicita la ayuda militar de Carlos Alberto.

El Consejo de Ministros, juntamente con el rey, examina la situación. ¿Qué hacer? Se decide, ante todo, enviar tropas a la frontera para evitar eventuales infiltraciones austriacas. Una brigada de la Guardia del Rey parte para el Ticino.

En Milán, mientras tanto, se sigue combatiendo. El día 20, el general Radetzky, comandante en jefe de las tropas imperiales, propone un armisticio. Es rechazado. El día 22, los hombres de Luciano Manara conquistan Porta Tosa. Los austriacos abandonan Milán.

También son arrojados de Venecia los austriacos. Daniel Manin, liberado de la cárcel, es proclamado presidente de la República de San Marcos.

La multitud gira por las calles de Turín: "¡Guerra!, ¡guerra!"

23 de marzo. Llegan al anochecer victoriosos los representantes de Milán. Piden la intervención inmediata del ejército, antes de que los austriacos vuelvan a asaltar la ciudad. Proponen dos condiciones: adoptar la "bandera tricolor italiana", en lugar de la bandera azul de Saboya, y la vuelta a entrar el ejército piamontés en Milán por la victoria conseguida.

## **Guerra con Austria**

El Consejo de Ministros decide la intervención. Carlos Alberto acepta. Se declara la guerra contra Austria. El rey aparece en el balcón del Palacio Real, en la Plaza Castello, y agitando la bandera tricolor saluda a la multitud que grita: "¡Guerra a Austria!".

Aquella noche, dice Carlos Alberto confidencialmente: "Si no se proclamaba la guerra, perdía yo el Estado, venía la revolución. Ahora que ya está proclamada, si no vencemos, pierdo el trono. Pero estoy preparado para esto".

El general Passalacqua recibe orden de entrar en el Ticino y enarbolar la bandera tricolor, con el escudo de los Saboya sobre campo blanco.

24 de marzo. El arzobispo preside en la catedral una función solemne, en presencia del rey y del príncipe heredero. A la salida, silban e insultan a monseñor Fransoni.

Por la noche, Carlos Alberto, con su hijo, parte para el frente a la

cabeza de 60.000 hombres. Una inmensa multitud se agolpa en la vía Po y en la plaza Vittorio para aclamarle. Parece una hermosa fiesta, imponente.

Pero la guerra es otra cosa. Durante los siguientes días salen de Turín todos los regimientos. Reclaman todos los caballos para la artillería y los carruajes del ejército. Se queda la ciudad sin coches, en medio de un silencio extraño, sostenido por un hilo de miedo.

Por la noche, se renuevan los tumultos, bajo las ventanas del palacio arzobispal. El ministro del Interior hace saber al arzobispo que le agradecería "se ausentase de la ciudad", por algún tiempo. Y el 29 de marzo monseñor Fransoni parte para Suiza.

El Vicario General que le sustituye, ordena oraciones públicas en favor de los combatientes. Recomienda a los párrocos que se ayude a las familias de los llamados a las armas. Autoriza a los campesinos para trabajar los domingos en los campos de los que han partido a la guerra.

Las autoridades políticas dictan "disposiciones dolorosas pero necesarias". Los altos funcionarios del Estado, que son considerados como "reaccionarios" (hasta hace pocos meses ¡eran "los fidelísimos" al rey!), son apartados de los cargos públicos. Hasta el gobernador de Turín, mariscal La Tour, es destituido.

## **Batallas en Valdocco**

También los muchachos respiran aires de guerra. Por los prados de los alrededores de Valdocco se libran verdaderas batallas entre los grupos de Vanchiglia, de Borgo Dora, de Porta Susa. No son ninguna fiesta. Muchachotes armados de maderos, cuchillos, piedras, se dan de palos. Don Bosco tiene que salir de casa frecuentemente para llamar a la policía y poner paz a aquellos enloquecidos.

Un día, a poca distancia, contempla cómo un muchacho de unos quince años clave el cuchillo en el vientre a otro muchacho. Le llevan urgentemente al hospital. Y muere barbotando: "¡Me las pagarás!"

Don Bosco recuerda con amargura: "Aquellos desafíos no acababan nunca". A veces, los dos bandos se unen para apedrear la casa del cura y caen las piedras, como una granizada sobre tejados y ventanas, haciendo temblar de miedo a José Buzzetti y a los demás jóvenes huéspedes.

Para atraer a los muchachos al Oratorio, Don Bosco se aprovechó de aquel clima guerrero inventando un nuevo juego. Un amigo suyo, José Brosio, había sido "bersagliere" (soldado cazador). Cuando iba a Val-



docco, vestía de militar, uniforme que por aquellos meses despertaba entusiasmo y respeto. Don Bosco le sugirió formar con los muchachos un regimiento infantil y enseñarles marchas y ejercicios militares.

Brosio aceptó. Alcanzó del gobierno doscientos fusiles viejos, con el cañón sustituido por un palo. Llevó una trompeta y comenzaron los ejercicios. Marchas, contramarchas, cargas a la bayoneta, retiradas, asaltos. El "regimiento" daba espectáculos aplaudidísimos y hasta ayudaba a mantener el orden en la iglesia.

Un domingo por la tarde, mientras una enorme cantidad de gente, atraída por el son de la trompeta asistía complacida a las maniobras, tuvo lugar un desastre en uno de los contraataques. El ejército "derrotado", en plena huida, se refugió en el huerto de Margarita, y acosado por los vencedores envalentonados aplastó lechugas, tomates y perejil.

La "mamá" que asistía al desastre, quedó desalentada.

— *Varda, varda Giōanin lo ca l'an fait* —murmuró al hijo que estaba a su lado—, *a l'an guastame tūt* (Mira, mira Juan, lo que me han hecho, me lo han estropeado todo).

## **"Déjame volver a casa"**

Fue probablemente a la tarde siguiente cuando Margarita no pudo más. Los muchachos se habían ido a dormir, y ella tenía como siempre ante sus ojos un montón de ropa para remendar: al pie de la cama le dejaban la camisa rasgada, los pantalones descosidos, los calcetines agujereados. Y ella tenía que apañárselas junto a la luz del candil, porque los muchachos no tenían otra prenda que ponerse a la mañana siguiente. Don Bosco, al lado, le ayudaba a remendar los codos de las chaquetas y a componer los zapatos.

— Juan, —murmuró de repente—, estoy cansada. Déjame volver a l Becchi. Trabajo de la mañana a la noche, soy una pobre vieja, y esos muchachotes me lo destrozan todo. No puedo más.

Don Bosco no contó ningún chiste "para levantarle el ánimo". No pronunció una palabra: no la había para poder consolar a aquella pobre mujer. Sólo hizo un gesto: le señaló el crucifijo colgado de la pared. Y la vieja campesina entendió. Incluyó su cabeza sobre los calcetines agujereados, sobre las camisas desgarradas y siguió cosiendo.

Nunca más pidió volver a su casa. Consumirá sus últimos años entre aquellos muchachos alborotadores, mal educados, pero que tenían necesidad de una madre. Solamente levantará más a menudo los ojos hacia el Crucifijo, para sacar fuerzas, aquella pobre vieja cansada.

## **Guerra italiana en Lombardía**

26 de marzo. A juzgar por las noticias que llegan, parece se estén realizando a toda prisa los sueños neogüelfos. Para apoyar al ejército de Carlos Alberto "para la liberación de Italia", salen de los Estados Pontificios 17.000 soldados a las órdenes del general Durando; de Toscana parten 7.000 voluntarios con Montanelli; Parma y Módena declaran, en plebiscitos, que quieren unirse a Piamonte.

6 de abril. Arrastrado por el entusiasmo colectivo, Fernando de Nápoles declara la guerra a Austria, y confía un cuerpo expedicionario de 16.000 hombres al general Guillermo Pepe. La guerra de Lombardía es una "guerra italiana".

Llegan alegres noticias a Turín. El ejército gana sus primeras batallas en Mozambano y Goito (8-9 de abril); Garibaldi ha salido de América con su "Legión italiana" (15 de abril).

El 27 de abril se celebran en Piamonte las primeras elecciones políticas para elegir 204 diputados. Gioberti sale elegido por Turín, Cavour pierde.

30 de abril. Gioberti vuelve del destierro y es recibido triunfalmente. Se cree el hombre providencial. La Cámara de los diputados se instala en el salón de baile del Palacio Carignano, el Senado en la gran sala de los Suizos del Palacio Madama. Gioberti es aclamado presidente de la Cámara.

La "izquierda democrática" está capitaneada por los demagogos Valerio y Brofferio, y Urbano Rattazzi. Comienza por atacar a Carlos Alberto, llamándole "traidor". Pide la revisión de los procesos de 1821 y 1831. Los periódicos de la izquierda se muestran violentos. Con posiciones al menos inoportunas en plena guerra.

La Corte está asustada, la reina Adelaida (hija de un archiduque austriaco) quema la correspondencia privada. Carlos Alberto, en pleno campo, está irritadísimo.

Pero sobre los entusiasmos y las iras de los italianos, está cayendo una ducha fría.

---

## Fracasas las esperanzas

El 27 de abril llega a Roma, enviado por Carlos Alberto, el conde Rignon. Pide a Pío IX apoyo material y moral para la guerra. Responde el Papa que el material ya lo ha dado, enviando a Durando con 17.000 soldados al Po. En cuanto al moral, hay que pensar: "Si todavía pudiera firmar por *Mastai*, tomaría la pluma y en pocos minutos estaría hecho, porque yo también soy italiano. Pero me toca firmar como *Pío IX*, y la cabeza de la iglesia debe ser ministro de paz, y no de guerra".

Lo piensa dos días. Dos días que han pasado por el microscopio de los historiadores, sin muchos resultados. Informes de Austria y Alemania parece que durante aquellas 48 horas hayan señalado masas católicas revueltas contra la Santa Sede, y el peligro de un cisma.

### Final del equívoco

29 de abril. Pío IX, en un discurso a los Cardenales, declara que sus reformas no han sido provocadas por intenciones "liberales", sino por sentimientos humanos y cristianos. El propósito de una "guerra contra los austriacos le desconcierta profundamente. El pide a Dios concordia y paz, que no guerra. Y declara, a la par, que no puede llegar a ser "el presidente de una nueva república constituida con todos los pueblos de Italia".

Con estas palabras el Papa aclara el equívoco, demasiado avanzado por los clamores liberales que lo han instrumentalizado y también por algunas de sus incertidumbres. Aunque solamente rechace la presidencia de una "república" y no de una "federación de monarquías", sus palabras son un golpe mortal para el sueño neogüelfo.

Inmediatamente después, Pío IX envía una carta al Emperador de Austria. Pide se permita a las tierras italianas reunirse pacíficamente en

una única nación. Es un impulso coherente con su voluntad de paz, pero peca de ingenuidad. No sirve para nada.

La vuelta de campana de la situación fue tan fulminante como lo había sido el estallido. Se promueven graves desórdenes en los frentes de batalla y en varias capitales italianas. Leopoldo de Toscana y Fernando de Nápoles reclaman sus tropas. El rey de Nápoles va más allá: con un golpe de estado, que provoca graves encuentros entre manifestantes y fuerza pública, disuelve el Parlamento (15 de mayo).

Fuerzas napolitanas, al mando de Pepe, y papales al mando de Durando, permanecen con Carlos Alberto como tropas voluntarias, flanqueadas por los universitarios toscanos.

El 30 de mayo es la última jornada llena de luz para Turín. Llega la feliz noticia de la victoria de Goito y de la rendición de Peschiera. Se empavesan las calles, se iluminan las ventanas. Se grita: "¡Viva Carlos Alberto rey de Italia!"

Inmediatamente empiezan los días amargos. Radetzky se apodera de Vicenza, ocupa Padua, Treviso y Mestre.

La guerra empieza a sentirse en la vida de Turín. Los negocios se paran, el dinero no circula, los despachos se cierran, los sin trabajo son numerosos. Hay huelgas de zapateros y sastres, protestas por los salarios muy bajos.

A todo esto se une la voz de que la capital será trasladada a Milán. Turín sin Corte, sin oficinas administrativas, es una ciudad semidesocupada. Hasta los propietarios de casas, que tanto han construido en los últimos años y están gravados en conjunto con una hipoteca de 637 millones, tienen miedo.

## **Escudilla y rancho en el Oratorio**

En aquel clima de pobreza general, también en el oratorio de Valdocco hay que apretarse el cinturón. Los jóvenes trabajadores que viven con Don Bosco, cuando vuelven al mediodía, pasan por la cocina con su escudilla a recoger el "rancho". La olla, que hierve sobre el fuego, contiene arroz y patatas, pasta y habichuelas, o una mezcla "nutritiva" aconsejada para el tiempo de guerra: castañas secas cocidas con harina de maíz.

El mismo Don Bosco distribuye la menestra, condimentada con palabras graciosas: "Haz honor al cocinero", "Come mucho que has de crecer", "Me gustaría darte un pedazo de carne, pero no lo tengo. Como encontremos un día una vaca sin amo, haremos una gran fiesta".

La fruta es, a veces, una manzana. Pero, no una manzana para cada uno, sino “una” para todos. Don Bosco la tira al aire alegremente y el que la pilla, la pilla.

Hay un bar común, la fuente del patio que “arroja agua abundante, fresquísima y saludable”.

Mientras comen, salta a la mesa cacareando cualquier gallina de mamá Margarita, picando su parte de migajas.

El pan “no lo pone el convento”. Don Bosco entrega a cada uno, por la tarde, 25 céntimos para que se lo compren. Motivo: los gustos y la salud son diferentes. El que tiene buen estómago y buen diente, compra galleta de soldado: le resulta por una diferencia de precio notable. Otros prefieren pan normal, de pasta dura o de pasta blanda.

Después de la comida (y después de la cena, que es una copia exacta de la comida), cada cual friega su escudilla, y se guarda en el bolso la cuchara.

El que tiene más apetito, antes de comer va a recoger en el huerto de Margarita una lechuga y se hace una ensalada, con aceite y vinagre comprados a sus expensas.

Son tiempos duros. Todos los muchachos regatean al centimillo, para ahorrar algo. El arte de arreglárselas está muy extendido. Un muchacho llega a vender su jergón por cuarenta céntimos (pero Don Bosco lo detiene a tiempo). Para ahorrar los céntimos del peluquero, le toca a mamá Margarita cortar el pelo a los muchachos. “El corte, hecho a tijera, me dejó con varios escalones —recordaba el doctor Federico Cigna—. Me quejé y la santa mujer respondió: “Por esos escalones subirás al Paraíso”.

No tener con qué apagar el hambre de los propios muchachos (aún cuando se busquen palabras alegres) es una gran pena. Y sin embargo, no fue aquella la pena más gorda para Don Bosco, durante aquellos meses.

## **La fidelidad al Papa y sus apuros**

Tras el discurso de Pío IX “no debieron faltar momentos de grave tensión entre los sacerdotes de primera línea en el apostolado en favor de la juventud: don Cocchi y don Ponte por un lado, Don Bosco por otro —escribe Pedro Stella—. Pero en todos debía haber un sentido vivo del momento delicado que atravesaba la iglesia de Turín. Especialmente en aquel momento que los sacerdotes patriotas creyeron imprescindible para el éxito de la religión, seguir al “pueblo” en sus aspiraciones unitarias”.

Don Bosco, en cambio, juzgó indispensable, ante todo, la fidelidad al Papa. (Dijo a los muchachos que gritaran "¡Viva el Papa!", en vez de gritar "¡Viva Pío IX!" como hasta entonces). Y se reforzó en las serias dudas que ya tenía sobre la acción de los liberales.

Hoy, a más de un siglo de distancia, sabemos por los historiadores que la unidad de Italia fue una gran conquista, pero que no se realizó por el mejor de los modos. El "Risorgimento" fue un fenómeno de la burguesía y clases medias. El pueblo no participó más que en algunas ciudades. La gran masa campesina, que constituía el setenta por ciento de la población, se mantuvo al margen, cuando no francamente hostil.

Don Bosco era un campesino, y sentía instintiva aversión contra aquellos "movimientos", dirigidos por abogados astutos y políticos intrigantes, a los cuales solamente se llamaba al "pueblo verdadero", para dar su sangre en los campos de batalla. Para él, la guerra no era más que un castigo de Dios y una ruina para la pobre gente: nada más.

Cierto que, aún mirando así las cosas, Don Bosco se mantuvo dentro de ciertos límites. Pero demostró que veía muy lejos. Especialmente en la orientación de su nascente obra, escogió un camino (fidelidad al Papa, ningún vínculo con los partidos) que permitió a su modesto oratorio transformarse en Congregación mundial. Hacer la historia apoyándose en determinados posibles, es jugar a la lotería, pero estamos convencidos de que, si Don Bosco hubiese salido a la calle con sus jovencitos enarbolando la bandera tricolor, hoy se hablaría de él como de un buen ayudante de un párroco de la periferia de Turín.

El haber fijado su ancla sobre la fidelidad al Papa, dió a Don Bosco inmediatamente muchos quebraderos de cabeza. Dos sacerdotes que trabajaban en el oratorio de San Luis, pese a su prohibición, llevaron a los muchachos con banderolas y escarapelas a las manifestaciones políticas y transformaron los sermones en fervorosos comicios. A Don Bosco le tocó luchar mucho con ellos.

En Valdocco fue peor. Uno de los ayudantes de Don Bosco predicó en forma tal, que durante su discurso casi no se oyeron más palabras que "libertad, emancipación, independencia". "Estaba yo en la sacristía —escribe Don Bosco— nerviosísimo, buscando la manera de intervenir y frenar aquel desorden. Pero el predicador, no bien se dió la Bendición con el Santísimo, invitó a los otros sacerdotes y a los jóvenes a unirse a él; y entonando, a pleno pulmón, himnos patrióticos, y haciendo ondear frenéticamente la bandera, desfilaron hasta los alrededores del Monte de los Capuchinos. Allí se comprometieron formalmente a no volver más al oratorio, si no empezaba a funcionar, según su punto de vista político".

El Oratorio de Valdocco permaneció casi desierto durante algunos domingos, escribe Lemoyne. Los 500 muchachos bajaron hasta un centenar.

"Ninguno de los sacerdotes intentó reintegrarse. Los jóvenes, en cambio, pidieron disculpa, alegando que les habían engañado y prometieron sujetarse a la obediencia y la disciplina. Pero el caso es que me quedé sólo —escribe Don Bosco con amargura—. Casi quinientos jóvenes, con la única intermitente ayuda del teólogo Borel. No sé como pude resistir tanto, con aquel ritmo agotador de trabajo". Anota Lemoyne que los mayores ya no volvieron, y que a partir de aquel momento, la edad media de los muchachos fue bastante inferior a la de antes.

## **Noticias dramáticas**

La segunda mitad del año 1848 fue una cadena de noticias dramáticas. En el mes de junio cortaban los cañones las insurrecciones de Praga y de París. Del 23 al 26 de julio tenía lugar, en los altos de Custoza, el golpe definitivo entre austriacos y piemonteses. La derrota de Carlos Alberto fue tan grave, que ni siquiera se pudo organizar la defensa de Milán.

La noticia, llegada a Turín el 29 de julio, provocó serios tumultos. La Guardia Nacional tuvo que ocupar la Plaza Castello. El primero de agosto se movilizaron 56 batallones de la Guardia Nacional. Una comisión, presidida por Roberto D'Azaglio, se encargó de guardar el orden.

Siguieron los tumultos lejos del centro de la ciudad. Andaban entre ojos de modo especial, las casas de nobles y de curas.

El 6 de agosto, Gioberti acudió al Cuartel General del rey, para rogarle no firmara el armisticio. Pero Carlos Alberto, convencido de que el ejército no estaba ya en grado de combatir, el 9 de agosto ordenó al general Salasco que lo firmara. Era el reconocimiento de la derrota, el fin de toda esperanza.

Los políticos se desencadenaron por Turín contra la ineptitud de los jefes, los enredos de los curas. Invitaron secamente a informaciones parlamentarias, al castigo de los culpables. En la capital imperaba la agitación. "Fue menester —escribe Francisco Cognasso— tomar medidas drásticas: cambio de gobierno, prohibición de vocear los periódicos por la calle, de fijar carteles con manifestaciones públicas, de reunirse para discutir en la plaza".

## **Un disparo en la capilla Pinardi**

Escribe Don Bosco sobre aquellos meses: "Toda injuria contra el clero y contra la religión era bien vista. Yo mismo fui acometido varias veces en casa y por la calle. Un día, mientras explicaba el catecismo, penetró por una ventana una bala de arcabuz (*viejo fusil*), que agujereó la sotana por un costado y produjo un amplio desconchado en la pared". Era en la capilla Pinardi y los muchachos quedaron espantados ante el inesperado golpe. Le tocó a Don Bosco (sacudido por el disparo que falló por un pelo) levantar los ánimos con palabras graciosas:

— Es una broma un poco pesada. Lo siento por la sotana, que es la única que tengo. Pero está visto que la Virgen nos quiere.

Un muchacho recogió el proyectil incrustado en la pared: era una tosca bala de hierro.

"Otra vez, estando yo en medio de un grupo de muchachos, a plena luz del día, me asaltó un sujeto provisto de un largo cuchillo en la mano. Fue un milagro que, a todo correr, pudiera yo escapar y esconderme en mi habitación. También el teólogo Borel escapó por milagro de un pistoletazo".

Muchos periódicos alimentaban el odio contra el clero. Llegaron a aparecer grandes titulares contra Don Bosco: "La revolución descubierta en Valdocco", "El cura de Valdocco y los enemigos de la patria".

## **Trabajar para hacer sacerdotes diferentes**

Aquel rabioso anticlericalismo, no solamente le dolía a Don Bosco, sino que le hizo pensar: "Un espíritu vertiginoso —escribe— se levantaba contra Ordenes y Congregaciones religiosas, y en general, contra el clero y las autoridades de la iglesia. Aquel grito de desprecio y de furor contra la religión alejaba a la juventud de toda moralidad, de toda piedad y, por consiguiente, de toda suerte de vocación al estado eclesiástico".

El peligro más grave lo vio Don Bosco en esto: en la desaparición de las vocaciones sacerdotales. En vez de perder el tiempo en tristes lamentaciones, Don Bosco se plantea el problema: "¿Qué puedo hacer yo para ayudar a las vocaciones?"

A él le parece que, si el pueblo está en contra de los sacerdotes, no es porque no tomen parte en la guerra de independencia, sino porque una gran parte del clero "no es del pueblo". Las vocaciones proceden de familias nobles y señoriales, o al menos de gente acomodada. Los



protagonistas de la nueva época que se está iniciando, (más allá del Risorgimento) son, por el contrario, trabajadores.

Si ésta es la causa, la solución del problema es muy distinta a participar en la batalla de Novara (como don Cocchi intentaba hacer).

“En estos tiempos —escribe— dio el Señor a conocer de una manera clara, un nuevo género de milicia que él quería escoger, pero no entre las familias acomodadas. Los que manejaban la azada o el martillo debían ser elegidos para formar en las filas que se preparaban para el estado eclesiástico”. Un clero proletario.

Aunque los medios de que dispone son muy modestos, Don Bosco se pone a trabajar inmediatamente en esta línea.

Elige a trece jóvenes, entre los centenares que asisten al oratorio, y les invita a hacer una tanda de Ejercicios Espirituales. Los muchachos se convierten en huéspedes de Don Bosco durante todo el día. Sólo por la noche, “al no tener cama para todos, algunos van a dormir a su casa”.

Durante aquellos días, Don Bosco se dedica a “estudiar, conocer, elegir a algunos individuos” que ofrezcan esperanzas de vocación. “La calma de aquellos días —anota Lemoyne—, ofrecía un contraste con la enorme agitación que reinaba en la ciudad”.

De entre los trece, elige al año siguiente a los cuatro mejores y prosigue el experimento.

“De este modo —escribe— se iba consolidando nuestro humilde Oratorio, mientras se realizaban grandes sucesos que habían de cambiar el aspecto de la política de Italia y quizá del mundo”.

## **Trágicas noticias desde Roma**

18 de agosto. Regresan a Turín los primeros regimientos derrotados. No hay ambiente de fiesta, es verdad, pero la gente recibe con simpatía a los soldados cansados y cubiertos de polvo.

15 de septiembre. Regresa el rey a Turín. Acogida fría y triste. Circulan voces extrañas por la ciudad: están llegando tropas francesas, con las que se reemprenderá la guerra, el rey está para abdicar, está a punto de estallar la revolución.

11 de octubre. Carlos Aberto nombra Primer Ministro al general Perrone, el ex-condenado a la horca del 1821. Otro “condenado a muerte”, de 1834, José Garibaldi, realiza acometidas piratas contra los austriacos por el Lago Mayor. Sigue la agitación en la Cámara (donde la izquierda quiere la vuelta a la guerra) y en la ciudad. “Los genoveses de la brigada Saboya —escribe Cognasso— abandonaban los cuarteles

por la tarde y armaban tumultos en la Plaza Castello: ¡Viva el rey! ¡Viva la república! ¡Viva la paz! ¡Viva la guerra! ¡Estamos mal alojados! ¡Comemos mal!"

A mitad de noviembre llegan trágicas noticias de Roma. La multitud ha asesinado a Pellegrino Rossi, el moderado Primer Ministro de Pío IX. La "calle" impone al Papa la convocación de una Constitución y la participación en la guerra con Austria.

Una multitud de gente enloquecida gira por las calles de Turín, gritando: "¡Abajo Pío IX! ¡Abajo los ministros retrógrados! ¡Viva el asesino de Pellegrino Rossi! ¡Guerra! ¡Guerra!"

Empieza a cundir el miedo. Miedo a que estalle la revolución, a que se repitan los hechos del "terror" jacobino.

Mientras acaba noviembre, llega desde Roma la noticia de que Pío IX ha huido. Ha simulado ceder al querer del pueblo y luego, disfrazado de simple sacerdote, se ha refugiado en el reino de Nápoles, en Gaeta.

Carlos Alberto, empujado por los círculos democráticos y las manifestaciones callejeras, acepta la dimisión de Perrone y nombra Primer Ministro a Gioberti. El 30 de diciembre disuelve la Cámara y prepara nuevas elecciones.

El 1848, que amaneció en Italia lleno de esperanzas, acaba entre nubes de incertidumbre. En otras naciones ha terminado bajo el fuego y el hierro de la represión. Después de París y Praga, Viena también ha sido tomada en octubre por los cañones de un general. El Parlamento de Berlín ha sido suspendido en diciembre.

## **Dos signos de esperanza en Valdocco**

En la hoya de Valdocco, donde se espera la niebla con la llegada del invierno, Don Bosco acoge humildemente dos signos de esperanza.

Uno de sus muchachos, el primero, viste la sotana clerical. Se trata de Antonio Savio, paisano suyo. Ha frecuentado el Oratorio, desde que estaba en el Refugio. Ahora le tocaba entrar en el seminario, pero el de Turín está cerrado y el de Chieri a punto de serlo. La Curia arzobispal le permite que se cumpla la ceremonia de la imposición de sotana en el Cottolengo, y que, luego, permanezca en el Oratorio ayudando a Don Bosco.

No se quedará allí para siempre. Cuatro años más tarde entra en el Seminario y se ordena sacerdote diocesano. Pero dirá él mismo de Don Bosco: "Le quería como si fuese mi padre". Y Don Bosco escribirá de

él: "Le encargué inmediatamente de la asistencia, de la catequesis y de la dirección de otras cosas. Así empecé a ser ayudado un poco". Era el primer cordero que llegaba a pastor.

El segundo suceso fue de carácter totalmente opuesto.

Se celebraba en el oratorio una fiesta solemne. Varios centenares de jóvenes esperaban recibir la comunión. Don Bosco celebró la misa, convencido de que en el sagrario estuviese el copón de costumbre, lleno de hostias consagradas. El copón estaba, por el contrario, casi vacío. José Buzzetti, que hacía de sacristán (¿de qué no hacía aquel muchacho?) se había olvidado de preparar otro copón, y solamente cayó en la cuenta de ello, después de la consagración, es decir, demasiado tarde.

Cuando los muchachos empezaron a agolparse para recibir la Eucaristía, Don Bosco se dio cuenta, con gran pena, de que tendría que enviarles a todos a su puesto. Mas no pudiendo resignarse, empezó a distribuir las poquitas hostias que quedaban en el fondo del copón.

Y he aquí que, con gran maravilla suya, y del pobre Buzzetti que sostenía la bandeja, las hostias no disminuyeron. Hubo suficientes para todos.

Le faltó tiempo a José Buzzetti, asombrado, para contar lo sucedido a sus compañeros. Todavía en el 1864 lo contaba a los primeros salesianos. Don Bosco que estaba presente, poniéndose muy serio, lo confirmó: "Sí, había unas pocas partículas en el copón y a pesar de ello pude dar la comunión a todos los que se acercaron al comulgatorio, que no fueron pocos. Yo estaba conmovido, pero tranquilo. Pensaba: más grande es el milagro de la consagración que el de la multiplicación. Pero sea bendito el Señor por todo".

Mientras Italia era sacudida por sucesos clamorosos, en un ángulo perdido de los arrabales de Turín, multiplicaba el Señor silenciosamente su presencia entre los muchachos de un pobre sacerdote. Un signo misterioso, lleno de luz.

## Don Bosco, la política, la cuestión social

### La política del Padrenuestro

Fue en 1848 cuando Don Bosco tuvo su primer topetón con la política, y escogió la línea que dejó en herencia a sus primeros salesianos.

La resumiría, muchos años después, al decir a Monseñor Bonomelli, obispo de Cremona; "Me di cuenta de que, si quería hacer algún bien, tenía que dejar de lado toda política. Siempre me he apartado de ella y así he podido hacer algo sin encontrar obstáculos, más aún, he hallado ayuda en donde menos podía esperarla".

Después de haber reflexionado largamente sobre la posición de Don Bosco, no sólo durante los sucesos de 1848, sino en tantos otros momentos cargados de política y de burda política, nos parece poderlo resumir así.

Primero. Don Bosco está convencido de la "relatividad" de la política de las partes, de los partidos. La considera como un componente muy variable de la vida (Perrone llega a ser Primer Ministro del rey que quería enviarle a la horca; La Tour, el más fiel servidor de Carlos Alberto, es despedido por él mismo por "no serle leal"...). Afirma con resolución: "No seré de ningún partido". Por consiguiente, se apoya en principios más sólidos que los de *derechas* o *izquierdas*: ¡almas a salvar!, ¡jóvenes pobres a quienes atender y educar! Esto es lo que él llama "política del Padrenuestro".

Segundo. Algún investigador ha hecho notar que Don Bosco, aún confesando estar fuera de toda política, hace bastante política y siempre a favor de los conservadores, de los austriacos. Nos parece que esta observación, en parte, es cierta; siempre y cuando a la palabra austriaco no se le dé un sentido peyorativo, y se quiera solamente afirmar que Don Bosco miró con simpatía muchas veces a Austria. Se había

formado en el seminario (como ya lo hemos hecho notar) dentro del conservadurismo y mirando a Austria como la protectora del Papa. Y esto, no en libros de política, sino en encíclicas y discursos del Papa.

Era, por tanto, natural que mantuviese esa posición. Probablemente, ni siquiera la consideraba como posición política, sino como cuestión de fe, o al menos de fidelidad al Papa. Lo mismo les pasó a muchos católicos, alrededor de 1948, cuando miraban con simpatía a los Estados Unidos: no porque comulgaran con su política o con su racismo, sino porque veían en USA al único defensor de la "civilización cristiana" contra la Unión Soviética de Stalin.

Además, Don Bosco conocía a muchos liberales y democratas turineses, sin ser todavía mitos, como les presentan los libros de la historia de hoy, sino tal y como eran, en la realidad de las crónicas diarias, picaros, intrigantes, de dudosa rectitud (basta pensar en un bribón como Brofferio).

Tercero. A veces y pese al deseo de hacer "la política del Padrenuestro", es inevitable que una persona como Don Bosco haya de pronunciarse, o de colocarse dentro de una línea. En tales casos Don Bosco milita *con el Papa*. Es decir adopta la opinión del Papa.

En la crónica de Bonetti (7 de julio de 1862) se pueden leer estas palabras suyas: "Hoy me encontré en una casa rodeado de un grupo de demócratas. Después de haber hablado de cosas indiferentes, la conversación vino a caer en la política del día. Aquellos liberalotes querían saber qué pensaba Don Bosco sobre la ida de los piemonteses a Roma (*estamos a ocho años de distancia de Porta Pia*). Repuse resueltamente: yo estoy con el Papa, soy católico, obedezco al Papa a ciegas. Si el Papa dijese a los piemonteses "Venid a Roma", yo diría "Id". Si el Papa dice que la ida de los piemonteses a Roma es un hurto, yo digo lo mismo... Si queremos ser católicos, hemos de pensar, creer, como piensa y cree el Papa".

Pero es que, antes de hacer estos razonamientos, antes de interpretar su mentalidad, Don Bosco *está con el Papa*. En 1847-48 simpatiza Don Bosco durante algún tiempo con los neogüelfos: no por estar persuadido de que aquello fuera lo mejor, sino porque le parece que es la posición del Papa. Después de la alocución del 29 de abril de 1848, vuelve a ser conservador, y no porque esa fuera su mentalidad, sino porque es el pensamiento del Papa. Si cambia el Papa, cambia él, sin pensarlo dos veces. "Si el Papa dijera a los piemonteses "Venid a Roma", yo también".

## **Don Bosco y la cuestión social**

El año 1848 publicaba Carlos Marx el *Manifiesto de los Comunistas*. Es el principio de una revolución menos clamorosa que las insurrecciones del famoso 1848, pero que llegará más lejos y con mayor profundidad. La revolución comunista es una toma de posiciones radical y violenta en la "cuestión social", que agita desde hace decenios a las naciones del norte de Europa. Es una denuncia drástica contra las clases explotadoras, y la llamada a la revolución violenta para "derribar el sistema" apoyado en la injusticia.

¿Cuál fue la posición de Don Bosco frente a la "cuestión social"? Pedro Stella afirma: "Parece que él no se plantea el problema de las clases en transformación... Parece que no advierte el amplio alcance del fenómeno del pauperismo de cara a revoluciones sociales" (o.c., II, pp. 95-96).

Si con esto se quiere afirmar que Don Bosco no tuvo una visión "científica" de la situación económico-social, ni la expresó con términos técnicos (capital, fuerza-trabajo...), estamos de acuerdo. Pero no si se pretende ver en Don Bosco un hombre que no haya entendido a su propio tiempo, que simplemente se haya dejado guiar por los "buenos sentimientos".

Lemoine, que fue su confidente por muchos años, afirma: "Fue uno de aquellos hombres que, desde el principio, entendieron, y *lo dijo mil veces*, que el movimiento revolucionario no era una tormenta de verano, puesto que no todas las promesas hechas al pueblo eran deshonestas, sino que muchas respondían a las aspiraciones universales, vivas de los proletarios. Deseaban alcanzar una igualdad común para todos, sin distinción de clases, mayor justicia y mejora de la propia suerte. Veía, por otra parte, cómo las riquezas empezaban a convertirse en monopolio de los capitalistas sin entrañas de piedad, y cómo los patronos, imponían, al obrero aislado y sin defensa, pactos injustos, lo mismo en cuanto al salario, que en cuanto a la duración del trabajo" (*MB*. IV, 80).

Don Bosco se encontró en un mundo que se abría en dos vertientes y por consiguiente también la Iglesia.

En los siglos que precedieron inmediatamente a la revolución industrial, los artesanos se reunían por "gremios": sociedades rígidas, de sabor medieval, que ejercían cierta defensa de los trabajadores. Los pobres eran muchos. Pero su número no se pudo comparar nunca con las masas imponentes y miserables de los proletarios, abandonadas a sí mismas, creadas por las fábricas del primer siglo de la revolución industrial. El modelo de intervención de la iglesia en favor de la pobre

gente, en aquellos siglos, era la “beneficencia organizada” de San Vicente de Paúl (1581-1660).

En la nueva edad industrial, los “gremios” terminaron entre los grillos de siempre (hasta por el triunfo de los principios del liberalismo), y las masas de trabajadores proletarios no tienen más libertad que la de dejarse oprimir por los poderosísimos patronos. El liberalismo impide con toda diligencia que se formen nuevas estructuras que, sobre la línea de los antiguos gremios, defiendan los derechos de los obreros.

En la imposibilidad de encontrar planes bonitos y reales y programas de acción —decíamos en páginas anteriores—, en medio de las incertidumbres, que siempre existen al principio de un nuevo período histórico, muchos hombres de la iglesia aplicaron todas sus energías para realizar “enseguida” algo, en favor de la gente desgraciada, renovando los métodos de la beneficencia de San Vicente de Paúl (las “conferencias”, fundadas en París por Ozanam en favor de los proletarios, toman precisamente este nombre).

Enseguida se entendió que la beneficencia no podía bastar. Aún en la nueva forma, y socialmente avanzada, de escuelas profesionales, de talleres didácticos, resultaba insuficiente. Era preciso luchar por la justicia social, por instituciones y leyes que garantizaran los derechos de los trabajadores. El camino fue largo, dadas las incomprendiones en los ambientes de la jerarquía y dadas las fortísimas resistencias de los Estados liberales.

Don Bosco (eran los primerísimos años de la revolución industrial italiana) se metió dentro de la nueva situación, llevado ciertamente por la urgencia de lo que veía y por su gran disponibilidad para trabajar en favor de los muchachos pobres. La estrategia del *enseguida*, de la *intervención inmediata* (dado que, lo repetimos, los pobres no pueden permitirse el lujo de esperar las reformas y los planes orgánicos), se convierte en el marco de Don Bosco y de sus primeros salesianos. Catecismo, pan, enseñanza profesional, empleo protegido por un buen contrato, son el programa “urgente” que los hijos de Don Bosco realizan en favor de los jóvenes proletarios.

Pero esta elección —así nos lo parece— no fue solamente hija del instinto. Con el andar del tiempo, se fue aclarando la situación y Don Bosco se dió cada vez más cuenta de los tiempos que le tocaba vivir y su misión: de la grandeza y de los límites de la misma.

### **¿Qué significa “dejar de lado toda política”?**

Volvamos un momentito sobre la afirmación hecha (mucho tiempo después de 1848) por Don Bosco a Monseñor Bonomelli: “Me di cuenta

de que si quería hacer algún bien, tenía que dejar de lado toda política”.

¿Cuál era, en aquel momento, el sentido de la palabra “política” para Don Bosco? ¿Solamente “afiliación a un partido”? Nos parece que no.

La palabra “política”, en aquellos tiempos envolvía también una posición sobre la “cuestión social”: estar a favor o en contra del mercado libre, la intervención del Estado en las cuestiones de trabajo, la huelga, las sociedades obreras socialistas, las cooperativas inspiradas en Owen, los sindicatos, la legión social pedida en Alemania por el obispo Ketteler...

“Dejar de lado toda política” significa también no dejarse envolver dentro del debate social (que en aquel momento es ya una parte notable del programa de los partidos políticos). Cuando le preguntan a Don Bosco qué piensa de Mazzini, no puede olvidar que este molesto republicano es el jefe de las “sociedades obreras de trabajadores italianos” y pertenece a la primera Internacional fundada (1864) por Carlos Marx. “Política” es la de Solaro della Margarita y de Cavour, pero también es la de los revolucionarios socialistas, del socialista Mazziniano Pisacane, que desembarca en el Sur (1857) para “levantar a la pleble oprimida”. La posición concreta de Don Bosco es la de “no dejarse envolver en estos debates”. Esta posición la impone también a sus salesianos.

A nosotros nos parece, por tanto, que Don Bosco “no se plantea el problema de las clases en transformación”. No se ha opuesto a él enseguida, ni “científicamente”, pero las palabras dichas a Bonomelli y repetidas mil veces a sus salesianos, atestiguan que el problema concreto sí que lo ha sentido y resuelto. Meterse en el debate social significaba declararse “por” alguno, y por tanto, “contra” algún otro. Darse a conocer como “sacerdote social” era lo mismo que colocarse inmediatamente fuera de toda posible ayuda de la burguesía y de los acaudalados. Y él, en cambio, necesitaba ayuda, rápida, *de todas partes*, porque no quería dejar en medio de la calle a los jóvenes pobres.

Con esas ayudas él hace el bien, mucho y concreto, a los pobres.

### **Un esquema sencillo, elemental**

Adopta un esquema sencillo, elemental, para razonar con los ricos y acaudalados que le tienen que ayudar: “Los pobres corren el peligro de ser arrastrados por la revolución, porque la miseria es inaguantable. Esta situación es indigna de un pueblo cristiano. Los ricos han de poner sus riquezas al servicio de los pobres. Si no lo hacen así, no son cristianos. Los pobres, impelidos por la miseria, pretenderán dividir la



riqueza "poniendo la punta del cuchillo en el gaznate". Desencadenarán la "revolución" que acarreará el desorden y la violencia, igual que el "terror" jacobino. Todo esto será provocado por la insensibilidad de los ricos que no han querido ayudarles a salir de la miseria".

Al revivir la parábola evangélica, Don Bosco es "el buen samaritano" que, encontrándose con el hombre herido por los bandidos, lo saca de la cuneta, lo lleva a la posada y lo hace curar a sus expensas. No es el político que se da prisa para organizar todo un plan legislativo para la represión del bandolerismo.

Comprende, al pasar de los años, que no basta el "enseguida", que la acción de la beneficencia tiene unos límites precisos. Pero sabe que no está él solo en la iglesia, y declara varias veces a sus salesianos: "Es verdad que en el mundo tiene que haber quienes se interesen por la política, por aconsejar, por señalar los peligros, por cien mil cosas; pero ésto, no nos compete a nosotros pobrecillos" (*M.B. XVI*, p. 291); "No faltan en la iglesia quienes saben tratar con destreza tan arduas y peligrosas cuestiones; en todo ejército hay unos destinados al combate, otros a la intendencia y otros a distintos servicios, necesarios para cooperar a la victoria" (*M.B. II*, p. 487).

La elección de la intervención urgente, de no dejarse llevar al debate social para poder ser ayudado por todos, puede ser discutida. Lo que no puede ser discutido es el resultado de esta elección: todo ese verdadero milagro del bien hecho a la juventud pobre, reconocido hasta por los que tenían ideas diversas, hasta por quien (salido de sus casas de "beneficencia") combatirá en favor de los pobres con esquemas distintos.

(Valgan dos ejemplos. Sandro Pertini, exalumno de las escuelas salesianas de Varazze, socialista descreído, que llega a ser Presidente de la República Italiana, escribía a su profesor, don Borella: "Ahora comprendo que el amor sin límites que yo profeso a los oprimidos, a los desgraciados, comenzó a nacer en mí cuando vivía con vosotros. La admirable vida de vuestro Santo me inició en este amor". El historiador Santiago Martina afirma que los salesianos de la primera generación, cuando llegaban a ciertas ciudades de Romaña, habitadas por rojos y tragacuras, parecían destinados a un fracaso seguro. Y, sin embargo, empezaban con el oratorio y la banda de música, y al cabo de poco tiempo, eran amigos de todos. "Son curas diferentes" decían).

## ¿Y si hubiera tomado otra decisión?

Una cosa parece cierta: si la decisión de Don Bosco hubiera sido la de meterse en el debate social, pocas escuelas y pocos talleres habría podido abrir. Y tal vez, ahora, su decisión sería más discutible. El mismo lo afirmó el 24 de junio de 1883: "¿En favor de quién entrar en política? ¿Qué podemos obtener nosotros con todos nuestros esfuerzos? Nada más que hacer, tal vez, imposible la continuación de nuestra obra de caridad" (MB XVI, p. 291).

Llegando al máximo en el esquema de la situación, podemos decir que "en teoría" se fue delineando ante Don Bosco un dilema:

— o combatir contra *los efectos de las injusticias sociales* (ayudar a los muchachos pobres, pidiendo y aceptando la ayuda de no importa quién para fundar escuelas y talleres);

— o combatir contra la *causa de las injusticias sociales* (inventar formas de denuncia pública, de asociaciones para jóvenes trabajadores, rechazar la colaboración y la beneficencia de las personas envueltas en un sistema político-económico basado en el lucro) con la perspectiva evidente de agotar las fuentes de la beneficencia y de abandonar a su propio destino a los muchachos pobres.

En el primer caso, salvaba a los jóvenes de peligros inmediatos, pero corría el riesgo de convertirse en "instrumento" del sistema, es decir, crear talleres obedientes y dóciles que no hubieran molestado a los poderosos.

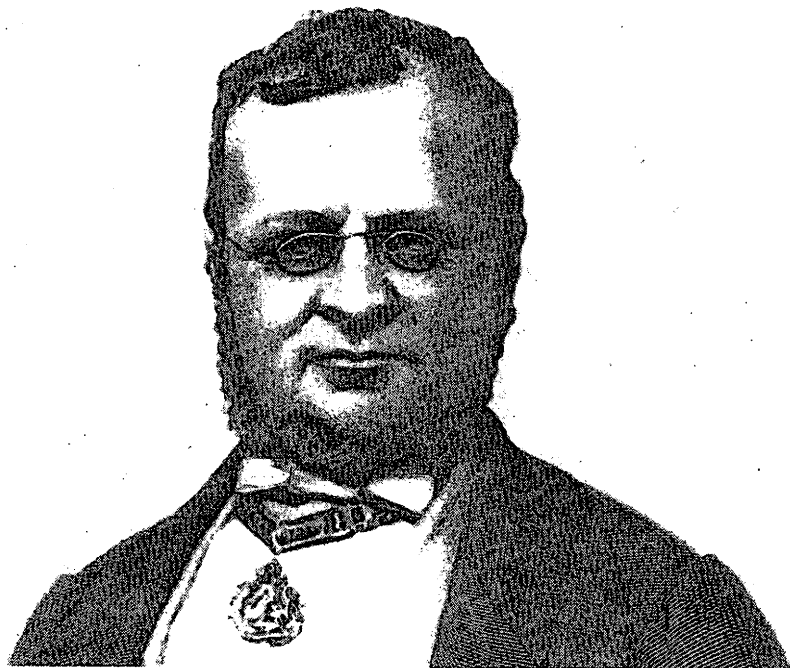
En el segundo caso, solicitaba el "sistema" a cambiar, pero corría el riesgo de no poder ir en contra de las necesidades inmediatas, apremiantes de los pobres.

La decisión (no sólo para Don Bosco, sino para muchos hombres de la iglesia de entonces) era damática: hiciérase lo que se hiciera, no se hacía "todo" lo que se debía hacer.

Don Bosco echó a andar, dada la urgencia del momento, por el primer camino. Cuando advirtió sus limitaciones, se sintió garantizado por la acción total de la Iglesia: "Dejemos a otras órdenes religiosas, con más aldabas que nosotros, las denuncias y la acción política. Nosotros vayamos derechos a los pobres".

Concluyendo, nos parece poder afirmar que, si hay en la Iglesia muchos carismas, muchos dones entregados a los individuos para el bien de la comunidad, Don Bosco tuvo el de la intervención urgente en favor de los muchachos pobres. Diferente, aunque no en oposición, con aquéllos tan exquisitamente sociales de monseñor Ketteler (1811-77),

de Toniolo (1845-1918), de don Sturzo (1871-1959). Por esta razón, el sacerdote piemontés puede muy bien figurar a su lado. Cuatro carismas diferentes en el ámbito de la Iglesia, vividos con honestidad y sin mancha, y, precisamente por esto, ricos en frutos auténticos para el pueblo de Dios.



Camilo Benso de Cavour. Es el alma del Risorgimento italiano y muy buen amigo de Don Bosco. "Me repetía frecuentemente — escribe el Santo— que si alguna cosa tenía que pedirle, siempre encontraría un cubierto en su mesa."

## 1849, año espinoso y estéril

---

"El año 1849 fue un año espinoso y estéril —escribe Don Bosco—, aunque es verdad que costó grandes fatigas y enormes sacrificios".

Para él comenzó con una triste noticia familiar. El 18 de enero moría, casi de repente, su hermano Antonio. Sólo tenía 41 años. Ultimamente iba a menudo al oratorio, para ver a mamá Margarita y a su hermano. Hablaban de las malas cosechas, de los impuestos elevados con que el gobierno exprimía el jugo a los campesinos, para financiar la guerra. Traía noticias de los siete hijos que Dios le había dado. El penúltimo, Nicolás, voló al cielo, a las pocas horas de nacer, pero los otros parecía que crecían bien.

Los años, la vida, habían acercado de nuevo a los hermanos. Los días del hielo entre ambos, quedaban muy lejos.

El uno de febrero, Carlos Alberto inauguró la Cámara, salida de las elecciones. La fuerte mayoría de izquierdas le escuchó en hostil silencio. Por las calles se empezó a gritar: "¡Viva la guerra! ¡Abajo los curas! ¡Viva la república!" En los diarios, aparecían caricaturas obscenas de Pío IX "el judas de Italia". Don Bosco salió en el periódico *Il Fischietto*, tratado con pesado humorismo. Se le llamaba "el Santo", "el taumaturgo de Valdocco".

Bandas de granujas volvieron a las pedreas contra la Casa Pinardi (que Don Bosco ya había alquilado del todo).

Cuando Don Bosco tenía que salir de casa, se hacía acompañar de Brosio el "bersagliere", que recordaba: "Al pasar por la avenida, que ahora se llama *Regina Margherita*, siempre había una turba de pequeños barrabases que insultaban a Don Bosco, lanzaban insultos poco decentes o contaban cancioncillas asquerosas. Un día estuve a punto de tomarles por mi cuenta. Pero Don Bosco me detuvo, logró acercarse a uno de ellos, compró fruta a una vendedora que tenía su puesto allí cerca y se la regaló a "sus amigos", como él les llamaba".

## **“El Amigo de la Juventud”, un fracaso**

Andaba preocupado Don Bosco por el mal que hacían a los jóvenes los periódicos antirreligiosos. Se vendían por las calles, los pegaban a las paredes. Los periódicos católicos eran pocos, y les faltaba garra para conquistar a las gentes.

Don Bosco tenía muchas preocupaciones, pero en el mes de febrero de aquel año se buscó la de fundar, difundir y dirigir un periódico. Lo tituló *El Amigo de la Juventud*. Salía dos veces a la semana. Le ayudaban a prepararlo don Cárpano y don Chiaves. Lo imprimía en la tipografía *Speirani-Ferrero*.

Fue un pequeño fracaso. El primer trimestre alcanzó los 137 abonados. El segundo trimestre, 116. Se publicaron, en total, 61 números.

Don Bosco se vió obligado a pagar a la tipografía 272 liras en pasivo. Pero no se arrepintió nunca. Había intentado hacer el bien. Había chocado, por vez primera, con “la tranquila inconsciencia” de los buenos. La prensa católica, en Italia se la va arrastrando a las espaldas, como una cadena pesada, hace más de cien años.

## **Todavía la guerra**

Mientras tanto, Turín respira todavía aires de guerra.

20 de febrero. Gioberti presenta la dimisión. Le sustituye, a la cabeza del gobierno, el ministro de la guerra, Chiodo. La izquierda democrática, dueña de la situación, empuja a la continuación de la guerra. El 2 de marzo, la Cámara presenta una petición al rey: “Los diputados del pueblo os exhortan a acabar con toda dilación y declarar la guerra. Confíemos en vuestras armas”.

12 de marzo. “Denunciado” el armisticio. La guerra estallará ocho días más tarde. 75.000 hombres se presentan en la frontera. El rey parte para Alessandria. Pero, esta vez, falta entusiasmo a los soldados. El regimiento de Saboya se niega a la marcha. Hay muchos desertores. Algunos son fusilados.

En Lombardía, Radetzky impone a sus soldados una nueva orden: “¡A Turín!”

23 de marzo. En un frente de cuatro kilómetros arde en llamas la “batalla de Novara”. La *Bicocca*, centro de violentas luchas cuerpo a cuerpo, se pierde y se vuelve a tomar varias veces. Episodios de auténtico heroísmo. En un contraasalto, a la bayoneta calada, muere el general Passalacqua. El general Perrone, ex-primer Ministro, herido de muer-

te, hace que le lleven en brazos hasta el rey para saludarle. Al atardecer, sin embargo, todo ha terminado. La artillería de Radetzky, más poderosa, ha liquidado la partida. El general Durando contará que tuvo que tomar del brazo a Carlos Alberto y sacarlo de la refriega.

La batalla y la guerra están perdidas. Llega la noche, y llega el caos. Desde Novara a Oleggio, a Momo hay un atasco de carros de combate abandonados. Los soldados dispersos marchan a la desbandada por todos los caminos, sin mandos y sin armas. Y gritan: "¡Vámonos a casa! ¡Que pague Pío IX, que paguen los ricos, que paguen los que quieran la guerra, nosotros nos vamos a casa!"

A la una de la noche, Carlos Alberto abdica. Con un capote de viaje sobre los hombros, sale de Novara en una calesa, y parte para el destierro en medio de aquel caos.

Se busca al nuevo rey, durante cuatro horas, por todo el campamento. Radetzky, apenas se anuncia la abdicación, concede seis horas de tregua.

El joven y trastornado Víctor Manuel, con la barba desaliñada, y los ojos caídos de cansancio, se encuentra con el mariscal austriaco en el patio de una alquería. Pide no pongan sobre sus hombros condiciones imposibles: Porque entonces también él tendrá que irse, y dejar el país en manos de los revolucionarios. Al salir, el anciano soldado austriaco (de 82 años) murmura al general Hess: "¡Pobre muchacho!"

## **El último trozo de libertad**

Pero el más desgraciado de todos, en aquel momento, es el país. La situación de Turín es tensa. Cuando se llega a saber que los austriacos exigen 200 millones, como indemnización de daños, y que ocuparán Alessandria, se desencadena la "oposición democrática". Se habla abiertamente de república. Se pide la continuación de la guerra hasta el último trance. Génova se subleva.

El joven rey llega a Turín. Quiere "echar a puntapiés" a los diputados, pero se lo piensa antes. Génova se acalla a cañonazos. Máximo D'Azeglio es nombrado Primer Ministro. El 6 de agosto se firma la paz. En un tira y afloja, dramático, aceptan los austriacos reducir la indemnización a 75 millones.

Pocas brasas quedan del incendio de 1848. Los combatientes, que habían luchado juntos en las barricadas de primavera, han sido derrotados. Los patriotas que exigían la independencia han enmudecido frente a la artillería austriaca. Los obreros han vuelto a la dura jornada

de las 12 horas. Las Constituciones liberales han sido abrogadas casi por todas partes. Solamente en piamonte permanece el Estatuto.

Y sin embargo, este trozo de libertad parecerá muy importante: toda Italia se unirá en derredor del piamonte. El resto de la semilla de libertad y de igualdad, dispersado en medio del aluvión de la represión, germinará lentamente al pasar de los años.

### **Nafragio de "los curas patriotas"**

En Novara naufragan los "curas patriotas" piamonteses. Persuadido de que "secundaba al pueblo", don Cocchi conduce un grupo de muchachos del oratorio de Vanchiglia para tomar parte en la batalla de Novara. Al llegar a Vercelli, el jefe de la división no reconoce como soldados a aquellos 200 jóvenes. No saben dónde pasar la noche, ni dónde encontrar víveres. Sufrida, entre tanto, la derrota de los piamonteses, vuelven a Turín y entran en la ciudad de noche, medio muertos de cansancio. Es una derrota para la obra del osado cura de Druent.

El oratorio de Vanchiglia se cierra durante algunos meses. Don Cocchi se esconde. Volverá a escena en octubre, pregonando juntamente con otros dos sacerdotes, el proyecto de un hospicio de beneficencia para pequeños artesanos. Será el principio del gran "Instituto de los Artesanitos". De este modo se viene a reconocer tácitamente que la línea "no política" de Don Bosco es la verdadera.

### **Treinta y tres liras para el Papa**

Durante esos meses, aumenta la población de Turín con decenas de millares de prófugos. La vida se hace difícil. Suben sin medida los alquileres y bajan los salarios. Un prófugo francés socialista, Coeurderoy, habla de la gran miseria por los barrios bajos. Falta una industria con vida. El dinero en circulación no basta para cubrir las altas tasas. Abundan los obreros sin contrata en el mercado, pese a que se construyen nuevas casas sin parar y se alquilan antes de estar acabadas. Mientras tanto, Pío IX sigue desterrado en Gaeta. El marqués Gustavo Cavour y el canónigo Valinotti abren en Turín una colecta con el título de "óbolo de San Pedro". Los muchachos del oratorio participan en ella. Céntimo a céntimo, a fines de marzo entregan al Comité 33 liras, junto con una carta de felicitación para el Papa.

El 2 de mayo recibe Don Bosco una carta del Nuncio pontificio: "El Santo Padre ha experimentado una dulce emoción al conocer la afectuosa y sencilla oferta de los pobres artesanitos y las devotas palabras con que quisieron acompañarla. Ruégole les haga saber cuánto le ha agradado su ofrenda preciosísima por proceder de los pobres".

A cambio, el Papa les envió un manojó de 720 rosarios, que llegaron a Turín el 21 de abril de 1850.

## **Dos corazones de plata**

24 de junio, fiesta de San Juan Bautista. Es el día onomástico de Don Bosco. Carlos Gastini y Félix Reviglio, a pesar de lo difícil de los tiempos que corren, deciden hacer un regalito a Don Bosco. Hace ya meses que se pusieron de acuerdo. Cuentan con los ahorros del pan, más las propinillas. Pero, claro, ¿qué podían comprar con los precios que se leían tras los cristales de los escaparates? Por fin se deciden: dos corazoncitos de plata, de aquellos que compra la gente para llevarlos a la Virgen "por las gracias recibidas". Han escogido algo extraño, pero genial y conmovedor.

La víspera de la fiesta, cuando todos se han ido a acostar, van ellos a llamar a la puerta de Don Bosco y se lo ofrecen, encendidas de rubor sus mejillas.

"A la mañana siguiente todos se enteraron de aquel regalo —escribe Lemoyne— y no sin cierta envidia".

## **Cuatro muchachos y un pañuelo blanco**

Gastini y Reviglio son dos muchachos que no pierde de vista Don Bosco. Durante el 1848 han hecho Ejercicios Espirituales con otros once. Este año vuelven a hacerlos con sesenta y nueve más, divididos en dos grupos.

Es una idea fija de Don Bosco la de "estudiar", conocer, elegir algunos" que den esperanza de vocación sacerdotal.

Al acabar los Ejercicios, llama a José Buzzetti, Santiago Bellia, Carlos Gastini y Félix Reviglio. Y les dice:

— Necesito que alguno de vosotros me ayude en el oratorio. ¿Qué decís?

— ¿Cómo ayudarle?



— Ante todo, empezando a estudiar. Una escuela rápida de latín. Y después, si Dios quiere, podréis llegar a ser sacerdotes.

Los cuatro se miran a la cara. Aceptan.

Don Bosco pone una sólo condición. Saca un pañuelo blanco y lo aprieta entre las manos.

— Os pido que seais, en mis manos, lo mismo que este pañuelo: obedientes del todo.

Solamente Bellia, de entre los cuatro, ha pasado ya las clases elementales. En agosto, Don Bosco les pone en manos del teólogo Chia-ves para que les dé un repaso de gramática italiana. En septiembre se los lleva consigo a I Becchi, huéspedes de José, y empiezan las clases de latín.

Vuelven en octubre a Turín. A tiempo, para participar en los grandiosos funerales que la ciudad dedica a Carlos Alberto, fallecido en Oporto.

## **El batallón en el arrabal de Vanchiglia**

Aquel mismo mes de octubre, de acuerdo con don Cocchi, y con la aprobación escrita del arzobispo, Don Bosco vuelve a abrir el oratorio del Angel Custodio en el barrio de Vanchiglia. Dos cobertizos, dos habitaciones, una sala grande adaptada para capilla: 900 liras de arriendo al año. Irá a dirigirlo don Cárpano, que deja el oratorio de San Luis en manos de don Ponte.

En el barrio de Vanchiglia siguen las feroces pedreas de los muchachos. Don Bosco envía para ayudar a don Cárpano al “bersagliere” Brosio, que funda también allí un belicoso “batallón”, dispuesto a jugar y hasta a batirse formalmente.

“Un día de fiesta —cuenta Brosio— aparecieron cuarenta barrabases, armados de piedras, palos y navajas dispuestos a penetrar en el oratorio. El director temblaba como una hoja. Yo, al ver que estaban dispuestos a pegarse, cerré la puerta, reuni a los muchachos mayores y les distribuí los fusiles de madera. Les dividí en escuadrillas y les ordené que, si atacaban, ellos tendrían que contraatacar a una señal mía, por todos los lados arreando, a la vez, leñazos sin compasión. Reuní a los más pequeños que lloraban de miedo, les metí en la iglesia, y me puse en guardia a la puerta de entrada, que los asaltantes intentaban derribar con fuertes empujones. Mientras tanto, alguno fue a avisar a los soldados de caballería, los cuales acudieron con los sables desenvainados”.

Aquella vez todo salió bien.

El 18 de noviembre, llega para convivir con Don Bosco, su compañero de seminario de Chieri, don Giacomelli. Dos años permaneció en su compañía. Gracias a su ayuda y a la del clérigo Ascanio Savio, Don Bosco pudo aumentar el número de muchachos internos, que así alcanzan a 30.

En 1852 llegan a 36, en 1853 son 76 y 115 en 1854. En el 1860 alcanzan a 470, y llegan a 600 en 1861. El último número fue de 800.

La forma de vida de aquellos muchachos sigue siendo extremadamente pobre. Durante el invierno se pasan de frío, en la iglesia y en todas partes, salvo en la cocina y en un salón donde se enciende una estufa de leña. El colchón, de lana o de crin, es el lujo de unos pocos. El poco dinero de la comunidad, se lo entrega Don Bosco a José Buzzetti, que tiene 17 años en 1849, y queda pasmado de tan enorme confianza.

Los domingos, los muchachos "internos" participan integralmente en la vida de los quinientos muchachos que invaden el oratorio para jugar e ir de paseo.

20 de noviembre. Víctor Manuel, después de la proclamación de Moncalieri, disuelve de nuevo la Cámara de diputados y convoca a los 90.000 electores para nuevas elecciones. Con duras palabras reprocha a la "izquierda democrática" haber arruinado la nación, e invita a los electores a elegir personas más moderadas para la Cámara.

Las elecciones tienen lugar el 9 de diciembre, a las puertas de un invierno que se prevé frío y desolador. Los nuevos diputados aceptan en silencio el tratado de paz. "No era una paz —escribe Cognasso—, era un armisticio para diez años. Diez años que había que pasar trabajando en silencio".

## **Veinte céntimos de polenta**

A últimos de 1849, mientras —según dicen las crónicas— mucha gente del cinturón de Turín padece hambre, la historia de Don Bosco registra unos sucesos misteriosos. Podíamos llamarlos (de no ser tan gruesa la palabra) "los milagros pobres que un sacerdote hace para la gente pobre").

Cuenta el primero José Brosio el "bersagliere", en una carta a don Bonetti.

"Un día, estando yo en la habitación de Don Bosco, se presenta un hombre pidiendo limosna. Contó que tenía cinco hijos y que hacía un día entero que no comían nada. Don Bosco rebuscó por sus bolsillos.

No encontró más que cuatro perras (veinte céntimos), y se las dió juntamente con la bendición.

Una vez solos, Don Bosco me dijo que sentía mucho no tener más dinero: si hubiera tenido cien liras, se las hubiese dado. Le dije:

— ¿Y cómo sabe que decía la verdad? ¿Y si es un estafador?

— No; es sincero y leal. Más te digo: es un trabajador, y muy amante de su familia.

— ¿Y cómo lo sabe?

Entonces, Don Bosco me tomó la mano, me miró fijamente a los ojos, y en voz baja me dijo:

— Se lo he leído en su corazón.

— Entonces, ¿también ve usted mis pecados?

— Sí, siento su olor —me respondió riendo—. Y debo añadir que verdaderamente leía en mi corazón. Si, al confesarme, me olvidaba de algo él me lo ponía ante los ojos tal cual era. Y yo vivía a más de un kilómetro de él. Un día, había hecho una obra de caridad, con gran sacrificio por mi parte, lo que era un secreto para todo el mundo. Pues bien, llegué al Oratorio, y Don Bosco, apenas me vio, me tomó por la mano y me dijo: “¡Qué cosa más hermosa te has preparado para el paraíso!” “¿Pues qué he hecho?”, le pregunté. Y él me dijo, ce por ce, todo lo que yo había hecho.

Otro día, me tropecé por Turín con el hombre a quien Don Bosco le había dado los veinte céntimos. Me reconoció, me detuvo y me dijo que, con aquellos céntimos, había comprado harina para la polenta, de la que él y toda su familia comieron hasta hartarse. Y repetía:

— En casa le llamamos “el cura del milagro de la polenta” porque con veinte céntimos no había harina para dos personas, y nosotros comimos siete”.

### **“Le llamé por su nombre: ¡Carlos!”**

El segundo lo refiere por escrito y en francés, la marquesa María Fasati, De Maistre siendo soltera. Dice así: “He oído este suceso de los labios de Don Bosco, y he querido transcribirlo con la máxima fidelidad.

Alguien vino un día en busca de Don Bosco para que fuera a ver un joven que frecuentaba el oratorio y que parecía gravemente enfermo. Don Bosco estaba ausente, y no volvió a Turín hasta dos días más tarde. No pudo ir a casa del enfermo, hasta el día siguiente, hacia las cuatro de la tarde.

Al llegar a la casa donde vivía, vió pegado a la puerta, el paño de luto con el nombre del joven a quien iba a visitar. A pesar de ello, subió, para ver y consolar a sus pobres padres. Les halló en un mar de lágrimas. Le contaron cómo había muerto su hijo por la mañana. Don Bosco pidió entonces si podía pasar a la habitación donde yacía el cuerpo del difunto para verlo por última vez. Uno de la familia le acompañó.

— Al entrar en la habitación —afirma Don Bosco—, me vino a la mente el pensamiento de si no estuviese muerto y, acercándome al lecho, le llamé por su nombre: “¡Carlos!” Entonces él abrió los ojos y me saludó con una sonrisa de sorpresa. “¡Oh, Don Bosco —dijo en alta voz— me ha despertado de un mal sueño!”

En aquel momento, algunas personas que estaban en la estancia salieron espantadas, gritando y tropezando con los candelabros. Don Bosco se dió prisa para rasgar el sudario que envolvía al joven, el cual siguió hablando así:

“Me parecía haber sido echado en una caverna larga, oscura, y tan estrecha que apenas si podía respirar. En el fondo veía un espacio más ancho y con más luz, donde eran juzgadas muchas almas. Mi angustia y mi terror crecían cada vez más, porque veía un gran número de condenados. En eso que había llegado mi turno, y estaba para ser juzgado como ellos, lleno de miedo porque había hecho mal mi última confesión, cuando ¡usted me ha despertado!”

Entre tanto, el padre y la madre de Carlos habían acudido al oír que su hijo estaba vivo. El joven les saludó cordialmente, pero les dijo que no creyesen en su curación. Después de besarles, pidió le dejaran a solas con Don Bosco.

Le contó que había tenido la desgracia de caer en un pecado que creía mortal, y que, al sentirse muy malo, le había mandado llamar con la firme intención de confesarse. Pero que no le habían encontrado. Que llamaron a otro sacerdote que él no conocía, y que no había tenido el valor de confesarle aquel pecado. Dios le había hecho ver que había merecido el infierno por aquella confesión sacrílega.

Se confesó con mucho dolor, y después de haber recibido la gracia de la absolución, cerró los ojos y expiró dulcemente”.

## **Un cesto de castañas que no se vacía**

El tercer suceso lo contó José Buzzetti, y lo confirmó por escrito Carlos Tomatis, uno de los primeros muchachos acogidos por Don Bosco.

El día de Difuntos llevó Don Bosco a todos los muchachos del Oratorio a visitar el cementerio y rezar. Les había prometido, para la vuelta, castañas cocidas. Y había hecho comprar tres grandes sacos.

Pero mamá Margarita no había entendido bien sus deseos y no hizo cocer más que tres o cuatro kilos.

José Buzzetti, el jovencísimo "ecónomo", llegó antes que los demás a casa, vió lo sucedido y dijo:

— Don Bosco va a quedar mal. Hay que decírselo enseguida.

Pero, con el alboroto de la vuelta de la hambrienta tropa, Bruzzetti no supo explicarse. Tomó en sus manos Don Bosco la pequeña cesta y empezó a repartir castañas con un gran cucharón. En medio de la barahúnda le gritaba Buzzetti:

— ¡Así no! ¡No hay para todos!

— ¡Hay tres sacos en la cocina!

— ¡No, sólo éstas, sólo éstas! —intentaba decirle Buzzetti mientras los muchachos gritaban y tomaban en tropel—. Don Bosco no quería creerlo.

— Yo les he prometido a todos. Sigamos así mientras haya.

Siguió entregando un cazo a cada uno. Buzzetti miraba nervioso los pocos puñados que quedaban en el fondo del cesto, y la fila de los que se acercaban, que parecía cada vez más larga. Alguno más empezó a mirar con él. De pronto, casi se hizo silencio. Centenares de ojos desencajados miraban aquel cesto que no se vaciaba nunca...

Hubo para todos. Quizás, por vez primera, con las manos llenas de castañas gritaron los muchachos aquella tarde: "¡Don Bosco es un santo!"

## Una casa y una Iglesia

En los últimos meses de 1849, Don Bosco elevó una petición al Ministerio del Interior para obtener un subsidio en favor del oratorio.

Un domingo por la tarde, en enero de 1850, una comisión compuesta por tres senadores, Sclopis, Pallavicini y Collegno, llegó a Valdocco para visitar la obra y presentar un informe al Senado y al Ministro.

La impresión fue positiva. Contemplaron a quinientos muchachos jugando por los patios y los prados, les vieron rezar apretujados en la capilla y aledaños, se informaron detalladamente del Internado donde tenía sus treinta huéspedes.

El conde Sclopis habló con un muchacho, José Vanzino. Supo que era de Varese, que trabajaba de picapedrero, que era huérfano de padre. Hasta se enteró, entre un mar de lágrimas del muchacho, de que su madre estaba en la cárcel.

— ¿Dónde vas a dormir por la noche?, preguntóle el conde un poco apurado.

— Hasta hace unos días dormía en casa de mi amo, pero ahora me ha acogido Don Bosco en su casa.

Pallavicini presentó el informe al Senado. Está registrado en las *Actas Oficiales* del 1º de marzo. Dice así: "La institución del distinguido y celoso sacerdote Juan Bosco manifiéstase eminentemente religiosa, moral, provechosa. Sería un grave daño para la ciudad si hubiese de interrumpirse o perderse por falta de socorros. Nuestra comisión cursa una instancia al Ministerio del Interior para que acuda eficazmente en socorro de obra tan útil y ventajosa".

Aquellas palabras, trocadas en liras, se convirtieron para Don Bosco en tres billetes de a ciento, por parte del Senado, y dos billetes de a mil, por parte del Ministro, Urbano Ratazzi.

Pero no fueron las liras (bien recibidas y bendecidas) el mayor fruto. Esta a punto de estallar en Piamonte una larga y angustiosa discusión

entre la Iglesia y el Estado. La visita y el informe de los tres senadores, que Don Bosco había solicitado, permitirían al oratorio superar sin graves daños el gran temporal.

## **Arresto del arzobispo**

En diciembre de 1849, mil eclesiásticos y diez mil ciudadanos turineses firmaron una petición al primer Ministro D'Azeglio pidiendo la vuelta del arzobispo Fransoni, desterrado todavía en Ginebra.

Hubo un estira y afloja entre el rey, los ministros y el arzobispo de Génova; pero, en febrero de 1850, monseñor Fransoni pudo volver a Turín.

Eran días "candentes". Se discutían en la Cámara los proyectos-ley presentados por el ministro de Justicia, Siccardi. Se pretendía abolir algunos antiguos privilegios eclesiásticos: el *foro eclesiástico* (obispos y sacerdotes acusados de delitos comunes ya no serían juzgados por tribunales eclesiásticos, sino por tribunales públicos), el *derecho de asilo* (no podía hasta entonces la policía detener a personas acusadas de ningún delito si se refugiaban en una iglesia o en un convento), la posibilidad de aumentar los *bienes de la iglesia*.

El 8 de abril fueron aprobadas las leyes Siccardi por la Cámara y por el Senado. El 9, fueron sancionadas por el rey. Las bandas anticlericales se desencadenaron por la ciudad. Se improvisaron cortejos con gente que gritaba: "¡Abajo los curas! ¡Viva Siccardi!". El punto de reunión fue el palacio arzobispal. Primero, hubo sólo gritos e insultos: "¡Muera Fransoni! ¡Fuera el Delegado Pontificio!" Se añadieron luego las piedras: cayeron los vidrios de las ventanas, se intentó derribar el portón de entrada. Tuvieron que acudir los escuadrones de caballería, sable en mano.

La reacción del clero fue inmediata. Pío IX protestó ardorosamente, con una carta del cardenal Antonelli. El Nuncio pontificio pidió el pasaporte y abandonó Piemonte. El día 18, el arzobispo envió a todos los párrocos una circular secreta: prohibía en ella a todo sacerdote comparecer ante ningún tribunal público sin su permiso personal.

21 de abril. La policía irrumpe en la imprenta Botta (donde se había impreso la circular), en las oficinas de correos, en el palacio arzobispal. Es secuestrada la circular y juzgada como una "instigación a la rebelión". Monseñor Fransoni, citado ante el tribunal civil y por haberse negado a comparecer, es condenado a una multa de 500 liras y a un

mes de cárcel. El 4 de mayo, a la una de la tarde, es arrestado y conducido a la ciudadela militar.

Turín vive momentos de grave tensión. La oposición católica es muy fuerte, aunque esté poco representada en el Parlamento (para el cual vota siempre el dos por ciento de la población). El comandante conde Viallardi, alcaide de la ciudadela, acoge deshecho en lágrimas al arzobispo, el comandante general, Imperor, le cede su propio alojamiento. Numerosas delegaciones piden al rey visitar al prisionero. Va también Don Bosco, y envía varias delegaciones de sus muchachos.

A fines de julio, se tensa de nuevo la cuerda entre el gobierno y el arzobispo. Pedro Derossi de Santarosa, ministro de Agricultura, cae gravemente enfermo. Pide los sacramentos. El párroco, de la congregación de los Servitas, recibe orden del arzobispo de exigir al enfermo una retratación pública de la aprobación dada a las leyes Siccardi. Santarosa se niega, y muere el 5 de agosto sin Viático.

Por las calles de Turín siguen los tumultos. Son expulsados los Servitas. El Ministro de la Guerra, Alfonso La Marmora, pide a Mons. Frasoni que renuncie al arzobispado. Y como se niega, le hace arrestar por los carabineros el 7 de agosto e internarlo en la fortaleza de Fenestrelle, junto a la frontera francesa. El 28 de septiembre, el arzobispo es desterrado por el Estado.

Cuadrillas de bandoleros asaltan los conventos de la ciudad. Los Oblatos, los Barnabitas, los Dominicos se atrincheran en sus casas. El 14 de agosto se presenta en Valdocco un tal Volpato y advierte a Don Bosco que, al atardecer, será asaltado también el oratorio. Que es mejor se marche enseguida con los muchachos.

Don Bosco reflexiona y decide quedarse. A las cuatro de la tarde, la columna de los manifestantes va bajando hacia la periferia. Pero, hay entre aquella gente (atestigua Lemoyne), hay uno a quien Don Bosco ha hecho mucho bien. Detiene a los primeros grupos y exclama:

— Hacemos mal en asaltar el oratorio. No encontraremos más que unos pobres muchachos y un cura que les da de comer. Don Bosco es del pueblo como nosotros. Dejémosle en paz.

Discuten, pero, luego, la columna toma otro camino.

## **Otros cuatro**

En medio del gran temporal, Don Bosco sigue trabajando en silencio. Reviglio, Bellia, Buzzetti y Gastini siguen en la "escuela rápida", y están casi a punto de rendir examen para vestir la sotana clerical. Miguelín



Rúa, en el verano de 1850, ha terminado las clases elementales en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y Don Bosco no le pierde de vista. Un día le llama aparte:

— ¿Qué piensas hacer el año que viene?

— Mi madre ha hablado con el director de la *Fábrica de Armas*. Me admiten a trabajar en las oficinas. Así podré ayudar a mi familia.

— También yo he hablado con alguien. Me han dicho tus maestros que el Señor te ha concedido buena inteligencia, y que sería una lástima no siguyes estudiando. ¿Lo sentirías?

— Sí, es verdad. Pero mi madre es pobre y no tengo padre. ¿A dónde quiere que vaya para pagar los estudios?

— De esto me ocuparé yo. Pregúntale solamente a tu madre si te deja empezar a estudiar latín.

La señora Juana María contempló largo rato a su hijo alto y paliduchito. Le oyó hablar con entusiasmo de Don Bosco, y respondió:

— Me gusta, Miguelín. ¿Pero, resistirá tu salud? El Señor ya se ha llevado a cuatro hermanos tuyos, y tú eres más delicado que ellos. Dile a Don Bosco que no te ate demasiado a los libros.

Como quiera que Miguelín vivía a pocos pasos del oratorio y ciertamente no repartía salud, Don Bosco le dejó todavía en su casa durante dos años, pero en noviembre le matriculó en la escuela privada del Profesor José Bonzanino. De noche, él mismo le repasaba la aritmética y el sistema métrico decimal. Con Rúa estaban los jóvenes Angel Savio, Francesia y Anfossi: formaban la segunda escuadra que Don Bosco quería llevar hasta el sacerdocio.

Los domingos, mientras Buzzetti y los otros ayudaban a Don Bosco, Miguel Rúa y Angel Savio iban a los oratorios de Vanchiglia y Puerta Nueva, en donde colaboraban asistiendo a los niños y enseñando el catecismo.

2 de febrero de 1851. Después de catorce meses en la "escuela de fuego", el primer grupo de sus cuatro muchachos, sale brillantemente en los exámenes de la Curia de Turín; Buzzetti, Gastini, Reviglio y Bellia visten la sotana en el oratorio. Don Bosco estalla de alegría. Le parece que los primeros corderos, por fin, se están convirtiendo en pastores. Pero se engaña: de los cuatro muchachos (que al día siguiente empiezan a estudiar filosofía) sólo Bellia y Reviglio llegarán al sacerdocio, aunque no se quedarán en el oratorio. Gastini se cansará pronto y abandonará los estudios. Buzzetti sí se quedará con Don Bosco; más, sin llegar a ser sacerdote. La primera esperanza, que se convertirá en plena realidad, es aquel muchacho alto y paliduchito que sigue viviendo con su madre, Miguelito Rúa.

## **Treinta mil liras y un ligero mareo**

Después de vestir la sotana los cuatro primeros “cleriguillos”, Don Bosco pensó en la casa. No podía seguir viviendo en un lugar que no era suyo, que podía ser vendido de la noche a la mañana a otras personas. Un domingo por la tarde, mientras don Borel predicaba, se acercó a Francisco Pinardi:

- Si me pone un precio aceptable, le compro toda la casa.
- El precio lo tengo. Usted ¿cuánto me ofrece?
- La he hecho tasar por un entendido, el ingeniero Spezia. Me dice que, tal y como está, vale de 26 a 28 mil liras. Yo le ofrezco 30.000.
- ¿Al contado y de un golpe?
- De acuerdo.
- Déme la mano. Dentro de quince días firmamos la escritura.

Don Bosco estrechó su mano, y sintió como un ligero mareo: 30.000 liras de entonces equivalían a más de 50 millones de hoy. ¿Dónde encontrar tanto dinero en quince días? He aquí lo que Don Bosco escribe, con toda sencillez:

“Empezó entonces un lindo tráfico con la divina Providencia. Aquella misma noche, cosa insólita en los días festivos, me viene a ver don José Caffaso, y me dice que una piadosa señora, la condesa Casazza-Riccardi, le había encargado me diera diez mil liras para emplearlas en lo que yo entendiera ser para la mayor gloria de Dios. Al día siguiente, llega un religioso rosmíniano, trayéndome 20 mil liras en préstamo”. El préstamo era al cuatro por ciento, y el abate Rosmini jamás insistió en la devolución del capital ni en el cobro de los intereses. “Las tres mil liras de gastos accesorios las puso el Caballero Cotta, en cuya banca se firmó la escritura”.

Era el 19 de febrero de 1851. Difícil no ver la mano de la Providencia, y todavía más difícil, para Don Bosco, no seguir adelante por el mismo camino.

## **La Porciúncula salesiana**

Una noche de aquel mismo mes, mientras remendaba, con mamá Margarita, la ropa de los muchachos que dormían, dijo entre dientes:

— Y ahora quiero levantar una iglesia hermosa en honor de San Francisco de Sales.

A Margarita se le cayeron de las manos hilo y aguja:

— ¿Una iglesia? ¿De dónde vas a sacar el dinero? No nos alcanza para el pan y la ropa de estos pobrecitos, ¿y hablas de una iglesia nueva? Espero que lo vuelvas a pensar, y que consultarás con el Señor, antes de embarcarte en un viaje como ése.

— Madre, si usted tuviese dinero, ¿me lo daría?

— Seguro, pero no tengo un céntimo.

— Y Dios, que es más bueno y más generoso que usted ¿cree que no me lo va a dar?

¿Cómo poder “razonar” con un hijo así?

Por otra parte, Don Bosco llevaba razón; la capilla Pinardi se había agrandado, pero los muchachos no cabían aunque tuviera tres plantas. Además, “así como, para entrar, era preciso bajar dos peldaños —escribe Don Bosco—, en invierno y en tiempo lluvioso estábamos inundados; mientras en verano, nos sofocaban el calor y el vaho excesivo”.

Encomendó los planos al arquitecto Blanchier, y las obras a Federico Bocca.

— Le advierto, —le dijo riendo Don Bosco— que algún día no tendré dinero para pagarle.

— Entonces iremos más despacio en el trabajo.

— No, no. Quiero que vaya deprisa, y que, dentro de un año, esté acabada la iglesia.

Federico Bocca se encogió de hombros:

— Pues entonces iremos aprisa. Pero también usted dése prisa con las liras.

“Una vez excavados los cimientos —recuerda Don Bosco—, se hizo la bendición de la primera piedra el 20 de julio de 1851”. Fue colocada por el Caballero José Cotta, uno de los más grandes bienhechores de Don Bosco. El discursito de agradecimiento lo leyó Miguel Rúa, que tenía 14 años. Habló, luego, el célebre orador padre Barrera. De ordinario, en tales ocasiones se suele exagerar; se buscan palabras efectistas. También Barrera buscó las suyas, pero no exageró. Dijo: “Esta piedra es el granito de mostaza. Crecerá como un árbol bajo el cual vendrán a refugiarse muchos muchachos”.

El gran rompecabezas fue el dinero. Don Bosco llamó a todas las puertas conocidas y a muchas otras, pero sólo llegó a juntar 35.000 liras. Le faltaban otras 30.000.

El obispo de Biella, monseñor Losana, distribuyó una circular a todos sus párrocos. Recordó “los muchos jóvenes albañiles de Biella” atendidos por el oratorio. Pidió una colecta especial para un domingo. Don Bosco esperaba mucho, pero el fruto fue muy escaso: mil liras.

También los muchachos le ayudaban como podían. Recordaba don Juan Turchi: "Estaban las paredes de la nueva iglesia a la altura de los ventanales, y aún me tocó, junto con mis compañeros, subir ladrillos hasta los andamios".

Para juntar las benditas 30.000 liras que faltaban, Don Bosco se aventuró, por vez primera, a hacer una lotería pública. Recordaba más tarde: "Se recogieron tres mil trescientos premios. El Papa, el Rey, la Reina Madre y la Reina Consorte nos honraron con sus ofrendas". Se expusieron públicamente los premios en un amplio salón detrás de la iglesia de Sto. Domingo. Se publicó un catálogo ilustrado con los premios.

Para el despacho de billetes pasó Don Bosco por muchas humillaciones. Pero se alcanzó un importe considerable: 26.000 liras limpias. En adelante, cuando Don Bosco se encuentre sin blanca, pensará enseguida en una lotería. En las últimas cartas de su vida, escritas ya con mano temblorosa, aún recomendará que "le acepten un talonario de billetes para mi lotería".

El 20 de junio de 1852 se consagraba la iglesia. Todavía se levanta en la extremidad de la casa Pinardi, humillada por la grandiosidad de la Basilica de María Auxiliadora que llega hasta tres metros de su puerta. Es la iglesia de la "Porciúncula salesiana". Dentro de sus muros, durante 16 años, (de junio de 1852 a junio de 1868) latió el corazón de la obra de Don Bosco.

Aquí iba a rezar el muchacho santo Domingo Savio. En el altarcito de la Virgen, a la derecha, se consagró a Ella. Por esta iglesia pasaron Miguel Magone, el granujilla de Carmagnola, y Francisco Besucco, el chaval de Argentera que en 1863 renovó la heroica bondad de Domingo Savio.

Aquí celebró su primera misa don Miguel Rúa. Durante cuatro años frecuentó esta iglesia, varias veces al día, mamá Margarita, cada vez más vieja y fatigada. En ella encontraba cada día la fuerza para empeñar el trabajo por los muchachos pobres.

## **Tal vez el diablo**

"Con la nueva Iglesia —anota Don Bosco— se facilitaba a los muchachos el deseo de intervenir en las funciones sacras y también la asistencia a las escuelas nocturnas y diurnas (*la capilla Pinardi; la Iglesia y la sacristía nueva se empleaban durante el día como aulas de clase*).

Más ¿cómo proveer a la multitud de pobres chicos que, a cada momento, pedían ser asilados? "Termina diciendo serenamente: "En

aquel momento de suprema necesidad se tomó la decisión de construir un nuevo brazo de edificio".

Ya estaba avanzado el otoño, pero se procedió a toda velocidad, y presto se llegó al tejado. Entonces empezó el mal tiempo. "Diluvio días y noches seguidas y las aguas penetraron y se filtraron por la fresca argamasa, hasta dejar las paredes con los ladrillos y guijarros descarnados. Era casi la medianoche del 2 de diciembre —siempre Don Bosco el que escribe— cuando se oyó un ruido violento, que fue creciendo hasta causar miedo. Eran las paredes que caían por tierra con estrépito".

Don Bosco les dijo a los muchachos aterrorizados:

— Es una broma del diablo. Pero con la ayuda de Dios y de la Virgen, lo levantaremos de nuevo.

Sin duda que el diablo cumpliría su papel; pero , más tarde, el economo don Fidel Giraudi pudo examinar los restos de aquellos muros y afirma que estaban rellenos con piedras y arena de río. La cual era muy deficiente. Don Bosco apretaba ahorrando los precios y el empresario, que todavía quería ganar algo...

La pérdida fue de 10.000 liras. Hasta la primavera no se pudo reemprender la obra, y el edificio estuvo terminado en octubre de 1853. "Como teníamos gran necesidad de locales —escribe Don Bosco— inmediatamente volamos a ocuparlos. Se regularon y organizaron aulas, comedor, dormitorio y el número de alumnos se elevó a 65".

## Y Dios envió un perro

El 17 de febrero y el 29 de marzo de 1848, Carlos Alberto concedió la "igualdad de derechos civiles" a protestantes y judíos, que, hasta el momento, sólo habían sido "tolerados".

Pensaban los católicos que, al alcanzar la igualdad de derechos, los protestantes quedarían tranquilos y quietos. Advirtieron en cambio, no sin temor, que la secta de los Valdenses estaba dispuesta a desencadenar una verdadera campaña de proselitismo.

Publicó tres diarios: *La Buena Noticia*, *La Luz Evangélica*, *El bravo piamontés*. Editó y difundió, a precios populares, libros de propaganda. Organizó ciclos de conferencias.

Era el primer impacto seco del "pluralismo". Los católicos piamonteses se indignaron, pero no supieron hacer más. "Confiados en las leyes civiles, que hasta entonces les habían protegido y defendido, —escribe Don Bosco— no tenían más que algún periódico, alguna obra de cultura. Ni un sólo diario, ni un sólo libro para poner en manos de la gente sencilla".

Los obispos piamonteses se reunieron el 1849 en Villanovetta Cúneo. "Indignarse no sirve de nada —concluyeron—. Hay que reaccionar, comprometerse en la prensa y en la predicación".

Frutos concretos de las reuniones fueron: la publicación de la *Colección de libros buenos* (septiembre 1849), del periódico *La Campana* (marzo 1850) y de las *Lecturas Católicas* (marzo 1853).

Estas últimas (una serie de libritos ágiles) las ideó Don Bosco, y las apoyó muy particularmente el obispo de Ivrea. El *Programa* explicaba la intención de los editores:

"1. Los libros serán de estilo sencillo, lenguaje popular, y sólo contendrán materia que toque exclusivamente a la Religión Católica.

2. Cada mes se publicará un ejemplar de 100 a 108 páginas. La suscripción será de una lira con ochenta céntimos al año".

## Nada de diálogo

Don Bosco escribió los seis primeros volúmenes. Salieron de marzo a agosto de 1853, con el título general de: *El Católico Instruido en su Religión*.

Recordaba Don Bosco sonriendo que, para aquellos seis primeros volúmenes, tuvo sus trabajos hasta encontrar un obispo que diese “la aprobación eclesiástica”. El Vicario General de Turín le dijo: “No me atrevo a poner mi firma. Usted desafía y ataca de frente al enemigo”. Don Bosco los había escrito con la misma decisión con que se va a una batalla. No sabía nada de diálogo. Su estilo era directo. Había que salvar a los jóvenes y a la gente para la Iglesia, para Dios, para la vida eterna, y por tanto, había que luchar, batirse. Oponerse con todos los medios “al torrente que intenta arrollar entre sus olas corrompidas a la Sociedad y a la Religión”.

Don Bosco, que recordaba el fracaso del *Amigo de la Juventud*, tenía cierta aprensión. Pero las *Lecturas Católicas* fueron recibidas con mucha aceptación y el número de lectores llegó a ser extraordinario. “Pero precisamente por ahí empezaron las iras de los protestantes”.

Bajaron a Valdocco los pastores valdenses Bert y Meille, y el evangélico Pugno. Intentaban persuadir a Don Bosco para que interrumpiera las *Lecturas*, o al menos moderase el tono de las mismas. Pero no sacaron nada en limpio.

“Un domingo del mes de enero, por la noche, me anunciaron la visita de dos señores. Entraron y, después de los saludos de cumplido:

— Usted, señor Teólogo, posee un gran don: el de hacerse leer y entender por el pueblo. Debería, en cambio, dejar de lado las *Lecturas Católicas*: son tópicos comunes.

— Es verdad que en obras de cultura estos temas ya fueron tratados. Pero nadie los ha desarrollado para el pueblo.

— Estamos dispuestos a financiar cualquier obra sobre historia (me pusieron delante cuatro billetes de mil); pero deje este su trabajo inútil.

— Si es un trabajo inútil, ¿por qué gastar dinero para hacer que lo deje? Vean ustedes, me hice sacerdote para consagrarme al bien de la Iglesia y de la gente sencilla, y quiero continuar escribiendo e imprimiendo las *Lecturas Católicas*.

Cambió el tono. Las palabras tomaron un son de amenaza:

— Hace usted mal. Si sale de casa, ¿está usted seguro de volver a entrar en ella?

Me levanté. Abrí la puerta de la habitación:

— Buzzetti, díje, acompaña a estos señores hasta el cancel”.

## Vino y castañas

Mientras salían, aquellos "señores" barbotaron: "Nos volveremos a ver". Don Bosco cuenta, en el último capítulo de sus *Memorias*, cómo "se volvieron a ver" y anota: "Parecía que existía una trama personal contra mí". Copiamos su descripción, algo condensada donde nos pareció necesario.

"Una tarde, mientras daba clase, vinieron dos hombres a llamarme a toda prisa: en la hostería del *Corazón de Oro* (calle Cottolengo, 34) había un moribundo. Fui, pero quise me acompañaran algunos muchachos de los mayores, aunque ellos intentaran disuadirme.

Llegados al *Corazón de Oro* me llevaron hasta una habitación de la planta baja, donde unos jaraneros comían castañas. Me invitaron a que me sirviese y comiese con ellos. Lo rechacé.

— Al menos tomará un vaso de nuestro vino. Un trago no le hará daño.

Sirvieron vino para todos, pero al llegar a mí, desmañadamente uno fue a buscar otra botella. Yo tomé el vaso, dije: "Salud", y lo dejé sobre la mesa.

— No haga eso. Es un desprecio.

— Es un insulto.

— No tengo ganas de beber—. Entonces se pusieron amenazadores:

— ¡Tiene que beber a toda costa! —Uno me agarró por el hombro izquierdo, otro, por el derecho—. Tiene que beber por las buenas o por las malas.

— Si de todos modos he de beber, dejadme libres los brazos —dije sacudiéndome de encima—. Pero ya que no puedo beber, se lo daré a uno de mis muchachos, que lo beberá en mi lugar. Y diciendo estas palabras dí un gran paso hacia la puerta, la abrí de par en par e invité a los jóvenes a entrar".

Al entrar aquellos muchachotes, cambiaron ellos de tono. Pidieron excusas, dijeron que el enfermo se confesaría otro día. "Una persona amiga hizo las averiguaciones del caso, y me contó que alguien les había pagado una cena, a condición de que me hubieran obligado a beber el vino que me había preparado".

## "Debían matarme"

"Los atentados que voy narrando parecen fábulas, y por desgracia, son historias que tuvieron muchos testigos.



Un domingo de septiembre, al atardecer, me llamaron a toda prisa desde casa Sardi, próxima al Refugio, para confesar a una enferma en trance de muerte. Invité a varios de los mayores a acompañarme: por entonces yo sospechaba de todo. Dejé a algunos al pie de la escalera: José Buzzetti y Jacinto Arnaud me acompañaron hasta el descansillo, junto a la puerta de la enferma.

Entré y ví a una mujer jadeante, como si fuera a expirar. Invité a las cuatro personas allí presentes a que se alejaran, para poderla confesar.

— Antes de confesarme —chilló la vieja— quiero que ese bribón me pida perdón.

— ¡Yo no te hecho nada!

— ¡Silencio! —gritó otro poniéndose en pie—. Siguióse una furibunda discusión, y antes de que yo llegase a entender de qué se trataba, alguien apagó las luces, y una lluvia de palos se descargó en mi dirección. Apenas si tuve tiempo para agarrar una silla, levantarla, guardándome la cabeza, y echar a correr hacia la puerta. Los bastonazos, que debían matarme, rompieron la silla. Uno me dio en el pulgar de la mano izquierda, quitándome la uña y media falange. Volví a casa con mis muchachos”.

“Parece —anota Don Bosco— que todo estaba urdido para hacerme desistir de calumniar a los protestantes”.

## **El “Gris”**

“Los frecuentes atentados de que era objeto me aconsejaron no ir sólo a Turín, ni tampoco volver (en aquel tiempo, entre el oratorio y la ciudad había un gran espacio de terreno, lleno de espinos y acacias).

Una tarde oscura, volvía yo completamente solo, y no sin algo de miedo, cuando veo junto a mí un perrazo que, a primera vista, me espantó; mas, al hacerme fiestas como si yo fuera su dueño, nos pusimos pronto en buenas relaciones, y me acompañó hasta el oratorio. Algo parecido sucedió muchas otras veces; de modo que puedo decir que el “Gris” (así lo llamó Don Bosco), me ha prestado importantes servicios. Expondré algunos.

A fines de noviembre de 1854, en una tarde oscura y lluviosa, volvía de la ciudad. A cierto punto, advertí que dos hombres caminaban a poca distancia de mí. Aceleraban o retardaban el paso, cada vez que yo aceleraba o retrasaba el mío. Quise desandar el camino, pero no me fue posible: dieron ellos unos saltos y, sin decir palabra, me echaron una manta encima. Hice cuanto pude por no dejarme envolver, quise gritar,

pero todo fue inútil. En aquel momento apareció el Gris. Aullando se abalanzó con las patas delanteras contra uno y con la boca abierta contra el otro.

— ¡Llame a ese perro! —se pusieron a gritar—.

— Lo llamaré si me dejáis en paz.

— Pero ¡pronto! —exclamaron—.

El Gris continuaba aullando como un lobo enfurecido. Reemprendieron ellos su camino, y el Gris, siempre a mi lado, me acompañó hasta casa.

Las tardes en que no iba acompañado de nadie, apenas llegaba cerca de los árboles, veía aparecer al Gris. Los jóvenes del oratorio le vieron muchas veces entrar en el patio. Una vez, espantados, dos muchachos quisieron emprenderla contra él a pedradas, pero José Buzzetti intervino:

— No le molestéis; es el perro de Don Bosco.

Entonces se pusieron a acariciarlo de mil modos y lo acompañaron hasta el comedor, donde estaba yo cenando con algunos clérigos y con mi madre. Quedaron todos estupefactos:

— No tengáis miedo —les dije—, es mi Gris; dejadlo que se acerque.

En efecto, después de dar una vuelta a la mesa, se puso a mi lado muy contento. Le ofrecí comida, pan y cocido, pero él rehusó. Apoyó la cabeza sobre mis rodillas, como si quisiera darme las buenas noches, después se dejó acompañar por los chicos hasta fuera. Recuerdo que aquella noche había llegado a casa tarde y que un amigo me había traído en su coche”.

Carlos Tomatis, que por aquellos años frecuentaba el Oratorio como estudiante, atestiguó: “Era un perro de aspecto formidable. Muchas veces mamá Margarita exclamaba al verlo: “Oh, ¡el feo animalazo!”. Tenía aspecto de lobo, con el morro alargado, las orejas tiasas, el pelo gris, y la altura de un metro”.

Una tarde —atestiguó Miguel Rúa que vio al Gris dos veces— Don Bosco tenía que salir para asuntos urgentes, pero se encontró con el Gris tendido a la larga en el umbral. Intentó alejarlo, pasar por encima. Pero el perro rechinaba los dientes y le echaba hacia atrás. Mamá Margarita, que ya lo conocía, reprendió a su hijo:

— *Se t'veuli nen scouteme mi, scouta almen 'l can; seurt nen* (Si no quieres escucharme a mí, escucha al menos al perro; no salgas).

Al día siguiente, supo Don Bosco que un sujeto mal intencionado, armado de pistola, le había estado esperando tras la esquina.

Varias veces tuvo Don Bosco la idea de averiguar la procedencia de aquel perro. Pero no llegó a saber nada. En 1872 la baronesa Azelia Fassati le preguntó qué pensaba sobre él, y Don Bosco sonriendo respondió:

— Haría reír si dijera que es un ángel. Pero, tampoco se puede decir que sea un perro ordinario.

### **Se duerme en una zapatería**

Durante el día, Don Bosco trabajaba para sus muchachos, circulaba en busca de limosnas, confesaba y predicaba en muchos centros de la ciudad. De noche robaba muchas horas al sueño para remendar ropa y calzado, para escribir sus libros. Se acumulaba el sueño y, a veces, le asaltaba a traición.

Después de comer, recordaba Juan Cagliero, alguna vez se dormía de repente, sentado en la silla, con la cabeza reclinada sobre el pecho. Entonces, los que estaban presentes, callando callandito, se iban de puntillas para no despertarle.

Aquella, era para él la hora más pesada de la jornada. Salía, iba a hacer recados por la ciudad, visitaba a los bienhechores para obtener su ayuda. “Caminando —decía sonriendo— me mantengo despierto”. Pero no siempre lo lograba.

A la hora de la siesta se encontró un día en la plazuela ante la Consolata, con un sueño tal que no recordaba ni dónde estaba ni a dónde iba. Había allí mismo una zapatería. Don Bosco entró y pidió al zapatero que le dejara dormir en una silla, unos minutos.

— Pase, pase, Reverendo. Me sabe mal porque le despertaré con los golpes de mi martillo.

— No, no me despertará.

En efecto, se sentó junto a una mesita, y durmió desde las dos y media hasta las cinco. Al despertar, miró alrededor, vio la hora y dijo:

— ¡Pobre de mí! ¿Por qué no me ha despertado?

— Carísimo, —respondió el buen remendón—, dormía usted tan a gusto, que hubiera sido un crimen despertarle. ¡Así me gustaría dormir a mí!

---

## Media docena de talleres

En el archivo de la Congregación Salesiana se conservan dos documentos raros: un contrato de "aprendizaje" en papel corriente, fechado en noviembre de 1851; y un segundo contrato, también de "aprendizaje", en papel sellado, con timbre de 40 céntimos, fechado al 8 de febrero de 1852. Ambos van firmados por el patrono, el aprendiz y Don Bosco.

He aquí las partes esenciales del primero:

"En virtud de la presente escritura privada, hecha en la Casa del Oratorio de San Francisco de Sales, se conviene:

1. El señor Carlos Aimino recibe, como aprendiz de su arte de vidriero, al joven José Bordone, natural de Biella; promete y se obliga a enseñarle *durante el espacio de tres años*, y a darle durante el curso del aprendizaje las instrucciones necesarias y las reglas que se refieren a su arte y a la vez los oportunos avisos relativos a su buena conducta, *corrigiéndole*, en el caso de alguna falta, *con palabras y no de otro modo*; y se obliga también a emplearle continuamente en trabajos *relativos a su arte y no ajenos a ella*, cuidando no sean superiores a sus fuerzas.

2. El mismo maestro deberá dejar totalmente *libres* al aprendiz *todos los días festivos del año*.

3. El mismo maestro se compromete a pagar diariamente al aprendiz una lira, durante el primer año, una y media el segundo, y dos liras el tercero; se le conceden cada año 15 días de vacaciones.

5. El joven José Bordone promete prestar, durante todo el tiempo del aprendizaje, su servicio al maestro su patrono con presteza, asiduidad y atención; ser dócil, respetuoso y obediente.

7. El Director del Oratorio promete prestar su asistencia para el buen éxito de la conducta del aprendiz".

## **El dedo en la llaga**

En esta escritura pone Don Bosco el dedo en la llaga, mejor aún, en las llagas. Había amos que empleaban a los jóvenes aprendices para criados y pinches. El les obliga a emplearles únicamente en su oficio. Algunos amos golpeaban a los aprendices y Don Bosco exige que las correcciones no pasen de las palabras. Se preocupa de la salud, del descanso festivo y de las vacaciones anuales. Y exige un salario “progresivo”, ya que al tercer año de aprendizaje, en la práctica, era un año de verdadero trabajo.

En el segundo contrato, junto al timbre con el escudo real, hay la siguiente inscripción: “Convenio entre el señor José Bartolino maestro carpintero con domicilio en Turín, y el joven José Odasso, natural de Mondoví, con intervención del reverendísimo sacerdote Juan Bosco, y con la asistencia y garantía del padre de dicho joven, Vicente Odasso, natural de Garessio con domicilio en esta capital”.

El texto es casi una copia del primero. No hay más que un detalle notable. Don Bosco obliga al que da el trabajo a portarse no como un “patrono” sino como un “padre”. Se lee en el artículo 1º:

“El señor José Bertolino maestro carpintero... se obliga a dar al joven José Odasso, durante el curso de su aprendizaje... en cuanto a su conducta moral y civil, los oportunos y saludables avisos que un buen padre daría a su hijo; a corregirle amablemente en cualquier fallo, pero siempre sólo con palabras de amonestación y no de ningún otro modo”.

No fue Don Bosco el inventor de los contratos de aprendizaje. La *Obra de la mendicidad instruida* (fundada en 1774) estipulaba estos contratos ya hacía tiempo. Pero los dos contratos, firmados por Don Bosco, son de los más antiguos que se conservan en Turín. Por tanto, nos es lícito pensar (al menos mientras no haya nuevos documentos que lo desmientan) que, fuera de la *Obra de mendicidad* y de Don Bosco, casi nadie se preocupaba de la defensa de los aprendices.

No pensaban en ello los padres, casi siempre pobres e ignorantes. No pensaban las autoridades civiles que, de acuerdo con las doctrinas liberales, dejaban que los jóvenes fueran aprovechados según las leyes de la “libre concurrencia”.

## **Aislado e indefenso en manos del amo**

Al empezar la “casa del Oratorio” (que Don Bosco llama *hospicio*, y que nosotros, siguiendo los términos de hoy, llamaríamos *colegio de*

*internos*) acoge, de modo especial, jóvenes trabajadores. Tras el primer muchacho del Valle de Sesia, hospedado en la cocina de mamá Margarita una noche de lluvia, después de Buzzetti y Gastini, llegan cada año por decenas. Algunos se quedan tres años, otros dos meses, hay quien se queda para toda la vida. Solamente a partir de 1856, la mayor parte de los internos son estudiantes.

La preferencia otorgada a los jóvenes trabajadores es hija de su mísera condición. Los edictos reales de 1844, al abolir las corporaciones, abandonaron al obrero, especialmente al *joven* obrero, aislado e indefenso, en manos del patrón. Carlos Alberto fue concediendo poco a poco la formación de "sociedades asistenciales", pero los liberales se oponían también a esto.

Don Bosco coloca a sus muchachos con un patrón, les ampara con buenos contratos, les va a visitar al taller cada semana, como "responsable ante la familia". Si el patrón no respeta los pactos, retira al aprendiz.

En 1853, terminado el nuevo edificio, se decide a empezar en su propia casa los primeros talleres. Dos son los motivos: "las malas costumbres y la irreligión" con que los muchachos se tropiezan al encontrarse con los trabajadores adultos de los talleres, y la ayuda que los talleres de zapatería, sastrería y tipografía podrán aportar al Oratorio.

## **Dos mesitas para empezar**

En otoño de 1853 abrió Don Bosco los talleres de zapatería y sastrería. El de zapatería fue emplazado en el estrechísimo local que hoy funciona como mini-sacristía de la capilla Pinardi, junto al campanario: con dos mesitas y cuatro taburetes. El primer maestro fue Don Bosco: se sentó a la mesita y martilleó una suela ante cuatro muchachos. Después les enseñó a manejar la lezna y a untar el cabo con pez. Pocos días después cedió el puesto de "maestro" a Domingo Goffi, portero del Oratorio.

La sastrería se colocó en la habitación de la cocina, y las ollas y hornillos fueron a parar al edificio nuevo. Los primeros maestros de la sastrería fueron mamá Margarita y también Don Bosco, que enseñó a coser y cortar, como había aprendido en Castelnuovo en casa de Juan Roberto.

Durante los primeros meses de 1854, casi jugando, abrió el tercer taller: de encuadernación de libros. Ninguno de sus muchachos conocía este oficio.

Un día, rodeado de unos cuantos, extendió sobre una mesa los folios impresos de su último librito *Los Angeles Custodios*. Después, señalando a un muchacho le dijo:

— ¡Tú harás de encuadernador!

— ¿Yo? Ni sé que es eso.

— Es muy fácil. Ven aquí. ¿Ves? Estos folios grandes se llaman “signaturas”. Hay que doblarlos por la mitad, luego otra vez por la mitad, después todavía por la mitad, y una vez por la mitad. ¡Hala! probemos.

Con la ayuda de los que estaban en derredor de la mesa se plegaron todos los folios. Don Bosco puso las signaturas plegadas una sobre otra:

¡Ea! el libro hecho. Ahora hay que coserlo. Llamó en su ayuda a mamá Margarita y, con una aguja gorda y alguna perforación a mano, salió a flote en su empresa. Una pizca de harina blanca, mezclada con agua sirvió de engrudo para pegar la cubierta.

No faltaba más que la última operación: cortar los bordes del libro. ¿Cómo hacer? Los muchachos siempre en derredor de la mesa, opinaban que había que usar las tijeras, el cuchillo, la rasqueta. Fue Don Bosco a la cocina, tomó la cuchilla de acero que sirve para triturar cebollas y perejil, y con unos golpes limpios cercenó los bordes. Reían los muchachos y también Don Bosco reía. Pero se había “inaugurado” el taller, y fue organizado en una habitación del edificio nuevo.

## **Un año más para la imprenta**

A fines de 1856 se inició el cuarto taller, la carpintería. Enseguida se convirtió en algo serio: un buen grupo de muchachos fue retirado de los talleres de la ciudad y colocado en una amplia sala provista de bancos, utensilios de profesión, almacén de maderas. El primer maestro fue el señor Corio.

El quinto taller, el más deseado, fue el de la imprenta. Don Bosco debió afanarse durante casi un año para alcanzar el permiso del gobierno. Se lo dieron el 31 de diciembre de 1861. Comenzó bajo la dirección del maestro de arte Andrés Giardino y la ayuda de José Buzzetti.

No sabemos exactamente el día en que la imprenta empezó a funcionar, pero fueron los mismos jóvenes impresores los que dieron la noticia del suceso a sus bienhechores, por medio de una circular impresa.

El primer libro que se imprimió en la “Tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales” fue un librito del canónigo C. Schmid: *Teófilo, o el*

*joven ermitaño, narración amena.* Apareció como un volumen de las *Lecturas Católicas*, en mayo de 1862. A partir de entonces, las *Lecturas Católicas* se imprimieron siempre en la "Tipografía del Oratorio", salvo raras excepciones.

Los inicios fueron modestos: dos máquinas que los muchachos hacían girar a fuerza de brazo. Pero, aún en vida de Don Bosco, aquella tipografía llegó a ser grandiosa y moderna, al extremo de competir con las mejores de la ciudad: cuatro prensas, doce máquinas movidas por energía, estereotipia, fundición de tipos, calcografía.

En 1862 Don Bosco abrió su sexto y último taller, el de cerrajería, predecesor de los actuales talleres de mecánica.

### **Cuatro caminos para dar con el verdadero**

Don Bosco encontró muchas dificultades para poner en marcha los talleres y fue probando diversas fórmulas.

Al principio tomó maestros de arte con un salario normal. Consecuencia: se preocupaban del trabajo, pero no del progreso de los alumnos y de la buena marcha del taller.

Segunda fórmula. Se confió a los maestros de arte toda la responsabilidad, con la molestia de buscarse el trabajo, como si fueran los amos. Consecuencia: los muchachos eran tratados como peones y arrancados a la autoridad del director.

Tercera tentativa. Don Bosco asume toda la responsabilidad moral y administrativa de los talleres, dejando solamente en manos de los jefes de arte la formación profesional de los aprendices. Todavía una consecuencia negativa: por miedo a ser suplantados por los alumnos mejores, los jefes enseñan poco, les dejan apoltronarse.

Don Bosco no dio con la fórmula verdadera hasta que no llegó a formar jefes de taller, totalmente ligados a él: los coadjutores salesianos, religiosos igual que los clérigos y sacerdotes, pero dedicados a las escuelas profesionales.

### **"El que no es totalmente pobre está fuera de lugar en esta Casa"**

El internado del Oratorio no podía convertirse en una "fábrica de obreros", sino en una verdadera casa de educación. Por esto, durante el año escolástico 1854-55, Don Bosco inaugura el primer "reglamento",



que delinea la fisonomía de la Obra para Jóvenes artesanos (de los estudiantes no trata más que en un apéndice del reglamento).

Para aceptar a un joven artesano éste debe tener de doce a dieciocho años de edad, debe ser "huérfano de padre y madre y del todo pobre y abandonado. Si tiene hermanos o tíos que pueden atender a su educación, está fuera del fin de esta Casa".

El reglamento presenta a los muchachos "las personas a las que cada hijo deberá estar sometido, y que son consideradas como superiores de la Casa". Y son el *Rector* (responsable de los deberes de cada uno y de la moralidad de los hijos de la Casa), el *Prefecto o ecónomo*, el *Catequista* o *director espiritual* (cuya misión es la de atender a las necesidades espirituales de los jóvenes), el *Asistente* (que distribuye el pan, asiste a la mesa, en los talleres, en los dormitorios).

Recomienda como virtudes fundamentales la piedad con Dios, el trabajo, la obediencia a los superiores, el amor a los compañeros, la modestia. Da normas para el comportamiento en casa y fuera de ella. Cataloga "tres males que hay que evitar a toda costa": la blasfemia, la deshonestidad, el robo. Declara "como causas totalmente prohibidas" tener dinero, jugar a juegos peligrosos, fumar, salir a comer con parientes y amigos.

El horario preveía levantarse por la mañana, la misa con las oraciones y el rosario, el desayuno y el trabajo. Se reunían, de nuevo, todos para la comida y el recreo largo de la tarde. Luego se volvía al trabajo. Al atardecer estaban previstos los ejercicios escolares. La jornada acababa con las oraciones de la noche y unas breves palabras de Don Bosco a toda la familia: las "buenas noches".

Se invitaba a los jóvenes, todos los meses, a participar en un breve retiro espiritual (Ejercicio de la Buena Muerte), y, cada año, en una breve tanda de Ejercicios Espirituales.

En el campo religioso, Don Bosco fue siempre menos exigente con los jóvenes trabajadores que con los estudiantes. Pero, al ver entre ellos muchachos de gran religiosidad, en 1859 favorece el nacimiento de la "Compañía de San José": un grupo que debía reunir a los mejores, y comprometerles a profundizar la vida cristiana y apostólica.

## Estudiantes con capote militar

1 de noviembre de 1851. Don Bosco llega a su pueblo, Castelnuovo de Asti. Por la tarde, tiene que predicar la conmemoración de los difuntos.

Anda entre los monaguillos un muchacho que le acompaña hasta el púlpito, y que le mira fijamente durante todo el sermón. De vuelta a la sacristía, observa Don Bosco que le sigue mirando en silencio. Le llama:

— Me parece que tú tienes algo que decirme, ¿verdad?

— Sí, señor. Quiero ir a Turín con usted, para estudiar y hacerme sacerdote.

— Muy bien. Entonces, dile a tu mamá que venga, después de cenar, a casa del párroco.

El muchacho se llama Juan Cagliero, y es huérfano de padre. La mamá llega con Juan después de cenar.

— Entonces —bromea Don Bosco— ¿es verdad, Teresa, que quiere venderme a su hijo?

— ¡Ah, no! —responde riendo la mujer—. Nosotros vendemos los ternerillos. Los muchachos se regalan.

— Mejor aún. Prepárele algo de ropa, y mañana me lo llevo conmigo.

Al alba del día siguiente estaba Juan Cagliero en la iglesia. Ayudó a misa a Don Bosco, desayunó con él, besó a la mamá, y con su hatillo a cuestas dijo, impaciente.

— Entonces, Don Bosco, ¿vamos?

### **"A dormir en el cesto del pan"**

Anduvieron el largo camino a pie. Prácticamente Juan lo anduvo dos veces, porque, al tiempo que hablaba con Don Bosco, corría mas ade-

lante, perseguía las mariposas por los prados, saltaba las zanjas. Recordaba a Cagliero:

“Durante aquel viaje Don Bosco me hizo mil preguntas y yo le di mil respuestas. Desde entonces, no tuve con él ningún secreto. Al oír mis travesuras infantiles, me decía bromeando que ahora tendría que ser mejor. Finalmente llegamos a Turín.

Era por la tarde del día 2 de noviembre, y estábamos cansados. Don Bosco me presentó a Mamá Margarita, diciendo:

— Madre, te traigo un chico de Castelnuovo.

Margarita respondió.

— Ah, sí, tú no haces más que buscar muchachos y luego yo no sé donde meterlos.

— Este es tan pequeño —bromeó Don Bosco— que le pondremos a dormir en el cesto del pan. Con una cuerda lo subiremos arriba, bajo la viga, como una jaula de canarios.

Mamá Margarita se echó a reír y me buscó un puesto. Verdaderamente no había ni un rincón libre; así que, aquella noche me tocó dormir a los pies de la cama de otro compañero.

A la mañana siguiente vi la pobreza que reinaba en aquella casa. Nuestro dormitorio, en la planta baja, era estrecho, y tenía por pavimento un embaldosado de adoquines. En la cocina había unos pocos platos de estaño, con sus correspondientes cucharas. Tenedores, cuchillos, servilletas llegaron muchos años después. El comedor era un sotechado. Don Bosco nos servía la comida, nos ayudaba a tener ordenado el dormitorio, limpiaba y remendaba nuestra ropa, y hacía los más humildes servicios.

Para todo hacíamos vida común. Nos encontrábamos como en familia, más que en un colegio, bajo la dirección de un padre que nos quería, y sólo se preocupaba de nuestro bien espiritual y material”.

Juan Cagliero demostró desde los primeros días un ingenio vivo y un temperamento alegre. Tenía unas ganas de jugar desbordantes.

Miguel Rúa vivía todavía con su madre, pero por la mañana se ponía a la cabeza del grupito de estudiantes, e iba con ellos al profesor Bonzanino. Por encargo de Don Bosco, Rúa fingía de “asistente”, y se preocupaba de que ninguno hiciera novillos. Pocas veces logró Miguel “refrenar” a Cagliero. Apenas salían del Oratorio, Juan cambiaba de calle, corría hasta Puerta Palazzo y se quedaba encantado frente a los charlatanes y los barracones. Después, siempre corriendo, se plantaba en la escuela. Cuando los otros llegaban, ya estaba él a la puerta, sudando pero contento. Miguel le miraba de reojo:

— ¿Por qué no vienes con nosotros?

- Porque me gusta ir por otras calles, ¿qué más da?
- Tienes que ser obediente.
- ¿Acaso no lo soy? Tengo que venir a clase y vengo. Tengo que ser puntual y lo soy. ¿Qué te importa a tí, si me gusta ver a los charlatanes?

Un día sería el primer obispo y primer cardenal salesiano. Junto a don Rúa llegaría a ser una de las columnas más sólidas de la Congregación Salesiana. Pero, como temperamento, Rúa y Cagliero serían siempre distintos: Miguel, diligente, constante, reflexivo; Juan, extrovertido, entusiasta, exuberante. Los dos dispuestos a echarse al fuego por Don Bosco.

### **"Cruzarás el Mar Rojo y el desierto"**

22 de septiembre de 1852. Miguel Rúa entra definitivamente como alumno interno en el Oratorio. Al día siguiente, en compañía de Don Bosco, mamá Margarita y veintiséis muchachos más, van a pie a I Becchi. Don Bosco predicará la novena del Rosario en Castelnuovo, y los muchachos se hospedarán en casa de su hermano José.

Antes de salir, Don Bosco llamó a Miguel y le dijo:

— Para el año próximo necesito que me eches una mano formalmente para llevar adelante el negocio. El 3 de octubre será la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Vendrá a I Becchi el párroco de Castelnuovo, y en la capillita te impondrá la sotana. De vuelta al Oratorio serás asistente y maestro de tus compañeros. ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

Por la tarde de aquella fiesta —recordaba más tarde don Rúa— ya en el carruaje que les llevaba a Turín, rompió Don Bosco el silencio para decirle:

— Mi querido Rúa, empiezas ahora una vida nueva. Pero sábetelo que, antes de entrar en la Tierra Prometida, habrás de atravesar el Mar Rojo y el desierto. Si me ayudas, pasaremos tranquilamente el uno y el otro, y llegaremos a la Tierra Prometida.

Miguel piensa un poco en ello. No lo entiende del todo. Rompe el silencio y pregunta:

— ¿Se acuerda de nuestro primer encuentro? Usted había repartido medallas, para mí no quedó ninguna. Me hizo entonces un gesto extraño, como si quisiera darme la mitad de su mano. ¿Qué quería decir?

— ¿Todavía no lo has entendido? Quería decirte que nosotros dos

tenemos que hacerlo todo a medias. Todo lo mío será también tuyo: comprendidas las deudas, la responsabilidad, los quebraderos de cabeza—. Y Don Bosco sonríe. —Pero habrá también muchas cosas hermosas, ya lo verás. Y al acabar, la más hermosa de todas: el paraíso.

## **Garantía para cincuenta años**

Martes de Pascua de 1853. El cielo de Turín está encapotado. Juan Francesia y Miguel Rúa, compañeros de clase y amigos para toda la vida, repasan juntos la lección de italiano. Pero Miguel anda distraído, está ausente. Como si llevara auestas una gran tristeza. Francesia, después de preguntarle dos veces lo mismo, cierra secamente el libro y estalla:

— Pero ¿qué te pasa?

Miguel, mordiéndose los labios para no llorar, murmura:

— Ha muerto mi hermano Juan... La próxima me toca a mí...

Era el último de los hermanos que le quedaba en casa. Ahora se quedaría sola su madre en la pequeña vivienda de la *Fábrica de Armas*. Supo Don Bosco la noticia, y para distraer a Miguel se lo llevó a la ciudad. Tiene que resolver un asunto cerca de la iglesia de la *Gran Madre*, a orillas del Po. Marchan ligeros, hablan del Oratorio. En aquellos mismos días Turín acaba de celebrar el octavo cincuentenario del famoso "milagro del Santísimo Sacramento", y Don Bosco ha publicado un librito que ha vendido deprisa. De repente, se para Don Bosco y dice lentamente:

— Dentro de cincuenta años se celebrará el noveno cincuentenario del milagro y yo ya no estaré. Pero tú, sí. Acuérdate, entonces, de volver a publicar mi librito.

Miguel piensa en la fecha fabulosamente lejana: ¡1903! Menea la cabeza.

— Muy deprisa va usted, Don Bosco, diciendo que yo estaré. Yo tengo miedo de que pronto me haga la muerte una broma de las suyas.

— Nada de bromas —corta Don Bosco—. Te garantizo que tú estarás dentro de cincuenta años. Haz reimprimir el librito, ¿entendido?

(En efecto, don Rúa estaba el 1903, como sucesor de Don Bosco al frente de la Congregación Salesiana. Tenía 66 años, e hizo reimprimir el librito).

## **"Señoritos y mendiguillos"**

A la par que se dedicaba a los jóvenes trabajadores, Don Bosco no olvidaba a los estudiantes. Su fin —lo hemos señalado varias veces— era prepararse colaboradores, clérigos y sacerdotes, que le ayudaran en sus obras; y preparar también vocaciones sacerdotales para las diócesis, escogiéndolas entre los muchachos "que crecían entre la azada y el martillo", para suplir la deficiencia de sacerdotes.

La primera "cuadrilla" que preparó pudo desilusionarle algo, como ya hemos dicho. Pero Rúa, Cagliero y Francesia colmaron totalmente sus esperanzas. Junto a ellos crecían Angel Savio, Rocchietti, Turchi, Durando, Cerruti...

El internado para estudiantes nació a la chita callando, pero se desarrolló vigorosamente: 12 estudiantes en 1850, 35 en 1854, 63 en 1855, 121 en 1857...

Los alumnos de los primeros tres cursos de latín iban a clase con el señor Bonzanino, pasaban después a las clases de humanidades y retórica con don Mateo Picco, que tenía un colegio cerca de la Consolata. A estas dos escuelas privadas iban los hijos de las "familias bien" de Turín, y pagaban muy caro. Los chicos de Don Bosco, en cambio, iban de balde.

Los "señoritos", al principio, se burlaban de los "mendiguillos", los cuales iban a clase vistiendo capotes militares que "les daban un aire de contrabandistas o de caricatura". (Don Bosco había obtenido, como regalo del Ministerio, capotes y gorros de soldado. Tenían más forma de manta que de vestido, recuerda Lemoyne, pero guardaban de la lluvia y de la nieve). Mas el señor Bonzanino no aguantaba bromas: "El valer de un muchacho —declaró solemnemente— se mide por las páginas de los deberes, y no por el color del capote". Y por las calificaciones, resultaron "mendiguillos" los hijos de papá. Los muchachos de Don Bosco estudiaban. El amor de Don Bosco sabía ser exigente, no toleraba los gandules. En 1863 el profesor Prieri, de la Universidad de Turín, declaraba: "Con Don Bosco se estudia y se estudia de verdad".

## **"Me encuentro bien entre los muchachos"**

El ideal de Don Bosco no estaba en ir y venir por la ciudad. Además, muy pronto, no fueron suficiente las aulas de Bonzanino y Picco para atender a todos los estudiantes del Oratorio.

Apenas Juan Bautista Francesia, a sus 17 años, hubo terminado brillantemente los cursos de latín, se le confió la tercera "gimnasial". Era en noviembre de 1855.

Al año siguiente entraron en funciones la primera y segunda, dirigidas por un seglar amigo de Don Bosco, el profesor Bianchi.

El año 1861 los alumnos de las tres clases gimnasiales superaban los doscientos. Eran profesores los clérigos Francesia, Provera, Anfossi, Durando, Cerruti.

En el apéndice del "reglamento" dedicado a los alumnos estudiantes, se prescribía, para ser aceptado en el Oratorio en calidad de estudiante: "especial aptitud para el estudio", "eminente piedad", "intención de abrazar el estado eclesiástico, dejando sin embargo libertad para seguir su vocación al terminar el curso de latinidad".

No se insistía de una forma draconiana en la condición de orfandad y pobreza total. Sin embargo, la mayor parte de los alumnos estudiantes procedía de ambientes pobres, como se puede apreciar por el episodio de los capotes militares.

El horario de artesanos y estudiantes coincidía. La única diferencia estaba en las horas transcurridas, por los artesanos, en los talleres; y en la clase y el estudio por los estudiantes.

"Hasta 1858 —recuerda Lemoyne— gobernó Don Bosco y dirigió el Oratorio como un padre regula la propia familia. Los jóvenes no experimentaban mucha diferencia entre su casa paterna y el Oratorio. No existían las filas para trasladarse de un lugar a otro, ni la vigilancia de los asistentes, ni tantas pequeñas normas".

Don Bosco vivía con los muchachos siempre que podía. Decía él: "No sé estar sin mis muchachos". Sólo por motivos graves no andaba entre ellos, conversando y jugando. Durante mucho tiempo fue con ellos, sin ambages, a su salón de estudio. No porque faltasen asistentes, sino porque se encontraba bien"; y en un banco, como el de los muchachos "escribía o meditaba su próximo libro".

Al acabar de cenar (y esto hasta 1870), toda una caterva de muchachos irrumpía en el comedor donde Don Bosco estaba terminando su plato. A porfía para estar más cerca de él, y verle, preguntarle, oírle, reír con sus alegres salidas. Los muchachos se colocaban en su derredor, en las mesas de enfrente, sentados, de pie, de rodillas. A Don Bosco le gustaba mucho este encuentro familiar, "el mejor plato de su frugal cena".

### **"Don Bosco no pudo entender"**

La atmósfera religiosa que circundaba a los alumnos estudiantes era muy intensa. Eran delicadas yemas de futuras vocaciones sacerdotales,

y quería Don Bosco que anduvieran inmersos en un clima de religiosidad sacramental, mariana, eclesial.

La confesión semanal o quincenal era una costumbre para todos. Don Bosco confesaba cada día, durante dos o tres horas. y en las vísperas de fiestas, durante toda la tarde. La fama difundida de su capacidad de "leer los pecados" animaba a la confianza plena. La Comunión, a los pocos años de haber comenzado el internado, se convirtió en sacramento diario para muchos muchachos. Eran pocos los que no recibían la Eucaristía, al menos una vez a la semana.

Se respiraba devoción a la Virgen. Alcanza espléndida intensidad durante el tiempo de la construcción del gran santuario de María Auxiliadora.

El amor al Papa permaneció siempre como un punto fijo en la mentalidad cristiana de Don Bosco. Le llamarán "más papista que el Papa", y muchos tendrán razón. No sólo era cuestión de palabras: para obedecer a la invitación de un Papa, Don Bosco, quemará los últimos años de su vida. Y los muchachos absorbían su mentalidad.

También Don Bosco tenía derecho a equivocarse, y según los modernos psicólogos y eclesiólogos se equivocó en cuanto a las vacaciones de sus estudiantes con la familia. Las quería disminuídas al máximo. Entendía que eran "un peligro serio" para las vocaciones.

"Don Bosco, hijo de su tiempo —dicen hoy los expertos—, no pudo entender el valor de la familia y de la parroquia como iglesia local al germinar una vocación". Tal vez pueda presentarse una pequeña duda frente a un juicio tan drástico, con estas cifras: sólo en 1861 brotaron 34 vocaciones sacerdotales en el Oratorio. Los anticlericales apodaron su casa "fábrica de sacerdotes". En los últimos años de su vida se contaban por millares los sacerdotes salidos del Oratorio de Valdocco. Y no eran un ejército de reprimidos.

Don Bosco estaba persuadido de que, si se exige castidad al sacerdote, hay que defender al joven "cleriguito" durante el delicado período de la pubertad. Es una consideración que, sin olvidar los valores de la familia y de la iglesia local, tal vez haya que volver a meditar.



## 1854: "Nos llamaremos Salesianos"

26 de enero de 1854. En Turín hace un frío polar. Pero en la habitación de Don Bosco reina un ambiente distinto. Habla Don Bosco, y cuatro jovencitos dejan galopar su fantasía detrás de sus palabras:

— Ya veis que Don Bosco hace todo lo que puede, pero está solo. Si vosotros me echaráis vuestra mano, juntos haríamos milagros. Nos esperan millares de niños pobres. Os prometo que la Virgen nos enviará oratorios amplios y espaciosos, iglesias, casas, escuelas, talleres, y muchos sacerdotes dispuestos a echarnos una mano. Y esto en Italia, en Europa y hasta en América. Ya veo entre vosotros una mitra episcopal!...

Los cuatro jóvenes se miran a la cara asombrados. Parece un sueño. Sin embargo Don Bosco no bromea, está serio y parece que está leyendo en el futuro:

— La Virgen quiere que empecemos una sociedad. He pensado mucho tiempo qué nombre ponerle. He decidido que nos llamaremos *Salesianos*.

Entre aquellos cuatro jóvenes están las piedras fundamentales de la Congregación Salesiana. Miguel Rúa toma nota, aquella tarde, en su cuadernillo: "Nos hemos reunido en la habitación de Don Bosco, Rochietti, Artiglia, Cagliari y Rúa. Se nos ha propuesto hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una prueba de ejercicio práctico de caridad con el prójimo. A continuación haremos una promesa, y después, si es posible, haremos un voto al Señor. A los que hagan esta prueba y a los que la harán más tarde, se les dará el nombre de Salesianos".

## La pérgola de rosas

Las “previsiones futuras”, que Don Bosco comunica a sus jóvenes aquella tarde, son las mismas que unos años antes hicieron que le tomaran por loco y le quisieran llevar al manicomio.

Pero Don Bosco las repite con segura testarudez, porque (como dijo a don Borel) “las ve en sueños”. En 1847 tuvo un “sueño fundamental”, que le sirve de programa —son sus palabras— para organizar lo que tiene que hacer. Pero no lo cuenta hasta 1864, en su antecámara, a los primeros Salesianos entre los cuales está don Rúa, don Cagliero, don Durando, don Barberis:

“Un día del año 1847, después de haber meditado mucho sobre la manera de hacer el bien a la juventud, se me apareció la Reina del cielo (*expresión poco frecuente en Don Bosco. Generalmente dice: soñé con una señora hermosísima...*) y me llevó a un jardín encantador. Había un hermosísimo soportal, con enredaderas cargadas de hojas y de flores. Por este soportal se pasaba a una pérgola encantadora, flanqueada y cubierta de maravillosos rosales en plena floración. Todo el suelo estaba cubierto de rosas. La bienaventurada Virgen me dijo:

— Quitate los zapatos y échate a andar bajo la pérgola: ese es el camino que debes seguir.

Me gustó quitarme los zapatos: me hubiera sabido muy mal pisotear aquellas rosas. Empecé a andar y advertí enseguida que las rosas escondían agudísimas espinas. Me tuve que parar.

— Aquí hacen falta los zapatos —dije a mi guía.

— Ciertamente —me respondió—: hacen falta buenos zapatos.

Me calcé y me puse de nuevo en camino con cierto número de compañeros que aparecieron en aquel momento, pidiendo caminar conmigo.

Colgaban de lo alto muchas ramas, como festones. Yo no veía más que rosas a los lados, rosas por encima, rosas bajo mis pies. Pero mis piernas se enredaban en los mismos ramos extendidos por el suelo y se llenaban de rasguños; movía un ramo transversal y me pinchaba, me sangraban las manos y toda mi persona. Todas las rosas escondían una enorme cantidad de espinas.

Los que me veían caminar decían: “¡Don Bosco marcha siempre sobre rosas! ¡Todo le va bien!” No veían cómo las espinas herían mi pobre cuerpo.

Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, invitados por mí, se habían puesto a seguirme alegres, atraídos por la belleza de las flores; pero al darse cuenta de que había que caminar sobre las espinas, empezaron a

gritar: “¡Nos hemos equivocado!” Muchos se volvieron atrás. Me quedé prácticamente solo. Entonces me eché a llorar: “Es posible —decía— que tenga que andar este camino yo solo?”.

Pero pronto hallé consuelo. Vi llegar hasta mí un tropel de sacerdotes, clérigos, seculares, los cuales me dijeron: “Somos tuyos. Estamos dispuestos a seguirte”. Poniéndome a la cabeza reemprendí el camino. Solamente algunos se descorazonaron y se detuvieron. Una gran parte de ellos llegó conmigo hasta la meta.

Después de pasar la pérgola me encontré con un hermosísimo jardín. Mis pocos seguidores habían enflaquecido, estaban desgredados, ensangrentados. Se levantó entonces una brisa ligera y, a su sople, todos quedaron sanos. Corrió otro viento, y como por encanto, me encontré rodeado de un número inmeso de jóvenes, clérigos, seculares coadjutores y también sacerdotes que se pusieron a trabajar conmigo guiando a aquellos jóvenes. Conocí a varios por la fisonomía, pero a muchos no los conocía.

Entonces la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

— ¿Sabes qué significa lo que ahora ves, y lo que has visto antes?

— No.

— Pues has de saber, que el camino por tí recorrido, entre rosas y espinas, significa el trabajo que deberás realizar en favor de los jóvenes. Tetrás que andar con los zapatos de la mortificación. Las espinas significan los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que habrás de pasar. Pero no pierdas el ánimo. Con la caridad y la mortificación lo superarás todo, y llegarás a las flores sin espinas.

Apenas terminó de hablar la Madre de Dios, volví a mí y me encontré en mi habitación.

Os he contado ésto —terminó— para que cada uno de nosotros tenga la seguridad de que es la Virgen la que quiere nuestra Congregación, y para que nos animemos, cada vez más, a trabajar por la mayor gloria de Dios”.

Guiado por esta tranquila seguridad, Don Bosco “echaba cada día la red” entre sus muchachos para aumentar el número de sus futuros salesianos. Decía, por ejemplo: “¿Quieres a Don Bosco? ¿Te gustaría quedarte conmigo?”. O bien: “¿No me prestarías una mano para trabajar en favor de los jóvenes? Mira, si yo tuviese cien sacerdotes y cien clérigos, tendría trabajo para todos. Podíamos ir a todo el mundo”.

Estas conversaciones eran familiares entre los muchachos. Se hablaba tranquilamente de “futuros oratorios”, de los sueños de Don Bosco, de “quedarse o no quedarse con él”. Una tarde de 1851, desde una ventana de la primera planta, tiró Don Bosco a los muchachos

unos puñados de caramelos. Se armó una gran algarabía, y un muchacho, al verle sonreír a la ventana le gritó: "¡Don Bosco, si pudiera ver todas las partes del mundo, y en cada una de esas, tantos oratorios!" Don Bosco alzó serenamente sus ojos al aire y respondió: "¡Quién sabe si no llegará el día en que los hijos del Oratorio se hayan esparcido de veras por todo el mundo!"

### **"¿Cuánto me pagarás?"**

Había en Avigliana un sacerdote, tres años mayor que Don Bosco. Se llamaba don Víctor Alasonatti. Se había encontrado con Don Bosco muchas veces en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Y se habían hecho amigos. Don Alasonatti fungía como maestro elemental en Avigliana, y se entendía muy bien con los niños. Era un tantico severo, exigía cierto porte serio, pero todos lo querían mucho.

Don Bosco le había provocado varias veces bromeando:

— ¿Cuántos niños tienes? ¿Treinta? ¿Y no te da vergüenza? Yo tengo seiscientos. ¿Cómo te las apañas para trabajar solamente para treinta chiquillos? Déjalos, ven a Turín a echarme una mano.

— ¿Y cuánto me pagarás?

— Pan, trabajo y Paraíso. No amontonarás muchas liras, pero podrás ahorrar todo el sueño que quieras.

Ríe que te ríe, don Alasonatti empezó a tomárselo en serio. Don Bosco lo captó, y en los primeros meses de 1854 le escribió una carta en la que decía: "Ven a ayudarme a rezar el breviario".

El 14 de agosto, despachados sus asuntos, llegó don Alasonatti al Oratorio con una maletita en la mano y el breviario bajo el brazo. Abrazó a Don Bosco y le dijo:

— Aquí me tienes. ¿Dónde me pongo a rezar el breviario?

Don Bosco le llevó a una habitación donde se guardaban los libros de la contabilidad.

— Aquí. Este será tu reino. Puesto que me has enseñado mucha aritmética, tú te las apañarás con las sumas y las restas.

Don Alasonatti se puso serio:

— De hoy en adelante, tú manda y yo obedeceré. No me perdones nada, porque quiero ganarme el Paraíso.

A partir de aquel día don Alasonatti se convirtió en la sombra bondadosa y un poco severa de Don Bosco. Le alivió en cuantos trabajos pudo: la administración general de la casa, la asistencia, las cuentas de los libros de entrada y salida, los registros, la correspondencia más árida y espinosa.

Cuando estaba cansado, cuando la salud empezó a declinar, leía en el breviario un cartoncito, que había puesto a modo de señal: "Víctor, ¿a qué has venido?" Y al lado había escrito una frase, que Don Bosco repetía a menudo a los suyos, si les veía fatigados: "Descansaremos en el Paraíso".

Al día siguiente de su llegada, le tocó a Don Alasonatti empezar su labor en Valdocco de una forma insólita: fue llamado para asistir a un atacado por el cólera, que acababa de estallar violentísimo en Turín.

### **La muerte por las calles del Barrio del Dora**

La pavorosa noticia llegó a Turín en julio. El cólera había invadido la región de Liguria y ya había causado tres mil víctimas en Génova. Los primeros casos de Turín se dieron el 30 y el 31 de julio. El rey, la reina y la casa real partieron en carrozas cerradas. Se refugiaron en el castillo de Caselette, a la entrada de los valles de Lanzo y Susa.

El epicentro de la peste estaba en el barrio del Dora, a pocos pasos de Valdocco. Allí, se hacinaban los emigrados en casas miserables y en barracas; gente mal alimentada y sin posibilidad de higiene alguna. En un mes llegaron a 800 los apestados, y a 500 los muertos.

El alcalde Notta dirigió un llamamiento a la ciudad: se necesitaba gente valiente para asistir a los enfermos, para transportarles a los lazaretos, a fin de que el contagio no corriese como una mancha de aceite.

El 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, Don Bosco habló a los muchachos. Comenzó con una promesa:

— Si os ponéis en gracia de Dios y no cometéis ningún pecado mortal, os aseguro que ninguno será atacado por el cólera.

Después les dirigió una invitación:

— Sabéis que el alcalde ha hecho una llamada. Hacen falta enfermeros y asistentes para curar a los apestados. Muchos de vosotros sois demasiado jovencitos. Pero, si alguno de los mayores se atreve a venir conmigo a los hospitales y a las casas privadas, haremos juntos una obra buena y agradable al Señor.

Aquella misma tarde se alistaron catorce. Pocos días después, otros treinta, aunque eran muy jóvenes, lograron arrancar el permiso para unirse a los primeros.

Fueron días de trabajo duro y poco agradable. Los médicos aconsejaban dar masajes y fricciones en las piernas de los enfermos, para provocar abundante sudoración. Los muchachos quedaron divididos en tres grupos: el de los mayores, para todo servicio en los lazaretos y en

casa de los apestados; el segundo grupo rondaba por las calles averiguando si había más enfermos; y el tercero (el de los más pequeños) permanecía en el Oratorio dispuesto a atender cualquier llamada.

Don Bosco exigía todas las precauciones. Todos llevaban consigo una botella de vinagre, con el que después de tocar a los enfermos debían lavarse las manos.

“Sucedía a menudo —cuenta Lemoyne— que los enfermos no tenían sábanas, mantas, ropa blanca. Los muchachos volvían a decírselo a mamá Margarita. Esta iba a la ropería y entregaba lo poco que tenía. A los pocos días, no quedó nada. Uno de los jóvenes enfermeros vino un día contándole que un enfermo yacía en un mísero camastro sin sábanas. —“¿No tiene nada para cubrirlo?” La mujer pensó un momento, fue luego a buscar el mantel blanco del altar y se lo dio al muchacho: —“Llévalo a tu enfermo. No creo que el Señor se lamente”.

## **Los gigantes de la cara triste**

Juan Cagliero, con sus 16 años, al volver del lazareto una tarde del mes de agosto, se encontró mal. Probablemente, con el calor asfixiante de aquellos días, había comido fruta pasada. El médico, llamado enseguida por Don Bosco, diagnosticó: “Es tifus”.

La fiebre le atormentó durante todo el mes de septiembre. Los últimos días, reducido a piel y huesos. Cagliero se sentía morir. Dos médicos, llamados a consulta, declararon que el caso era desesperado. Aconsejaron se le administrasen los últimos sacramentos.

Don Bosco se quedó profundamente preocupado. Quería mucho a aquel muchacho. Le faltó valor para darle la noticia. Rogó a José Buzzetti que lo hiciera él, con suma delicadeza. En tanto fue a la iglesia para administrarle el Viático.

Apenas había acabado José Buzzetti de hablar con Juan, cuando he aquí que entraba Don Bosco con el copón del Santísimo. Pero se detuvo: se quedó mirando hacia el vacío durante unos segundos, como si viese algo que los demás no podían ver. Avanzó luego hacia la cama del enfermo, pero algo había radicalmente cambiado en él. Habían desaparecido la turbación y la tristeza de poco antes. Estaba alegre, sonreía. Juan preguntó a media voz:

— ¿Es mi última confesión? ¿Voy a morirme?

Don Bosco respondió con voz segura:

— Aún no es tu hora para ir al Paraíso. Hay muchas cosas que hacer: te curarás, vestirás la sotana... serás sacerdote... y después... y después,

con tu breviario bajo el brazo, tendrás que dar muchas vueltas... y habrás de hacer llevar el breviario a muchos otros... e irás lejos, lejos.

Dichas estas palabras, Don Bosco volvió a llevar el Viático a la iglesia.

Pocos días más tarde, la fiebre desapareció de repente, y Juan pudo ir a Castelnuovo para una larga convalecencia.

Durante algún tiempo, Buzzetti y Cagliero se preguntaron qué habría "visto" Don Bosco al entrar en la habitación. La respuesta la dio Don Bosco algún tiempo más tarde:

"Poner yo los pies en el umbral y ver de improviso una gran luz todo fue lo mismo. Una blanquísima paloma, que llevaba en el pico un ramito de olivo, descendía sobre la cama del enfermo. Se detuvo a pocos centímetros del pálido rostro de Cagliero, y dejó caer el ramo sobre su frente. Inmediatamente después, me pareció como que se abrían las paredes de la habitación y dejaban ver horizontes lejanos y misteriosos. Aparecieron en derredor del lecho una multitud de hombres primitivos. Parecían salvajes de una altura gigantesca. Algunos tenían la piel oscura, tatuada con adornos rojizos, misteriosos. Aquellos gigantes de cara fiera y triste se inclinaron sobre el enfermo, y temblando se pusieron a decir entre ellos:

— Si éste se muere, ¿quién vendrá a socorrernos?

La visión no duró más que unos instantes, pero yo tuve la seguridad absoluta de que Cagliero se curaba".

## **Ocho minutos para una página**

Con las primeras lluvias de octubre, disminuyeron sensiblemente los apesados del cólera. Aún cuando se presentaron algunos casos, ya a las puertas del invierno, el 21 de noviembre se declaró terminada la "emergencia". Los casos registrados en la ciudad, desde el 1 de agosto hasta el 21 de noviembre, fueron 2.500. Los muertos fueron 1.400.

Los muchachos de Don Bosco, ninguno de los cuales fue atacado, pudieron volver tranquilos a sus libros. Algunos fueron con su familia para pasar unas breves vacaciones.

Don Bosco, como todos los años, subió a I Becchi para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Estando allí, recibió la visita de un antiguo compañero del seminario, don Cugliero, maestro elemental en Mondonio.

— Escucha —le dijo después de los consabidos cumplimientos—, me han dicho que junto a los pequeños pilluelos, aceptas también en tu Oratorio muchachos listos que den esperanza de llegar al sacerdocio. Tengo en Mondonio un muchacho de estos. Se llama Domingo Savio. No es muy fuerte físicamente, pero es tan bueno como seguramente tú no has conocido cosa igual. Todo un San Luis.

— ¡Exagerado! —sonrió Don Bosco—. De todos modos me gusta. Yo estaré aquí algunos días. Házmelo venir con su padre. Hablaremos y veremos qué tal paño es.

2 de octubre de 1854. En el patizuelo, frente a la casa de José, tuvo lugar el encuentro. Quedó Don Bosco tan impresionado que lo contó en sus más mínimos detalles, como si lo hubiese registrado. El lenguaje es el del 1800, pero la escena está llena de vida, parece que la está uno viviendo:

“Era el primer lunes de octubre por la mañanita, cuando veo a un niño acompañado de su padre que se acerca para hablarme. Su cara alegre, su aire sonriente pero respetuoso, atrajeron mi mirada.

— ¿Quién eres? —le dije— ¿de dónde vienes?

— Yo soy —respondió— Domingo Savio, de quien ya le ha hablado don Cugliero, y venimos de Mondonio.

Entonces le llamé aparte, y puestos a hablar de los estudios hechos, y sobre la vida que llevaba, entramos enseguida en plena confianza, él conmigo y yo con él.

Vi en aquel muchacho un corazón según el espíritu del Señor, y quedé pasmado al considerar los trabajos que la gracia divina había operado en tan tierna edad.

Después de un buen rato de conversación, y antes de que yo llamase a su padre, me dijo estas textuales palabras:

— Y bien, ¿qué le parece? ¿Me lleva usted a Turín para estudiar?

— Ya veremos. Me parece que bueno es el paño.

— ¿Y para qué podrá servir el paño?

— Para hacer un buen traje y regalárselo al Señor.

— Pues, si yo soy el paño, sea usted el sastre. Lléveme con usted y hará un buen traje para el Señor.

— Pero, cuando tú hayas terminado las clases de latín, ¿qué quieres ser?

— Si el Señor me quiere conceder una gracia tan grande, quiero con toda mi alma ser sacerdote.

— Muy bien: voy a probar si tienes suficiente capacidad para estudiar. Toma este librito (era un ejemplar de las *Lecturas Católicas*), estudia esta página y mañana vuelves a dármela.



Dicho esto le dejé libre para ir a jugar y me puse a hablar con su padre. Pasarían ocho minutos, cuando Domingo se acerca sonriente y me dice:

— Si quiere, le recito ahora la página.

Tomé el libro y, con gran sorpresa mía, vi que no sólo había aprendido al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía perfectamente el sentido de lo que en ella se decía.

— Bravo, le dije, te has anticipado a aprender la lección y yo anticipo la respuesta. Sí, te llevaré conmigo a Turín, y, ya desde ahora, quedas apuntado entre mis queridos hijos; empieza tú también desde ahora mismo a rogar a Dios, a fin de que nos ayude a ti y a mí a cumplir su santa voluntad.

El, no sabiendo cómo manifestar su alegría y su gratitud, me tomó de la mano, me la estrechó, y besó varias veces, y al fin me dijo:

— “Espero portarme de tal modo que jamás tenga que lamentarse de mi conducta”.

Pensando luego en las palabras del Sr. Cugliero, tuvo que confesar Don Bosco que no había exagerado. Si San Luis hubiese nacido en medio de las colinas del Monferrato y hubiese sido hijo de unos campesinos, ciertamente no hubiese sido diferente de aquel muchacho sonriente que quería ser “un hermoso traje para regalar al Señor”.

## **Un cartel misterioso**

Durante los días que Juan Cagliero pasaba su convalecencia en Castelnuovo, cometió una imprudencia: comió muchas uvas (era el tiempo de la vendimia), y le subió violentamente la fiebre. Lo supo Don Bosco y fue a buscarle.

Se encontró con su madre desesperada:

— ¡Ay, cómo está mi Juan! Delira, habla de ponerse la sotana y la fiebre se lo lleva...

— No, querida Teresa, su hijo no delira. Prepárele la sotana clerical, porque en noviembre se la impondré en el Oratorio. La fiebre no se lo llevará: todavía tiene que hacer muchas cosas en este mundo.

Así sucedió. El 22 de noviembre, fiesta de santa Cecilia, Juan Cagliero, del todo restablecido, vestía la sotana. El Rector del Seminario metropolitano, canónigo Bogliotti, admitía al clérigo Cagliero como alumno del seminario, pero viviendo siempre con Don Bosco.

Entre tanto, el 29 de octubre había entrado en el Oratorio Domingo Savio. Subió con su papá al despacho de Don Bosco, y vio enseguida

un gran cartel, colgado de la pared, con unas palabras misteriosas: *Da mihi animas coetera tolle*.

Una vez que partió su padre, vencidas las primeras dudas, preguntó a Don Bosco qué querían decir las palabras del cartel. Don Bosco le ayudó a traducirlas: "Oh, Señor, dame las almas y llévate lo demás". Era el lema que Don Bosco había elegido para su apostolado. Cuando lo hubo comprendido —y es Don Bosco quien lo cuenta— Domingo se puso un tanto pensativo y dijo: "Entendido: este no es un negocio de dinero, sino de almas. Espero que mi alma forme parte de este negocio".

Así empezó la vida cotidiana de Domingo. Probablemente también se echaría encima el capote militar para ir cada mañana, con la cuadrilla que guiaba Rúa, al colegio del Sr. Bonzanino. Su jornada, la jornada gris de un estudiante: deberes, lecciones, clase, libros, compañeros. Don Bosco, que le seguía, día a día, escribe de él: "Desde el día de su entrada cumplió con tal exactitud sus deberes que era difícil superarle".

## **Farolillos rojos a orillas del Po**

A fines de noviembre reinaba en el Oratorio un "clima" especial. Empezaba la novena de la Inmaculada, y era el año 1854. Pío IX había anunciado desde Roma, que el 8 de diciembre definiría solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Por todo el mundo católico se volvía a encender el amor a la Virgen y se preparaban grandiosos festejos.

Don Bosco, que se sentía "llevado de la mano" por María Santísima, hablaba todas las noches de Ella a sus jóvenes, los cuales vivían la novena con gran fervor. Cuando hablaba con sus jóvenes, ya en el patio, ya en su despacho, les preguntaba qué querían "regalarle a la Virgen" en el día de su fiesta. Domingo Savio le respondió: "Quiero hacer guerra sin cuartel al pecado mortal, y quiero rogar mucho al Señor y a la Virgen para que me dejen morir antes de pecar".

Era la repetición de uno de los propósitos de su primera Comunión: "Antes morir que pecar". No era una frase original, inventada por él, sino las últimas palabras del *Acto de contrición* que, por entonces, se recitaba después de la confesión. Muchos niños la tomaban como propósito de su primer encuentro con Jesús-Eucarístico. Es curioso encontrarlas también entre los "propósitos", sugeridos por la reina al príncipe heredero, Humberto de Saboya (más tarde rey, Humberto I), casi coetáneo de Domingo Savio (nacido el 1842, y Humberto el 1844). Lo

que conmueve es que otros miles olvidaron aquel propósito, con los juguetes de la infancia, y en cambio Domingo fue heroicamente fiel hasta la muerte.

8 de diciembre. Pío IX, ante una inmensa multitud de Cardenales y Obispos, proclama como dogma de fe que María, desde el primer instante de su existencia, no fue manchada por el "pecado original".

Domingo Savio, en un momento de descanso de la gran fiesta del Oratorio, entra en la iglesia de San Francisco, se arrodilla ante el altar de la Virgen y saca del bolsillo un papel en el que ha escrito unas líneas. En su consagración a la Madre de Dios, una breve plegaria que un día será famosa por todo el mundo salesiano:

"María, os doy mi corazón. Haced que sea siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos. Mas, por favor, dejadme morir antes que tener la desgracia de cometer un solo pecado".

Aquella noche, una fantástica iluminación resplandecía por toda la ciudad de Turín. Millares de farolillos encarnados brillaban en las ventanas, por las terrazas, a orillas del Po. La gente se echó a la calle y en procesión imponente se dirigió al santuario de la "Consolata". También los muchachos de Valdocco, rodeando a Don Bosco, recorrieron cantando las calles de la ciudad.

## **El huerfanito de Santo Domingo**

El 1854, año intenso en la vida de Don Bosco, se cerró con una aflicción particular. El municipio se había visto obligado a abrir un hospicio provisional, junto a la iglesia de Santo Domingo, para albergar un centenar de niños huérfanos a causa del cólera. Al llegar los primeros fríos, el alcalde Notta se dirigió a las instituciones católicas para que acogieran alguno. Don Bosco aceptó veinte. Uno de aquellos chiquitos se llamaba Pedro Enría, el cual recordaba así aquel momento:

"Un día llegó Don Bosco. Yo no le había visto nunca. Me preguntó mi nombre y apellido y luego me dijo:

- ¿Quieres venir conmigo? Seremos buenos amigos para siempre.
- Respondí:
- Sí, señor.
- ¿Y éste que está junto a ti, es tu hermano?
- Sí, señor.
- Dile que venga también.

Pocos días más tarde fuimos llevados al Oratorio, juntamente con otros. Mi madre había muerto por el cólera y mi padre sufría, en aquel

momento, el mismo mal. Recuerdo que la madre de Don Bosco le gritó:

— Tú venga aceptar niños nuevos; pero, ¿cómo les vas a mantener y vestir?

En efecto, a mí me tocó, apenas entrado, dormir varias noches sobre un montón de hojas, sin más ropa que una pequeña manta. Don Bosco y su madre nos remendaban por la noche los pantalones y la chaqueta rota, porque no teníamos recambio”.

Preparó Don Bosco para los huérfanos un departamento del nuevo edificio. Durante más de un año les dio clase él mismo, solito del todo al principio y ayudado por los clérigos y amigos, después.

Pedro Enría siguió con Don Bosco toda su vida. Le tocó asistirle como un hijo durante la última enfermedad. El cerró sus ojos.

El cólera, en medio de los males que sembró por la ciudad, trajo un bien al Oratorio, al menos de rechazo: la asistencia generosamente prestada por los jóvenes a los atacados del cólera, hizo que se les conociera y apreciase por la ciudad. Así lo acreditó una alabanza pública del alcalde entre las autoridades. El hecho casi increíble de que ninguno de aquellos muchachos (casi inmersos en el contagio) fuese atacado por la peste, persuadió a muchos para considerar con mayor seriedad las palabras “locas” de Don Bosco.



Don Bosco en la habitación que ocupó de 1853 a 1861. Es una de las fotos más antiguas que de él se conservan.

---

## 1855: Los jóvenes "Corrigendos" de la Generala

El 1855 tuvo lugar un nuevo y duro encuentro entre la Iglesia y el Estado.

En octubre del 1852 había llegado a Primer Ministro, Camilo Cavour, en lugar de Máximo D'Azeglio. El inquieto y riquísimo descendiente de una familia tan aristocrática como la suya estaba vapuleando al soñoliento Piamonte. Los abogadillos de provincia, acostumbrados a declamar desde los bancos del Parlamento versos de Dante y de Mameli, eran llamados a discutir sobre déficit y balances, sobre rescates aduaneros e inversión de capitales. Los ferrocarriles del Piamonte alcanzaron los 850 kilómetros, igual al total de los del resto de Italia. Nacieron en Liguria: el complejo industrial Ansaldo (el mayor de Italia), los astilleros de Odero y Orlando. Se impulsó la canalización en el Vercellés. La agricultura se apresuró a pedir la abolición de los impuestos sobre el trigo.

A fines de 1854, camuflado como maniobra económica, se presentó a la Cámara un proyecto-ley por el ministro Urbano Rattazzi, "un proyecto preciso —escribe el historiador Francisco Traniello— tendente a reducir la influencia de la Iglesia". Proponía la disolución de las órdenes religiosas *contemplativas*, a saber, las que no se dedicaban a la instrucción, a la predicación o al cuidado de los enfermos, y la confiscación de todos sus bienes por el Estado "que de este modo podría proveer a las parroquias más pobres".

Era una intromisión del Estado en la vida de la Iglesia —escribe Traniello—, muy grave por cuanto el Estado se arrogaba el derecho de decisión sobre las Ordenes religiosas que no podían ser ya útiles a la sociedad, según un criterio productor. Más aún, Cavour llegó a decir que las órdenes disueltas no eran útiles ni a la Iglesia. Las fuerzas católicas, capitaneadas por los obispos, pudieron de este modo sostener que la llamada *ley de los frailes* violaba precisamente los principios de

separación entre la Iglesia y el Estado, que Cavour había dicho varias veces era la base de su política.

Se preveía que, pese a la fuerte oposición católica, la ley pasaría a la Cámara, y también al Senado. Solamente el rey la podría detener.

### **"¡Grandes funerales en la Corte!"**

En un frío atardecer de diciembre de 1854 (recuerdan los testigos que Don Bosco llevaba las manos envueltas en unos guantes viejos y descosidos y que sostenía un fajo de cartas) Don Bosco contó a don Víctor Alasonatti, Rúa, Cagliero, Francesia, Buzzetti y Anfossi que había tenido un sueño extraño: estaba en medio del patio, cuando de pronto había visto adelantarse un lacayo de la Corte, vestido de rojo y gritando: "¡Gran funeral en la Corte!" Dijo a sus clérigos que, apenas despertó, tomó la pluma y escribió al rey contándole el sueño.

Cinco días más tarde se repitió el sueño. El lacayo vestido de rojo entró en el patio, montado a caballo, y gritando: "Anúncialo: ¡no gran funeral en la Corte, sino *grandes funerales* en la Corte!" Al alba, Don Bosco volvió a escribir al rey sugiriéndole "que pensase en portarse de manera que esquivara los castigos con que le amenazaban, a la par que le rogaba impidiese a toda costa aquella ley".

5 de enero de 1855. La reina madre, María Teresa, cae gravemente enferma. Empeora rápidamente y muere el 12 de enero. Tiene 54 años. Sus restos son depositados en la cripta de los Saboya, en Superga, el día 16, jornada crudísima.

20 de enero. Administran los últimos Sacramentos a la reina María Adelaida, esposa del rey. Hace doce días que dio a luz un niño y no se ha recuperado. Muere el mismo día. No tiene más que 33 años.

11 de febrero. Después de veinte días de grave enfermedad, muere el príncipe Fernando de Saboya, duque de Génova, hermano del rey. Tiene 33 años.

Los clérigos del Oratorio (los únicos que sabían de los sueños y de las cartas de Don Bosco al rey) "estaban estupefactos al ver cumplidas de modo tan fulminante las profecías de Don Bosco —escribe Lemoyne—. Ni siquiera en tiempos de peste se habían abierto tres tumbas reales en el espacio de un mes".

Don Francesia afirmaba que el rey Víctor Manuel II había bajado dos veces a Valdocco, para hablar con Don Bosco, y que estaba furioso contra él.

La ley de supresión pasó de todos modos a la Cámara (94 votos contra 23) y al Senado (53 votos contra 42). El rey la firmó el 29 de mayo.

Quedaron cerradas —según las cifras aportadas por Lemoyne— 334 casas religiosas que hospedaban 5.456 miembros. Roma publicó la “excomuni3n mayor” (cuyo levantamiento est3 reservado al Papa) contra “autores, instigadores, ejecutores de la ley”.

El 17 de mayo, mientras tanto, moría el 3ltimo hijo del rey, V3ctor Manuel Leopoldo, de apenas cuatro meses.

Santo o agorero (seg3n de qu3 parte se miraba), Don Bosco hab3a desgraciadamente previsto con exactitud.

## **El primer salesiano**

Sin ruido de ning3n g3nero, Don Bosco prosigue reuniendo todas las semanas a sus cl3rigos. Ya les ha hablado de la *pobreza*, de la *castidad* y de la *obediencia*, las tres virtudes que la Iglesia ha considerado siempre como “el camino para llegar a Dios”. Les ha explicado c3mo el que se hace religioso “hace voto” de estas virtudes, es decir, promete solemnemente a Dios practicarlas durante su vida.

Al acabar el primer a3o de conferencias, le parece que el m3s preparado es Miguel R3a. Y le dice: —“¿Te atrever3as a hacer los votos de pobreza, castidad y obediencia por tres a3os?” Miguel —as3 lo dir3 m3s tarde— cree que solamente se trata de “ligarse m3s a3n a Don Bosco” y acepta.

25 de marzo de 1855, fiesta de la Anunciaci3n. En la pobre habitaci3n de Don Bosco se desarrolla una ceremonia sin ninguna solemnidad. Don Bosco, de pie, 3s escucha. Miguel R3a, de rodillas, delante del Crucifijo pronuncia una f3rmula: “Hago voto a Dios de ser pobre, casto, obediente, y me pongo en sus manos, Don Bosco...”. No hay ning3n testigo. Y, sin embargo, en aquel momento nace una Congregaci3n religiosa. Don Bosco es el fundador. Miguel R3a el primer salesiano.

Lo m3s dif3cil para 3l, lo mismo que para Cagliero y Francesia, en aquellos momentos, era dormir. No por falta de ganas: a veces hasta las piernas se les doblaban de sue3o. Sino porque no hallaban tiempo para ello.

Hab3an de continuar sus estudios y presentarse a unos ex3menes frecuentes y dur3simos. A la vez, Don Bosco les encargaba las clases de religi3n, la asistencia en el comedor y en los talleres, las clases a los hu3rfanos.

Los domingos les enviaba a los oratorios. El del Angel Custodio se qued3 de improviso sin director el 1855. Don Bosco nombr3 a Miguel R3a, con sus 17 a3os. Iban a 3l especialmente peque3os limpiachime-

neas. Muchachos que llegaban en otoño, del Valle de Aosta, con una cuerda al hombro y la rasqueta en la mano. Circulaban por las calles lanzando su pregón característico, y esperaban a que alguna familia les llamase para deshollinar la chimenea antes de que comenzase la estación invernal, que era cuando los hogares debían "tirar bien" para calentar los apartamentos.

Eran muchachos muy pequeños, porque el cañón de las chimeneas por donde debían subir, era muy estrecho. Llevaban la cara y las manos tiznadas de hollín.

El domingo por la mañana, llegaba Miguel Rúa con mucha anticipación al Oratorio, barría las dependencias, ordenaba la Iglesia. Cuando iban los primeros muchachos, les ayudaba a confesarse con el sacerdote que les celebraba la misa. A las nueve, ya tenía un centenar de jóvenes, y Miguel "hacía de Don Bosco" todo el día. Empezaba los juegos, hablaba con los muchachos, se informaba de sus apuros, les enseñaba catecismo.

Por la tarde, cuando se encendían las farolas del gas, los muchachos se iban. Algunos le acompañaban hacia Valdocco. "¡Hasta el domingo, Miguel!"

Rúa volvía deshecho. Tomaba la cena, que habían dejado al rescoldo para él, para Cagliari, Francesia y Anfossi que volvían también de los otros oratorios, tan deshechos como él. Luego subían hasta la buhardilla, debajo del tejado, donde les esperaba la cama. Recordaba Miguel que caía dormido como un plomo. Cagliari se despertó la mañana de un lunes sentado en la silla, con los calcetines en la mano. No le hizo falta la cama, se había quedado dormido en la silla.

La hora de levantarse era muy pronto, horriblemente pronto: a las cuatro. Recordaba Juan Cagliari: "El invierno en Turín no es ninguna broma. En nuestra buhardilla, que caía bajo el mismo tejado, no había calefacción ni agua corriente. Para lavarnos, llenábamos por la noche la palangana de agua. Pero, por la mañana, el frío había transformado el agua en hielo. Había que abrir la claraboya, tomar nieve del tejado, y frotarse fuertemente las manos, la cara, el cuello. A los pocos minutos ¡ardía la piel! Entonces nos envolvíamos con una manta y empezaba el tiempo del estudio: Rúa estudiaba hebreo, Francesia cincelaba versos latinos, yo componía ejercicios musicales".

En el mes de noviembre de 1855 se puso toda la enseñanza media en casa. Francesia, además de las otras ocupaciones, adquirió la de profesor de literatura, Rúa la de matemáticas y Cagliari la de música.

A veces, piensa uno: ¿estaba loco Don Bosco, que permitía a sus jóvenes ayudantes se matasen a fuerza de estudio y trabajo? Pero luego



se piensa en lo que fueron: Juan Cagliero, cardenal, murió a los 88 años; Miguel Rúa, Superior General de la Congregación Salesiana, vivió hasta los 73; Juan Francesia, latinista de fama europea, alcanzó hasta los 92. Don Bosco “sabía” que el trabajo, aunque fuera durísimo, no les había de matar tan pronto.

## **Cara a cara con el ministro**

Los caricaturistas políticos de la época, dibujaban a Camino Cavour con cuerpo de gato y largos bigotes, y a Urbano Rattazzi (ministro del Interior) como un gran ratón. “*Gatáss y Ratáss*” eran sus moteos corrientes en Turín.

Con Rattazzi (pese a su posición claramente contraria en casi todas las ideas políticas) tenía Don Bosco entrada libre. El Ministro del Interior le apreciaba, porque “trabajaba por el bien de la gente”, y quitaba un montón de fastidios al Gobierno, recogiendo a los muchachos pobres.

En 1845, se abrió una nueva prisión en Turín, en la carretera de Stupinigi: la Generala. Era un “reformatorio de muchachos”, que podía albergar hasta trescientos. Don Bosco lo visitaba frecuentemente, y buscaba ganarse a los muchachos, encerrados (casi siempre) por hurto, o llevados por los mismos parientes por su indocilidad.

Los jóvenes estaban divididos en tres categorías: los “vigilados especiales”, los cuales eran encerrados en celdas por la noche; los “vigilados simples” los cuales estaban sujetos a los medios normales de una cárcel, y los “que estaban en peligro” conducidos allí solamente porque alguien, cansado de ellos, se los había quitado de encima entregándoles a la policía. Durante el día trabajaban en el campo y en los talleres internos, organizados por un Hermano de las Escuelas Cristianas.

Durante la Cuaresma de 1855 les dio Don Bosco un cuidadoso cursillo catequético, que terminó con una confesión general.

Quedó Don Bosco tan conmovido de su buena voluntad que les prometió “algo excepcional”. Se presentó al director, y le propuso organizar con los muchachos (entristecidos por su encierro) un buen paseo hasta Stupinigi.

— Pero, ¿usted habla en serio, Reverendo? —preguntó aquel hombre estupefacto—.

— Con la mayor seriedad del mundo.

— ¿Y usted sabe que yo sería responsable de todos los que se escapan?

- No se escapará ninguno. Le doy mi palabra.
- Oiga, es inútil predicar en desierto. Si quiere un permiso de ese género hable con el Ministro.

Don Bosco se presentó a Ratazzi, y le expuso serenamente el proyecto.

— Muy bien —dijo el Ministro—. Un paseo les irá muy bien a los jóvenes presos. Daré las órdenes necesarias para que a lo largo del camino haya carabineros suficientes, disfrazados de paisano.

— Eso no —intervino Don Bosco decididamente—. La única condición que pongo es que ni un solo guardia nos “proteja”. Y usted deberá darme palabra de honor. El riesgo corre a mi cargo: si uno se escapa me mete a mí en la cárcel.

Rieron a la par. Y, luego, dijo Ratazzi formalmente:

— Razone, Don Bosco. Si no hay guardias, volverá usted sin ninguno.

— Y yo, en cambio, digo que volverán todos. Hagamos una apuesta.

Pensó un poco Ratazzi. Y luego dijo:

— Bueno, acepto. Me fío de usted y de los guardias que, en caso de fuga, no tardarán mucho en volver a atrapar a cuatro muchachotes.

## **Jornada de libertad**

De vuelta en la Generala pudo Don Bosco anunciar el paseo. Aullaron de alegría los pobres prisioneros. Logrado el silencio siguió diciendo Don Bosco:

— He dado mi palabra de honor de que, del primero al último os vais a portar bien, y que ninguno intentará escaparse. El Ministro me ha prometido que no pondrá un sólo guardia, ni de uniforme ni de paisano. Pero ahora toca a vosotros darme vuestra palabra: bastaría uno sólo que huyera para que yo quedara deshonrado. Ciertamente no me dejarían volver a poner los pies aquí. ¿Puedo fiarme de vosotros?

Charlaron ellos entre sí. Luego, los mayores dijeron:

— Le damos nuestra palabra. Volveremos todos y nos portaremos bien.

El día siguiente fue un día de sol suave, primaveral. Fueron a Stupinigi. Saltaban, corrían, gritaban, Don Bosco iba en medio de la pequeña tropa, bromeaba, contaba cosas. Delante de todos llevaban un asno con las provisiones.

En Stupinigi Don Bosco celebró la misa, almorzaron luego sobre la hierba, y rivalizaron en apuestas y juegos a lo largo del río Sangone.

Visitaron el parque y el castillo real. Merendaron y, a la caída del sol, la vuelta. El asno iba descargado y Don Bosco bastante cansado. Los muchachos le obligaron a montarse y tirando ellos del ramal y cantando llegaron al reformatorio. El director se dio prisa a contarlos: estaban todos.

Fue aquel un adiós bien triste, desde el cancel de la cárcel. Don Bosco les fue despidiendo uno a uno. Volvió a casa con el corazón satisfecho, por haberles podido liberar durante un día.

El Ministro, al recibir el parte, estaba jubiloso por el triunfo.

— ¿Por qué llega usted a obtener esto y nosotros no? —preguntó un día a Don Bosco—.

— Porque el Estado manda y castiga. No puede hacer más. Yo, en cambio, les quiero a esos muchachos. Y tengo, como sacerdote, una fuerza moral que usted no puede comprender.

### **Nueve páginas para explicar su "sistema"**

Y hubo quien pidió a Don Bosco muchas veces que explicara su "sistema de educación" en un libro. La falta de tiempo, la imposibilidad de pararse a reflexionar orgánicamente sobre las líneas que sostenían su postura educativa, no permitieron a Don Bosco darnos una obra "científica".

En 1876 se armó de valor, y trazó un "esbozo" del sistema educativo "empleado en las casas salesianas". Son nueve páginas que los salesianos tienen en el apéndice de sus Reglas, y que están invitados a reparar a menudo.

Las resumimos, repitiendo que no se trata de una obra "científica", sino de unos apuntes condicionados por la prisa, la urgencia y los graves problemas de aquel año. En ellos se trasluce algo vivo, la "carga" que Don Bosco llevaba dentro de sí mismo, y que probablemente ninguna página habría podido explicar nunca de una forma adecuada.

Empieza Don Bosco resumiendo (más bien de forma vulgar, creo se puede decir) las maneras de educar en dos sectores:

— *El sistema represivo* (usado por el Estado, el ejército...). "Consiste dar a conocer la ley a los súbditos, y después vigilar para conocer a los transgresores y castigarlos. En este sistema las palabras deberán ser severas; el superior debe evitar toda familiaridad con sus dependientes, encontrarse rara vez entre sus súbditos".

— *El sistema preventivo* (que él quiere se practique en sus obras). Al llegar a este punto, Don Bosco explica "el sistema preventivo" como él lo entiende, como lo ha practicado en el Oratorio.

"Este sistema se apoya, sobre todo, en la *razón, la religión y la amabilidad*. Excluye todo castigo violento y busca alejar hasta los castigos suaves.

El director y los asistentes son como padres amorosos: hablan, sirven de guía, aconsejan y corrigen amablemente.

El alumno no queda envilecido, se hace amigo, ve en el asistente a un bienhechor que quiere hacerle bueno, librarle de los disgustos, de los castigos, del deshonor.

El educador, ganado el corazón de su protegido, podrá seguirle cuando sea mayor, aconsejarle y hasta corregirle.

La práctica de este sistema se apoya en las palabras de San Pablo: "La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera, aguanta cualquier molestia". Por esto solamente el cristiano puede aplicar con éxito el sistema preventivo. Razón y religión son los instrumentos que constantemente debe usar el educador.

Por consiguiente, el Director debe vivir totalmente consagrado a sus educandos, encontrarse siempre entre sus alumnos, cuando ellos gozan de tiempo libre".

*De aquí en adelante Don Bosco tiene en cuenta especialmente los colegios, que monopolizaban gran parte de las fuerzas salesianas en 1876. No siempre se trasluce el "Don Bosco de los oratorios".*

"Los maestros, los jefes de taller, los asistentes deben ser de una moralidad reconocida. Preocúpense de evitar como la peste, toda suerte de afecto o amistad particular con los alumnos. Por cuanto es posible, los asistentes precedan a los alumnos en el lugar donde deban reunirse, no les dejen nunca desocupados.

Déseles amplia libertad para saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos son medios eficacísimos para obtener la disciplina, ayudar a la moralidad y la salud. "Haced lo que queráis, decía san Felipe Neri, a mí me basta que no hagáis pecados".

La confesión y la comunión frecuentes, la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo. No hay que obligar a los jovencitos a frecuentar los santos sacramentos, sino sólo animarles y darles comodidad para aprovecharse de ellos.

El educador es un individuo consagrado al bien de los alumnos, por lo cual debe estar pronto para aguantar cualquier molestia, cualquier fatiga con tal de conseguir su fin, que es la educación civil, moral y científica de sus alumnos.

Busque el educador que le quieran, si quiere que le teman (otras veces el mismo Don Bosco ha escrito: "*más que hacerse temer*", "*antes*

que hacerse temer"). El escamoteo de la benevolencia es un castigo, pero un castigo que excita la emulación, da valor y no envilece nunca. La alabanza cuando algo está bien hecho, el reproche cuando hay una negligencia, ya constituyen un premio o un castigo.

Hecha excepción de rarísimos casos, no hay que corregir en público, sino en privado, aparte de los compañeros, y hay que emplear gran prudencia y paciencia para hacer que el alumno entienda su fallo con la razón y la religión.

Se debe evitar del todo golpear, de cualquier modo que sea, porque irrita a los jóvenes y envilece al educador".

## **El sueño del antiguo oratorio**

Si Don Bosco escribe con dificultad tratados, en cambio es un mago para comunicar y contra la vida vivida. Por esto, muchos expertos han afirmado que, si bien el *Tratadito sobre el sistema preventivo* es más bien deficiente, en cambio el "sueño" que Don Bosco narró en una carta del 1884 es la más viva y deslumbradora expresión de su sensibilidad educativa.

Estaba Don Bosco en Roma, durante el mes de mayo de aquel año, resolviendo importantes asuntos de su Congregación. Por la noche "sueña" con el antiguo oratorio (aquél en el que vivían Domingo Savio, Miguelito Rúa, Juan Cagliero) y lo puede comparar con el que vive en Valdocco en aquel momento. Y dicta entonces una carta, con fecha del 10 de mayo de 1884. "Puede considerarse como uno de los más eficaces y ricos documentos pedagógicos de Don Bosco", afirma Pedro Stella.

La resumimos.

"Me parecía estar en el antiguo oratorio, a la hora del recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y de alegría. Quién corría, quién saltaba, quién hacía saltar a los demás. Uno jugaba a la rana, otro a la bandera, aquél a la pelota. En un punto había un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote, que les contaba una historia. En otro lado, estaba un clérigo jugando con otro grupo al "burro vuela" o a los "oficios". Se cantaba, se reía por todas partes; por doquier, sacerdotes y clérigos; y, alrededor de ellos, chicos que alborotaban alegremente. Se notaba que entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. Yo estaba encantado, contemplando aquel espectáculo, cuando el acompañante me dijo:

— Vea, la familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones, y los jóvenes manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella, y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar el que saben que los ama.

En aquel instante se acercó a mí un antiguo alumno, José Buzzetti, y me dijo:

— ¿Quiere ver a los jóvenes que están actualmente en el oratorio?

Os vi a todos vosotros que estabais en recreo. Pero no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena. En vuestro rostro se leía aburrimiento, cansancio, desconfianza. Muchos jugaban con dichosa despreocupación, pero algunos estaban solos, apoyados en las columnas, o danzaban por las escaleras, otros lanzaban en derredor miradas sospechosas; san Luis habría sentido sonrojo de encontrarse en su compañía.

— ¡Qué diferentes son de lo que éramos nosotros! —exclamó Buzzetti—.

— ¡Muchol! Pero ¿cómo animar a estos mis queridos jóvenes?

— Con la caridad.

— Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes los trabajos y humillaciones que he sufrido y sufro todavía para proporcionarles pan, casa, maestros, y especialmente para buscar la salvación de su alma. Y los directores, prefectos, maestros, asistentes consumen los años de su juventud en su favor.

— Falta lo mejor —insistió Buzzetti—. Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.

— Pero ¿no ven que todo lo que hacemos en su favor se hace por su amor?

— No.

— ¿Qué se requiere, pues?

— Que al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones juveniles, aprendan a ver el amor también en las cosas que les agradan poco; como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos. Me explico mejor: mire, observe a los muchachos en recreo. ¿Dónde están nuestros salesianos?

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos mezclados entre los jóvenes y menos los que tomaban parte en sus juegos. Los superiores no eran ya el alma de los recreos. La mayor parte de ellos paseaban, hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros, vigilaban a la buena; alguno corregía pero con amenazas. Más de un salesiano deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchachos buscaban la manera de alejarse de él.

Entonces Buzzetti me dijo:

— En los primeros tiempos del oratorio, usted estaba siempre entre nosotros, especialmente a la hora de recreo. ¿Recuerda aquellos hermosos años? Era una alegría de paraíso, una época que recordamos siempre con emoción, porque el amor lo regulaba todo, y nosotros no teníamos secretos con usted.

— ¡Cierto! todo era para mí motivo de alegría. Ahora, en cambio, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me impiden portarme como entonces.

— Pero, si usted no puede, ¿por qué los salesianos no se convierten en sus imitadores? Tienen que amar lo que agrada a los jóvenes, y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los superiores. Ahora, los superiores son considerados como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son más temidos que amados... Por esto, si se quiere hacer un solo corazón y una sola alma, por amor a Jesús, se tiene que romper esa barrera de desconfianza, que ha de ser suplantada por la confianza más cordial. La obediencia ha de guiar al alumno como la madre a su hijito. Entonces reinarán en el oratorio la paz y la antigua alegría.

— ¿Cómo hacer para romper esta barrera?

— Familiaridad con los jóvenes, especialmente durante las horas de recreo. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiera ser amado es menester que demuestre que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el maestro de la familiaridad! El maestro, al cual se le ve sólo en la cátedra, es un maestro y nada más; pero, si participa en el recreo de los jóvenes, se convierte también en hermano. El que sabe que es amado, ama. Y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Este amor hace que los superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no quebró la caña ya rota, ni apagó la mecha humeante. He ahí vuestro modelo. Entonces ya no habrá quien trabaje por vanagloria, ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido, ni quien se deje robar el corazón por una criatura y, para agasajar a ésta, descuida a los demás jóvenes, ni quien, por respeto humano, se abstenga de amonestar a quien necesite ser amonestado. ¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento?"

Terminaba Don Bosco su larga epístola con estas palabras que dictó llorando (según atestigua el secretario):

“Basta que un joven entre en una casa salesiana, para que la Santísima Virgen lo tome bajo su celestial protección. ¡Oh, mis queridos hijos! se acerca el tiempo en que tendré que separarme de vosotros y partir para la eternidad. ¿Sabéis lo que desea de vosotros este pobre viejo, que ha gastado toda su vida en favor de sus queridos jóvenes? Sólo que vuelvan a florecer los días felices del antiguo oratorio: las jornadas del afecto y la confianza entre los jóvenes y los superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos a la sencillez y al candor; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos”.



Don Bosco confiesa al niño Pablo Albera, que será su segundo sucesor. La foto es de 1871.



## Adios a una madre y a un muchacho

El primer domingo de abril de 1855 predicó Don Bosco a los muchachos y les habló de la santidad. Más de uno arrugó el ceño. Domingo Savio, en cambio, escuchó con toda atención. A medida que Don Bosco, con su hermosa voz ardiente y persuasiva, adelantaba en el tema, le parecía que el sermón era sólo para él. Ser santo como el principito San Luis, como aquel gran misionero Francisco de Javier, como tantos mártires de la Iglesia...

Desde aquel momento Domingo Savio empezó a soñar. Y su sueño fue la *santidad*.

El 24 de junio era el día onomástico de Don Bosco. Como todos los años hubo una gran fiesta en el Oratorio. Don Bosco, en un intercambio de afecto y de buena voluntad, les dijo:

— Escriba cada uno en un papelito el regalo que desea recibir de mí. Os aseguro que haré lo posible por contentaros.

### Un papelito con cuatro palabras

Quando Don Bosco leyó los papelitos se encontró con algunas peticiones serias y sensatas. También las hubo extravagantes, que le hicieron sonreír: uno pedía cien kilos de turrón "para todo el año". En el papelito de Domingo Savio no había más que cuatro palabras: "Ayúdeme a hacerme santo".

Don Bosco tomó en serio aquellas palabras. Llamó a Domingo y le dijo: "Quiero regalarte la fórmula de la santidad. Hela aquí: *Primero, alegría*. Lo que conturba y roba la paz, no viene de Dios. *Segundo: tus deberes de clase y de piedad*. Atención en la escuela, entrega al estudio, entrega a la piedad. Todo ello por amor al Señor y no por ambición. *Tercero: hacer el bien a los demás*. Ayuda siempre a tus compañeros, aunque te cueste algún sacrificio. En eso, está toda la santidad".

Domingo se comprometió del todo. En la *Vida de Domingo Savio*, que Don Bosco escribió inmediatamente después de su muerte, se cuentan muchos episodios, sencillos y conmovedores. Recordamos uno de ellos.

Cierto día un muchacho había llevado al Oratorio una revista ilustrada con figuras poco decentes. Enseguida le rodearon cinco o seis compañeros. Miraban, reían alegremente. También Domingo se acercó. Arrancó de las manos del propietario la revistilla y la hizo pedazos. El muchacho empezó a protestar, pero también Domingo protestó, en voz más alta:

— ¿Cómo traes esto al Oratorio? ¿Don Bosco trabaja todo el día para hacernos buenos ciudadanos y buenos cristianos y tú traes a su casa esta porquería? ¡Estas figuras ofenden al Señor y no deben entrar aquí!

Llegaron y pasaron volando las vacaciones escolares del 1855. Al regresar los muchachos, en octubre, al oratorio, volvió Don Bosco a ver a Domingo Savio y se quedó preocupado:

— ¿No has descansado durante las vacaciones?

— Sí, Don Bosco, ¿por qué lo dice?

— Estás descolorido. ¿Cómo es eso?

— Tal vez el cansancio del viaje... —y sonrió tranquilamente.

Pero no era un cansancio pasajero. Los ojos hundidos y brillantes, el rostro pálido y demacrado decían bien a las claras que la salud de Domingo no era buena. Don Bosco decidió tomar alguna precaución.

— Este año no irás a clase a la ciudad. Salir con la lluvia y la nieve no te iría bien. Irás a clase con don Francesia, aquí en casa. Así podrás descansar un poco más por la mañana. Y modérate en el estudio: la salud es un don de Dios y no debemos gustarla.

Domingo obedeció. Pero, unos días después, como si previese algo grave a punto de sucederle, dijo a Don Bosco:

— Ayúdeme a hacerme santo *deprisa*.

## **La "Compañía de la Inmaculada"**

Domingo se hizo muy amigo de Miguel Rúa y de Juan Cagliero, aunque le llevaban cinco y cuatro años. Tenía otros amigos estupendos, muchachos llegados al oratorio aquellos años: Bongiovanni, Durando, Cerruti, Gavio, Massaglia.

A primeros de 1856, los internos del oratorio era 153: 63 estudiantes y 90 artesanos.

Al llegar la primavera, Domingo tuvo una idea. ¿Por qué no unirse los jóvenes más voluntariosos, en una especie de "sociedad secreta", y

convertirse en grupo compacto de pequeños apóstoles, en medio de la masa de los otros? Habló de ello con algunos. Cuajó la idea. Se decidió llamar a la sociedad "Compañía de la Inmaculada".

Don Bosco la autorizó, pero sugirió no precipitar las cosas. Que probaran primero, que hicieran un pequeño reglamento. Y, luego, ya se hablaría.

Lo probaron. En la primera "reunión" se decidió a quiénes invitar para inscribirse: pocos, de confianza, capaces de guardar el secreto. Se discutió el nombre de Francesia, jovencísimo profesor de letras, muchacho cándido, amigo de todo el mundo. Fue descartado por charlatán e incapaz de guardar un secreto.

La asamblea encargó a tres de los inscritos para esbozar el reglamento: Miguel Rúa, de 19 años, José Bongiovanni, de 18, Domingo Savio, de 14. Don Bosco afirma que el que escribió el texto fue Domingo. Los otros lo retocaron.

El pequeño reglamento constaba de 21 artículos. Los socios se comprometían a ser mejores, con la protección de la Virgen y la ayuda de Jesús Eucarístico; a ayudar a Don Bosco convirtiéndose, con prudencia y delicadeza, en pequeños apóstoles entre los compañeros; a esparcir alegría y tranquilidad en derredor.

El artículo 21, el concluyente, resumía el espíritu de la Compañía: "Una sincera, filial, ilimitada confianza en María, una ternura singular con ella, una devoción constante nos harán *superiores a toda dificultad, tenaces en los propósitos, severos con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo*".

La Compañía se inauguró el 8 de junio de 1856, ante el altar de la Virgen, en la Iglesia de san Francisco. Todos prometieron ser fieles a su compromiso.

Aquel día había realizado Domingo su obra maestra. No le quedaban más que nueve meses de vida, pero su "Compañía de la Inmaculada" duraría más de cien años (con exactitud, hasta 1967). Se convertiría en todas las Casas Salesianas en un grupo de muchachos comprometidos y de futuras vocaciones sacerdotales.

Los socios de la Compañía determinaron "cuidar" cierta categoría de muchachos que, en su lenguaje secreto, llamaron "clientes": los indisciplinados, los fáciles a decir palabrotas y pegarse. Cada socio seguía a uno, y le hacía de "ángel custodio", durante el tiempo necesario para ponerle en buen camino. Otra categoría de "clientes" era la de los recién llegados. Les ayudaban a pasar alegremente los primeros días, mientras no conocían a ninguno, ni sabían los juegos, hablaban en el dialecto de su pueblo y sentían nostalgia.

Durante la Cuaresma de aquel año 1856, Domingo Savio (que tanto recordaba a Don Bosco la figura pálida y tensa de Luis Comollo) cayó en algunas exageraciones. De tanto oír, en las lecturas litúrgicas del tiempo, las constantes invitaciones a la penitencia, quiso hacer algunas también él. Un asistente del comedor advirtió a Don Bosco de que Domingo Savio ayunaba.

Le llamó inmediatamente. Por la franca conversación supo que Domingo no sólo había comenzado a "ayunar a pan y agua al menos el sábado", sino que había ido más allá: había quitado de la cama la manta (pese al clima todavía fresco), había colocado trozos de ladrillo bajo la sábana para perturbar el sueño. Don Bosco le cortó con decisión:

— Te prohibo *absolutamente* toda penitencia. O mejor, te impongo una: la obediencia. Es una penitencia que cuesta, agrada al Señor, y no arruina la salud. Obedece y eso basta para ti.

### **Mamá Margarita se va...**

15 de noviembre de 1856. Mamá Margarita cae enferma. Una violenta pulmonía, que inmediatamente se manifiesta mortífera para sus 68 años, gastados por el exceso de trabajo. Por un momento, parece que la vida del oratorio se para. ¿Cómo tirar adelante sin ella? Se alternan junto a su lecho los clérigos de Don Bosco, los muchachos mayores. Cuántas veces entraron en la cocina diciendo:

- Mamá, ¿me da una manzana?
- Mamá, ¿está ya la menestra?
- Mamá, no tengo pañuelo.
- Mamá, se me han roto los pantolones.

El heroísmo de aquella gran mujer, que se está apagando, se ha hecho a base de jirones para remendar, de heno y trigo para segar, de ollas y colada. Pero en medio de aquellas humildes ocupaciones había la fortaleza de no cansarse nunca, la confianza en la Providencia. Pelando patatas y meneando la polenta saltaban las lecciones de fe, el buen sentido práctico, la dulce bondad de la mamá.

De ella ha aprendido Don Bosco su sistema educativo. Es él el primero que ha sido educado con *razón, religión y amabilidad*. La Congregación Salesiana fue mecida sobre las rodillas de Mamá Margarita, que ahora se apaga como la llama de una candela.

Llega desde I Becchi José, con los nietos mayores. El Teólogo Borel, su confesor desde que vino a Turín, va a llevarle el Viático.

Junta las últimas fuerzas para hablar con su Juan:

— Que vigiles, porque muchos en vez de la gloria de Dios, buscan sus propios intereses... Hay algunos junto a ti que aman la pobreza para los demás, mas no para ellos. Lo que queremos para los demás, tenemos que comenzar a hacerlo nosotros.

No quiere que Juan la vea sufrir, piensa en los demás hasta el último momento.

— Sal, Juan... Sufres demasiado al verme así. *Recuerda que esta vida consiste en padecer. El verdadero goce está en la vida eterna... Ahora, sal, te lo pido por favor... Reza por mí, adiós.*

Margarita Bosco ha expresado en esas sencillas palabras la genuina "concepción cristiana de la vida" de la gente campesina. La convicción que ha ayudado a hombres y mujeres del campo a seguir adelante en la vida, a pesar de la carestía, la muerte de los hijos, la fatiga que mataba. Y esto durante siglos.

Junto a la vieja mamá que muere están José y don Víctor Alasonatti. Expira a las tres de la mañana del 25 de noviembre, José va a la habitación de Don Bosco, y se echan los brazos al cuello llorando.

Dos horas después, llama Don Bosco a José Buzzetti. Es el amigo de los momentos más amargos, el único ante quien no tiene vergüenza de que le vean llorar. Va a celebrar la misa por su madre en la cripta del Santuario de la Consolata. Se arrodillan, después, ante la imagen de la Virgen y solloza Don Bosco: "Ahora mis hijos y yo nos quedamos sin madre en la tierra. Quédate a nuestro lado, haznos tú de madre".

Unos días más tarde, va Miguel Rúa a buscar a la suya, la señora Juana María:

— Desde que ha muerto mamá Margarita —le dice— no sabemos cómo apañarnos. No hay nadie para hacer la comida, remendar la ropa. Mamá, ¿quieres venir tú?

Con sus 56 años a cuestas, la señora Juana María sigue al hijo y se convierte en la segunda mamá del oratorio. Lo será durante 20 años.

## **Un muchacho que habla con Dios**

Diciembre. Las calles de Turín están salpicadas con las primeras nieves. Es de noche y brillan los faroles. Don Bosco, igual que siempre, inclinado sobre su mesa despacha un montón de cartas que aguardan respuesta. Le tendrán atado hasta más allá de medianoche. Llaman suavemente a la puerta:

— Adelante. ¿Quién es?

— Soy yo —dice Domingo Savio entrando rápidamente—. Venga, pronto, venga, hay una obra de caridad que hacer.

— ¿Ahora, de noche? ¿A dónde quieres llevarme?

— Pronto, Don Bosco, pronto.

Don Bosco duda. Pero mira a Domingo y ve que su cara, tranquila de ordinario, está muy seria. Hasta sus palabras tienen la decisión de un mandato. Se levanta Don Bosco, toma el sombrero y le sigue.

Desciende Domingo rápidamente las escaleras, sale del patio, enfila decididamente la calle hacia la ciudad, dobla una esquina, otra. No habla ni se detiene. Marcha seguro por el dédalo de calles y callejuelas. Sube una escalera. Don Bosco siempre detrás: primer piso, segundo, tercero. Domingo se detiene. Llama. Antes de que nadie acuda para abrir, dice a Don Bosco:

— Aquí es donde debe entrar. Y se vuelve a casa.

Se abre la puerta. Se asoma una mujer desgrefñada. Ve a Don Bosco y exclama:

— El Señor le envía. Deprisa, deprisa, si quiere llegar a tiempo. Mi marido tuvo la desgracia de abandonar la fe hace muchos años. Se está muriendo y pide, por favor, confesarse.

Don Bosco se acerca al lecho del enfermo y se encuentra con un pobre hombre espantado, a punto de morir. Le confiesa, le absuelve. Y unos minutos después fallece.

Pasan unos días. Don Bosco está todavía impresionado por lo sucedido. ¿Cómo se ha enterado Domingo de aquel enfermo? Se acerca a él un momento, cuando nadie puede oír:

— Domingo, la otra noche fuiste a mi despacho a buscarme, ¿quién te había hablado de aquel enfermo? ¿Cómo lo supiste?

Entonces sucede lo que Don Bosco no esperaba: el muchacho le mira tristemente y se echa a llorar. Don Bosco no se atreve a hacerle más preguntas, pero entiende que en su Oratorio hay un muchacho que habla con Dios.

## **“¿Podré ver a mis compañeros desde el Paraíso?”**

En febrero de 1857 pasó por Turín un invierno frigidísimo. Domingo Savio se puso más pálido. Una tos profunda le sacudía, y sus fuerzas disminuían rápidamente. Don Bosco, preocupado, llamó a médicos famosos para que le vieran. El profesor Vallauri, después de una cuidadosa visita, dijo:

— La complexión delicada y la tensión de espíritu continua son como limas que desgastan la vida.

— ¿Qué puedo hacer por él? —insistió Don Bosco—.

Vallauri se encogió de hombros. La medicina apenas si existía prácticamente por entonces.

— Envíele a tomar los airs nativos y que suspenda por algún tiempo los estudios.

Al saber Domingo la decisión, se resignó. Pero le sabía muy mal tener que dejar los estudios, los amigos y especialmente a Don Bosco.

— ¿Por qué no quieres ir a disfrutar de la compañía de tus padres?

— Porque me gustaría acabar mis días aquí, en el oratorio.

— No digas eso. Tú ahora vas a casa, mejoras y vuelves.

— Eso no, —sonrió Domingo, sacudiendo la cabeza—. Yo me voy y no volveré. Don Bosco, es la última vez que podemos hablarnos. Dígame: ¿qué puedo hacer aún por el Señor?

— Ofrécele a menudo tus sufrimientos.

— Y ¿qué más?

— Ofrécele también tu vida.

— ¿Podré ver desde el Paraíso a mis compañeros y a mis padres?

— Sí —murmuró Don Bosco venciendo su conmoción.

— Y... ¿podré venir a verle?

— Si el Señor lo quiere, podrás venir.

Era el 1 de marzo y domingo. La despedida más conmovedora fue la de los amigos de la "Compañía". Después, llegó la tartana de su tío, que debía llevarle hasta Mondonio. Al torcer la calle agitó todavía su mano despidiendo al oratorio, a los amigos, a "su" Don Bosco, que se quedó con un profundo pesar mirando cómo se alejaba el carruaje. Se había marchado su mejor alumno, el santito que la Virgen había regalado al oratorio durante tres años.

Casi de improviso, el 9 de marzo de 1857, se apagaba. A su lado estaba su padre. Apenas si pudo susurrar:

— Adiós, papá... me decía el párroco... pero yo no recuerdo... ¡qué cosas más hermosas veo...!

Pío XII le declaró santo el 12 de junio de 1954. El primer santo a los quince años.

## **La faja color de sangre**

Don Bosco le volvió a ver todavía una vez, en un gran "sueño" que tuvo en Lanzo, durante la noche del 6 de diciembre de 1876. Su narra-

ción ocupa doce apretadas páginas del 12º volumen de las *Memorias Biográficas*. Nos vemos obligados a hacer un breve resumen del mismo:

“Me pareció hallarme junto a una inmensa llanura, azul como el mar. Pero no había agua: parecía un limpio y luciente cristal. Sonaba por los aires una música dulcísima.

Cuando, he aquí que apareció ante mí una inmensa cantidad de jóvenes: conocía a muchísimos, que habían estado en el oratorio y en otros colegios nuestros; pero, la mayor parte me era desconocida. La interminable turba se dirigía hacia mí. A su cabeza avanzaba Domingo Savio, e inmediatamente detrás de él mucho clérigos y sacerdotes, guiando cada uno un escuadrón de jóvenes.

Domingo Savio se destacó del grupo y avanzó tan cerca de mí que, de haber extendido la mano, le hubiese tocado. ¡Qué hermoso iba! Una túnica blanquísima le cubría hasta los pies. Una ancha faja roja ceñía su cintura. Tenía la cabeza cubierta de rosas. Parecía un ángel.

Domingo Savio abrió los labios:

— ¿Por qué estás mudo? ¿No eres tú aquel hombre que no se espantaba de nada, que aguantaba calumnias, persecuciones, enemigos, angustias y peligros de toda suerte? ¿Por qué no hablas?

Respondí balbuciendo:

— Entonces, ¿tú eres Domingo Savio?

— Sí, soy yo. ¿No me reconoces? He venido para hablar contigo. Nos hemos hablado tantas veces en la tierra. Cuántas veces tú me diste señales de amistad. ¿Acaso no correspondí yo a tu cariño? ¡Mi confianza contigo era grandísima!

— Pero ¿dónde estamos?

— En el lugar de la felicidad.

— ¿Por qué llevas esta túnica esplendorosa? ¿Y por qué esa faja roja a la cintura?

Una voz cantó las palabras de la Biblia: “Son como vírgenes y siguen al Cordero doquiera vaya”. Entonces comprendí que la faja roja, color de sangre, era el signo de los grandes sacrificios realizados, casi del martirio sufrido para conservar la hermosa virtud de la pureza. El esplendor del vestido era el signo de la inocencia bautismal conservada.

— ¿Por qué vas delante de los demás? —le pregunté todavía—.

— Soy embajador de Dios. Te digo, en cuanto al pasado, que tu Congregación ha hecho mucho bien. ¿Ves este número incontable de jóvenes? Fueron salvados por ti, por tus sacerdotes y clérigos y otros que tú pusiste en el camino de la vocación. Pero, serían muchos más, si hubieses tenido más fe y confianza en el Señor.

— ¿Y el presente?



Domingo me entregó un ramito de flores: rosas, violetas, lirios, gencianas, espigas de trigo... Y dijo:

— Preséntalo a tus hijos. La rosa es el emblema de la caridad, la violeta de la humildad, la genciana de la penitencia, el lirio de la castidad, las espigas del amor a la Eucaristía.

— ¿Y para el porvenir?

— Sábetete que Dios prepara grandes cosas a tu Congregación. Le espera mucha gloria. Pero procura que tus salesianos no se salgan del justo sendero que les has señalado. Si los tuyos se mantienen dignos de su alta misión, el porvenir será esplendoroso y salvará una infinidad de personas. A condición de que tus hijos sean devotos de la bienaventurada Virgen María y sepan conservar la virtud de la castidad, que tanto agrada a los ojos de Dios.

— ¿Y en cuanto a mí?

— Oh, si supieses ¡cuántas vicisitudes tienes que pasar todavía!

Extendí entonces las manos para abrazar a aquel santo hijito, pero escaparon de mí sus manos como si fuesen de aire y no pude abrazarle..."



Mamá Margarita, a los 67 años. Pintura de José Rollini, sacada de un apunte de Bartolomé Bellisio. Cuando se lo regalaron a Don Bosco, en 1855, éste exclamó: "¡Es ella! ¡Sólo le falta hablar!".

## **“Fraile o no, me quedo con Don Bosco”**

Un día del verano de 1857, Don Bosco fue recibido por el ministro Ratazzi. La conversación cayó sobre la “obra de los oratorios”, que el ministro apreciaba, particularmente después del hecho de los jóvenes atendiendo a los enfermos del cólera y del paseo de los de la Generala. Según la relación de Lemoyne la conversación se desarrolló de este modo:

— Yo deseo, Don Bosco, que viva usted muchos años. Pero, también puede usted morir. ¿Qué pasará entonces con sus muchachos?

— Le devuelvo la pregunta, ministro. ¿Qué podría yo hacer para garantizar la supervivencia de mi obra?

— A mi entender, usted debería escoger algunos, entre los seglares y eclesiásticos de su confianza, y formar una Sociedad, embeberles de su espíritu, amaestrarles según su sistema. Ahora serían sus ayudantes y mañana sus continuadores.

Don Bosco sonrió.

— Pero hace dos años que usted ha hecho aprobar una ley para la supresión de muchas Comunidades religiosas. Y lo que usted propone ahora mismo es precisamente una nueva comunidad religiosa. ¿La dejará sobrevivir el gobierno?

— Conozco bien la ley de la supresión —sonrió a su vez Ratazzi—. Usted puede fundar una Sociedad, que ninguna ley podrá hundir.

— ¿Y cómo?

— Un Estado laico no podrá reconocer nunca una “Sociedad religiosa” dependiente de la Iglesia, es decir de una autoridad distinta de la suya. Pero si nace una sociedad, cuyos miembros conservan los derechos civiles, se sujetan a las leyes del Estado, pagan los tributos, el Estado no puede tener nada que decir. De cara a esto, esta Sociedad no es más que una asociación de ciudadanos libres, que se unen y viven juntos para una finalidad benéfica, como otros se unen para un

fin comercial, industrial, de socorros mutuos. Si después, *en su foro interno*, esos socios aceptan también la autoridad de los obispos y del Papa, el Estado se lava las manos de eso: se autoriza cualquier clase de asociación de ciudadanos libres, con tal que se respeten las leyes y la autoridad del Estado.

Don Bosco dió gracias al ministro y le prometió reflexionar sobre ellos. Ratazzi no había hecho más que dar forma cristalina a las ideas que Don Bosco mantenía dentro de sí mismo, desde hacía años. Precisamente él andaba estudiando cómo fundar una Congregación que “de cara a la Iglesia” fuese de religiosos, y de “cara al Estado” fuese de libres ciudadanos. La principal dificultad era esta: ¿aceptaría la Santa Sede una nueva impostación, que prácticamente aceptaba la división entre Estado e Iglesia (principio liberal), y revolucionaba los esquemas clásicos de la vida religiosa? Hasta entonces los religiosos habían sido tales “lo mismo de cara al Estado que de cara a la Iglesia”.

### **Un primer esbozo escrito para la Congregación que nacía**

Don Bosco pensaba en la “fórmula” y se preocupaba de las *personas* que habrían de formar su Congregación. Los colaboradores adultos le habían ido abandonando uno tras otro. La Virgen le había indicado, a través de sueños, el camino a seguir: sacar los pastores de entre la grey.

Miguel Rúa, el primero, hacía los votos en 1855.

Unos meses después los hizo don Víctor Alasonatti.

En el 1856 le tocó el turno a Juan B. Francesia, que compuso para tal ocasión un solemne poema en latín.

Pero ninguno de los tres creía formar parte de una “Congregación”. Pensaban solamente que se unían más estrechamente a Don Bosco para “echarle una mano”.

Y Don Bosco seguía siendo muy prudente: las congregaciones y los frailes no estaban de moda, por entonces. Evitó cuidadosamente todos los visos de “costumbres religiosas: nada de meditaciones regulares, ni largas oraciones, ni prácticas austeras” (*E. Ceria*).

Por lo demás, hasta 1859 nada autorizaba a Don Bosco a declararse “cabeza de una congregación religiosa”. Estaba rodeado de un buen número de clérigos que habían recibido de él la sotana. Pero esto había sido posible, sólo por cuanto el arzobispo veía su necesidad de cara a la “obra de los oratorios”. Y por otra parte, estos clérigos habían pasado un examen preliminar en la Curia de la ciudad, asistían a clase

en el seminario, excepción hecha de unos pocos, dispensados porque su trabajo era indispensable en el Oratorio. Don Bosco gobernaba los oratorios, el internado de Valdocco, los clérigos, bajo la autoridad del arzobispo de Turín, monseñor Fransoni.

No había apariencias, pero la sustancia se iba condensando. Hacía falta un primer esbozo escrito de la Congregación que nacía, una "regla" que fijase los puntos esenciales del espíritu y del método.

Don Bosco empezó silenciosamente este trabajo en 1855: acudió a su experiencia, a los "reglamentos" que había trazado para el Oratorio, se aconsejó, se documentó cuidadosamente sobre las reglas de las antiguas órdenes y de las congregaciones más recientes, como el *Instituto de la Caridad* de Rosmini y los *Oblatos* del abate Lanteri.

La conversación con Ratazzi (en la que el ministro solamente le había repetido lo que públicamente había expuesto en la Cámara de Diputados) fue un "rayo de luz" que le hizo comprender cómo podía adaptar lo sustancial de la vida religiosa a las nuevas condiciones impuestas por las condiciones políticas. Don Bosco defenderá con decisión los "derechos civiles" de sus religiosos.

A fines de 1857, el primer texto de la "regla" salesiana (que indiferentemente será llamado *Reglas o Constituciones*) ya estaba pronto. Iniciaba un enervante trabajo para obtener la aprobación de las autoridades religiosas.

Monseñor Fransoni, puesto al corriente de la iniciativa de Don Bosco, en su destierro de Lyon, le animó mucho. Para mayor seguridad le aconsejó fuera a presentar su proyecto al papa Pío IX.

## **Audiencia con el Papa**

Durante los primeros días de febrero de 1858, Miguel Rúa pasa muchas horas de la noche copiando, con su elegante caligrafía, el manuscrito de las Reglas. Don Bosco le ha recomendado:

— Cópialas bien. Iremos juntos a llevárselas al Papa.

El 18 de febrero parten juntos hacia Roma. Era un viaje largo y difícil en aquel tiempo: parte, lo hacen por tierra y parte, por mar, provistos del correspondiente pasaporte. Don Bosco, antes de partir, cree oportuno hacer testamento. Confía el Oratorio a don Víctor Alasonatti.

El 9 de marzo tiene Don Bosco la primera audiencia con Pío IX. El Papa le demuestra una benevolencia que nunca será desmentida. No esconde su admiración por la actividad exuberante del sacerdote turinés. Aprueba la intención de fundar una Congregación adaptada a los

tiempos, y añade algunas recomendaciones: la más importante la de ligar entre sí a sus socios no sólo con “promesas” (como había sugerido Ratazzi) sino con verdaderos “votos religiosos”. Dice a Don Bosco que también el Papa necesita pensar en ello. “Id, rezad, volved después de algunos días y os diré mi pensamiento”.

Satisfecho de la acogida, Don Bosco repasa el texto de las Reglas y lo vuelve a hacer copiar por Rúa.

21 de marzo. Segunda audiencia de Pío IX. El Papa ya ha pensado, y precisa su idea:

“Me he convencido de que vuestro proyecto puede hacer mucho bien a la juventud. Hay que realizarlo. Las Reglas deben ser suaves y de fácil observancia. La forma de vestir, las prácticas de piedad no os distinguan en medio del mundo. Tal vez, a este fin, sería mejor llamarla *Sociedad* y no *Congregación*. En fin, haced de modo que cada uno de sus miembros sea un religioso, de cara a la Iglesia, y un ciudadano en la sociedad civil.”

Don Bosco pensó rápidamente que Pío IX y Ratazzi estaban bastante de acuerdo. Presentó al Papa el breve texto de las Reglas:

“En este Reglamento, retocado según vuestras recomendaciones, está encerrada la disciplina y el espíritu que nos guía desde hace veinte años”.

Aquellas Reglas no tenían nada de monástico. Se trataba de una sociedad de eclesiásticos y seglares unidos por los votos y deseosos de consagrarse al bien de la juventud pobre. Eran ciudadanos de cara al Estado: “Cada uno, al entrar, no perderá sus derechos civiles, ni aún después de haber hecho los votos, porque conserva la propiedad de todo lo suyo”. Eran religiosos de cara a la Iglesia: “Los frutos de sus bienes, durante todo el tiempo que permanezcan dentro de la Congregación, deberán ser cedidos a favor de la Congregación”.

“En la tercera y última audiencia del 6 de abril —cuenta *E. Ceria* en las *Anales de Sociedad Salesiana*— Pío IX le devolvió el manuscrito, diciéndole lo pasara al cardenal Gaude”.

Este cardenal piemontés sostenía óptimas relaciones con Don Bosco. Leyó, retocó, y aconsejó a Don Bosco que se experimentasen las Reglas así retocadas. Después se presentarían de nuevo al Papa.

Don Bosco salió de Roma el 14 de abril.

## **Una semana para decidir**

9 de diciembre de 1859. Cree Don Bosco que ha llegado el momento de hablar abiertamente de Congregación religiosa. Habla, poco más o menos así, a los diecinueve “salesianos” reunidos en su habitación:

"Hace mucho tiempo que pensaba fundar una Congregación. Ha llegado el momento de realizarlo. El santo Padre Pío IX ha alabado y animado mi propósito. Verdaderamente esa Congregación no nace ahora: ya existía con el conjunto de Reglas que vosotros habéis observado por tradición... Se trata ahora de seguir adelante, de constituir *formalmente* la Congregación y de aceptar sus Reglas. Sabed, sin embargo, que solamente serán inscritos aquéllos que, después de haber reflexionado seriamente, quieran hacer a su tiempo los votos de pobreza, castidad y obediencia... Os dejo una semana de tiempo para pensar en ello".

A la salida de la reunión hubo un silencio desacostumbrado. Pronto se pudo constatar, al abrirse las bocas que Don Bosco había tenido razón en proceder con lentitud y prudencia. Algunos barbotaban entre dientes que Don Bosco pretendía hacer de ellos unos *frailes*. Cagliero cruzaba a grandes pasos el patio, víctima de sentimientos contradictorios.

Pero el deseo de "quedarse con Don Bosco" se apoderó de la mayoría, Cagliero soltó aquella frase, que se haría histórica: "Fraile o no, yo me quedo con Don Bosco".

En la "conferencia de adhesión", que se celebró el 18 de diciembre por la noche, sólo dos de los diecinueve de la conferencia precedente no asistieron. El resumen del acta, redactada por don Alasonatti decía:

"En la habitación del sacerdote Juan Bosco, se reunieron a las nueve de la noche: Don Bosco, el sacerdote Víctor Alasonatti, los clérigos Angel Savio, diácono, Miguel Rúa, subdiácono, Juan Cagliero, Juan Bautista Francesia, Francisco Provera, Carlos Ghivarello, José Lazzero, Juan Bonetti, Juan Anfossi, Luis Marcelino, Francisco Cerrutti, Celestino Durando, Segundo Pettiva, Antonio Rovetto, César José Bongiovanni y el joven Luis Chianale.

Plugo a los allí reunidos constituirse en Sociedad o Congregación...

Rogaron unánimemente a Don Bosco, iniciador y promotor, quisiera aceptar el cargo de Superior Mayor, el cual aceptó con la reserva de nombrar al Prefecto: le parecía no debía cambiar de aquel cargo el escribiente...

Fue elegido por unanimidad Director Espiritual el subdiácono Miguel Rúa. Fue reconocido, como Ecónomo, el diácono Angel Savio. Y, hecha la votación, salieron elegidos consejeros los clérigos Juan Cagliero, Juan Bonetti y Carlos Ghivarello. Así quedó definitivamente constituido el cuerpo administrativo (*llamado después Capítulo Superior*) de nuestra Sociedad".

## **"Qué tienes que hacer en el Oratorio"**

Había nacido la Congregación. Don Bosco tuvo una gran alegría. Pero creo le quedó aquel día una pena en el fondo del alma: entre los diecisiete que habían aceptado no estaba su querido José Buzzetti.

Manejando una pistola (para defender los objetos expuestos en la primera lotería) había sufrido un accidente grave: de resultas, tuvieron que cortarle el dedo índice de la mano izquierda. Esto era, por aquel entonces, un impedimento serio para ser sacerdote. El accidente, "unido a su humildad", observa Lemoyne, persuadió a Buzzetti a renunciar a la sotana.

Pero dedicaba todo el tiempo de la jornada a "su" Don Bosco y al Oratorio. Atendía todas las necesidades de la casa —enumera Lemoyne— asistía al comedor, preparaba las mesas, cuidaba de la limpieza, daba clases de catecismo, llevaba la administración y se preocupaba del envío de las *Lecturas Católicas*. Dirigió la escuela de canto hasta 1860, en que la cedió a Juan Cagliero. "Con su mente perspicaz y su rápida actividad era el animador de todas las loterías, buscaba trabajo para los talleres, regulaba el pan y proveía las compras".

El Oratorio era carne de su carne. Cuando se hundió el edificio casi terminado, examinó detalladamente las facturas. Encontró encargos de material de ínfima clase y atacó al empresario con palabras graves. El mismo Don Bosco tuvo que calmarle:

— Hay que tener paciencia. Ya verás como el Señor nos ayudará.

— Sí, sí, ¡nos ayudará! Mientras tanto usted vela; trabaja día y noche para alcanzar un centenar de liras, y éstos le roban miles en un momento. Hay que darles una buena lección.

— Dejémoslo correr. Si se la merecen, ya se la dará el Señor.

Buzzetti (sigue diciendo Lemoyne del que hemos tomado el diálogo) era el guardaespaldas de Don Bosco, le acompañaba siempre que temía un peligro, iba a esperarle por la noche. Su tipo fuerte, su espesa barba roja, detuvieron a algunos malintencionados que quisieron atacar al cura de Valdocco.

Sus hermanos albañiles (Carlos se había convertido en un estupendo maestro de obras) le dijeron varias veces:

— Si no quieres hacerte sacerdote ¿qué tienes que hacer en el Oratorio? Muerto Don Bosco, ¿cómo te las arreglarás sin saber ningún oficio?

Y él:

— Don Bosco me ha asegurado que, aún después de su muerte, siempre habrá para mí un pedazo de pan. Y eso me basta.

Y sin embargo este joven (27 años tenía en el 1859), que habría dado la vida por Don Bosco, no se sentía con fuerzas para profesar los votos y hacerse salesiano.

El primer "seglar" admitido en la Sociedad Salesiana fue José Rossi. El "capítulo de la Sociedad Salesiana" se reunió para decidir su admisión el 2 de febrero de 1860. Con Rossi, apareció por vez primera la palabra "coadjutor" en el vocabulario de la Congregación, con el significado de "salesiano seglar".

### **La crisis de José Buzzetti**

El 14 de mayo de 1862 señaló una nueva etapa en la consolidación de la Sociedad Salesiana. Reunidos, según costumbre, en la habitación de Don Bosco, todos los "socios", respondiendo a la invitación de Don Bosco, "prometieron a Dios observar las Reglas haciendo voto de pobreza, castidad y obediencia por tres años". Eran veintidós, sin comprender al fundador.

Al acabar dijo Don Bosco: "Mientras me hacíais a mí estos votos, yo los hacía a este Crucifijo para toda mi vida, ofreciéndome en sacrificio al Señor".

Formaban parte del grupo de los veintidós, dos seglares muy diferentes entre sí. El primero, José Gaia, sería por muchos años cocinero del oratorio. El segundo, Federico Oreglia de San Stefano, pertenecía a la aristocracia de Turín. Don Bosco se lo había ganado durante unos Ejercicios Espirituales, haciéndole cerrar un periodo de "vida aventurera y galanteadora". Durante nueve años realizó muchos servicios en el Oratorio y luego entró en los Jesuitas.

Una tentación fácil, durante los años siguientes en los que se adhirieron otros seglares a la Congregación, fue la de considerar a los no sacerdotes y clérigos como "criados" de la casa, o al menos como "una categoría de segundo orden".

Con este contexto nació probablemente la "crisis" de José Buzzetti. La cuenta Lemoyne en el quinto volumen de las *Memorias Biográficas*, de donde la tomamos.

El intuía que la antigua vida patriarcal de familia sería modificada por los Reglamentos; veía cómo la dirección de la casa pasaba poquito a poco a manos de los clérigos, lo mismo que las incumbencias que antes le estaban confiadas a él. La melancolía y el abatimiento le decidieron a marcharse. Se buscó un trabajo en Turín y fue a despedirse de Don Bosco. Con su acostumbrada franqueza le dijo que ya se estaba



convirtiendo en la última rueda del carro, que le tocaba obedecer a los que él había visto llegar de niños, a los que había enseñado a limpiarse los mocos. Manifestó su gran pena por tener que marcharse de aquella casa que había visto levantarse, desde los días del sotechado.

Don Bosco no le dijo: "Me dejas solo. ¿Cómo me las apañaré sin ti?" No tuvo compasión de *sí mismo*. Pensó *en él*, en su amigo más querido: "¿Ya has encontrado trabajo? ¿Te pagarán bien? No tienes dinero y ciertamente te hará falta para los primeros gastos". Abrió los cajones de la escribanía: "Tú conoces, mejor que yo, estos cajones. Toma lo que te falta; si no alcanza, dime cuánto necesitas y lo buscaré. No quiero, José, que tengas que padecer ninguna privación por mí". Le miró después con aquel amor que solamente él tenía para sus muchachos: "Nos hemos querido siempre. Espero que no me olvides nunca".

Entonces Buzzetti estalló en llanto. Lloró largo rato, y dijo: "No, no quiero dejar a Don Bosco. Me quedará siempre con él".

## **El "coadjutor" que Don Bosco llevaba en el corazón**

Quizá fue este suceso el que estimuló a Don Bosco a definir mejor la figura del salesiano seglar, del "coadjutor" en la Congregación Salesiana.

31 de marzo de 1876. En unas "buenas noches" a los artesanos, indicó en qué consistía la vocación del salesiano coadjutor: "Notad que entre los socios de la Congregación no hay distinción alguna; todos son tratados del mismo modo, seglares, clérigos y sacerdotes; nosotros nos consideramos todos como hermanos".

En el 1877 José Buzzetti se decide a hacer la petición para entrar en la Sociedad Salesiana. Su petición fue presentada por el mismo Don Bosco al "Capítulo Superior", constituido, casi por entero, por aquellos chiquillos a los que José "había enseñado a limpiarse los mocos". Fue aceptado por unanimidad, y creo que aquel día fue uno de los más íntimamente felices de Don Bosco.

Muchos otros "coadyutores" formaban ya parte de la Sociedad Salesiana, con funciones muy distintas: Pelazza, Cenci, Gambino, eran jefes de talleres; Marcelo Rossi era portero; Nasi, enfermero; José Rossi administrador; Enría, factótum; Falco y Ruffato, cocineros. Pero todos "coadyuvaban al sacerdote" con responsabilidades apostólicas: enseñaban catecismo, eran asistentes y educadores.

La "tentación" que arriba hemos recordado, volvió durante los últimos años de la vida de Don Bosco. En el tercer "Capítulo General" de la

Congregación, celebrado en 1883, alguien dijo: "Hay que *mantener abajo* a los coadjutores, formar con ellos una categoría distinta". Don Bosco reaccionó rápidamente: "No, no, no. Los hermanos coadjutores son como todos los demás". Y hablando aquel mismo año a los salesianos coadjutores, afirmaba con energía: "Vosotros no debéis ser los que trabajan directamente o se fatigan, sino los que dirigen. Debéis ser, como los patronos con los obreros, no como los criados... Esta es la idea del coadjutor salesiano. ¡Necesito tanto que haya muchos que vengan a ayudarme de este modo! Me gusta por esto que vistáis decentemente y vayáis limpios; que tengais camas y celdas convenientes, porque no debéis ser criados sino amos, no súbditos, sino superiores".

Pedro Braido, estudioso del problema, afirma: "La figura del coadjutor (*en la mente de Don Bosco*) no nace de repente como una creación nueva y original, sino que fue creciendo gradualmente, en medio de oscilaciones y vacilaciones".

Nos atrevemos a afirmar que tal vez, la "figura ideal" del coadjutor que Don Bosco llevó en el corazón durante muchos años fue la de José Buzzetti muy leal, humilde, siempre pronto en los momentos difíciles y delicados, que quería al oratorio como algo suyo, carne viva de su vida, que se sentía realizado porque "su familia" se realizaba, que no entendía mucho de leyes, pero que, a toda costa, "quería estar con Don Bosco".

## **"Siete policías" para un muchacho**

Durante los años que siguen al 1850, Don Bosco anda preocupadísimo para dar vida a su "Congregación Salesiana". Pero sería un error muy grave imaginar que sus pensamientos, sus viajes, sus audiencias para dar vida a la Sociedad, le apartaran de los muchachos. Jamás fue Don Bosco el "jefe de una compañía", sino el "padre de una familia". Y en su familia, consideraba esencial la presencia de los muchachos.

Apenas volvía de un viaje, de una visita, de un asunto, se sentaba en el confesonario de los muchachos. Siempre pensaba en ellos, lo mismo cuando hacía antesala en Roma como cuando, en el andén de una estación, aguardaba un tren.

Precisamente en otoño de 1857, en una tarde de niebla, estaba en la estación de Carmagnola esperando el tren. Con aquel frío húmedo, cualquier otro viajero se hubiese refugiado en la sala de espera. Don Bosco, en cambio, había oído el griterío de unos muchachos y sus ojos les buscaban entre la niebla.

En medio de aquel griterío —escribe— se distinguía una voz que dominaba las de los demás. Parecía la voz de un capitán, que todos seguían como una orden. Nació en mí el deseo de conocer al que dirigía aquella gresca.

Se les acerca. Apenas la negra sotana aparece entre la niebla, los arrapiezos toman las de Villadiego. "Sólo uno se queda, se adelanta, y puesto en jarras, empieza a hablarme con aire de mando: "¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros?"

### **Perder el tren o perder un muchacho**

Don Bosco mira fijamente al muchacho de cabellos revueltos, y en el fondo de sus ojos, llenos de arrogancia, ve una vida impetuosa, que marcha a la deriva. En un diálogo de pocos minutos vence la descon-

fianza y sabe que se llama "Miguel Magone", que cuenta "trece años", que no tiene "padre" y que da cara al futuro "ha aprendido el oficio de no hacer nada".

Silba el tren, hay riesgo de perderlo. Pero peor sería perder a aquel muchacho. Pone en sus manos una medalla de la Virgen y le dice rápidamente:

— Vete a ver a don Ariccio, tu vicepárroco. Dile, que el cura que te dio esta medalla, quiere informes de ti.

Unos días más tarde, recibió Don Bosco una carta del vicepárroco de Carmagnola. Decía así: "El muchacho Miguel Magone es un pobre chico huérfano de padre; su madre, que tiene que alimentar la familia, no puede atenderle: por su inconstancia y distracción le han echado varias veces de la escuela; sin embargo, ha pasado bastante bien la tercera elemental.

En cuanto a su moralidad, creo que tiene buen corazón, y que es de costumbres sencillas; pero difícil de domar. En la escuela y en la catequesis lo alborota todo; cuando él no está, reina la paz y cuando se va hace un favor a todos.

La edad, la pobreza, la índole, el ingenio le hacen digno de cualquier caritativa atención".

Don Bosco respondió que, si el chico y su madre aceptaban, estaba dispuesto a admitirle en su Oratorio.

Don Ariccio llamó a Miguel, le habló de aquel cura que tenía en Turín una casa muy grande con centenares de muchachos que corrían, se divertían y estudiaban o aprendían un oficio. Y concluyó: "Está dispuesto a admitirte a ti también en su casa. ¿Quieres ir?" Y se oyó responder: "¡Vaya que si me voy!"

Su madre le acompañó hasta el tren, con un hato de ropa blanca y el corazón encogido por la emoción. Y Miguel Magone llegó a Valdocco. Así recuerda Don Bosco su primer diálogo:

— Aquí estoy —dijo corriendo hacia mí—. Soy Miguel Magone, el que usted encontró en la estación de Carmagnola.

— Estoy enterado de todo, querido. ¿Has venido de buena gana?

— Ya lo creo, buena voluntad no me falta.

— Entonces te recomiendo que no me pongas patas arriba toda la casa.

— Oh, esté tranquilo, no le daré ningún disgusto. Hasta ahora he sido malo; pero, en adelante, quiero portarme bien. Dos amigos míos ya están presos, y yo...

— Bueno, bueno, tranquilo. Dime solamente, si te gustaría estudiar o aprender un oficio.

— Estoy dispuesto a hacer lo que quiera. Pero, si me deja escoger, preferiría estudiar.

— Y al acabar las clases, ¿qué quieres ser?

— Si un granuja... —dijo, y luego inclinó la cabeza riendo—.

— Sigue: si un granuja...

— Si un granuja pudiera llegar a ser bastante bueno para hacerse sacerdote, yo me haría con mucho gusto.

— Vamos entonces a ver lo que sabe hacer un granuja. Te pondré a estudiar. Desde aquel momento, cantar, gritar, correr, saltar, armar bulla fue su vida. No era, claro está, un santito. La "Compañía de la Inmaculada" puso a su lado un muchacho que le ayudase y le corrigiese bondadosamente. Su trabajo tuvo. Palabras desvergonzadas, conversaciones vulgares, casi blasfemas... Pero siempre que el compañero le corregía, Miguel, rapidísimo, se lo agradecía y se corregía.

Una cosa había que le resultaba antipática a Miguel: la campana que cortaba el recreo y llamaba al estudio. Con los libros bajo el brazo, parecía un pobre condenado a galeras.

## **La tristeza de un muchacho**

Le caía en cambio muy bien la señal para terminar la clase. Escribe Don Bosco, que le seguía con afectuosa atención: "Parecía que saliese disparado por la boca de un cañón: volaba por todos los rincones, lo ponía todo en movimiento". En el juego era siempre capitán de grupo. Desde su llegada, fue invencible.

Así pasó un mes.

Un día Miguel empezó a ponerse triste. Desde un rincón solitario, contemplaba cómo jugaban los demás, huía de los compañeros alborotadores, y a veces, sin que nadie le viera, lloraba. Parecía que un velo de tristeza hubiera caído sobre su faz. Cedamos la palabra a Don Bosco:

"Yo estaba trás de todo lo que le pasaba, por lo que un día le mandé llamar y hablé así:

— Amigo Magone, me gustaría me hicieras un favor: pero no me digas que no.

— Diga pues, —respondió atrevidamente—, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por usted.

— Me gustaría que me dejases entrar un momento en tu corazón y me dijese por qué andas tan triste, desde hace unos días.

— Sí, es verdad... Estoy desesperado y no sé cómo hacer.

Y estalló en llanto. Le dejé desfogarse; después, como en broma, le dije:

— ¿Y tú eres aquel general Miguel Magone, jefe de toda la pandilla de Carmagnola? ¿Qué clase de general eres tú? Si no eres capaz de decir por qué estás triste...

— Quisiera hacerlo, pero no sé cómo.

— Dime una sola palabra.

— Tengo embrollada la conciencia.

— Eso basta. Lo entiendo todo. Puedes arreglarlo muy fácilmente. Dile al confesor que tienes algo de la vida pasada que conviene volver a ver; y él enhebrará el hilo de forma que te será fácil, no tendrás más que decir sí o no”.

Había algunos sacerdotes que iban a confesar al Oratorio, pero casi todos los muchachos se confesaban con Don Bosco. Aquella misma tarde fue Miguel a llamar a su despacho:

— Don Bosco, a lo mejor le estorbo... Pero el Señor me ha esperado mucho y yo no quiero hacerle esperar hasta mañana.

Ayudado por Don Bosco, Magone confesó, a los pies del Crucifijo, sus pequeñas miserias, que a él le parecían enormes, y le pidió perdón. Don Bosco, testigo de su juvenil resurrección, anotó: “Miguel perdió la alegría cuando comenzó a entender que la verdadera felicidad no nace de saltar, sino de amistad con el Señor y de la paz de la conciencia. Veía a sus compañeros acercarse a la Comunión y ser cada día mejores y él, que no se sentía con la conciencia tranquila, era víctima de una gran inquietud... Al acabar su confesión dijo conmovido: ¡“Qué feliz soy!”

Al día siguiente, volvió Miguel a ser, en el patio del Oratorio, el jefe de la banda, a la que condujo a una memorable victoria. Había vuelto el rey de la alegría.

## **Los puños en la plaza Castello**

Al narrar las aventuras de Miguel Magone, Don Bosco nos ha descubierto la trama, de acuerdo con la cual se desarrollaron centenares y centenares de encuentros con muchachos “en los que había empezado a trabajar el mal”. El sabía emplear medios sencillísimos para reconciliarlos con Dios y ponerles en el camino de la santidad.

“Ahora —continúa Don Bosco— la campana que llamaba a la iglesia ya no le resultaba antipática a Miguel: le llamaba a encontrarse con Jesús que se había hecho su amigo”.

Ayudado por Don Bosco trazó todo “un plan de batalla” para guardar y aumentar esta amistad: gran empeño por conservar una pureza perfecta en su vida; mucho tesón para difundir la bondad y la alegría entre los compañeros.

En un cuadernillo personal, escribió Magone siete propósitos que él llamó los “siete policías” para defender su amistad con el Señor. Helos aquí:

1. Recibir a menudo a Jesús en la Comunión y en la Confesión.
2. Amar tiernamente a la Virgen Santísima.
3. Rezar mucho.
4. Invocar frecuentemente a Jesús y María.
5. No demasiada delicadeza con mi cuerpo.
6. Tener siempre algo que hacer.
7. Huir de los malos compañeros.

(Resulta fácil ver en estos siete puntos la pista que Don Bosco sugería a muchos chicos para que fueran buenos).

Con la bondad y la alegría por delante, Miguel libró la batalla con su estilo impetuoso y fuera de tono, tan distinto del de Domingo Savio. En un grupito apartado bajo el pórtico, un muchachote contaba chistes poco limpios. En derredor, alguno reía a carcajadas, algún otro hubiera querido apartarse, pero le faltaba valor. Miguel lo entendió todo, se acercó a espaldas del muchachote, se metió cuatro dedos en la boca a la manera de los pastores, y dejó caer en sus oídos un silbido penetrante. Aquél pegó un salto de miedo y se volvió rabioso:

— Pero, ¿estás loco?

— ¿Loco yo, o loco tú, que cuentas esas porquerías?

Un día le llevó Don Bosco consigo para hacer algunos recados. Pasaban por la plaza Castillo. Un par de muchachos jugaban dinero, y uno de ellos soltó una blasfemia cubriendo de insultos el nombre del Señor. Miguel se fue derechamente a él y le soltó dos tortazos. El joven blasfemo no se la esperaba y encajó los golpes un tanto aturdido; pero, reaccionando, saltó al contraataque. Comenzaron a maltratarse, en medio de la gente que se paraba a mirarles. Don Bosco tuvo que meterse entre los dos y separarlos. Miguel insinuó:

— Da gracias a este cura, porque de otro modo te dejaba mal parado.

Le tocó a Don Bosco persuadirle de que no era el caso de comenzar a tortas con todo el que blasfema.

Pero Miguel no sólo era capaz de dar un hofetón. Cada día era más servicial y generoso. Ayudaba a los pequeños a hacer la cama, a limpiarse los zapatos, repasaba las lecciones a los más atrasados.

## **La mano sobre la cabeza de Miguel**

Estaba Don Bosco tan contento de su conducta que, en otoño, le llevó con los muchachos mejores a pasar unos días de vacaciones en I Becchi.

En octubre de 1858, comenzó Miguel su segundo año escolar en Valdocco.

31 de diciembre. Al dar las "buenas noches" recomendó Don Bosco a todos empezar el año nuevo y seguirlo siempre en gracia de Dios, porque tal vez, "para alguno de vosotros —dijo— será el último año de su vida". Mientras decía estas palabras, la mano de Don Bosco se posaba sobre la cabeza de Miguel. Y él pensó: "¿Si será para mí este aviso?" No se espantó. Solamente se dijo para sí: "Estaré preparado".

Tres días más tarde sintió dolores al vientre: ya en años precedentes había sentido el mismo dolor, y de vez en cuando le volvía. Tal vez ¿una apendicitis crónica? Fue a la enfermería, y no pareció nada de preocupación. Don Bosco, que le vio desde la ventana, preguntó qué le pasaba. Oyó que respondía: "Nada. Los dolores de siempre".

Pero la noche del 19 de enero se agravó el mal de repente. Llamaron urgentemente a su madre. El médico que acudió, al oír su respiración pesada, fatigosa, extendió los brazos con el impotente desconsuelo de la medicina de aquellos años. Solamente dijo: "Esto va mal". (Las primeras operaciones de apendicitis empezaron a intentarse a fines de siglo).

El 21 de enero, Miguel estaba en las últimas. Los amigos consternados, rogaban por él. Se le administró el Viático.

Era ya medianoche. Su madre había tenido que volver al pueblo para atender a los hijos más pequeños, pero Don Bosco estaba allí, junto al lecho de Miguel.

— Ya estamos —dijo de improviso—. Ayúdeme, Don Bosco... Diga a mi madre que me perdone todos los disgustos... Dígale que la quiero mucho, que sea valiente... Yo la espero en el Paraíso...

Sonaron las doce de la noche. Miguel se quedó un instante amodorrado. Luego, como si despertase de un profundo sueño, con el rostro sereno, dijo a Don Bosco:

— Diga a mis compañeros que les espero en el Paraíso... Jesús, José, María...

Y su rostro quedó inmóvil, con la serenidad de la muerte.



## La "gran política"

El 1859 comenzó en el Oratorio con esta pequeña, pero dolorosa tragedia. Terminará (como ya hemos contado en el capítulo 35) con la fundación oficial de la Sociedad Salesiana.

Es un año el 1859 que va llevando a Italia sucesos y desbarajustes.

La aventura italiana y europea, durante los años siguientes al 1848, ha seguido caminando, primero, casi en silencio, y después, entre clamores cada vez mayores.

En diciembre de 1852 Luis Napoleón, sobrino de Bonaparte, se proclama por un golpe de estado Emperador de Francia, con el nombre de Napoleón III. Se presenta ante Europa como continuador de la gloria napoleónica: dispuesto a apoyar a las naciones que reclaman su independencia del imperio austriaco.

En octubre de 1852, muere Gioberti en París. En 1853, desaparecen en Turín, Silvio Péllico y César Balbo. Con ellos acababa toda una época: la del "Risorgimento" romántico y neogüelfo. La nueva fase del "Risorgimento" es dominada por Cavour, astuto y cínicamente concreto. En 1855 envía un cuerpo expedicionario piemontés a la Guerra de Crimea, junto a las tropas francesas e inglesas, que están en guerra contra Rusia. Contra el "loco proyecto" tronaron en el Parlamento Solaro della Margarita y Brofferio, a saber, las derechas y las izquierdas. Mazzini ha echado pestes desde Londres. ¿Por qué enviar los soldados a la muerte en una guerra lejana, mientras hay en Piemonte tanta miseria (cuesta 80 céntimos el kilo de pan y un obrero gana ¡tres o cuatro liras al día!) y las aspiraciones italianas están todavía por realizarse?

Pero Cavour mira muy lejos. Durante la primavera de 1856, en la conferencia de la paz en París, puede sentarse entre "los grandes de Europa". Los muertos de Crimea le han servido de billete de entrada y le permiten "volver a abrir la discusión sobre el problema de Italia".

El 14 de junio de 1858 el "mazziniano" Orsini, en París, hace estallar unas bombas mientras Napoleón III va a la Opera. Un centenar de personas caen heridas, y Napoleón sale ileso. Orsini es ajusticiado el 13 de marzo, pero escribe dos cartas a Napoleón desde la cárcel: condena su "fatal error mental" y le invita a liberar a Italia.

Cavour aprovecha el momento. Reclama la atención del emperador francés sobre la peligrosa inquietud de la península italiana. O se resuelve, o puede estallar una revolución extremista (hay muchos "Orsini").

En julio de 1858 tiene lugar el convenio secreto (secreto de Pulcinella) de Plombières. Napoleón III y Cavour se ponen de acuerdo para

una guerra contra Austria y el futuro arreglo de Italia: al norte, un reino Piamonte-Lombardía-Venecia bajo los Saboya; en el centro, otro reino para asignárselo a un príncipe francés; al sur, el tercer reino para un descendiente del general napoleónico Joaquín Murat. El estado Pontificio, reducido al Lazio, quedará para el Papa, que será el presidente de la Conferencia de los tres reinos. Francia será recompensada con la cesión de Niza y Saboya.

### **"Si es necesario, barricadas en Turín"**

10 de enero de 1859. El rey Víctor Manuel pronuncia ante las Cámaras su famoso discurso del "grito de dolor": "...No somos insensibles al grito de dolor que, desde tantas partes de Italia, se levanta hacia nosotros". La frase ha sido convenida con Napoleón III, y es un desafío de guerra contra Austria.

23 de abril. Frente al amontonarse de voluntarios en el Piamonte, Austria envía un *ultimátum*, rechazado el día 26. Es el principio de la guerra. Un ejército piamontés de 60.000 hombres alcanza la frontera. Llega de Francia, el 30 de abril, la división Bataille, vanguardia de un ejército de 120.000 hombres, capitaneados por el emperador en persona.

A la llegada de los franceses, Turín enloquece de frenesí. "Les he visto desfilar por la Plaza Castello —escribe Costanza D'Azeglio— entre las aclamaciones de la multitud. Estaba yo en los balcones del ministerio con Farina y Ricasoli. El conde de Cavour, reconocido por las gentes, ha sido saludado con todo entusiasmo. Ya no conozco a la tranquilísima y monótona Turín. Luces en las ventanas, cantos, gritos, aplausos".

Los austriacos, 160.000 hombres, intentan batir a los piamonteses antes de que lleguen las tropas de Napoleón. A marchas forzadas alcanzan Novara, Vercelli, Trino; amenazan Ivrea, las vanguardias están en Chivasso (a 25 kilómetros de Turín). La inundación de la baja llanura les ha fastidiado, pero no les ha detenido. Turín es presa del pánico. El general de Sonnaz está encargado de formar una línea de defensa sobre el Dora Baltea. Cavour telegrafía al rey: si fuere preciso, se combatirá sobre el Stura, se levantarán barricadas por las calles de Turín.

Pero llega Napoleón. Transporta rápidamente las tropas por ferrocarril. La primera gran batalla entre franceses y austriacos tiene lugar en magenta (4 de junio). Es una jornada de incertidumbres, pero la victoria se inclina por el lado francés.

Cuatro días más tarde llega la gran noticia a Turín: "8 de junio, el emperador y el rey han entrado en Milán".

Y, luego, otra noticia: el emperador austriaco, Francisco José, ha abandonado Viena para ponerse al frente del ejército. Se prepara una batalla terrible.

Pedro Enría, que cumplía 18 años por aquellos meses, recordaba: "En el 1859, lo mismo que había sucedido del 1848 al 1849, se había apoderado de la juventud popular de Turín un vivo fermento de guerra. Por centenares se echaban a los campos vecinos de la ciudad, se dividían en dos bandos y jugaban a la guerra. Las batallas eran fingidas, pero terminaban calentándose los ánimos, en forma tal que, luego, se desencadenaban verdaderas tempestades de piedras. Puede decirse que esto sucedía todos los días festivos.

Recuerdo que un domingo entró Don Bosco en la Iglesia para dar la plática a los oratorianos, y con gran sorpresa suya no encontró más que a los alumnos internos. "¿Dónde están los otros?", preguntó. Nadie lo sabía. Salió entonces y se fue a los prados: allí encontró a los muchachos del Oratorio pegándose rabiosamente. Eran más de trescientos, y las piedras que zumbaban por los aires no eran chiquitas. Don Bosco se metió en la refriega. Yo le miraba desde lejos. Tenía miedo de que una piedra le diese. Pero él se adelantó como unos cincuenta pasos hasta el medio de la batalla. Cuando todos le vieron se pararon. "Ahora que ya habéis terminado la guerra —les dijo sonriendo— vamos al catecismo". Ninguno intentó huir. Todos fueron con él a la iglesia".

## **A las diez el infierno**

La gran batalla entre austriacos y franco-piamonteses se desencadena el 24 de junio, al sur del lago Garda. Al alba, la primera división piamontesa mandada por el general Durando atacó a los austriacos en la "Madonna della Scoperta", y la tercera y la quinta, al mando de Molland y de Cucchiari, lanzaron los primeros vigorosos ataques contra la altura de San Martín, donde brillaban las bayonetas austriacas. Napoleón III, a los pies de las alturas de Solferino, está al mando de las divisiones contra el centro del ejército austriaco, decidido a destruirlo a toda costa.

Hacia las diez estalla el infierno: el retumbar de los cañones, el tiro de la fusilería, los feroces alaridos de decenas de millares de combatientes. La refriega es terrible: los ayes de los heridos se mezclan con

los gritos de los regimientos que renuevan el asalto, con el piafar de los escuadrones de caballería que cargan con sus sables centelleantes, con los sordos batacazos y los fogonazos cegadores de las granadas que revientan en medio de las líneas de combate. Los contraataques de las guerreras blancas austriacas son algo terrible. Es una selva de bayonetas que se adelanta con toda la fuerza de la desesperación. Las masas de fusileros franceses que reculan tienen que retroceder al combate ante los sables de la caballería. Los soldados tornan al asalto diez veces, quince veces. Muchos, apretando el pesado fusil y corriendo, lloran. Otros, gritan para animarse a sí mismos.

Después del mediodía, el ataque francés se transforma en una serie de salvajes luchas cuerpo a cuerpo, para apoderarse del cementerio, de la colina de los cipreses y de la torre de Solferino. Los zuavos, tropas africanas de Napoleón III, están como borrachos: se abalanzan sobre los austriacos y hacen estragos.

A las 15 ondea la bandera francesa sobre la roca de Solferino. Pero los piemonteses del ala izquierda no avanzan. Se decide atacar en masa a las 17. Mientras se va al asalto, se ha cubierto el cielo de nubes plomizas bajas. Survan el aire los primeros relámpagos. Mientras las brigadas piemontesas atacan a la desesperada las filas del mariscal de campo Benedek, la lluvia y las granadas inundan el campo de batalla. Acaba el temporal. Entre las nubes, rasgadas por el viento, aparecen las primeras estrellas, y en torno a la cumbre de San Martín se vuelve al asalto. A las 21, Víctor Manuel mete en la refriega a la caballería ligera de Monferrato. Es el golpe final. Los austriacos están abrumados, después de catorce horas de combate.

Por los campos de Solferino y San Martín yacen tendidos 30.000 hombres. Los gritos de los heridos y de los moribundos resuenan a un mismo tiempo, como un coro de pavor. Henri Dunant, el juvenil señor suizo, fundador de la Cruz Roja, gira con una linterna en la mano por el campo de batalla: "era lo mismo que echar una mirada al infierno —escribirá más tarde—, a lo más profundo del infierno. Cadáveres desgarrados; mutilados que lloran, que rezan, que blasfeman; heridos que se arrastran de un lado para otro buscando un imposible alivio". Al levantarse del sol de junio, reina un ambiente espantoso: hedor de cadáveres, nubes de moscas, heridos en putrefacción, gritos salvajes.

Esto es la guerra, la guerra *de verdad*, no la que los periódicos de Turín de este mismo día exaltan como una gran fiesta. En un librito que Don Bosco publicará a fines de 1859, atacará todas las exaltaciones del momento, y dirá: "Después de la batalla de Solferino, siempre he dicho

que la guerra es algo horroroso y yo creo que es totalmente contraria a la caridad”.

### **El éxito de la "real-politik"**

También Napoleón III se da cuenta de las dimensiones de la carnicería. Y llegan otras noticias que le desconciertan: Toscana, Parma, Módena y las Legaciones pontificias se han sublevado y declaran su adhesión al Piamonte. El proyecto concordado en Plombières de “un reino central” italiano para un príncipe francés se va por los aires. Las derrotas austriacas, por otro lado, provocan como reacción la concentración de tropas prusianas en los confines del Rin.

Sin avisar a los aliados piamonteses, Napoleón firma un armisticio en Villafranca el 11 de julio. Solamente Lombardia pasará a manos de Víctor Manuel.

La noticia cae como una ducha helada sobre Turín. Cavour, en un momento de depresión, piensa en el suicidio. Napoleón III vuelve a Francia, pasando por Turín. Es acogido glacialmente. El rey acompaña al emperador hasta Susa, agradeciéndole todo lo que ha hecho por Italia. Pero, apenas parte el tren, murmura: “¡Por fin se ha ido!”

En los tumultuosos meses siguientes, Toscana y Emilia-Romaña se unen a Piamonte, a Liguria, a Cerdeña y a Lombardia. Al año siguiente, 1860, Garibaldi, con la Expedición de los Mil, conquista Sicilia e Italia meridional. En febrero de 1861, el nuevo Parlamento proclama a Víctor Manuel “rey de Italia”.

La “real-politik” de Cavour había triunfado. Grazia Mancini, que le vio en los primeros meses de 1861 paseando por la plaza de San Carlos, escribe: “Su cara bonachona, expresiva, satisfecha decía bien a las claras: todo marcha bien. Sus ojitos inquietos, brillaban tras los anteojos; caminaba despacio, bamboleando el cuerpo macizo sobre sus piernas delgadas, frotándose las pequeñas manos aristocráticas y sin guantes”.

El 7 de junio volaba por Turín una noticia casi increíble: el conde de Cavour había muerto. Era un golpe durísimo para el joven reino de Italia.

## Los paseos por el Monferrato y la vida en el Oratorio

Todos los años llevaba Don Bosco los chicos mejores a I Becchi, por la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Al principio una veintena. Después creció el número. A partir del 1858, pasó del centenar.

"En los primeros días de octubre —escribe Lemoyne— salía del Oratorio una turba de cantores, músicos y otros alumnos. Cada cual llevaba su hato, con ropa para mudarse durante las vacaciones, algunas hogazas y un poco de queso y fruta".

Se hospedaban en casa de José, siempre cordial y bien dispuesto a cerrar un ojo, cuando los muchachos se metían por la viña, para ahorrar trabajo a los vendimiadores.

El primer domingo de octubre se celebraba la fiesta, y al día siguiente empezaban los paseos, que duraban diez, veinte o más días.

Hasta 1858 el cuartel general permanecía en I Becchi: iban por la mañana hasta algún pueblo, no muy lejano, y volvían por la tarde. En 1859 los paseos se trasformaron en verdaderas "marchas", a través de las colinas del Monferrato.

Don Bosco preparaba anticipadamente el recorrido: siempre había un párroco y bienhechores prontos para hospedar a aquella turba hambrienta y cansada. Hacían el viaje por los caminitos campesinos, entre collados y viñedos. Iban en grupos, cantando, redoblando los tambores, arreando a los borriquillos, a cuyos lomos cargaban los decorados y bastidores necesarios para el teatro. Detrás de todos, iba Don Bosco, cercado de un buen número de jóvenes que no se cansaban nunca de oírle contar historietas de los pueblos que atravesaban.

Próximos a los pueblos, la turbamulta se ponía en orden y, con la banda al frente, entraban con toda solemnidad.

Escribía Anfossi: "Siempre recuerdo aquellos venturosos viajes. Me llenaban de maravilla y alegría. Acompañé a Don Bosco por los collados del Monferrato desde 1854 a 1860. Eramos un centenar de jóvenes

y veíamos la fama de santidad que gozaba ya Don Bosco. Su llegada a los pueblos era un triunfo. A su paso salían los párrocos de los alrededores y ordinariamente también las autoridades civiles. La gente se asomaba a las ventanas o salía a la puerta de la calle, los campesinos dejaban la labor para ver al Santo, las madres se le acercaban presentándole sus hijitos, y de rodillas por el suelo, le pedían su bendición. Como, según nuestra costumbre, íbamos directamente a la Iglesia parroquial para adorar a Jesús Sacramentado, inmediatamente se llenaba ésta de fieles, a los cuales dirigía Don Bosco una plática desde el púlpito. Se cantaba el *Tantum ergo* a coro, y se daba la Bendición eucarística”.

Cada cual llevaba la comida consigo, pero abundante, a estilo del país. La gente se complacía en regalar a los muchachos cestas de fruta, pan casero, queso y damajuanas de vino.

Se dormía en sotechados o en paneras, echados sobre sacos de hojas o sobre la paja.

### **Un hombrecito de cinco años: Felipe Rinaldi**

Durante los años 1859 y 1860 se pasó por los pueblos de Villa San Secondo, Montiglio, Marmorito, Piea, Moncucco, Albugnano, Montafia, Primeglio, Cortazzone, Pino d'Asti...

El 1862, llegó la alegre expedición hasta Casale Monferrato, Mirabello, Lu, San Salvatore, y Valenza. Siguieron por ferrocarril hasta Alessandria y de Alessandria a Turín.

El 1862, el itinerario fue Calliano, Grana, Montemagno, Vignale, Casorzo, Camagna y Mirabello. Los ferrocarriles del Estado también aquel año pusieron, a disposición de Don Bosco, dos vagones para la vuelta, desde Alessandria a Turín.

Durante los años 1863 y 1864 se alcanzó esta ventaja para la ida. En el 1863 se pudo llegar a Tortona, visitar Asti e ir a Broni, Torre Garofoli Villavernia y Mirabello. El 1864 se fue hasta Génova, haciendo a pie el recorrido Génova-Acqui, por Serravalle, Gavi, Mornese, Ovada y los pueblecitos intermedios.

A partir de aquel año quedaron suspendidos los paseos, por una serie de dificultades. Se continuó solamente con la excursión a I Becchi y a Mondonio, el pueblo de Domingo Savio.

Aquellos paseos constituyeron aventuras inolvidables para sus muchachos y fueron para Don Bosco una “tarjeta de presentación” por

los pueblos del Monferrato, de los que llegó a sacar estupendas vocaciones salesianas.

Cuando, en 1816, llegó a Lu, frente a la casa de los Rinaldi, vio a nueve chicos en escala como los tubos de un órgano. El octavo, de cinco años, se llamaba Felipe. Contemplaba embobado a aquel sacerdote que hacía sonar la banda a una señal; al fin de la marchita también él aplaudió la mar de contento. Don Bosco volvió a ver a aquel hombrequito media hora después, en la era de casa Rinaldi, donde el señor Cristóbal (padre de Felipe) le prestó el cabriolé para ir a San Salvador. Antes de partir, acarició a aquellos chiquillos tímidos que le miraban boquiabiertos, y fijó sus ojos en los del pequeño Felipe. Un día sería su tercer sucesor, a la cabeza de la Congregación Salesiana, don Felipe Rinaldi.

### **Un muchacho de cabellos rubios y la lluvia**

En 1862 llegó el grupo hasta Montemagno. Un chico de 12 años estaba jugando en una hondonada, cuando oyó los ecos de la banda: dejó a los compañeros y hasta los zapatos y echó a correr a la plaza del pueblo. Se entrometió por entre la gente a codazos y se puso en primera fila. Don Bosco vio aquella mirada curiosa, aquel mechón de cabellos rubios, y antes de que se marchara, le preguntó:

— ¿Quién eres?

— Luis Lasagna.

— ¿Quieres venir conmigo a Turín?

— ¿Para qué?

— Para estudiar como estos muchachos.

— ¿Y por qué no?

— Entonces dile a tu mamá que mañana venga a hablar conmigo en Vignale, en casa del párroco.

Luis Lasagna tenía 12 años. Entró en el Oratorio a fines del mes. Viva-racho, de una sensibilidad exquisita, le entró la morriña y a los pocos días se escapó a su casa. Algunos superiores eran de la opinión de no volver a aceptarlo, pero Don Bosco garantizó en su favor: "Hay buena tela en ese muchacho, ya lo veréis".

Luis volvió, se aficionó a Don Bosco. Llegó a ser el segundo obispo salesiano y un gran misionero.

Dos años más tarde, vuelve Don Bosco a Montemagno en el mes de agosto y es protagonista de un suceso extraordinario.



Hacía tres meses que no llovía. Se secaban las vides por las colinas. Don Bosco fue para predicar el triduo de preparación a la fiesta de la Asunción, y anunció después del primer sermón:

— Si durante estos tres días os reconciliáis todos con Dios, haciendo una buena confesión, y recibiendo el día de la fiesta la Comunción, os prometo, en nombre de la Virgen, que lloverá abundantemente.

Al bajar del púlpito, vio al párroco don Clivo con el ceño fruncido.

— ¡Bravo! —le dijo—. Hace falta valor.

— ¿Para qué?

— Para prometer públicamente la lluvia el día de la fiesta.

— ¿Yo lo he dicho?

— Todos lo hemos oído. Y a mí, no es que me gusten mucho estas cosas.

La gente respondió con fe. Don Rúa y don Cagliari, que acompañaban a Don Bosco, recordaban después de los años, el cansancio de las largas horas de confesonario.

Corrió la “profecía” por los pueblos vecinos. Unos esperaban con curiosidad, otros mantenían su excecpticismo.

El día de la Asunción (era jueves) amaneció de un azul deslumbrante. Por la tarde, ni sombra de nubes.

Don Luis Porta atestiguó: “Mientras me dirigía a la Iglesia para vísperas, en compañía del marqués Fassati, no se hablaba más que de la lluvia prometida. Caían gotas de sudor de nuestras frentes, a pesar de que desde el palacio del marqués hasta la Iglesia no había más de diez minutos de camino. Al llegar a la sacristía, dijo el marqués a Don Bosco:

— Esta vez, señor Don Bosco, fracasa. Nos prometió la lluvia, pero todo al contrario...

Terminadas las vísperas, revistióse Don Bosco de roquete y estola y subió al púlpito. Mientras el *avemaría*, antes del sermón, empezó a oscurecerse la luz del sol. Hacía pocos minutos que hablaba, cuando brillaron los relámpagos y se oyó el trueno. Don Bosco dejó de hablar un momento, presa de la más viva emoción. Una lluvia densa y continua batía las cristaleras de la Iglesia.

Imaginad —continúa Porta, cuyo testimonio condensamos— las elocuentes palabras que salían del corazón de Don Bosco mientras se desencadenaba la lluvia. Fue todo un himno de agradecimiento a María.

Después de la bendición, la gente se quedó todavía en la Iglesia y bajo el atrio, porque seguía diluviando”.

Los grandes temporales de verano, en el Monferrato, van acompañados a menudo del granizo. Un poco cayó también aquel día. Algunos

"diligentes" fueron enseguida a indagar, y contaron que "había granizado por las viñas de los de Grana", otro pueblo vecino, que aquel mismo día celebraba la fiesta patronal, con baile público en la plaza (lo que ponía furioso a los párrocos).

### **Una muchacha de Mornese: María Mazzarello**

En el paseo otoñal del mismo 1864 llega Don Bosco con sus muchachos a Mornese. Al anochecer. La gente está esperando, presidida por el párroco don Valle y el sacerdote don Pestarino. Suena la banda, muchos se arrodillan al paso de Don Bosco, implorando su bendición. Los jóvenes y la gente entran en la Iglesia, se da la bendición con el Santísimo, y todo el mundo a cenar.

Después, los muchachos de Don Bosco, animados por los aplausos, dan un breve concierto de marchas y música alegre. En primera fila está una muchacha de 27 años, María Mazzarello. Al acabar, Don Bosco dice unas palabras: "Todos estamos cansados, y mis muchachos tienen ganas de echarse un buen sueño. Mañana hablaremos más despacio".

Al día siguiente, durante la mañana, don Pestarino presenta a Don Bosco a las "hijas de la Inmaculada". Entre ellas está María Mazzarello. Don Bosco queda impresionado de la bondad y la laboriosidad de aquellas muchachas. Habla un rato con ellas, animándoles a ser constantes en la vida que han elegido y en la práctica de la virtud. María Mazzarello será la primera Superiora de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

He aquí un ramillete, más que discreto, de aquellos paseos de octubre: Felipe Rinaldi, su tercer sucesor, Luis Lasagna obispo, María Mazzarello cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora.

Hablando de los paseos por el Monferrato, hemos tenido que adelantarnos en la historia. Pedimos perdón y volvemos a tomar el hilo de los sucesos.

### **La primera misa de don Rúa**

El 29 de julio de 1860 tenía que ser ordenado sacerdote don Miguel Rúa. Don Bosco le envió a hacer una tanda de Ejercicios Espirituales con los Padres de la Misión. Hacia el fin de los mismos, Miguel escribió una carta en francés a Don Bosco (era la lengua que los Padres de la Misión empleaban) pidiéndole un *recuerdo* para el día más importante de su vida.

Estaba Don Bosco en san Ignacio, cerca de Turín, haciendo también los Ejercicios Espirituales. Le respondió en Latín:

“Me escribiste en francés y has hecho bien. Sé francés en la lengua, en el hablar; pero que tu ánimo, tu corazón, tu acción sean romanos, intrépidos y generosos”.

Don Juan B. Francesia escribe:

“Precisamente el 29 de julio volvía Don Bosco de los Ejercicios de San Ignacio. Iba yo con él. Como Don Bosco sufría si le tocaba viajar dentro del coche, estaba yo con él en el pescante junto al cochero. Y cuál no fue nuestra maravilla al distinguir en la lejanía tres sotanas, que luego resultaron ser don Rúa, el clérigo Durando y el clérigo Anfossi. Don Bosco rogó al cochero que parase y preguntó:

— ¿A dónde vais?

— A Caselle, en donde está el obispo monseñor Balma, encargado de mi ordenación sacerdotal —dijo don Rúa—.

— ¡Qué contento estoy! He rezado por ti, querido don Rúa, y espero que el Señor me oirá. Saluda en mi nombre a monseñor Balma.

Nosotros mirábamos complacidos a los tres compañeros que iban a pie, como los pobrecitos, para la ordenación sacerdotal”.

La gran fiesta de la primera misa de don Rúa se celebró en el Oratorio al domingo siguiente. Junto al altar había un ramillete de flores blancas. Las habían llevado los pequeños limpiachimeneas del oratorio de san Luis.

Cuando subió a su habitación, después del día de fiesta, don Rúa se encontró sobre la mesita una carta de Don Bosco. Leyó: “Tú verás, mejor que yo, a la obra salesiana cruzar confines de Italia y establecerse en muchas partes del mundo. Tendrás que trabajar mucho y sufrir mucho; pero, ya lo sabes, hay que atravesar el Mar Rojo y el desierto para llegar a la Tierra Prometida. Sufre con valor; y tampoco aquí te faltarán los consuelos y la ayuda del Señor”.

Tras la primera misa de don Rúa, Don Bosco adquiere una tranquilidad mayor, un sentido de seguridad impresionante. El Oratorio es ya una casa inmensa. Los jóvenes internos alcanzan los quinientos. En los cuatro talleres en plena eficiencia, aprenden un oficio trescientos “pequeños artesanos”. Don Bosco tiene que ausentarse frecuentemente: tapar aquellas bocas no es un problema sencillo. Pero marcha tranquilo a hacer sus vueltas benéficas: don Rúa ya es “el segundo Don Bosco” del Oratorio.

El 23 de junio de 1860 trajo a Don Bosco un vivo dolor: la muerte de don Cafasso. Ya tarde, fue avisado de las gravísimas condiciones de su gran amigo. Fue corriendo, acompañado por el joven Francisco

Cerrutti. Llegó cuando acababa de expirar. Arrodillóse al pie de su cama y rezó largo rato. A muy pocas personas debía lo que debía a don Cafasso. Había creído en él, en su misión, hasta cuando él mismo dudaba. Siempre le había ayudado y animado. Había sido su "padre espiritual" en el verdadero sentido de la palabra.

## **Cuatrocientos panecillos en un cesto vacío**

22 de octubre de 1860. Aquel día entra en el Oratorio Francisco Dal-mazzo, que tiene 15 años. Ha nacido en Cavour, ha hecho los primeros cursos de sus estudios en Pinerolo. Pero "habiendo leído allí algunos ejemplares de las *Lecturas Católicas*, pregunté quién era Don Bosco. Al saber que tenía en Turín un hospicio para muchachos, determiné agregarle a sus hijos". Es aceptado para ingresar en el último curso del gimnasio.

Veinte días más tarde, sin embargo, Francisco está desalentado. "Acostumbrado en mi casa a una vida delicada, no podía adaptarme a la comida tan modesta de la mesa común y a las costumbres del Instituto. Escribí, por tanto, a mi madre para que viniera a buscarme, porque quería volver a casa a toda costa".

11 de noviembre. La mamá fue a buscarle. "Antes de marchar quise confesarme una vez más con Don Bosco. Aguardé mi turno, durante la misa. Luego, a la salida, se entregaba a cada uno de los jóvenes un panecillo para el desayuno.

Mientras esperaba para confesarme, llegaron dos muchachos que debían distribuir el pan, y dijeron a Don Bosco:

— No hay pan para el desayuno.

— ¿Y qué tengo yo que hacer? —respondió Don Bosco—. Id a Magra el panadero, y que os lo dé.

— Magra ha dicho que ya no nos da más, porque no se le ha pagado.

— Entonces, ya pensaremos. Dejadme confesar.

Yo oí aquel diálogo en voz baja. Llegó en tanto mi turno, y empecé mi confesión. La misa había llegado a la consagración y volvieron los dos muchachos:

— Don Bosco, no hay nada para el desayuno.

— Dejadme confesar, y luego veremos. Id a buscar por la despensa, por los comedores. Algo habrá.

Mientras aquellos iban, yo seguí mi confesión. Apenas si había terminado cuando uno de los muchachos volvió por tercera vez.

— Hemos recogido todo y no hay más que unos pocos panecillos.

— Ponedlos en el canasto. Yo iré a repartirlos. Y dejadme confesar en paz.

Siguió confesando al niño que tenía delante. Mientras tanto, junto a la puerta que se abría después del altar de la Virgen, estaba ya el canasto del pan. Yo, rehaciendo en mi mente los hechos milagrosos oídos sobre Don Bosco, y tentado por la curiosidad, fui a colocarme en un lugar a propósito para ver qué sucedía.

A la puerta estaba mi madre esperándome:

— Ven, Francisco, me dijo. Pero yo le indiqué con una señal que aguardase todavía un poco. Cuando Don Bosco llegó, tomé un panecillo el primero, miré al cesto y vi que había unos quince o veinte más. Entoncés me puse precisamente detrás de Don Bosco, sobre un escalón, con los ojos bien abiertos. Empezó Don Bosco la distribución. Pasaban los muchachos delante, contentos de ser servidos por él, y le besaban la mano, mientras él decía una palabrita a cada uno o sonreía.

Todos los alumnos, cerca de cuatrocientos, recibieron su panecillo. Terminada la distribución, quise de nuevo examinar la cesta del pan, y con gran admiración constaté que en el cesto había la misma cantidad que al principio. Me quedé pasmado. Corrí atontado hacia mi madre y le dije:

— No me voy, ya no quiero irme, me quedo aquí. Perdóneme que le haya hecho venir a Turín. Después le conté lo que acababa de ver con mis propios ojos, y le dije: —No quiero dejar a un santo como Don Bosco.

Esta fue la única razón por la que quise quedarme en el Oratorio y después formar entre los hijos de Don Bosco”.

Francisco Dalmazzo llegó a ser salesiano; durante ocho años fue director del colegio de Valsálce y siete años más, Procurador General de la Congregación Salesiana ante la Santa Sede.

## **La caridad con los pobres y sólo con ellos**

Al acercarse el curso escolar 1860-61, observó Don Bosco que las peticiones de ingreso para estudiar en el Oratorio eran muy abundantes. Tuvo miedo de “dar los frutos de la caridad” a quien no era digno de ella. Imprimió el programa del internado con una nueva cláusula: los estudiantes, durante los dos primeros meses, tenían que pagar una cuota fija. Solamente después de haber demostrado, con la buena conducta, ser dignos de la caridad, la cuota podía disminuir y aún ser anulada. Lemoyne, al dar esta noticia añade: “Pero Don Bosco sabía hacer muchas excepciones en su caridad”.

He aquí las condiciones impresas y dadas a conocer para el curso 1860-61:

*Para los artesanos:*

- Han de ser huérfanos de padre y madre.
- Deben tener 12 años cumplidos y no pasar de los 18.
- Deben ser pobres y abandonados.

*Para los estudiantes:*

- Deben haber aprobado las clases elementales y querer seguir el curso gimnasial (*asi se llamaba entonces en Italia la escuela media*).
- Estarán dos meses a prueba, por 24 liras mensuales, y después se acordará cuánto, según los méritos.

Entre las “disposiciones generales” que seguían, es notable la siguiente: “Todas las prendas de vestir son a cargo del alumno, salvo que hagan constar su imposibilidad por pobreza”.

## **La “Comisión secreta” de 1861**

En 1861 se registra un caso insólito, casi único y de excepcional importancia. Don Alasonatti, don Rúa, el clérigo Cagliari, el clérigo Francesia y otros diez salesianos se reúnen en “Comisión secreta”. Están convencidos de que todo lo que sucede en derredor de Don Bosco, suele tener carácter excepcional, cuando no sobrenatural. Perder el recuerdo de estos sucesos sería tirar a la calle un tesoro. Se comprometen, pues a “guardar su memoria” fielmente. Todos tomarán apuntes. En sesiones regulares de la comisión se leerán los apuntes públicamente, y serán corregidos según el testimonio de cada uno de los presentes, para que solamente se transmitan cosas exactas.

Juan B. Lemoyne, al dar la noticia en el sexto volumen de *Memorias Biográficas*, anota: “Podemos, por tanto, estar bien seguros de la verdad de cuanto nos dejaron tales testigos. En el curso de los años, entraron otros para continuar su trabajo con el mismo afecto a Don Bosco y a la verdad”.

Estamos muy agradecidos a aquellos primeros salesianos que, cargados de trabajo, robaron horas al sueño para esta empresa incomparable, preciosísima, sin la cual se hubieran perdido muchas noticias sobre Don Bosco o hubieran quedado envueltas entre nubes de leyenda.

Esto no quita que podamos y debamos hacer alguna observación a éstos y a los que escribieron la biografía de Don Bosco apoyándose en

sus testimonios. No para acusarles (sería una necedad), sino para mejor comprender las aventuras de Don Bosco.

*Primero.* Don Bosco contaba muchas veces las cosas sin ninguna preparación, familiarmente, y tenía derecho a hacerlo. El que habla a los muchachos, a sus jóvenes alumnos, casi nunca está en las condiciones de espíritu de quien "dicta para la historia". Y es menester anotar sus palabras a título "familiar" y no como rigurosos documentos históricos. Ya le sucedió eso a Napoleón en las narraciones hechas en Santa Elena; a Lutero en las conversaciones de festines y a tantos otros. Las narraciones de Napoleón están llenas de emoción, de luces relampagueantes, de recuerdos, pero no hay que tomarlas como declaraciones rigurosas y detalladas para la historia. Más bien hay que filtrarlas, a través de la documentación, los planos de batalla, las cartas y los tratados. Así sucede con Don Bosco: algunas de sus conversaciones "a la pata la llana" fueron tomadas como absoluta y rigurosamente exactas en todos sus detalles.

*Segunda.* Estos cuidadosos colectores de recuerdos y palabras de Don Bosco, dado el gran trabajo que tenían en el Oratorio y su poco conocimiento de la ciudad, registraron *todo lo que Don Bosco hacía, pero no tomaron casi nunca cuenta de lo que, a la vez, sucedía en la ciudad y alrededores.* Así, todo lo que dicen de Don Bosco es absolutamente verdad; pero, parece por sus escritos que *solamente Don Bosco lo hiciese*, cuando en Turín había otros varios que realizaban semejantes empresas apostólicas y llevaban adelante iguales movimientos sociales. Ahora bien, el que está sólo siempre es el primero de la clase; y así sucede partiendo de aquellos recuerdos: parece que Don Bosco haya tenido siempre la primera intuición, que haya sido el único en tener iniciativas. Mientras que, estudiando los hechos con mayor amplitud, se ve que, si en efecto él fue grandísimo, había junto a él, por delante y por detrás, muchos otros que se esforzaban por trabajar a su estilo.

Por ejemplo, el santuario de María Auxiliadora (del que hablaremos en el capítulo siguiente) parece un milagro en su realización: por tantos gastos, tantas limosnas, por la rapidez de su construcción, por el enorme concurso de fieles en la inauguración. Pero, luego, examinando la historia de Turín, se ve que, al mismo tiempo, se levantaron otras cuatro Iglesias de notable coste y rápida realización (parroquia de Santa Julia, 1863, por 650.000 liras; parroquia de los Santos Pedro y Pablo, 1865, por 540.000 liras; parroquia de la Inmaculada Concepción, 1867, por 220.000 liras; santuario de María Auxiliadora, 1868, por

890.000 liras; parroquia de Santa Bárbara, 1869, por 336.000 liras. En 1853 se había terminado la Iglesia parroquial de S. Máximo, por un coste de 1.500.000 liras).

Con todo esto, el santuario de María Auxiliadora no pierde nada de su grandeza. Sigue en su sitio, como un milagro de voluntad, de fe y de beneficencia. Pero, colocado junto a las otras cuatro Iglesias, toma una perspectiva diversa. Una palmera en medio del desierto es algo muy distinto a una palmera en medio del palmeral. No dejará de ser una palmera espléndida, pero no será la única a monopolizar el apelativo de "portentosa".

Dígase lo mismo de las escuelas nocturnas, de los talleres, de la expedición de misioneros. Todo ello algo formidable, pero que existe dentro de un contexto de realizaciones católicas, también formidables. Don Bosco no aparece como un "monstruo", sino como un santo que, en un ambiente de catolicidad comprometida, empuja su fe hasta realizar auténticos milagros. Con otros sacerdotes a su lado que (no siendo siempre tan santos como él) trabajan con la misma fe y entrega.

*Tercera.* Don Bosco recibía dones misteriosos de Dios. Tenía sueños que le descubrían el porvenir, pronunciaba profecías que se cumplían puntualmente. Pero también era un hombre, un simple sacerdote que muchísimas veces solamente buscaba ver un poco más allá de sus narices, como los demás. Y también él tenía derecho a emitir su parecer, a alimentar esperanzas, a hacer pronósticos, que a veces resultaban exactos y, a veces, eran equivocados (como resultó en el caso de don Guarella, a quien Don Bosco quiso conservar en el Oratorio, cuando su misión era otra). Registrar "todos" estos pronósticos, estas esperanzas, y tener la pretensión de verlos cumplidos todos matemáticamente, es falsear la figura de Don Bosco. Es lo mismo que negarle el derecho a ser un hombre, sujeto como todos los demás a las vicisitudes de la vida. Tal vez, fue éste uno de los límites que hubo en el "espíritu" con que fueron recogidos los recuerdos y las palabras de Don Bosco. Especialmente hoy, se tendría mayor reconocimiento de aquellos testimonios, si se hubiesen anotado no sólo los éxitos sublimes, sino también las dudas, las perplejidades y los errores de la grandísima y "humanísima" persona que fue Don Bosco.

Pero esto no quiere ser, ni puede serlo, una recriminación del trabajo de los primeros salesianos que, aún con límites precisos, fue de un valor incalculable.



## El gran santuario soñado

En octubre de 1844 tuvo Don Bosco dos sueños. Se han contado ya en el capítulo 18, pero queremos volver sobre ellos, alargando las citas. Sacamos la primera de las *Memorias* autográficas de Don Bosco, la segunda de la relación escrita, hecha por Julio Barberis y Juan Bautista Lemoyne.

“La pastorcilla me invitó a mirar hacia el mediodía. Mirando, vi un campo, sembrado de maíz, patatas, coles, remolachas, lechugas y muchas otras hortalizas. “Mira otra vez”, me dijo; y miré de nuevo. Vi entonces una estupenda y alta Iglesia. Una orquesta, con sus instrumentos, y un coro me invitaban a cantar la misa. En el interior de la Iglesia había una faja blanca, en la que, con caracteres cubitales, se leía: *Hic domus mea, inde gloria mea. (Esta es mi casa, de la que saldrá mi gloria)*”. (*Memorias*, ed. Ceria. Pág. 136).

### El sueño de las tres Iglesias

“Me pareció encontrarme en una gran llanura ocupada por incontable cantidad de jóvenes. Unos reñían, otros blasfemaban. Una nube de piedras, lanzadas por los que libraban batalla entre sí, cruzaba los aires. Estaba yo para marcharme, cuando vi a mi lado una Señora que me dijo:

— Métete entre esos jóvenes y trabaja.

Avancé, pero ¿qué hacer? No había un lugar donde retirarse. Me volví entonces a la Señora, la cual me dijo:

— ¡Ahí está el lugar! Y me mostró un prado.

— Pero aquí no hay más que un prado —dije yo—. Ella respondió:

— Mi Hijo y los Apóstoles no tenían ni un palmo de tierra donde reclinar su cabeza.

Empecé a trabajar en aquel prado, amonestando, predicando, confesando. Pero era inútil todo esfuerzo, si no encontraba un recinto con algún edificio donde recogerles. Fue entonces cuando aquella Señora me dijo:

— Observa.

Vi entonces una Iglesia pequeña y baja, un patio pequeño y muchos jóvenes. Reemprendí el trabajo. Pero, como la iglesia resultaba estrecha, recurrí todavía a Ella, la cual me hizo ver otra iglesia más grande, con una casa al lado. Después, llevándome cerca, a un trozo de terreno cultivado, casi en frente de la segunda iglesia, añadió:

— En este lugar, donde los gloriosos mártires de Turín, Adventor y Octavio, sufrieron el martirio, sobre esta tierra regada y santificada con su sangre, quiero que Dios sea honrado de un modo especialísimo.

Y así diciendo, adelantaba un pie y lo ponía en el lugar preciso en que sucedió el martirio. Yo quise colocar una señal para marcarlo, pero no hallé nada junto a mí. Pero quedó fijo en mi memoria con precisión.<sup>1</sup>

Mientras tanto me vi cercado por una cantidad inmensa de muchachos, que creía sin cesar; pero mirando a la Señora crecían también los medios y los locales; y vi luego una grandiosa iglesia, precisamente en el lugar donde me había hecho ver que sucedió el martirio de los Santos de la legión tebea, con muchos edificios alrededor y un hermoso monumento en medio" (*M.B.*, vol. II, pág. 298).

Don Bosco no perdió nunca de vista "el campo sembrado de maíz, patatas, coles remolachas, lechugas y otras hortalizas", que había reconocido en el del otro lado de la tapia que circundaba su Oratorio. Lo había bautizado con "el campo de los sueños". Apenas pudo, el 20 de junio de 1850, lo compró. Pero en 1854 (año del cólera, de los veinte huérfanos albergados de golpe) lo tuvo que vender para pagar deudas urgentísimas. Volvió a su propiedad el 11 de febrero de 1863. Durante aquellos últimos meses había sucedido algo nuevo.

### **"Será la Iglesia madre de nuestra Congregación"**

Una noche de diciembre de 1862, Pablito Albera (muchacho de 17 años, que precisamente aquel año había sido admitido en la Sociedad Salesiana) recibió una confidencia de Don Bosco. Era sábado, Don

---

<sup>1</sup> Aquel lugar, indicado con precisión por Don Bosco, se encuentra en la actual "Capilla de las reliquias" de la Basílica de María Auxiliadora. Está señalado en el pavimento con una cruz dorada.

Bosco había estado confesando hasta las 23, y solamente entonces pudo ir, acompañado por Pablito, a tomar un bocado. Estaba como distraído, y, en un momento dado, empezó a decir: “He confesado mucho, pero la verdad es que no sé lo que hacía ni decía, porque me preocupaba una idea. Me distraía y me sacaba fuera de mí. Pensaba: nuestra iglesia es demasiado pequeña; no caben en ella los muchachos. Por tanto, haremos otra más bonita, más grande, magnífica. La llamaremos iglesia de María Auxiliadora. No tengo un centavo, no sé de donde sacaré el dinero, pero eso no importa. Si Dios lo quiere se hará”.

Poco tiempo después, habló de este mismo proyecto con Juan Cagliero. He aquí su testimonio: “En 1862 me dijo Don Bosco que pensaba construir una iglesia grandiosa y digna de la Virgen Santísima.

— Hasta ahora, dijo, hemos celebrado solemnemente la fiesta de la Inmaculada. Pero la Virgen quiere que la honremos con el título de María Auxiliadora: corren tiempos muy tristes y necesitamos que la Virgen Santísima nos ayude a conservar y defender la fe cristiana. ¿Y sabes, además, por qué?

— Creo —respondí— que será la “iglesia madre” de nuestra futura Congregación, y el centro de donde saldrán todas nuestras obras en favor de la juventud.

— Lo has adivinado, me dijo: María Santísima es la fundadora y será la sostenedora de nuestras obras” (*M.B.* vol. VII, pág. 334).

Una iglesia mayor donde cupieran todos los muchachos, la “iglesia madre” de la Congregación. He ahí los motivos-base por los que Don Bosco proyecta el santuario de María Auxiliadora. Pero añade un tercer motivo: *corren tiempos muy tristes...* Nos parece conveniente comentar estas palabras, no para clasificarlas como uno de esos “lamentos generales” que en todo tiempo florecen en boca de los profesionales del pesar.

## **Los sucesos de Spoleto y la Auxiliadora**

La historia de la Iglesia, de mitad del Ochocientos —escribe el historiador Santiago Martina— “se caracteriza por un choque violento entre lo viejo y lo nuevo, entre las estructuras de una sociedad oficialmente cristiana y la afirmación, cada vez más decidida, de la ciudad secular. Nace el cuadro en un periodo nodal de la historia de la iglesia que vuelve a proponer los términos de la comparación entre el cristianismo y las culturas de las diversas épocas históricas con las que viene a encontrarse”.

Uno de los momentos más agudos de este "encuentro violento" es el de la cuestión de Roma y el Estado pontificio. Después de la segunda guerra de independencia —lo tomamos de Pedro Stella— el Estado pontificio, tenido por los católicos como algo indispensable para la independencia del Papa, parecía irremediabilmente condenado a ser conquistado por el "Reino de Italia". Los obispos de Umbría invitaban a los fieles, el 2 de febrero de 1860, a rogar a Dios "por la intercesión del Corazón Inmaculado de María, Madre de Dios, Auxiliadora de los Cristianos".

Precisamente en la ciudad de Spoleto, de Umbría, sucedió, según la voz popular, un gran milagro. En marzo de 1862, la Virgen habló, desde una antigua imagen conservada en una Iglesia demolida, a un niño de cinco años y curó a un joven campesino. Enseguida empezaron a llegar peregrinos a la Iglesia destruida.

El arzobispo de Spoleto, monseñor Arnaldi, envió una entusiasta relación de los sucesos al periódico católico de Turín, *Armonía*. Hablaba de imponentes peregrinaciones llegadas de Todi, Perugia, Foligno, Nocera, Narni, Norcia.

El mismo arzobispo, en septiembre de 1862, lanzó la idea de levantar un gran templo en el lugar de los milagros, dando a la imagen de la Virgen (llamada hasta entonces "la Virgen de la Estrella") el título oficial de *Auxilio de los Cristianos, Auxilium Christianorum*.

Don Bosco leyó la relación de monseñor Arnaldi a sus jóvenes "con gran alegría". Y precisamente por aquel tiempo tuvo el sueño de las "dos columnas", que contó a los jóvenes el 30 de mayo: la nave de la Iglesia, guiada por el Papa, marcha segura en medio del ímpetu de las olas y los proyectiles arrojados por las numerosas naves enemigas. Y encuentra finalmente refugio entre dos columnas, en medio de las cuales el Papa arroja el áncora: la primera columna tiene encima la Eucaristía, la segunda una estatua de la Inmaculada, con la inscripción *Auxilium christianorum*.

Este conjunto de "tiempos tristes" y de grandes esperanzas constituye el tercer motivo que empuja a Don Bosco a iniciar la empresa del santuario de María Auxiliadora.

### **Un título que hace fruncir el ceño**

Don Bosco encargó los planos al ingeniero Antonio Spezia, el cual desarrolló un proyecto en forma de cruz latina sobre una superficie de 1.200 metros cuadrados. La máxima longitud de la iglesia era de 48 metros.

Con un rollo de planos bajo el brazo, presentóse Don Bosco en el Ayuntamiento para su aprobación. No hicieron la menor observación sobre el dibujo. Más aún, prometieron (de "palabra" solamente) conceder para la construcción de esta iglesia un subsidio de 30.000 liras, lo mismo que hacían con todas las iglesias parroquiales.

Lo que les hizo fruncir el ceño fue el título de: *Iglesia de María Auxiliadora*. Los sucesos de Spoleto, la carta de los obispos de Umbria, las polémicas del periódico *Armonia* lo hacían sospechoso a las autoridades municipales. Aquel nombre sabía a contestatario.

— ¿No podría cambiar un título tan raro? Llámela iglesia del Rosario, de la Paz, del Carmen... ¡Tiene tantos títulos la Virgen!

Don Bosco se echó a reír:

— Ustedes apruébenme el proyecto. En cuanto al nombre ya nos pondremos de acuerdo.

No se puso del todo de acuerdo: lo dejó como estaba.

## **Cuarenta céntimos para empezar**

Obtenido el permiso para construir, Don Bosco confió las obras al empresario Carlos Buzzetti. Llamó al ecónomo don Savio y le ordenó iniciara las excavaciones.

— Pero ¿cómo nos arreglaremos, Don Bosco? No se trata de una capillita, sino de una iglesia muy grande y costosa. Esta mañana no había en casa ni para pagar los sellos de las cartas que habían de salir.

— Empieza las excavaciones —repuso Don Bosco—. ¿Cuándo hemos empezado una obra teniendo preparado el dinero? Hay que dejar hacer algo a la Providencia.

Las excavaciones estaban casi acabadas en otoño de 1863, y se reemprendieron en marzo de 1864.

A fines de abril, invitado por el maestro de obras, fue Don Bosco acompañado de sus sacerdotes y de muchos alumnos hasta las excavaciones, para colocar la primera piedra. Terminada la función, se dirigió a Buzzetti y le dijo:

— Quiero darte enseguida algo a cuenta, para los grandes trabajos.

Sacó el portamonedas, lo abrió y vertió en manos del maestro de obras todo lo que contenía: ¡cuarenta céntimos! Al ver a Buzzetti un poco mortificado, añadió enseguida:

— Tranquilo. La Virgen pensará para que llegue el dinero necesario.

Y la Virgen pensó de veras en ello; mas para hacerlo llegar quiso que Don Bosco sudara y se fatigase.

Al estudiar la figura de los dos grandes santos de Turín, casi contemporáneos, Cottolengo y Don Bosco, salta a la vista una diferencia. Los dos fueron ayudados, día tras día por la Providencia, *vivieron* de la Providencia. Pero, mientras Cottolengo decía: "La Providencia ya ha preparado el dinero que nos hace falta. Esperemos que llegue", Don Bosco repetía: "La Providencia ya ha preparado el dinero que nos hace falta. Vamos a buscarlo".

Don Pablo Albera, segundo sucesor de Don Bosco, que vivió junto a él en aquellos tiempos, decía: "Solamente quien fue testigo puede hacerse una idea del trabajo y de los sacrificios que nuestro Padre se impuso aquellos años, para llevar a término la iglesia de María Auxiliadora, tenida por muchos como una empresa temeraria, muy superior a las fuerzas del humilde sacerdote que se había metido en ella".

Don Bosco exprimió su imaginación para forzar la caridad pública. Inundó Turín y todo Piamonte de cartas y circulares; abrió suscripciones; solicitó ayuda a los "grandes" del mundo turinés, de Florencia y de Roma; organizó una lotería impresionante. Afluían las ofertas, pero no siempre en cantidad suficiente. En mayo de 1866 escribía Don Bosco al caballero Oreglia: "Por falta de medios han sido reducidos los cuarenta albañiles que trabajan en la obra, a ocho. Es un momento calamitoso".

### **La Virgen hace la colecta por Don Bosco**

Si el "pobre Don Bosco" llegó a vencer las dificultades debióse a la ayuda de María Auxiliadora que se puso "a hacer las colectas más fructuosas". La palabra de "gracias" pequeñas y grandes que la Virgen concedía a los que ayudaban a la construcción de la Iglesia corrió rápidamente por Turín, y por muchas partes de Italia.

La gracia más "clamorosa", seguramente, fue la del banquero y senador José Cotta, bienhechor de Don Bosco, y muy conocido en los ambientes políticos y financieros de Turín.

Estaba el senador, a sus 83 años, postrado en cama, sin que los médicos dieran la menor esperanza —narra Lemoyne— cuando Don Bosco fue a verle. El enfermo le dijo con un hilillo de voz:

— Unos minutos todavía y, luego, hay que marchar hacia la eternidad.

— No, senador —replicó alegre Don Bosco—. La Virgen le necesita todavía en este mundo. Usted tiene que vivir para ayudarme a levantar su iglesia.

— No hay esperanzas... —suspiró el viejo—.

La fe de Don Bosco se alió con una audacia tranquila, casi de broma:

— ¿Y qué haría usted si María Auxiliadora le obtuviese la gracia de la curación?

Sonrió el senador, recogió fuerzas y apuntó con dos dedos estirados hacia Don Bosco:

— Dos mil liras. Si me curo, pagaré dos mil liras mensuales, durante seis meses, para la iglesia de Valdocco.

— Muy bien, voy a hacer rezar a mis muchachos, y le espero curado.

Tres días después llegaba el senador totalmente curado.

— Aquí estoy —dijo a Don Bosco—. La Virgen me ha curado y he venido a pagar mi primera deuda.

Contaremos solamente otras dos "gracias", a pesar de que Don Bosco, el 11 de febrero de 1868, escribía al caballero Oreglia: "Cada día sucede algo mayor que el anterior, con María Auxiliadora, en favor de la iglesia. Harían falta volúmenes". Y en el proceso para la beatificación de Don Bosco, atestiguó monseñor Bertagna bajo juramento: "Durante una tarde de Ejercicios Espirituales en San Ignacio, Don Bosco me pidió consejo sobre si debía seguir bendiciendo a los enfermos con las medallas de María Auxiliadora y el Salvador, porque, decía, se armaba mucho ruido con las muchas curaciones que se operaban y que tenían el aire de algo prodigioso. Bien o mal, yo creí que debía aconsejar a Don Bosco que siguiese con sus bendiciones".

## **Una mamá, un bebé y unas pobres alhajas**

Un día había salido Don Bosco a la ciudad. Al volver al Oratorio, vio en la portería a una pobre madre que llevaba en brazos un niño de casi un año, macilento, lleno de pústulas, inmóvil y sin voz. Parecía un cadáver. Se detuvo y preguntó a la madre:

— ¿Cuánto tiempo hace que está enfermo?

— Siempre, desde que nació.

— ¿Lo ha hecho ver por los médicos?

— Sí, pero dicen que no hay nada que hacer.

— Y usted, ¿estaría contenta si curase?

— ¡Imagínese! ¡Es mi pobre hijo! Y lo besaba.

— ¿Cree usted que la Virgen puede curarlo?

— Sí, pero no merezco tanta gracia. Si me lo cura, le daré todo lo que tengo de más querido.

— Entonces, cuando pueda, vaya a confesarse y comulgar. Diga durante nueve días el *Padrenuestro* y el *Avemaría*, y convide a su marido a rezarlos. La Virgen les oirá—. Y bendijo al bebé con la bendición de María Auxiliadora.

Quince días más tarde, estaba en la sacristía del santuario, en medio de la gente que se apiñaba para hablar con Don Bosco, una mujer que llevaba en brazos un niño de ojos cristalinos y llenos de vida. Al llegar ante Don Bosco, exclamó llena de júbilo:

— Mire a mi hijito.

— ¿Qué desea, señora?

Don Bosco no recordaba la bendición dada a aquel niño. La mujer se lo recordó y le dijo que, al tercero o al cuarto día de la novena, el niño estaba curado.

— Ahora he venido para cumplir mi promesa. Y, así diciendo, sacó un estuche donde guardaba sus pobres joyas: una cadenita de oro, un anillo, dos pendientes. Don Bosco se conmovió, quizá pensó en otros iguales de su madre. La mujer repetía mientras tanto:

— Le prometí a la Virgen que le daría lo que más quería, y le ruego que lo acepte. Don Bosco sacudía la cabeza:

— Señora, ¿cuenta con alguna fortuna para hacer frente a la vida?

— No. Vivimos al día con la paga de mi marido, que trabaja en una fundición.

— ¿Han hecho ustedes algún ahorrito?

— ¿Qué ahorros quiere que hagamos, con tres liras al día?

— ¿Y sabe su marido que quiere entregar estos objetos a la Virgen?

— Sí, lo sabe. Y está muy contento de ello.

— Pero, si se quedan sin nada ¿cómo se las arreglarán, si sucede una desgracia, si viene una enfermedad?

— El Señor ve que somos pobres y nos ayudará. Yo debo cumplir lo prometido.

Don Bosco estaba profundamente conmovido:

— Oiga, hagamos así. La Virgen no quiere que usted haga un sacrificio tan grande. Si usted quiere darle un testimonio de su agradecimiento, entrégueme solamente el anillo. La cadenita y los pendientes se los llevará a casa.

— Eso no. He prometido darlo todo, y debo darlo todo.

— Haga como le digo. La Virgen está contenta así.

— ¿De verdad? Yo no quiero faltar a mi palabra.

— Usted no falta a su palabra. Se lo garantizo en su nombre.

La mujer seguía indecisa. Por fin concluyó:

— Bien, como usted desee. Pero, si quiere todo mi oro, tómelo.



Don Bosco repitió que quedase tranquila y acarició al niño. (*M.B.* vol. X, págs. 94-96).

## **Un bracero de Alba**

Un pobre hombre había llegado de Alba, después de viajar a pie día y noche. Se confesó, comulgó y después se presentó a Don Bosco para cumplir una promesa. Le contó cómo había estado enfermo. Los médicos le habían dicho que no había nada que hacer, y entonces había prometido a la Virgen llevarle todo su dinero, si curaba. Curó inmediatamente. Don Bosco contemplaba a aquel hombre, paupérrimo a juzgar por su vestir, cómo sacaba del bolsillo un papel y lo desenrollaba cuidadosamente. Entre el papel apareció su dinero: una lira. Se la entregó solemnemente a Don Bosco diciendo:

- Esto es todo lo que poseo. Toda mi riqueza.
- ¿De qué trabaja?
- De bracero. Vivo al día.
- ¿Y cómo hará para volver a casa?
- Lo mismo que he venido: a pie.
- ¿Y no está cansado?
- Un poco, porque el viaje es bastante largo.
- ¿Está aún en ayunas?
- Claro está, porque he venido a comulgar. Antes de media noche, sin embargo, comí un pedazo de pan que llevaba en el bolsillo.
- Y ahora ¿qué lleva para desayunar?
- Nada.
- Hagamos, pues, así. Hoy se queda conmigo. Comerá y cenará aquí. Mañana, si le place, volverá usted a su casa.
- ¡Esta sí que es buena! Le traigo una lira y usted se gasta dos o tres para darme de comer.
- Oiga: usted ha hecho su ofrenda a la Virgen. Y ahora Don Bosco le hace la suya: un plato y un vaso de vino.
- Le digo que no. Yo sé que Don Bosco y la Virgen tienen la misma bolsa. Si tengo hambre, pediré limosna. Si me canso, me sentaré al pie de un árbol. Si me viene el sueño, ya habrá quien me deje dormir en un pajar. Quiero cumplir mi promesa del todo. Adiós y ruegue por mí.

Y, sin más, partió (*M.B.*, vol. X, págs. 97-98).

## NOTA

### **Los sueños de Don Bosco**

Hemos hablado en este capítulo de tres sueños de Don Bosco: el de "una gran iglesia en el campo de maíz", el de "las tres iglesias", y el de "las dos columnas".

Quiero hacer una observación personal.

Se han escrito ya muchas páginas sobre los "sueños de Don Bosco". Casi todas serias e importantes. Algunas tan extrañas que hacen pensar que el que las ha escrito ha soñado más que Don Bosco.

Para "explicar" estos sueños y para "eliminar" la menor alusión de "extraordinario" a la vida de Don Bosco, ha habido estudiosos que han empleado todas las hipótesis posibles: desde la parapsicología (hoy seriamente discutida y negada por los mejores científicos), hasta convertirlo en "mito" por parte de quien refería hechos y dichos de Don Bosco (no cabe duda de que algún testigo convirtió en "mito" algunas cosas), y hasta la acusación explícita de falso testimonio.

Creemos es lícito hacer "hipótesis" y buscar realizarlas. Menos lícito nos parece tomar en consideración todas las hipótesis, menos una: la intervención extraordinaria de Dios en la vida de Don Bosco. A fuer de honrados, se debe tener en cuenta también ésta, y comprobarla seriamente. Ahora bien, una comprobación seria, por parte de un historiador, debe basarse ante todo en el valor de los testimonios, que en el caso de Don Bosco muchas veces se hicieron bajo "juramento" en los procesos de beatificación. Negar *a priori* testimonios jurados, para luego encaramarse por dudosas teorías, significa que el trabajo histórico no se realiza con seriedad, sino con prevención. Es caer en los dogmas del positivismo ("No es admisible lo sobrenatural, por tanto es inútil tomarlo en consideración").

No somos especialistas en este campo. Pero creemos que, para tener una idea justa sobre los sueños de Don Bosco, es importante, ante todo, conocer el parecer del mismo Don Bosco, y, después, el de los que vivieron a su lado. (No basta esto para el historiador, evidentemente, pero es el punto de partida para cualquier indagación seria).

Nos permitimos, por tanto, traer algunas citas de Don Bosco y de los que vivieron junto a él durante muchos años. No retocamos el texto.

#### ***Sueño de los nueve años. Testimonio autógrafo de Don Bosco***

"La abuela con ribetes de teólogo, analfabeta del todo, dio la sentencia definitiva: "No hay que hacer caso de los sueños". Yo era de la opinión de mi abuela, pero nunca pude echar en olvido aquel sueño. Lo que expondré a continuación dará explicación de ello". (*Memorias*, por E. Ceria, pág. 25).

#### ***Sueño de la gran Iglesia en el campo de maíz. Testimonio autógrafo de Don Bosco***

"Este (*sueño*) duró casi toda la noche; lo acompañaron muchas circunstancias. Entonces entendí poco de su significado, porque no le daba gran crédito;

pero comprendí, poco a poco, las cosas, según se iban realizando. Más tarde me sirvió, juntamente con otro nuevo sueño, de programa para mis decisiones" (*Memorias*, por E. Ceria, pág. 136).

#### **Testimonio de Don Bosco referido por J. Bta. Lemoyne**

"Durante los primeros años iba yo despacio en prestar a estos sueños la fe que merecían. Muchas veces pensaba que eran juegos de la fantasía. Al contar aquellos sueños, al anunciar muertes inminentes, predecir el futuro, muchas veces me quedé con la duda por no fiarme de haber entendido o temiendo decir alguna mentira. Algunas veces me confesé con don Cafasso de este mi aventurado modo de hablar. Me escuchó, pensó un momento y después me dijo: "Desde el momento que todo lo que dice se cumple, esté tranquilo y siga así". Pero, sólo unos años después, cuando murió el joven Casalegno y lo vi en el ataúd sobre dos sillas en el pórtico, igual que en el sueño, ya no dudé en creer firmemente que aquellos sueños eran avisos del Señor" (*M.B.* vol. V, pág. 376).

#### **Testimonio de J. Bta. Lemoyne.**

"Hasta alrededor de 1880, cuando Don Bosco contaba sus sueños, nunca había empleado la palabra visión. Pero, en los últimos años, hablando conmigo, aunque no fuera el primero en usarla, asentía, sin embargo, a la frase usada por mí en aquellas conversaciones confidenciales" (*M.B.*, Introducción al vol. XVII).

#### **Testimonio de don Berto, secretario de Don Bosco, por más de veinte años**

"Predijo, antes de que sucediese, la muerte de casi todos los muchachos del Oratorio, señalando el tiempo y las circunstancias de su paso a la otra vida. Una o dos veces advirtió claramente al interesado. A menudo lo hizo custodiar por algún compañero; otras veces dijo en público las iniciales del nombre. Estas predicciones, por cuanto yo recuerdo, puedo asegurar que se cumplieron todas. Hubo alguna rarísima excepción, que sirvió para confirmar el espíritu profético de Don Bosco. Yo escribo estas cosas, como testigo ocular y auricular". (*M.B.*, vol. V, pág. 387).

#### **Parecer de E. Ceria**

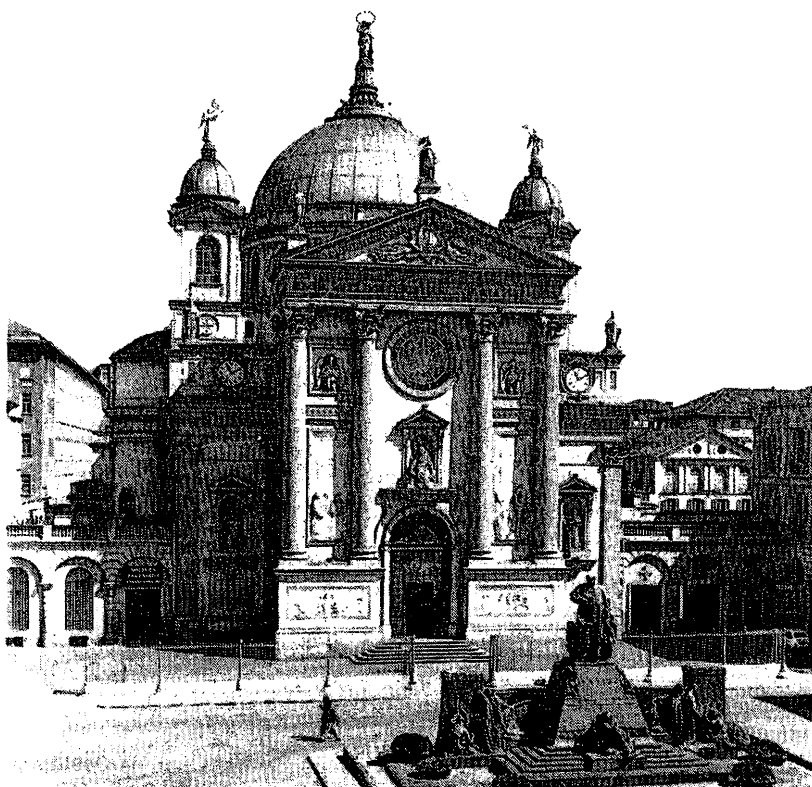
Este biógrafo de Don Bosco, que compiló los últimos nueve volúmenes de *Memorias Biográficas*, y que había entrado en la Congregación tres años antes de la muerte de Don Bosco, en la introducción al volumen XVII clasifica los sueños de Don Bosco en tres grupos:

— Sueños que no son más que sueños (como nos pasa a todos cualquier noche de mala digestión): en rigor, no deberían figurar en la vida de Don Bosco. Alguno se colocó en *Memorias Biográficas* para tener más elementos de juicio sobre la vida de Don Bosco.

— Sueños que no fueron sueños, sino verdaderas visiones: tenidos a pleno día, como por ejemplo la revelación sobre el futuro de Juan Cagliero.

— Sueños tenidos de noche, que revelan cosas oscuras o futuras.

Resulta difícil distinguir —observa E. Ceria— las tres categorías. Una vez, no sabemos cuándo, soñó Don Bosco que se encontraba en San Pedro de Roma, dentro del gran nicho que hoy se abre sobre la cornisa de la derecha de la nave central, perpendicularmente sobre la estatua de bronce de San Pedro y el medallón en mosaico de Pío IX. El no sabe comprender cómo haya sido colocado allá arriba. Quiere bajar. Llama, grita, pero nadie responde. Entonces, vencido por la angustia, se despierta. Un sueño de una mala digestión, se diría. Pero, el que contempla el nicho de San Pedro en 1936 —sigue Ceria— ve en él la grandiosa estatua de Don Bosco del escultor Canonica. Y entonces se comprende que no se trataba de una mala digestión.



Basílica de María Auxiliadora, en Turín, tal como está en la actualidad.

---

## **Don Miguel Rúa: Desde Mirabello hasta la inauguración del Santuario**

El párroco de Mirabello, diócesis de Casale Monferrato, deseaba fundar un colegio en su término parroquial. Invitó a Don Bosco. Este, después de asegurarse "que sería dueño en casa propia", y de establecer que el colegio debería aceptar, sobre todo a muchachos aspirantes al sacerdocio, aceptó.

Estaba por entonces tan ocupado con las obras, apenas empezadas de la iglesia de María Auxiliadora, que no podía levantar cabeza, pero tomó todas las precauciones para que la iniciativa de Mirabello triunfase. Monseñor Calabiana, obispo de Casale, que tenía pocos seminaristas, la aprobó del todo. El colegio se llamaría "Pequeño Seminario".

En otoño de 1863 llamó Don Bosco a don Rúa y le dijo:

— Voy a pedirte un gran sacrificio. Nos llaman para abrir un "Pequeño Seminario" en Mirabello, en Monferrato. He pensado enviarte a ti para dirigirlo. Será la primera casa que los salesianos establecen fuera de Turín. Mil ojos se abrirán sobre nosotros para ver "cómo nos las arreglamos". Tengo plena confianza en ti. Te daré los hermanos que hagan falta para que la casa nazca bien.

Rúa tenía 26 años. Don Bosco estudió con él la lista de salesianos que habrían de acompañarle. Fueron elegidos los clérigos Provera, Bonetti, Cerruti, Albera, Dalmazzo y Cuffia.

Estudiaron también una fórmula de cara a los muchachos a matricular para alcanzar enseguida buenos resultados: algunos de los mejores alumnos del Oratorio de Turín pasarían al colegio de Mirabello como "levadura" en medio de los noventa alumnos aceptados para el primer año.

### **Cuatro páginas, con valor de códice**

Don Rúa partió para Mirabello, después de la fiesta del Rosario. Llevaba consigo cuatro páginas, con unos preciosos consejos escritos por Don Bosco.

Dice Pedro Stella de esas cuatro páginas: "Tienen valor de código y de testamento. Don Bosco refleja en ellas todo el arco de sus preocupaciones de padre, de educador, de sacerdote que aspira a la salvación de las almas".

También Don Bosco se da cuenta de que ha logrado trazar en aquellas líneas una de las mejores síntesis de su "sistema para educar". Tanto es así, que después, las transcribió (con algunas variantes y añadidas) para todos los directores salesianos, con el título de *Recuerdos confidenciales a los directores*.

Intentamos una breve síntesis.

"Te hablo con la voz de un padre cariñoso que abre el corazón a uno de sus hijos más queridos.

#### *Contigo mismo*

- Nada te turbe.
- Evita la austeridad en la comida. No dediques menos de seis horas al reposo, cada noche.
- Celebra la santa misa y reza el breviario con piedad, devoción y atención.
- Haz cada mañana un poco de meditación y una visita al Santísimo durante el día.
- Procura más bien hacerte amar que hacerte temer; cuando mandes y cuando corrijas, obra de tal suerte que todos entiendan que buscas el bien y no tu capricho. Toléralo todo, cuando se trate de impedir el pecado.
- Párate a pensar antes de juzgar en cosas de importancia.
- Cuando te informen respecto a alguien, procura esclarecer bien los hechos, antes de juzgar.

#### *Con los maestros*

- Procura hablar a menudo con ellos. Conocida una necesidad, haz cuanto puedas por remediarla.
- Huyan de toda amistad particular y parcialidad con sus alumnos.

#### *Con los asistentes*

- Procura charlar con ellos para oír su parecer sobre la conducta de los muchachos. Sean puntuales en sus obligaciones. Hagan su recreo juntamente con los jóvenes.

#### *Con los alumnos*

- No aceptar, por ningún motivo, muchachos expulsados de otros colegios o de quienes conste, de cualquier modo, que son de malas costumbres.

— Haz cuanto puedas para pasar con los jóvenes todo el tiempo del recreo; y deja caer al oído, cuando la necesidad te lo aconseje, aquellas afectuosas palabras que tú sabes muy bien. Este es el gran secreto que ha de hacerte dueño de los corazones.

— Procura iniciar la Compañía de la Inmaculada Concepción.

#### *Con los externos*

— La caridad y la cortesía han de ser las notas distintivas de un director, tanto por lo que respecta al personal interno como al externo.

— Cuando surjan problemas por cuestión de cosas materiales, cede todo lo que puedas, aún perdiendo, con tal de que se conserve la caridad.

— En cuanto a cosas espirituales, o simplemente morales, todo se ha de resolver a la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Compromisos, honrillas, afán de venganza, amor propio, razones, pretensiones y aún el mismo honor, todo ha de ser sacrificado con tal de evitar el pecado”.

Y he aquí las principales “añadiduras” al volver a escribir las mismas líneas como *Recuerdos confidenciales a los directores*:

— “No mandes nunca cosas superiores a sus fuerzas o perjudiciales para la salud.

— Eleva siempre el corazón a Dios antes de deliberar.

— Procura hacerte conocer de los alumnos y conocerlos pasando con ellos todo el tiempo disponible.

— Los aspectos odiosos y de disciplina sean confiados a otros.

— Procura muy mucho secundar las inclinaciones de cada uno, confiándole preferentemente lo que sabes es de su mayor agrado.

— Háganse todas las economías posibles, pero de ningún modo falte nada a los enfermos.

— El estudio, el tiempo y la experiencia me han hecho tocar con la mano que la gula, el interés, y la vanagloria fueron la ruina de Congregaciones muy florecientes y de órdenes respetabilísimas. Los años te enseñarán verdades que ahora pueden parecerte increíbles”.

### **Las “palabritas al oído” de Don Bosco**

Don Bosco sugiere a don Rúa: “Deja caer al oído aquellas palabras afectuosas que tú sabes”. La “palabrita al oído” de Don Bosco, según el testimonio de sus alumnos, era uno de sus secretos educativos. Lemoyne se preocupó de recoger estas “palabritas”, preguntándoles a

los que habían sido alumnos de Don Bosco. He aquí algunas sacadas de su lista:

- “¿Cómo estás? ¿Y en las cosas del alma?
- Me habrías de echar una mano en algo muy importante. ¿Sabes en qué? En hacerte bueno.
- ¿Cuándo vas a empezar a ser mi consuelo?
- ¿Cuándo quieres que le rompamos los cuernos al diablo con una buena confesión?
- Aceptas que seamos unos buenos amigos para negocios del alma?
- ¿Tienes miedo de que el Señor esté enfadado contigo? Recurre a la Virgen.
- El paraíso no está hecho para los gandules.
- Reza, reza bien, y seguro que te salvas.
- ¿Que estás en medio de la tempestad? Invoca a la Virgen que es la estrella del mar.
- Piensa en el juicio de Dios.
- No confíes en tus fuerzas.
- Piensa en Dios, serás mejor y estarás más contento.
- Si me ayudas, quiero hacerte feliz en esta vida y en la otra.
- Si me ayudas, quiero hacer de ti otro san Luis.
- El que persevera hasta el fin, se salva.
- A trabajar, a trabajar, descansaremos en el Paraíso.
- ¡Animo! Un pedacito de cielo lo arregla todo!”

### **Una mamá y mucho trabajo**

Don Bosco quiso que la madre de don Rúa fuera con él a Mirabello. Era un pensamiento delicado. Ella se ocupó de la ropería de los muchachos, pero fue sobre todo elemento precioso de equilibrio en los inevitables momentos de depresión de su joven hijo.

Hubo algunas dificultades iniciales con los títulos para poder enseñar, mas los salesianos alcanzaron estupendos resultados enseguida en Mirabello, sobre todo suscitando “vocaciones” sacerdotales. El principal artífice del éxito era el director. Refiere una crónica, en tono de elogio, que “don Rúa, en Mirabello, se comporta como Don Bosco en Turín”. Y así por dos años.

Al principio de 1865, la Sociedad Salesiana cuenta con 80 socios, once de los cuales son sacerdotes. De los clérigos, enviados a Mirabello con don Rúa, se han ordenado sacerdotes Bonetti y Provera. En Turín, junto a Don Bosco y don Alasonatti, han llegado al sacerdocio Cagliero, Savio, Francesia, Ruffino, Ghivarello y Durando.



Este año, sin embargo, la naciente Sociedad sufrirá una dura prueba. En pocos meses, cinco de los primeros salesianos quedarán fuera de combate. Los alumnos internos pasarán de 700. El santuario de María Auxiliadora engullirá enormes sumas y llegará la fatiga de don Rúa casi al último extremo.

## **El cuadro de María Auxiliadora**

Durante los primeros meses, el gran cuadro de María Auxiliadora que ha de presidir el santuario absorbe por entero el pensamiento de Don Bosco. Encarga su ejecución al pintor Lorenzone y quiere comunicarle todo lo que él "quiere ver" en el cuadro:

— En lo más alto María Santísima cecada de ángeles, en derredor de Ella los apóstoles, los profetas, las vírgenes, los confesores. Abajo los pueblos de las varias partes del mundo con las manos levantadas hacia Ella pidiendo auxilio.

Lorenzone le deja acabar y después replica:

— ¿Y dónde pondrá ese cuadro?

— En la nueva iglesia.

— ¿Y usted cree que va a haber? ¿Y dónde hallar una sala para pintarlo? ¡Para encontrar un espacio adaptado a las dimensiones que usted se imagina, sería menester la plaza de Castello!

Tuvo que reconocer Don Bosco que el pintor llevaba razón. Por tanto, se decidió que solamente se pintarían en derredor de la Virgen los apóstoles y evangelistas. Al pie del cuadro se representaría el Oratorio.

Lorenzone alquiló un salón muy alto en el Palacio Madama y empezó su trabajo. Le duró casi tres años.

Logró dar al rostro de María Auxiliadora una expresión maternal llena de dulzura. Contaba un sacerdote del Oratorio:

"Entré un día en el estudio para ver el cuadro. Estaba Lorenzone sobre una escalerita, dando las últimas pinceladas al rostro de María. Ni se movió con el ruido que yo hice al entrar, siguió su labor; De allí a poco bajó de la escalerilla y se puso a observar. Al cabo de un rato se dio cuenta de mi presencia, me tomó por un brazo y me llevó hasta un punto de mira lleno de luz:

— ¡Mire qué hermosa es! —me dijo—. No es obra mía, no. No soy yo el que pinta. Hay otra mano que guía la mía. Dígale a Don Bosco que el cuadro resultará hermosísimo. Estaba entusiasmado como no es posible imaginar. Después volvió a su trabajo".

Cuando fue llevado el cuadro al santuario —recordaba Lemoyne— y colocado en su lugar, Lorenzone cayó de rodillas y se echó a llorar como un niño.

## **El adiós de don Alasonatti y la llegada de don Rúa**

El 8 de octubre por la mañana llega al oratorio, desde Lanzo, el clérigo Cibrario. Trae a Don Bosco la noticia de que don Alasonatti (que ha ido allí para recobrar un poco la salud) ha muerto por la noche. Le entrega una carta suya. Había consumido los últimos once años de su vida en un trabajo silencioso y sacrificado. La mole de gestiones, facturas, registros, había llegado a ser tal que, en los últimos tiempos, pasó en blanco más de una noche. De verdad se había ganado el Paraíso —tal y como había pedido al llegar—. Durante el mes de septiembre había sufrido atrozmente con una úlcera en la garganta.

Don Bosco se lo comunicó a los muchachos con la emoción de un hermano. Fue una pérdida gravísima para el Oratorio.

Don Rúa estaba en Mirabello programando las cosas para el inminente curso escolar. Y he aquí que llega de Turín, don Provera:

— Don Bosco te espera en el oratorio. Don Bonetti tomará la dirección del colegio. Tú ven cuanto antes.

Recordaba don Provera: "Estaba don Rúa sentado escribiendo. No dudó ni un instante: sin preguntar, sin pedir explicaciones, se levantó, tomó el breviario y dijo: "Preparado".

Dejó a su madre en Mirabello, hasta tanto se encontrase solución para la ropería de los muchachos.

Una vez en Turín, Don Bosco no le dijo más que esto:

— Has hecho de Don Bosco en Mirabello. Ahora tienes que hacerlo en Valdocco.

Le confió todo: los talleres con sus 350 artesanitos, las obras del santuario, la publicación de las *Lecturas Católicas* (con 12 mil suscriptores), hasta la labor de leer y responder la mayor parte de las cartas a él dirigidas.

## **Mañanas de audiencias**

Las mañanas de Don Bosco eran totalmente "consumidas" por las audiencias.

Recuerda Lemoyne: "Empezaron éstas en los primeros tiempos, esto es, en 1846 y fueron creciendo poco a poco. En 1858, todavía podía Don Bosco salir de casa, a las diez y media o las once de la mañana. Pero, hacia 1860, de tal modo se agolparon que, le tocaba a Don Bosco quedarse toda la mañana en el despacho, desde las nueve, casi hasta la una de la tarde. Y así continuó hasta su última enfermedad. Al morir don Cafasso, prácticamente heredó él su espíritu. Todo cuanto había en Turín de bueno, de elegido, de sobresaliente, en las diversas clases sociales, todo terminaba en Don Bosco".

Añade el cardenal Cagliero: "Siempre vi a muchísima gente que subía a visitar a Don Bosco. Venían a suplicarle una oración, a recibir su bendición, a pedirle consejo para realizar ciertas buenas obras, a llevarle limosnas para sus muchachos, y también para verle y hablarle. Eran gentes del pueblo, autoridades y ministros, rectores de seminario y obispos".

Un abogado, que fue recibido muchas veces por Don Bosco recordaba: "Tenía ciertamente cosas urgentes que hacer, pero no mostraba la menor impaciencia para cortar la conversación. Era respetuoso, bondadoso, afectuoso. He oído decir a muchos: ¡Qué buen trato tiene Don Bosco!"

Don Joaquín Berto, su secretario, le oyó a menudo consolar a los enfermos que sostenía en pie mientras entraban en su despacho. Don Bosco repetía: "El Señor es un buen padre, y nunca permite que seamos afligidos por encima de nuestras fuerzas". Si los pacientes le recordaban las obras buenas que habían hecho, Don Bosco exclamaba: "Dios no olvida nada. Todo lo pagará abundantemente en el Paraíso. Es el mejor pagador que existe".

"Una vez vino a verle.—contó don Dalmazzo— un negociante riquísimo falto de fe. Sólo le llevaba la curiosidad. Le vi salir la mar de confundido, y exclamando tres o cuatro veces: "¡Pero qué hombre, qué hombre éste! Le pregunté qué le había dicho Don Bosco. Y respondió: "Le he oído cosas que no se oyen a los demás sacerdotes. Al despedirme me ha dicho: Esperemos que un día, usted con su dinero y yo con mi pobreza, nos podamos encontrar en el Paraíso".

## **De Amicis ve la estatua de la Virgen en la cúpula**

En el año 1866 llegaron las obras del santuario hasta la cúpula y se pararon. Faltaba dinero. Don Bosco, después de unos días de deuda, ordenó sustituir la cúpula por una sencilla bóveda y acabar de una vez.

El maestro de obras Buzzetti y el ecónomo don Savio no salían de su sorpresa: la iglesia perdería toda su hermosura. Decidieron diferir la cuestión durante un mes, rematando otros trabajos, a ver si Don Bosco cambiaba de parecer. Cuando he aquí que se presenta el senador Cotta:

— ¿Es cierto que quiere usted suprimir la cúpula?

— Nadie quiere suprimir nada. Pero faltan los medios y hay que cubrir antes del invierno.

— Siga los planos de la Iglesia. Medios no faltarán.

Y añadió a Don Bosco:

— Estoy comprobando con los hechos que el Señor me da el céntuplo de lo que yo doy por su amor.

Se levantó la cúpula. El 23 de septiembre, domingo, subía Don Bosco con un chiquillo hasta lo alto del andamiaje. Juntos colocaron la piedra que cerraba el último anillo de ladrillos.

En el 1867 se colocaba sobre el empino de la cúpula una gran estatua de la Virgen. "Tiene casi cuatro metros de alta —escribió Don Bosco— y está coronada por doce estrellas. Es de cobre dorado. Brilla luminosa desde lejos cuando la besan los rayos del sol. Parece que hable, como queriendo decir: Aquí estoy yo recogiendo las plegarias de mis hijos, para llenar de gracias y bendiciones a todos los que me aman".

Valdocco, juntamente con Borgo Dora, seguía siendo la periferia pobre y a veces triste de Turín. Campos sin cultivar, casas y barracas de gente pobre, la gran casa del sufrimiento llamada "El Cottolengo", las obras de la Señora Barolo y de Don Bosco.

Las familias aristocráticas y pudientes de la ciudad, pasaban a menudo, por aquellos barrios, montadas en su coche, camino del campo.

También pasó Edmundo de Amicis, el escritor célebre y de moda. Anotaba en su volumen *La Ciudad*: "A la tristeza de aquel barrio singular, corresponde la campiña vecina, llana y silenciosa, particularmente en el invierno, a la puesta del sol, cuando por encima de las casas y de los campos cubiertos de nieve, inmersos ya en la sombra azulina de la tarde, brilla todavía, al último rayo de sol, la alta estatua dorada de María Auxiliadora en lo alto de la cúpula de su Iglesia solitaria, con los brazos abiertos hacia los Alpes".

## **El momento en que se cumplen las "locas profecías"**

El 9 de junio de 1868 se consagraba el santuario de María Auxiliadora.

A las 10,30 subió al altar mayor, para celebrar la primera misa, el arzobispo de Turín monseñor Riccardi. A continuación celebró la misa Don Bosco, asistido por don Lemoyne. En la iglesia había 1.200 jóvenes.

Fue un momento intensamente conmovedor para todos. Las "locas profecías" de Don Bosco eran una realidad concreta ante los ojos de todo el mundo. La "hermosa y alta" Iglesia se había levantado milagrosamente en "el campo sembrado de maíz y de patatas". En derredor de la cúpula había una faja blanca, "en la que estaba escrito con caracteres cubitales *"Hic domus mea, inde gloria mea"*. El altar estaba "cercado de un gran número de jóvenes".

Aquel día, hubo alguien que lo recordó en alta voz, como si quisiera resarcir a Don Bosco de todas las amarguras que había debido tragar durante aquellos años. Y él respondió con sencillez: "Yo no soy el autor de estas maravillas. Es el Señor, es María Santísima, ellos se dignaron servirse de un vulgar sacerdote para cumplirlas. Cada piedra de esta iglesia es una gracia de la Virgen".

Dos días después, la *Unidad Católica* de Turín publicaba la crónica de la consagración, en la que había una frase que gustó mucho a Don Bosco: "La Iglesia se ha levantado por los pobres y para los pobres".

Aquella gran fiesta no hizo "perder la cabeza" a Don Bosco. Si hubiese caído en la tentación, las aceradas dificultades que volvieron a aparecer al día siguiente, se la hubieran apartado enseguida. Escribió por aquellos días: "La carestía del pan nos trae la desolación. Entre Turín, Mirabello y Lanzo (*el tercer colegio que acababa de fundar por entonces*) hemos de pagar cada mes 12 mil liras, sólo de pan".

## **Agotamiento de don Rúa**

La persona que más sacrificios soportó por aquel tiempo (siempre en silencio) fue don Rúa. Durante más de un mes, no durmió más de tres o cuatro horas cada día. El exceso de trabajo terminó por agotar las energías de su organismo.

El 29 de julio cayó. Cayó literalmente en brazos de un amigo a la puerta del Oratorio. Transportado a su habitación, llegó el médico y se alarmó: se trataba de una peritonitis en estado avanzado.

Don Bosco estaba ausente. Le llamaron a toda prisa. Llegó por la noche. Pero al llegar, ya había toda una turba de muchachos en la sacristía esperándole para confesarse. Don Bosco estaba extrañamente alegre.

— Venga enseguida a ver a don Rúa —le dijo don Savio—. Puede faltar de un momento a otro.

— Eso sí que no. Don Rúa no se irá sin mi permiso. Voy a confesar a los muchachos.

Confesó hasta muy de noche. Luego, en vez de subir a la enfermería, se fue a cenar. Un silencio tenso le rodeaba. Nadie entendía, cómo él, siempre tan premuroso con los enfermos, fuera en esta ocasión tan descortés con su principal colaborador, que insistentemente pedía verle.

Al acabar de cenar, subió Don Bosco a su habitación, dejó la cartera y, luego, fue a ver a don Rúa. Cubría la frente del enfermo un sudor frío. Estaba muy mal. Vio a Don Bosco y murmuró:

— Si ha llegado mi hora, dígamelo... No temo la muerte...

— ¿La muerte? —exclamó Don Bosco—. Querido don Rúa, ¿quién habla de muerte? No quiero, ¿entiendes? no quiero que te mueras. ¡Estaría yo fresco sin ti! Aún tenemos que trabajar y trabajar, ¡ya lo creo!

Vio sobre la mesita el pomo para la unción de los enfermos y preguntó:

— ¿Quién es ese buen hombre que quiere dar los Santos Oleos a don Rúa?

— Yo —respondió don Savio—.

— ¡Qué poca fe tenéis! Animo, don Rúa. Mira, aunque te tirasen por la ventana, ahora no morirías. Así que, llevaos los Santos Oleos y dejadle en paz.

Tres semanas más tarde don Rúa estaba curado. Un mes y medio de convalecencia y volvió a jugar como un muchacho en el amplio patio. Aún no se atrevía a correr, pero jugaba a los bolos con los más pequeños. Puesto en cuclillas, arrojaba las bolas de barro cocido con el pulgar nervioso.

En agosto de 1876, después de cenar, preguntó un salesiano a quemarropa a Don Bosco:

— ¿Es verdad que varios salesianos han muerto por exceso de trabajo?

— Si eso fuese verdad —respondió— nuestra Congregación no hubiese sufrido ningún mal, al contrario. Pero no es cierto. Sólo uno podría merecer el título de víctima del trabajo y ése es don Rúa. Más, para nuestra suerte, el Señor nos lo conserva fuerte y lleno de vida.

## Una "nueva fase" para los salesianos

Desde que Don Bosco empieza a comprometerse con la construcción del santuario de María Auxiliadora, se tiene la impresión de que anda encadenado, prisionero de su obra. La historia, que pasa velozmente a su lado, parece que no roce sus vicisitudes.

Se ha comenzado, parece, la "historia salesiana", que marcha paralela pero independiente de la "otra" historia. Con sus etapas, sus éxitos, sus batallas privadas: la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, la partida de los misioneros, el inicio de los Cooperadores, las pundonorosas pero ásperas luchas con la jerarquía de Turín para la independencia de la Congregación, las pesadas maniobras romanas para la aprobación de las Reglas salesianas.

### **La historia de más allá de la puerta**

Es una impresión equivocada. La historia de Italia que sigue su marcha fatigosa hacia la unificación, las rabiosas sacudidas de las autoridades políticas con la Iglesia, la historia "no oficial" con las luchas obreras, la emigración masiva, la tensión de las masas populares por una mejor instrucción y cultura, se entrelazan capilarmente con la acción de Don Bosco, la orientan, le dan nueva sensibilidad.

Por esto nos parecería peligroso (y superficial) ignorar los grandes sucesos que tienen lugar más allá de la puerta del oratorio.

Muerto Cavour (6 de junio de 1861), se suceden durante 15 años, por las alturas del gobierno los nombres de personas que un día serán llamadas "la derecha histórica". Crecieron al lado de Cavour y es cierto que, si aprendieron el quehacer político, también lo es que no poseían las chispas de su genio. Se trata de los piamonteses Sella, Lanza y Ratazzi, los lombardos Jacini y Visconti Venosta, los emilianos Mighetti

y Farini, los toscanos Ricasoli y Peruzzi, los meridionales Spaventa y Massari. Tienen la mentalidad (y los intereses) de la rica burguesía y de la aristocracia agraria.

De cara a la Iglesia mantienen la línea cavouriana de separación entre Iglesia y Estado, pero no renuncian a herir duramente al clero y a los obispos tildados de reivindicadores de los derechos pontificios.

Frente a la "derecha histórica", está en el Parlamento la izquierda. Muy distinta de lo que hoy entendemos por "izquierda". Sus componentes proceden también de la aristocracia y la burguesía (sobre 22 millones de italianos, se reconoce el derecho de voto a 400.000, y lo ejercen 200.000).

Crispi, Depretis, Bertani, los principales representantes de la izquierda, tienen como programa moderadas reformas democráticas (extensión del derecho al voto) y una acción anticlerical más decidida.

Italia, antes de ocupar el Lazio y las Tres Venecias, está llegando a los 22 millones de habitantes. de ellos, el 80 por ciento no sabe leer ni escribir, y no hay más que 6.500 universitarios. El 70 por ciento de los italianos reside en el campo y trabaja la tierra. El 18 por ciento está empleado en la industria. El mayor complejo industrial es Ansaldo, en Liguria, que mantiene 1.000 obreros. Los ferrocarriles alcanzan los 2.000 kilómetros. La flota mercante italiana es la tercera del mundo, va después de Inglaterra y Francia.

## **La lucha contra los bandoleros y la gran emigración**

En el año 1861, comenzó, en Italia del sur, la guerra contra el bandolerismo, quizá la página más trágica y dolorosa de la historia nacional. Los "bandoleros" estaban constituidos por bandas armadas que seguían siendo fieles a los Borbones, en algún caso; pero, las más de las veces no eran más que grupos de escapados que se echaban al monte y vivían robando y matando. "La explosión del bandolerismo —escribe Francisco Traniello— puso en dura evidencia los límites de la política seguida por la derecha liberal. Se sentía la unificación nacional como una "imposición de lo alto, una verdadera y propia "conquista" en muchas partes del Sur".

Los políticos de la Derecha sentían cordial desprecio por el sur: "Nada de Italia —escribía Farini en 1861—, eso es África: los beduinos, en comparación con esa gente zafia, son una flor de virtudes cívicas". En consecuencia, combatieron el bandolerismo sin preocuparse de afrontar las causas de fondo: el analfabetismo, que llegaba al 90 por



ciento de la población, la miseria secular, la desesperada rebelión de las poblaciones campesinas contra un Estado, que había impuesto tasas pesadísimas y se llevaba a los jóvenes con la leva militar obligatoria.

La lucha contra el bandolerismo fue una verdadera guerra, en la que tomaron parte 120.000 hombres; se libraron batallas, asedios; hubo tribunales militares y fusilamientos.

Los “bandoleros” matados durante los cinco años 1860-65 pasan de 5.000. Se ganó la guerra, pero quedaron sin resolver los problemas del sur. Y los meridionales, despreciados y humillados, iniciaron el triste fenómeno de la huida que se ha llamado “emigración”. “En los años siguientes al 1861 —escribe Miguel Marotta— la emigración italiana adquiere un carácter masivo, con una media anual de 123.000 emigrantes por año. Después de 1876, llega al medio millón anual”.

Don Bosco, al enviar sus primeros misioneros a Argentina, les dirá: “Id, buscad a esos hermanos nuestros, que la miseria y la desgracia llevó a tierra extranjera”.

## **Guerrilla en Turín**

En 1862 se reanudó la áspera lucha entre el Estado italiano y la Santa Sede por la posesión de Roma. Garibaldi, con el consentimiento tácito del primer ministro Ratazzi, abandonó Caprera, desembarcó en Palermo y preparó una expedición para la conquista del Lazio y de la ciudad de Roma. Pero las violentas reacciones de Napoleón III y de los católicos italianos obligaron al gobierno a enviar tropas regulares para detener a Garibaldi, que ya había desembarcado en Calabria.

El 29 de agosto tiene lugar el encuentro, a los pies del Aspromonte. Los “bersaglieri” del coronel Pallavicini hieren y capturan a Garibaldi.

El 15 de septiembre de 1864 Italia firma una convención con Napoleón. El emperador acepta la retirada de las tropas francesas alineadas para defensa del Papa, y el gobierno italiano se obliga a respetar la soberanía del Papa sobre Roma. Como prueba de buena voluntad se obliga a trasladar la capital del Reino, de Turín a Florencia.

Al ser conocido en Turín este compromiso, la ciudad se enciende. Seis mil personas acuden el 20 de septiembre, a la Plaza Castello gritando: “Abajo el rey, viva la República”.

Al día siguiente, se reúne la turba amenazadora en la plaza de San Carlos, gritando contra la *Gaceta del Pueblo*. De pronto, desde las calles laterales, caen sobre la turba pelotones de la guardia de seguridad

pública con el sable desenvainado. Hay heridos y muertos. Las turbas se dispersan pero vuelven a reunirse unas horas más tarde, y toman por asalto la Comisaría General de Policía.

Mientras tanto, por la Plaza Castello, circula una manifestación pacífica. Pero los nervios están a flor de piel. Un escuadrón de carabineros recibe orden de disparar sobre la turba: diez muertos quedan tendidos sobre el empedrado. La furia popular se desencadena: destruyen las oficinas de la *Gaceta* a pedradas, toman por asalto las armerías. La gente se arma. El ministro del Interior, por miedo a la guerra civil, amontona en la ciudad 28.000 soldados y cien cañones. Se emplaza la artillería en el Monte de los Capuchinos encarada contra el centro de la ciudad.

Por la noche de aquel 21 de septiembre, Don Bosco reúne bajo los pórticos a sus muchachos y juntos rezan, por Turín y sus habitantes.

El día 22 empiezan los tumultos a las nueve y media. Una hilera de carabineros, que defiende la Comisaría General de Policía, sufre una granizada de piedras. Dos caen heridos gravemente. Exasperados, sus compañeros empiezan a disparar a la altura de un hombre: 26 muertos.

El rey, indignado, pide la dimisión del gobierno. Es nombrado primer Ministro el general La Mármora. Cesan los tumultos, pero la capital es trasladada rápidamente a Florencia.

En Turín se masca la traición.

## **Crisis religiosa: Biblia y cotización de Bolsa**

También el Papa se siente traicionado. Pío IX, al verse privado de la protección militar de Napoleón III, se endureció en sus posiciones anti-liberales. Con el documento llamado *Syllabus* condenó en bloque las "doctrinas modernas". En las últimas líneas del documento negaba el Papa que la Iglesia "pueda y deba reconciliarse y llegar a firmar pactos con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna".

El Papa, junto con muchísimos ambientes católicos, estaba espantado de la grave crisis religiosa que parecía iba a cambiar la faz del mundo.

"Los nuevos cetos dirigentes y empresariales —copiamos de Trianiello— preferían la lectura de las cotizaciones de Bolsa a la de la Biblia. Las nuevas masas proletarias, desarraigadas y explotadas, se lanzaban a la lucha de clases, más fácilmente que a las bienaventuranzas evangélicas. Las migraciones del campo a la ciudad, los forzosos cambios de oficio y de ocupación, las nuevas condiciones de vida y, en general, la disolución del viejo tejido social, provocaban profundos

cambios en el modo de pensar, arrancaban muchas almas a los párrocos y pastores. Todo parecía un rechazo de los tradicionales principios católicos, un abandono o una disminución de la práctica cristiana, y sobre todo una rebelión contra la autoridad eclesiástica, ligada muy a menudo a un mundo ya acabado”.

Esta situación de crisis, que alcanzará su meta con la conquista de Roma por las tropas italianas en 1870, lleva a los católicos a unirse fuertemente, a organizarse como “un estado dentro de otro Estado”. Para salvar los propios valores y formar las nuevas generaciones dentro de un clima cristiano, crean los católicos (junto a los organismos estatales anticlericales) entes de socorro mutuo “católico”, bancos populares “católicos”, sociedades “católicas” de seguros, escuelas y colegios “católicos” para la educación de sus hijos.

Don Bosco vive envuelto en este momento de la historia italiana. Dirige buena parte de sus energías a abrir “colegios y escuelas católicas”, hasta a hacer vivir a su Congregación una “nueva fase”: la de los colegios. Hablamos ampliamente de ello en la segunda parte del presente capítulo.

## **La historia no oficial de los talleres**

Junto a la historia de la Italia oficial, se desarrollan otros sucesos, olvidados a menudo por los libros que narran la “gran” historia.

Son estos los años de la “gran miseria” de la gente pobre. Los obreros de Piamonte trabajan en las fábricas 12 horas al día, con salarios de hambre, sin mutualidades, ni seguros de ningún género. Los campesinos, que forman la grandísima mayoría, como ya hemos señalado, llevan todavía sus hijos de 10 a 12 años, en el mes de marzo, a las plazas del mercado, para ser “contratados” por los propietarios de las haciendas. Esto ya sucedía en los tiempos de Juanito Bosco. Y sucederá por muchos años (en algunos pueblos de la región de la Puglia todavía sucede en 1979). Las muchachas cuidan la “larga trenza” de sus cabellos. Se la cortarán y la venderán al cumplir los dieciocho años: sacarán la más alta “entrada” para empezar a prepararse el equipo de novia.

También del Piamonte, falto de leyes que reglamenten el trabajo y los seguros, sale una multitud de emigrantes: temporeros para Francia y Suiza, defintivos para América.

En 1864 nace en Londres la “Primera Internacional de Trabajadores”. Al principio se compone de tres corrientes principales: el *sindicalismo inglés*, que pretende reformas graduales para mejorar la condición de

los obreros, y hacerles participar más directamente en la actividad política; *los secuaces del socialista francés Proudhon*, que rechazan la lucha de clases y el comunismo marxista, y buscan organizar “cooperativas obreras” para suprimir lentamente el capitalismo; los *mazzinianos* que ya han constituido en Italia 450 “sociedades obreras” con 120.000 inscritos.

Sin embargo, poquito a poco, la Internacional será dominada por Marx, el cual con sucesivas “depuraciones” pondrá fuera de combate a todo el que no piensa como él e impondrá sus ideas comunistas.

En el mismo año 1864, monseñor Ketteler, obispo de Maguncia, publica *La cuestión obrera y el cristianismo*. Es el programa del fuerte *catolicismo social alemán*. Reclama la intervención del Estado para una legislación sobre el trabajo y la previsión social. Las leyes deberán garantizar un salario mínimo, limitar las horas de trabajo, garantizar el descanso festivo, prohibir el trabajo de las mujeres y de los niños, proveer a los seguros sociales, devolver su importancia a las “sociedades intermedias” entre el individuo y el Estado: la familia, el municipio, los entes locales, las asociaciones libres.

Al impulso de estos movimientos y de las luchas de los trabajadores, se alcanzan en esos años conquistas lentas y trabajosas. En 1864 el gobierno francés de Napoleón III reconoce a los obreros el derecho a la huelga. En 1866 el gobierno alemán de Bismarck concede a todos el derecho al voto. Los obreros pueden, por vez primera, enviar sus representantes al Parlamento. En 1866 reconoce el gobierno belga los primeros sindicatos de trabajadores (gracias a las fuertes presiones de las asociaciones católicas). Los mismos reconocimientos seguirán en Austria (1870), Inglaterra (1876), Francia (1884).

A partir del 1 de mayo de 1866 empieza también la “campana internacional” para la jornada de trabajo de las 8 horas. Se organizan 5.000 huelgas y muchísimas manifestaciones. Por doquier son reprimidas por la policía y el ejército. En Chicago caen numerosos muertos, y son ahorcados los responsables de la manifestación obrera.

Durante los últimos decenios del siglo pasado, casi todos los Estados europeos reducen por ley la jornada laboral a 10 horas, prohíben emplear en las fábricas, a jornada entera, a los niños menores de 13 años, aprueban normas sobre la prevención de accidentes, sobre la higiene, sobre el descanso festivo. Entre 1883 y 1889, solicitado por los católicos del “Centro” y los socialistas de Lasalle, el gobierno alemán introduce los seguros obligatorios de accidentes, enfermedades y vejez. Enseguida le imitarán Austria, Suiza, Dinamarca, Bélgica e Italia.

## **El “impuesto del hambre”**

En 1868, los campesinos italianos, de por sí muy pobres, fueron sorprendidos por un impuesto inicuo, el del “impuesto de molienda”. Se ponía una pesada contribución a la molienda de trigo y demás cereales que caía sobre los pobres que se alimentaban de pan y polenta. Hubo una oleada de verdaderos y serios levantamientos por todo el país. “Contra los revoltosos, a veces nacidos del grito de “Viva el Papa y los austriacos” —escribe Francisco Traniello— volvió a emplearse el ejército y hubo centenares de muertos y heridos. El gobierno mantuvo el “impuesto del hambre”.

También en el Oratorio y en las otras casas de Don Bosco, donde sus muchachos “consumen montañas de pan”, el impuesto de molienda señala un notable aumento de gastos: “La carestía del pan nos trae la desolación”, escribe durante aquellos meses.

## **Nace el “colegio salesiano”**

A principios de 1863, con motivo de la apertura del “pequeño seminario” de Mirabello, llaman a Don Bosco desde otros puntos de Italia para fundar colegios, no oratorios. Don Bosco acepta (pero a base de abrir un oratorio junto a cada colegio).

Resulta así que la Congregación salesiana, a la vuelta de pocos años, se encuentra comprometida con numerosas escuelas, que imparten enseñanza elemental, media y profesional.

¿Cómo se entiende que los salesianos de Don Bosco, nacidos en un oratorio, sean a la vuelta de unos años “especialistas de colegios para los hijos del pueblo?”

Hemos señalado el motivo en las páginas precedentes. Damos ahora una respuesta más completa, citando a Pedro Stella: “El florecimiento de los colegios católicos, su multiplicación, pertenece a la segunda mitad del Ochocientos, cuando la política y la legislación italiana fue encarrilada de mano en mano sobre bases liberales... La profunda discordia entre *Italia legal*, constituida por la clase dirigente política liberal, e *Italia real*, constituida por amplios estratos de oposición católica y otras fuerzas entonces en desarrollo (socialismo...), tuvo como efecto en las escuelas públicas italianas la orientación aconfesional y francamente anticlerical (con ásperas luchas por la enseñanza de la religión en las escuelas). De rebote nació en los católicos la tendencia a organizarse en todo: crear asociaciones religiosas, entes de socorros mutuos,

bancos populares, sociedades de seguros, *colegios para la educación de los hijos*, dirigidos sobre todo a las clases de la baja burguesía y del pueblo trabajador y agricultor, y casi creando una sociedad dentro de la sociedad estatal.

Así se explica cómo, a partir de 1863, se asiste a un multiplicarse de colegios, hospicios, escuelas para artesanos, escuelas agrícolas, seminarios abiertos o regidos por salesianos, y su preferencia por los internados... El colegio salesiano contribuyó a alimentar, con una sólida contribución de jóvenes levadas, las fuerzas católicas en Italia y en el mundo".

### **"Educad a los jóvenes pobres"**

Se llamaron hospicios las casas para jóvenes artesanos. Solamente aceptaban "muchachos huérfanos y abandonados". En cambio se llamaron *colegios* las casas para estudiantes, aunque estaban decididamente orientadas hacia los muchachos pobres. Esta fue siempre la voluntad explícita de Don Bosco.

Al volver de Roma, el 7 de marzo de 1869, contaba a sus salesianos algunas de las recomendaciones de Pío IX: "Conformaos siempre con los pobres hijos del pueblo. Educad a los jóvenes pobres, no tengáis nunca colegios para ricos y nobles. Cobrad pensiones modestas. No las aumentéis. No toméis la administración de casas ricas. Mientras educáis a los pobres, mientras seáis pobres, os dejarán tranquilos y haréis el bien" (*M.B.*, vol. IX, pág. 566).

La realidad correspondió a estas directrices y no solamente durante los primeros años. En 1875 podía escribir Don Bosco: "Las finanzas de Alassio Varezze, Sampierdarena, no pasan de *zero*". En 1898, diez años después de la muerte de Don Bosco, había en el colegio de Bolonia, dirigido por su ex-secretario, 181 muchachos. 49 eran huérfanos totalmente gratuitos. Sólo 33 muchachos pagaban la cuota entera, de 25 liras al mes. Todos los demás, 99, pagaban una cantidad que apenas alcanzaba a la mitad de la cuota. Las entradas anuales llegaban a 23.000 liras y las salidas a 46.000. Un "sano" pasivo del cien por ciento.

### **Los primeros cinco colegios**

En 1864 se abrió el colegio de Lanzo. Don Bosco envió como director a don Rufino (de 24 años) y siete clérigos. La pobreza y la desolación

fueron los compañeros de los primeros meses. "Un local totalmente desnudo, unas tapias medio arruinadas —escribe el clérigo Sala, que llegaría a ser Ecónomo General de la Congregación—. No había sillas ni mesas. Givone preparó el rancho y lo comimos encima de una puerta rota colocada sobre dos caballetes. Las ventanas sin cristales hubo que taparlas con toallas y cobertores. Dormimos sobre la paja...".

Durante el primer año hubo sólo 37 alumnos internos, en medio de una nube indisciplinada de externos. En marzo, el clérigo Provera cayó enfermo (agravado por agotamiento físico) en completa inactividad. En el mes de julio, víctima de tuberculosis galopante, muere el jovencísimo director. El colegio queda en manos de los seis clérigos supervivientes. "¡Cómo trabajábamos! —recordaba más tarde don Sala—. No queríamos se dijese que el colegio no iba bien, porque sólo estábamos nosotros los clérigos".

Al año siguiente fue nombrado director don Juan Bta. Lemoyne, y todo empezó a mejorar.

El 1870 se abre el colegio de Alassio. Don Cerrutti, con sus 26 años, es el director.

El 1871 se abre un hospicio en Marassi y tres años más tarde es trasladado a Sampierdarena. Su director es don Pablo Albera, de 26 años. Se empieza con tres talleres para "muchachos huérfanos y abandonados". Junto a las escuelas profesionales quiere Don Bosco que haya una sección para muchachos "que piensan en el sacerdocio".

1871. Veinte salesianos entran en el *Colegio Cívico* de Varazze. Va al frente don Francesia, uno de los primeros alumnos de Don Bosco. Esos veinte salesianos tuvieron abierto un colegio en Cherasco, durante tres años, pero hubo que dejarlo.

Fue Don Bosco a visitar el colegio y habló a toda una multitud que aplaudía: "Para mantener a los muchachos —dijo Don Bosco riendo— no necesito gente que bata sus manos al aire, sino gente que ¡bata sus manos... en el bolsillo! Si a la hora de comer sólo bato mis manos, estarán frescos los muchachos...".

En 1872 Don Bosco acepta el colegio de Valsálce, para jóvenes de familias aristocráticas.

Es un momento grave para la Congregación. Una sociedad de siete sacerdotes de Turín ha abierto en una colina turinesa un colegio para jóvenes nobles, pero las finanzas han ido mal. El nuevo arzobispo de Turín, en relaciones un poco tensas con los salesianos, llama a Don Bosco y le impone que lleve él el colegio. Don Bosco no quiere saber nada de ello. Hace unos años ya afirmó: "¡Eso no! ¡No será mientras yo

viva! Sería nuestra ruina". Pero el arzobispo está dispuesto a imponérselo por obediencia.

Don Bosco somete el caso al joven Capítulo de la Sociedad, y todos dan su voto negativo. Sube a Lanzo para aconsejarse con don Juan Bta. Lemoyne, y éste le dice: "Recházelo. ¿No nos ha dicho y repetido que aceptar colegios para ricos sería la señal de la decadencia de nuestra Congregación. Hay poquísimos alumnos y los gastos son muy subidos. Al Oratorio de Valdocco le toca contribuir con fuertes sumas. Don Bosco exclama amargamente:

— Ahora resulta que ¡los pobres tienen que ayudar a los ricos!

Finalmente, en 1887, convertido en propietario de la casa, tras desembolsar una ingente cantidad (130.000 liras), Don Bosco sustituye los alumnos ricos por clérigos salesianos estudiantes. Un gran cartel, sobre la puerta de ingreso, anuncia el nuevo destino del colegio: *Seminario para las Misiones en el Extranjero*. El problema de conciencia de Valsállice, quedaba resuelto, después de 15 años.

## **El cambio exigido por un principio fundamental**

Detenemos aquí el elenco de nuevas fundaciones. Las casas de la Congregación, a la muerte de Don Bosco, esparcidas por seis naciones, eran 64. Los salesianos 768.

Nos permitimos una consideración conclusiva.

A partir de 1864, junto a los oratorios y a los *hospicios*, nacen los *colegios* salesianos.

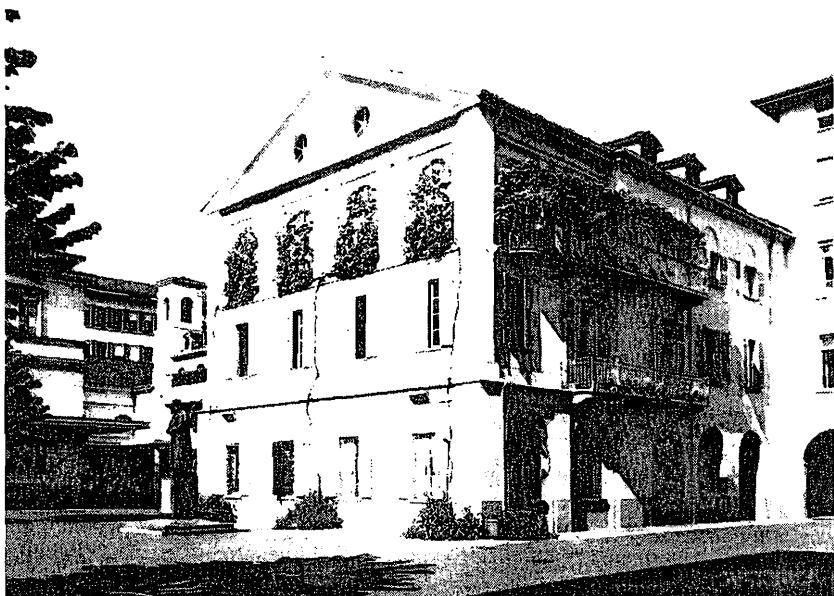
*El oratorio festivo* (y diario donde es posible) sigue siendo la "primera obra de la congregación". Así lo afirman las Reglas de los salesianos y lo dice la realidad de su acción. Muy pronto, las grandes obras que se van abriendo en Italia y que, luego, se abrirán en los barrios populares de Argentina, de España y del Brasil revivirán la espléndida barahúnda del oratorio de Valdocco. Los sucesores de Don Bosco insistirán: toda obra salesiana, tenga un oratorio.

Pero Don Bosco, al comenzar el 1864, se ha dado cuenta de una nueva exigencia de los hijos del pueblo: la de las escuelas organizadas y calificadas que den una instrucción sólida y cristiana. Es una vuelta para su Sociedad: de la barahúnda oratoriana, hay un número cada vez mayor de salesianos que pasa a las filas ordenadas de un colegio.

Al no dudar en la realización de este cambio, nos parece que Don Bosco ha fijado un principio fundamental para su Congregación:



***El elemento base, inmutable de la misión salesiana es la juventud pobre, los hijos del pueblo: a ellos deberán sus salesianos adaptar su obra con una lectura rápida y valerosa de los signos y de las exigencias de los tiempos. En una palabra: no será la juventud pobre la que deberá adaptarse a los salesianos y a sus obras, sino que los salesianos y sus obras deberán adaptarse a las exigencias de la juventud popular.***



Casa donde vivió Don Bosco, en Valdocco. Su habitación y su despacho estaban en la segunda planta. Ahí murió.

## Mornese igual que Valdocco

24 de junio de 1866. Acaba de celebrarse la fiesta onomástica de Don Bosco en el Oratorio. Han asistido los directores de las dos primeras casas salesianas, Mirabello y Lanzo.

“El sol se había ocultado y una luna bellísima lucía en el cielo —cuenta Lemoyne, director de Lanzo—. Subí a la habitación de Don Bosco y estuve a solas con él casi dos horas. Llegaba, desde el patio, el alboroto de los muchachos en fiesta. Sobre las barandillas de ventanas y balcones había cientos de llamitas que lucían en vasitos de color. La banda musical empezó su concierto. Don Bosco y yo nos acercamos al balcón. El espectáculo era encantador. Don Bosco sonreía. A un momento dado, exclamé:

— Don Bosco, ¿recuerda los antiguos sueños? He ahí los jóvenes, he ahí los sacerdotes y los clérigos que la Virgen le había prometido. Han pasado casi veinte años y nunca ha faltado el pan para nadie.

— ¡Qué bueno es el Señor! —respondió Don Bosco—. Y volvimos al silencio lleno de mil emociones. Después reanudé yo la conversación:

— ¿No le parece, Don Bosco, que falta algo para completar su obra?

— ¿El qué?

— ¿No quiere hacer nada en favor de las niñas? ¿No le parece que, si tuviéramos también una institución de monjas fundada por usted, sería la coronación de la obra? ¡Cuánto podrían hacer las religiosas en favor de nuestros pobres alumnos! Y podrían hacer con las chicas lo mismo que nosotros hacemos con los chicos.

Se quedó un momento pensativo y luego respondió:

— Sí, también esto se hará. Tendremos las hermanas. Pero no enseña; un poco más tarde”.

Pedro Stella cree que Don Bosco haya albergado la esperanza, por algún tiempo, de unir a la Congregación salesiana las obras de María Luisa Angélica Clarac, una Hermana de la Caridad que trabajó a poca distancia del oratorio de san Luis.

El proyecto, si Don Bosco llegó a tenerlo, duró poco.

En cambio fueron decisivos para Don Bosco los encuentros con dos personas: don Domingo Pestarino y María Dominica Mazzarello.

### **Tifus, brujas y mal de ojo**

1860. En pleno verano, estalla el tifus por las colinas de Mornese. El año antes, la segunda guerra de independencia ya se ha llevado algunos padres de familia. Ahora llega el tifus, nacido en uno de los pozos donde el agua se estanca y se pudre en el verano, sembrando el terror por aquella zona.

Igual que siempre que se esparce una enfermedad contagiosa, se vuelve a hablar de brujas y de mal de ojo. Microbios, higiene, desinfección son palabras todavía desconocidas.

Las familias donde entra el tifus, todas las abandonan. Las casas donde están sanos, se atracan.

Hay una familia, la de los Mazzarello, que es una de las primeras en ser castigadas. Primero el varón, luego la mujer y finalmente todos los hijos. Al cabo de unos días el padre y el hijo mayor están en las últimas.

Don Pestarino, un sacerdote que en Mornese llaman "prevín" (un poco por pequeño y otro poco por simpático) va a ver a aquella pobre gente y se da cuenta de que necesitan una persona que les ayude. Se marcha derecho a casa de unos parientes, Mazzarello ellos también, y llama a María. Es una muchacha fuerte. Tiene 23 años. Trabaja como un hombre y reza como un ángel.

— En casa de tu tío, hay dos que se mueren. ¿Te atreves a ir y echar una mano?

Una larga pausa. María tiene miedo, como todos. El "prevín" la mira tranquilo y espera. María murmura:

— Si mi padre me deja, voy.

Su padre es un cristiano hecho y derecho. María va a la casa atacada. El orden y la limpieza vuelven a reinar. Medicinas y alimentos calientes son servidos a sus horas.

Pero mientras los enfermos se levantan de la cama curados, el tifus se apodera de María Dominica. Su hermosa cara ovalada se reduce en pocos días a un triángulo de piel pálida y estirada. Llega el médico, mueve la cabeza. La muerte ronda por allí. Ordena otras medicinas. María, acabada, le dice:

— Gracias. Mas, por favor, no me obligue a tomar más píldoras. No necesito nada. Sólo que Dios venga por mí.

Pero aún no había llegado su hora. Tiene que trabajar mucho en esta tierra, antes de que venga Dios a llevársela.

### **Confidencias con Petronila**

Así, sin píldoras, María se encuentra de repente sin fiebre. Vuelven los colores naturales a sus mejillas. Los miembros, sí, quedan todavía torpes, débiles. Parece que la altísima fiebre ha roto algo de su robusto organismo.

¿Qué hará ahora? Más de un mozo querría hablar de matrimonio con ella. Nada la falta para convertirse en hermosa esposa y estupenda mamá. Pero ella no quiere oír hablar de eso. Y se pregunta: "¿Qué haré en la vida?"

María Mazzarello está inscrita en la *Pía Unión de las Hijas de María Santísima Inmaculada*. La idea del grupo ha salido de la joven maestra del pueblo, Angela Maccagno. Por indicación de don Pestarino, ésta ha trazado un esquema de reglamento, que ha sido enviado a un célebre párroco de Génova, don Frassinetti. El 1855, don Frassinetti compuso, sobre aquel esbozo, el "Reglamento de la Pía Unión de María Inmaculada", que se difundió rápidamente y con inesperado éxito por toda Italia.

Don Pestarino funda la primera "Pía Unión" en Mornese el 9 de diciembre de 1855. Empieza con cinco muchachas. La más joven es María Mazzarello, de 17 años.

María tiene una amiga con la que no guarda ningún secreto. Se llama Petronila, y, al igual que ella, es Hija de la Inmaculada. Lleva el mismo apellido, Mazzarello. Un día de 1861, María le dice:

— He determinado aprender de modista. Cuando sepa bien, abriré un tallercito y enseñaré a coser a las chicas pobres. ¿Te gustaría a ti coser conmigo? Estaremos juntas, viviremos como en familia.

Pasa un año. María y Petronila montan un tallercito de costura en el pueblo. Una docena de chiquitas va a aprender a coser. Pero hay una novedad que los desbarata todo.

### **Cuatro ojos asustados**

Llega el invierno de 1863. Acaban de salir las niñas para sus casas, defendiéndose de la nieve con sus zuecos y sus grandes paraguas, cuando María y Petronila oyen llamar a la puerta. Aparece un vendedor

ambulante, que se ha quedado viudo con dos niñas. Pide que las alberguen día y noche, porque no puede tenerlas en su casa y arreglárselas él sólo. Allí están las chiquillas, con sus cuatro ojos asustados. La mayor tiene ocho años, la pequeña seis. Petronila toma de la mano a la mayor, María levanta en brazos a la pequeña. Encienden una fogata en la chimenea.

De este modo, sin ningún "plan preestablecido", el taller de costura se transforma, desde aquella noche, en casita para niñas pobres. María y Petronila van a llamar a las puertas vecinas, y obtienen que les presen dos camitas y un poco de harina para hacer la polenta.

Apenas se corre la voz por Mornese de que las Mazzarello "toman en su casa niñas huérfanas", acuden muchos a llevar un haz de leña, un par de mantas, medio saco de harina. Pero llevan también otras niñas que necesitan casa. Al poco tiempo ya tienen siete.

Antes de empezar el trabajo en el taller, las niñas recitan el Avemaría. Cuando suena la campana de la torre, María comenta: "Una hora menos en este mundo, una hora más cerca del paraíso". Y quiere que sus costureras trabajen para el Señor: "Cada puntada un ato de amor de Dios".

También los domingos, quiere María "hacer el bien a todas las muchachas del pueblo". Nace de este modo una especie de oratorio. Durante los días de fiesta, las dos amigas recogen a las muchachas, les acompañan a la Iglesia y les mantienen alegres con juegos y paseos.

## **Un "prevín" que busca trabajo**

Don Domingo Pestarino había nacido en Mornese, y a los 22 años se había ordenado sacerdote en el seminario de Génova. Se quedó a trabajar en el seminario durante algunos años, pero, a los treinta, volvió a su pueblo para ayudar al anciano párroco. Se presentó a sus paisanos diciéndoles desde el púlpito: "Busco trabajo. No en nuestras viñas, sino aquí en la Iglesia, en la viña del Señor. Me han ofrecido varios puestos, pero quiero quedarme entre vosotros, si me dais el trabajo que busco".

Se encontró con Don Bosco, por vez primera, en Génova, en casa de don Frassinetti. Sin embargo, el encuentro decisivo fue en el tren, yendo de viaje de Acqui a Alessandria. Don Bosco le invitó a que le visitase en el Oratorio de Valdocco. Y don Pestarino fue unos meses después.

Entusiasmó al "prevín" ver tantos muchachos y tan alegres, en una escuela de trabajo y de fe. Y le dijo a Don Bosco: "Me quedo con usted". Don Bosco estuvo de acuerdo con él, en que se hiciese salesiano

(de hecho, al año siguiente hacía don Pestarino la profesión religiosa), pero quiso que siguiera en Mornese, donde había cosas muy importantes que necesitaban de él. De todos modos, las relaciones con Don Bosco fueron de colaboración y de dependencia. Desde entonces don Pestarino asistía a las reuniones de los directores salesianos.

En Mornese había, entre tanto, una novedad. Otras dos *Hijas de la Inmaculada* piden a María y a Petronila "hacer lo mismo que ellas". Preguntan a don Pestarino, el cual responde: "¿Y por qué no? Para las dos tenéis ya tanto quehacer que no acabáis nunca". Así se forma una especie de comunidad: las cuatro *Hijas*, como las llaman en el pueblo, enseñan a coser a las niñas y hacen de mamás de las siete chiquitas que viven en su compañía.

En 1864, como ya se dijo en el capítulo 37, llega Don Bosco a Mornese con sus muchachos, durante uno de los paseos otoñales. Se queda allí cinco días. María Mazzarello asiste a la conferencia que da a las *Hijas de la Inmaculada*, y logra oír cada noche las "buenas noches" a sus jóvenes. Más de uno se lo reprocha como si hubiera en ello algún inconveniente. Y ella responde: "Don Bosco es un santo, y yo lo siento".

Al año siguiente, las *Hijas de María Santísima Inmaculada* se dividen en dos grupos. Las que han decidido vivir en comunidad juntamente con María y Petronila las hospeda don Pestarino en una casa mejor, junto a la Parroquia. Se llaman *Hijas de la Inmaculada*. Las otras que, como Angelina Maccagno, prefieren permanecer con sus familias, se llaman *Nuevas Ursulinas*.

## **Un cuadernillo que se ha perdido**

Los de Mornese están construyendo en el barrio de Borgo Alto un edificio para escuelas. Don Bosco ha prometido que, apenas esté acabado, les enviará a sus salesianos. Todo el pueblo colabora en los trabajos, con dinero y con prestaciones gratuitas.

1867. La capilla del colegio está acabada. Por diciembre va Don Bosco a celebrar en ella la primera misa. Invoca "las bendiciones del Señor en favor del colegio naciente y de todo el pueblo de Mornese". Se queda cuatro días allí y da una conferencia especial al pequeño grupo de las *Hijas de la Inmaculada*.

1869. Don Bosco se da prisa en la fundación de la "segunda familia". Ha puesto sus ojos en las sencillas "Hijas" de Mornese, y sin ningún ruido envía a María y a Petronila un cuadernillo, "escrito de su puño y

letra, que contiene un horario y un breve reglamento, para que inicien, juntamente con sus niñas, una vida más regular". (M.B., vol. X, pág. 591).

Aquel cuadernillo se ha perdido; pero, sor Petronila recordaba que en él "se les daban estos consejos: procurar vivir habitualmente en la presencia de Dios; recitar frecuentes jaculatorias; ser dulces, pacientes y amables; velar atentamente a las niñas, teniéndolas siempre ocupadas, e inclinándolas a una vida de piedad, sencilla, franca y espontánea" (M.B. vol. X, pág. 592).

1870. Don Bosco va a pasar tres días en Mornese: para respirar un poco, y sobre todo para observar de cerca el modo de vivir de las "Hijas". Quiere ver el efecto del "cuadernito". Queda plenamente satisfecho.

1871. El 30 de enero se reúnen en el Oratorio los directores salesianos. Participa en la reunión don Pestarino, el cual informa sobre la marcha de Mornese.

24 de abril de 1871. Se reúne Don Bosco con el Capítulo de la Congregación. Están presentes don Rúa, don Cagliariero, don Savio, don Ghivarello, don Durando, don Albera. Les anuncia haberles reunido para "un asunto de gran importancia". He aquí sus palabras tomadas del acta:

"Son muchos los que me han exhortado repetidamente a que hagamos con las jóvenes el poco bien que, por la gracia de Dios, vamos haciendo con los jóvenes. Si tuviese que seguir mi inclinación, no tomaría a mi cargo este género de apostolado. Pero temo ir en contra de un designio de la Providencia. Os invito, pues, a reflexionar ante el Señor, para poder tomar la decisión que haya de servir para la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Nuestras oraciones del presente mes sean dirigidas para obtener del Señor las luces necesarias en tan importante asunto".

### **Cuando faltaba harina para la polenta**

Felisa Mazzarello, hermana de María, recordaba así la vida de los primeros tiempos: "Faltaba muchas veces a la pequeña comunidad el sustento necesario, faltaba hasta harina para la polenta, y cuando ésta se tenía faltaba leña para cocerla.

Entonces, salía María al campo con alguna de las "Hijas" e iban a un bosque a hacer un haz de leña seca y, con la mostela al hombro, volvía a casa a preparar la comida. Cocida la polenta, la llevaba al patio, la ponía en el suelo con el plato, e invitaba a las compañeras al opíparo banquete. No había platos ni cubiertos, pero sobraba apetito y alegría".

A fines de mayo de 1871, reunió de nuevo Don Bosco al Capítulo, y pidió el parecer de cada uno. Todos juzgaron muy oportuna la iniciativa en favor de la juventud femenina. Don Bosco concluyó así:

“Pues bien, ahora podemos tener por seguro que es voluntad de Dios nos ocupemos también de las niñas. Y, para concretarlo de algún modo, propongo se destine a esta obra la casa que don Pestarino está ultimando en Mornese”.

A mediados de junio llama Don Bosco urgentemente a don Pestarino. La relación que el “prevín” nos ha dejado de aquel encuentro es muy serena, francamente burocrática. El diálogo debió ser muy vario, encendido y discutido, ya que sor Petronila recordaba que “mientras otras veces, cuando volvía de ver a Don Bosco, estaba como extasiado, este vez venía pensativo, turbado, afligido”.

“Don Bosco expuso el deseo de pensar en la educación cristiana de las niñas del pueblo —dice la relación de don Pestarino—, y declaró que Mornese era el lugar más a propósito que él conocía, ya que estando allí las *Hijas de la Inmaculada*, se podían elegir las llamadas a hacer vida común y retirada del mundo e iniciar el *Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*, en favor de las niñas del pueblo. Don Pestarino, sin dudar un momento, —es siempre la relación la que lo afirma—, respondió: Si Don Bosco acepta su dirección y protección, yo estoy en sus manos”.

En aquel momento, junto a María y Petronila estaban Teresa Pampuro, Catalina Mazzarello, Felisa Mazzarello, Juanita Ferrettino y las jóvenes Rosina Mazzarello Baroni, María Grosso, Corinna Arrigoti.

Las dificultades que traían a don Pestarino “pensativo y preocupado” eran dos especialmente: aquellas muchachas eran valientes cristianas, pero a ninguna le había pasado por las mientes hacerse monja; Don Bosco quería, además, convertir el colegio del Borgo Alto en la sede de las nacientes *Hijas de María Auxiliadora*. Y el pueblo había colaborado ¡pensando en un colegio para sus chicos! El cambio iba a suscitar una media revolución.

## **El parecer del Papa y el malhumor del pueblo**

El mismo mes de junio de 1871, fue Don Bosco a Roma, para exponer su proyecto a Pío IX. Después de pedirle unos días “para pensar en ello”, el Papa le dijo: “Vuestro plan me parece según Dios. Pienso que estas hermanas deban tener por finalidad principal la instrucción y educación de las niñas, igual que los salesianos hacen con los jóvenes.



En cuanto a la dependencia, dependan de vos y de vuestros sucesores. En tal sentido pensad en sus Constituciones y empezad la prueba. Lo demás vendrá a continuación”.

29 de enero de 1872. Por orden de Don Bosco, don Pestarino reúne a las 27 Hijas de María Auxiliadora para que elijan su primera superiora. 21 votos caen sobre María Mazzarello, la cual, pasmada, pide enseguida a las compañeras que la dispensen. Insisten las otras, y don Pestarino decide dejarlo todo a la voluntad de Don Bosco. María se siente aliviada: sabe Don Bosco su incapacidad y la dispensará. Por el contrario, Don Bosco sabe de cuánto es ella capaz, y la confirma en el cargo, con su gran desolación.

Ahora importa dar a las Hijas una morada estable. Pero ¿cómo hacer sin despertar el malhumor del pueblo? Viene en su ayuda un suceso. La casa del párroco amenaza ruina. El Consejo municipal decide derribarla y reconstruirla. Ruega por tanto a don Pestarino que ponga a disposición del párroco la casa que posee junto a la Iglesia.

— ¿Y dónde pongo a las Hijas que enseñan a coser y hospedan a las niñas pobres?, objetó el “prevín”.

El Municipio piensa y sugiere:

— Mándelas al Borgo Alto. La planta baja ya está terminada y aún no está ocupada por nadie.

Don Pestarino soltó un suspiro de satisfacción: le ordenaban hacer lo que él no se atrevía a pedir. Las Hijas se trasladaron en carros, llevándose consigo hasta los gusanos de seda, una de sus pobrísimas entradas.

Por el momento, el traslado no despertó ninguna extrañeza. Mas, apenas corrió por el pueblo la voz de que las Hijas (cuyo número aumentaba rápidamente) ocuparían el colegio para siempre, dando así vida a un nuevo Instituto religioso, “se armó una protesta y un lamento general” (*M.B.*, vol. X, pág. 613). Wirth escribe más explícitamente: “Los habitantes de Mornese alzaron voces de traición. Las Hijas de María Auxiliadora dieron los primeros pasos en un clima de incomprensión, casi de hostilidad. Lo cual se unía a la pobreza y las privaciones, que ya eran grandes”.

“Se espació la noticia de que no estarían allí largo tiempo —escribía sor Felisa Mazzarello—. Y, humanamente hablando, tenía que ser así, porque faltaban muchas cosas todavía. María Dominica, sin embargo, no se espantó. Siguió su vida de trabajo y de sacrificio. Como las obras no estaban acabadas, andaba todo el día amontonando piedras. Pues ¿y el lavado? El río Roverno queda un poco lejos del pueblo. Cuando llegaba el día destinado para ir a lavar, tomaba ella un poco de pan, o

unos pedazos de polenta, y se iba con algunas más al río. Allí cumplían su labor. Volvía a casa cansada y mojada, y aún se preocupaba de que las otras se cambiasen de ropa y de prepararles algo caliente. Era una madre amorosa”.

## **El perfume de cuatro castañas**

5 de agosto de 1872. Las quince primeras Hijas de María Auxiliadora toman el hábito. Once hacen también sus votos trienales. Entre éstas anda María Mazzarello.

Monseñor Sciandra, obispo de Acqui entrega el crucifijo a las quince: “Tomad, hijas mías, el retrato de vuestro amado Jesús. El os dará fuerzas en las adversidades en que os encontréis”.

Don Bosco asiste a la toma de hábito y profesión. Después, con afectuosa sencillez, les dice:

— Estáis tristes, lo veo por mis ojos, porque todos os persiguen y se os burlan, y hasta vuestros padres os vuelven la espalda. No os extrañéis. En el oficio de la Virgen habéis leído: “Mi nardo ha enviado un suave perfume”. Pero ¿sabéis cuándo el nardo envía su perfume? Cuando está maltratado. No os duela, mis queridas hijas, ser maltratadas así por el mundo. Sed valientes y consolaos, porque sólo así seréis capaces de realizar vuestra misión. Si vivís dignamente vuestra condición, podréis hacer mucho bien a vuestra alma y a la del prójimo.

La pobreza siguió estando a los bordes de la miseria. El “plato fuerte” de la comunidad era polenta y castañas cocidas. “El perfume de aquellas cuatro castañas —recordaba una hermana de aquellos tiempos— empezábamos a tenerlo un par de horas antes, y nos mareaba”.

Muchas hermanas empleaban como almohada un pedazo de madera envuelto, del mejor modo posible, con trapos. Las almohadas de la casa eran para las niñas. María Mazzarello no quería que las monjas más jóvenes se mortificasen de ese modo, pero no podía gritar mucho porque era ella la primera que había elegido aquel sistema.

## **La muerte llama a la puerta**

29 de enero de 1874. Entra la muerte por vez primera en el colegio. Se va con ella María Poggio, una monja joven del primer grupo. Era alegre, siempre dispuesta a ayudar, a servir, a velar a las enfermas. Había pasado mucha hambre y mucho frío aquel invierno. Se fue en silencio sin molestar a nadie.

El funeral de la monjita de Mornese reunió a todo el pueblo. "Muchos lloraban", recordaba don Pestarino. Fue el momento de sellar la paz entre la gente y aquellas muchachas paliduchas, que desfilaban vestidas de monja rezando el rosario. A partir de aquel día, no faltó en la despensa ni la harina de maíz para la polenta, ni tampoco la de trigo para el pan.

Pero la muerte volvió a llamar en aquella casa.

Estaba don Pestarino, el 15 de mayo, leyendo a las Hermanas una página sobre la brevedad de la vida. Decía: "Puede que la muerte me sorprenda de aquí a un año, de aquí a un mes, a una semana, a un día, a una hora, y, tal vez, apenas termine esta lectura..." Al llegar a este punto el "prevín" estalló en llanto. Las monjas se asustaron.

A las once, mientras trabajaba, cayó a tierra. Moría en el espacio de unas horas. Tenía 57 años.

### **Salen de Mornese las primeras Hijas de María Auxiliadora**

9 de febrero de 1876. En medio de la nevisca, parten las tres primeras monjas. Van a Vallecrosia, en Liguria, para abrir un oratorio y una escuela para niñas.

29 de marzo. Otras siete parten para Turín. Como a cincuenta metros del Oratorio de Valdocco, abren un oratorio y una escuela femenina. Esta casa será después, por más de cuarenta años, la casa central de las *Hijas de María Auxiliadora*.

Durante el 1876 parten de Mornese otras veintiséis monjas: van a abrir escuelas y oratorios en Biella, Alassio, Lu Monferrato, Lanzo Torinese. Un grupo de siete a Sestri Levante: van a fundar la primera colonia marina, para cien niños y niñas escrofulosos. Entre aquellas caritas repugnantes trabaja con serena alegría sor Enriqueta Sorbone, la muchacha huérfana que llegó a Mornese llevando cuatro hermanitas de la mano.

1878. Las *Hijas de María Auxiliadora* son ya una familia numerosa, esparcida por todo el mundo. El centro de la Congregación se traslada, por orden de Don Bosco, de Mornese a Nizza Monferrato. Es un tirón doloroso para María Mazzarello. Se despide de su padre y de su madre, ya ancianos, da un adiós al cementerio, donde reposan don Pestarino y algunas de las primeras compañeras, a la casita donde enseñó a coser a las primeras niñas.

El hecho de ser la superiora general no hizo perder a María Mazzarello el sentido de la proporción. Siguió atendiendo a las niñas pequeñas

en el dormitorio, con amor y delicadeza. Una chiquita, a quien los sabañones habían pegado pies, medias y zapatos, miró en derredor y, creída que nadie la veía, se metió bajo las sábanas con zapatos y todo. Madre Mazzarello advirtió la maniobra. No dijo nada. Bajó a la cocina en busca de una jofaina con agua tibia, gasa y algodón. Subió con todo ello junto a la cama de la niña y le dijo bajito:

— Vamos a ver esos piecitos. No tengas miedo, no te haré daño.

## **Con las flores de mayo llega la muerte**

Enero de 1881. Las hermanas advierten que la salud de Madre Mazzarello va declinando. Hay quien le dice que debe cuidarse un poco más, pero ella responde sonriendo:

— Es mejor para todos que me vaya. Así pondrán una superiora más inteligente que yo.

Viene el golpe mientras está acompañando a un grupo de misioneras que parten para América. Por un contratiempo le toca pasar la noche acurrucada en un rincón, vestida y temblando de fiebre. Por la mañana no puede ni aun ponerse en pie. Un poco más tarde, haciéndose una gran violencia, acompaña hasta el puerto a sus hijas. Pero, un par de horas más tarde, está que no puede más.

“Pleuritis aguda”, sentencia el médico. Cuarenta días de fiebre, lejos de su casa, martirizada con los famosos parches de cantáridas, la única cura entonces conocida, que le desuellan las espaldas.

Desaparece luego la fiebre, pero el médico es claro hasta la brutalidad: le quedan pocos meses de vida.

De vuelta en Nizza se encontró con Don Bosco. Le dijo:

— El médico ha sido muy claro. Don Bosco, yo le pregunto: ¿curaré?

Don Bosco no respondió directamente. Le contó un apólogo: “Un día fue la muerte a llamar a la puerta de cierto monasterio. Les decía a todas las monjas con quienes se encontraba: ‘Ven conmigo’, pero todas se echaban atrás: tenían mucho que hacer. Entonces se presentó a la superiora y le dijo: ‘Te toca a ti dar buen ejemplo. Ven’. La superiora agachó la cabeza y obedeció”.

Madre Mazzarello lo entendió, bajo la cabeza e intento sonreír.

Había llegado a Nizza pálida y extenuada. La recibieron con una gran fiesta, que le conmovió. Dio las gracias con pocas palabras:

— En este mundo, pase lo que pase, no tenemos que alegrarnos ni entristecernos demasiado. Estamos en manos de Dios, que es nuestro Padre, y hemos de estar siempre dispuestas a hacer su voluntad.

La caída llegó por primavera. Tras los cristales de la ventana se veían las flores y el verde. Le gustaba oír el alboroto de las niñas que corrían y jugaban alegremente. Quiso hablar todavía una vez más con sus hermanas. Dijo:

— Quereos bien. Estad siempre unidas. Habéis dejado el mundo. No os fabriquéis otro aquí dentro. Pensad por qué entrasteis en la Congregación.

Estaba mal, pero no quiso entristecer a nadie hasta el fin. Más aún, hasta se esforzó por cantar. Dios vino a su encuentro al alba del 14 de mayo. Todavía logró murmurar: "Hasta volver a vernos en el cielo". Tenía 44 años.

Fue elegida para su sucesora, al frente de las *Hijas de María Auxiliadora* una monja muy joven, Catalina Daghero, de 25 años. Había entrado a los 18. Madre Mazzarello le había ayudado a vencer la nostalgia y la dureza de los primeros días. En 1879 había sido nombrada directora de la obra de Turín. La vecindad con Don Bosco había como despertado su habilidad para el oratorio y la escuela, exaltando cualidades profundas: solidez, equilibrio, bondad.

Bajo su impulso, las FMA<sup>1</sup> extendieron su obra por Italia, Francia y América del Sur. A la muerte de Don Bosco tenían 50 casas, eran 390 hermanas y tenían un centenar de novicias.

---

<sup>1</sup> La sigla FMA indica universalmente a las Hijas de María Auxiliadora. Corresponde a los términos italianos de origen: *Figlie Maria Ausiliatrice*.

## **La conquista de Roma y el sobresalto del fin**

En el año 1870 suceden dos hechos de extraordinaria importancia para la historia de la Iglesia y de Italia: el Concilio Vaticano I y la ocupación de Roma por las tropas italianas.

### **Concilio en Roma y anti-Concilio en Nápoles**

El 8 de diciembre de 1869 se abría oficialmente el Concilio. Dos eran los objetivos principales señalados por Pío IX: una clara exposición de la doctrina católica frente a los errores modernos y la infalibilidad del Papa.

Ya habían pasado trescientos años desde el último Concilio, el de Trento. Pío IX dirigió una cálida llamada a los obispos de las Iglesias cismáticas orientales, para que participaran. Respondieron negativa y poco elegantemente.

También fueron invitados los protestantes, pero la frase de la invitación "con la buena ocasión de volver a entrar en el único rebaño de Cristo" sonó muy mal en sus oídos.

La masonería italiana que pasaba por una fase de anticlericalismo virulento, proclamó un "anticoncilio" en Nápoles, que recibió las primeras adhesiones de José Garibaldi y del escritor francés Víctor Hugo. Se organizaron en varias provincias manifestaciones populares pidiendo "una guerra implacable contra el Papa".

Estuvieron presentes a la apertura del Concilio 200 obispos italianos, 70 franceses, 40 austro-húngaros, 36 españoles, 19 irlandeses, 18 alemanes, 12 ingleses, 50 orientales, 40 estadounidenses, 9 canadienses, 100 de otras nacionalidades y de las misiones. Asistían con los obispos, los superiores de las órdenes y congregaciones religiosas. Casi 700 "padres conciliares" en total.

El 20 de enero de 1870 partió Don Bosco para Roma, a donde llegó el 24. El 8 de febrero sostuvo dos largas entrevistas privadas con el Papa. Pidió al Pío IX difundiese entre el pueblo un librito de historia eclesiástica sacando a la luz la infalibilidad pontificia. Don Bosco satisfizo aquel deseo al terminar el año: envió a todos los suscriptores de las *Lecturas Católicas* una nueva edición de su *Historia Eclesiástica*, con un apéndice dedicado al Vaticano I y a la infalibilidad pontificia.

### **"La voz del Cielo al Pastor de los Pastores"**

En otra audiencia, el 12 de febrero, entregó Don Bosco al Papa unas páginas con "previsiones del porvenir". Decían las primeras líneas: "La víspera de la Epifanía del año en curso 1870, desaparecieron todos los muebles de la habitación y aparecieron ante mis ojos cosas sobrenaturales. Fue cosa de un instante, pero vi mucho". La exposición (cuyo autógrafo de Don Bosco se conserva) es de estilo imaginativo, profético; mezcla investivas, previsiones, llamadas, a menudo misteriosas y confusas. La parte que más llamó la atención del Papa (y que resulta bastante clara hasta para nosotros) es la siguiente:

"Ahora la voz del Cielo es para el Pastor de los Pastores. Tú estás en la Gran Conferencia con tus Asesores; pero el enemigo del bien no está quieto un instante. Estudia y practica todas las artes contra ti. Sembrará discordia entre tus Asesores, suscitará enemigos entre mis hijos. Las Potencias del siglo vomitarán fuego y querrían que las palabras fueran apagadas en la boca de los Guardianes de mi ley. No será así. Harán mal, mal para sí mismos. Tú date prisa; si no se resuelven las dificultades, córtalas. Si te encuentras angustiado, no te arredres, continúa hasta que sea troncada la Cabeza de la Hidra del error. Este golpe hará temblar la tierra y el infierno; pero el mundo será confortado y todos los buenos se alegrarán. Recoge, pues, junto a ti, aunque no sea más que dos Asesores, pero a donde quiera vayas sigue y cumple el trabajo que te fue confiado.

"Corren los días veloces, tus años llegan al número establecido. Pero la Gran Reina será siempre tu auxilio, y al igual que en los pasados tiempos, así en el porvenir será siempre *magnum et singulare in Ecclesia praesidium (grande y poderoso auxilio de la Iglesia)*".

Veinte líneas más adelante, habla Don Bosco del futuro del Papa: "Ahora El está viejo, flojo, inerme; aunque despojado, todavía con la cautiva palabra hace temblar a todo el mundo" (*la ocupación de los Estados Pontificios no tuvo lugar hasta el 20 de septiembre*).

## **Negras amenazas en Francia**

La página que entonces pareció más incomprensible se refería a Francia. Napoleón III era por aquellos meses el soberano más poderoso de Europa. La desastrosa guerra con Prusia (empezó el 19 de julio de 1870) y los estragos de la "Commune"<sup>1</sup> (de marzo a mayo de 1871) eran inimaginables. He aquí las palabras escritas por Don Bosco:

"Las leyes de Francia no reconocen al Creador, y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con la verga de su furor.

Abatirá su soberbia con las derrotas, el saqueo y los estragos de las cosechas, de los animales y de los hombres... Y tus enemigos te traerán la angustia, el hambre, el espanto y la abominación de las naciones. Pero ¡ay de ti, si no reconoces la mano que te golpea...! Caerás en manos extranjeras, tus enemigos verán desde lejos tus palacios en llamas. Tus ciudades serán un montón de ruinas bañadas con la sangre de tus valientes que ya no están".

Durante los días siguientes, Don Bosco habló con muchos obispos, y se confirmó el prestigio de que gozaba, para animar a acelerar la definición de la infalibilidad. Parece que la mayor insistencia se la hizo a monseñor Gastaldi, entonces obispo de Saluzzo y gran amigo suyo.

Afirma Lemoyne que Pío IX quedó "tan satisfecho del celo de Don Bosco que un día le dijo:

— ¿No podría dejar Turín y venir a establecerse en Roma? ¿Perdería algo su Sociedad?

— "Santidad, ¡sería su ruina!" (*Vida de S. Juan Bosco*, vol. II, pág. 44).

Don Bosco salió de Roma el 22 de febrero.

El 24 de abril aprobaba el Concilio, por unanimidad, el documento *Dei Filius*. Es una exposición densa y clara de la doctrina católica sobre Dios, la Revelación y la Fe. Subraya especialmente la idea de que ciencia y fe, entendidas rectamente, no pueden estar en litigio, porque ambas proceden de Dios.

## **¿Es infalible el Papa?**

El 15 de mayo empezó en el aula conciliar el debate sobre la infalibilidad del Papa. La discusión general duró hasta el 4 de junio. Aquel día,

---

<sup>1</sup> La "Commune", poder revolucionario instalado en París, después del asedio de la ciudad por los Prusianos y la insurrección del 18 de marzo de 1871, y derribado el 28 de mayo del mismo año, como consecuencia de un nuevo asedio de la capital por el ejército regular del gobierno de Thiers.



escribía el cardenal Bonnechose en su diario: “Diríase que nos hemos embarcado para un viaje difícil a bordo de una nave batida por las olas y en la que todos se marean”.

Los Padres estaban divididos en dos corrientes que se acometían en un áspero debate, dentro y fuera del Concilio. La mayoría estaba por la infalibilidad. La minoría (unos sesenta, entre obispos alemanes, franceses, italianos y americanos) veía en la definición un grave obstáculo para el acercamiento de las Iglesias protestantes. Pío IX dejó caer varias veces el peso de su autoridad en favor de la definición.

El 18 de julio aprobaba el Concilio el texto sobre la infalibilidad. “Fue un día de lluvia abundante sobre Roma y de repetidos temporales violentísimos —recordaba un testigo—. Mientras monseñor Valenziani leía el texto, eran sacudidas las cristaleras por los truenos, y cuando faltaba el resplandor de los relámpagos, reinaba una oprimente oscuridad”.

La decisión del Concilio, firmada por el Papa, definió como dogma de fe esta verdad:

“El Romano Pontífice cuando habla “*ex cátedra*”, es decir cuando, ejerciendo el oficio de pastor y doctor de todos los cristianos en razón de su autoridad apostólica, define una doctrina *tocante a la fe o a las costumbres*, como vinculante para toda la Iglesia, gracias a la autoridad divina que se le prometió a la persona de Pedro, goza de la infalibilidad con la que el divino Redentor ha querido dotar a su Iglesia. Por eso, estas definiciones del Romano Pontífice son inmutables por sí mismas y no en fuerza del consenso de la Iglesia”.

Terminadas las jornadas de la infalibilidad, se concertó un descanso de cuatro semanas. Tenía que haberse reemprendido el Concilio con la discusión sobre los obispos. Pero se precipitaban graves sucesos en Europa.

## **Los “bersaglieri” en Porta Pía**

El 19 de julio Napoleón III declaraba la guerra a Prusia. Un desastre. Las derrotas francesas se sucedieron una tras otra, hasta la de Sedán (2 de septiembre), en la que cayó prisionero el mismo Napoleón.

Francia no capituló. Proclamó la república, llevó el gobierno a Tours, pero al fin tuvo que ceder. Se firma una paz humillante en Francfort en mayo de 1871, después de haber intentado en París transformarse en una república de tipo jacobino (la “Commune”), que será aplastada ferozmente por las mismas tropas francesas (14.000 muertos).

Una vez derrotado Napoleón en Sedán, el gobierno italiano se vio con "las manos libres" de cara a Roma. Había ganado el Véneto con una infeliz "tercera guerra de independencia" (1866). Ahora 60.000 hombres, mandados por el general Rafael Cadorna, recibieron la orden de apretar filas en los confines del Lazio para conquistar Roma. El ejército pontificio, a las órdenes del general Kanzler, contaba 14.600 hombres.

En aquella situación tan difícil, muchos aconsejaron a Pío IX que abandonara la ciudad. Un navío inglés estaba a punto para trasladarle a Malta. Otros sugerían España, América. El Papa, que consideraba un error su fuga a Gaeta en 1848, estaba decidido a quedarse. De todos modos hizo consultar a algunas personas de su plena confianza. También Don Bosco, cuya inspiración tanto apreciaba, preguntado sobre lo que debía hacer, respondió: "Que el centinela, el Angel de Israel permanezca en su puesto, y esté en guardia de la roca de Dios y del Arca santa". La carta, expedida urgentemente a Roma, había sido escrita con hermosa caligrafía por don Juan Cagliero.

Civitavecchia, sitiada por tierra y bloqueada por la flota que ocupaba el mar abierto, se rindió a Nino Bixio la noche del 15 de septiembre. Mientras tanto, las tropas de Cadorna habían entrado en el Lazio y cercaban a Roma.

A las 5,30 del 20 de septiembre una batería de la división Angioletti abrió fuego contra Porta San Giovanni. Era un engaño. El objetivo "verdadero" era Porta Pía. Los "bersaglieri" abrieron brecha penetrando en el parque de Villa Patrizi desalojando a los fusileros que impedían la avanzada de la artillería. Alcanzada la vía Nomentana, la artillería italiana abrió fuego sobre Porta Pía. Antes de las nueve ya había en los muros una brecha de treinta metros: A través de ella se lanzaron el 12º y el 34º batallón de "bersaglieri".

Dos o tres minutos antes de las diez, llegaba a la mesa del Papa la comunicación de la caída de las murallas. De acuerdo con el plan ya predispuesto, ordenó el Papa que se levantara la bandera blanca sobre el Castillo de Sant'Angelo, y dio orden al general Kanzler de rendición.

El balance de pérdidas humanas ofreció las cifras mínimas, aunque siempre tristísimas: por parte italiana 56 muertos y 141 heridos; por parte pontificia 20 muertos y 49 heridos.

El Papa lanzó la excomunión mayor contra los responsables de la conquista de Roma "aunque estuvieran investidos de la dignidad más soberana".

Don Bosco, escribe su biógrafo, "tuvo noticia de la toma de Roma estando en Lanzo y la recibió con tranquilidad, como si oyese algo conocido hacía tiempo".

El Papa hizo entregar a los padres conciliares, todavía en Roma, una comunicación: "En la presente luctuosa condición de las cosas, conociendo que los Padres del Concilio no gozarían de la necesaria libertad, seguridad y tranquilidad para tratar con Nos dignamente de los asuntos de la Iglesia... suspendemos la celebración del Concilio Vaticano Ecu-ménico".

## **Los escalofríos del fin, en Varazze**

La ocupación de Roma, el fin de los Estados Pontificios alcanzó una enorme resonancia, inimaginable para nosotros. Terminaba una época que había durado 1.500 años. A muchos les pareció el final de la Iglesia.

A la distancia de un año, también la joven y tierna Congregación Salesiana experimentó por un momento los escalofríos del fin.

6 de diciembre de 1871. Don Bosco se encuentra en la estación de Varazze y cae por tierra desvanecido. Los allí presentes creen se trata de un golpe apoplético. Le llevan en volandas a la casa salesiana, donde le ponen en cama como a un niño.

La enfermedad, después de algunos días de inseguridad, parece que es muy grave. En poco tiempo se cubre el cuerpo de Don Bosco de pequeñas y duras pústulas. Dolores punzantes y fiebre que sube medrosamente. Don Bosco llega al borde de la sepultura, le administran el Viático.

En Turín reina la consternación. Si Don Bosco muere ¿qué se salvará de toda su obra? Don Rúa, su brazo derecho, no tiene más que 34 años. Muchos salesianos ofrecen en aquellos días su vida en favor de Don Bosco. Y además parece que él haya dicho: "Tenía que morir en Varazze. Los años que después se siguieron son un don que Dios ha hecho a alguno de mis hijos".

La enfermedad duró dos meses. Las noticias fueron al principio tan alarmantes, que para no turbar la vida del Oratorio, se daban sólo por telegrama con frases más bien generales.

Pero, precisamente esto da ocasión a la manifestación de uno de los más conmovedores testimonios del amor que circunda a Don Bosco.

Entre Varazze (a donde acude para velar a Don Bosco Pedro Enría, el huerfanito del cólera de 1854) y José Buzzetti (que está que bufa en Turín porque no tiene noticias precisas sobre la salud de "su" Don Bosco) se abre una especie de "correo clandestino". Las cartas de estos dos "ex-muchachos" de Don Bosco son de poco valor, llenas de

lugares comunes, pero contienen un amor dulcísimo, verdaderamente puro.

## **Cartas dulcísimas**

Copiamos algunos fragmentos.

23 de diciembre. De Enría a Buzzetti:

"Con sumo dolor he de darte noticias no muy buenas de nuestro pobre padre. Hoy no le ha dejado la fiebre ni un instante. Suda tanto, que todo el día ha estado mojado. Me he asustado muchas veces, porque soñando lloraba fuerte. Yo me acercaba a la cama, pero él me decía que no era nada.

¡Ah, querido Buzzetti! me faltan fuerzas para escribir, tan grande es mi dolor. Por favor, di que recen, pero de todo corazón, y que el Niño Jesús tenga compasión de nosotros. Son las dos de la noche, ahora parece que se ha adormecido. Os deseo a todos buenas fiestas. Yo las pasaré con el corazón afligido junto al lecho de mi y vuestro queridísimo padre".

Buzzetti le responde:

"No he podido acabar la lectura de la tuya del 23 por el gran dolor, disgusto y lágrimas que no pude contener, al saber que el querido Don Bosco sufre cada día más.

He rezado y ruego a todos que recen; le he dicho sobre todo al Niño Jesús que me haga sufrir a mí todos los males que sufre Don Bosco y aún la misma muerte, con tal de que él se restablezca y viva muchos años.

Sigue escribiéndome, no tengas miedo de disgustarme; es más, el disgusto me lo darías si dejaras de tenerme al corriente un solo día de la preciosa salud de nuestro querido padre. Bésale su mano sagrada de mi parte, y dile que me bendiga".

3 de enero. "Querido Buzzetti, la salud de nuestro querido padre va mejorando, pero despacio. Siguen saliéndole pequeños forúnculos, que le atormentan un poco y le ocasionan algo de fiebre".

Buzzetti responde: "Querido Pedro, estamos esperando buenas noticias. Ayer terminó la novena, por lo que hoy, si María Auxiliadora nos encuentra dignos de su amor, curará a nuestro querido Don Bosco; en caso contrario, seguiremos molestándola hasta que sea menester.

Tienes que saber que hace un frío de perdición, todos los días hay una cantidad de cántaros rajados por el hielo, y el que tú tenías en tu buhardilla ha sufrido la misma suerte".

Cuando Don Bosco empezó a mejorar a ojos vistas, Enría envió un telegrama a Buzzetti: "Ayer fiesta. Papá levantado. Tu visita gustaría. Hoy bien". Las palabras "Papá levantado" corrieron por el Oratorio como un rayo, suscitando gran alegría.

Como sigue la mejoría, Enría se está dos o tres días sin enviar noticias y Buzzetti le escribe: "Querido Pedro, ¿estás vivo todavía? Si lo estás, como espero, ¿por qué no cumples lo prometido de no dejar pasar un día sin darme noticias del querido Don Bosco? Así que ¡a no burlarse de uno!"

Enría responde inmediatamente: "La salud de Don Bosco en franca mejoría. Hay veces que dice: ¡Ay, el día que volvamos al Oratorio!...' Y luego se queda conmovido y absorto con el pensamiento de lo que experimentará al volver a nuestra bendita casa".

El 15 de febrero Don Bosco volvía a Turín. Entró en el santuario de María Auxiliadora por la puerta principal. Los muchachos de Valdocco y muchos amigos le esperaban en la Iglesia. Apenas llegó al presbiterio, Buzzetti entonó el salmo *Laudate, pueri, Dominum (Alabad, niños, al Señor)*. De rodillas al pie del sagrario y de María Auxiliadora, Don Bosco rezó largo rato. Después dio las gracias a los muchachos y les invitó a dar gracias a la Virgen.

"Enría se quedó de rodillas en el presbiterio —recuerda Amadei—, y Buzzetti, tomándole por un brazo, le sacó fuera". Se abrazaron y lloraron.

---

## Los cooperadores: Salesianos en medio del mundo

Por el año 1870 se fue concretando el proyecto de los Cooperadores salesianos. Como las demás ideas de Don Bosco, no nació de improviso: tenía raíces lejanas.

“Apenas empezó la obra de los oratorios en 1841 —escribió Don Bosco— algunos piadosos y celosos sacerdotes y seglares vinieron en mi ayuda para cultivar la mies, que ya entonces se presentaba abundante en la clase de los muchachos abandonados. Aquellos *cooperadores o colaboradores*, fueron siempre el apoyo de las obras que la divina Providencia iba poniendo en nuestras manos”.

### **Adiós a don Borel**

Don Bosco recuerda a los sacerdotes, los primeros. Nosotros también los hemos encontrado al hilo de sus andanzas. Primero, en el Oratorio emigrante y después en Valdocco. Sirvieron de contraste para sus ideas “locas” y para su posición “política”. Pero el amor concreto a la juventud hizo que se pudieran superar obstáculos y barreras. Pedro Merla, Luis Nasi, Leonardo Murialdo, Ignacio y José Vola, Jacinto Cárpano y especialmente don Cafasso y el “padre chiquito” don Borel, quedarán ligados para siempre a la obra salesiana, como cooperadores fieles y sacrificados por Don Bosco.

El “padre chiquito” cerró los ojos para siempre el 9 de septiembre de 1873. Don Bosco lloró junto a él, mientras agonizaba. Dijo: “Parecía un curita de nada, y en cambio diez curas no hubieran podido hacer todo el bien que hizo este gran obrero del Señor”.

Al morir, no dejó ni lo necesario para enterrarle. Pero Don Bosco sabía muy bien cuántas veces había vaciado la cartera en sus manos, sin preocuparse si se trataba de monedas de calderilla o de piezas de oro. Los directores salesianos, llamados por Don Bosco para los funera-

les, llevaron a hombros sus restos. Los clérigos, los muchachos, la banda del Oratorio, le acompañaron hasta el camposanto. Eran los sacerdotes, los clérigos, los jóvenes de los que hablaba Don Bosco en 1844: "Y sin embargo están, porque yo los veo".

## **Hombres y mujeres de buena voluntad**

Junto a los sacerdotes, los seculares. Algunos, pertenecían a familias aristocráticas: el conde Cays (que se hará salesiano y sacerdote, ya en edad avanzada), el marqués Fassati de Montemagno, el conde Callori de Vignale, el conde Scarampi de Pruney. Otros, eran sencillos trabajadores y comerciantes. Don Bosco recordaba con mucho agradecimiento, a un quincallero, José Gagliardi, que dedicaba a los jóvenes del Oratorio su tiempo libre y sus ahorros.

La *cooperación* de estos seculares era muy variada. Don Bosco les pedía especialmente que estuvieran prestos para "dar catecismo" los domingos y en cuaresma. Algunos le ayudaban también en las escuelas nocturnas, en la asistencia de los jóvenes. Otros buscaban colocación para sus muchachos, particularmente para los salidos de la cárcel.

No sólo eran hombres. Ya hemos hecho mención de las "mamas" que trabajaban en el Oratorio: mamá Margrita, la mamá de don Rúa, la de Miguel Magone, la hermana de mamá Margarita, la madre del canónigo Gastaldi.

Esta última se encargó de lavar la ropa de los muchachos y distribuirla cada sábado. "Hacía buena falta —recordaba Don Bosco—. Había entre aquellos pobres muchachos algunos que no podían cambiarse el andrajo de camisa que llevaban encima, e iban tan sucios que ningún dueño quería tomarles en su taller".

Los domingos, la "señora" Gastaldi reunía a los muchachos, y "como un general de la armada" pasaba revista minuciosa de la ropa y la limpieza de cada uno, comprendidas las camas, que, de vez en cuando, no eran más que pequeñas y olorosas madrigueras.

Muchos cooperaban con dinero. Un sacerdote daba para los muchachos más pobres todo el dinero que recibía de familias pudientes. Un banquero entregaba una pensión fija, como si fuese "asilado" de Don Bosco. Un artesano le llevaba con regularidad sus ahorros.

## **"Los salesianos externos": ¡rechazado!**

Don Bosco se fue persuadiendo poquito a poco de que sería oportuno reunir a estos sus colaboradores en una asociación.

El primer intento lo hizo en 1850, reuniendo a siete hombres de plena confianza "todos católicos y seglares". No tuvo éxito.

En 1864, segunda intentona. Al presentar las Reglas de su Sociedad en Roma, había añadido un "capítulo" que hizo fruncir el ceño a muchos monseñores. Hablaba de los "salesianos externos". Cualquier persona, aún viviendo con su propia familia, podía ser salesiano. Sin votos, pero en colaboración con los salesianos para trabajar en favor de los jóvenes pobres. El artículo 5 preveía sin más que todo salesiano, salido de la Congregación "por una causa razonable", se convertiría en "miembro externo" de la misma.

El capítulo fue rechazado. Don Bosco, con testarudez piemontesa, lo volvió a incluir modificado, primero, y, luego, en un apéndice. No fue admitido. Para obtener la aprobación de las Reglas (la alcanzará el 1874) hubo de resignarse a quitarlo. Hoy, tal vez, fuera considerado como una "intuición genial".

Rechazado el plan de los "salesianos externos", se dió Don Bosco a urdir otra cosa semejante. En 1874 trazó las grandes líneas de la *Unión de San Francisco de Sales*. Los directores, por él consultados, no se entusiasmaron mucho con ella. Les parecía una cofradía más. Don Bosco sacudió la cabeza:

— No me entendéis. Pero ya veréis como esta Unión será el sostén de nuestra Sociedad. Pensadlo bien.

Los fines principales que Don Bosco asignaba a la *Unión* eran tres:

— hacerse bien a uno mismo, ejercitando la caridad con el prójimo, especialmente con los niños pobres y abandonados;

— participar en las obras de piedad y de religión que realizan los salesianos;

— recoger a los niños pobres, instruirles en la propia casa, librarles de los peligros.

## **Los Cooperadores salesianos**

En 1876 llegó a la forma definitiva. Llamó a la Pía Unión de sus colaboradores: "*Cooperadores Salesianos*". Redactó e imprimió rápidamente su reglamento y lo envió al Papa para su aprobación. Esta llegó con un "breve" de Pío IX el 9 de mayo de 1876.

Los fines eran los mismos que los señalados dos años antes: hacerse el bien a sí mismo con una vida cristiana apostólica, ayudar a los salesianos en sus obras, "remover" los males que amenazan a la juventud.



Los medios sugeridos, semejantes a los empleados por los salesianos: catequesis, ejercicios espirituales, apoyo de las vocaciones sacerdotales, difusión de la buena prensa, oración y limosna.

Esta última palabra fue ocasión de muchos equívocos. Algunos salesianos redujeron, de hecho, la actividad de los cooperadores a la ayuda económica de sus obras. Don Bosco intervino enérgicamente contra este envilecimiento del cooperador.

“Hay que entender bien la finalidad de la Pía Unión —dijo en Tolón el año 1882—. Los Cooperadores salesianos no sólo deben recoger limosnas para nuestras obras, sino, sobre todo, afanarse por todos los medios posibles para cooperar a la salvación de sus hermanos, particularmente los jóvenes”.

En sus viajes, por Italia y por el extranjero, Don Bosco se preocupó mucho por engrosar el ejército de sus Cooperadores. “Génova y Liguria le dieron un notable número —escribe Morand Wirth—. En Francia, Niza se convirtió en un centro importante, gracias al carácter cosmopolita de la ciudad. En Marsella, eran tan fervorosos los Cooperadores que Don Bosco tenía la impresión de estar en familia al encontrarse con ellos”.

En España vivió una de las figuras más características de los Cooperadores: Doña Dorotea de Chopitea. Se convirtió en la “madre de las obras salesianas”, y está introducida su causa de Beatificación.

## **El “Boletín Salesiano” llega a todos los rincones**

Don Bosco quiso entregar a los Cooperadores un instrumento que sirviese para mantenerles unidos entre sí y con el centro de las obras salesianas. Fue el *Boletín Salesiano*, revista mensual. El primer número salió en agosto de 1877.

Creía tanto Don Bosco en el *Boletín* que preparó personalmente los primeros números. Cuando ya no pudo seguir haciéndolo, sacó de un colegio a un estupendo director, don Juan Bonetti (que formó parte del Capítulo Superior) y lo puso en sus manos. Cuando le preguntaban a quién había que enviarlo, respondía Don Bosco: “Al que lo quiera y al que no lo quiera”.

En el *Boletín* se publicaron las primeras cartas de los misioneros salesianos, que eran leídas golosamente por jóvenes y adultos. se publicó, por entregas, la “Historia del Oratorio de Don Bosco”, que era también esperada con vivísima curiosidad. Aparecían regularmente las

noticias sobre las obras salesianas esparcidas por el mundo, las gracias más notables de María Auxiliadora.

La modesta revista mensual penetró por todas partes, ganando muchos amigos para Don Bosco y para sus obras. El Papa Juan recordaba: "Mis primeros años anduvieron protegidos y alegrados por la imagen de la Auxiliadora. ¡Ah, una reproducción muy simple: un recorte del *Boletín salesiano* que el tío abuelo, Javier, recibía y nos leía a todos con gran entusiasmo! La piadosa estampa estaba a la cabecera de la cama. ¡Cuántas oraciones y cuántas confidencias delante de aquella humilde estampa! Y María Auxiliadora me ha ayudado siempre".

En 1884, hablando con Lemoyne, manifestó Don Bosco un pensamiento que poco a poco se había ido aclarando en él: "La primera finalidad de los Cooperadores salesianos no es la de ayudar a los salesianos, sino la de ayudar a la Iglesia, a los obispos, a los párrocos, bajo la alta dirección de los salesianos".

"A la muerte de Don Bosco en 1888 —escribe Wirth— una cosa era evidente: la fuerza apostólica de la modesta Congregación salesiana se había decuplicado, gracias a la ayuda fraterna de sus cooperadores. Muchos de ellos merecen ser tenidos de hecho, ya que no jurídicamente, como verdaderos *salesianos en medio del mundo*".



Fotografía  
de Don Bosco,  
año 1871.

---

## Francisco, Eusebio, Felipe, Miguel y muchos amigos más

El 1870 cumplió Don Bosco los 55 años. Su vida, que en los primeros decenios era vivaz y nerviosa como un torrente de la montaña, se ensancha y se convierte en un río majestuoso. Los últimos dieciocho años de su existencia, registrados minuciosamente en arrobas de documentos y testimonios, han sido condensados en los nueve volúmenes de *Memorias Biográficas*, dos de los cuales pasan de mil páginas.

Es lógico que todo biógrafo de Don Bosco queda obligado a beber en ellos. Sucesos, encuentros, narraciones hechas a los jóvenes, sueños atrayentes, humanísimos. Da pena tener que ir dejando de lado decenas y decenas de páginas. Pero, hecho el cálculo de páginas, también a nosotros nos toca resignarnos a cortar y podar sin miedo.

En este capítulo nos tomamos una pequeña revancha. Vamos a contar al desgaire algunos hechos y escenas de esos años, que han llamado nuestra atención. Pedimos perdón, si aparecen sin lógica alguna. La vida no siempre sigue los caminos maestros de la lógica.

### **"He robado dos panecillos"**

Agosto de 1872. Sonó la campana y una turba imponente de muchachos salió de las clases y talleres gritando: "¡La merienda! ¡La merienda!"

En el fondo del patio, dos panaderos habían colocado cuatro cestas enormes de mimbre, repletas de panecillos frescos y fragantes. "Uno cada uno, gritaban y gritaban, no más!"

Francisco Piccollo, un chiquillo de 11 años, llegado hace poco de Pecetto Torinese, miraba aquella turbamulta y esperaba su turno. Había comido mucha sopa al mediodía, pero luego, con el paso de las horas, se había despertado el apetito. Y pensaba que un solo panecillo era

muy poco para tanto apetito como él tenía. Le hubiera gustado doblar la ración. Pero el Oratorio era pobre, y ni el pan era a voluntad por aquel 1872.

Pensando esto, observó cómo algunos de sus compañeros, después de haber tomado el primer panecillo, se volvían a poner tranquilamente en fila y tomaban el segundo y aún el tercero sin que nadie lo advirtiese.

—Entonces también yo —contó después Francisco— me dejé vencer por el apetito, robé dos panecillos y escapé bajo los pórticos a comérmelos con avidez. Pero luego tuve remordimiento.

— He robado —pensé—. ¿Cómo voy a comulgar mañana? Tengo que confesarme.

Pero mi confesor era Don Bosco, y sabía lo mucho que sentiría si sabía que yo había robado. ¿Qué hacer? No tanto por vergüenza, cuanto por no disgustar a Don Bosco, me escapé por la puerta de la Iglesia y fui a todo correr al santuario de la Consolata, un poco lejos.

Entré en la Iglesia semioscura, elegí el confesonario más escondido, y empecé mi confesión:

— He venido a confesarme aquí, porque tengo vergüenza de confesarme con Don Bosco. (Era algo que no tenía obligación de decir, pero estaba tan acostumbrado a la sinceridad que me parecía importante). Una voz me responde:

— Di lo que quieras. Don Bosco no sabrá nada.

¡Era la voz de Don Bosco! ¡Qué apuro! Pero, si Don Bosco estaba en el Oratorio, ¿cómo podía estar allí? ¿Era un milagro? No, nada de milagros. Don Bosco estaba invitado, como de costumbre, a confesar en la Consolata, y yo había caído precisamente con aquél del que quería escapar.

— Dime, querido. ¿Qué te ha pasado?

Yo temblaba como una hoja.

— ¡He robado dos panecillos!

— ¿Y te han hecho mal?

— No.

— Entonces no te preocupes. ¿Tenías hambre?

— Sí.

— Hambre de pan y sed de agua son buena hambre y buena sed. Mira: cuando necesitas algo díselo a Don Bosco. El te dará todo el pan que tú quieras. Pero acuérdate bien: Don Bosco prefiere tu confianza a creerte inocente. Con tu confianza te podrá ayudar; en cambio, con tu inocencia podrías resbalar y caer, sin que nadie te diera una mano. La riqueza de Don Bosco es la confianza de sus hijos. No lo olvides nunca, Francisco.

Al año siguiente, iba yo a segundo curso, cuando un día, a la hora de comer, me dicen que mi madre me espera en el locutorio. La encuentro llorando.

— Mamá, ¿qué pasa?

— Nada, Paquito, nada. Pero mira, nosotros somos pobres, y el ecónomo me ha dicho que, si no pagamos la pensión de los meses que debemos, tú tendrás que salir...

Lloraba ella por la amenaza, y yo, como tenía que volver a clase, la dejé llorando. Pero al llegar el recreo de la tarde volví a verla. Me esperaba todavía en la portería, esta vez alegre y sonriente. Me dijo:

— Escucha, Paquito. Ya no lloro. He hablado con Don Bosco y me ha dicho: Señora, diga a su hijo que si el ecónomo le manda fuera, que vuelva a entrar por la puerta de la Iglesia y venga a mí. Don Bosco no le echará nunca.

Después, la madre me besó y partió. Aquella misma tarde me hizo llamar el ecónomo y yo, espantado, antes de presentarme a él escapé a Don Bosco. Llamé a su puerta:

— ¿Quién es?

— Soy yo, Francisco Piccollo.

— Pasa, pasa. Entonces, Francisco —y tomó un trozo de papel— ¿cuántos meses de debe tu madre?

Le dije el número, y Don Bosco, con delicadeza, escribió haber recibido la pensión de todo el año, y puso debajo su firma. Nadie se dio cuenta de su generosidad, ni siquiera el ecónomo a quien llevé el recibo. Quedé más conmovido por el modo delicado con que había sido ayudado que por la misma obra de caridad.

Pasaron otros tres años. Hacía yo el quinto curso. Estábamos un día los mayorcetes en derredor de Don Bosco, paseando bajo los pórticos. A mí me hubiera gustado hablar a solas con él, pero no me atrevía. Mas como siempre, él se dio cuenta, y sin más, llevándome aparte me dijo:

— ¿Tú querías decirme algo, verdad?

— Lo ha adivinado. Pero no me gustaba que los otros lo oyesen. Y así diciendo le susurré al oído:

— Quiero hacerle un regalo. Creo que le gustará mucho.

— ¿Y qué regalo quieres hacerme?

— ¡Tómeme!

Don Bosco sonrió:

— ¿Y qué quieres que haga de una pieza como tú? Pero enseguida se puso serio y añadió:

— Gracias, Francisco. No podías hacerme un regalo mejor. Lo acepto, no para mí, sino para ofrecerte y consagrarte al Señor y a María Auxiliadora.

Francisco Piccollo fue salesiano y sacerdote, trabajó durante 30 años en Sicilia, como profesor, director y luego inspector de las obras salesianas. Vivió hasta 1930.

### **Eusebio Calvi, de Palestro**

El mismo año 1872 había otro muchacho estupendo, Eusebio Calvi de Palestro, preocupado porque sus padres no podían pagar la pensión. Don Bosco le vio triste y le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Eusebio?

— Ah, Don Bosco, mis padres no pueden pagar la pensión y me veo obligado a suspender los estudios.

— Pero ¿no eres amigo de Don Bosco?

— ¡Oh sí!

— Entonces las cosas son fáciles de arreglar. Escribe a tu padre diciéndole que no se preocupe por el pasado, y que pague lo que pueda en lo porvenir.

— Pero a mi padre le gustaría saber una cantidad precisa, porque quiere pagar hasta donde alcance.

— ¿Cuánto era hasta hoy?

— Doce liras al mes.

— Escríbele diciendo que se las rebajamos a cinco. Y que pague, si puede. Ven conmigo al despacho y te daré una notita para el ecónomo.

También Eusebio Calvi se hizo salesiano y sacerdote. Trabajó en Calabria y en Sicilia, y vivió hasta 1923. "¡Cuántos millares de muchachos —escribe Amadei— recibieron estas señales de afecto por parte de Don Bosco!"

### **A Don Bosco le supo mal**

Cuando Don Bosco llegó a Lu en uno de sus paseos otoñales (quedó narrado en el capítulo 37), en el patio de casa Rinaldi acarició a un chiquillo de 5 años, Felipe.

Al cumplir aquel niño los diez, el nombre de Don Bosco volvió a saltar en su vida. En el pueblo de Mirabello, a un tiro de escopeta de Lu, había abierto Don Bosco el "pequeño seminario". El señor Cristóbal Rinaldi pensó en enviar allí a su hijo Felipe.

El muchachito, robusto y sereno, tomó bajo el brazo su hatillo, besó a la mamá, y montado en el cabriolé de papá, fue al colegio. Tenía un

poco de añoranza, como todos los muchachos que dejan por vez primera su casa. Pero era serio y reflexivo y comprendía que aquel sacrificio podía abrir a su vida horizontes más amplios que los campos y las viñas de papá.

Fue su maestro el clérigo Pablito Albera. "Don Albera —escribirá más tarde— fue mi ángel de la guarda. Era el encargado de vigilar me, y lo hizo con tal caridad que me asombro cada vez que pienso en ello". Pero no estaba sólo don Albera; desgraciadamente había otro asistente, cuyas formas vulgares molestaban.

Don Bosco fue dos veces desde Turín a visitar el "Pequeño Seminario", y habló largo rato con Felipe. Se hicieron amigos.

Por desgracia, en primavera, sucedió lo inesperado. Felipe estaba cansado por los intensos estudios de los meses de invierno, el ojo izquierdo había empezado a causarle serios fastidios. Un día, particularmente tenso, el asistente de los modales vulgares, chocó violentamente con él. Felipe no perdió los estribos. Se presentó inmediatamente al Director para decirle que quería volverse a su casa. Parecía capricho de un momento, pero no era así. Felipe lo había decidido y nadie fue capaz de hacerle cambiar de parecer.

Cuando, por tercera vez, volvió Don Bosco a Mirabello, se enteró de que Felipe Rinaldi se había marchado a su casa. Le supo mal. Le escribió una cartita a Lu, rogándole que volviera a pensar su decisión.

Felipe recibió varias cartas más de Don Bosco, durante los años siguientes. En todas le repetía la invitación de volver a pensar su decisión: "Las casas de Don Bosco, recuérdalo Felipe, están siempre abiertas para ti".

Rara vez insistió tanto Don Bosco con un muchacho. Parece como que viera algo preciso en su porvenir. Pero el muchacho, aún siguiendo su amistad con Don Bosco, no se decidía.

1874. Felipe tiene 18 años y Don Bosco va a verle a Lu. Precisamente estando en su casa se presenta una pobre mujer. Camina con muletas y tiene un brazo enfermo. Ha ido para pedir a Don Bosco que la cure. El Santo le da la bendición de María Auxiliadora, y la mujer, ante los ojos de Felipe, tira las muletas y vuelve a su casa curada. El mozo queda emocionado, pero responde que no a la enésima invitación de Don Bosco para que vaya con él a Turín. Este "no" le pesará toda su vida: "Hagan el Señor y la Virgen —dirá humildemente un día— que después de haber resistido tanto a la gracia en el pasado, no abuse en lo porvenir".

Aquel "no" dicho a Don Bosco es solamente el primero de toda una línea. Empieza a decir que no a las oraciones, a la madre que le riñe

por frecuentar amistades peligrosas, al párroco que le invita a frecuentar más la Iglesia. Una verdadera "crisis religiosa", que supera gracias a las oraciones de su madre.

## **Cuando Don Bosco presenta batalla**

1876. Felipe Rinaldi cumple los veinte años. Los padres de una buena muchacha se presentan al señor Cristóbal para avanzar una proposición de matrimonio. Pero llega también Don Bosco desde Turín, decidido a presentar batalla para llevarse con él a Felipe.

Fue una conversación larga, decisiva. Con la tenaz sencillez campesina, Felipe expone sus dificultades. Pero también Don Bosco es un campesino, y le rebate una a una con toda calma. Ha descubierto en aquel mozo tela para un gran salesiano y no quiere dejárselo escapar. "Me fue ganando poco a poco —escribiría Felipe—. Los padres me dejaban en libertad, y mi elección estaba en Don Bosco".

Noviembre de 1877. Felipe Rinaldi llega a Sampierdarena, donde Don Bosco ha abierto una casa para "vocaciones adultas". El campesino de Lu vuelve a abrir, a sus 21 años, la gramática italiana y la latina. ¡Qué duros le resultan los primeros momentos! Sobre el primer ejercicio, junto a un cementerio de cruces rojas y azules, una calificación mortificante. Sin embargo, con la misma tenacidad con que durante tantos años ha resistido la voz de Don Bosco, Felipe sube día tras día por el áspero sendero de los estudios.

El director de Sampierdarena es aquel mismo don Pablito Albera que tanto le había encantado en Mirabello. En los momentos graves encuentra consuelo en él. "Un día le dije que temía hacer una de las mías escapándome. Y él respondió: Y yo iré a agarrarte".

13 de agosto de 1880. De rodillas a los pies de Don Bosco, Felipe pronuncia los votos de pobreza, castidad y obediencia. Es salesiano. Tiene 24 años.

En otoño empieza la subida hacia el sacerdocio. Recibe las órdenes menores, el subdiaconado, el diaconado. Hay algo particular que sorprende: Felipe va adelante, mas no por su gusto, sino porque se lo manda Don Bosco en el que tiene puesta toda su confianza. Un día contará: "Don Bosco me decía: Tal día pasarás tal examen y recibirás tal Orden. Yo obedecía vez por vez". Nunca se había portado Don Bosco así con nadie: exhortaba, invitaba, pero dejaba al individuo decidir. Con Felipe, Don Bosco ordena. Tenía que leer muy claro en el futuro de aquel joven.



La vigilia de Navidad de 1882 don Felipe Rinaldi celebra su primera Misa. Está presente Don Bosco, el cual abrazándole, le pregunta: "¿Estás contento ahora?" La respuesta es como para desalentarse: "Si me tiene con usted, sí. Si no, no sabré qué hacer".

Pero unos meses después, vuelve de las misiones de América don Costamagna, y don Felipe, sobrecogido por vez primera ante el entusiasmo, pide a Don Bosco ir a las misiones. Esta vez es Don Bosco quien dice no: Tú te quedarás aquí. A las misiones mandaré a otros.

El primer sucesor de Don Bosco a la cabeza de la Congregación Salesiana será don Rúa. El segundo don Pablito Albera. El tercero será don Felipe. El viejo don Juan Bautista Francesia dirá de él: "Sólo le falta la voz de Don Bosco. Tiene todo lo demás".

### **El canónigo que descansaba**

El 1872 fue Don Bosco a Génova para una rápida visita. Cuenta Amadei:

"Entre otros fue a visitarle el canónigo Ampugnani, que vivía en Marassi y le había ayudado a comprar el colegio de Alassio. Don Bosco le pregunta:

- Y ahora, ¿qué hace?
- ¿Yo? Nada, descanso.
- ¿Cómo? ¿Descansa? Usted está sano y aún es joven.
- Trabajé muchos años en América, y ahora descanso.

Don Bosco se puso muy serio:

— ¿Y no sabe que el descanso para un sacerdote está en el Paraíso?  
¿Y que daremos estrecha cuenta a Dios del tiempo perdido?

El canónigo quedó tan impresionado por aquellas palabras, que no sabía hacía donde moverse para salir. Al día siguiente volvió a la casa salesiana, y pidió al director que le obligase a tocar el piano, a dar clase de música, a predicar:

— Don Bosco —exclamó— ¡me ha dicho unas palabras terribles!

Encontróse también con el Superior General de los *Mínimos de san Francisco de Paula*, hombre doctísimo, que hacía de párroco. Después de saludarle respetuosamente, Don Bosco le dijo:

- Quién sabe cuánto tendrá que hacer como General de una Orden. Verdaderamente poco o nada. Somos muy pocos, ¿sabe?
- ¿Cuántos novicios tienen?
- Ninguno.
- ¿Y estudiantes?

— Ninguno.

— ¿Cómo? —el rostro de Don Bosco se tornó serio y grave, la palabra enérgica—. ¿Y usted no se mueve para impedir que desaparezca una Orden tan benemérita de la Iglesia, que todavía no ha cumplido el fin para el que fue fundada y que tiene tantas profecías que deben realizarse?

— ¡Pero si no se encuentran vocaciones!

— Pues si usted no encuentra vocaciones en Italia, vaya a Francia, a España, a América, a Oceanía. Usted tiene una gravísima responsabilidad, una gran cuenta que dar a Dios. Cuántas fatigas, cuántos dolores le tocó soportar a san Francisco de Paula para fundar su Orden. ¿Y usted va a permitir que se pierdan tantas oraciones, tantos trabajos, tantas esperanzas?

El buen Padre General estaba avergonzado. Prometió hacer todos los posibles para encontrar nuevas vocaciones”.

## **Peones de albañil en el Oratorio festivo**

El que sigue la vida de Don Bosco de aquellos años puede que tenga la impresión de que el Oratorio festivo de Valdocco, que con él vivió jornadas tan gloriosas, ha desaparecido del horizonte. No es así. Ciertamente, Don Bosco vive absorbido por la casa grande, de estudiantes y artesanos que llegan a 800, por las otras obras salesianas que se están multiplicando. Pero él no olvida “su Oratorio”. No hay muchos testimonios, pero sí los suficientes para fotografiarle dentro de este sector.

“Fuí a Turín durante la cuaresma de 1871 —cuenta Enrique Angel Bena—. Vine desde Magnano Biellese y trabajaba de albañil. En la primera fiesta, según nos había ecomendado el párroco a mí y a los otros que partían, fui al Oratorio de Don Bosco. Me gustó. Todos los años al volver a Turín, de marzo a noviembre, seguí frecuentándolo hasta ir al servicio militar.

La entrada del Oratorio, estaba en aquellos años, a la izquierda del santuario de María Auxiliadora. La entrada era un tosco portón de tableros. Estaban con nosotros tres o cuatro sacerdotes y varios clérigos. Don Bosco solía venir, por las mañanas, a la Misa y, por las tardes al catecismo.

El segundo año que fuí a Turín hice en el Oratorio la Primera Comunión. Todos llevaban un traje limpio. El que no lo podía tener de su familia, lo recibía de Don Bosco. El mismo dijo la misa en san Francisco

y nos dio la comunión. Después, al salir de la Iglesia, había una mesa preparada para nosotros con pan, queso y salchichón. Don Bosco pasó sirviendo un vasito de vino. Repartió bizcochos.

Cuando un joven tenía la chaqueta, los pantalones, los zapatos rotos, Don Bosco le daba vestidos o zapatos, a lo mejor remendados, pero en buen estado. En el Oratorio nos atraía el ti vivo, el pasavolante, los regalos que recibíamos. La música de la banda era también un buen atractivo”.

En el mismo año 1871 empezó a frecuentar el Oratorio festivo de Valdocco Francisco Alemanno, un muchacho obrero de Villa Miroglio. Se había trasladado a Turín con toda la familia. El primer día que asistió se encontró con Don Bosco. Después de las funciones hubo una pequeña rifa y a Alemanno le tocó una corbata. Don Bosco se la puso al cuello y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Francisco Alemanno.
- ¿Hace mucho que vienes al Oratorio?
- Es la primera vez.
- ¿Y conoces a Don Bosco?

El muchacho se quedó sin saber qué decir; alzó luego tímidamente los ojos.

— Don Bosco es usted.

— Pero tú vas a conocer bien a Don Bosco, si le dejas que haga el bien a tu alma.

— Pues eso es lo que busco, un amigo que se preocupe de mí.

— ¡Qué hermosura! Esta tarde te has ganado esta corbata; ¡yo te ataré con ella de tal modo al Oratorio que no podrás alejarte nunca!

En efecto, Francisco se hizo un verdadero amigo de Don Bosco. Del Oratorio pasó a la Congregación salesiana.

Jóvenes albañiles, reparto de ropa a los más pobres, diálogos cara a cara con los muchachos: siempre el Oratorio de Don Bosco que sigue viviendo y prosperando a la sombra del Santuario.

Don Bosco confió la dirección del mismo, por algún tiempo, a don Barberis. Después, durante muchísimos años, a don Pavía ayudado por el legendario coadjutor Juan Garbellone. Este hombre, de un carácter excéntrico y singular, fue una prueba viviente del extraordinario poder formativo de Don Bosco, que supo exaltar las dotes naturales hasta en los temperamentos más simples.

Durante cincuenta años fue Garbellone el alma del Oratorio festivo. Guardaba un cuadernillo con seil mil nombres de niños preparados por

él para la primera comunión. Desde 1884 fue maestro de banda y la dirigió con mucho éxito hasta 1928, en que murió.

Don Bosco se ganó su amistad con un gesto de gran confianza. Puso en sus manos treinta mil liras para que fuese a pagar una deuda. Algo así como cincuenta millones de hoy. Garbellone tenía 28 años y era un pobre pelón. De tal modo le conmovió aquel gesto que, a partir de ese momento, se hubiera echado al fuego por Don Bosco.

## **Miguel Unia, campesino**

El 19 de marzo de 1877 llegaba al Oratorio un campesino de 27 años. Se llamaba Miguel Unia. Le dijo a Don Bosco que quería estudiar para sacerdote, pero no salesiano.

— Me gustaría volver a Roccaforte de Mondoví, mi pueblo...

— Pero ¿y si el Señor te quiere para otra misión mayor...?

— Si el señor me da a entender que esa es su voluntad...

— Si Dios me revelase tu interior, y yo te lo dijese a ti, ¿te parecería una señal suficiente de que te quiere sacerdote salesiano?

Miguel Unia no sabía si tomar la cosa en serio o en broma. Pensó un poquito, y respondió:

— Bueno, dígame lo que ve en mi conciencia.

Don Bosco se lo dijo todo. Le hizo una lista de obras buenas y malas, hasta en los más pequeños detalles. A Unia le parecía soñar:

— ¿Pero cómo puede usted saber esas cosas?

— Y aún sé más. Tenías tu once años, cuando un domingo estabas en el coro de la Iglesia, en vísperas. Un amigo tuyo dormía junto a ti con la cabeza apoyada en la pared y la boca abierta. Tú tenías unas ciruelas en el bolso. Escogiste la más gorda, y la dejaste caer en la boca abierta de aquel pobrecito. Creyendo ahogarse, se levantó y echó a correr de un lado para otro como un loco. Hubo que suspender las vísperas. Tú reías a más no poder y te ganaste media docena de cachetes del cura.

Miguel Unia se quedó con Don Bosco. Fue el primer misionero salesiano que llegó hasta los leprosos de Colombia, en un pueblo perdido, llamado Agua de Dios. Vivió con 730 atacados por la terrible enfermedad, y con un trabajo agotador que acabó con él, devolvió a sus caras la dignidad de hombres y de hijos de Dios.

---

## Ir lejos

Entre 1871 y 1872 tuvo Don Bosco un sueño dramático. Parece que se lo contó, primeramente, a Pío IX y luego, a algunos de sus salesianos. Dos de ellos, don Barberis y don Lemoyne tomaron nota cuidadosamente.

"Me pareció encontrarme en una región salvaje y totalmente desconocida. Era una inmensa llanura inculta, en la que no se levantaban colinas ni cabezos. En el lejano horizonte se dibujaban escabrosas montañas. Vi turbas de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, tenían una estatura extraordinaria y un aspecto feroz. Sus cabellos eran hispídos y largos, y su color bronceado negruzco. Su vestido consistía únicamente en pieles de animales, que les colgaban de los hombros. Por armas usaban una larga lanza y la honda.

Aquellas tribus de hombres dispersos, ofrecían a la vista escenas diversas: unos corrían a caza de las fieras; otros, caminaban, llevando clavados en la punta de sus lanzas pedazos de carne sanguinolenta. Luchaban unos contra otros; algunos llegaban a las manos con soldados vestidos a la europea, y el suelo estaba cubierto de cadáveres. Yo temblaba ante aquel espectáculo.

Cuando he aquí que, en la extremidad de la llanura, aparecen muchas personas: por su vestido y por su forma de hacer entendí que eran misioneros de distitas Ordenes. Se acercaban para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Les miré bien, pero no conocí a ninguno. Llegaron hasta los salvajes: pero ellos apenas les vieron, se echaban con furor sobre ellos y les mataban. Clavaban los macabros trofeos en la punta de sus largas picas".

### **Nueva gente dispuesta al peligro**

"Después de haber contemplado aquellas terribles escenas, dije entre mí: ¿Cómo hacer para convertir a una gente tan brutal?"

Vi entre tanto a lo lejos otro grupo de misioneros que se acercaban a los salvajes con cara alegre, precedidos de una hilera de jovencitos. Yo temblaba pensando: "Vienen para hacerse matar". Y me acerqué a ellos. Eran clérigos y sacerdotes. Les miré atentamente y les reconocí como salesianos. Los primeros me eran conocidos, y, si bien no pude conocer personalmente a muchos otros que les seguían, me di cuenta de que también ellos eran misioneros salesianos, precisamente de los nuestros.

"¿Cómo se entiende?", dije entre mí. No hubiera querido dejarles ir más adelante y allí estaba yo para detenerles. Esperaba que de un momento a otro corriesen la misma suerte que los primeros misioneros, cuando vi que su llegada causaba alegría a aquellas tribus de bárbaros. Bajaron sus armas, depusieron su furor y acogieron a los nuestros con señales de cortesía. Maravillado decía entre mí: "Vamos a ver cómo termina esto". Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia los salvajes, les enseñaban y ellos escuchaban con gusto y aprendían enseguida. Les reprendían y ellos les aceptaban poniendo en práctica sus reprensiones.

Estuve observando: los misioneros recitaban el rosario, y los salvajes respondían. Al cabo de un rato los salesianos fueron a colocarse en medio de la multitud que les rodeó. Se arrodillaron. Los salvajes, quitándose las armas, se pusieron también de rodillas. Y he aquí que uno de los salesianos entona: *Load a Maria*, y aquellas turbas, todas a una voz, siguieron el canto, con tal fuerza que yo, casi espantado me desperté".

Aquel sueño pesó mucho en la vida de Don Bosco. El mismo afirmó: "Después de él, sentí renacer en mi corazón el antiguo deseo del apóstolado misionero".

Don Bosco había empezado a pensar en las misiones, siendo estudiante en Chieri. "Por entonces —cuenta Lemoyne— sobresalía en Piemonte la *Obra de la Propagación de la Fe*. Se leían con avidez los escritos que narraban los trabajos y martirios de los misioneros. Y Juan Bosco acariciaba el deseo de consagrarse a las misiones extranjeras".

El Concilio Vaticano I (1869-70), contribuyó notablemente al desarrollo de las misiones. Obispos de América, de Africa y de Asia aprovecharon su venida a Italia (donde el clero era abundantísimo en comparación de sus regiones) y buscaron enrolar sacerdotes y religiosas para sus diócesis.

También a Valdocco llegaron peticiones concretas. Monseñor Barbero pidió a Don Bosco religiosas para Hyderabad, en la India, monseñor Alemany, obispo de San Francisco de California, le pidió que

abriera allí una escuela profesional. Don Bosco no atendió las ofertas. Todavía no pensaba "concretamente" en las misiones.

Un año más tarde, Don Bosco sueña "con la inmensa llanura y los hombres de aspecto feroz", y siente renacer el "antiguo deseo". A partir de este momento indaga cuál sea la región misionera destinada por la Providencia para sus salesianos. Las peticiones para fundar en ultramar siguen llegando a su mesa, y él las examina con una atención singular.

### **Buscaba un detalle: dos ríos y un desierto**

Cuenta él: "Los hombres negruzcos del sueño, creí primero que fueran africanos de Etiopía. Pero después de haber preguntado a personas que conocían aquellos lugares, y haber leído libros de geografía, abandoné tal pensamiento. Luego, me detuve en Hong-Kong, isla de China. Me informé, después, sobre Australia. Por monseñor Quinn supe de aquellos indígenas, pero su descripción no correspondía con la de los que yo había visto. Dirigí entonces mi mente hacia Mangalore, en Malabar...

Finalmente, el 1874 el cónsul argentino de Savona, señor Gazzolo, habló de los salesianos con el arzobispo de Buenos Aires. Este manifestó el deseo de que un grupo de salesianos se trasplantase a Argentina. Busqué entonces libros de geografía sobre América del Sur y los leí atentamente. Algo estupendo: en ellos y en las imágenes que contenían ví perfectamente descritos los salvajes y la región vista en el sueño: Patagonia, región inmensa al sur de Argentina".

Pero había un detalle que Don Bosco buscaba tercamente en los mapas, para descubrir el "lugar señalado por Dios". Lo recuerda Amadei, uno de los biógrafos más diligentes del Santo: "En el campo de apostolado visto en el sueño, había advertido *dos ríos a la entrada de un vastísimo desierto* que no lograba encontrar en los mapas que pacientemente examinaba. Solamente cuando sostuvo el primer coloquio con el comendador Gazzolo, cónsul de Argentina en Savona, supo que se trataba del Río Colorado y del Río Negro, en Patagonia. Recuerdo haber visto yo mismo uno de los viejos atlas examinados por Don Bosco, en el cual se leían, en el último espacio de América del Sur, las palabras: *Región de los Patagones, donde los habitantes son gigantes*" (M.B., vol. X, pág. 1273).

Reflexionando sobre estos sucesos, comenta Pedro Stella: "Resulta clara la orientación de Don Bosco, buscando un camino para la expansión de su obra fuera de Europa. El piensa y sueña en las misiones en

su estricto sentido, *in partibus infidelium* (en países de infieles), y en el sentido más romántico de la época: entre pueblos crueles y salvajes... En Argentina él tenía salvajes, más aún: "sus" salvajes... Salvajes era una palabra mágica, que suscitaba interés y curiosidad... Clima de leyenda envolvía a los salvajes de Patagonia, descritos por los antiguos exploradores como gigantes: reproducidos todavía, en el siglo decimotercero, por la fantasía de los dibujantes de libros de viajes, como colosos a los cuales los europeos con sus tricornos apenas si llegaban por encima de la cintura, casi a la altura de los niños indígenas. Salvajes que todavía en 1864 se presentaban en el *Diccionario de conocimientos útiles* editado en Turín, como de "anchos hombros, enorme cabeza, cabellos negros y bastos, poca barba, cara inexpresiva, y de una altura de casi seis pies (casi dos metros), de forma que son los más altos del globo". Su ferocidad estaba adecuada al ambiente de un terreno inculto, sin arbolado, inhóspito, donde soplaban fuertes vientos, donde corrían a caballo rapidísimamente, armados del "lazo", el cuchillo y la lanza que blandían con destreza".

### **Una circular para alistar voluntarios**

La petición concreta del arzobispo de Buenos Aires llegaba a fines de 1874. "Leí las primeras cartas —declara Don Bosco— al Capítulo de la Congregación el 22 de diciembre por la noche".

Se trataba de una doble proposición: encargarse en Buenos Aires de una parroquia poblada de inmigrantes italianos, dedicada a la Madre de la Misericordia; y poner en marcha, en San Nicolás, un colegio recién terminado para muchachos. San Nicolás era un centro importante de la archidiócesis de Buenos Aires.

Don Bosco respondió a Argentina, trazando su programa sobre tres puntos:

— enviaría algunos sacerdotes a Buenos Aires como punto-base de los salesianos en América. Estos se dedicarían "especialmente a la juventud pobre y abandonada, catequesis, escuelas, predicación, oratorios festivos";

— en un segundo momento, los salesianos tomarían la obra de San Nicolás;

— desde estas dos primeras bases los salesianos podrían "ser enviados a otros lugares".

En este tercer punto, encerraba Don Bosco y casi velaba su plan de "llegar cuanto antes a los pueblos salvajes".



Así quedaba delineado en términos prácticos y concretos un método particular de evangelización misionera: los religiosos de Don Bosco no se lanzarían inmediatamente a las tribus lejas de toda civilización, sino que crearían bases en territorio seguro, trabajando entre los emigrantes italianos, numerosísimos en Argentina, y verdaderamente necesitados de asistencia religiosa y moral. Desde allí partirían para emprender sus planes apostólicos "de primera línea".

El 27 de enero de 1875, recibía Don Bosco contestación oficial, a través del consulado, de que sus condiciones habían sido aceptadas.

"Entonces el Santo, sin dejar traslucir nada en casa, preparó un golpe escénico —cuenta Eugenio Ceria—. Por la tarde del 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, reunió a los artesanos, estudiantes y religiosos en el salón de estudio en donde había levantado un palco. Subió a él Don Bosco, acompañado del cónsul Gazzolo vestido con un pintoresco uniforme, los miembros del Capítulo Superior y los directores de las casas salesianas".

Don Bosco anunció a la atentísima asamblea, que, con la aprobación del Papa, saldrían los primeros salesianos para las misiones de Argentina meridional. Aquellas palabras suscitaron un incontenible entusiasmo en los jóvenes. Se multiplicaron las vocaciones al estado eclesiástico. Crecieron sensiblemente las peticiones para inscribirse en la Congregación. El ardor misionero se apoderó de todos". Eugenio Ceria, que escribe estas palabras en los *Anales* de la Congregación, comenta: "Para juzgar la impresión producida, nos hemos de transportar a aquellos tiempos, cuando la Congregación vivía todavía el ambiente de una familia estrechamente unida en derredor de su Cabeza. El salto dado aquel día por la fantasía llevó a imaginar de repente horizontes sin fin, y agigantó en un instante el gran concepto que ya se tenía de Don Bosco y de su obra. Empezaba verdaderamente una nueva historia para el Oratorio y la Sociedad Salesiana".

El 5 de febrero anunciaba Don Bosco a los salesianos que residían fuera de Valdocco, la primea expedición misionera. Su circular rogaba a los voluntarios que presentasen su petición por escrito. La fecha fijada terminaba con el mes de octubre.

El entusiasmo se multiplicó por doquiera. Casi todos se ofrecieron como candidatos para las misiones. "Empezaba una nueva historia" no parecen palabras exageradas.

### **Jefe de expedición: el muchacho de los gigantes**

Don Bosco logra organizar once expediciones de misioneros en su vida. Pero ninguna superó el entusiasmo y el delirio de la primera.

Se preparó hasta en sus más mínimos detalles. Para que sus hijos fueran acogidos "como amigos entre amigos", Don Bosco se puso en contacto con personalidades de Buenos Aires. Para proveerles de todo lo necesario se dirigió a los cooperadores: él mismo quedó sorprendido de su generosidad.

Los misioneros que partían debían representar lo mejor de la joven y pequeña Congregación. Entre los que habían respondido a su invitación (que eran legión) Don Bosco eligió seis sacerdotes y cuatro coadjutores. Alguno acabó mal: que no siempre Don Bosco daba en el blanco, ni siempre estaba iluminado por las luces de lo alto.

Jefe de la expedición sería Juan Cagliero, el muchacho sobre cuya cabeza había visto un día lejano inclinarse dos indios gigantescos, color de cobre. Tenía 37 años, era un sacerdote robusto, jovial, inteligente y de actividad exuberante. Don Cagliero se preparaba para ser el hombre de la situación en América. Resultaba difícil imaginarse el Oratorio sin él: como doctor en teología era el profesor de los clérigos; él era el insuperable maestro y compositor de música, tenía en sus manos los asuntos más delicados y dirigía espiritualmente varios institutos religiosos de la ciudad. Su partida iba a ser una pérdida muy grave.

Es curioso el "método" empleado por Don Bosco para enrolarle en la expedición. Cuenta don Ceria:

"Después de quedarse como distraído y silencioso, un día del mes de marzo le dijo Don Bosco a don Cagliero que estaba a su lado:

— Me gustaría enviar a alguno de nuestros sacerdotes más antiguos para acompañar a nuestros misioneros a América; que se quedase allí en su compañía unos tres meses, hasta que estén bien emplazados. Dejarles inmediatamente solos sin un apoyo, un consejero con el que tengan confianza, me parece algo duro.

A lo que don Cagliero respondió:

— Si Don Bosco no encuentra otro, y piensa en mí para eso, yo estoy dispuesto.

— Muy bien —terminó Don Bosco—.

Pasaban los meses sin aludir para nada a aquella cuestión. Pero, al acercarse la fecha de la partida, un día, de repente, le dijo Don Bosco:

— En cuanto a ir a América, ¿eres siempre del mismo parecer? ¿O lo dijiste en broma?

— Usted sabe que yo no bromeo nunca con Don Bosco.

— Muy bien. Entonces, prepárate, es el momento.

Don Cagliero se dio prisa para empezar los preparativos. En pocos días, trabajando febrilmente, estaba listo".

De este modo, según su acostumbrada y bonachona sencillez, empezó su misión el primero y el más famoso misionero salesiano. Los tres meses, calculados de antemano, duraron treinta años en total.

Otro sacerdote de gran valer estaba entre los que partían: don Fagnano alma de pionero, ex-soldado de Garibaldi. Los otros cuatro sacerdotes eran: Cassinis, Tomatis, Baccino y Allavena. Y los cuatro coadyutores, Scalvini, maestro carpintero, Gioia, cocinero y maestro zapatero, Molinari, maestro de música, y Belmonte, administrador.

## **Veinte recuerdos escritos a lápiz**

Los nuevos misioneros dedicaron el verano a estudiar el castellano.

En octubre don Cagliarió les acompañó a Roma para recibir la bendición del Papa. Pío IX, apenas entró en la sala, dijo: "He aquí un pobre viejo. ¿Dónde están mis misioneros? Sois vosotros los hijos de Don Bosco, y vais a predicar el Evangelio en Argentina. Tendréis un campo inmenso para hacer el bien. Esparcid vuestras virtudes por aquellos pueblos. Deseo que os multipliquéis, porque es grande la necesidad, y abundantísima la mies entre las tribus salvajes".

Volvieron a Turín. Recuerda Eugenio Ceria: "Una expedición de misioneros hasta los extremos de América, en 1875, tenía algo de épico a los ojos de los que vivían en el escondido rincón de Turín, llamado Valdocco. Se consideraba a los que partían como a generosos campeones, que se lanzaban intrépidamente al encuentro del misterio. Al verles moverse por la casa con su vestimenta exótica, todos intentaban acercarseles e intercambiar con ellos una palabra".

El 11 de noviembre, les dio Don Bosco su adiós de despedida, en el santuario de María Auxiliadora. A las 16 estaba la Iglesia llena a reventar. Al acabarse las vísperas, Don Bosco subió al púlpito, y trazó a los que partían su programa de acción. Tenían que ocuparse, en primer lugar, de los emigrados italianos de Argentina:

"Os recomiendo con particular insistencia la triste situación de muchas familias italianas. Encontraréis gran número de niños y también de adultos que viven en la más deplorable ignorancia, sin saber leer ni escribir, y sin el menor principio religioso. Id, buscad a estos nuestros hermanos, a quienes la miseria y la desgracia llevó a tierra extranjera..."

Después empezaría la evangelización de Patagonia:

"De este modo iniciamos una gran obra, no porque creamos que se pueda convertir al mundo entero en pocos días, no. Pero, ¿quién sabe si esta partida y esta pequeña simiente no se convertirán en una gran-

diosa planta? ¿Quién sabe si no será como un granito de mijo o de mostaza que se vaya extendiendo poco a poco y haya de producir un gran bien?"

Al acabar, les dio Don Bosco su abrazo paternal a todos. La conmoción fue enorme cuando los diez misioneros atravesaron la Iglesia, por entre jóvenes y amigos. Todos se apretaban junto a ellos. Don Bosco llegó el último al umbral de la puerta. Era un espectáculo grandioso: la plaza atestada de gente, una larga fila de coches que esperaba a los misioneros, la claridad de las linternas que iluminaba la noche. Lemoyne, que estaba cerca de Don Bosco, le dijo:

— Don Bosco, ¿empieza a cumplirse el *Inde exhibit gloria mea* (*De aquí saldrá mi gloria*)?

— Es verdad, —contestó Don Bosco profundamente conmovido.

Eran unos momentos en los que se podía perder el sentido de la justa medida. Pero Don Bosco tiene bien fijos los pies en el suelo. Hacía pocos meses que había dicho: "¿Qué es nuestro Oratorio de Valdocco en medio del mundo? Un átomo. Y, sin embargo, da tanto quehacer, y se piensa desde este rinconcito enviar gente para un lado y para otro. ¡Oh, la bondad de Dios!"

Cada misionero llevaba consigo un papelito con "20 recuerdos especiales" escritos por Don Bosco. Los había escrito a lápiz en su cuaderno durante un reciente viaje en tren, y los había hecho copiar para todos. Son la verdadera "esencia" de cómo quería Don Bosco que fueran los misioneros salesianos. Transcribimos los cinco más señalados:

1. Buscad almas, no dinero, ni honores, ni dignidades.

5. Cuidaos especialmente de los enfermos, los niños, los viejos y los pobres, y os ganaréis la bendición de Dios y la benevolencia de los hombres.

12. Haced de modo que el mundo conozca que sois pobres en el vestido, en la comida, en la habitación, y seréis ricos a los ojos de Dios y os haréis los amos de los corazones de los hombres.

13. Amaos entre vosotros, aconsejaos, corregíos, pero no os tengáis envidia ni rencor; más aún, el bien de uno sea el bien de todos; las penas y los sufrimientos de uno se consideren como penas y sufrimientos de todos, y busque cada uno alejarlas o mitigarlas.

20. En las fatigas y en los sufrimientos, no olvidéis que tenemos un gran premio preparado en el cielo. Amén.

El mismo 11 de noviembre, acompañó Don Bosco a los misioneros hasta Génova, donde embarcaron el 14 en el barco francés *Savoie*.

Recuerda un testigo presencial que Don Bosco tenía las mejillas coloradas del esfuerzo que hacía por contener su emoción.

No se perfilaba un fácil porvenir. Pero don Cagliero llevaba consigo un papel en el que Don Bosco había escrito: "Haced lo que podáis: Dios hará lo que no podamos hacer nosotros. Confiadlo todo a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, y veréis qué son milagros".



Don Bosco retratado con sus primeros misioneros (1875).

## Patagonia, tierra prometida

---

Arribaron a Buenos Aires el 14 de diciembre de 1875 y se encontraron cercados de amigos. Con el arzobispo de la ciudad y los sacerdotes, había doscientos emigrantes italianos, que les tributaban alegremente la bienvenida. Y se encontraron, además, con un grupo de ex-alumnos del Oratorio de Valdocco.

Pero quedaron pasmados "ante el espectáculo de una población de buena índole y buenas tradiciones, respetuosa con los sacerdotes, generosa del todo, pero extremadamente ignorante y necesita como ninguna otra de asistencia religiosa. De acuerdo con sus primeras cartas, casi 30.000 italianos en Buenos Aires y casi 300.000 por toda Argentina, estaban abandonados a sí mismos dada la penuria de sacerdotes, compatriotas. Don Cagliero y sus hermanos se sintieron como la lluvia ávidamente absorbida por un terreno reseco" (P. Stella).

A los pocos días, los salesianos se dividieron en dos grupos, como quedó dispuesto antes de salir de Turín: don Cagliero, con otros dos, estableció su residencia junto a la Iglesia dedicada a la Madre de la Misericordia, para atender la parroquia poblada de inmigrantes italianos; don Fagnano, con los otros seis, siguió hasta San Nicolás, para abrir el colegio.

En Buenos Aires fue providencial el Oratorio festivo, que se abrió inmediatamente. Faltaba del todo en la gran ciudad la asistencia a los muchachos. "Don Cagliero y sus colaboradores se asombraron al encontrarse rodeados agradablemente por los muchachos, generalmente italianos, que, al invitarles a santiguarse, miraban asombrados por no comprender qué se les decía, y al preguntarles, si iban a misa los días de fiesta, respondían que no se acordaban, porque tampoco sabían cuándo era o no era domingo" (P. Stella).

Faltaban escuelas por todas partes, tanto que, a las pocas semanas, llovían sobre don Cagliero las peticiones de Argentina y hasta del vecino Uruguay. El Delegado Apostólico de Montevideo, a la par que le

exhortaba para que fueran los salesianos, le comunicaba cifras dolorosas: en todo Uruguay, extenso como la mitad de Italia, no había un seminario, ni pequeño ni grande. Ni un sólo seminarista. En la capital no había ni una escuela católica.

### **¿Pero y los salvajes?**

El pensamiento de los salvajes, que había empujado a muchos de ellos a surcar el mar, por el momento quedó de lado. La "misión" verdadera estaba allí, en aquella ciudad donde la evangelización era urgentísima.

Don Cagliero fijó su atención en tres obras que le parecieron urgentísimas. Ante todo, una escuela profesional; "una casa de *artes y oficios* marcaría época, sería un suceso a señalar en la historia nacional, llenaría de admiración a toda la República, haría un bien inmenso" (carta a Don Bosco, 5 de febrero de 1876). Luego, un colegio en Montevideo: el primer colegio cristiano en la capital del Uruguay. Finalmente, una obra para muchachos en el barrio más pobre de Buenos Aires, "La Boca", habitado por italianos y dominado por la masonería.

Ni un sacerdote se atrevía a pasar por las calles de aquel barrio. Don Cagliero se presentó allí enseguida, reunió un grupo de muchachos repatiéndoles medallas de María Auxiliadora y logró hablar con algunas familias. El arzobispo que se enteró, le dijo:

— Ha cometido una gran imprudencia. Yo no he ido nunca, por allí, ni permito a ninguno de mis sacerdotes que vaya. Se expone a graves peligros.

— Sin embargo, yo siento la tentación de volver.

Y, en efecto, dos o tres días más tarde volvió. Los muchachos corrieron a su encuentro gritando en genovés: "¡El cura de las medallas!" Entonces se repitieron las mismas escenas de Don Bosco en los arrabales de Turín: "Se la daré al mejor... Al peor... ¿Sabéis santiguaros? ¿Y el Avemaría?..."

Hombres y mujeres salían a la puerta para ver a aquel cura que se atrevía a mezclarse con sus granujillas, y que les prometía un patio con juegos, cantos, músicas y alegría.

Pero, desde Valdocco, pedían insistentemente noticias de los salvajes. "Patagonia —escribe Eugenio Ceria, testigo directo— era una palabra que inflamaba la imaginación juvenil. ¡Eran muchos los que soñaban aventuras entre los indios, haciendo correrías por aquellas tierras libres!" Don Bosco tenía que alimentar aquellas fantasías juveniles sin dejar perder el entusiasmo.

Y los misioneros enviaban en sus cartas noticias recogidas de una y otra parte. Muy inexactas al principio, un poco más precisas después. Una carta del 10 de marzo de 1876 decía:

"Las condiciones materiales y espirituales de los indios, o sea, de las tribus de las Pampas y los patagones, nos llenan el alma de profunda amargura. Los caciques o *jefes* de estas tribus andan en guerra contra el gobierno. Se lamentan de vejaciones y violencias, eluden las tropas acantonadas para su represión, saquean el campo, roban, y armados de carabinas *Remington* toman prisioneros a hombres, mujeres y niños, caballos y ovejas. Los soldados del gobierno, por el contrario, les hacen guerra a muerte, de modo que los ánimos de unos y otros, lejos de acercarse, se exasperan cada vez más y se agitan recíprocamente. Otra cosa sería, sin duda, si en vez de soldados se enviase una partida de Capuchinos u otros misioneros: se salvarían muchas almas y el florecimiento y el bienestar social pondrían su pie entre aquellos salvajes. En el estado de lucha y de irritación en que se encuentran los indios contra el gobierno, es muy poco o nada lo que pueden hacer los misioneros..."

### **Llegan "muchachos" de Turín**

Don Bosco, desde Valdocco, comprende la situación: Buenos Aires, saturada de inmigrantes, le recuerda el Turín lleno de muchachos que llegaban de los valles, cuando él era un sacerdote joven.

Prepara una segunda expedición. Para que, allá lejos, pueda don Cagliero fundar las obras que parecen más urgentes, el 7 de noviembre de 1876 envía a América 23 salesianos. Figuran, entre ellos, don Bodrato y don Luis Lasagna (el "muchacho del cabello rojo"), que darán gran impulso a la obra salesiana. Es un esfuerzo que cuesta sangre a la joven y todavía débil Congregación. Escribe a don Cagliero: "Esta expedición nos ha endeudado hasta el cuello, pero Dios nos ayuda y nos arreglaremos".

Don Bosco no quiere que se arrincone el plan inicial: la evangelización de los indios.

Propone un plan que, desde lejos parece puede funcionar: abrir colegios en las ciudades limítrofes con las tierras de indios, tomar en ellos a los hijos de los salvajes, acercar por su medio a los adultos, "mientras se cuidan las vocaciones eclesíásticas que por ventura se manifiestan entre los alumnos. De esta forma espera poder preparar misioneros para Pampas y Patagones. Los salvajes se convertirían de este modo en evangelizadores de los mismos salvajes".



Pero este plan no funciona en la realidad. Don Costamagna, don Fagnano, don Lasagna realizan correrías misioneras muchos kilómetros adentro de los centros de la vida nacional, entre colonias semiperdidas, por las inmensas llanuras, pero no se tropiezan cara a cara con ningún salvaje. No existen "esas ciudades limítrofes con las tierras de indios". Para llegar a las tierras de los indios hay que aventurarse con los mercaderes, que viajan hacia el Sur en caravanas o en veleros, que recorren más de mil kilómetros. Por allí existen aglomerados de algunas casas y muchas barracas que serán las ciudades del mañana.

En noviembre de 1877, envía Don Bosco a Argentina el tercer grupo de salesianos: son 18. Alguno la ha motejado "la cruzada de los niños", porque van en ella ocho clérigos jovencísimos. Pero los resultados le darán razón.

Por primera vez, van con los salesianos las Hijas de María Auxiliadora: un grupito nada más, una de sus acostumbradas "cosas de nada", con las que Don Bosco inició empresas gigantescas. Tras las primeras FMA (que Madre Mazzarello ha acompañado hasta el barco) surcarán los mares millares de misioneras.

El Arzobispo de Buenos Aires comprende que Don Bosco está haciendo en favor de su diócesis "algo que sobrepasa los límites de lo posible". Y quiere demostrar su agradecimiento. Para secundar sus deseos envía a su vicario, Mons. Espinosa, y dos salesianos a una excursión hasta Patagonia, a las tierras de los indios. De este modo podrá Don Bosco tener finalmente las ansiadas noticias de "sus salvajes".

El 7 de marzo de 1878, a orillas del Panamá, se embarcan don Costamagna, don Rabagliati y el vicario en un vapor con rumbo al Sur. Desembarcarán en Bahía Blanca (mil kilómetros, hasta Patagones, junto al Río Negro (que divide la Pampa de Patagonia).

La tentativa no solamente falló, sino que estuvo a punto de convertirse en tragedia. Se desencadenó una tormenta. El viento *pampero* sacudió y agitó durante tres días y dos noches el vapor, con tal ímpetu, que, al fin, maltrecho, hubo de volver al puerto de Buenos Aires.

La carta llena de colorido con que don Costamagna describió a Don Bosco la tempestad, alcanzó un éxito fabuloso entre los muchachos de Valdocco y los lectores del *Boletín Salesiano*.

### **"La cruz va detrás de la espada: ¡Paciencia!"**

La segunda expedición hacia tierras de indios inicióse el 16 de abril de 1879. Julio Roca, general y ministro de la guerra, partía hacia el Sur

con 8.000 soldados. Era una amplia expedición de "rastreo" contra las tribus indígenas que continuamente suscitaban motines y guerrillas.

En expediciones anteriores habían sido destrozados muchos indios y otros llevados a Buenos Aires y repartidos como esclavos entre las familias. En las tribus sobrevivientes reinaba odio profundo contra los blancos. Era fácil prever que, antes de rendirse, habrían preferido dejarse exterminar. También era fácil prever que a los soldados se les dejaría llegar a las matanzas de costumbre.

El ministro de la guerra quiso intentar el empleo de los "medios morales". Pidió al arzobispo sacerdotes para que actuaran como capellanes militares con la tropa y como misioneros con las tribus indígenas. El arzobispo le envió a su vicario y a los salesianos don Costamagna y don Botta.

"A don Costamagna no le gustó mucho esta solución —escribe por aquellos días don Bodrato a Don Bosco—. Tiene miedo de que el sacerdote, mezclado con los soldados, aleje del Evangelio a aquella gente. De todos modos, ahora más que nunca, es necesario rezar por ellos".

Buenos Aires, Azul, Carhué, Choele-Choel, Patagones. Cerca de 1.300 kilómetros a caballo o en carros que se bamboleaban como en el Far West. Es el primer "viaje misionero" realizado por dos salesianos, que está narrado con vivacidad populachera en las cartas que don Costamagna envía durante el trayecto a Don Bosco. Se leen con enorme emoción en Valdocco y se publican después en el *Boletín* y en los periódicos católicos, despertando entusiasmos sin límites.

Copiamos algunos fragmentos.

"En compañía del ministro de la guerra y de muchos militares hemos partido de Azul, última población de Argentina, ya que después de ella empieza el gran desierto de las Pampas.

La cruz va detrás de la espada. ¡Paciencia! El arzobispo lo ha aceptado y nosotros hemos inclinado la cabeza. Se nos asignó un caballo y un carro para todos: en él van el altar, un armonio y nuestras maletas.

El primer día vimos, de cuando en cuando, los *toldos* o cabañas hechos con pieles de animales. Pertenecen a indios Pampas, ya casi civilizados. Son de color moreno, cara ancha y achatada. Al pasar junto a ellos les saludamos con alguna palabra de su lengua, y seguimos adelante a través del desierto.

Carhué es una estación en medio del corazón del desierto Pampa, línea fronteriza entre Argentina y las tribus de los indios. La estación se compone de una fortaleza construida con adobes, unas cuarenta casas y *toldos* de dos tribus de indios, los de *Eripaylá* y los de *Manuel Grande*. Me dieron un caballo y llegue hasta aquellas tribus.

Al acercarme a los *toldos*, no dejaba de latirme el corazón: ¿cómo haré? Cuando hete aquí que sale a mi encuentro el hijo del cacique *Eripaylá*, el cual por suerte, sabe hablar castellano. Me recibió cordialmente y me acompañó hasta su padre, haciéndome de intérprete. El cacique me acogió bondadosamente y me dijo que su deseo era que todos se instruyesen en la religión católica, y recibiesen el bautismo. Sin más, yo reuní a los chiquillos y empecé el catecismo. Con un poco de esfuerzo les enseñé la señal de la cruz...

En Carhué administramos unos cincuenta bautismos a muchachos indios y unos veinte a los hijos de cristianos y ¡ojalá nos hubiéramos podido quedar allí al menos un mes! Pero el ministro nos rogó que le siguiéramos. De mala gana partimos, con el vivísimo deseo de volver lo antes posible...

Continuamos el camino por el desierto, no sólo en compañía del ejército, sino también con grupos de tribus de indios, que, por orden del ministro, debían trasladar sus *toldos* a Choele-Choel, para formar en aquellos nuevos confines un nuevo pueblo. El desierto y siempre el desierto, durante todo un mes...

El 11 de mayo, después de atravesar valles y montes, lagunas y torrentes llegamos, por fin, a Río Colorado, que, poco más o menos, puede ser de grande como nuestro río Po, en Turín. A sus orillas celebramos la santa misa. Pedí y obtuve seguir con los de la vanguardia, de forma que, dejando atrás el convoy de los carros, anticiparía la llegada a Río Negro. Marché durante tres días a caballo por entre bosques de espinos, teniendo que hacer de todo para lograr que la sotana no quedara hecha un jirón. El 24 de mayo por la mañana, me levanté con el alba y, después de sacudir la escarcha caída sobre lo que debería llamar mi cama, me calenté junto al fuego y partí luego a caballo, hasta llegar, ora trotando, ora galopando a Choele-Choel. A las 16,34, en el momento en que el sol se ponía tras la Cordillera, echaba pie a tierra a orillas del Río Negro, esto es, a orillas de la Patagonia, que aquel río divide de la Pampa. Y entoné en el fondo de mi alma un himno de acción de gracias a nuestra querida Madre María Auxiliadora, en el día de su fiesta..."

## **A la caza del hombre**

"Al día siguiente busqué enseguida en Choele-Choel a los indios prisioneros de guerra, para catequizarles. La miseria en medio de la cual les encontré es algo de pena. Algunos estaban semidesnudos, no tenían

*toldos*, dormían al aire libre sin abrigo. Pobrecitos. Al verme llegar se me acercaron hombres y mujeres, chicos y chicas...”

Los misioneros llegaron hasta Patagones, centro de 4.000 habitantes junto al Río Negro, y desde aquí volvieron a Buenos Aires a fines de julio.

Pero la campaña militar del Río Negro siguió durante casi dos años, hasta abril de 1881. Víctimas del miedo y de la desesperación, los indios huyeron a través de la Cordillera hacia Chile o se sometieron. El fiero cacique Manuel Namuncurá, con pequeños grupos de indios guerreros, huyó hacia la Cordillera y se refugió en un alto valle.

A partir de aquel momento se acabaron las unidades militares indias. Las agrupaciones que quedaron, reducidas por el miedo y la pobreza, fueron objeto durante los años siguientes de la caza silenciosa y despiadada, que hacía de ellos esclavos para las factorías o simplemente los eliminaban.

El 5 de agosto de 1879, el Arzobispo de Buenos Aires ofreció a Don Bosco la misión de Patagones. Don Bosco encargó a don Costamagna que tratara seriamente con el arzobispo “sobre la apertura de una casa central de Hermanas y Salesianos. Yo me ocuparé del personal y a la par de todos los medios materiales”.

En la carta-aguinaldo a los Cooperadores, fechada el 1 de enero de 1880, anunciaba la apertura de la misión en Patagones: “He aceptado lleno de confianza en Dios y en vuestra caridad”.

En la hoz del Río Negro, sobre orillas opuestas, habían crecido dos conglomerados de casas: Patagones y Viedma. El 15 de diciembre de 1879, partieron de Buenos Aires dos grupitos de salesianos. Se les habían confiado las misiones de Patagones y Viedma. Don Fagnano, párroco de Patagones, con dos sacerdotes más, dos Hermanos coadyutores y cuatro Hermanas, tendría que pensar en todas las colonias y tribus entre el Río Negro y el Río Colorado: un territorio llamado “La Pampa”, tan amplio como la alta Italia. Don Milanésio, párroco de Viedma, tendría que ocuparse de los habitantes al sur del Río Negro, en la zona llamada Patagonia.

Don Fagnano tomó como táctica la de *“hacer venir a nuestra casa el mayor número de gente posible”*. En el espacio de 10 meses levantó dos escuelas para niños y para niñas. La primera hornada fue de 88 muchachos, entre los que había algunos hijos de indios.

Don Milanésio adoptó una táctica totalmente distinta, *“ir a buscar a la gente a su casa”*. Montó a caballo y corrió a la busca de los indios. Aprendió pronto su lengua, reunió a muchas tribus y se hizo su amigo, salvó grupos y familias aisladas de los abusos de los blancos. Con su

barba al viento se convirtió en la figura típica del misionero pionero. Los indios le tenían confianza y le reverenciaban. Llegaron a invocar su nombre como una palabra mágica, cuando los blancos, llamados "civilizados" les maltrataban.

Las tácticas de los dos grandes misioneros se completaron perfectamente. Viedma y Patagones se convirtieron en la sede de eficientes escuelas y colegios donde se preparaba una nueva generación de ciudadanos: honestos, cristianos, respetuosos con los indios. Y fueron los puntos estratégicos desde donde los misioneros itinerantes, siguiendo el curso de los ríos, llegaban hasta los valles, colinas y montañas, para visitar los *toldos* de los indios y las *haciendas* de los colonos blancos.

Manuel Namuncurá, el último cacique araucano, cuando se decidió a tratar de su entrega al gobierno argentino, eligió como mediador de paz a don Milanesio. Bajo su protección, el cacique depuso las armas en el fuerte Roca el 15 de mayo de 1883. A cambio recibió el título, insignias y paga de coronel del ejército.

## **"Yo veía en las entrañas de las montañas**

Aquel mismo año, 1883, a miles de kilómetros de distancia, vio Don Bosco, en un nuevo sueño, el porvenir de América del Sur y de sus misioneros.

"...Miraba desde las ventanillas del carruaje, y veía escapar ante mí una gran variedad de estupendas regiones. Bosques, montañas, llanuras, ríos majestuosos y larguísimos... Durante más de mil millas fuimos siguiendo las orillas de una floresta virgen, todavía inexplorada...

Yo veía en las entrañas de las montañas y en la profundidad de las llanuras. Tenía bajo mis ojos las incomparables riquezas de aquellos países que un día serán descubiertas. Veía numerosas minas de metales preciosos, minas inagotables de carbón mineral, depósitos de petróleo tan abundantes como nunca, hasta el momento, se encontraron en otros lugares...

El tren reemprendió la carrera a través de la Pampa y la Patagonia... Llegamos al estrecho de Magallanes. Descendimos. Teníamos delante a Punta Arenas. El suelo estaba, durante varias millas, cubierto de carbón mineral, de tablones, vigas, leña, montones inmensos de metal, parte en bruto y parte trabajado. Mi amigo señaló todo aquello y dijo: "Lo que ahora es un proyecto, un día será realidad".

Concluí así: "He visto bastante. Ahora llévame a ver a mis salesianos de Patagonia".

Volvimos a la estación y subimos al tren. Después de haber recorrido un larguísimo trecho de vía, la máquina se paró ante un poblado considerable. Descendí y enseguida me encontré con los salesianos...

Me metí entre ellos. Eran muchos, pero yo no les conocía y no había entre ellos ninguno de mis antiguos hijos. Todos me miraban extrañados, como si fuera un forastero, mientras yo les preguntaba:

— ¿No me conocéis? ¿No conocéis a Don Bosco?

— ¡Oh, Don Bosco! Sólo le conocemos de fama, no le hemos visto nada más que en los retratos. En persona, no.

— ¿Y dónde están don Fagnano, don Costamagna, don Lasagna, don Milaneseo?

— No les hemos conocido. Esos son los que vinieron antaño. Son los primeros salesianos que llegaron a estas tierras desde Europa. Pero ya han pasado muchos años desde que murieron.

Ante tal respuesta pensé maravillado:

— Pero ¿esto es un sueño o realidad?

Subimos de nuevo al tren, silbó la máquina, y tomó dirección Norte... Durante muchísimas horas avanzó a orillas de un río larguísimo. El tren iba ya por la orilla derecha, ya por la izquierda. Mientras tanto aparecían a ambas márgenes numerosas tribus de salvajes. Mi acompañante repetía:

— ¡Esta es la mies de los salesianos! ¡esta es la mies de los salesianos!

Durante aquel largo y fantástico sueño, el misterioso acompañante de Don Bosco le predijo el tiempo de la completa "redención" de los pueblos salvajes de América del Sur.

— Estará cumplida antes de que pase la segunda generación. Cada generación comprende 60 años.

Le indicó también el método a seguir por los misioneros:

— Con el sudor y con la sangre".

## **El último misionero de Don Bosco**

Lo tuvo en Barcelona, la noche del 9 al 10 de abril de 1886. Lo contó, con voz entrecortada por el cansancio y la emoción, a don Rúa y a su secretario don Viglietti. Es una visión grandiosa y serena del futuro.

Transcribimos los párrafos que nos parecen esenciales, sacados de los apuntes tomados por los dos oyentes:

"...Desde una cumbre dirigí la mirada hacia el fondo del horizonte. Y vi una cantidad inmensa de chiquillos, los cuales, corriendo en torno a mí, iban diciendo:

— Te hemos esperado tanto, tanto... y finalmente estás con nosotros. ¡Estás con nosotros y ya no te escaparás!...

Una pastorcilla que guiaba un inmenso rebaño de corderos, me dijo:

— Mira. Mirad todos vosotros. ¿Qué veis?

— Veo montañas, después mares, después colinas y otra vez montañas y mares.

— Leo —decía un muchacho— Valparaíso.

— Yo leo —decía otro— Santiago.

— Pues bien —siguió Ella—, parte de aquel punto y verás lo que tienen que hacer los Salesianos en el porvenir. Tira una línea y mira.

Los muchachos, aguzando la mirada, exclamaron a coro:

— Leemos Pekín.

— Ahora —dijo la pastorcilla— tira una sola línea desde un extremo al otro, de Pekín a Santiago, pon un centro en medio de Africa, y tendrás idea exacta de lo que tienen que hacer los salesianos.

— Pero ¿y cómo hacer todo eso? —exclamó Don Bosco—. Las distancias son inmensas, los lugares difíciles y los salesianos pocos.

— No te apures. Esto lo harán tus hijos, los hijos de tus hijos y los hijos de éstos... Tira una línea desde Santiago al centro de Africa. ¿Qué ves?

— Diez centros de estaciones.

— Pues bien, estos centros que ves formarán estudiantados y noviciados y darán una multitud de misioneros para atender a estas tierras. Vuélvete ahora de la otra parte. Aquí ves otros diez centros desde el centro de Africa hasta Pekín. También estos centros proveerán de misiones a todas estas tierras. Allí está Hong-Kong, allí Calcuta, más allá Madagascar. Estos puntos y muchos otros tendrán casas, estudiantados y noviciados".

Cuando Don Bosco llegó al final de su carrera terrena, trabajaban en América latina 150 salesianos y 50 FMA. Se habían colocado en cinco naciones: Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Ecuador. Se había realizado una gran labor en 13 años.

---

## Don Bosco y el Arzobispo Gastaldi

Hablando con el canónigo Colomiatti, dijo Don Bosco en 1882, estas palabras sobre el Arzobispo de Turín Lorenzo Gastaldi:

— Ahora ya no le falta más que ponerme un cuchillo sobre el corazón.

Es una afirmación gravísima, capaz por sí sola de bloquear la “causa de beatificación” de cualquiera que la hubiese pronunciado. Y, sin embargo, los expertos de la Santa Sede, después de haberla examinado al microscopio durante mucho tiempo, declararon igualmente que las virtudes de Don Bosco eran heroicas: *todas* las virtudes, hasta la de la paciencia. En aquellas palabras no encontraron ningún insulto contra su Arzobispo, y ni siquiera un acto de rabia o de impaciencia. Solamente el desahogo humanísimo de un pobre sacerdote que ha llegado al límite (no “más allá del límite”) del aguante.

Narramos en este capítulo sucesos que fueron tenidos como “escabrosos” en el pasado y, en consecuencia, fueron callados o pasados por alto por los biógrafos de Don Bosco.

Creemos que los cristianos de hoy han madurado y han llegado a adultos. Esperamos no sirva de escándalo, sino que, por el contrario, resulte constructivo, conocer cómo también los más grandes “hombres de Dios” se equivocaron. Cómo en el nombre de Dios hayan podido, no sólo sufrir sino también hacer sufrir. Porque sobre la faz de la tierra no somos más que unos pobres hombres, sea cual fuere la divisa que nos cubre o los galones de la bocamanga.

### **La frialdad de monseñor Riccardi**

El largo, y humillante conflicto con su Arzobispo, atormentador como una corona de espinas, lo tuvo Don Bosco durante los años de sus más espléndidas realizaciones.



Monseñor Fransoni murió en el destierro, en Lyon, en 1862. Había ordenado sacerdote a Don Bosco, había visto nacer y crecer su obra, le había apoyado siempre. Había llamado al Oratorio "la parroquia de los muchachos que no tienen parroquia".

A causa de las contiendas políticas, Turín no tuvo nuevo Arzobispo hasta 1867. Y fue monseñor Riccardi, de la familia de los condes de Netro. Tenía siete años más que Don Bosco y eran los dos muy amigos. Era obispo de Savona cuando recibió el nombramiento para Turín. Don Bosco fue a visitarle y él le echó los brazos al cuello. Le dijo que conocía su notable capacidad de trabajo con los jóvenes y el bien que estaba haciendo, juntamente con sus sacerdotes, en el "Pequeño Seminario" de Mirabello. Llevaba un plan preciso para Turín: encomendarle la reforma de los seminarios menores de Giaveno y Bra. y la reestructuración del seminario de Chieri.

Pero algo se rompió, en el primer encuentro que tuvieron en Turín. Don Bosco le manifestó que había fundado una Congregación religiosa en 1859, y que la Santa Sede le había dado la primera aprobación con el "decreto de alabanza" en 1864. Monseñor Riccardi se cayó de las nubes. Díjole, un tanto molesto:

— Yo creía que su institución era diocesana, y por consiguiente dependiente únicamente de mí. Creía que usted trabajaría totalmente en mi diócesis...

El estupor y la amargura de monseñor Riccardi son muy comprensibles: en un momento en el que, tras tantas desgracias, se buscaba reunir las fuerzas de la diócesis, y crear una fuerte unidad en derredor del obispo, Don Bosco parecía escapársele. El dirigía sus tiros a una misión mayor, y miraba más a la Iglesia que a la diócesis de Turín.

La frialdad de monseñor Riccardi hacia Don Bosco y su obra fue en aumento durante los tres años siguientes.

Mientras había estado cerrado el seminario metropolitano, muchos seminaristas se refugiaron en Valdocco y otros en el Cottolengo. Esto había ganado muchas simpatías a Don Bosco, haciendo aparecer el Oratorio como una ciudadela providencial, refugio de las jóvenes esperanzas del clero turinés.

Ahora cambiaba la situación radicalmente. El 11 de septiembre de 1867 escribía el Arzobispo a Don Bosco:

"No permito más que mis seminaristas den clase y repaso, o vigilen en los dormitorios o hagan de prefectos. Y esto para favorecer a los seminaristas en sus estudios. He establecido también que no se darán las Ordenes Sagradas nada más que a los que viven en el seminario".

Empezó el tiempo nublado para Don Bosco: muchos seminaristas, que no tenían intención de quedarse para siempre con Don Bosco, dejaron el Oratorio y volvieron al seminario. Los ya ligados a él por los votos pensaban con aprensión cuándo podrían ellos llegar al sacerdocio.

Don Bosco fue a hablar con monseñor Riccardi, y le dijo con cierta pena:

— De acuerdo con sus órdenes, los sacerdotes jóvenes deben ir al Convictorio Eclesiástico y los seminaristas al seminario. ¿Y Don Bosco tendrá que quedarse solo con todos sus muchachos?

El Arzobispo mantuvo su posición. Por fortuna no estuvo mucho tiempo tensa la cuerda. El 1 de marzo de 1869 la Santa Sede aprobó oficialmente por decreto (solicitado vivamente por Don Bosco) la Sociedad Salesiana. Por otro decreto se concedía a Don Bosco, durante diez años, la facultad de conceder las "dimisorias" a los seminaristas ingresados en el Oratorio antes de los 14 años. Lo que significaba que todo el que había estado en el Oratorio desde chico, podía ser presentado por Don Bosco para recibir las Ordenes con un certificado suyo de garantía (*dimisorias*) aún cuando no hubiese pasado por el seminario.

Monseñor Riccardi murió en octubre de 1870.

### **"Usted lo quiere, yo se lo doy"**

Pío IX apreciaba mucho a Don Bosco y le consultó para la elección del nuevo Arzobispo de Turín. Don Bosco propuso a monseñor Lorenzo Gastaldi, obispo de Saluzzo. Eran muy amigos y había ayudado mucho a su Congregación. Pío IX, que conocía el carácter violento de Gastaldi, no era del mismo parecer. Pero ante las insistencias de Don Bosco, el Papa (según testimonio de Amadei), acogió la propuesta diciendo:

— Usted lo quiere, yo se lo doy. Le encargo haga saber a monseñor Gastaldi que ahora le hago Arzobispo de Turín, y dentro de un par de años, le haré algo más. (*Era una señal bastante clara de la púrpura cardenalicia*).

A Don Bosco le faltó tiempo para telegrafíar a monseñor Gastaldi:

"Excelencia, tengo el honor de ser el primero en participarle que será nombrado Arzobispo de Turín".

Apenas volvió Don Bosco de Roma, voló monseñor Gastaldi a Turín. "Se tropezó con don Lemoyne, le abrazó y subieron juntos. No podía estarse quieto. era víctima de una vivísima impaciencia. Aparece Don Bosco. Le toma el obispo por la mano, le acompaña y queda a solas

con él largo tiempo en íntimo coloquio" (*M.B.* vol. X, pág. 446). Con cierta sombra de imprudencia, al terminar la conversación, Don Bosco le dejó entender que él había contribuido al nombramiento. Le comunicó las palabras precisas del Papa: "Ahora Arzobispo, y dentro de un par de años algo más". Monseñor cortó: "Dejemos hacer a la divina Providencia". Era un acto de humildad, pero también un velo de susceptibilidad.

Se podía ciertamente decir que la amistad de Don Bosco con Gastaldi era una amistad a prueba de bomba. La madre del obispo había trabajado durante muchos años en el Oratorio, y consideraba a Don Bosco como un hijo (Don Bosco y monseñor Gastaldi eran de la misma edad).

Cuando Don Bosco anduvo a la caza de un obispo que le recomendase en Roma, para la aprobación de la Congregación, ya monseñor Gastaldi había escrito una carta hermosísima:

"Doy testimonio de que el Arzobispo Fransoni, mientras estaba en el triste destierro de Lyon, afirmó que consideraba a esta Congregación como una bendición especial del Cielo, puesto que, mientras los seminarios diocesanos eran cerrados, se podían preparar al sacerdocio en ella muchos jóvenes (*11 julio 1867*).

Diez meses más tarde volvía a escribir:

"Dios misericordioso derrama aquí sus bendiciones abundantísimas, aquí se aprecia una misión particular para la juventud... El que suscribe ha visto levantarse, como por milagro, en el seno de la Congregación una Iglesia colosal (*el Santuario de María Auxiliadora*), maravilla de quien la visita, y que, por el gasto de más de medio millón de liras realizado por unos pobres sacerdotes que no tienen nada, resulta un portento que demuestra cómo Dios bendice a esta Sociedad".

En su volumen *Memorias históricas*, había escrito sobre el barrio de Valdocco: "Este territorio está evidentemente bendecido por Dios, dadas las varias instituciones de caridad y de piedad que allí han surgido. Baste decir que en él se admiran la Pequeña Casa de la Providencia y el Oratorio de San Francisco de Sales".

Don Bosco se dirigió a él en toda ocasión como a un amigo fraterno. Llegó a enviarle el proyecto de edificación del santuario de María Auxiliadora, para que lo revisase, y aceptó algunas modificaciones por él sugeridas.

## **Fue un gran Arzobispo**

Monseñor Gastaldi fue uno de los grandes arzobispos de Turín.

Monseñor Duc, obispo de Aosta, traza así su perfil:

"Había nacido para obispo. Su ascendiente de carácter, el vigor de sus proyectos y su voluntad, la extensión de su ciencia, la facilidad de palabra, el fervor de su piedad, su adhesión a la doctrina de Roma, el amor apasionado por las almas y por la santa Iglesia, todo preanunciaba en él al caudillo de un pueblo".

Para tener una idea más global, conviene juntar estas palabras con las de monseñor Re, obispo de Alba, que depuso bajo juramento: "Junto a sus muchas y buenas cualidades, tenía también el Arzobispo una idea un tanto exagerada de su propia autoridad y de su propia ciencia, a más de un carácter pronto, por lo cual, a veces se precipitaba en sus decisiones y después, difícilmente se determinaba a retroceder de las mismas, por miedo a disminuir el prestigio de su autoridad".

Habían pasado los tiempos de los caóticos entusiasmos del "Risorgimento". El Concilio Vaticano I había dado un fuerte golpe de timón hacia la "centralización" de la Iglesia. Cada diócesis se reorganizaba decididamente en derredor de su obispo, el cual dependía directamente del Papa.

Monseñor Gastaldi fue un gran reorganizador de la archidiócesis de Turín. Volvió a dar vida y disciplina al seminario. Juntó en sus manos todas las fuerzas eclesiásticas de la ciudad. En sus cartas pastorales hizo sentir a los fieles los problemas vivos de la Iglesia, y despertó una mayor robustez en la vida de la fe. Baste citar dos ejemplos.

Decía en una pastoral de 1873: "Durante el año último, pasaron a mejor vida 40 sacerdotes diocesanos, y hemos ordenado ¡solamente 14 nuevos sacerdotes! ¿Qué decís a eso, carísimos hermanos y fieles? ¿Qué sucederá con el Clero de aquí a pocos años, si no nos ayudáis y proporcionáis todo los medios con que proveer a esta archidiócesis, con su medio millón de almas, de todos los sacerdotes (y se sobreentiende sacerdotes dignos de tal nombre) que le son necesarios?"

En otra pastoral de 1877 sobre la educación de las niñas dice: "La educación que se limita a cultivar la sensibilidad religiosa de las muchachas, a hacerles amable todo lo que hay de *sentimental* en las prácticas de la fe; que se conforma con imágenes que representan a María Virgen bien compuesta en sus cabellos, luces, ornamentos del altar, esplendorosas funciones, melodías, fragancia de incienso y predicación, que despiertan las simpatías del corazón; pero que no llega al acto del sacrificio, de la abnegación, de la humildad, del perdón por amor de Jesús, no podrá llamarse cristiana más que en un sentido imperfectísimo, no hará nunca muchachas realmente cristianas, realmente imitadoras de Jesucristo".

Tuvo una fuerte y viril devoción a la Virgen. La víspera de su muerte quiso ir al santuario de la Consolata diciendo: "Vayamos a encontrar a nuestra querida Madre, vayamos a ponernos bajo su manto. Bajo el manto de María es consolador vivir y morir".

Cuando llegó al Vaticano la noticia de su muerte (25 de marzo de 1883), el cardenal Nina, protector oficial de la Congregación Salesiana, sintió una gran pena. "Pensé —escribió más tarde— que los últimos actos de su actividad pastoral, cometidos con afrenta de mis pobres salesianos, obstaculizarían su canonización". Y no se piensa en la canozación de una figura corriente.

## **El error fundamental de Don Bosco**

¿Por qué entonces la amarguísima tempestad desencadenada entre Don Bosco y Gastaldi? ¿Por qué llegó a ser tan grave la tensión que hubo que sostener un proceso en el Vaticano, en el que tuvo que meterse el mismo Papa?

Don Bosco cometió un error fundamental, que pagó muy caro. En una larguísima carta, expedida en Borgo San martino, al Arzobispo, con fecha 14 de mayo de 1873, tocó todas las cuerdas para persuadirle de que volviera a ser el querido amigo de otro tiempo. Pero, entre lo demás, escribió estas infelices líneas: "Deseo que S.E. esté informado de cómo ciertas notas, escritas en los Gabinetes del Gobierno por obra de alguien, se hacen correr por Turín. *Consta en estas notas que si el canónigo Gastaldi fue obispo de Saluzzo, lo fue a propuesta de Don Bosco. Si el obispo llegó a ser Arzobispo de Turín, también lo fue a propuesta de Don Bosco*".

El error fundamental de Don Bosco está en haber creído que palabras y actitudes de esa índole iban a suscitar reconocimiento, cuando en monseñor Gastaldi no podían provocar más que una extrema susceptibilidad.

En el momento de la citada carta, las intervenciones del Arzobispo ya habían llegado a extremos dolorosos. Pero Don Bosco también se equivocó escribiéndole aquellas palabras: por aquel camino irritaría cada vez más a monseñor Gastaldi. Debía haberlo comprendido desde los primerísimos días, al cometer el mismo error, aunque en forma bastante contenida. Inmediatamente después del nombramiento le había sugerido, sin que se lo pidiera, el nombre de un provicario en la persona del teólogo Bertagna. Estaba a su lado en el momento de la entrada en la ciudad, y había asegurado haberle obtenido de las autoridades anticlé-

ricales de Turín una entrada solemne (que luego no se realizó). Posiciones de un amigo, para una persona no susceptible, pero posiciones de "padrino" para quien tiene una susceptibilidad desmedida (como testimoniaría monseñor Re).

Apenas llegó a la catedral y subió al púlpito, monseñor Gastaldi afirmó con toda su energía que "su elección era un rasgo inesperado de la divina Providencia, al cual *no había contribuido ningún favor humano*. Era el Espíritu Santo, y sólo él quien le había colocado a la cabeza de la diócesis de Turín". Repitió estas palabras en el mismo discurso, con insólito vigor. Era una señal evidente de que quería sacudirse "todo género de protección". Era también una señal de que no le gustaba la noticia de que había sido Don Bosco quien había obtenido el nombramiento (noticia que corría por la ciudad). El canónigo Sorasio, presente durante el discurso, murmuró:

— ¡Esto va mal para Don Bosco! ¡Malo! (*M.B.*, vol. X, pág. 230).

Amadei escribe que fue aquel "el primer relámpago de la terrible e imprevista tempestad".

Pero la carta del 14 de mayo de 1873 desencadenó la gran tempestad. Monseñor Gastaldi no dirigió jamás aquellas cinco líneas. Hasta a un amigo cualquiera le resulta difícil aceptar que se le diga: "Gracias a *mí* te han concedido la cruz de caballero". A un arzobispo como Gastaldi "con una idea un poco exagerada de su autoridad", aquellas palabras debieron resultarle amargas. Aún cuatro años más tarde, dijo con acento de amargura, al teólogo Tresso, exalumno muy adicto a Don Bosco que buscaba ponerles en paz:

— Se envanece de haberme hecho nombrar obispo; más aún, me escribe una carta echándomelo en cara; pero yo la he enviado a Roma, para que vean al hermoso santo, en quien ponen tanta confianza.

## **Las responsabilidades de los periódicos**

Los periódicos anticlericales husmearon la posibilidad de poner a monseñor Gastaldi y a Don Bosco frente a frente y lo intentaron en toda ocasión. El *Fanfulla* del 16 de octubre de 1871 escribía: "Para el nombramiento de los obispos en las diócesis italianas se ha recurrido a las proposiciones de Don Bosco de Turín, llamado expresamente a Roma". Algún periódico de Milán definió a Don Bosco: "el pequeño papa de Piamonte" (y un arzobispo es bien sabido, debe depender del Papa). La *Gazzetta di Torino*, del 8 de enero de 1874, escribe: "Se encuentra en Roma el célebre Don Bosco. Goza de mucha entrada en

el Vaticano, y el Papa le ve bastante bien. También tiene amplia entrada en el Gobierno". En el número del 6-7 de mayo de 1876, la *Lanterna del Ficcanaso* llega a escribir que el Arzobispo había prohibido a Don Bosco celebrar la Misa porque "tenía demasiadas adherencias con Roma", escapaba a su autoridad y sacaba por engaño las herencias a los moribundos. Y terminaba: "Veremos quién es más poderoso, si Don Bosco o monseñor Gastaldi".

Estas alusiones de la prensa (y muchísimas más que no es posible catalogar) pusieron demasiado vinagre en las heridas.

Puesta solamente en estos términos, la discordia entre Don Bosco y Gastaldi quedaría desfigurada. Jugó mucho en ella la gran popularidad de Don Bosco y la demasiada susceptibilidad de Gastaldi "que no quería parecer en Turín como el vicario de Don Bosco" (palabras dichas al teólogo Belasio en 1876). Pero jugaron también un papel importante otros diversos elementos que intentaremos (con la máxima brevedad) desenredar de una madeja que, durante trece años, se fue enredando cada vez más.

## **El tiempo de poderío**

El Arzobispo hizo grandes cosas para reorganizar la diócesis. Pero a precio humano bastante alto: suspensiones, durezas, decisiones discutibles, formas odiosas.

El paso de los años acentuó todavía más "su temperamento fuerte". El canónigo Sorasio, secretario de la Curia, que hubo de avalar algunas intervenciones pesadas, escribirá en 1917 al cardenal prefecto de la Congregación de Ritos: "Dios me perdone. Era aquél el tiempo del poderío y aún más, por no decir otra cosa".

Suspendía con cierta facilidad a sus sacerdotes de la facultad de celebrar la misa y de confesar (penas gravísimas en el campo eclesiástico). Muchos promovieron procesos en Roma en su contra. En febrero de 1878, había en la Santa Sede unas treinta causas entre monseñor Gastaldi y sacerdotes de la diócesis de Turín.

En los primeros momentos (cuando la cuerda no estaba muy tensa) Don Bosco intercedió en favor de un canónigo de Chieri, algo tozudo pero estupenda persona. El arzobispo le suspendió igualmente de misa y confesión. Fue un escándalo en Chieri, de donde tuvo que salir avergonzado el pobre hombre.

El caso que levantó más ruido fue tal vez el del teólogo Bertagna (el mismo que Don Bosco había sugerido para provicario). Después de 22 años como profesor de teología moral en el Convictorio Eclesiástico, fue destituido de repente en septiembre de 1876. Aguantó en silencio, se refugió en su pueblo de Castelnuovo, mientras el Convictorio perdía autoridad. Víctima de la humillación, don Bertagana cayó gravemente enfermo. A continuación, en 1879, el obispo de Asti monseñor Savio le llamó y le hizo su Vicario General. Era tenido con toda justicia por uno de los moralistas más autorizados de su tiempo. En 1884 el cardenal Alimonda (sucesor de Gastaldi) le consagró su obispo auxiliar y le nombró rector del seminario arzobispal.

El Padre Luis Testa, jesuita con vara alta en Roma, escribía por entonces: "He arreglado muchas divergencias entre monseñor Gastaldi y varias personas poderosas... En Roma están cansados y hartos de todas estas cuestiones de la archidiócesis".

Sin embargo, sería muy superficial tomar a monseñor Gastaldi como a un ogro. Era una persona humilde, generosa, amable. Tenía, como suele decirse, "un corazón de oro". Pero, en los asuntos que empezaba a tratar, en cuanto se sentía investido de su autoridad de arzobispo, le sucedía lo mismo que se ha dado en no pocos en la historia de la Iglesia (creo sea lícito decirlo): se convertía en autoritario, inflexible. Tales personas se hacen "despiadadas en el nombre de Dios". Aparece más en ellas el representante del Omnipotente que no el del carpintero-Hijo de Dios, que se hizo siervo de los siervos, se inclinó a lavar los pies de sus discípulos, y se dejó crucificar en un madero.

### **Primer elemento: la Indisciplina**

La misma inflexibilidad, más dura aún por miedo a aparecer de cara a la diócesis "una creatura de Don Bosco", la empleó con la joven y todavía próxima Congregación Salesiana.

El primer elemento que tomó a pecho fue la "indisciplina" del Oratorio. Estaba "disgustado del fervor volcánico reinante en el Oratorio y en la Sociedad Salesiana —escribe Pedro Stella—, fuertemente sostenido por el brazo de Don Bosco, pero que a personas ajenas podía parecer un complejo clamoroso y caótico de fuerzas desorganizadas que, un mañana, quizá inminente, podría pedir una dolorosa intervención de la legítima autoridad".

También otros, de la misma Turín, habían tenido una impresión negativa de aquel clima de serana familiaridad que constituía la alegría de



Don Bosco. Monseñor Cayetano Tortone, encargado de negocios de la Santa Sede ante el Gobierno de Turín, había escrito en una larga relación en 1868: "Tuve una penosa impresión al ver, durante los recreos, a los clérigos entremezclados con los jóvenes que aprenden oficios de sastre, carpintero, zapatero, etc., correr, jugar, saltar, con poco decoro... El buen Don Bosco, satisfecho de que los clérigos estén recogidos en la Iglesia, se preocupa poco de infundir en ellos los sentimientos de dignidad del estado que quieren abrazar". Según monseñor Tortone, Don Bosco debería haber enseñado a los clérigos a "guardar las distancias" con unos vulgares sastres y zapateros. No había nada más lejos de la sensibilidad de Don Bosco.

### **Otro motivo de tensión**

Parece que monseñor Gastaldi llegó a poner remedio personalmente en aquella "indisciplina". Referimos dos episodios, un tanto misteriosos, que no llegamos a explicarnos del todo, y que descubre, tal vez, otro motivo de "tensión".

Poco después de la entrada del nuevo arzobispo en Turín, Don Bosco cayó gravemente enfermo en Varazze (como ya hemos narrado). Monseñor Gastaldi pidió noticias, y al saber lo serio de la enfermedad, preguntó a don Cagliero:

- ¿Cuántos sois lo que estáis firmes y resueltos en la vocación?
- Más de ciento cincuenta.
- ¿Y si papá Don Bosco muriese?
- Buscaremos un tío que le suceda.
- Muy bien, muy bien. Pero esperemos que Dios le guarde.

"Pareció a don Cagliero —comenta Amadei—, que dado el caso que Don Bosco hubiese muerto, pensaba monseñor que los salesianos se hubieran dirigido a él para la dirección". También fue esta impresión del canónigo Marengo, al que don Cagliero contó la conversación, el cual comentó: "Menos mal que usted no ha dicho más. Cualquier proposición hubiera sido perjudicial para la Congregación".

Cuando Don Bosco volvió curado de Varazze, el Arzobispo fue a saludarle. El canónigo Anfossi, presente en Valdocco, cuenta que, mientras los muchachos se afanaban para improvisar un breve recibimiento en honor de monseñor Gastaldi, vió al Arzobispo bajar por la escalera a paso rápido de manera que, a duras penas le seguía Don Bosco detrás. No prestó atención a los vivas de los muchachos. Se dirigió al coche sin saludar a nadie y se fue. Dije a Don Bosco: La fiesta no

ha acabado bien: ¿Ha pasado algo? Y él respondió: ¡Qué quiere usted! al Arzobispo le gustaría ser la cabeza de la Congregación, y esto no es posible; de todos modos se verá...". (*M.B.*, vol. X, pág. 31).

¿Qué propuso en concreto monseñor Gastaldi? ¿Qué Don Bosco se echase atrás, y se conformase con hacer de los salesianos una congregación diocesana, bajo su alta dirección? Es la opinión más probable. Pero, quizá no sería aventurado pensar si acarició el proyecto de convertirse en cabeza efectiva de la Congregación salesiana. El 1874 escribirá al cardenal Bizzarri: "Don Bosco posee un talento especial para educar a los jóvenes seculares, pero no parece posea cumplidamente el mismo talento para educar jóvenes eclesiásticos". El creía poseer este talento, poder llevar en sus manos sólidamente las riendas de la Congregación y "poner las cosas en su lugar". Don Bosco, ya gastado, hubiera seguido siendo el buen "papá" del Oratorio.

Pasadas, como fuere, estas posibilidades, se puso a exigir a los salesianos una disciplina férrea, que pronto se convirtió en persecutoria. Toda imperfección, toda tardanza, fue sellada por él como "desobediencia", "rebelión", "indisciplina".

Sería de mal gusto descender a muchos detalles: las discusiones no son más que discusiones.

## **Aprobación definitiva de las Reglas**

El 30 de diciembre de 1873 salió Don Bosco para Roma.

Se debatía en la Santa Sede, después de fastidiosos aplazamientos y reflexiones, una cuestión vital para la Congregación Salesiana: la aprobación definitiva de las Reglas.

El Papa nombró una comisión de cuatro cardenales.

Las discusiones, y las sucesivas correcciones del texto, se prolongaron hasta abril. Monseñor Gastaldi intervino en contra de la aprobación, escribiendo al cardenal Bizzarri su opinión, como ya hemos referido: Don Bosco tenía capacidad para educar a la juventud, mas no, para dirigir clérigos y sacerdotes.

A primeros de abril tuvo lugar la votación final de la comisión cardenalicia: tres votos a favor y uno en contra. Pío IX, informado de que faltaba un voto para resolver el debate, dijo:

— Ese voto lo pongo yo.

Era el 3 de abril. Diez días más tarde se publicaba el decreto de aprobación definitiva de las Reglas Salesianas. La Congregación quedaba ya totalmente pendiente del Papa, el cual concedía a Don Bosco,

para diez años, la facultad de presentar a cualquier salesiano para las Ordenes ("dimisorias").

Pero en Turín no cambiaron las cosas.

### **Listas de "medidas punitivas"**

El 16 de diciembre de 1876 Don Bosco hubo de exponer, en una carta al cardenal Ferrieri, los principales "puntos de discrepancia". Helos aquí:

— en septiembre de 1875 Don Bosco fue suspendido de la facultad de confesar (el vicario, canónigo Zappata, comentó en un arranque de ira: "Pero esto ¡sólo se hace con los borrachines!"). Don Bosco tuvo que salir de Turín, porque los jóvenes estaban acostumbrados a confesarse con él. El arzobispo no presentó nunca los motivos de tal disposición;

— prohibición para las casas salesianas de predicar Ejercicios Espirituales a los maestros externos;

— recogida del permiso de predicación a algunos sacerdotes salesianos;

— negativa de participación en las celebraciones más solemnes del Oratorio con la prohibición de invitar a otros prelados (ya la expedición de los primeros misioneros salesianos se celebró sin la presencia de ningún obispo);

— negativa para administrar la confirmación a los muchachos del Oratorio y prohibición de que la administrasen otros obispos.

"Estas medidas suponen graves motivos —comentaba Don Bosco en su carta— que nosotros desconocemos. Y son de escándalo en la ciudad".

El 25 de marzo de 1878, Don Bosco dio a conocer otra lista de "medidas punitivas" al Cardenal Oreglia:

— Don Bosco es amenazado con la suspensión inmediata de confesar, si escribe cualquier cosa desfavorable para el Arzobispo, salvo las cartas al Papa, al Cardenal Secretario de Estado, al Cardenal de la Congregación de Religiosos;

— varios sacerdotes salesianos han sido "suspendidos" y lo están desde hace ocho meses;

— se niega la ordenación a los clérigos salesianos que son presentados, con grave daño para las casas y las misiones salesianas.

Pero también Monseñor Gastaldí enviaba sus "notas" a Roma. "La sucesión sin tregua de denuncias, por cualquier cosa que Monseñor

considerase poco honorable para Don Bosco y su Congregación —escribe E. Ceria— insinuaba el descrédito entre los Cardenales que no tenían conocimiento de los hechos”.

El cardenal Ferrieri, por ejemplo, mantuvo la oposición a los salesianos durante toda su vida, persuadido de que eran “una reunión postiza y provisional de personas”.

Pero lo que más hizo sufrir a Don Bosco fue el hecho de que también Pío IX, siempre amigo y gran protector, fue enfriándose en sus relaciones. “Aquel pintar constantemente a Don Bosco como hombre testarudo y casi facineroso influyó también en el ánimo del Papa”, escribe E. Ceria.

Pío IX murió el 7 de febrero de 1878. Don Bosco que estaba en Roma y golpeaba a derecha e izquierda en busca de una audiencia, no pudo volver a verle.

## **El nuevo Papa somete a prueba a Don Bosco**

El nuevo Papa, elegido el 20 de febrero, fue León XIII. Don Bosco obtuvo la primera audiencia con él, el 16 de marzo. El informe, que inmediatamente después escribió, es triunfal: el Papa acepta ser inscrito como Cooperador, reconoce que en las obras salesianas está “el dedo de Dios”, envía calurosas bendiciones para los misioneros. Solamente en un punto, la relación es superficial: en cuanto “a nuestras cuestiones con el Arzobispo de Turín, dijo que esperaba una relación oficial de la Congregación de Religiosos”.

En el informe privado, que dio a algunos salesianos, Don Bosco habló menos triunfalmente. “Dio a entender claramente todo lo que había sufrido: audiencias impedidas, cartas interceptadas, secretas y patentes oposiciones de distintas partes, palabras duras y mortificantes”.

León XIII, evidentemente, estaba al corriente de las graves controversias que pendían sobre la cabeza del sacerdote de Turín, y si le trataba oficialmente con guantes, caminaba cautelosamente para ver claro. En su derredor había muchos y aguerridos adversarios de Don Bosco.

Uno de los amigos más leales en aquel momento, era el cardenal Alimonda, que buscó un medio para “demostrar” a León XIII la santidad de Don Bosco. Una prueba difícil, en la que brillase todo el valor de aquel pobre sacerdote.

Se intentaba construir en Roma el santuario al Sagrado Corazón de Jesús. Pese al interés personal del Papa, la llamada a los obispos de

todo el mundo, la colectas hechas en muchas naciones, los trabajos estaban parados a flor de tierra.

León XIII estaba desalentado. En aquel momento interviene el cardenal Alimonda:

— Santo Padre, yo propondría un modo seguro para salir airoso en la empresa.

— ¿Cuál?

— Confiársela a Don Bosco.

— Pero ¿aceptará?

— Santidad, conozco a Don Bosco y su ilimitada devoción al Papa. Cuando vuestra Santidad se lo proponga, estoy segurísimo de que aceptará.

Estaba Don Bosco en aquellos momentos cargado de deudas. Construía dos Iglesias: en Turín, la de San Juan Evangelista y en Vallecrosia, la de María Auxiliadora, y andaba comprometido con las obras de tres casas: Marsella, Niza, La Spezia. Tenía 65 años.

El 5 de abril de 1880 el Papa León XIII le hizo llamar. Avanzó la propuesta y le dijo que, si aceptaba, haría algo “santo y gratísimo” al Papa. Don Bosco respondió:

— Un deseo del Papa es para mí un mandato. Acepto el encargo que Su Santidad tiene la bondad de confiarme.

— Pero no podré daros dinero.

— Tampoco yo lo pido. Pido sólo su bendición. Y si el Papa lo permite, edificaremos junto a la Iglesia un oratorio festivo y un gran hospicio, con escuelas y talleres donde puedan ser educados muchos jóvenes pobres, especialmente de aquel barrio abandonado.

— Muy bien. Os bendigo y con Vos a todos los que concurran a esta obra santa.

## **Proceso en el Vaticano**

Las relaciones con el Arzobispo, durante aquellos meses, se deterioraron. Don Bosco, para defender a su Congregación, se vio obligado a llevar la causa al Vaticano, donde se abrió un proceso regular.

La sobrina del Arzobispo, Lorenzina Mazé de la Roche, cuando se trató de la beatificación de Don Bosco, depuso bajo juramento:

“A comienzos del año 1873 hubo dolorosas desavenencias entre Don Bosco y Monseñor Gastaldi, mi venerado tío. Yo supe tales discordias por la voz pública y por las confidencias que Don Bosco nos hacía a mí y a mi madre, exhortándonos a hallar el modo de informar directamente a monseñor Arzobispo de las habladurías que propagaban entre el

Clero, y también por medio de la Prensa, con daño para ambas partes. Estas desaveniencias fueron una espina constante en el corazón de mi madre y en el mío...

En todas las conversaciones tenidas con mi madre y conmigo sobre tal asunto, se veía cuán, intensamente sufría Don Bosco con estas pruebas... Pero siempre hablaba del Arzobispo con tanto respeto y caridad que nos dejaba edificadas.

En mi diario de aquellos años encuentro registradas estas mis palabras: "¿Por qué cambió de este modo Monseñor mi tío?" ¡Ah! el que haya cumplido con el triste oficio de suscitar esta discordia, ciertamente deberá tener gran remordimiento".

A mí me consta que uno de los principales instigadores de tales desconciertos era el Secretario de mi tío el Arzobispo, es decir, el teólogo Tomás Chiuso, fallecido hace varios años, y a él aludo en las anteriores palabras. Invitada a menudo a misa por mi tío el Arzobispo, oí a su Secretario soltar frecuentes pullas y sarcasmos dirigidos a los de Valdocco, o bien: son aquéllos de allá abajo...

Apunté en mi diario estas palabras de Don Bosco: "Ciertamente se tiene toda la voluntad de ser fuertes, de mantener el ánimo en las adversidades, pero a fuerza de acumular disgustos sobre disgustos, el pobre estómago se resiente y se rompe". Nunca ví en mi vida que el rostro de Don Bosco se mudase, pero en aquella ocasión, mientras hablaba, íbase cambiando su cara hasta ponérsele, primero, pálida y, luego, encendida...

Por otra parte, puedo y debo atestiguar también que mi tío Veneradísimo, cuando hablaba conmigo, se mostraba afligido, más que con las palabras, con la expresión de pena de que sus relaciones del momento con Don Bosco no fueran semejantes a las del principio en el Oratorio".

La causa entre Don Bosco y el Arzobispo se vio en el Vaticano el 17 de diciembre de 1881. Tomaron parte en ella 8 cardenales. Dos votaron a favor del Arzobispo, cuatro a favor de Don Bosco. El Papa, después de oír el informe, cerró el debate. "Hay que salvar la autoridad —dijo al cardenal Nina protector oficial de los Salesianos—. Don Bosco es tan virtuoso que se adapta a todo". Era la segunda carta que el Papa intentaba jugar para poner a la luz la santidad de Don Bosco.

### **Cáliz amargo para Don Bosco**

El mismo Papa fijó las condiciones para la "Concordia", con palabras tan calculadas que solamente en los documentos de fina diplomacia se

emplean. La sustancia estaba clarísima, por encima de toda sutileza: a Don Bosco le tocaba escribir una carta pidiendo perdón al Arzobispo, y al Arzobispo responder que era feliz poniendo cruz y raya sobre el pasado.

Don Bosco tragó la amargura. Reunió al Capítulo de la Congregación y leyó el texto de la "concordia". Todos quedaron consternados. Alguno propuso pedir tiempo para pensar sobre ello. Don Cagliero cortó el nudo con su ruda franqueza:

— Ha hablado el Papa y hay que obedecer. El Papa lo ha decidido de este modo, porque conoce a Don Bosco y sabe que puede fiarse de él. No hay que esperar nada: obedecer y basta.

Don Bosco escribió la carta. Recibió la respuesta: "De corazón concedo el implorado perdón".

Inmediatamente después, sin embargo, Don Bosco escribió al cardenal Nina una carta, por la que puede calcularse el "trago" que había tenido que pasar y las amargas consecuencias que estaban en pleno desarrollo:

"Desde la Curia se exaltan las humillaciones por las que han hecho pasar a Don Bosco. Todos esos chismes, corregidos y aumentados, mal interpretados, abaten a los pobres salesianos. Ya son dos maestros, directores de casas, los que piden retirarse de una Congregación que les parece se ha convertido en ludibrio de las autoridades. Otros sacerdotes y clérigos nuestros hacen la misma petición. Yo quiero guardar todavía riguroso silencio, de acuerdo con lo que he escrito a vuestra Eminencia".

## **Sereno y destrozado**

León XIII, el gran Papa de la historia de la Iglesia, tuvo, a partir de este momento, gestos de exquisita simpatía con Don Bosco. El sería quien nonbrase a don Juan Cagliero el primer Obispo salesiano; él quien concediera los "privilegios" que hicieron a la Congregación "exenta" y no para diez años sino para siempre, de la autoridad de los obispos, en la delicada cuestión de las Ordenaciones.

Pero cuando fue elegido Papa encontró en el Vaticano un ambiente hostil contra Don Bosco, y midió su santidad con dos gestos.

Para probar si una piedra contiene oro se la echa en el crisol a temperatura de fusión. Si sale oro, es una piedra de valor; si no, es escoria. Así fue probado Don Bosco. De él salió oro, oro de altísimo valor. Pero su humanidad fue quemada, reducida a cenizas. "A partir de 1884

—citamos a Morand Wirth— Don Bosco no era más que la sombra de sí mismo”.

Tener que pedir perdón al Arzobispo que tanto le había azotado, le costó muchísimo. No había nacido, lo repetimos, para poner la otra mejilla. Se lo imponía, pero con esfuerzo violento. La construcción de la Iglesia del Sagrado Corazón, que había de tragarse un millón y medio de liras, le obligó en los años de su declive físico a fatigas inhumanas.

Don Bosco aceptó, víctima de su fe en el Vicario de Cristo, y por amor a su Congregación que necesitaba absolutamente de la estima del Papa.

Don Bosco salió sereno y destrozado de las dos pruebas. Por ello su Congregación floreció abundantemente: nació de un sacerdote crucificado.



Don Bosco en la finca Martí-Codolar de Barcelona, en 1886. Detrás del Santo aparece don Miguel Rúa inclinado. Esta fotografía, realizada por Joaquín Pascual, es una de las últimas de Don Bosco, y la única cuyo negativo se conserva.



---

## Los grandes viajes: Francia y España

Empezó para Don Bosco "la cruz del Sagrado Corazón".

Mandó, ante todo, a Roma a don Dalmazzo y, después, a don Angel Savio, para hacerse cargo de los trabajos y "comprobar la cuentas". Era costumbre muy difundida en Roma, que "en los trabajos del Papa, hay ganancia para todos". Don Bosco apremia muchas veces a don Dalmazzo en ese mismo sentido: "Falta un revisor para la entrada de materiales", "Hay que vigilar los precios", "¿Quién vigila los materiales que hay que llevar a otra parte?", "Se trabaja poco. Hay sisa dentro y fuera de casa. Se malgastan materiales, especialmente maderas", "Hay que poner un hombre práctico para vigilar".

Inmediatamente después puso en movimiento todo el engranaje, tantas veces empleado para recaudar fondos: circulares en distintas lenguas, loterías, suscripciones, cartas personales. Este engranaje no era ninguna varita mágica. Llevaba aparejadas fatigas, humillaciones, revisiones, trabajo extra para muchísimos hermanos. Lo más pesado cargaba sobre los hombros de Don Bosco.

### **"Llevo la Iglesia del Sagrado Corazón a cuestas"**

Don Rúa hizo el siguiente testimonio, con motivo de las declaraciones juradas para la beatificación de Don Bosco: "Daba pena verle subir y bajar escaleras pidiendo limosnas, sometién dose a duras humillaciones. Padeció tanto, que alguna vez, en la intimidad, respondía a alguno de los suyos que, al verle tan encorvado, le preguntaba por qué se inclinaba tanto: "Llevo la Iglesia del Sagrado Corazón a cuestas". Alguna vez, bromeando amablemente, decía: "Dicen que la Iglesia está perseguida. Yo, en cambio, puedo decir ¡que la Iglesia me persigue a mí!" Ya entrado en años, enfermizo, se puede decir que aquella obra consumió gran parte de sus fuerzas". El más pesado trabajo a que se entregó fue

el "gran viaje a Francia", pidiendo de ciudad en ciudad durante cuatro meses: desde el 31 de enero hasta el 31 de mayo de 1883.

Nos permitimos, de paso, una observación. Don Bosco tiene entonces 68 años, no le quedan más que cinco de vida. Su Congregación se ha desarrollado ampliamente y el mundo atraviesa un periodo de reestructuración profundo en ideas y estructuras. Don Bosco necesitaría poder disponer de todo su tiempo para intentar hacer síntesis de su pensamiento, de sus intuiciones, para que quede como base estable de sus obras. Tendría que emplear el poco tiempo que le resta para pensar seriamente en sus esquemas de acción en medio del contexto social que muda rápidamente, para dar una organización sólida a su Congregación.

En cambio, en estos últimos años válidos de su vida, anda condenado a "buscar dinero" para la construcción de una Iglesia. Ni siquiera para las urgentes necesidades de los pobres jóvenes, sino para los muros de una Iglesia en Roma. De tejas abajo es un negocio desconcertante.

Pero precisamente estos años "quemados" obligan a Don Bosco a realizar dos viajes (Francia-España) que levantan arcos de triunfo en derredor del "hombre de Dios". Le dan ocasión para encender en las masas populares "el sentido de Dios".

Marx había definido la religión como "el opio de los pueblos", el anarquista Bajunin exigía a sus adeptos abierta profesión de ateísmo, la "Commune" de París había manifestado recientemente indudables signos de ateísmo militante. "Las Iglesias cristianas tenían que echar sus cuentas, no ya con los fenómenos de incredulidad limitados a sectores relativamente restringidos de los cetos dirigentes, sino con el preocupante alejamiento de vastos estratos sociales de la práctica religiosa y de la obediencia cristiana" (Francisco Traniello).

La sociedad entera estaba perdiendo el sentido de Dios y del respeto divino de la vida humana. En los días de la "Commune", la crueldad de los comuneros ateos no había superado a la de los burgueses que la habían sofocado a cañonazos, haciendo una carnicería de 14.000 trabajadores (y los trabajadores de aquel tiempo eran hombres, mujeres y muchachos).

Por tanto estos últimos trabajos de Don Bosco no estuvieron al servicio de un templo, ni de los jóvenes pobres, sino de toda una generación que corría el riesgo de perder el sentido de Dios y los más grandes valores de la vida. Esta generación, en Francia y en España, descubre en él "el sentido de Dios" y del "prodigarse por los demás".

## **París al rojo vivo**

Seguimos el hilo del viaje por Francia sacándolo de la cuidadosa relación de Henri Bosco, que la trazó sirviéndose de los documentos salesianos y de los periódicos franceses de aquel momento.

Cuando partió, apenas si veían sus ojos, las piernas le sostenían con dificultad, sufría de varices. Todo su cuerpo estaba desgastadísimo. Entró en Francia por Niza, que hacía 18 años dejó de ser italiana. Subió hacia París, por Tolón-Marsella-Aviñón-Lyon-Moulins. Subida lenta de dos meses y 19 días.

Nadie, ni él mismo preveía la emoción extraordinaria, el entusiasmo, la locura de la gente, los chispazos de fe que la presencia de un "pobre cura de aldea" iban a provocar.

Alguna persona prudente le había aconsejado: "No vaya a Francia. En París están construyendo "su" Iglesia del Corazón de Jesús en Montmartre. Ha costado millones y aún no está acabada. ¿Quién le va a dar una lira a usted?

Por una vez más Don Bosco desmentiría a los "prudentes". En Aviñón la multitud se hacinó en la estación. La gente corría por la ciudad, detrás de su carroza. A tizeretazos hicieron trizas su sotana. Hubo que buscarle otra a toda prisa.

En Lyon se llenaron las iglesias. Le cercaban, no le dejaban caminar, bloqueaban la carroza de sus huéspedes. "Hubiera sido mejor llevar en el coche al mismo diablo antes que a un cura como éste", dijo un cochero, irritado por la violencia de la gente.

Se temía un fracaso al llegar a París. La Italia oficial acababa de romper la alianza con Francia para firmar la "Triple Alianza" con Alemania y Austria. Y Don Bosco era italiano. El gobierno, además, era totalmente anticlerical.

París, tan quisquillosa, recibió al apóstol de los pobres con el fervor de su luz incandescente. Llegó allí el 19 de abril y permaneció cinco semanas (salvo un breve salto a Amiens y Lila). Estuvo hospedado en casa de una familia parisiense amiga, en la avenida de Messina, núm. 34, pero iba cada día por las tardes a los oblatos del Sagrado Corazón, en la calle Ville-L'Evêque, para recibir visitas. Así liberaba a sus huéspedes de las presiones de la gente que se desencadenó inmediatamente.

"Es un santo" decían. Una afirmación peligrosa. Hay mucha gente predispuesta a la duda, y basta cualquier cosita para que se dispare el ridículo. Se dejaba fotografiar fácilmente lo mismo solo que en grupo. Se lo reprochaban: una vanidad. Pero él respondía: "Es un buen modo no para darme a conocer, sino para interesar a la gente por mi obra".

Facilitó igualmente la tarea a sus biógrafos, como el doctor D'Espiney, el primero que escribió en francés la biografía de Don Bosco. El libro contenía inexactitudes notables, pero lanzó cincuenta mil ejemplares en pocos meses.

## **Una fotografía en París**

Hay un retrato fotográfico de Don Bosco, el más famoso de los conseguidos en París. El rostro de Don Bosco, en ese retrato, resulta viejo, cansado, consumido. Viejo con una vejez increíble. Unos surcos atraviesan aquella frente asolada. la boca caída por ambos lados, una boca normal, pero deformada por un increíble cansancio. Los ojos lo mismo, hundidos detrás de unas cejas espesas, no dejan pasar más que un hilo de luz, una mirada casi ciega. El hombre que está tras aquella mirada sabe lo que es el sufrimiento, su sufrimiento y el de todos los demás que él ha hecho suyos, que ha salvado para que tuvieran en esta tierra mejor trabajo para vivir y la visión del cielo a la hora de morir. A primer golpe de vista, aquella cara debía inspirar piedad, más que entusiasmo.

Pero en aquel retrato están también las manos de Don Bosco. Manos de trabajador, trabajador honesto, poderoso trabajador de la vida. Esas manos se extendieron para bendecir enfermos, acariciar niños y devolveron la salud como las aguas de Lourdes. Al ver trabajar aquellas manos, los parisienses no tuvieron piedad. Vieron en él al enviado de la esperanza, al hombre de Dios, al dispensador providencial de las curaciones y las gracias.

En la capital se repitieron las mismas escenas que en provincias. El concurso de gente era mayor todavía y más cerrado, al extremo de que Don Bosco sufrió asaltos más rudos, más extenuantes. Esa era la diferencia.

Escribe *Le Figaro* de aquellos días: "Frente a la casa de la calle Ville-L'Évêque, donde se ha instalado Don Bosco, hileras de coches esperan todo el día desde hace una semana. Las damas más altas suplican haga por ellas y por sus parientes los milagros que, según dicen, realiza con tanta facilidad".

Y *Le Pèlerin*: "Se contaban, hasta se inventaban milagros... Las damas del gran mundo corrían sobre las huellas del santo, que no se ocupa de los aplausos del mundo, que no prepara las pláticas que pronuncia en la Madeleine más de lo que prepare lo que dice a un mendigo, que concede el mismo tiempo a un obrero que a un príncipe".

## La jornada de un pobre sacerdote

Se levanta muy pronto, a las 5. Se acuesta a media noche, postrado. A las seis, empiezan las visitas. Después va a celebrar la misa en esta o en aquella parroquia, siempre acechado a la salida, asaeteado a preguntas, perseguido de peticiones, cercado de súplicas, de oraciones. Quieren hablarle, tocarle, al menos verle. Le paran por doquiera, en una escalera, en una antecámara, a la puerta de la sacristía, por la calle. A pesar suyo, llega siempre tarde a todas las citas. Habla un mal francés, con acento extranjero, y con modesta elocuencia.

Está preparándose para celebrar la misa de la *Archicofradía para la conversión de los pecadores*. Una ingente multitud. Uno quiere entrar, no puede, se extraña: "¿Qué sucede?" Y entonces una mujer del pueblo le dice: "Hemos venido para oír una misa, la misa de los pecadores. Celebrará un santo".

Cuando le piden un milagro "suyo", responde: "Yo soy un pecador, rogad por mí. Pero haremos juntos nuestra oración a la Virgen Auxiliadora. Ella sí que cura, escucha, comprende, tiene compasión. Ella responde desde el Cielo. Yo no puedo más que rezarla". Pero cuando este "pobre pecador" la llama, la Virgen responde siempre. Parece que está allí, a su lado, a su disposición.

Las autoridades religiosas más eminentes le recibieron cordialmente. El cardenal Lavigerie le esperó en la Iglesia de san Pedro, y habló a la gente recomendándole con calor a su generosidad. Le llamó "el san Vicente Paúl de Italia".

La llamadas a la generosidad fueron escuchadas por las familias ricas y por la gente pobre. Todos daban. Don Bosco recibió billetes de banco, monedas, monedas de oro, hasta joyas. Hubo un momento en que no sabía donde meterlas.

Se ausentó una semana de París para ir a Lila y Amiens. El mismo entusiasmo. Frente a las atrevidas tijeras que le despedazaban la sotana, exclamaba: "¡No todos los locos están en el manicomio!"

Llegó por fin la partida. En el tren que le llevaba a Turín estaban sus dos compañeros de viaje, don Rúa y don De Barruel. Callaban. Recordaban aquellas jornadas como un sueño imposible de olvidar. De pronto Don Bosco rompió el silencio:

— ¿Te acuerdas, don Rúa, del camino que lleva a Buttiglera a Morialdo? Allí, a la derecha, hay una colina, y en la colina una casita. Aquella pobre casa era la mía y la de mi madre. Siendo yo niño, llevaba dos vacas a pastar por aquel prado. Si todos esos señores supiesen que han llevado en triunfo a un pobre pastorcillo de I Becchi...

## Un cardenal que lleva la paz

El 18 de noviembre de 1883, llegó a Turín, en forma privadísima, el nuevo arzobispo: el cardenal Cayetano Alimonda. En la audiencia que Don Bosco tendrá con el Papa León XIII, en 1884, se oirá decir: "Al enviarle he pensado en usted. El cardenal Alimonda le quiere mucho".

"La bondad del cardenal —escribe E. Ceria— fue para Don Bosco un consuelo providencial durante los últimos cuatro años de su vida".

Poco tiempo después de llegar, Don Bosco mandó a preguntar si estaba en casa y si podía recibirle. El cardenal tomó el coche y fue inmediatamente a Valdocco:

— Para ir más deprisa, he venido yo mismo.

Eran las diez y media —recuerda el biógrafo que estaba presente—. La conversación, en la salita de Don Bosco, duró más de una hora. Entre tanto se avisó a los jóvenes de los talleres y de las clases, se apresuraron los músicos a tomar sus instrumentos, alguien colocó velozmente gallardetes de banderas por los balcones. Cuando el cardenal se asomó a la galería, por la que salía de la salita de Don Bosco, empezó a sonar la banda y los muchachos se pusieron a aplaudir. El cardenal dijo riendo: "Quería daros una sorpresa, y me la habéis dado vosotros a mí". Alzó las manos hacia los muchachos y les dijo:

— Queridísimos hijos, os lo agradezco, os bendigo y me encomiendo a vuestras oraciones.

Visitó los talleres y se detuvo en larga oración ante el cuadro de María Auxiliadora.

## "Si no vuelvo más"

El dinero recogido en Francia fue abundante, pero la Iglesia del Sagrado Corazón resultaba un pozo sin fondo. A primeros de 1884 había fuertes deudas que pagar, y en la caja no había ni blanca. El 28 de febrero, pese a su desastrosa salud, dijo Don Bosco a los suyos:

— Vuelvo a Francia.

Don Rúa y don Cagliero quisieron disuadirle. Llamaron al médico Albertotti para visitarle. El doctor, después de un largo examen, dijo claramente:

— Para mí, si usted llega vivo a Niza, es un milagro.

— Si muero, paciencia —replicó Don Bosco—. Antes de partir dejaré arreglado todo lo principal. Pero yo *debo* ir.

Apenas salió de la habitación, dijo Albertotti a don Rúa:

— Estén muy alerta. No me extrañaría que muriese repentinamente, sin que se den cuenta. No hay que ilusionarse.

Don Bosco llamó al notario y testigos, y dictó su testamento. Llamó después a don Rúa y a don Cagliero y, mostrándoles sobre la mesa la escritura notarial, dijo:

— Aquí está mi testamento. Os he dejado a los dos por herederos míos universales. Si no vuelvo, ya sabéis cómo están las cosas.

Don Rúa salió de la habitación con el corazón encogido. Don Cagliero se quedó allí, deprimido hasta llorar.

— Pero entonces, ¿quiere salir en este estado?

— ¿Cómo quieres que hagamos de otro modo? ¿No ves que no tenemos medios para tirar adelante? Si no voy, ¿dónde encontraré los medios para pagar las deudas que cumplen su plazo? ¿Tendremos que dejar a los muchachos sin pan? Sólo en Francia puedo esperar socorro.

Don Cagliero estaba llorando. Conteniéndose un poco, dijo:

— Siempre hemos ido adelante a fuerza de milagros. Ya verá como también la Virgen hará éste. Vaya usted y nosotros rezaremos.

— Sí, yo parto. Mi testamento está aquí. A ti te lo entrego en esta caja. Guárdala como mi último recuerdo.

No fue un viaje largo. No salió del sur de Francia. Pero Don Bosco pudo reunir fondos notables. Los condes Colle, de Tolón, pusieron en sus manos 150.000 liras de golpe.

Cuando llegó a Marsella, quiso don Albera, preocupado por sus condiciones físicas, que le visitara el doctor Combal, que era una celebridad médica. Al término de una visita minuciosa, Combal expresó su parecer con una semejanza:

— Usted está ya como una sotana muy gastada. Se la ha puesto los días de fiesta y los de diario. Ahora, para conservarla, no hay más remedio que ponerla en el guardarropas. Habrá entendido que le recomiendo el reposo absoluto.

— Gracias, doctor, pero es la única medicina que no puedo tomar.

Las estrecheces le empujarían todavía a un último viaje de colecta de limosnas. En el 1886, sólo dos años antes de su muerte, partió para España. La recepción de Barcelona fue repetición de la de París. Las calles abarrotadas, los tejados cubiertos, racimos humanos colgados de las farolas. Y cuántos dones. Hasta le ofrecieron la cumbre de la montaña del Tibidabo", que domina la ciudad con una vista hermosísima.

Volvió por el sur de Francia: Montpellier, Tarascón, Valence, Grenoble. Una vuelta lenta hacia su Italia, la última vuelta. Decía al que le acompañaba:

— Todo es obra de la Virgen. Todo viene de aquella *Ave María* recitada con un muchacho, hace cuarenta y cinco años, en la Iglesia de San Francisco de Asís.

Mientras el cuerpo de Don Bosco se iba encorvando cada vez más, transparentaba con una luz más viva su alma. Don Belmonte, director en Sampierdarena, fue un día a desahogarse con él:

— Estoy tan cansado que no puedo más. ¿Cómo continuar una vida semejante?

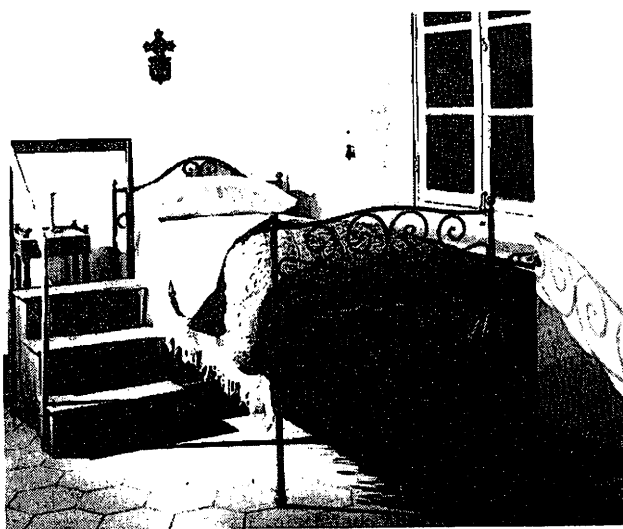
Don Bosco se inclinó un poco hacia adelante, se levantó el faldón de la sotana y le mostró sus piernas hinchadas, que se apoyaban como blandos cojines sobre los zapatos. Nada más le dijo:

— Amigo mío, valor. Descansaremos en el Paraíso.

Por la tarde del 25 de junio, le tributaron un caluroso homenaje los exalumnos, con motivo de su fiesta onomástica. Don Bosco dió gracias conmovido y después, cansadísimo, sólo logró decir:

— No soy más que una chicharra que canta y luego muere.

Si alguien, al verle caminar curvado y solo, corría a sostenerle y le preguntaba: "¿A dónde vamos, Don Bosco?", él le miraba con su dulce sonrisa, y respondía: "Vamos al Paraíso".



Cama donde murió Don Bosco.



---

## Juan Cagliero, obispo

Don Juan Cagliero, en los planes de Don Bosco, debía permanecer en América tres meses, reforzar la primera misión y después volver. Permaneció, en cambio, dos años.

En 1877, Don Bosco ya había enviado más allá de los océanos otros dos grupos de salesianos, capitaneados por hombres que podían muy bien tomar las riendas de la situación: don Luis Lasagna y don Santiago Costamagna.

Entonces volvió don Cagliero. En el 1877 se reunía en Lanzo el primer Capítulo General de la Congregación, y era conveniente que también él asistiese como Director Espiritual de la Sociedad y el único experto en problemas misioneros.

Durante los años siguientes le encomendó Don Bosco dos tareas delicadas: iniciar la obra salesiana en España y dirigir la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, que empezaba a dar sus primeros pasos.

### **“¿Quién podría ocupar mi lugar?”**

En 1879 Don Bosco no tenía más que 64 años pero se encontraba agotado y en rápido declive. Quería elegir, de entre los primerísimos que le habían seguido, uno que, poco a poco, se pusiera al frente de todos los asuntos de la Congregación, y en cualquier momento pudiera sustituirle. Un “vicario” en una palabra. Dos eran los nombres posibles: Rúa y Cagliero. Ambos de plena confianza y gran capacidad. A los dos quería entrañablemente Don Bosco y se había entregado con la misma medida. Pero la elección de uno, ¿no podría de algún modo, ensombrecer al otro?

Y he aquí la manera delicada con que procedió Don Bosco. Una mañana de otoño de 1879, debiendo ir a Foglizzo, le pidió a don Cagliero que le acompañase. Durante el viaje le preguntó de improviso:

- Si yo muriese, ¿quién crees que podría ocupar mi puesto?
- Don Cagliero se quedó con los ojos en blanco:
- Querido Don Bosco, ¿no le parece demasiado pronto hablar de estas cosas?
- Admitamos que sea así. Pero hagamos la hipótesis: ¿qué nombres me indicarías?
- Uno solo. Sólo hay uno para poder ocupar su puesto.
- Yo, en cambio, te diría dos y hasta tres.
- Sí; a continuación puede que haya dos o tres. Ahora no. Pero, dígame: ¿quiénes son esos tres?
- Díme, primero, tu candidato.
- Don Rúa, no hay más que don Rúa.
- Tienes razón. Siempre ha sido mi brazo derecho.
- Brazo, cabeza y corazón, querido Don Bosco. El es el único capaz de ocupar su puesto, cuando Dios quiera llamarle para el Paraíso.
- Don Bosco había sido delicadísimo, y Cagliero, con la misma delicadeza, se había colocado humildemente aparte. Ni siquiera una sombra habría velado la elección del “segundo Don Bosco”.
- No se lo dijo nunca, pero Don Bosco quedó muy agradecido a don Cagliero por aquellas palabras, dichas con franca humildad dentro de una tartana que marchaba hacia Foglizzo.

### **El fuerte abrazo del primer obispo**

El 16 y el 20 de noviembre de 1883, la Santa Sede publicó dos importantes documentos. Patagonia septentrional y central (territorio de Río Negro, Chubut y santa Cruz) era declarada “Vicariato Apostólico” a las “órdenes de don Juan Cagliero, que era nombrado Provicario Apostólico. La Tierra del Fuego (extremo del territorio meridional de Patagonia) era declarada Prefectura Apostólica, y don Fagnano era nombrado Prefecto Apostólico.

Don Cagliero debería haber partido para América como Provicario, no como obispo; y más tarde hubiera sido elevado a la dignidad episcopal. Pero Don Bosco no estaba de acuerdo. Habló con el cardenal Alimonda, escribió al protector de los salesianos cardenal Nina, rogó vivamente al Papa. Estaba de por medio el cardenal Ferrieri, que no quería saber nada de ello, pero León XIII aceptó esta vez la súplica de Don Bosco.

El 9 de octubre salía una carta de Roma para Valdocco: “El Santo Padre, en la audiencia del domingo pasado, escuchó la súplica de Don

Bosco, y accedió a conceder el carácter episcopal a don Cagliero, nuevo Provicario Apostólico de Patagonia”.

Fue un día feliz para Don Bosco. El antiguo sueño de la paloma y el ramo de olivo se cumplía. Las palabras, dichas a un muchacho muribundo: “Y harás llevar el breviario a muchos otros... E irás lejos, muy lejos...” no habían sido ilusiones de un momento: se estaban convirtiendo en realidad.

La consagración tuvo lugar en el santuario de María Auxiliadora el 7 de diciembre de 1884. Fue un suceso memorable para Valdocco. Uno de los primeros chiquillos de Don Bosco, que ingresó en el Oratorio a los 13 años, huérfano de padre, era consagrado, a los 46, obispo de una inmensa región misionera.

Dos detalles. Al acabar la imponente ceremonia, el joven obispo se separó del cortejo y se dirigió hacia su madre. La viejecita de 80 años se adelantó hacia él, sostenida por un hijo y un sobrino. Monseñor Cagliero estrechó contra su pecho aquella cabeza blanca, y en medio de la conmoción de los presentes, la acompañó delicadamente para que se sentara. Cerca de la sacristía, mezclado entre la multitud, le esperaba Don Bosco con el bonete en la mano. El obispo corrió hacia él y le estrechó con un fuerte abrazo. Había tenido hasta entonces escondida la mano con el anillo episcopal entre los pliegues de los ornamentos. El primer beso le tocaba por derecho a “su” Don Bosco.

### **Don Rúa vicario de Don Bosco**

Una vez nombrado don Cagliero obispo de Patagonia, Don Bosco anunció la elección de su “vicario”. Reunido el Capítulo Superior de la Congregación, el 24 de octubre de 1884, les dijo: “Necesito que hay uno a quien poder confiar la Congregación y ponerla sobre sus hombros, descargando sobre él toda responsabilidad. El Papa estaría muy contento de que Don Bosco se retirase del todo. Mi cabeza ya no puede más...”

Escribió al Papa proponiendo el nombre de don Miguel Rúa.

La respuesta afirmativa llegó a primeros de diciembre.

### **Don Bosco le tomó por la mano**

Monseñor Cagliero debía partir para América del Sur el 1 de febrero de 1885. Llevaba consigo 18 salesianos y 6 Hijas de María Auxiliadora.

Pero por la tarde del 1 de febrero, después de acompañar a los misioneros a la estación, sintiéndose muy cansado, volvió a casa para pasar allí la noche. Subió a la habitación de Don Bosco, se sentó junto a él y permanecieron en silencio. Después de una larga pausa, preguntó Don Bosco:

- ¿Salieron ya tus compañeros?
  - Sí.
  - ¿Y tú, cuándo saldrás?
  - Tengo que estar mañana en Sampierdarena.
  - Si puedes, sal un poco tarde, descansa.
  - Déjelo de mi cuenta. Y ahora me dé su bendición.
  - ¿Por qué ahora? Ven mañana por la mañana, hablaremos tranquilamente.
  - No, Don Bosco, mañana tengo que partir muy temprano.
  - Pero estás cansado... Sin embargo, haz como mejor te parezca.
  - Entonces, bendígame, y bendiga a mis compañeros.
- El obispo se arrodilló. Don Bosco le tomó por la mano:
- Que tengas un buen viaje. Si no volvemos a vernos en esta tierra, nos volveremos a ver en el Paraíso.
  - No diga eso, todavía volveremos a vernos.
  - Como Dios quiera. El es el amo. En Argentina y en Patagonia tendréis mucho que hacer; trabajaréis mucho y la Virgen os ayudará.
- Empezó la fórmula de la bendición. Se apagaba su voz, no le venían las palabras. Monseñor Cagliero se las sugería despacio, y Don Bosco las repetía dócilmente, apretándole siempre la mano. Al acabar, se levantó el obispo:
- Buenas noches, querido Don Bosco. Que descanse.
  - Salúdame a tus compañeros de viaje, a los hermanos que trabajan en América, a los cooperadores... Tendría tantas cosas que decirte todavía... Que Dios te bendiga.

### **"La casa del obispo era una cabaña de troncos"**

Don Bosco siguió durante los últimos años, con afectuosa emoción, las aventuras misioneras de aquel su muchachote fuerte y entusiasta. Leía sus cartas y las pasaba al *Boletín Salesiano* para que las publicasen.

En julio de 1886 comunicó Monseñor Cagliero que la parte más importante y más poblada de Patagonia septentrional ya era totalmente conocida, visitada y catequizada por los misioneros salesianos.

Aquel mismo mes de julio, se presentó en la residencia de Patagones, el hijo del cacique Sayuhueque, pidiendo al obispo que subiese al valle de Chichinal para evangelizar a los adultos de sus tribus. "En el inmenso valle de Chichinal —contaba monseñor Cagliero— bautizamos 1.700 indígenas. Enseñábamos el catecismo por las mañanas, durante tres horas y otras tres horas por la tarde. La casa del obispo era una cabaña de troncos y barro, con un techo de ramas, que me defendían del sol y de la lluvia... cuando nos llovía. Ni recuerdos de cama. Dormíamos sobre las pieles, que con todo cariño nos habían dado aquellos pobres indígenas, de muy buena índole y enorme capacidad de entusiasmo".

En 1887, monseñor Cagliero, juntamente con don Milanesio y otros dos salesianos, emprendió una nueva y larga misión. El viaje de evangelización debía alcanzar 1.500 kilómetros: valle del Río Negro, valles de los Andes, paso de la Cordillera y descenso hasta Concepción en Chile.

Los 1.300 kilómetros, recorridos a caballo, fueron bien. El Obispo administró 997 bautismos, casi todos de indios adultos; bendijo 101 matrimonios; distribuyó un millar de comuniones y administró 1.513 confirmaciones. Imposible calcular las horas de catecismo para los chiquillos y de evangelización para los mayores.

Por la mañana del 3 de marzo, poco después de salir de Malbarco, a las orillas del Neuquén, sufrió un gravísimo accidente. El mismo obispo lo contó por carta:

"Después de atravesar la Cordillera, a 2.000 metros de altura, debíamos subir todavía otros mil metros. El sendero corría al borde de agrestes paredes de granito, cortadas a pico sobre el abismo. De repente, mi caballo se encabritó y comenzó a saltar locamente. Invoqué a María Auxiliadora y salté de la silla. Una punta rocosa penetró en mis carnes rompiéndome dos costillas y perforándome el pulmón. Quedé como muerto, respiraba afanosamente y no podía hablar. Se acercaron mis compañeros, y yo, apenas logré balbucir alguna palabra, para reanimarles quise tomar el suceso a broma, y les dije que, dado que tenemos 24 costillas, se podía sacrificar alguna. Tuvimos que volver atrás y atravesar dos ríos y dos sierras para encontrar un lugar donde parar y curarme. Pero ¡qué cura! No había más que un pobre practicante que curaba las enfermedades con sistemas muy primitivos. Le pregunté si sabía trabajar de herrero para reparar mis costillas. Estuve allí un mes y, como Dios quiso, curé. Todavía convaleciente, volví a montar a caballo y en un viaje de cuatro días, siempre con mis misioneros, atravesé de nuevo la Cordillera, a más de 3.000 metros y descendí a la suave llanura chilena, a orillas del Pacífico. Allí establecí la base para las nue-

vas Casas salesianas de Concepción, Talca, Santiago y Valparaíso. Así que, aquel año, siempre a caballo, con tres compañeros, durmiendo en los hoyos y bajo los árboles, había atravesado América de un Océano al otro”.

## **Entrevista con Don Bosco**

Por abril de 1884 tuvo que ir Don Bosco a Roma. Algunos bienhechores habían prometido grandes limosnas para la Iglesia del Sagrado Corazón; pero, a la hora de la verdad, no habían aparecido. “Hay que ir a tocar las campanas” dijo Don Bosco con una triste sonrisa.

En aquella ocasión, por vez primera en su vida, se sometió Don Bosco a una entrevista (esa técnica periodística acababa de ser inventada en 1859 por el americano Horacio Greely). Creemos que es algo más que una curiosidad leer cómo respondió Don Bosco a las “preguntas directas” de un *reportero del Journal de Rome*. La entrevista se publicó en el periódico del 25 de abril de 1884.

*Pregunta.*— ¿Por qué milagro ha podido usted fundar tantas casas en países del mundo tan diversos?

*Respuesta.*— He podido hacer todo lo que esperaba; pero, ni yo mismo sé cómo ha sido. La Santísima Virgen, que conoce las necesidades de nuestros tiempos, nos ayuda.

*P.*— Pero ¿de qué modo le ayuda?

*R.*— Mire. Una vez, me escribieron a Turín que hacían falta 20.000 liras para la Iglesia que construimos en Roma. En aquel momento no tenía nada. Puse la carta sobre la pila del agua bendita, elevé una fervorosa oración a la Virgen y me acosté, dejando el asuntito en sus manos. A la mañana siguiente recibo la carta de un desconocido que, en resumen, me decía: “Había prometido a la Virgen que, si me concedía cierta gracia, daría 20.000 liras para una obra de caridad. Como he recibido la gracia, pongo a su disposición esa cantidad”. Otra vez, encontrándome en Francia, recibo la mala noticia de que una de mis casas necesita inmediatamente 70.000 liras para salvarse de un grave riesgo. No viendo allí cómo remediarlo, recurro nuevamente a la oración. Eran las diez de la noche y me iba a acostar, cuando llaman a la puerta de mi habitación. Abro. Y entra un amigo con un grueso paquete en la mano que me dice: “Carísimo Don Bosco, había dejado en mi testamento una cantidad para sus obras. Pero hoy he pensado

que, para hacer el bien, es mejor no esperar a la muerte. Y le traigo corriendo la cantidad. Téngala: 70.000 liras".

*P.*— Esto son milagros. Permítame una indiscreción: ¿ha hecho otros milagros?

*R.*— Yo no he pensado nunca nada más que en cumplir con mi deber. He rezado y he confiado en la Virgen.

*P.*— ¿Querría decirnos cuál es su sistema educativo?

*R.*— Sencilísimo: dejar a los jóvenes en plena libertad de hacer lo que más les agrada. La clave está en descubrir cuáles son los principios de sus buenas cualidades, y luego, procurar desarrollarlos. Cada cual hace a gusto lo que sabe que puede hacer. Yo me regulo por este principio y mis alumnos trabajan todos, no sólo con actividad, sino con amor. En 46 años no he impuesto ni un solo castigo. Y me atrevo a afirmar que mis alumnos me quieren mucho.

*P.*— ¿Cómo ha hecho para hacer llevar sus obras hasta Patagonia y Tierra del Fuego?

*R.*— Poquito a poco.

*P.*— ¿Qué piensa usted de las condiciones actuales de la Iglesia en Europa, en Italia, y en su futuro?

*R.*— Yo no soy un profeta. Vosotros los periodistas sí que lo sois un poco. Por tanto, a quien hay que preguntar qué va a pasar es a vosotros. Nadie, excepto Dios, sabe el porvenir. Sin embargo, humanamente hablando, es de creer que el futuro será grave. Mis previsiones son muy tristes, pero no tengo ningún miedo. Dios salvará siempre a su Iglesia, y la Virgen, que visiblemente protege el mundo contemporáneo, sabrá hacer surgir sus redentores.

---

## El gran llanto

La espiritualidad de Don Bosco se iba afinando cada vez más en sus últimos años. El sufrimiento puede conducir a un desesperado cinismo o a aumentar la santidad. En Don Bosco se veía este aumentar de día en día. Hasta su humanidad estaba como trasfigurada.

“En el último decenio de su vida —escribe Pedro Stella—, especialmente desde 1882, Don Bosco se presenta como el hombre que ha asimilado la enseñanza dada con una larga experiencia. Ya no parece que tenga aquellos contrastes que hubo de sostener con Antonio, con los primeros colaboradores, con monseñor Gastaldi. Huye más que nunca de toda polémica; no le gustan las peleas, quiere que, aún durante las hostilidades y las discusiones, no se alce la voz, no se lleve la contraria, no se imite el ejemplo de los periódicos católicos de la polémica áspera y corrosiva. Quiere que se preocupen “de pasar bajo el temporal entre gota y gota sin mojarse”. Sus últimos años son todavía de grandes contrastes y de escasos apoyos oficiales; a menudo, de aperturas fiscales por parte de las autoridades administrativas y políticas; pero da la impresión de que él está más lleno que nunca de un ideal de amabilidad y de benevolencia”.

### **Un curita serio y preocupado**

En el 1883 fue a visitarle, desde Lombardía, un curita serio y preocupado. Se llamaba don Aquiles Ratti. Don Bosco habló con él como una media hora y le explicó todo lo que deseaba. Después le dijo:

— Ahora haga como si usted fuera el amo de casa. Yo no puedo acompañarle, porque estoy muy ocupado, pero usted vaya por todas partes y vea lo que quiera.

Estaban aquel día reunidos en Valdocco los directores de las casas salesianas. Después de comer, Don Bosco en pie, apoyado en la mesa,



iba hablando con cada uno de los que pasaban a exponerle sus dificultades. Don Aquiles Ratti quería retirarse, pero Don Bosco, extrañamente, le dijo:

— No, no, quédese aquí.

Aquel curita llegará a ser el Papa Pío XI. Cuarenta y nueve años más tarde, hablando de Don Bosco a los seminaristas romanos, les contará aquel suceso y les dirá: “Eran hombres que llegaban de todas partes, uno con una dificultad, otro con otra. El, de pie, como si fuera cosa de un momento, oía todo, se hacía cargo de todo, respondía a todo. Un hombre que estaba atento a todo lo que ocurría en derredor suyo, y que, al mismo tiempo, se hubiera dicho que no atendía a nada, que su pensamiento andaba por otra parte. Y era verdaderamente así: andaba por otra parte, estaba con Dios. Y tenía la palabra exacta para todo, hasta causar maravilla. Esta era la vida de santidad, de asidua oración que Don Bosco llevaba en medio de ocupaciones continuas e implacables.

### **Una flor para pensar en la eternidad**

Por abril de 1885, paseaba por el jardín de una señora que le había invitado a comer juntamente con su joven secretario don Viglietti. Caminaba lentamente. Se detuvo frente a un arriate florido. Tomó una violeta y la ofreció a la señora:

— Señora, usted ha sido tan amable invitándonos a comer. Yo quiero corresponder con esta flor, que es todo un pensamiento.

— ¿Qué pensamiento, Don Bosco?

— El de la eternidad. Es un pensamiento que nos debe acompañar siempre. Todo pasa en este mundo: sólo la eternidad permanecerá siempre. Trabajemos para que nuestra eternidad sea feliz.

Don Bosco pensaba en la muerte, en el encuentro con Dios. a veces ese pensamiento le ponía serio, pensativo. Un día de 1885, al saludar a un señor en San Benigno, le dijo:

— Ruegue por mí.

— ¡Oh, Don Bosco! Usted no lo necesita.

Don Luis Piscetta, que estaba presente, atestiguó: “Entonces él se puso serio, serio, brotaron unas lágrimas de sus ojos y dijo con acento de profunda sinceridad: “Tengo mucha necesidad”.

## **“La Virgen está aquí”**

En el mes de agosto de aquel mismo año fue a Nizza-Monferrato para la toma de hábito y profesión de las Hijas de María Auxiliadora. Tan acabado estaba que solamente pudo dar la Comunión a algunas Hermanas. Asistió a la ceremonia, pero sentado en un sillón. Quiso decir unas palabras. Su voz era débil, por lo que don Bonetti, a su lado “hacía de altavoz”, repitiendo, en alto, las frases que no se entendían.

— Así que vosotras queréis que os diga algo. ¡Cuántas cosas querría deciros, si pudiese hablar! Pero soy viejo, viejo decrepito, como veis. Sólo quiero deciros que la Virgen os quiere mucho, muchísimo. Y, sabed, que Ella está aquí en medio de vosotras...

Y don Bonetti en alta voz:

— Don Bosco quiere decir que la Virgen es vuestra Madre, y que os mira y os protege.

— No, no —siguió diciendo Don Bosco—. Quiero decir que la Virgen está aquí precisamente, en esta casa, y que está contenta de vosotras...

Don Bonetti todavía:

— Don Bosco os dice, que si sois buenas, la Virgen estará contenta de vosotras.

Entonces Don Bosco intentó dominar sus fuerzas, alargó los brazos y dijo:

— Que no, que no. Quiero decir que la Virgen está aquí precisamente, ¡aquí en medio de vosotras! La Virgen se pasea por esta casa, y la cubre con su manto.

## **Don Bosco y los ricos**

Por las manos de Don Bosco pasaron, durante los últimos 25 años, cantidades inmensas, colosales de dinero. Millones de verdad (¡millones del 1800!). Don Bosco fue siempre paupérrimo, estamos de acuerdo, a sus manos no se pegó jamás un céntimo. Pero más de uno se ha preguntado: “¿No aduló Don Bosco excesivamente a los ricos, a los que le daban grandes cantidades? ¿No acabó por narcotizar sus conciencias frente a la responsabilidad social que les incumbía?” No deja de ser una pregunta legítima.

Nos parece, después de haber explorado la vida de Don Bosco, que él siempre empleó una gran delicadeza con todos los que le hicieron algo bueno: el campesino, el trabajador que le ofrecía diez céntimos y el conde Colle, que le entregaba, uno tras otro, ciento cincuenta billetes de a mil.

Algunas personas fueron extraordinariamente generosas con él; Don Bosco tuvo siempre con ellos una amabilidad extraordinaria. A la condesa Callori, por ejemplo, última reserva a la que Don Bosco le llamaba "mamá". Nos parece una postura justa.

Pero queríamos presentar más hechos que palabras (especialmente en cuanto a la "narcotización" de las conciencias).

En Sampierdarena, y en el año 1882, fue a visitarle un padre capuchino confesor de cierto noble genovés multimillonario, ya viejo y sin hijos. Don Bosco, en plena conversación, le preguntó:

— ¿Y cómo ese señor no hace beneficencia en proporción a sus riquezas?

— Se equivoca usted, Don Bosco. Cada año da veinte mil liras a los pobres (*más de veinte millones de hoy*).

— ¿Solamente veinte mil? Si quiere obedecer a Jesucristo, es decir, dar en la proporción de lo que tiene, no bastan cien mil al año.

— Entiendo. Pero yo no sé cómo persuadirle. ¿Cómo haría usted en mi lugar?

— Le diría que no quiero ir al infierno por su culpa, y que si él quiere ir, que vaya sólo. Por tanto le impondría hacer una beneficencia proporcionada a su estado. Si no quisiera, le diría que no me siento con fuerzas para seguir siendo el responsable de su alma.

— Pues bien, se lo diré —prometió el Padre—. Cumplió lo prometido. El noble señor no agradeció sus palabras y le despidió (*M.B., vol. XV, pág. 520*).

El contratista Borgo, precisamente de Sampierdarena, había hecho muchos favores a la casa salesiana para muchachos muy pobres. Había prestado cantidades notables sin exigir intereses; había realizado gratuitamente los planos; durante dos años, no había exigido la menor cantidad por su asistencia a los trabajos.

Su mujer había fallecido hacía veinte años, y él guardaba en casa sus alhajas y sus trajes de valor. Un día, casi por casualidad, dijo a Don Bosco que le gustaría hacer algo como recuerdo de su señora, y también como sufragio por su alma. Don Bosco, casi bruscamente replicó:

— Si quiere obrar como un buen cristiano, ¿por qué guarda en casa tantas cosas preciosas e inútiles?

— ¿Qué me aconsejaría hacer?

— Traerlas aquí a estos muchachos, que no tienen siquiera lo necesario.

— El contratista se marchó casi ofendido. Aquel sacrificio costaba demasiado. Lo retardó un poco, lo pensó mejor. Y después de algunos días volvió. Estaba todavía Don Bosco en Sampierdarena. Y le entregó personalmente los preciosos recuerdos de su esposa.

A muchos salesianos les parecía que el lenguaje que Don Bosco empleaba cuando se dirigía a los ricos era demasiado duro, por lo que él dijo el 4 de junio de 1887: "Hace unas cuantas noches he soñado con la Virgen. Me ha reñido porque alguna vez me callo sobre la obligación de hacer limosna. Se me ha quejado de que los sacerdotes tienen miedo de explicar, desde el púlpito, el deber de entregar lo superfluo a los pobres, y así, por culpa, los ricos acumulan el oro en sus cajas fuertes".

El 22 de abril de 1887, fue Don Bosco de Sampierdarena a Sestri Ponente en compañía de don Belmonte y don Viglietti, para visitar a la señora Luisa Cataldi, gran bienhechora suya. Al acabar la visita, mientras le acompañaba hasta la puerta, preguntó la señora:

— Don Bosco, ¿qué debo hacer para salvarme?

— Para salvarse, tendrá que hacerse pobre como Job.

La señora quedó desconcertada, y también don Belmonte que había oído las últimas palabras. Pero Don Bosco no añadió una palabra más. Ya en el coche que les llevaba a casa, con la franqueza acostumbrada entre los primeros salesianos, dijo don Belmonte:

— Pero, Don Bosco, ¿cómo ha hablado con tanto descaro a aquella pobre señora? Ya da muchas limosnas.

— Mira —respondió Don Bosco—, no hay nadie que se atreva a decir la verdad a los señores.

Durante su último viaje a Francia, Don Bosco hizo una parada en Hyères. El presidente de la *Sociedad marsellesa del Comercio*, señor Abeille, pasó él mismo la bandeja en la Iglesia parroquial para hacer la colecta en favor de Don Bosco. Al final se congratuló con él, porque muchos señores habían vaciado su cartera en la bandeja. Don Bosco le dijo:

—A mí me parece natural. Si son cristianos deben dar lo superfluo a los pobres. Mire, señor Abeille, si usted ahorra cien francos al mes, y cien francos al mes son muchos, el resto lo debe dar a Dios.

Quedó siempre impresa en la mente de Don Bosco la muerte de una marquesa de 84 años, bienhechora suya. Le había mandado llamar, se había confesado, y mirándole después con la vista extraviada, le había dicho:

— Entonces, ¿tengo que morirme?

Don Bosco buscaba el modo de hablarle de Dios, pero ella miraba en derredor con angustia y continuaba murmurando:

— ¿Y tengo que dejar mi palacio, mis habitaciones, mi saloncito tan íntimo...? Había querido que los sirvientes pusieran junto a su cama un precioso tapete persa. Ella lo acariciaba y, fuera de sí, seguía diciendo:

— ¡Es tan bonito! ¿Por qué tengo que dejarlo?

Un día le dijo con energía a don Antonio Sala, que dudaba antes de salir a pedir beneficencia:

— Vete con valor. Los ricos nos hacen bien, pero nosotros se lo hacemos a ellos, dándoles ocasión de ayudar a los pobres.

En el 1876, de paso por Chieri, vio Don Bosco a José Blanchard, aquel jovencito que tantas veces había vaciado el frutero de su casa para matar su hambre. Ya era también un viejecito. Iba por la calle con un plato y una botella de vino en la mano. Don Bosco, dejando a los sacerdotes con los que estaba hablando, fue a su encuentro lleno de alegría:

— ¡Querido Blanchard! ¡Qué alegría tengo de volver a verte! ¿Cómo andamos?

— Bien, bien, caballero —respondió con timidez—.

Don Bosco se puso triste:

— ¿Por qué me llamas caballero? ¿Por qué no me hablas de tú? soy el pobre Don Bosco, siempre pobre como cuando tú matabas mi hambre.

Y volviéndose a los sacerdotes que se habían acercado:

— Señores, éste es uno de los primeros bienhechores del pobre Don Bosco. Quiero que todos lo sepan, ¿sabes? Porque tú hiciste todo lo que podías por mí. Siempre que vayas a Turín, debes ir a comer a mi casa.

Diez años más tarde, en 1886, supo Blanchard que la salud de Don Bosco no era muy buena y fue a Turín para verle. Ya en la antecámara, el secretario le dijo:

— Don Bosco está mal y descansa. No puede recibir a nadie.

— Dígale que soy Blanchard. Verá cómo sí me recibe.

Don Bosco reconoció la voz, desde el otro lado de la puerta. Se levantó a duras penas y salió a su encuentro. Le tomó por la mano, le hizo entrar y sentarse junto a él:

— Bravo Blanchard, te has acordado del pobre Don Bosco. ¿Cómo anda tu salud? ¿Y tu familia?

Charlaron por lo largo. Era casi la hora de comer:

— Mira, soy viejo y ando mal. No puedo bajar a comer contigo: mis piernas no resisten las escaleras. Pero quiero que vayas tú a comer con mis salesianos. Llamó al secretario: "Haz que coloquen a este amigo mío en el comedor del Capítulo, en mi puesto. Rogaré por tí, Blanchard, y tú no olvides a tu pobre Don Bosco".

Confundido, el viejecito de Chieri comió aquel día presidiendo el Capítulo Superior de la Congregación, y contó su amistad con Juan, en Chieri, y su encuentro de diez años antes.

## **Diez días para ir a Roma**

En mayo de 1887 se consagraba la Iglesia del Sagrado Corazón en Roma, prácticamente terminada. En aquellos muros estaban encerrados siete años de trabajo, de duras penas, de salud quemada.

Don Bosco no podía aguantar un viaje hasta Roma. Se pensó en hacérselo cumplir por pequeñas etapas, con muchas paradas. Salió el 20 de abril por la mañana. "Al salir de casa —escribe don Lazzeró— parecía que no iba a resistir ni hasta Moncalieri". Le acompañaban don Rúa y don Viglietti. Por vez primera en su vida, se dejó Don Bosco acomodar en un coche de primera clase. Hizo largas paradas en las casas salesianas que se encontraban a lo largo del recorrido, y en casas de bienhechores avisados con tiempo.

En Florencia se encontró con la anciana condesa Uguccioni. El llegaba sostenido por don Viglietti, ella empujada en un cochecito. Don Bosco bromeó:

— ¡Oh, Don Bosco! Mire cómo me encuentra...

— Bien, bien, no se espante. ¡Bailaremos en el Paraíso!

En la estación de Arezzo tuvo lugar un encuentro inesperado. El jefe de estación, apenas le vio, corrió hacia él, le abrazó, y llorando de alegría dijo:

— Don Bosco, ¿no se acuerda de mí? Era yo un muchachuelo en Turín, sin padre ni madre. Usted me recogió, me instruyó, me quiso mucho. Si ahora tengo una hermosa familia y este puesto, a usted se lo debo.

Llegó a Roma el día 30 de abril por la tarde.

Fue llevado al Seminario Lombardo. Quisieron dirigiera la palabra a los seminaristas. Logró decirles una frase nada más:

— Pensad siempre en lo que el Señor podrá decir de vosotros, no en lo que los hombres dirán de vosotros, ya sea en bien ya sea en mal.

Fue recibido por el papa, que le hizo sentarse junto a él y puso sobre sus rodillas una gran piel de armiño.

— Soy viejo, Padre Santo —murmuró Don Bosco—, éste es mi último viaje y el término de todo para mí... Hay tanto que hacer, pero no necesito recomendar a mis hijos el trabajo. Más bien —y guiñaba el ojo hacia don Rúa que estaba a su lado— debo recomendar la moderación.

Hay muchos que consumen su salud, trabajando no sólo de día, sino hasta de noche.

— Padre Santo —dijo entonces don Rúa—, el que nos ha dado escándalo en esto ha sido Don Bosco.

El Papa sonrió. Después dio un sabio consejo:

— Me urge recomendaros a vos y a vuestros vicarios que no andéis muy solícitos por el número de salesianos, sino por su santidad. No es el número lo que aumenta la gloria de Dios, sino la virtud, la santidad. Por tanto, sed cautos y rigurosos en la aceptación.

Mientras descendía por la escalinata, los guardias suizos montaron guardia de honor. Don Bosco sonriendo les dijo:

— Tranquilos. No soy ningún rey. Soy un pobre sacerdote del todo corcovado.

## **El gran llanto**

La solemne consagración tuvo lugar el 14 de mayo.

El 15 quiso Don Bosco bajar hasta la Iglesia y celebrar Misa en el altar de María Auxiliadora. Apenas empezó, vio don Viglietti que le asistía, que rompió a llorar. Un llanto largo, invencible, que le acompañó durante casi toda la Misa. Al acabar tuvieron que llevarle hasta la sacristía. Don Viglietti le susurró preocupado:

— ¿Qué tiene, Don Bosco? ¿Se encuentra mal?

Don Bosco sacudió la cabeza.

— Tenía viva ante mis ojos, la escena de mi primer sueño, a los nueve años. Veía y oía a mi madre y a mis hermanos discutiendo sobre lo que había soñado...

En aquel lejano sueño le había dicho la Virgen: "A su tiempo lo entenderás todo". Y ahora, mirando hacia atrás de la vida, le parecía comprenderlo todo. Bien valían la pena tantos sacrificios, tanto trabajo, por sus muchachos, por la salvación de las almas.

El 18 de mayo salía Don Bosco de Roma, por última vez.

## **Luis Orione: tres cuadernos con pecados**

Ni siquiera en aquellos últimos años, absorbidos por viajes y deudas, se separó Don Bosco de sus muchachos. Verles, oírles, dar unos paseitos con ellos, le devolvía la vida, aún después de jornadas agobiadoras.

En octubre de 1886 había ingresado en el Oratorio un muchacho de 14 años de Pontecurone. Se llamaba Luisito Orione. Era hijo de un

pobre adoquinador. Al lado de papá había pasado muchas horas arrodillado sobre la arena húmeda, colocando adoquines uno tras otro, y apretándolos a golpes de mazo. Había querido ser fraile en Voghera, pero se puso enfermo y hubo de volver a casa. Le habían aceptado los salesianos de Valdocco.

Luisito queda fascinado, encantado con Don Bosco. Cuando baja al patio ("cada vez menos, ya", recuerda) los muchachos le rodean por decenas, se aprietan junto a él por centenares buscando estar lo más cerca posible, contentos si logran que les diga una palabra.

Luisito empuja hacia adelante cuanto puede. Don Bosco le mira, le sonríe, le pregunta si en su pueblo es tan grande la luna como en Turín, y al verle reír le dice bromeando: "*T'ses prope 'in fa fioché*" (Tú eres ciertamente un pipiolo). Luisito Orione tiene un gran deseo: querría confesarse con Don Bosco. Pero ¿cómo hacerlo?

Don Bosco ya está sin fuerzas. No confiesa más que a algunos salesianos y a los alumnos de la quinta gimnasial, que se se preparan para ir al noviciado. De forma casi inexplicable, alcanza Luisito el singular privilegio. Hay que prepararse seriamente.

Lo contó el mismo don Orione: "Con el examen de conciencia que hice, llené tres cuadernillos". Para no olvidarse de nada, había consultado algunos formularios. Lo copió todo, y se acusó de todo. Sólo a una pregunta había respondido negativamente: a la pregunta "¿Has matado?" "¡Eso no!" escribió. Después, con los cuadernillos en el bolso, con una mano al pecho y los ojos bajos, se juntó a los demás, esperando su turno. Temblaba de emoción.

— ¿Qué dirá Don Bosco cuando lea estos pecados? —y apretaba con la mano sus cuadernillos—. Por fin le tocó el turno. Se arrodilló. Don Bosco le miró sonriendo.

— Dame tus pecados. El muchacho sacó fuera el primer cuadernillo. Lo tomó Don Bosco, pareció sopesarlo un momento, después lo rompió.

— Dame los otros.

También tuvieron el mismo final. El muchacho miraba desorientado.

— Ya está hecha la confesión —dijo Don Bosco—. No pienses más en lo que has escrito.

Y se sonrió. Luisito no olvidará jamás aquellas sonrisas. Después de aquella confesión logró hacer otras. Un día Don Bosco le miró fijamente a los ojos:

— Acuérdate de que nosotros dos seremos siempre amigos.

Luis Orione tampoco olvidó la promesa. Al saber que Don Bosco está en el fin de su vida, ofrece a Dios la suya. Cuando llegará a ser padre



de una Congregación, con oratorios y casas para muchachos muy pobres, dirá pensando en Don Bosco:

— Caminaría sobre carbones ardiendo para verle todavía una vez y decirle: gracias.

Llamará a los tres años pasados en Valdocco "la estación feliz de mi vida".



Don Bosco muerto, en su lecho.

---

## Adiós a la tierra

A fines de agosto de 1887, se celebraban en Valsálce, sobre la colina turinesa, unos Ejercicios Espirituales para jóvenes que habían pedido entrar en la Congregación Salesiana. Don Bosco fue hasta allí, poniéndose a disposición para confesar.

Desde el 25 de mayo no había presidido las sesiones del Capítulo Superior de la Congregación, dejando las funciones a su vicario don Rúa. Participó en la del 12 de septiembre, que se celebró en Valsálce.

En la segunda quincena de septiembre se sintió mal. Le subía la fiebre y tenía agudos dolores de cabeza. Algunos días no podía ni celebrar Misa. Don Viglietti, su secretario, anota en el diario de aquellos días: "Y sin embargo está siempre alegre, trabaja, escribe, recibe visitas. Necesitaría quien le levantara los ánimos, pero es él quien anda siempre levantándose a los demás".

Una noche, mientras intentaba cenar en la habitación, le acompañaba don Veronesi, director de la colonia agrícola de Mogliano Véneto. De pronto le dijo:

— Yo tengo poco tiempo de vida. Los Superiores de la Congregación no se convencen de ello, creen que Don Bosco tiene que vivir todavía mucho... No temo morir. Lo que me apena son las deudas de la Iglesia del Sagrado Corazón. Pensar que se ha recogido tanto dinero. Pero el querido don Dalmazzo que es bueno, no es un buen administrador... ¿qué van a decir mis hijos al encontrarse con aquel peso sobre los hombros?... Ruega por mi alma. El año que viene, ya no estaré para los Ejercicios...

### **Sentía cómo la soledad le envolvía poco a poco**

Don Pablo Albera, Inspector de las casas de Francia, había de marcharse. Fue a despedirle. Miró Don Bosco con afecto a su "Pablito", y dijo con lágrimas en los ojos:

— También tú te vas. Todos me dejáis. Sé que don Bonetti partirá esta noche. Don Rúa se irá también con él. Me dejan aquí solo.

Se puso a llorar en silencio. Era un pobre hombre cansado, que después de tanto trabajo sentía cómo la soledad le envolvía poco a poco. También don Albera se dejó vencer por la emoción. Entonces Don Bosco, haciendo un esfuerzo:

— No es que te reprenda, no, ¿sabes? Tú cumples con tu deber, pero yo soy un pobre viejo... Rogaré por tí, que Dios te acompañe.

Antes de volver a Valdocco, Don Bosco pasó unos minutos con don Barberis, Director de Balsálice. Tenía sus ojos fijos en la escalinata, y dijo despacio:

— De ahora en adelante, ya estaré yo aquí guardando esta casa... Luego, después de un instante: —Haz preparar el proyecto.

Don Barberis creyó se refería a la última parte del edificio en construcción.

— Haré que lo preparen, y este invierno se lo presentaré.

— Este invierno no, sino para la próxima primavera. El plano lo presentarás a don Rúa. Y continuaba mirando la escalinata.

En el rellano de aquella escalinata, cuatro meses más tarde, se levantó la tumba de Don Bosco. El dibujo del pequeño monumento que la ornaría lo presentó don Barberis precisamente a don Rúa en la primavera de 1888. Entonces recordó aquellas palabras misteriosas.

## **Como una candela que se extingue**

Volvió a Valdocco el 2 de octubre. Los muchachos le recibieron con entusiasmo. Le acompañaron con sus gritos de júbilo a través de todo el patio, hasta la escalera que subía a sus habitaciones. Los mayores le ayudaron a subir, escalón tras escalón. Llegado arriba, Don Bosco saludó con la mano, desde la barandilla, y le respondieron los muchachos agitando las manos y gritando: "Viva Don Bosco".

Era una candela que se iba extinguiendo.

Celebraba la Misa en la capillita privada, pero siempre asistido por un sacerdote.

Le costaba trabajo hablar y respirar. Decía bromeando a los visitantes:

— Busco dos fuelles de recambio. Los míos ya no funcionan.

4 de diciembre. Don Cerruti, encargado de la marcha general del Oratorio, sube a hablar con él. Tras un examen cuidadoso de las cosas, le dice Don Bosco:

— Te veo pálido. ¿Cómo estás? Cuidate. Haz contigo lo que harías con Don Bosco.

Don Cerruti se conmueve. Y él:

— Animo, querido don Cerruti, verás qué alegres estamos en el Paraíso.

Los secretarios le presentan abiertas las muchas cartas que llegan. El anota alguna palabra, como pista de respuesta. No puede ya responder personalmente. La última carta a la que añade dos líneas va dirigida a la señora Broquier: "Demos mucho, si queremos obtener mucho. Dios la bendiga y la guíe".

Durante la misa le falta la respiración. Celebra el día 4 y el día 6. El domingo 11 ensaya de nuevo. Llega al fin agotado. Es su última misa.

### **Llega monseñor Cagliero**

Por la tarde del 7 de diciembre llega de América monseñor Cagliero. Don Rúa le ha teleografiado: "Papá en estado alarmante". Ha salido enseguida.

Mientras el obispo atraviesa el patio, los muchachos le manifiestan su alegría. Pero él levanta los ojos hacia arriba, hacia las ventanas cerradas, tras de las cuales Don Bosco se está apagando. Entra en la habitación. Don Bosco está sentado en un modesto sofá. Monseñor Cagliero se arrodilla ante él, que lo abraza, le estrecha contra su corazón, apoya la frente sobre sus hombros. La fuerza y la animosidad de este su antiguo muchacho le devuelven la vida. Le toca en el pecho, donde con la violenta caída de los Andes se ha roto dos costillas, y le pregunta:

— ¿Ya estás bien?

— Sí, Don Bosco. Estoy muy bien. Se clavan en tanto sus ojos en Don Bosco: ¡cómo ha envejecido! ¡cómo se ha consumido en tres años!

Pasan la tarde juntos, sentados en aquel sofá. El obispo le cuenta cosas y cosas de las misiones, de los salesianos que trabajan allá, de los indígenas que han salvado y bautizado por millares. Y, en un momento dado, como cuando era muchacho, le pide:

— Don Bosco, confíeseme.

Los consejos que Don Bosco le da aquella tarde los escribe el obispo en un papel que se llevará consigo a América. Entre otras cosas, le dice Don Bosco:

"Deseo que te quedes hasta que esté todo arreglado, después de mi muerte.

Di a todos los salesianos que trabajen con celo y con ardor: trabajo, trabajo.

Quereos todos bien, como hermanos: amaos, ayudaos, soportaos”.

Durante los días siguientes, todavía le habla Don Bosco por lo largo. En un momento, como si estuviera angustiado, le dice:

— Estoy ya en las últimas de mi vida. Os toca ahora a vosotros trabajar, salvar a la juventud. Pero tengo que manifestarte un temor. Temo que alguno de los nuestros pueda interpretar mal el afecto que Don Bosco ha tenido a los jóvenes, que se haya dejado llevar por demasiada sensibilidad hacia ellos. Y que tome esto como justificante para aficionarse de una manera desconsiderada a cualquier criatura.

— Tranquilícese, Don Bosco. Ninguno de nosotros interpretó nunca mal su modo de tratar a los muchachos. Y en cuanto al temor de que alguno pudiera tomar pretexto de ello, déjelo de mi cuenta: repetiremos esta recomendación a todos.

16 de diciembre. El médico ordena un paseo en coche: el aire libre le sentará bien. Don Rúa y don Viglietti le sostienen por la escalera y le acompañan. A la vuelta, mientras el coche vuelve lentamente por la avenida Vittorio Emmanuele, ve don Viglietti al Cardenal Alimonda bajo los pórticos. Don Bosco le dice:

— Vete a rogarle venga un momento. Deseo hablarle, pero no puedo caminar hasta allí.

El Cardenal, apenas oye a Viglietti, apresura el paso hacia el coche, alarga su brazo y exclama:

— ¡Oh, Don Bosco, Don Bosco!

Sube al carruaje, lo abraza, le besa con efusión. Don Rúa ha descendido. El Cardenal y Don Bosco hablan durante media hora, mientras el coche sigue despacito hasta la calle Cernaia. El Arzobispo abraza de nuevo a Don Bosco y se apea.

## **Pensamientos con sabor de eternidad**

17 de diciembre. Le empiezan a abandonar totalmente las fuerzas. Es sábado. Fuera de la habitación esperan unos treinta muchachos para confesarse con él. Dice a don Viglietti:

— No me encuentro con fuerzas...

Después de un instante:

— Pero es la última vez que podré confesarles. Es la última vez... Díles que pasen.

18 de diciembre. Llega a verle don José Reffo, de los Josefinos. Le dice suavemente:

— Querido mío, siempre te he querido y siempre te querré. Se acaban mis días. Ruega por mí y yo rogaré por tí.

19 de diciembre. Don Viglietti le encuentra tan animado que le ruega escriba unas palabras sobre unas estampitas, para enviárselas a los Cooperadores. Don Bosco responde: "Con gusto".

Semitendido sobre el diván, con una tablilla de madera delante, escribe al dorso de dos estampitas:

"Oh María, obtenednos de Jesús la salud del cuerpo, si ha de ser un bien para el alma, pero aseguradnos la salvación eterna".

"Haced pronto las obras buenas, porque puede faltarnos el tiempo".

Al llegar aquí se para.

— Pero, ¿sabes —le dice maravillado a don Viglietti— que no sé escribir? Estoy demasiado cansado.

Don Viglietti le sugiere que lo deje, pero él:

— No, debo continuar. Es la última vez que escribo. Y sigue despacio, escribiendo pensamientos al dorso de las estampitas. Pensamientos todos con sabor de eternidad:

"Bienaventurados los que se entregan a Dios para siempre en la juventud".

"El que retarda entregarse a Dios, está en grave peligro de perder su alma".

"Hijitos míos, conservad el tiempo y el tiempo os conservará a vosotros eternamente".

"Si hacemos el bien, encontraremos bien en esta vida y en la otra".

"El que siembra obras buenas, recoge buenos frutos".

"Al fin de la vida se recoge el fruto de las buenas obras".

Don Viglietti, que permanece a su lado, al leer esta última frase no logra detener las lágrimas, y dice:

— Don Bosco, escriba algo más alegre. Y él, bromeando:

— Pero qué niño eres, Carlitos... No llores. Ya te he dicho que son las últimas palabras que escribo. De todas formas, te obedeceré.

Y vuelve a escribir:

"Dios os bendiga y os libre de todo mal".

"Dad mucho a los pobres, si queréis llegar a ser ricos".

"Dad y se os dará".

"Que Dios os bendiga, y la Santísima Virgen sea nuestra guía en todos los peligros de la vida".

"Los muchachos son la delicia de Jesús y de María".

"Dios bendiga y recompense ampliamente a todos nuestros bienhechores".

"Oh María, sed mi salvación".

Al llegar a este punto, sin acordarse de ello, Don Bosco vuelve a escribir pensamientos con sabor de eternidad:

"Quien salva su alma, lo salva todo. Quien pierde su alma, lo pierde todo".

"Quien protege a los pobres, será eternamente recompensado por el Tribunal divino".

"¡Qué gran recompensa tendremos por todo el bien que hagamos durante la vida!"

"El que hace el bien durante la vida, encuentra bien en la muerte".

"En el Paraíso se gozan todos los bienes, eternamente".

Fue la última frase que escribió, con una grafía ya casi incomprensible.

## **Silencio en el patio grande**

Aquella misma mañana recibió las últimas visitas. Hacía casi cuarenta años que dedicaba todas las mañanas a aconsejar, bendecir, consolar, socorrer, alegrar a los que deseaban hablar con él. Fue uno de los grandes trabajos de su vida. Aquella larga serie de visitas se cerró con la de la condesa Mocenigo. Eran las 12,30 del día 20 de diciembre.

Por la tarde, el médico ordenó otro nuevo paseo en coche. Tenía absoluta necesidad de aire libre. A pesar de sus protestas, le bajaron a hombros, sentado en un sillón, por las escaleras. Mientras el coche recorre lentamente la avenida Regina Margherita, un desconocido le para. Es un señor de Pinerolo, alumno del Oratorio de los primeros tiempos. Don Bosco le reconoce, le abraza:

— Querido mío, ¿cómo te va?

— Así, así. Ruegue por mí. Me dijeron en la portería que usted pasaría por aquí, y he querido saludarle.

— Bravo. ¿Y de alma, cómo estás?

— Procuero ser siempre un digno alumno de Don Bosco.

— Bravo, bravo. Dios te lo premiará. Ruega por mí. Vive siempre como buen cristiano.

Parecía que el aire libre le hubiese sentado bien, y en cambio el médico Albertotti, apenas llegó, le encontró empeorado. Mandó que le acostasen. Allí estaba el clérigo Festa, que preguntó a Don Bosco:

— ¿Cómo se encuentra?

— Ya no me queda más que acabar bien.

Del 20 al 31 de diciembre, parecía que el fin era inminente.

El coadjutor Pedro Enría, que le velaba todas las noches, resumió aquellas penosas jornadas con dos palabras: "Sufría y callaba".

La fiebre es alta, la respiración afanosa. El médico dice:

— Es absolutamente necesario que se alimente.

Don Viglietti, junto al lecho, se industria para hacerle tomar un caldito. Don Bosco alarga la mano para tomar la tacita, pero Viglietti quiere sostenerla él mismo. Y Don Bosco, en broma:

— ¡Ah, ¿con que te lo quieres tomar tú, eh?

En el gran patio de Valdocco, lleno de muchachos, reina un silencio insólito. Hasta los más pequeños miran hacia aquella ventana, tras la cual está muriendo su gran amigo.

### **"Ahora necesito que me lo digan a mí"**

23 de diciembre. Al mediodía parece que ha llegado el fin. Don Bosco murmura:

— Se prepare alguno para darme la Extrema Unción.

Don Bonetti está al lado de su lecho. Estrecha Don Bosco su mano fuertemente y le dice:

— Que seas siempre un fuerte apoyo para don Rúa.

Al llegar monseñor Cagliero, aúna sus fuerzas y le dice:

— Dirás al Papa que la Congregación y los Salesianos tienen por fin especial sostener la autoridad de la Santa Sede, doquiera se encuentren, doquiera trabajen... Vosotros iréis, protegidos por el Papa, al África... La atravesaréis... Iréis al Asia y a otras partes... Tened fe.

Allí, a su lado, está José Buzzetti, con su imponente barba roja. Don Bosco no puede hablar, pero intenta la broma saludándole militarmente. Luego alcanza a murmurar:

— ¡Oh, querido mío! ¡Siempre mi querido!

Al atardecer, está sentado junto a él el misionero don Cassini, que ha vuelto de América con monseñor Cagliero. Don Bosco le susurra al oído:

— Sé que tu mamá es pobre. Háblame tranquilamente, a mí solo, sin necesidad de decir a nadie más tus secretos. Te daré todo lo que creas necesita.

Pedro Enría le presta los servicios más humildes. Don Bosco le mira reconocido y le dice con un hilillo de voz:

— Pobre Pedro. Ten paciencia.

— ¡Oh, Don Bosco! Yo daría mi vida por su curación. Y no sólo yo, ¿sabe? Sino muchos que le queremos.

— Es la única separación que siento al morir —alcanza a responder Don Bosco—, la de tener que separarme de vosotros.



Ya es tarde cuando llega el cardenal Alimonda. Le acaban de avisar que puede sea ésta la última noche de Don Bosco. Llega, le abraza, le besa. Don Bosco se esfuerza por decirle una palabra:

— Eminencia, ruegue para que pueda salvar mi alma.

— Pero, usted, Don Bosco, no debe temer la muerte. ¡Ha recomendado tantas veces a los demás estar preparados!

— Sí... y ahora necesito que me lo digan a mí.

Por la mañana del 24 le llevan el Viático, y monseñor Cagliari le administra la Unción de los enfermos.

Se realiza una leve mejoría.

26 de diciembre. Viene a verle Carlos Tomatis, alumno del Oratorio de los tiempos de Domingo Savio. Presenta su hijo a Don Bosco para que lo bendiga. Pero no creía que le iba a encontrar tan acabado por la enfermedad. Se arrodilla a los pies de la cama y sólo alcanza a repetir: ¡Oh, Don Bosco! ¡Oh, Don Bosco!" Cuando sale de la habitación, Don Bosco hace señas a don Rúa, que se curva sobre él:

— Sabes que pasa sus apuros —le susurra—. Págame el viaje en mi nombre.

El médico ha prescrito al enfermo silencio absoluto y ninguna visita. Don Bosco pasa las jornadas aletargado, en un duermevela continuo.

29 de diciembre. Al acabar el día hace llamar a don Rúa y a monseñor Cagliari. Les toma de la mano y les dice despacito:

— Quereos como hermanos. Amaos, ayudaos y soportaos recíprocamente como hermanos. No os faltará la ayuda de Dios y de María Auxiliadora... Prometedme que os querréis como hermanos.

Durante la noche pide a Enría un sorbo de agua. Luego le dice:

— Hay que aprender a vivir y a morir.

## **La hora de la vuelta de los "monstruos"**

Parecía el fin. Y, en cambio, del 1 al 20 de enero hubo una mejoría increíble. Parecía que volvía la salud, que el viejo tronco reverdeciera. Fue un tiempo regalado por el Señor y también una esperanza que se deshizo rápidamente.

21 de enero. Entra monseñor Cagliari en la habitación:

— Querido Don Bosco, parece que el peligro que temíamos ha desaparecido. Me llaman de Lu para la fiesta de su patrono. Es un pueblo que nos ha dado muchos valientes misioneros y muchas religiosas. Luego iré a visitar a nuestros muchachos de Borgo San Martino.

— Vete. Estoy contento. Pero vuelve pronto.

La mañana del 22 se quebró toda esperanza. Don Bosco volvió a empeorar rápidamente.

24 de enero por la tarde. Las condiciones se han convertido en pésimas. Dicen los médicos que puede morir de un momento a otro. Volvió el letargo pesado, el duermevela con el que inicia el delirio.

Pedro Enría, siempre presente, observa que de repente palmea las manos, quiere gritar:

— Corred, corred deprisa a salvar a esos jóvenes... ¡María Santísima, ayúdales... Madre, Madre!

Alguien ha dicho que con estas frases, pronunciadas en el delirio, Don Bosco manifestaba *temor* acerca de los jóvenes, no *sentido de confianza*. La mejor psicología afirma hoy lo contrario: los sentimientos, los miedos que se han "apartado" con gran esfuerzo de voluntad durante toda la vida, parece que en esos momentos vuelven a vivir. Son los "fantasmas", los "monstruos" que se representan saliendo de las jaulas del inconsciente cuando la voluntad (que los había encadenado) está paralizada, anulada por el sueño de la enfermedad.

Desde lejanos años del seminario, llevaba Don Bosco (sedimentado ya en el inconsciente) un esquema de educación condensado en el binomio *temor-desconfianza*. Mas durante toda su vida, guiado por su amor a los muchachos, lo había cambiado por otro binomio: *amistad-confianza*. Lo había demostrado hacía poco tiempo con su singular manera de confesar a un muchacho timorato, Luis Orione.

Paradójicamente, lo que en este momento parece *vencer* en él, es lo que *ha sido vencido* por él durante toda la vida.

### **"Decid a mis muchachos"**

26 de enero. Monseñor Cagliero ha vuelto. Acude inmediatamente al lecho del enfermo. Comprende que el caso es gravísimo, pero intenta "saber" de Don Bosco si queda todavía alguna esperanza. Dícele:

— Me llaman desde Roma. ¿Puedo ir?

— Irás, pero después. Su hermosa voz no es más que una sombra.

Los dolores alcanzan a veces límites inaguantables. Don Lemoyne le sugiere:

— Piense en Jesús en la cruz. También Él sufría sin poder moverse.

— Si es lo que hago siempre.

El 27 y la mañana del 28 pasan en un delirio continuo.

El 28 por la tarde, murmura a don Bonetti que está a su lado:

— Decid a mis muchachos que les espero a todos en el Paraíso.

Durante el 29 los médicos le encuentran gravísimo. El doctor Fissore le dice:

— Animo, mañana quizá esté mejor. Y él, con la mirada vaga:

— ¿Mañana...? ¿Mañana...? Haré un viaje largo...

A las primeras horas de la noche, dijo en alta voz:

— Pablito, Pablito, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes?. Don Pablo Albera, inspector de Francia, todavía no había llegado.

30 de enero. En un momento de lucidez dice a don Rúa:

— Déjate querer.

Hacia la una de la tarde están junto a su lecho José Buzzetti y don Viglietti. Don Bosco abre de par en par los ojos, intenta sonreír. Levanta su mano izquierda y les saluda. Buzzetti rompe a llorar.

31 de enero. Hacia las dos de la mañana advierte don Rúa que las cosas se precipitan. Se pone la estola e inicia las oraciones por los agonizantes. Son llamados a toda prisa los otros superiores de la Congregación.

Al llegar monseñor Cagliariero, don Rúa le cede la estola, pasa a la derecha de Don Bosco, se inclina a su oído y le dice:

— Don Bosco, aquí estamos sus hijos. Le pedimos perdón por todos los disgustos que por nuestra culpa ha tenido que sufrir. En señal de perdón y de su paternal bondad, dénos todavía una vez más su bendición. Yo guiaré su mano y pronunciaré la fórmula de la bendición.

Don Rúa levanta su mano derecha, ya insensible, y dice palabras de bendición para los salesianos presentes y para los que están lejos.

En la habitación resuena el estertor del moribundo.

A las cuatro y media cesa de repente. Una respiración corta por unos instantes y se apaga. Don Belmonte exclama:

— ¡Don Bosco se muere!

Tres alientos fatigosos, en breve intervalo. Y monseñor Cagliariero dice en alta voz la oración aprendida de sus labios, cuando era un chiquillo.

"Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía,

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía,

Jesús. José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía".

Se quita la estola y la pone sobre los hombros de Don Bosco, que acaba de entrar en el País de la Luz.

# Bibliografía

*Textos de los que nos hemos servido para nuestro trabajo:*

- San J. BOSCO, *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*, edición de E. Ceria, Turín 1946.
- LEMOYNE-AMADEI-CERIA-FOGLIO, *Memorias Biográficas de San Juan Bosco*, 20 vol. S. Benigno Canavese y Turín 1898-1948.
- Boletín Salesiano*. Años 1877-1889.
- J. B. LEMOYNE, *Vida de Don Bosco*, 2 vol., Turín 1911-1913.
- E. CERIA, *Anales de la Sociedad Salesiana (1841-1888)*, Turín 1941.
- M. MOLINERIS, *Don Bosco inédito*, Castelnuovo 1974.
- San JUAN BOSCO, *Santo Domingo Savio*, edición de E. Ceria, Turín 1950.
- F. GIRAUDI, *El Oratorio de Don Bosco*, Turín 1935.
- H. SERIE, *San Juan Bosco en los recuerdos y en la vida de los exalumnos*, Turín 1953.
- A. AUFRAY, *Beato Miguel Rúa*, Turín 1972.
- Diccionario biográfico de los salesianos*, edición del U.S.S., Turín 1969.
- P. BARGELLINI, *IL Santo del Lavoro*, Leumann (Turín) 1976.
- P. CICCARELLI, *Reperto alfabético de las MEMORIAS BIOGRAFICAS de San Juan Bosco*, Turín 1972.
- H. BOSCO, *San Juan Bosco*, Turín 1967.
- L. VON MATT-H. BOSCO, *Don Bosco*, Turín 1965.
- P. STELLA, *Don Bosco en la historia de la religiosidad católica*, vol. 1º, Zurich 1968: vol. 2º Zurich 1969.
- M. WIRTH, *Don Bosco y los salesianos*, Leumann (Turín) 1970.
- F. DESRAMAUT, *Don Bosco y la vida espiritual*, Leumann (Turín) 1970.
- C. ROMERO, *Los sueños de Don Bosco*, Leumann (Turín) 1978.
- Autores Varios, *Don Rúa vivo*, Leumann (Turín) 1973.
- G. FAVINI, *Don J. B. Lemoyne*, Turín 1974.
- Actas del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana*, enero-junio 1978.
- I. FIRPO, *Storia delle idee politiche, economiche e sociali*, vol. 5º: *L'età della rivoluzione industriale*, Turín 1972.
- J. TOUCHARD, *Storia del pensiero politico*, Milán 1974.
- G. MARTINA, *La Chiesa nell'età dell'assolutismo, del liberalismo, del totalitarismo*, Brescia 1970.
- J. LORTZ, *Storia della Chiesa*, vol. 3º: *Evo moderno*, Alba 1973.
- F. COGNASSO, *Storia di Torino*, Milán 1974.
- A. PRANDI, *L'età moderna*, Turín 1974.
- F. TRANIELLO, *L'età contemporanea*, Turín 1974.
- F. MORONI, *Corso di storia*, vol. 3º, Turín 1961.
- I. MONTANELLI, *Storia d'Italia*, Milán 1971-1976.
- U. ALFASSIO GRIMALDI, *Il re "buono"*, Milán 1970.
- G. ANDREOTTI, *La sciarada di Papa Mastai*, Milán 1978.

# Índice

	<i>Pág.</i>
<b>Presentación</b> .....	5
<b>Del cómo y del porqué de este libro</b> .....	7
<b>1. Emigrante a los doce años</b>	
Con el hatillo entre la niebla.—Un sueño que marca el futuro.—Ciento ochenta páginas para recordar .....	9
<b>2. Pequeña pero intensa tragedia</b>	
Tiempos calamitosos.—Un suceso para cambiar la faz del mundo.—Un general de veintisiete años: Napoleón.—El rey retrasa el reloj quince años .....	14
<b>3. Los años del hogar</b>	
Una persona grande.—El “mocho” y la sangre.—La vara en el rincón.—El diablo en el desván.—La mancha de aceite crecía.—“Soy tu madre, no tu madrastra” .....	21
<b>4. Tiempo primaveral</b>	
Los pies del pobre.—Bandidos en el bosque.—“Mi madre me enseñó a rezar”.—Escuela durante el “tiempo de calma”.—Un mirlo pequeñito.—Su tierra .....	29
<b>5. Saltimbanqui</b>	
Suena la trompeta en la colina.—Espectáculo en el prado.—Primera Comunión.—El invierno más duro de la vida .....	36
<b>6. Tres años en la granja y uno en la casa rectoral</b>	
Por dos granos, cuatro espigas.—El tío Miguel.—Cuatro perras chicas por un sermón.—“Con él morían mis esperanzas” .....	41
<b>7. El camino hacia Castelnuovo</b>	
La comida en la fiambarrera.—“En I Becchi sólo hay burros”.—La sotana separadora .....	48

<b>8. "Tengo que estudiar"</b>	
El sueño que se repite.—Repugnancia a tender la mano.—La historia no se había parado.—"Decid al Príncipe...".—"Rey por la gracia de Dios y de ningún otro".—"Largo y triste como una cuaresma" .....	53
<b>9. En Chieri</b>	
Un gigante en medio de los compañeros.—"Cuando ocurrió...".—Sociedad de la alegría.—Cuatro desafíos a un saltimbanqui.—En Turín, por vez primera .....	61
<b>10. La época de la amistad</b>	
Un garrote humano.—Un "soplo" de los espías.—Jacob Leví, por sobrenombre Jonás.—Las manzanas de Blanchard .....	70
<b>11. Veinte años</b>	
Las cuentas con la pobreza.—La campesina del chal negro.—"¿Por qué no consultas a don Cafasso?".—Marca de fábrica .....	76
<b>12. El seminario y sus puntos negros</b>	
Nuevo tenor de vida.—Horario de hierro.—Puntos negros del seminario.—Bocanada de oxígeno del jueves.—Entre jóvenes ricos.—Encanto de Luis Comollo.—Un seminarista novato .....	82
<b>13. La profesión sacerdotal</b>	
En la siega del trigo.—Los "esquemas mentales".—Valorar el tiempo propio.—¿Y Cavour, Mazzini, Garibaldi? .....	91
<b>14. Por fin sacerdote</b>	
Extraño pacto con el más allá.—Pan de centeno y vino generoso.—"Temblaba al pensar que me ataba para toda la vida".—"El sacerdote no va solo al Paraíso".—Sacerdote para siempre .....	97
<b>15. Sacerdote en rodaje</b>	
Primer descubrimiento: la miseria de los suburbios.—Mercado de brazos juveniles.—La revolución industrial.—El inmenso progreso regalado al mundo.—El pavoroso coste humano.—Mortandad de inocentes, también en Italia.—Sacar la cuenta .....	103
<b>16. "Me llamo Bartolomé Garelli"</b>	
Los párrocos vacilan.—El experimento de don Cocchi.—Un avemaria para empezar.—"Ahora mismo" .....	112

<b>17. El Oratorio de los peones de albañil</b>	
Medallas y pan.—Doce compases de música.—El chiquillo de Caronno.—“Aunque no tuviera más que un trozo de pan”.—“Presidencia para el Papa, espada para Carlos Alberto”.—“Lleva una sotana demasiado ligera”.—Hablabla serenamente de Dios .....	119
<b>18. La marquesa y el “Padre Chiquito”</b>	
El cilicio bajo los vestidos elegantes.—Los corderos se convertían en pastores.—“¿Dónde está Don Bosco? ¿Dónde está el Oratorio?”.—Copos de nieve en el brasero.—El fracaso en San Pedro ad Víncula ....	127
<b>19. El Oratorio emigrante</b>	
“Las coles, queridos jóvenes”.—“Toma, Miguelito, toma”.—Libros robados al sueño.—Tres habitaciones en casa Moretta.—Un gran interrogante al Oratorio.—Un oratorio distinto.—Condenado a la horca ....	135
<b>20. Agonía en el prado, resurrección bajo el cobertizo</b>	
El marqués y los guardias.—¿Está loco Don Bosco?.—Agonía en el prado.—La pequeña cepa.—Resonaban las campanas .....	144
<b>21. El milagro de los chicos albañiles</b>	
Hacia de sacerdote.—La despedida en la glorieta del Rondó.—Don Bosco escupe sangre.—“No le dejéis morir, Señor”.—“¡La bolsa o la vida!”.—“¡Forasteros y sin lira!” .....	152
<b>22. Un polvorín a punto de estallar</b>	
Las habitaciones iluminadas llenas de muchachos.—Mastai-Ferretti Papa, toma el nombre de “Pío IX”.—Choque de Don Bosco con los “curas patriotas”.—Pedreas rabiosas.—Un cura ladrón.—Canciones y gritos de los borrachos .....	161
<b>23. “Soy huérfano, vengo del valle de Sesia”</b>	
El árbol y la niebla.—Un muchacho calado y aterido.—El barberillo temblaba como una hoja.—La mitra del Arzobispo.—Escarapelas tricolores en el pontifical.—Un buen brasero en la sacristía .....	168
<b>24. La fiebre del 1848</b>	
El liberal, el patriota, el obrero en las barricadas.—La Constitución se llamará “Estatuto”.—Don Bosco y el Marqués, frente a frente.—Las bandas anticlericales se desencadenan.—Milán se subleva y pide socorro.—Guerra con Austria.—Batallas en Valdocco.—“Déjame volver a casa”.—Guerra italiana en Lombardía .....	176

## 25. Fracasan las esperanzas

Final del equívoco.—Escudilla y rancho en el Oratorio.—La fidelidad al Papa y sus apuros.—Noticias dramáticas.—Un disparo en la capilla Pinardi.—Trabajar para hacer sacerdotes diferentes.—Trágicas noticias desde Roma.—Dos signos de esperanza en Valdocco ..... 185

## 26. Don Bosco, la política, la cuestión social

La política del Padrenuestro.—Don Bosco y la cuestión social.—¿Qué significa "dejar de lado toda política"?—Un esquema sencillo, elemental.—¿Y si hubiera tomado otra decisión? ..... 194

## 27. 1849, año espinoso y estéril

"El Amigo de la juventud", un fracaso.—Todavía la guerra.—El último trozo de libertad.—Naufragio de los "curas patriotas".—Treinta y tres liras para el Papa.—Dos corazones de plata.—Cuatro muchachos y un pañuelo blanco.—El batallón en el arrabal de Vanchiglia.—Veinte céntimos de polenta.—"Le llamé por su nombre: ¡Carlos!".—Un cesto de castañas que no se vacía ..... 202

## 28. Una casa y una Iglesia

Arresto del Arzobispo.—Otros cuatro.—Treinta mil liras y un ligero mareo.—La Porciúncula salesiana.—Tal vez el diablo ..... 212

## 29. Y Dios envió un perro

Nada de diálogo.—Vino y castañas.—"Debían matarme".—El "Gris".—Se duerme en una zapatería ..... 220

## 30. Media docena de talleres

El dedo en la llaga.—Aislado e indefenso en manos del amo.—Dos mesitas para empezar.—Un año más para la imprenta.—Cuatro caminos para dar con el verdadero.—"El que no es totalmente pobre está fuera de lugar en esta Casa" ..... 226

## 31. Estudiantes con capote militar

"A dormir en el cesto del pan".—"Cruzarás el Mar Rojo y el desierto".—Garantía para cincuenta años.—"Señoritos y mendiguillos".—"Me encuentro bien entre los muchachos".—"Don Bosco no pudo entender" ..... 232



### 32. 1854: "Nos llamaremos Salesianos"

La pérgola de rosas.—"¿Cuánto me pagarás?".—La muerte por las calles del Barrio del Dora.—Los gigantes de la cara triste.—Ocho minutos para una página.—Un cartel misterioso.—Farolillos rojos a orillas del Po.—El huerfanito de Santo Domingo ..... 239

### 33. 1855: Los jóvenes "Corrigendos" de la Generala

"¡Grandes funerales en la Corte!".—El primer salesiano.—Cara a cara con el ministro.—Jornada de libertad.—Nueve páginas para explicar su "sistema".—El sueño del antiguo Oratorio ..... 251

### 34. Adiós a una madre y a un muchacho

Un papelito con cuatro palabras.—La "Compañía de la Inmaculada".—Mamá Margarita se va.—Un muchacho que habla con Dios.—"¿Podré ver a mis compañeros desde el Paraíso?".—La faja color de sangre .... 263

### 35. "Fraile o no, me quedo con Don Bosco"

Un primer esbozo escrito para la Congregación que nacía.—Audiencia con el Papa.—Una semana para decidir.—"¿Qué tiene que hacer en el Oratorio?".—La crisis de José Buzzetti.—El "coadjutor" que Don Bosco llevaba en el corazón ..... 272

### 36. "Siete policías" para un muchacho

Perder el tren o perder un muchacho.—La tristeza de un muchacho.—Los puños en la plaza Castello.—La mano sobre la cabeza de Miguel.—La "gran política".—"Si es necesario, barricadas en Turín".—A las diez el infierno.—El éxito de la "real-politik" ..... 281

### 37. Los paseos por el Monferrato y la vida en el Oratorio

Un hombrecito de cinco años: Felipe Rinaldi.—Un muchacho de cabellos rubios y la lluvia.—Una muchacha de Mornese: María Mazzarello.—La Primera Misa de don Rúa.—Cuatrocientos panecillos en un cesto vacío.—La caridad con los pobres y sólo con ellos.—La "Comisión secreta" de 1861 ..... 292

### 38. El gran Santuario soñado

El sueño de las tres iglesias.—"Será la Iglesia madre de nuestra Congregación".—Los sucesos de Spoleto y la Auxiliadora.—Un título que hace fruncir el ceño.—Cuarenta céntimos para empezar.—La Virgen hace la colecta por Don Bosco.—Una mamá, un bebé y unas pobres alhajas.—Un bracero de Alba.—Los sueños de Don Bosco (Nota) ..... 303

<b>39. Don Miguel Rúa: Desde Mirabello hasta la inauguración del Santuario</b>	
Cuatro páginas con valor de códice.—Las "palabritas al oído" de Don Bosco.—Una mamá y mucho trabajo.—El cuadro de María Auxiliadora.—El adiós de don Alasonatti y la llegada de don Rúa.—Mañanas de audiencias.—De Amicis ve la estatua de la Virgen en la cúpula.—El momento en que se cumplen las "locas profecías".—Agotamiento de don Rúa .....	315
<b>40. Una "nueva fase" para los salesianos</b>	
La historia de más allá de la puerta.—La lucha contra los bandoleros y la gran emigración.—Guerrilla en Turín.—Crisis religiosa: Biblia y cotización de Bolsa.—La historia no oficial de los talleres.—El "impuesto del hambre".—Nace el "colegio salesiano".—"Educad a los jóvenes pobres".—Los primeros cinco colegios.—El cambio exigido por un principio fundamental .....	325
<b>41. Mornese igual que Valdocco</b>	
Tifus, brujas y mal de ojo.—Confidencias con Petronila.—Cuatro ojos asustados.—Un "prevín" que busca trabajo.—Un cuadernillo que se ha perdido.—Cuando faltaba harina para la polenta.—El parecer del Papa y el malhumor del pueblo.—El perfume de cuatro castañas.—La muerte llama a la puerta.—Salen de Mornese las primeras Hijas de María Auxiliadora.—Con las flores de mayo llega la muerte .....	336
<b>42. La conquista de Roma y el sobresalto del fin</b>	
Concilio en Roma y anti-Concilio en Nápoles.—"La voz del Cielo al Pastor de los Pastores".—Negras amenazas en Francia.—¿Es infalible el Papa?—Los "bersaglieri" en Porta Pia.—Los escalofríos del fin, en Varazze.—Cartas dulcísimas .....	348
<b>43. Los Cooperadores: Salesianos en medio del mundo</b>	
Adiós a don Borel.—Hombres y mujeres de buena voluntad.—"Los salesianos externos": ¡rechazado!—Los Cooperadores salesianos.—El "Boletín salesiano" llega a todos los rincones .....	356
<b>44. Francisco, Eusebio, Felipe, Miguel y muchos más</b>	
"He robado dos panecillos".—Eusebio Calvi, de Palestro.—A Don Bosco le supo mal.—Cuando Don Bosco presenta batalla.—El cánonigo que descansaba.—Peones de albañil en el Oratorio festivo.—Miguel Unia, campesino .....	361

**45. Ir lejos**

Nueva gente dispuesta al peligro.—Buscaba un detalle: dos ríos y un desierto.—Una circular para alistar voluntarios.—Jefe de expedición: el muchacho de los gigantes.—Veinte recuerdos escritos a lápiz ..... 371

**46. Patagonia, tierra prometida**

¿Pero y los salvajes?—Llegan muchachos de Turín.—“La cruz va detrás de la espada: ¡Paciencia!”.—A la caza del hombre.—“Yo veía en las entrañas de las montañas”.—El último sueño misionero de Don Bosco ..... 380

**47. Don Bosco y el Arzobispo Gastaldi**

La frialdad de Monseñor Riccardi.—“Usted lo quiere, yo se lo doy”.—Fue un gran Arzobispo.—El error fundamental de Don Bosco.—Las responsabilidades de los periódicos.—El tiempo de poderío.—Primer elemento: la indisciplina.—Otro motivo de tensión.—Aprobación definitiva de las Reglas.—Listas de “medidas punitivas”.—El nuevo Papa somete a prueba a Don Bosco.—Proceso en el Vaticano.—Cáliz amargo para Don Bosco.—Serenos y destrozado ..... 390

**48. Los grandes viajes: Francia y España**

“Llevo la Iglesia del Sagrado Corazón a cuestras”.—Paris al rojo vivo.—Una fotografía en Paris.—La jornada de un pobre sacerdote.—Un cardenal que lleva la paz.—“Si no vuelvo más” ..... 407

**49. Juan Cagliero, obispo**

“¿Quién podría ocupar mi lugar?”.—El fuerte abrazo del primer obispo.—Don Rúa vicario de Don Bosco.—Don Bosco le tomó por la mano.—“La casa del obispo era una cabaña de troncos”.—Entrevista con Don Bosco ..... 415

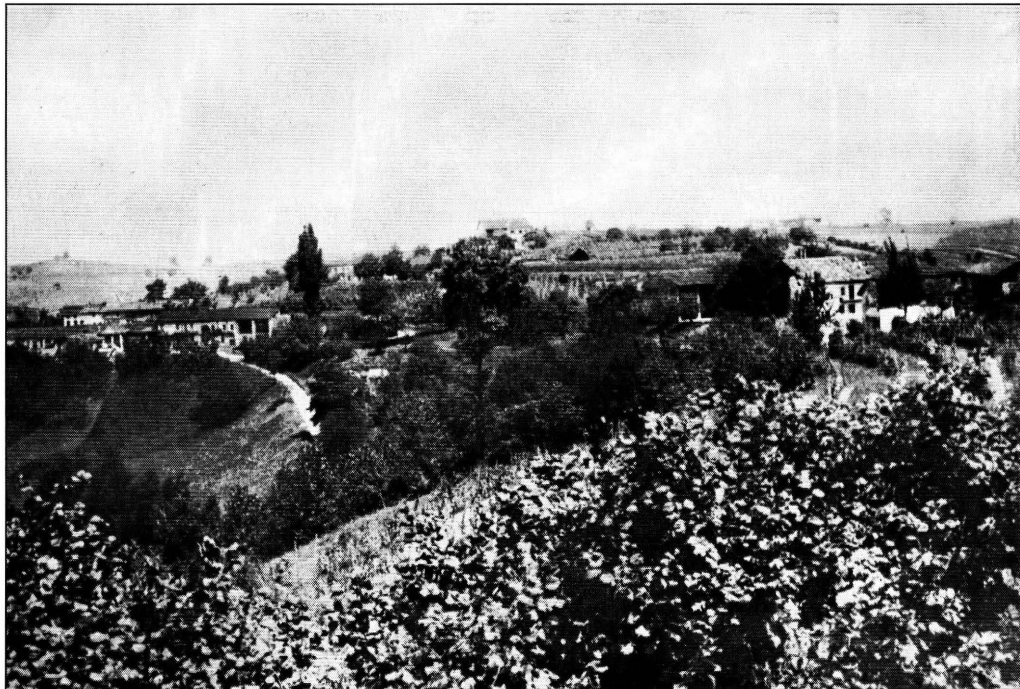
**50. El gran llanto**

Un curita serio y preocupado.—Una flor para pensar en la eternidad.—“La Virgen está aquí”.—Don Bosco y los ricos.—diez días para ir a Roma.—El gran llanto.—Luis Orione: tres cuadernos con pecados ..... 422

**51. Adiós a la tierra**

Sentía cómo la soledad le envolvía poco a poco.—Como una candela que se extingue.—Llega Monseñor Cagliero.—Pensamientos con sabor de eternidad.—Silencio en el patio grande.—“Ahora necesito que me lo digan a mí”.—La hora de la vuelta de los “monstruos”.—“Decid a mis muchachos” ..... 432

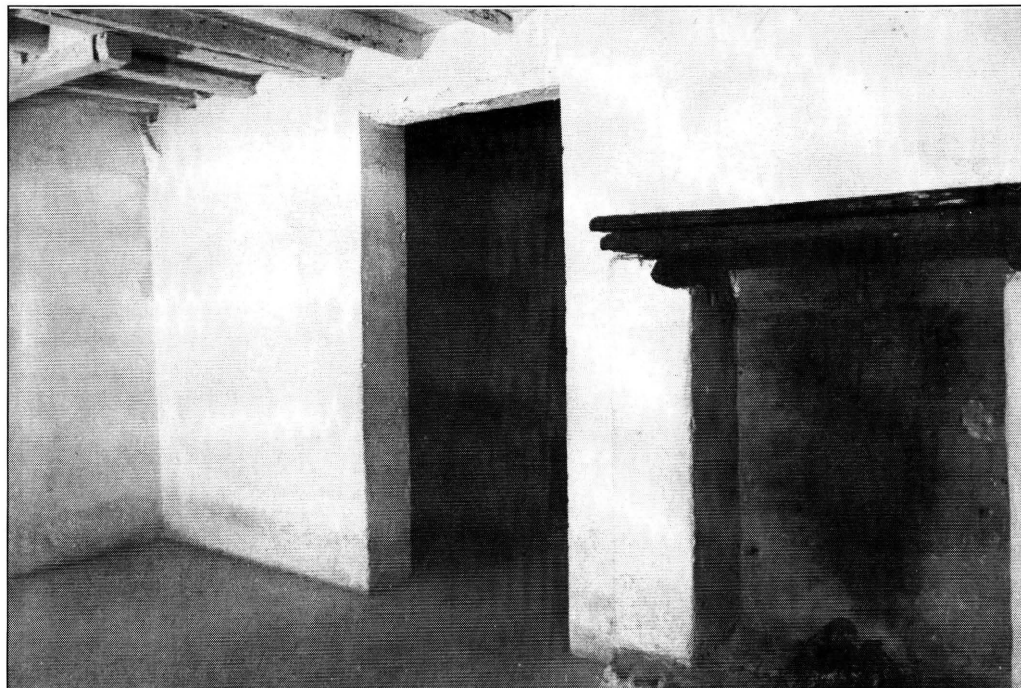
**Bibliografía** ..... 442



▲ Caserío de I Becchi.

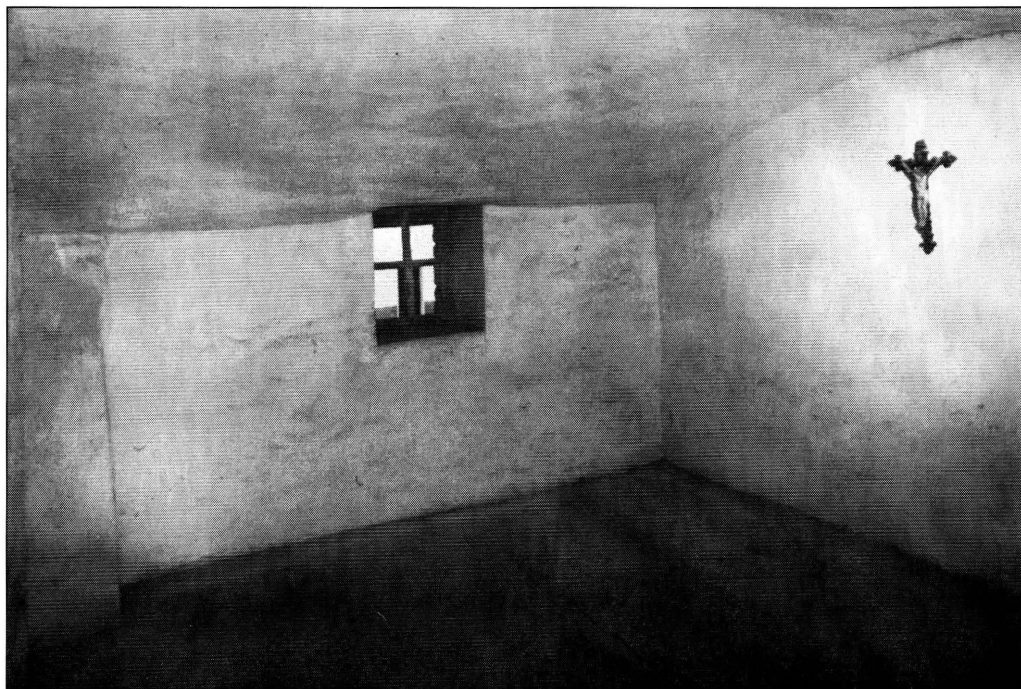
▼ Antigua fotografía de la casa de Juan Bosco, en I Becchi.





▲ Cocina de la casa de I Becchi.

▼ Habitación de Antonio, José y Juan.

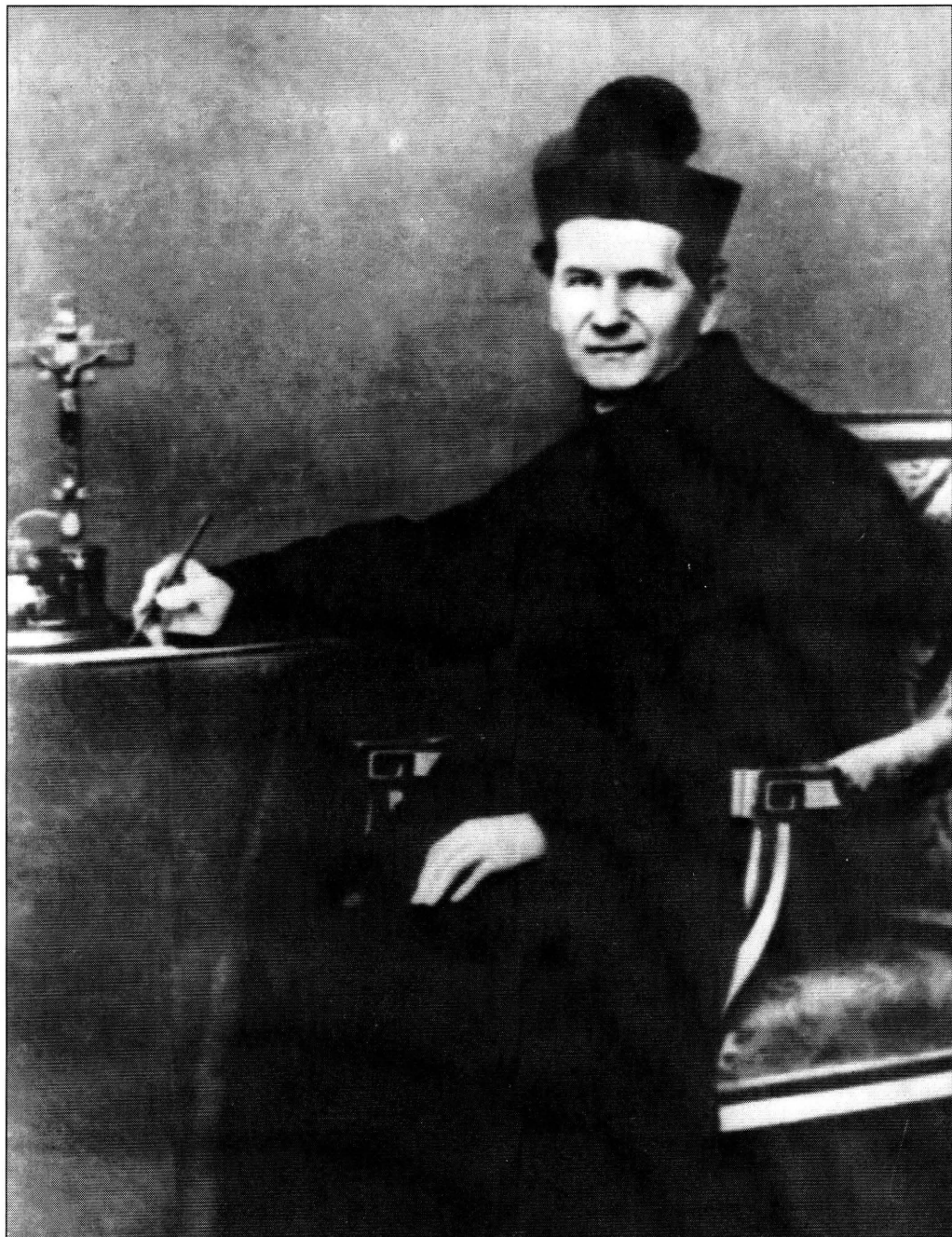




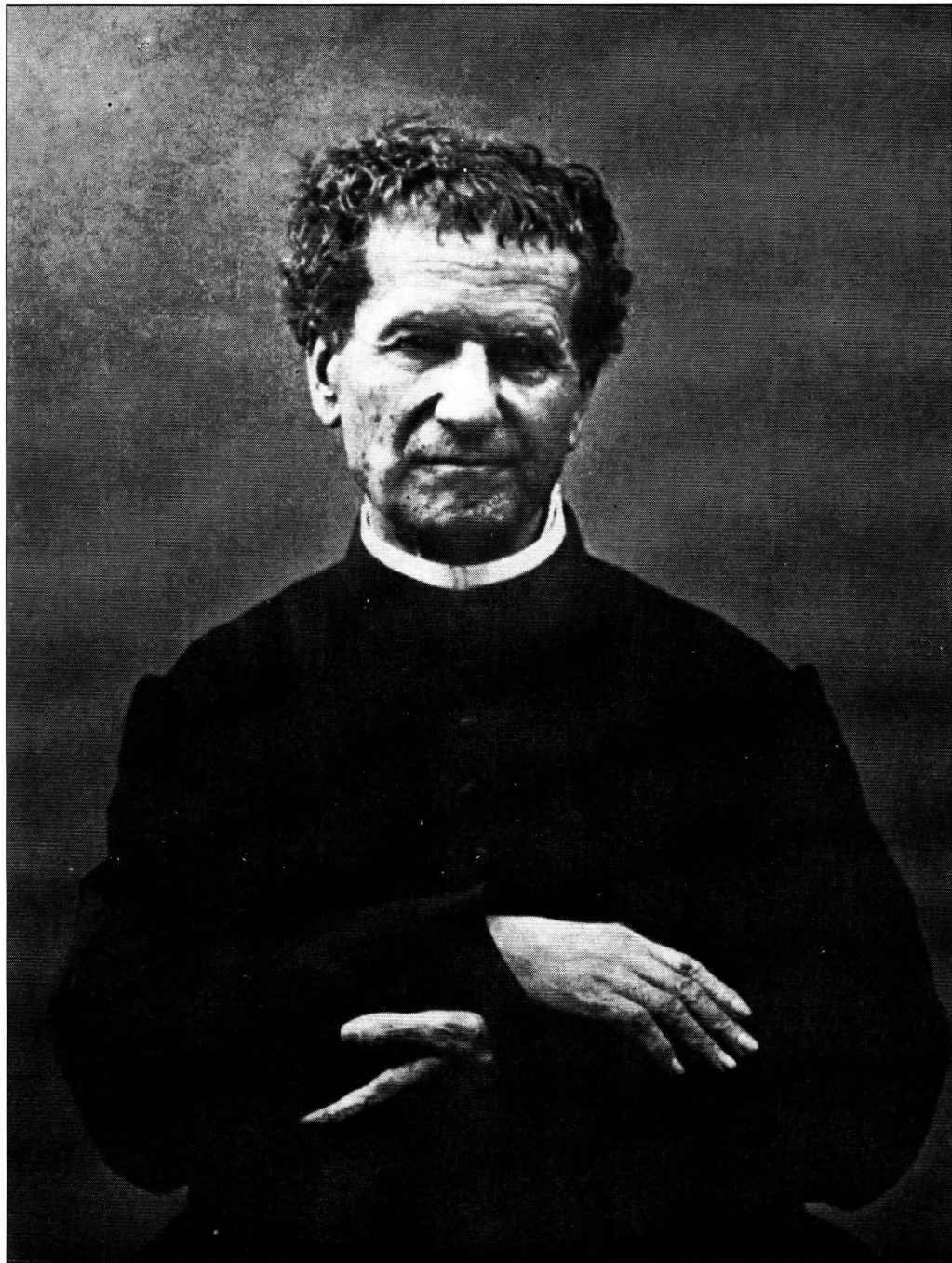
▲ Don Bosco rodeado de sacerdotes y clérigos del Oratorio (1870).

▼ Don Bosco con la banda de música del Oratorio.





Don Bosco en su mesa de trabajo, hacia 1884.



Don Bosco en Niza en 1885. Foto obtenida en uno de sus extenuantes viajes a Francia. Se nota el ojo derecho ya ciego, en un rostro consumido y cansado.





Don Bosco a los 71 años. Foto realizada por Gustavo Luzzati en Sampierdarena en 1886 cuando Don Bosco viajaba hacia España. Es uno de los retratos más conocidos, que los primeros Salesianos calificaban de «fidelísimo».



El cadáver de Don Bosco expuesto a los visitantes. Fotografía tomada el 31 de enero de 1888.